Alfred Wikenhauser

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

BIBLIOTECA HERDER

SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA

BIBLIOTECA HERDER

SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA
VOLUMEN 96

COMENTARIO DE RATISBONA AL NUEVO TESTAMENTO

Publicado bajo la dirección de
ALFRED WIKENHAUSER † y OTTO KUSS

con la colaboración de
JOSEPH FREUNDORFER †, JOHANN MICHL,
GEORG RICHTER, JOSEF SCHMID y KARL STAAB

V

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1973

ALFRED WIKENHAUSER

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1973

Versión castellana de FLORENCIO GALINDO, V.C.M.,
de la obra de ALFRED WIKENHAUSER, *Apostelgeschichte*,
Verlag Friedrich Pustet, Ratisbona 1961

Primera edición 1967
Segunda edición 1973

Con permiso de los superiores: Bogotá, junio 23 de 1964
EDUARDO ARBOLEDA, V.C.M., Visitador Provincial

NIHIL OBSTAT: Ibagué, 8 de octubre de 1964
GUILLERMO RUZSIK, C.M., Censor delegado

Puede imprimirse: Ibagué, 7 de septiembre de 1964
JOSÉ JOAQUÍN FLÓREZ, Obispo de Ibagué

© *Verlag Friedrich Pustet, Regensburg 1956*
© *Editorial Herder S.A. Barcelona (España) 1966*

ISBN 84-254-0830-X rústica
ISBN 84-254-0831-8 tela

ES PROPIEDAD DEPÓSITO LEGAL: B. 24.354-1973 PRINTED IN SPAIN

GRAFESA - Nápoles, 249 - Barcelona

ÍNDICE GENERAL

Págs.

Siglas y abreviaturas 7
Notas importantes. 9

INTRODUCCIÓN 11
1. Nombre y contenido 11
2. El fin 13
3. El autor 16
4. Las fuentes de los Hechos 19
5. Carácter histórico 21
6. Tiempo y lugar de composición. 34
7. Las dos formas del texto. 36
8. El decreto de la Pontificia Comisión Bíblica 38
Bibliografía 38

PRELIMINARES, cap. 1 39

PARTE PRIMERA: LA IGLESIA EN SU FASE JUDEOCRISTIANA. JERUSALÉN, CENTRO DE LA CRISTIANDAD, 2,1-9,31 . . . 57
Sección primera: La comunidad primitiva: Su origen, desarrollo y posición frente a la autoridad judía. Su vida religioso-social, 2,1-8,3. 57
1. La venida del Espíritu Santo y la fundación de la Iglesia, 2,1-47. 57
2. Primer choque con la autoridad judía con motivo de la curación de un paralítico, obrada por Pedro, 3,1-5,16 87
3. Segundo choque con la autoridad judía, 5,17-42 109
4. Tercer choque con la autoridad judía: la muerte de Esteban, estímulo a la evangelización de los paganos, 6,1-8,3. 115
Sección segunda: La misión en Palestina, preludio de la evangelización de los gentiles, 8,4-9,31 140

Págs.

1. Misión de Felipe: conversión de los samaritanos y del intendente etíope, 8,4-40 140
2. Conversión y vocación de Pablo, 9,1-30 158

PARTE SEGUNDA: PRINCIPIOS Y CONSOLIDACIÓN DE LA EVANGELIZACIÓN DE LOS GENTILES. ANTIOQUÍA, CENTRO DE IRRADIACIÓN, 9,32-15,35 169

Sección primera: Primeros pasos en la evangelización de los gentiles, 9,32-12,25 169

1. Conversión de Cornelio (primera familia pagana que se hace cristiana), 9,32-11,18. 169
2. Comienzos de la Iglesia de Antioquía (primera comunidad formada por etnicocristianos) 11,19-30 194
3. La persecución de Herodes Agripa I, 12,1-25 203

Sección segunda: Se consolida la evangelización de los gentiles, 13, 1-15,35 216

1. Viaje de misión de Bernabé y Pablo (la primera gran expedición misionera), 13,1-14,28 216
2. Decisión oficial de los jefes de la iglesia acerca de la evangelización de los gentiles (concilio apostólico), 15,1-35 246

PARTE TERCERA: LA EVANGELIZACIÓN DE LOS GENTILES. PABLO, PERSONAJE CENTRAL DE LA ACCIÓN, 15,36-28,31 267

Sección primera: Pablo en el apogeo de su actividad misional, 15, 36-19,40 267

1. Segundo viaje de misión (Macedonia y Acaya), 15,36-18,22 . . 267
2. El tercer viaje misional (Éfeso), 18,23-19,40 317

Sección segunda: Pablo, víctima de su actividad misionera. Su testimonio de Cristo en calidad de prisionero, 20,1-28,31 334

1. Último viaje a Jerusalén: obscuros presentimientos y profecías, 20,1-21,14 334
2. En la comunidad de Jerusalén; esfuerzos por evitar el peligro inminente, 21,15-26. 347
3. La captura de Pablo, su prisión en Jerusalén y el traslado a Cesarea, 21.27-23,35 352
4. El proceso en Cesarea ante el tribunal del procurador, 24,1-26,32. 371
5. Pablo es trasladado a Roma, 27,1-28,15 397
6. Los dos años de cautividad en Roma, 28,17-31. 414

CUADRO CRONOLÓGICO 423

ÍNDICE DE «EXCURSUS» 424

SIGLAS Y ABREVIATURAS

LIBROS DE LA BIBLIA

Abd	Abdías	Gén	Génesis	Nah	Nahúm
Act	Actos	Hab	Habacuc	Neh	Nehemías
Ag	Ageo	Heb	Hebreos	Núm	Números
Am	Amós	Is	Isaías	Os	Oseas
Ap	Apocalipsis	Jds	Judas	Par	Paralipómenos
Bar	Baruc	Jdt	Judit	Pe	Pedro
Cant	Cantar	Jer	Jeremías	Prov	Proverbios
Col	Colosenses	Jl	Joel	Re	Reyes
Cor	Corintios	Jn	Juan	Rom	Romanos
Dan	Daniel	Job	Job	Rut	Rut
Dt	Deuteronomio	Jon	Jonás	Sab	Sabiduría
Ecl	Eclesiastés	Jos	Josué	Sal	Salmos
Eclo	Eclesiástico	Jue	Jueces	Sam	Samuel
Ef	Efesios	Lam	Lamentaciones	Sant	Santiago
Esd	Esdras	Lc	Lucas	Sof	Sofonías
Est	Ester	Lev	Levítico	Tes	Tesalonicenses
Éx	Éxodo	Mac	Macabeos	Tim	Timoteo
Ez	Ezequiel	Mal	Malaquías	Tit	Tito
Flm	Filemón	Mc	Marcos	Tob	Tobías
Flp	Filipenses	Miq	Miqueas	Zac	Zacarías
Gál	Gálatas	Mt	Mateo		

APÓCRIFOS

ApBar	Apocalipsis de Baruc
AsMo	Ascensión de Moisés
3Esd	Tercer libro de Esdras
4Esd	Cuarto libro de Esdras

1Hen	Primer libro de Henoc
Jub	Libro de los Jubileos
SalSl	Salmos de Salomón
Sibil	Oráculos sibilinos
Test XII	Testamento de los doce patriarcas
TestBenj	Testamento de Benjamín
TestLev	Testamento de Leví

OTRAS OBRAS CITADAS

Adv. Marc.	*Adversus Marcionem* (TERTULIANO)
Ant.	*Antiquitates Iudaicae* (FLAVIO JOSEFO)
Apol.	*Apologia* (san JUSTINO)
Bl	*Bellum Iudaicum* (FLAVIO JOSEFO)
De Civ. Dei	*De Civitate Dei* (san AGUSTÍN)
De iei.	*De ieiunio* (TERTULIANO)
De script. eccl.	*De scriptoribus ecclesiasticis* (san JERÓNIMO)
Dial.	*Dialogus cum Tryphone* (san JUSTINO)
Eph	*Carta a los Efesios* (san IGNACIO DE ANTIOQUÍA)
Haer.	*Adversus haereses* (san IRENEO)
HE	*Historia Ecclesiastica* (EUSEBIO)
Magn.	*Epistola ad Magnesios* (san IGNACIO DE ANTIOQUÍA)
Mor.	*Moralia* (PLUTARCO)
Moys.	*Vita Moysis* (FILÓN)
Nat.	*Ad nationes* (TERTULIANO)
Peá	Tratados *Peá* de la colección rabínica llamada *Mišná*
Šabb	Tratados *Šabbat* de la *Mišná*
Sanh	Tratados *Sanhedrin* de la *Mišná*
Spec.	*De specialibus legibus* (FILÓN)
Strom.	*Stromata* (san CLEMENTE DE ALEJANDRÍA)

OTRAS ABREVIATURAS CORRIENTES

AT	Antiguo Testamento
NT	Nuevo Testamento
LXX	Versión griega del AT por los Setenta
cap.	capítulo(s)
com.	comentario
exc.	excursus
v.	versículo(s)

s	y el versículo siguiente
ss	y los dos versículos siguientes
par	y textos paralelos
cf.	confróntese

TRANSCRIPCIÓN DEL ALFABETO HEBREO

Se transcribe de la forma siguiente: ', *b*, *g*, *d*, *h*, *w*, *z*, *ḥ*, *ṭ*, *y*, *k*, *l*, *m*, *n*, *s*, ', *p*/*f*, *ṣ*, *q*, *r*, *ś*, *š*, *t*.

NOTAS IMPORTANTES

El asterisco (*) remite a los textos paralelos en que se da el comentario completo.
En los textos bíblicos, los paréntesis ( ) encierran palabras añadidas por el traductor, para mayor claridad; los corchetes [ ], versículos o partes de versículo que faltan en los textos más importantes.
En los títulos de los *comentarios*, el asterisco * que precede a la cita de un texto paralelo, indica que allí es donde más se extiende el comentario de los textos en cuestión.
Para el texto castellano de los Hechos de los Apóstoles que damos con el presente comentario (ajustado a las variantes textuales adoptadas y comentadas por el autor), se partió de una primera versión directa del Dr. S. Muñoz Iglesias, dispuesta como base de trabajo para la *Biblia Herder* en preparación.

INTRODUCCIÓN

1. *Nombre y contenido*

Los Hechos de los Apóstoles son la continuación del Evangelio de Lucas, con el cual constituyen una obra que obedece a un solo plan. El prólogo del segundo libro hace referencia explícita al primero y resume en pocas palabras su contenido. Sólo que, contra lo que solían hacer los escritores antiguos, no ofrece indicación alguna acerca del contenido mismo de los Hechos (cf. el comentario). Con todo, el libro se propone, sin lugar a duda, hacer resaltar la idea de que la obra de Jesús no terminó con su partida de este mundo; desde el cielo, el Señor glorificado la continúa a través de los apóstoles, armados de nueva fuerza de lo alto, mediante la fundación de la Iglesia y el anuncio del evangelio al mundo entero. En esta forma, una misma idea compenetra los dos libros y los reduce a un todo orgánico.

En los antiguos manuscritos y traducciones, como entre los santos padres, el segundo libro de Lucas aparece, sin excepción, con el título de «Hechos de los Apóstoles». Los testimonios en favor de este título se remontan hasta cerca del año 180. San Ireneo llama el libro «Fiel testimonio de los hechos y de la enseñanza de los apóstoles» [1], o bien «Dichos y hechos de los apóstoles» [2], pero tales expresiones no hacen más que ampliar el título del libro. El título, en realidad, no se ajusta exactamente al contenido de la obra, dado que ésta en su mayor parte se limita a narrar las actividades de Pedro y de Pablo, los dos apóstoles principales,

1. IRENEO, *Haer.* III, 15,1.
2. Op. cit. III, 12,11.

y aun estas actividades, sobre todo al tratarse de Pedro, las presenta con muchas lagunas. Prescindiendo del catálogo de los apóstoles (1,13) y de lo referente a Pedro y a Pablo, de los demás sólo se menciona, con algunos datos esporádicos, a Judas, Juan, Santiago (hermano del anterior) y Santiago, el «hermano del Señor» (acerca del cual se discute si pertenecía o no al círculo de los doce). En cambio, otros personajes que no son apóstoles desempeñan en el libro un papel importante: Bernabé, que en otras partes recibe el nombre de apóstol, Esteban, Felipe y Apolo. Es de notar, sin embargo, que al principio del libro se da el catálogo de los apóstoles (1,13), se relata cómo fue completado el número de los doce (1,15ss), y, en toda la primera mitad, «los apóstoles» entran siempre en escena como grupo [3], si bien sólo se da el nombre de los que actúan como portavoces y guías. Ahora bien, en tiempos antiguos era de uso frecuente titular un libro, es decir, un volumen, según lo que contenía en sus primeras líneas. Por otra parte, hay que reconocer que el título «Hechos de los Apóstoles» conviene bien a este libro, continuación y complemento del Evangelio, cuyo contenido podría en justicia titularse «Hechos y enseñanzas de Jesús» (Act 1,1), aunque es cierto que las enseñanzas de los apóstoles en el libro de los Hechos no pueden equipararse en importancia a las enseñanzas de Jesús en los evangelios.

Si el título proviene del autor mismo, o si sólo más tarde le fue impuesto al libro, no se puede afirmar con certeza; pero, según las mayores probabilidades, fue el propio Lucas quien dio el título a la obra. Ésta se publicó, naturalmente, un poco más tarde que el evangelio, y como obra hasta cierto punto independiente; esto exigía que tuviese un título propio, pues de otra manera resultarían casi inexplicables la parcial repetición y la notable ampliación que las primeras líneas de los Hechos hacen del Evangelio, y la inserción de un catálogo de los apóstoles no obstante Lc 6,13-16. En todo caso, la expresión «Hechos» (en griego πράξεις) es muy usada en la antigüedad para designar hazañas de determinados personajes sobresalientes, y en ocasiones se emplea también como

3. Act 2 14; 5.18; 8,14; 9,27; 11,1; 15,2-23.

título de algún libro. Así, Calístenes, sobrino de Aristóteles, escribió los «Hechos de Alejandro», y Sósilo, compañero de armas y maestro de Aníbal, dio por título a una obra suya «Hechos de Aníbal».

2. *El fin*

El libro no pretende ser una historia de la era apostólica o de la Iglesia primitiva hasta la época del autor, pues para serlo presenta muchas lagunas; éstas, por su parte, no se limitan a acontecimientos que, al parecer, quedaron ignorados del autor. Así, por ejemplo, en lo tocante a la primitiva comunidad de Jerusalén, a la actividad y vicisitudes por que atravesó Pedro, el autor debió seguramente disponer de una información mucho más amplia de la que él comunica a sus lectores. Tampoco entra en los designios del libro hacer una exposición completa de las actividades de los dos principales apóstoles, Pedro y Pablo, por más que las hazañas y vicisitudes de éstos ocupen la mayor parte de sus páginas.

El verdadero interés del autor está centrado, más que en las acciones y en la predicación de los dos grandes apóstoles, en la *incontenible carrera victoriosa del evangelio a través del mundo entonces conocido,* limitándose después de todo a seguir el avance de la predicación en dirección oeste, hacia Roma. Las palabras del Resucitado a sus apóstoles: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra» (1,8) enuncian el verdadero tema del libro. Dentro de este plan, tiene particular interés para el autor, pagano de nacimiento, el traspaso de la predicación de los judíos a los paganos, los comienzos de la misión entre los gentiles,. el nacimiento de la Iglesia etnicocristiana. En esta irresistible marcha triunfal del cristianismo a través de los países del imperio romano, el autor ve, en último término, el formidable poder y acción del Espíritu Santo, que Cristo prometió y envió a sus testigos. Se podría entonces resumir el tema del libro en una frase: *los Hechos de los Apóstoles relatan la difusión universal del cristianismo, iniciada por la fuerza del Espíritu Santo, y por ella realizada.*

Como se observó antes, Lucas describe con especial relieve el traspaso de la predicación de los judíos a los paganos, es decir, el origen de la misión entre los gentiles. De ahí la amplitud y riqueza de detalles con que se relata el bautismo de Cornelio, el centurión pagano. Este bautismo se lleva a cabo por orden expresa de Dios, por ministerio del jefe de los apóstoles, y con la aprobación ulterior de la comunidad de Jerusalén. La aceptación de este pagano en la Iglesia representa el nuevo rumbo que toma la obra de la evangelización. Amplio en pormenores es asimismo el relato de la conversión del apóstol Pablo, el máximo misionero de los gentiles. Preciosa es también la información que recibe el lector sobre los orígenes de la comunidad de Antioquía, de tan particular importancia para la evangelización de los gentiles. A Pedro, la figura central de la misión entre los judíos (Gál 2,7), no se lo vuelve a nombrar después del concilio apostólico (cap. 15), ni se vuelve a dar noticia sobre la comunidad de Jerusalén. Si algo volvemos a saber de ella y de los judíos convertidos de Palestina, es sólo de paso y con ocasión de la última visita de Pablo a Santiago (21,18ss).

En este punto, sin embargo, hay que hacer una importante salvedad. La misión entre los gentiles aparece esencialmente como obra de Pablo. Con todo, el autor sabe muy bien que Pablo no ha sido ni el primero ni el único evangelizador de los gentiles. Es él mismo quien relata, bien sea a grandes líneas, cómo esta misión surgió antes que Pablo interviniera. Sólo que todo eso no era, a juicio del autor, más que un preludio de la obra del gran Apóstol de los gentiles. A partir del momento en que Pablo emprende su primer viaje de misión, el autor no se ocupa más que de la actividad de este insigne predicador, sin una sola noticia sobre la difusión del cristianismo en el cercano oriente, en Egipto o en Roma, no obstante saber que en Roma existía, ya antes de la llegada de Pablo, una floreciente comunidad cristiana, con preponderancia, hacia la época en que se escribió la carta a los Romanos (año 57 ó 58), del elemento proveniente de la gentilidad. Un doble motivo tiene para limitarse a la obra de Pablo: entre los evangelizadores de los gentiles, fue éste, indiscutiblemente, el más grande y eficaz;

de otra parte, Lucas estaba en posesión de las mejores informaciones acerca de la obra misionera de Pablo, dado que durante no poco tiempo había sido compañero suyo. De ahí que en la segunda parte de los Hechos, la obra y la suerte de Pablo absorben todo el interés del autor. Sólo así se comprende por qué el libro dedica tanto espacio a narrar la prisión y el proceso.

Pero Lucas, al escribir su historia se propone, además, un fin *apologético* que, por cierto, sólo se puede entrever en los pasajes que tratan directamente de Pablo. Se da entonces especial énfasis al hecho de que la autoridad romana (Sergio Paulo, Galión) se muestra benévola hacia él, y de que en su actividad nada descubre que comprometa la seguridad del Estado. Las persecuciones contra Pablo y sus compañeros parten siempre de los judíos incrédulos y de aquellos paganos que, azuzados por éstos, creen ver en Pablo causa de perjuicio para sus intereses materiales. Al relatar, con abundancia de pormenores, el proceso de Pablo, una y otra vez advierte al lector que, a juicio de los oficiales romanos competentes y de los representantes legítimos de la autoridad imperial (Claudio Lisias, Félix, Festo), y aun a juicio del propio rey judío, Agripa II, no había en contra de Pablo ningún cargo que mereciese la pena de muerte. Quien lee el relato del proceso tiene casi la impresión de estar leyendo un auto de defensa en favor del Apóstol.

Esta innegable tendencia apologética está claramente dirigida a responder a los ataques y acusaciones procedentes de los judíos. Para el autor es asunto importante demostrar su inconsistencia. Con todo, los Hechos no son tampoco una apología en pro de los cristianos frente a la autoridad romana. Van dirigidos a los cristianos; y Teófilo, el personaje a quien están dedicados ambos libros, debió de ser a su vez un cristiano. *La demostración de que la religión cristiana no encerraba ningún peligro en el terreno político, era, indudablemente, de la máxima importancia para la suerte futura de la predicación en Roma y en el resto del imperio,* tanto más cuanto que los judíos incrédulos no habían dejado de trabajar por doquiera contra las actividades misionales de los apóstoles, insinuando sospechas y acusaciones de este género. Los Hechos de los Apóstoles, con sus relatos, ponían a los lectores en condiciones

de poder ilustrar ante el público pagano de la verdadera realidad de las cosas.

3. *El autor*

La antigua tradición eclesiástica atribuye unánimemente la composición del tercer evangelio y de los Hechos de los Apóstoles al médico Lucas, mencionado en Col 4,14 [4], por algún tiempo compañero y colaborador del apóstol Pablo [5]. Los testimonios más antiguos se remontan a los años 180-200. Ireneo de Lyón (muerto hacia el 200) dice que Lucas, autor del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, fue compañero y colaborador de Pablo; apoya su afirmación en los pasajes en primera persona plural (las llamadas secciones «nosotros») contenidos en los Hechos [6]. Su contemporáneo, algo más joven, Tertuliano de Cartago, señala también a Lucas, el «compañero de Pablo» [7], como autor de los Hechos [8]. Otro tanto afirma Clemente de Alejandría (150-215) [9]. El antiguo Canon romano, de los alrededores del 200 *(Fragmento de Muratori)*, sostiene que Lucas narra en su Evangelio lo que oyó, y en los Hechos lo que personalmente vivió. El antiguo *Prólogo al Evangelio de Lucas*, escrito contra los marcionitas en Roma, al parecer hacia 180, da la noticia de que Lucas es oriundo de Antioquía de Siria, fue discípulo de los apóstoles y siguió más tarde a Pablo hasta el martirio; que después de escritos los Evangelios de Mateo y de Marcos, compuso él el suyo, y luego los Hechos de los Apóstoles. Sería superfluo aducir testimonios más recientes. En conclusión, *siempre que los Hechos aparecen mencionados por su nombre en la primitiva literatura cristiana, son presentados también como obra de Lucas, compañero de Pablo.*

Pero cabe aquí una pregunta: ¿puede esta antigua tradición

---

4. Flm 24; 2Tim 4,11.
5. Para más datos, véase la introducción al tercer Evangelio.
6. IRENEO, *Haer.* III, 1,10.13-14.
7. TERTULIANO, *adv. Marc.* IV, 2.
8. TERTULIANO, *de Iei.* 10.
9. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* V, 2.

eclesiástica sostenerse aún hoy ante el tribunal de la moderna investigación histórica? La escuela protestante de tendencia crítico-liberal responde negativamente. En cambio, la exégesis católica y la protestante de tendencia conservadora defienden, con buenas razones, la exactitud de la tradición. Ésta ha recibido en los últimos años un apreciable apoyo por parte de dos investigadores radicales, el teólogo Adolf von Harnack y el especialista en historia antigua, Eduard Meyer. Harnack ha demostrado exhaustivamente, en numerosos escritos, que el tercer evangelio y los Hechos de los Apóstoles proceden de un mismo autor. El vocabulario, el estilo, todo el conjunto de ideas, son en ambos libros tan orgánicos, que exigen un solo autor. Ha demostrado, en particular, que los pasajes en primera plural (secciones «nosotros») de los Hechos coinciden en tal forma, en cuanto a estilo y vocabulario, con el resto del libro (y con el Evangelio), que su autor no puede ser otro que el que lo es de todo el libro.

¿Quién es este autor? Hay en los Hechos diversos pasajes en que la narración se hace en primera persona plural («nosotros»). Son los siguientes: 16,10-17; 20,5-21; 18; 27,1-28,16. Ahora bien, la suposición más obvia es que el autor quiere narrar en estos pasajes del libro acontecimientos que él mismo vivió, o, en otros términos, que durante ese tiempo era él uno de los compañeros de Pablo. Estos pasajes, en efecto, no dan en forma alguna la impresión de ser retazos casuales de algún diario ajeno que el autor de los Hechos hubiese insertado en su obra. Si se colocan en serie ordenada, se obtiene el siguiente cuadro: el autor de los pasajes en primera plural se encontró con Pablo durante el segundo viaje de misión, por cierto no más allá del período de permanencia en Tróade, y lo acompañó luego hasta Filipos. Pero allí se quedó (16,10-17). Cuando el Apóstol parte de Filipos, al final del tercer viaje, comienza el segundo pasaje en primera plural (20,5), que llega hasta la visita de Pablo a Santiago, en Jerusalén (21,18). Así pues, el autor, transcurridos de seis a ocho años, se sumó de nuevo en Filipos a la comitiva de Pablo y lo acompañó hasta Jerusalén.

El tercer pasaje en primera plural narra el traslado del Apóstol, ya prisionero, de Cesarea a Roma (27,1-28,16). Quien escribe

hizo, por consiguiente, el mismo viaje. Entre 21,18 y 27,1, el «nosotros» desaparece. Pero aquí no es de extrañar su ausencia, ya que en estos capítulos se habla del arresto, el interrogatorio y el proceso de Pablo. Por idéntica razón cesa también en 28,16; en los versículos que siguen, tampoco tiene por qué aparecer. Logramos así un cuadro nítido e indiscutible: el autor de los pasajes en primera plural se unió al Apóstol en Tróade, lo acompañó hasta Filipos, y allí se quedó. Después de algunos años volvió definitivamente a su lado, lo acompañó a Jerusalén, y durante los dos años de prisión en Cesarea permaneció junto a él. Viajó luego con él a Roma, y fue inseparable del Apóstol cautivo durante los dos años recordados en Act 28,30.

Ahora bien, ¿con cuál de los compañeros de Pablo, que conocemos, se podría identificar el autor de los pasajes en primera persona plural? No, ciertamente, con ninguno de aquellos cuyos nombres han conservado los Hechos. Por este y otros motivos se excluye a Silas, Timoteo y Aristarco. El propio Tito no entra en cuestión, dado que él, ya antes de Act 16,10, fue, transitoriamente, uno de los compañeros de Pablo (cf. Gál 2,1), y después de 2Cor fue enviado por él a Corinto en misión de confianza. En conclusión, pues, no queda sino Lucas, quien, según las epístolas de la cautividad, se encontraba por esta época en Roma al lado de Pablo[10]. Es cierto que en ellas figuran también otros nombres, pero entre éstos no hay razón para tener en cuenta a los convertidos del judaísmo (Col 4,10-11), porque no hay la menor duda de que los Hechos fueron escritos por un cristiano oriundo del paganismo. Son de excluir asimismo, el colosense Epafras (Col 1,7-8) y Demas (cf. 2Tim 4,10). *De esta forma, la tradición que señala al médico Lucas como autor de los Hechos viene a hallarse confirmada por fuertes argumentos internos.*

Como prueba complementaria suele llamarse la atención sobre el hecho de que tanto el tercer Evangelio como los Hechos de los Apóstoles debieron ser escritos por un médico, dado que el autor se muestra particularmente familiarizado con la medicina y su

10. Col 4,14; Flm 24

terminología. Con todo, si se atiende a las más recientes investigaciones, no se puede atribuir mucha fuerza probatoria a este argumento. No se puede negar, es cierto, que el autor de estos dos escritos emplea toda una serie de términos técnicos de la medicina, que describe enfermedades y procesos de curación con bastante más exactitud que los otros evangelistas, que es el único que conserva el proverbio «Médico, cúrate a ti mismo» (Lc 4,23), y que mitiga esencialmente el juicio desfavorable de Marcos (5,26) sobre los médicos (Lc 8,43). Pero, de otra parte, es también innegable que estas mismas expresiones de la medicina aparecen en obras de autores antiguos que no eran médicos. De todos modos, no deja de ser significativo el uso frecuente que de ellas hacen tanto el tercer Evangelio como los Hechos, en contraste con el Evangelio de Marcos, que, sin embargo, fue utilizado por Lucas.

4. *Las fuentes de los Hechos*

Dado que el autor no suministra información alguna sobre sus fuentes, desde hace largo tiempo los investigadores se han propuesto establecer, valiéndose de todos los instrumentos de la crítica, qué notas o relatos escritos fueron utilizados como base para la redacción de los Hechos. Pero hasta hoy los esfuerzos no han llegado a resultados satisfactorios. El vocabulario y el estilo de los Hechos revelan una gran unidad; de otra parte, las desigualdades y divergencias, que en otros casos sirven de criterios para reconocer la reelaboración de fuentes escritas, están aquí diseminadas por todo el libro con tal uniformidad que es imposible valerse de ellas para delimitar documentos escritos. Al aceptar como autor a Lucas, compañero de Pablo, el problema de las fuentes, por lo que toca a la segunda parte del libro (del capítulo 13 en adelante), se hace relativamente más fácil de solucionar. En los pasajes «nosotros» narra Lucas en calidad de testigo ocular. Estos pasajes tienen, además, ciertas características que los distinguen de todo el resto del libro: su manera de narrar es muy viva y gráfica. Las indicaciones de tiempos y lugares son tan abundantes y precisas como

en ninguna otra parte de los Hechos. Casi siempre se da el nombre de los personajes que intervienen. Siendo así que Lucas permaneció en compañía de Pablo, o muy cerca de él, en el lapso que va de 20,4 (Filipos) a 28,16 (Roma) — sin excluir del todo algunas cortas ausencias durante los dos años de cautividad en Cesarea —, es natural que estuviera en condiciones de relatar lo referente al arresto y proceso del Apóstol en Jerusalén y en Cesarea, ya como testigo ocular, ya informado por quienes lo habían sido. En el espacio comprendido entre el primero y el segundo pasaje en primera plural, o sea, durante la mayor parte de la misión en Europa y de la actividad en Asia Menor, no estuvo al lado de Pablo. La narración correspondiente a este tiempo, relativamente pormenorizada y rica en datos concretos (discurso en el Areópago, motín de los plateros en Éfeso, nombre del procónsul Galión en Corinto, los asiarcas, etc.), muestra que Lucas estaba en condiciones de hacerse con buena información. Pero aun así, estos capítulos son *inferiores, en cuanto a precisión y riqueza de contenido, a los pasajes* en primera del plural.

El haber pertenecido por varios años al círculo de Pablo (entre Act 20,4 y 28,31 transcurren cinco años) dio a Lucas la posibilidad de recabar abundante información entre los testigos oculares de la primitiva historia cristiana. Muchas cosas las sabría, sin duda, por el propio Pablo o sus auxiliares. En el segundo viaje misionero del Apóstol tomó parte él juntamente con Silas (oriundo de Jerusalén, 15,22) y Timoteo (de Listra); hizo el último viaje a Jerusalén con hermanos de Macedonia, de Galacia meridional y de la parte occidental del Asia Menor (20,4). De no poca importancia es el hecho de que en Cesarea y en Jerusalén conoció personajes representativos de la Iglesia de Palestina (el «diácono» Felipe, 21,8; el profeta Ágabo, 21,10; un «antiguo discípulo», Mnasón, 21,16; Santiago y los presbíteros, 21,18ss). En Roma conoció luego a Marcos (Col 4,10ss). A través de ellos le era fácil lograr información oral aun acerca de lo sucedido en los primeros tiempos del cristianismo. Es probable que sobre tal género de averiguaciones se basen algunas partes de la primera mitad de los Hechos. En la misma forma debió llegar a conocimiento de lo que relata sobre

la actividad misionera de Felipe. En lo tocante a la conversión del centurión Cornelio y a la muerte de Herodes, Lucas debió ser suficientemente informado en Cesarea.

No podría excluirse, sin embargo, que, para algunos pasajes de los doce primeros capítulos, Lucas se haya servido también de notas escritas por mano ajena. Se puede dar por seguro que lo hizo para el episodio de Esteban, y en particular para el gran discurso apologético (6,1-7,60). Dado que los discursos de Pedro en los capítulos 2-5 contienen buen acopio de conceptos teológicos primitivos (p.e., «Siervo de Dios»), esta sección supondría igualmente documentos escritos. Éstos deben constituir, en todo caso, la base de listas como las de 1,13; 4,36-37, y de la enumeración de los países de la diáspora judía (2,9ss).

Pero, como los numerosos intentos de determinar exactamente y delimitar entre sí las fuentes escritas que el autor pudo haber utilizado para la redacción de los Hechos, no han llevado a ningún *resultado seguro, o siquiera verosímil, últimamente ha venido co*brando gran fuerza la opinión de que, aun en la primera mitad de los Hechos, Lucas trabajó principalmente o exclusivamente sobre tradiciones orales; los esfuerzos de la mayor parte de los investigadores se orientan hoy a descubrir, valiéndose de la crítica estilística, las huellas de tales tradiciones, y a establecer cuál fue propiamente la parte que tuvo el autor al utilizarlas (Dibelius, Bauernfeind). En cuanto a las epístolas paulinas, que en la actualidad son para nosotros la fuente más importante para la historia del Apóstol, sus viajes, su actividad, su teología, Lucas no se sirvió de ellas. No estaban aún coleccionadas cuando Lucas escribió. Habría conocido, sin duda, algunas de ellas separadamente, pero para la presentación del apostolado paulino le bastaban las fuentes orales.

5. *Carácter histórico*

Durante largo tiempo la escuela crítico-liberal, siguiendo sobre todo las orientaciones del teólogo de Tubinga, F. Chr. Baur (muerto en 1860), ha negado, en todo o en su mayor parte, la objetividad

histórica de los Hechos. Sin embargo, en los últimos decenios se ha venido acentuando un significativo cambio de opiniones. Hoy día, en los dominios de la crítica se acepta con más seriedad el contenido del libro. No cabe duda de que los Hechos quieren presentarse como una historia, y de que en realidad no son un escrito tendencioso, carente de valor histórico, como pretendían Baur y su escuela, sino, por el contrario, una exposición histórica del crecimiento y difusión de la primitiva Iglesia cristiana, de la incontenible carrera triunfal del Evangelio a través de los países del imperio romano, por encima de las persecuciones y oposición de los enemigos.

Sus informaciones históricas son de inapreciable valor. No obstante poseer las cartas de san Pablo, sin este libro, mucho de lo relacionado con el desarrollo histórico del cristianismo primitivo quedaría para nosotros en la más completa obscuridad. Lucas, desde luego, no pretende ni puede medirse con los grandes historiadores antiguos, tales como Tucídides, Polibio, Tácito; hay que tener en cuenta, en efecto, que el libro no es una exposición exhaustiva de los acontecimientos, ni se ciñe a una cronología precisa y completa. Siendo así que él persigue un fin religioso práctico y quiere, ante todo, mostrar la expansión geográfica del cristianismo, no considera tarea suya exponer, con todos sus pormenores y consecuencias, las luchas, a veces violentas y prolongadas, entre Pablo, principal representante del universalismo abierto a todo el mundo, y el judaísmo retrógrado, ni los encuentros y dificultades de todo género que Pablo tuvo con sus comunidades (cf. las cartas a los Corintios). Quizá ni disponía de información precisa sobre tales luchas. Conforme a su tendencia práctica, los Hechos se detienen más en las facetas luminosas que en las sombrías de la historia del cristianismo primitivo, sin pasar por alto, tampoco, estas últimas [11].

Es claro que Lucas, como historiador, es tributario de sus fuentes; cuanto más ricas y fidedignas son éstas, tanto más preciosa es su exposición histórica. Donde Lucas cuenta lo que él mismo

11. Ananías y Safira, Act 5,1ss; roces entre hebreos y helenistas, 6,1; entre Pablo y Bernabé por causa de Marcos, 15,39; desconfianza de los judíos cristianos con respecto a Pablo, 21,20ss

ha vivido, es más preciso, más gráfico, más minucioso que donde no puede prescindir de las informaciones de otros. Cuanto más cerca está de los acontecimientos que narra, mayor es el valor de su narración. La primera mitad de su libro no alcanza el grado de plasticidad y precisión de la segunda; le faltan, sobre todo, las indicaciones cronológicas. La única excepción es la noticia de que la actividad común de Bernabé y Pablo en Antioquía duró un año (11,26). Por esto mismo es difícil decir cuánto tiempo transcurre entre los tres choques de la comunidad de Jerusalén con las autoridades judías, y en qué orden cronológico se desarrollan los acontecimientos entre la muerte de Esteban y el concilio apostólico. Sólo podemos decir que lo narrado en los primeros quince capítulos llena, en conjunto, el lapso de unos 20 años (cf. el cuadro cronológico). Y si podemos levantar una cronología aproximada, es gracias a que, por la historia profana, conocemos la época del reinado de Herodes Agripa I (Act 12,1ss), y a que Gál 1,18ss ofrece dos indicaciones precisas. En cambio, en la segunda mitad del libro hallamos varios datos cronológicos de gran valor (18,11: año y medio en Corinto; 19,8-10: dos años y medio; 20,31: tres años en Éfeso; 24,27: dos años en Cesarea; 28,30: dos años en Roma), que hacen posible una cronología mucho más segura a partir del concilio apostólico.

Todos estos puntos de vista han de tenerse en cuenta si se quiere dar un juicio imparcial sobre el valor histórico de los Hechos de los Apóstoles. Haciéndolo así, el libro satisface perfectamente a toda exigencia que respecto a él se quiere, con justicia, plantear.

Una parte considerable de su contenido es susceptible de pasar por una comprobación, por cierto la más estricta que se pueda pensar: la comparación con las *epístolas paulinas*. Si se confrontan los datos que dan los Hechos acerca de Pablo y su obra con los que él mismo da en sus cartas, el resultado es que las informaciones de los Hechos superan brillantemente la prueba. Es cierto que sobre muchos puntos las cartas conservan pormenores bastante más abundantes y exactos, pero, en cambio, por los Hechos venimos a conocimiento de no pocos detalles relacionados con Pablo y sus actividades, que

no aparecen en las cartas (en particular, la ruta y diferentes etapas de sus viajes de misión). No faltan, es cierto, algunos puntos de divergencia entre las dos fuentes (p.e., Act 15 y Gál 2), pero de ningún dato de los Hechos se puede probar la no historicidad por comparación con las cartas; y, lo que es más, gran parte de ellos, con ventaja la mayor, se ve plenamente confirmada por el testimonio de las cartas.

Sobre las *divergencias* entre ciertos datos de los Hechos y otros de las epístolas, se tratará en el comentario [12]. Por ahora baste con observar que Pablo en sus cartas, especialmente en la de los Gálatas, no escribe como historiador que narra tranquila y desapasionadamente, sino que habla casi exclusivamente en defensa propia, lo cual hace que algunas cosas las trate bajo una luz especial, y otras las omita como superfluas para lo que él se propone demostrar. En tal caso no es de extrañar que se presenten ciertas divergencias. Por otra parte, éstas no son numerosas ni de tal género que comprometan el carácter histórico de los Hechos.

La acusación más fuerte que por parte de los críticos se ha querido lanzar contra los Hechos es que ellos presentan un *cuadro totalmente falseado del apóstol Pablo,* de su personalidad, de su predicación y de su mentalidad. El Pablo de los Hechos, se dice, sigue siendo, aun después de su conversión a la fe de Cristo, un fiel judío y un fariseo. Solemnemente proclama él delante del sanedrín: «Yo soy fariseo» (23,6). En presencia de Félix hace la apología de los tres dogmas fundamentales del fariseísmo: la unicidad del Dios de los padres, la Sagrada Escritura (ley y profetas) y la resurrección (24,14s). De los fariseos se diferencia sólo en que él ve en Jesús al Mesías ya venido. De la validez y santidad de la ley está convencido. Circuncida al semijudío Timoteo (16,3). La arenga que pronuncia en Jerusalén (21,23ss) va dirigida a probar cómo él, personalmente, observa la ley y no impide su observancia a los judíos de la diáspora que se han hecho cristianos. Al lado de todo esto existe, sin embargo, la afirmación categórica de que la ley no tiene carácter obligatorio sino para los judíos, y que no es suficiente para la justi-

12. Véase, en particular, el comentario a 11,30 y a 15,35.

ficación, porque en este caso debe intervenir, además, la fe en Cristo (13,38). Ahora bien, hay que reconocer que todo esto encierra una diferencia radical con respecto al fariseísmo.

La fidelidad a la ley y a las creencias judías se exterioriza también en lo que Pablo suele practicar durante sus viajes de misión. Aun en regiones paganas se dirige ante todo a la sinagoga, no porque espere encontrar allí paganos bien dispuestos, sino con la intención de anunciar a su pueblo la revelación de Dios en Jesucristo. Así pues, Pablo es en igual grado misionero de los judíos de la diáspora que misionero de los gentiles. Si invoca la maldición de Dios sobre los judíos [13], es por causa del judaísmo que se resiste a creer. Del antiguo patrimonio espiritual de su pueblo es decidido defensor. La razón del traspaso de Pablo a la evangelización de los gentiles está, según los Hechos, en la incredulidad de los judíos (28,28).

De este retrato de Pablo, se dice, difiere en rasgos esenciales el que dan las *epístolas*. Se pretende que el verdadero Pablo fue menos adicto a la ley que el Pablo de los Hechos; que el Pablo de las epístolas no es ningún fariseo convertido; él no habría podido afirmar que era fariseo. Que su posición frente a la ley fue mucho más tajante (Rom 7). Que para él, hacerse cristiano equivalía a un rompimiento total con el pasado; lo que él consideraba antes una ganancia, lo estima ahora una pérdida (Flp 3,7). Que el auténtico Pablo no fue evangelizador de judíos y gentiles, sino sólo de los gentiles. Se hace notar cómo en Jerusalén se opuso enérgicamente a la exigencia de hacer circuncidar a Tito (Gál 2,3-4); cómo, según se infiere de las epístolas, no vivía sometido estrictamente a las normas de vida judías, y si se conformaba a las prescripciones rituales, era sólo dentro de ambientes judíos y con el fin de evitar el escándalo y de no poner trabas a la conversión de los judíos al cristianismo. Y si en Jerusalén quiso costear la ofrenda para el sacrificio, y aun pasar por las ceremonias de purificación, no lo hizo precisamente para dar pruebas de que continuaba siendo fiel observante de la ley (Act 21,24).

---

13. Act. 15,31; 18,6; 28,26ss.

Ante estas razones es necesario responder: ni los Hechos ni las epístolas nos ofrecen un cuadro completo de lo que Pablo fue. Un retrato suyo en que predominen los rasgos con que lo muestran las cartas polémicas, tiene que aparecer, por fuerza, marcadamente unilateral; en él tendrá que saltar a la vista ante todo su lucha contra la ley, pero contra la ley considerada como medio único de salvación y contra su pretendida obligatoriedad para los gentiles. Pero donde no se trataba de esta cuestión básica, bien podía el Pablo de las epístolas hacerse judío con los judíos (1Cor 9,20). No hay, por consiguiente, nada que objetar (cf. 1Cor 10,32-33) a la noticia de los Hechos, de que circuncidó a Timoteo (16,3): era una concesión necesaria para favorecer su acercamiento a los judíos y a la sinagoga. Pero que Pablo, en sus viajes de misión, se haya impuesto por norma anunciar el evangelio a los judíos, no es una simple generalización de los Hechos, sino un dato suficientemente confirmado por su propio testimonio de que por cinco veces le fue aplicada la flagelación, pena característica de la sinagoga (2Cor 11,24). Para Pablo, la ley, en cuanto medio de salvación, ha quedado cancelada (Rom 10,4; Gál 3,25). Pero en cuanto profetiza a Cristo, conserva su valor, como Escritura que es. Pablo tuvo siempre en gran estima la Sagrada Escritura, e hizo de ella la base de su argumentación. Hasta donde el amor al prójimo constituye la verdadera esencia y el contenido de la ley, conserva ésta su fuerza [14].

Las declaraciones del Apóstol en favor del fariseísmo y de sus dogmas fundamentales se encuentran en sus discursos de defensa personal [15]; pero en estos casos tenía que dar especial relieve a aquello que lo unía al judaísmo, como respuesta al cargo que se le hacía, de estar introduciendo una nueva religión. Y Pablo podía, realmente, declarar con toda conciencia que la fe que él practicaba no era una apostasía del judaísmo, sino el cumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas. Según la enseñanza en Rom 11, los judíos convertidos no son, en modo alguno, unos renegados, sino el verdadero Israel. Cuando, pues, Pablo se identifica en los

14. Gál 5,14; Rom 13,8.
15. Act 23,6; 24,14-15; 26,6-8.22-23.

Hechos como fariseo, no se trata de un fingimiento. Es claro que él ya no forma parte de la secta de los fariseos, pero como cristiano sostiene con ellos, en contra de los saduceos, la resurrección de los muertos. La afirmación que hace, de estar encadenado por causa de la esperanza de Israel, es también exacta [16], ya que estaba delante del juez precisamente por ver en Jesús la realización de los mayores anhelos de su pueblo. Finalmente, en lo que se refiere al hecho de haber aceptado cubrir los gastos de los cuatro nazireos (21,23-24), no es esto tampoco una negación de la libertad que él exigía para los etnicocristianos. Es cierto que con ello hizo una concesión a los judeocristianos de Jerusalén, pero la hizo para que no se llegara a la ruptura entre los cristianos de una y otra parte, comprometiendo así la unidad de la Iglesia. Para mantener alejado este peligro, tuvo que hacerse judío con los judíos (1Cor 9,20), sin que tal manera de proceder incluya necesariamente de su parte la intención de probar a los judeocristianos que seguía considerándose estrictamente obligado a los usos propios del judaísmo (cf. el comentario a 21,24).

Una segunda posibilidad de controlar la fidelidad histórica de los Hechos la tenemos en las *noticias extrabíblicas* sobre personas, acontecimientos, organizaciones, aspectos de la historia religiosa y cultural de que en nuestro libro se hace mención. En él, efectivamente, abundan tales datos. Allí figuran personas y acontecimientos de la historia judía, instituciones religiosas del judaísmo; intervienen funcionarios romanos y de varias ciudades; se habla de procedimientos judiciales. Salen al paso del lector no pocos nombres de ciudades, provincias y países. Con profusión viene a cuento la historia religiosa y la civil. En esta forma es posible controlar una gran cantidad de datos concretos de todo género, mediante testimonios profanos. Y los Hechos han superado la prueba con éxito: en la inmensa mayoría de los casos, sus datos encuentran en tales testimonios una brillante confirmación. Sólo en contados casos se presentan divergentes de los testimonios profanos, pero nunca se ha podido llegar hasta demostrarlos erróneos.

---

16. Act 26,6; 28,20.

Es opinión muy difundida que los *discursos* de los Hechos deben renunciar a la pretensión de pasar por históricos. En efecto, en las antiguas obras de historia se encuentran numerosos discursos atribuidos a sus diversos personajes, y que en realidad no son sino creaciones libres de los escritores. Éstos los compusieron y los incorporaron en sus obras con el propósito de formular en ellos su propio juicio sobre personas, acontecimientos y situaciones, y para impartir alguna enseñanza al lector. Pues bien, algunos críticos pretenden que también los discursos de los Hechos son una libre creación del autor [17]. Sin embargo, tal opinión no puede sostenerse. Los discursos de los Hechos no son, desde luego, reproducciones literales de los discursos que realmente se pronunciaron, pues resultarían, cuando menos, demasiado cortos, sino que son, por regla general, simples compendios de las ideas centrales. Presentan entre sí tan marcadas diferencias, y en su contenido hay tantas peculiaridades, que no pueden aceptarse como creaciones de Lucas. *En el discurso de Mileto (20,18-35), el autor era uno de los* oyentes; y en realidad no hay otro pasaje de los Hechos que, por su espíritu y los términos empleados, guarde mayor parentesco con las epístolas paulinas. El contenido de los discursos polémicos de Pablo (capítulos 22-26) pudo conocerlo Lucas con exactitud, por referencias de quienes los escucharon, cuando él mismo no estuvo presente. Es innegable que están redactados con gusto artístico, que por su forma y lenguaje dejan traslucir la cultura de Lucas y están animados de fuerza retórica; pero no por eso son ensayos retóricos: han brotado de la situación, y reproducen con fidelidad el contenido de las palabras del Apóstol.

Entre los discursos misioneros de Pablo, el del Areópago (17,22-31) parte, seguramente, de buena información. Los esfuerzos del filólogo E. Norden por probar que se trataba de una creación del siglo II, han fracasado (véase el comentario). El discurso en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (13,16-41) tiene mucho en común con los discursos del apóstol Pedro, en la primera parte de los Hechos. Éstos se dirigen todos a judíos o a «temerosos de Dios»

17. Así, una vez más, M. DIBELIUS, en un escrito publicado en 1949.

(simpatizantes del judaísmo), y buscan hacerles llegar el mensaje de salvación manifestado en Jesús de Nazaret, y sobre todo eliminar el escándalo de su muerte de cruz. Estos discursos presentan muchas analogías en cuanto a los puntos tratados y en cuanto a la manera de llevar la argumentación. Con todo, no se puede pasar por alto que el discurso de Pablo en Antioquía contiene un concepto típicamente paulino (13,38-39), y que los de Pedro se amoldan bien a la situación y hacen gala del patrimonio teológico de los antiguos. Esto va directamente contra la idea de ver en ellos simples creaciones de Lucas.

Un carácter del todo peculiar presenta el discurso de Esteban (7,2-53). Contiene tantas discrepancias del Antiguo Testamento en puntos en que coincide con formas paralelas de la tradición judía, que es absolutamente imposible tenerlo por producto de la fantasía de Lucas. Desde el punto de vista teológico, difiere de los discursos paulinos por su ataque al templo de Jerusalén (7,48); tal actitud es ajena a Pablo. Es verosímil que se base en algún documento escrito; así lo sugieren, por su parte, la desproporcionada longitud del discurso y el estilo, que no es el de Lucas.

Todo esto no significa tampoco que Lucas, al consignar cierto número de discursos en su libro, haya querido simplemente ejercer la función de un buen cronista, reproduciendo, hasta donde la memoria se lo permitía, las palabras que efectivamente fueron pronunciadas. Estos discursos cumplen más bien una *función literaria* bien definida dentro del conjunto de los Hechos; se los ha de juzgar, en consecuencia, desde tal punto de vista. Esto se ve con claridad una vez que se tenga en cuenta que el autor sólo entrega una parte, que parece haber sido previamente seleccionada y marcada con el sello de su estilo personal. Los más importantes se pueden distribuir en tres grupos.

El *primer* grupo de discursos ofrece un parentesco sorprendente con los de los historiadores antiguos. Tomando a éstos por modelo, Lucas inserta en los grandes momentos de la historia del cristianismo primitivo que su narración presenta como decisivos, discursos destinados a poner de manifiesto la trascendencia del acontecimiento relatado o de la situación que éste permite entrever. Así, el dis-

curso de Esteban (7,2-53) introduce a la sección en que se trata del traspaso del mensaje de salvación de los judíos a los gentiles, y mueve al lector a reflexionar en que la era del templo y de la ley judía ya ha caducado. La predicación de Pedro en casa de Cornelio (10,34-43), que no contiene nada realmente nuevo si se la compara con los discursos anteriores del mismo apóstol, está destinada a subrayar la admisión de un pagano en la Iglesia, como resultado de una intervención directa de Dios, y que, por consiguiente, es un hecho de trascendencia fundamental. Los discursos de Pedro y de Santiago en el concilio apostólico (15,7-11.14-21) tienen por función ilustrar tanto el alcance de la decisión tomada en Jerusalén, como el perfecto acuerdo existente entre los dos hombres más representativos, sobre una materia de tanta importancia.

Si Lucas incluye precisamente el discurso del Areópago (17, 22-31) como modelo de lo que era la predicación de Pablo a los paganos, lo hace en atención a la importancia excepcional de Atenas para la vida religiosa de entonces. Este discurso está llamado a enseñar al lector cómo predican el Evangelio los primeros misioneros cristianos a los medios cultos del paganismo, y qué actitud adoptan frente a su religiosidad. Los Hechos conservan también un discurso del gran fundador de iglesias, que fue Pablo, a una de sus comunidades: es el discurso a los ancianos de Éfeso, reunidos en Mileto (20,18-35). Que Lucas haya querido transmitir precisamente este discurso y no, por ejemplo, alguno de los pronunciados ante las comunidades de Corinto o de Éfeso (Act 20,4ss), es algo que hay que entender también a la luz del plan general del libro. Aquí el Apóstol, asaltado por obscuros presentimientos, a pocos días del arresto que lo arrancará violentamente de sus tareas apostólicas, en presencia de los representantes de la última Iglesia por él fundada, la que por más largo tiempo había sido objeto de sus desvelos, hace, a manera de despedida, un recuento personal del trabajo cumplido hasta ahora en la difusión y consolidación del evangelio; agrega a ello una defensa de su persona y una mirada sobre el futuro próximo. Se ha observado, con razón, que este discurso cumple aquí la misma función que el «elogio» del héroe en las antiguas biografías.

Un *segundo* grupo lo constituyen los discursos que Pablo pronuncia en defensa propia: ante el pueblo judío, que quería lincharlo (22,1-21), delante del sanedrín (23,1-6), en presencia del procurador Félix (24,10-21), de Festo y de Agripa (26,2-23.25-27). Estos discursos no tienen, en realidad, paralelo alguno en la historiografía antigua. En el que dirige al pueblo, Pablo no se defiende del cargo de profanar el templo, como sería de esperar: prefiere detenerse a demostrar el pleno derecho con que procede a la evangelización de los paganos, derecho y misión que el Señor mismo le confió en una visión. No por eso, sin embargo, se podría decir que no se adapta a la situación; en efecto, los judíos del Asia Menor habían azuzado a la muchedumbre contra el Apóstol, inculpándolo de que por doquier predicaba en contra del pueblo judío, de su ley y de su santuario, y su atrevimiento llegaba ahora hasta profanar el templo [18]. Los demás discursos de defensa van primordialmente dirigidos a demostrar que la religión cristiana no es apostasía del judaísmo, sino su legítima continuación, porque en ella la promesa hecha a los padres, y por ende la esperanza judía en el futuro, se hacía realidad; esto cobra particular evidencia en el dogma de la resurrección [19]. Con estos discursos apologéticos se propone Lucas, no simplemente comunicar a sus lectores lo que Pablo habló en aquellas circunstancias, sino dar respuesta, a un mismo tiempo, a dudas que los atormentaban; en otras palabras, buscaba instruirlos sobre las verdaderas relaciones entre cristianismo y judaísmo.

Un *tercer* grupo lo forman los discursos misioneros de Pedro y de Pablo. No tienen por fin transmitir a la posteridad las palabras que los apóstoles pronunciaban en tales ocasiones, sino procurar al lector un cuadro de conjunto de la primitiva predicación cristiana, anunciándole al mismo tiempo el mensaje de salvación [20].

Lo dicho basta para demostrar cómo los discursos tienen, dentro del plan del libro, una función concreta que cumplir. Pero de ello no se sigue que haya de considerárselos como libres creaciones

18. Act 21,28; cf también 26,19-21.
19. Act 23,6; 24,15; 26,6-8.
20. Cf el primer exc. que sigue a Act 2,41

de Lucas, si bien hay que conceder a éste un amplio margen de contribución en lo que se refiere a su estructura literaria. «Si la historicidad de los discursos de los Hechos se debiera entender en el sentido estricto de una reproducción de cuanto se dijo en una determinada ocasión, sería imposible demostrarla» (J. Dupont).

En los Hechos se habla con frecuencia de *milagros, operaciones del espíritu e intervenciones directas de potencias ultraterrenas.* Pedro cura paralíticos [21], resucita a una mujer (Tabita, 9,36ss), inflige un castigo prodigioso (5,1ss) y por dos veces sale de la prisión en forma milagrosa [22]. Pablo castiga con la ceguera al mago Elimas (13,11), cura a un inválido en Listra (14,8ss), al padre de Publio y a otros enfermos en Malta (28,8-9), en Filipos libra a una esclava de espíritu pitón (16,18), y devuelve la vida a Eutico en Tróade (20,10) [23]. El día de pentecostés desciende el Espíritu Santo sobre los apóstoles y los hace capaces de hablar en lenguas extrañas [24]. Pablo se ve favorecido con visiones y revelaciones [25].

¿Qué decir de la credibilidad de estos y de otros relatos análogos? Quien por principio rechace toda intervención de poderes ultraterrenos en la historia y en la vida humana, tendrá que negarse a creer estos relatos. Pero deberá también rechazar como falso el contenido de los evangelios. Quien, en cambio, acepte la posibilidad del milagro y de la acción del Espíritu Santo, y no se empecina en negar que Jesús obró milagros y que también sus apóstoles fueron favorecidos con el mismo don, adoptará otra actitud frente a los mencionados relatos de los Hechos. Es cierto que no podemos probar con argumentos positivos la estricta realidad de los milagros y operaciones del Espíritu relatados en los Hechos, pero es fácil demostrar que se diferencian esencialmente de los prodigios fantásticos de la antigua literatura profana y de los Hechos apócrifos, y merecen se los tome en serio.

---

21. Junto a la puerta del templo, Act 3,11ss; a Eneas en Lida, 9,32ss.
22. Act 5,19ss; 12,4ss.
23. Se leen relatos compendiados de milagros en Act 2,43; 5,12-16; 6,8; 14,3; 19,11-12.
24. Act 2,1ss; cf. también 10,44.46; 19,6; 8,17.
25. Act 9,12; 16,6-10; 18,9-10; 20,23; 22,17ss; 23,11; 17,24.

Por testimonio expreso del Nuevo Testamento se sabe que la facultad de obrar milagros forma parte de los poderes concedidos a los apóstoles: «Convocó entonces a los doce y les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades, y los envió a anunciar el reino de Dios y a curar» [26]. Por su parte, el apóstol Pablo declara repetidas veces en sus cartas que ha obrado milagros, no inferiores en número ni en calidad a los que han hecho los otros apóstoles, y que tales milagros tienen para ellos el valor de credenciales. A los corintios escribe que en medio de ellos ha llevado a cabo obras de tal género que permiten distinguir en él a un verdadero apóstol: signos, milagros y hechos prodigiosos (2Cor 12,12). Escribiendo luego a los romanos reconoce que Cristo le ha hecho posibles grandes éxitos en la conversión de los gentiles, gracias a que comunicó poder a su palabra y a su acción, y obró por intermedio suyo signos y prodigios (Rom 15, 18-19). Bien dice la carta a los Hebreos que la salvación «fue anunciada primeramente por el Señor, y los que la escucharon nos la confirmaron a nosotros, y el mismo Dios abonaba el testimonio de éstos con señales, prodigios, milagros de todo género y dones del Espíritu Santo, distribuidos según a su voluntad» (2,3-4). Ante testimonios tan claros del apóstol Pablo, no es posible suprimir de la primitiva predicación cristiana el milagro. Anunciar a Cristo es, desde luego, la tarea principal del misionero [27], pero el milagro debe acreditarlo como enviado de Dios. Y en realidad, también en los Hechos es esto lo que hace el milagro juntamente con las operaciones del Espíritu.

Muy distinto es, en cambio, el papel de los milagros en los Hechos apócrifos, libros que desde mediados del siglo II empezaron a aparecer con profusión. En éstos, toda la trama está tejida en torno a los prodigios. Tales libros, que prácticamente no ofrecen ninguna información histórica de importancia sobre los apóstoles, se limitan a presentar largas listas de hechos prodigiosos a cual más grotesco, con el único fin de divertir a los lectores o de enaltecer

26. Lc 9,1-2 y paralelos; Mc 16,20.
27. 1Cor 1,22-23; Mc 16,20.

al héroe del relato. Un fin religioso o ético está, por lo general, totalmente ausente de tales hechos. Con la mayor naturalidad se atribuyen a los apóstoles los milagros más inverosímiles: ellos lo saben todo; la naturaleza toda, así animada como inanimada, les obedece automáticamente. Así pues, una simple mirada a las descripciones de milagros que contienen los Hechos apócrifos pone en evidencia la enorme distancia que existe entre esta clase de literatura y el libro canónico de los Hechos, y refuerza la confianza en la obra de Lucas, aun en aquellos pasajes en que da noticia de acontecimientos prodigiosos.

6. *Tiempo y lugar de composición*

Sobre este punto no existe una tradición unánime. Para la Iglesia primitiva tenía más importancia saber quiénes eran los autores de los libros sagrados, que plantearse la cuestión relativa al lugar y fecha de su composición. Sobre nuestro problema, Ireneo guarda absoluto silencio. Sin embargo, dado que él coloca la redacción del Evangelio de Marcos en los años siguientes a la muerte de Pedro y Pablo [28], no pudo haber fijado como anterior a esta fecha la composición de los escritos de Lucas. Según noticias del antiguo prólogo al tercer evangelio, que data aproximadamente del año 180, Lucas siguió a Pablo hasta el martirio de éste, y más tarde compuso en Acaya (Grecia) su Evangelio, al cual siguieron los Hechos. Entre los testimonios más recientes, hay dos que concuerdan en forma sorprendente con el citado prólogo. San Jerónimo escribe, en el prólogo a su comentario al Evangelio de Mateo (del año 398), que Lucas redactó su Evangelio en la región de Acaya y Beocia; un breve prólogo a los cuatro evangelios, contenido en una inscripción copta del siglo VI o VII (en una capilla de los montes de Assiut, en Egipto) localiza también en Acaya la composición de los dos escritos de Lucas. De estos testimonios resulta, en consecuencia, que la más antigua opinión difundida en la Iglesia, y que

28. IRENEO, *Haer.* III, 1.1.

debe ser aceptada como la que representa *la tradición primitiva* coloca la composición del Evangelio de Lucas y de los Hechos de los Apóstoles en el tiempo que siguió a la muerte de Pablo, e indica como lugar a Acaya, donde es sabido que Lucas desplegó actividad misionera. Eusebio parece haber sido el primer escritor que fijó la composición de los Hechos en el lapso que siguió inmediatamente a los dos años de cautividad de Pablo en Roma (Act 28,30-31), mas para ello no se basa en ninguna tradición antigua, sino simplemente en la inesperada conclusión del libro, puesta en relación con 2Tim 4,11.16-17 [29]. San Jerónimo dice luego expresamente (año 392) [30] que Lucas narró la historia del apóstol Pablo hasta los dos años que éste pasó cautivo en Roma, y que de ello se podría concluir que los Hechos fueron compuestos en esta ciudad. Es evidente que él piensa en el tiempo inmediatamente posterior a estos dos años.

Si en las afirmaciones de Ireneo y del antiguo prólogo no se reconoce una tradición fidedigna, entonces para fijar una fecha no queda más que recurrir a argumentos internos. Y en esto tiene importancia decisiva el modo como se explique la conclusión de los Hechos. ¿Lucas se vio quizá precisado a terminar su libro con un somero recuento de los dos años de cautividad relativamente suave a que fue sometido el Apóstol, por el hecho de que escribía inmediatamente después, cuando el proceso se hallaba aún en curso, y no podía, en consecuencia, suministrar más información? Esta hipótesis no se puede demostrar con argumentos positivos, pero en sí es posible. La defiende la gran mayoría de los exegetas católicos, si bien en los últimos años algunos de ellos (p.e., D. de Bruyne, Dupont, Boismard) la han encontrado discutible.

En todo caso, la fijación cronológica de las dos obras de Lucas (Evangelio y Hechos) está en estrecha relación de dependencia con la fecha de composición del evangelio de Marcos, del cual se sirvió Lucas para la redacción del suyo, según se admite por todos. Si Marcos escribió inmediatamente después de la muerte de Pedro

---

29. EUSEBIO, *HE* II, 22.
30. JERÓNIMO, *De Scriptoribus Ecclesiasticis* 7

(año 64), fecha que se ve apoyada por buenos argumentos [31], Lucas no pudo haber escrito su Evangelio antes de la segunda mitad del decenio 60-70 [32]. Por lo que toca a los Hechos es necesario decir que si Lucas compuso este libro durante la cautividad romana de Pablo y lo terminó, por consiguiente, a poco de concluida ésta, la redacción no pudo haberse hecho sin que lo supiera el Apóstol, a quien en todo momento tenía acceso el autor sin la menor dificultad (Act 28,30-31). Pero en este caso era de esperar que, llegado el momento de narrar los episodios de la vida de Pablo a los cuales él mismo no había estado presente, se dirigiera al Apóstol en busca de información. Ahora bien, si lo hubiese podido hacer, ¿cómo explicar entonces las innegables divergencias entre los Hechos (en los capítulos 11-15) y las cartas de san Pablo [33]? Por estas razones parece más probable que los Hechos no hayan sido escritos antes de la muerte de Pablo; es lo que atestigua también la más antigua tradición [34].

7. *Las dos formas del texto*

El texto de los Hechos nos ha llegado en dos formas que difieren notablemente entre sí. El de nuestras ediciones críticas del Nuevo Testamento se basa en los más antiguos códices unciales (especialmente el Vaticano, el Sinaítico y el Alejandrino). Este texto suele llamarse alejandrino o neutro. La otra forma, de la cual se encuentran huellas ya en el siglo II, está presentada en particular por la antigua versión latina, por los padres latinos y por el manuscrito D (códice de Beza), que tuvo origen en el sur de Italia (Sicilia) o en el sur de las Galias, y recibe por eso el nombre de texto occidental. Se han hallado recientemente en Egipto dos amplios fragmentos en papiro con este texto. El texto neutro es en general más breve y de estilo más paulino que el occidental, el cual

31. Véase la introducción al tomo II de este comentario.

32. Véase, al respecto, la introducción a nuestro comentario a Lc.

33. Cf., sobre todo, el exc. sobre el viaje de las colectas y su relación con la epístola a los Gálatas, pág. 200.

34. Cf. el exc. sobre la conclusión de los Hechos, pág. 421.

adolece con frecuencia de demasiada prolijidad. El filólogo F. Blass lanzó en 1894 la hipótesis de que ambas formas del texto remontan hasta el propio Lucas. El texto occidental representaría la primera redacción, y el texto neutro sería la edición abreviada y estilísticamente mejorada. La primera se habría divulgado en occidente, la segunda en oriente. Tal opinión, que en 1916 el teólogo Theodor Zahn trató de renovar, en forma un tanto diversa, está hoy, con razón, prácticamente abandonada por todos.

Se puede afirmar como lo más probable, que el texto occidental es el resultado de una reelaboración del original, llevada a cabo hacia 150, en la cual se introdujeron perífrasis y amplificaciones explicativas destinadas a hacerlo más inteligible. No queda, sin embargo, excluido que esta forma del texto haya conservado algunas lecturas originales que en el texto neutro se extraviaron; tales podrían ser, entre otras, «oprimir», en vez de «repudiar», 3,14; «Jonatán», por «Juan», 4,6; «suscitar», en lugar de «conducir», 13,23; «los sacerdotes», por «el sacerdote», 14,13 [35]. Pudo haber sucedido también que el autor del texto occidental estuviese en posesión de buenas tradiciones y las hubiese incorporado al texto [36]. El texto de la Vulgata coincide casi en todo con el texto neutro; pero no es una nueva versión del griego, sino sólo una revisión del antiguo texto latino (occidental), hecha a base de antiguos buenos manuscritos griegos del tipo neutro. Dado que su autor, san Jerónimo, no fue tan drástico en eliminar del todo las variantes occidentales de la antigua versión latina, en la Vulgata se encuentran aún residuos de este texto [37].

---

35. Véanse además Act 13,27-28; 21,22.

36. Por ejemplo, Act 12,10: «descendieron los siete peldaños»; 19,9: «desde la hora quinta a la décima»; 20,15: «después de habernos detenido en Trogilio»; 28,16: «. .estratopedarca...», o sea, comandante del campamento (véase el comentario).

37. Por ejemplo, Act 8,37; 15,34; 23,24-25; 24,6-7; 28,29.

8. *El decreto de la Pontificia Comisión Bíblica*

La Pontificia Comisión Bíblica declaró, en decreto del 12 de junio de 1913, que los Hechos de los Apóstoles fueron compuestos por el evangelista Lucas, y por cierto hacia el final de la primera cautividad romana, y merecen plena fe.

BIBLIOGRAFÍA

Comentarios católicos recientes:

A. STEINMANN, Bonn [4]1934.
E. JACQUIER, París 1926; CCCVIII + 828 páginas; rigurosamente científico.
A. BOUDOU, París 1933.
J. RENIÉ S. M., París 1949.
J. DUPONT, París 1953: *La Sainte Bible traduite en français sous la direction de l'École Biblique de Jérusalem.*
A. WIKENHAUSER, *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert,* Munster de Westfalia 1921.
G. RICCIOTTI, *Los hechos de los apóstoles,* Barcelona 1957.

Comentarios protestantes recientes:

Th. ZAHN (Leipzig [3]1922-1927; rigurosamente científico; conservador.
K. LAKE y H. J. CADBURY, Londres 1933, en dos volúmenes; crítico.
O. BAUERNFEIND, Leipzig 1939; moderadamente conservador.
E. HAENCHEN, Gotinga 1956; vol. III [10] del *Kritisch-exegetischer Kommentar über das N. T.,* de H.A.W. MEYER; muy extenso; aún no ha podido ser utilizado.

PRELIMINARES
Cap. 1

Prólogo
1,1-2

[1] *Un primer libro dejamos hecho, oh Teófilo, de todo lo que Jesús se puso a hacer y enseñar* [2] *hasta el día en que fue arrebatado a lo alto después de dar instrucciones a los apóstoles que se había elegido, por medio del Espíritu Santo.*

Los Hechos constituyen con el evangelio de Lucas una obra homogénea. Ciñéndose a un procedimiento frecuente en la antigüedad, el autor antepone a cada uno de sus libros un prólogo. Los prólogos que sirven de transición de un escrito a otro suelen contener un corto resumen del argumento del primero y una indicación concisa de la materia que va a tratarse en el nuevo libro. Sin embargo, hay también casos en que alguno de estos dos elementos falta. Tal sucede con los Hechos, que se limitan a hacer sólo un ligero recuento del evangelio. Es lástima, porque nos vemos así privados de saber por boca del propio autor qué es lo que pretendía narrar en su segundo libro.

Con todo, en 1,8 nos da una clara indicación de lo que se pro- 1
ponía [1]. Argumento del primer libro son, según el autor, las acciones y enseñanzas de Jesús. Con ello se nos comunica en forma auténtica lo que pretenden ser los Evangelios. Éstos no quieren presentar una biografía de Jesús, y ni siquiera bosquejar su carác-

1. Cf. Introducción, 2.

ter, sino describir su actividad pública, la que desarrollaba con sus actos y su predicación (cf. Lc 24,19), y conservarla así como una realidad viva en la Iglesia. Con la expresión «hacer» se piensa, ante todó, en los milagros, pero se hace referencia a la pasión. Así se comprende mejor por qué los evangelios, o no relatan nada de la vida oculta de Jesús (Mc y Jn), o sólo tan brevemente se ocupan de ella (Mt y Lc). El término «todo» no se puede urgir demasiado, si bien Lucas tuvo ciertamente la convicción de haber relatado los actos y palabras de Jesús en forma sustancialmente completa, al menos hasta donde sus medios de información lo permitían. De hecho, su evangelio, entre los sinópticos, es el de contenido más denso.

2 Como conclusión del recuento evangélico, el prólogo menciona las instrucciones que Jesús, a punto de alejarse ya de la tierra, imparte a sus apóstoles, elegidos bajo la acción del Espíritu Santo (Lc 4,1), y la ascensión. La mención alude manifiestamente a Lc 24, 47-51, el encargo de misión; éste aparece, sin embargo, formulado con mayor claridad en Mt 28,19-20 y en Mc 16,15 [2]. Con respecto a las palabras «por medio del Espíritu Santo», es dudoso si se refieren a la elección de los apóstoles o al encargo de misionar. Dado que no se ajustan bien ni a lo uno ni a lo otro, no sería extraño que tuviéramos aquí una adición posterior.

Las apariciones del Resucitado y su ascensión
1,3-14

[3] *Con numerosas pruebas se les mostró vivo después de su*
pasión, dejándose ver por ellos y hablándoles del reino de Dios
por espacio de cuarenta días; [4] *y en el curso de una comida, les*
ordenó que no salieran de Jerusalén, sino que esperaran «la prome-
sa del Padre» de la que me habéis oído hablar; [5] *porque Juan*
bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu
Santo dentro de no muchos días. [6] *Los reunidos le preguntaban:*

2. Véase también Jn 20,21-23.

«Señor, ¿es ahora cuando piensas restaurar el reino de Israel?» [7] *Él les*
dijo: «No os corresponde a vosotros saber los tiempos u ocasiones
que el Padre ha determinado con su propia autoridad, [8] *sino que*
recibiréis el poder del Espíritu Santo que sobre vosotros vendrá;
y me seréis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaría, y
hasta los confines de la tierra.» [9] *Y dicho esto, a la vista de ellos*
fue elevado, y una nube lo ocultó a sus ojos. [10] *Estaban ellos mi-*
rando al cielo mientras se iba, y de pronto dos hombres vestidos
de blanco se les aparecieron, [11] *y les dijeron: «Hombres de Galilea,*
¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este mismo Jesús que os ha sido
arrebatado al cielo volverá de la misma manera que le habéis visto
irse al cielo.» [12] *Volviéronse entonces a Jerusalén desde el monte*
llamado de los Olivos, que sólo dista de Jerusalén lo que se puede
andar en sábado. [13] *Entraron y subieron a la habitación donde*
solían parar Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bar-
tolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de
Santiago. [14] *Todos ellos perseveraban unánimes en la oración con*
algunas mujeres, con María la madre de Jesús y con los hermanos
de éste.

El Evangelio de Lucas cuenta varias apariciones del Resucitado. **3**
Los Hechos repiten en parte estas noticias, y las completan en algunos puntos esenciales. Como aporte más significativo está el dato de que el Resucitado continuó apareciéndose con frecuencia a los apóstoles durante un lapso de cuarenta días. El Evangelio deja la impresión de que la ascensión tuvo lugar el día mismo de la pascua o, cuando más, al día siguiente. Esta impresión proviene de que la aparición del Señor a los once (Lc 24,36-49) y el viaje al lugar de la ascensión (24,50) se encuentran estrechamente unidos entre sí. Mateo da cuenta, efectivamente, de una aparición en Galilea (28,16-20) que debió suceder, por lo menos, varios días después de pascua; Juan, a su vez, recuerda una en Jerusalén ocho días después de la pascua (20,26-29), y otra aún posterior, junto al mar de Genezaret (21,1ss). Por su parte Pablo tiene noticia de varias apariciones (1Cor 15,6-7). Pero tan sólo Lucas — y exclusivamente aquí — habla de contactos del Resucitado con los suyos,

sostenidos por espacio de cuarenta días [3]. También es él el único en describir la ascensión como una subida visible en dirección al cielo [4], con la cual se puso término a las apariciones.

Las apariciones, que estaban destinadas sólo a los discípulos (Act 10,41), tenían por objeto demostrar a éstos que su Maestro realmente había resucitado. Por eso, Lucas las llama «pruebas». Y es que la realidad de la resurrección tiene una importancia capital. Sobre ella está cimentado el cristianismo, tal como se nos presenta en el Nuevo Testamento. La sustancia del auténtico y verdadero cristianismo es el reconocimiento o aceptación de Jesús, pero de Jesús en cuanto resucitado de la muerte por obra de Dios. Esto lo supieron bien los apóstoles, y ninguno lo expresó con más exactitud y en forma más tajante que Pablo (1Cor 15,14-15). Por eso no perdían ocasión de testificar una y otra vez la realidad de la resurrección de Cristo [5].

En qué hayan consistido las instrucciones tocantes al reino de Dios, el autor no lo dice. Siendo así que, en el lenguaje del Nuevo Testamento, reino de Dios no es en todo sinónimo de Iglesia, Lucas no quiso decir que Jesús hubiese dado a los apóstoles instrucción detallada acerca de la organización de la Iglesia, la jerarquía, el culto y los sacramentos. Tal se desprende, por lo demás, del v. 6. Se puede dar por seguro que los instruyó sobre la necesidad de su muerte y la conformidad de ésta con las Escrituras, y
4 acerca de los trabajos que de inmediato les esperaban. Los Hechos se ocupan sólo de este último punto, completando así a Lc 24,47-49: el encargo de misionar y la asistencia divina con que para ello contarían.

En la escena de los v. 4-8, la cuestión del tiempo y del lugar presenta algunas dificultades. Probablemente la conversación se desarrolló en Jerusalén, tal vez con ocasión de una comida, a la cual siguió inmediatamente el viaje hacia el monte de los Olivos
5 (v. 12). Para el envío del Espíritu Santo, que debe suceder en Jerusalén mismo y dentro de un lapso muy breve, Jesús se remite a

3. Cf. también Act 13,31.
4. Lc 24,51; Act 1,9.
5. Act 1,22; 2,32; 3,15; 10,41.

palabras que les había dicho antes [6], si bien los evangelios las consignan como pronunciadas por el Bautista [7]. Pero no hay la menor duda de que Jesús haya hablado con sus discípulos del envío del Espíritu Santo, que todos esperaban como el don por excelencia de los tiempos mesiánicos [8]. Además, Jesús suele dar al Espíritu el nombre de «promesa del Padre» [9].

Los apóstoles muestran tendencia a establecer una relación de 6
tiempo y de causa entre el envío del Espíritu Santo y la fundación del reino de Dios, del cual tantas veces les había hablado. Sólo que se imaginan el reino de Dios como una estruendosa restauración de la antigua monarquía davídica, con el propio Mesías por rey, para utilidad y provecho del pueblo judío; están todavía imbuidos de las esperanzas mesiánicas puramente terrenas y nacionalistas que predominan en la masa. De ahí que pregunten al Maestro, si es ahora cuando va a restablecer la realeza davídica
y a revestirla de nuevo esplendor. La respuesta de Jesús rechaza 7
semejante relación y da claramente a entender a los discípulos que el momento de la fundación del reino de Dios anunciado por él, que no es un reino de carácter terreno y nacional, está fijado por el Padre y sólo por él es conocido, porque este secreto no será revelado a hombre alguno [10].

En la predicación del Bautista, la donación del Espíritu Santo, juntamente con el juicio y el reino de Dios, estaba inseparablemente ligada a la insistente espera del fin. También para el Antiguo Testamento es cosa natural hacer coincidir cronológicamente el envío del Espíritu y el principio del reino mesiánico. Como, por otra parte, la palabra de Jesús acerca de la efusión del Espíritu Santo (Act 11,16) no incluía ninguna determinación del tiempo en que debía suceder, se comprende por qué los discípulos llegaron a establecer una relación cronológica entre la efusión del Espíritu y la llegada del reino.

---

6. Cf. también Act 11,16.
7. Cf. Mc 1,8; Mt 3,11; Lc 3,16; Jn 1,33.
8. Según Jl 3,1-4.
9. Véase el comentario a Act 2,33.
10. Cf. Mc 13,32; Mt 24,36; 1Tes 5,1-2.

El Resucitado empieza por deslindar claramente los dos acontecimientos: el envío del Espíritu se hará pocos días después de su ascensión; en cambio, el reino de Dios llegará en un futuro absolutamente desconocido. Esta separación de los dos hechos, indicada por el Resucitado, sorprendió a los apóstoles, y es de la máxima importancia. En efecto, con el envío del Espíritu, cincuenta días después de la resurrección de Cristo, ha quedado realizada una parte de la espera escatológica, mucho antes del retorno de éste. Así se explica la situación especial en que se encontró el cristianismo primitivo, y en que se encuentran aún los cristianos de hoy: cierta tensión entre algo que ya se posee y algo que se espera recibir en el futuro. Esta tensión aparece con particular relieve en san Pablo [11].

8 A la promesa de la misión del Espíritu, el Resucitado une el encargo (cf. 10,42!) de predicar el evangelio; a esa predicación la llama, con expresión característica, un testimonio que se rinde a él, es decir, en favor de la resurrección de Cristo. Ésta será precisamente la tarea específica de los apóstoles [12]. De dotarlos con poder de lo alto para tan difícil misión, se ocupará el Espíritu. Su predicación no debe limitarse al territorio judío, sino abrirse paso hasta los confines de la tierra. Aunque no se haga mención expresa de los pueblos paganos, también éstos están incluidos, no obstante que los apóstoles, por ahora, no llegan a comprender todo el alcance de la misión a ellos confiada. «Hasta los confines de la tierra» hace alusión a Is 49,6, texto del cual deduce Pablo (13,47) el derecho y la obligación de misionar entre los paganos.

9 Con esto llega a su término el trato corporal y visible de Jesús con sus discípulos. Ahora, ante sus ojos se remonta al cielo, o sea, es arrebatado hacia Dios, que tiene su trono más allá del mundo visible. La nube lo sustrae a las miradas de los discípulos, al igual que, en el momento de la transfiguración, Jesús y los dos personajes del AT se vieron sustraídos, también por una nube, a las miradas de los tres discípulos (Mc 9,7 par). Los dos testigos de Apoc 11,3ss

11. Cf. Rom 8,18ss.
12. Lc 24,48; Act 1,22; 2,32; 3,15; 4,33; 5,32; 10,39.41; 13,31.

suben al cielo en la nube (v. 12), no sobre la nube. A su retorno, el juez del universo se presentará entre las nubes del cielo [13]. También entre nubes serán arrebatados los fieles, en el momento de la parusía, para salir al encuentro del Señor (1Tes 4,17). Dos ángeles informan a los discípulos que su maestro no volverá a mos- **10-11** trárseles visiblemente hasta el día de su retorno glorioso, al fin de **12** los tiempos. Apenas ahora viene a saber el lector que la ascensión tuvo lugar en el monte de los Olivos, cuya cima (cerca de 810 m) dista de Jerusalén un camino sabático (2000 codos, la distancia que un judío podía legítimamente recorrer en día de sábado). Desde el siglo IV, un santuario indica el sitio tradicional de la ascensión.

Los apóstoles regresan ahora al lugar en que moran en Jeru- **13** salén; es el piso alto de una casa, cuya localización se señala en términos imprecisos. Pero no se trata quizá de la habitación propiamente dicha, sino del sitio en que se reunían los discípulos de Jesús [14]. Fue allí mismo donde probablemente sucedió la efusión del Espíritu Santo el día de pentecostés. A partir del siglo IV, y basándose en una antigua tradición, la comunidad de Jerusalén está convencida de que este recinto se localizaba en la parte sur de la colina occidental de la ciudad (la Sión cristiana), y que fue transformada en iglesia por los propios apóstoles. En los días que **14** preceden a la venida del Espíritu Santo, se entregan con entusiasmo a la oración [15], juntamente con algunas piadosas mujeres de Galilea, entre ellas la madre de Jesús [16], y los llamados hermanos del Señor [17]. La información se refiere a la diaria visita al templo, en las horas señaladas para la oración (cf. 3,1).

La ascensión de Cristo.

Lucas es el único en narrar la *ascensión* del Resucitado como acaecida ante la mirada de los discípulos, y lo hace no sólo en los

13. Mc 13,26; 14,62, siguiendo a Dan 7,13.
14. Lc 24,33; Jn 20,19.
15. Cf. Act 2,42.46; 6,4; Rom 12.12; Col 4.2
16. Cf. Mc 15,40-41.
17. Cf. comentario a Mc 3,35.

Hechos (1,9-11), sino también al final de su Evangelio, donde, según la forma más larga del texto, se lee: «y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos e iba elevándose al cielo» (24,51). Los evangelios la sitúan cerca de Betania (en el monte de los Olivos). Sólo Act 1,3 informa de que el Señor resucitado estuvo apareciéndose a los suyos por espacio de cuarenta días, con lo cual traslada la ascensión al cuadragésimo días después de pascua, en tanto que el Evangelio del mismo Lucas parece fijarla en el propio día de pascua, en conexión con la primera aparición a los once. Según el final canónico de Mc, que no es parte del texto original, luego de la aparición a los once allí relatada (16,14-18), el Señor, «después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios» (16,19). Lc 24,51; Act 1,9-11 y Mc 16,19 están de acuerdo en hacer seguir inmediatamente la ascensión a la aparición del Resucitado y al diálogo con los once, durante el cual les dio el encargo de misionar.

Testigos de la ascensión fueron sólo los discípulos [18]; si bien únicamente en Act 1,9-11 consta expresamente que Jesús se elevó a los cielos a vista de ellos, esta circunstancia está de seguro implícita también en Lc 24,51; Mc 16,19. Según el Apocalipsis (11,12), Moisés y Elías, los dos testigos muertos por la bestia que salió del abismo, pero devueltos a la vida después de tres días y medio, al oir el mandato de una voz celestial «subieron al cielo en la nube, y los vieron sus enemigos». Aparte de los tres personajes citados, varios textos más del NT hablan también de la ascensión o de la subida de Cristo a los cielos, pero no en el sentido de un acontecimiento visible a los apóstoles. De particular importancia es Jn 20, 17, donde, en la mañana misma de pascua, el Resucitado hace saber a los discípulos, por intermedio de María Magdalena, que está a punto de subir al Padre celestial.

En cuanto a san Pablo, nada tiene que ver Rom 10,6 («¿quién subirá a los cielos?») con esta cuestión; el primer texto suyo que alude claramente a la ascensión de Cristo es Ef 4,8-10. Se dice aquí que al descenso de Cristo a la tierra, la cual, en contraposi-

18. Cf. Act 10,41; 13,31.

ción con el cielo, representa la parte inferior del universo (descenso que se realizó con la encarnación), sucedió, en conexión con la resurrección, su ascensión a través de todos los espacios celestes, con el fin de recibir allí su investidura como Señor, y colmar el universo de sus dones. También el fragmento de un himno primitivo, especie de profesión de fe cristiana, utilizado en 1Tim 3,16, habla claramente de la ascensión de Cristo a los cielos en su cuerpo glorificado («fue elevado a la gloria»)[19]. Como en 1Tim 3,16, parece que se conservó también en 1Pe 3,22 un fragmento de una primitiva profesión de fe cristiana, en la cual se dice: «Él está a la diestra de Dios, después de haber subido al cielo, y tiene sometidos a ángeles, potestades y virtudes.» Pero en ninguno de los pasajes mencionados se insinúa nada acerca del tiempo y de las circunstancias concretas de la ascensión del Señor; ninguno la describe como un acontecimiento o un hecho histórico; son más bien fórmulas teológicas, cuyo sentido es que el Resucitado tiene su trono en el cielo, a la diestra de Dios, y comparte plenamente con él el dominio universal.

En la misma línea de éstos están los numerosos lugares del NT que hablan de la exaltación del Señor resucitado a la diestra del Padre, o lo presentan sentado a la diestra de Dios, pero sin hacer mención de su subida hasta allí. Sin embargo, como el Señor no pudo haber llegado a ese sitio sino a condición de haber subido a él, tales pasajes suponen la ascensión. Bástenos citar sólo algunos de ellos, a guisa de prueba. Según 1Tes 1,10; 4,16; 2Tes 1,7; 1Cor 4,5, Cristo se encuentra en el cielo, de donde retornará al fin de los tiempos en calidad de juez; los fieles serán entonces arrebatados por los aires para salir a su encuentro (1Tes 4,17). Resurrección y sesión a la diestra de Dios se mencionan en Rom 8,34 como íntimamente relacionados, pero falta aquí toda referencia a la ascensión.

Particularmente ricas en alusiones a Cristo sentado a la diestra de Dios, y a su soberanía, son las epístolas paulinas de la cautivi-

---

19. Del mismo género son las fórmulas de Hebr 4,14 («que ha penetrado en los cielos»); 6,19-20; 9,24 («ha entrado Cristo en el propio cielo»).

dad [20]. Una misma verdad es la que circula a través de todas estas afirmaciones: Cristo glorificado es la cabeza de su cuerpo, la Iglesia [21], o la piedra angular del edificio o templo espiritual (Ef 2,20). Ni Pablo ni la tradición de que él se sirve sintieron la necesidad de decir en qué forma el Resucitado penetró en las esferas superiores donde ha de ejercer su señorío (1Cor 24-25.47). «Donde Pablo precisa de qué manera Dios exaltó a su Hijo a la gloria, no hace referencia a una ascensión perceptible con ojos humanos, sino a la resurrección de entre los muertos» (A. Oepke). «Constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de santidad, mediante la resurrección de entre los muertos» (Rom 1,4). «Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que tenga la primacía en todas las cosas» (Col 1,18). Con la resurrección, pues, va unida indisolublemente la toma de posesión del dominio universal. En tanto que los primeros documentos cristianos explícitamente recalcan a cada paso la resurrección, la primitiva predicación cristiana no se ocupó de la ascensión de Cristo en cuanto objeto de alguna experiencia sensible. «Los primeros predicadores del cristianismo nunca sintieron la necesidad de decir que vieron a Jesús ascender al cielo» (P. Benoit).

Sin embargo, no se puede colegir de estos datos, como precipitadamente lo ha hecho la crítica, que, a juicio de los primeros cristianos, sólo el *alma* de Jesús, y por cierto *en el momento de la muerte,* fue recibida en los cielos, pero no su cuerpo (glorificado). Los que niegan la resurrección corporal de Jesús no pueden admitir, desde luego, sino que al cielo subió únicamente su alma, y esto, tan pronto como sobrevino la muerte. Pero contra tal teoría se hace preciso insistir en que la fe de los primeros cristianos profesó desde un principio la resurrección y la exaltación celestial de Cristo *en su cuerpo.* «Nunca ni en parte alguna existió entre los primeros cristianos una fe que no incluyese la certeza de la resurrección de Jesús» (Joach. Jeremias). Para hombres nacidos en el judaísmo era absolutamente inaceptable el concepto de que Jesús, en quien los

20. Col 1,18-20; 2,10.19; 3,1-4; Ef 1,3.10.20; 2,6; 6,9; Flp 2,9-10; 3,20-21.
21. Ef 1,22; 4,15; 5,23; Col 1,18.

primeros cristianos veían al Mesías y al fundador del reino de Dios, hubiese triunfado de la muerte sólo con el alma, y no lo hubiese hecho también con la resurrección de su cuerpo, ya que, para su mentalidad, un hombre cuyo cuerpo quede convertido en presa de la corrupción o destrucción, está simplemente privado de la verdadera vida.

Por eso los testimonios cristianos más remotos dan fe de la resurrección corporal de Jesús. El más antiguo de ellos debió ser el que se conserva en 1Cor 15,3-5, donde Pablo no hace más que transmitir un dato de una tradición anterior, a juzgar por el estilo nada paulino de estos versículos: «Lo primero que os transmití tal como lo había recibido es que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Cefas, y después a los doce.»

Que Pablo mismo estaba plenamente convencido de la resurrección corporal del Señor, se ve con toda claridad por la indignación con que se enfrenta a los que en Corinto la negaban. Contra éstos sostiene que la resurrección corporal de Cristo es modelo y garantía de la resurrección corporal de los cristianos, y que la una y la otra se condicionan recíprocamente. «Si Cristo no hubiese resucitado, vana sería vuestra fe... Pero la verdad es que Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicia de los dormidos» (1Cor 15, 17.20). Es cierto que el cuerpo del Resucitado es un cuerpo «espiritualizado», pero sigue siendo el mismo cuerpo que fue depositado en la tumba; en virtud de la resurrección por obra del Padre, salió del sepulcro con vida e indestructible [22]. Debemos, pues, sostener, con plena seguridad, ateniéndonos a las enseñanzas de san Pablo, que Cristo está en los cielos con su cuerpo glorificado, a pesar de que, a excepción de Ef 4,9-10; 1Tim 3,16, nada diga el Apóstol acerca de la ascensión misma.

Queda por estudiar ahora la cuestión del momento de la ascensión y de la toma de posesión de la soberanía universal por parte del Resucitado, que incluye la posibilidad de enviar el Espíritu Santo [23].

22. Cf. 1Cor 15,42-54.
23. Cf. Jn 7,39; 16,7; Act 2,23.

Sobre este particular nos instruye Jn 20,17, donde Jesús prohíbe a María Magdalena retenerlo por más tiempo, porque, agrega, aún no ha subido al Padre; le da luego el encargo de informar a sus discípulos que sube a su Padre y a su Dios, Padre y Dios también de ellos. Tales palabras no pueden significar sino una cosa: su intención de ascender al Padre en aquel preciso momento. La misión de la Magdalena no habría tenido sentido si él no hubiera llevado a cabo sus propósitos antes de la aparición en la tarde de pascua (Jn 20,19-23). Y efectivamente, cuando se llega a ellos, viene del cielo, del Padre, si se tiene en cuenta que les comunica el Espíritu Santo, cosa que sólo podía realizar después de su exaltación a la diestra de Dios (Act 2,33).

Por su parte, Mt 28,18-19 supone también que Jesús habla como quien ha ascendido ya al Padre y ha recibido de él la plenitud del señorío universal: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» [24]. Esto permitió que la *Carta de Bernabé* pudiera expresarse en los siguientes términos: «Ésta es la razón por la cual nosotros celebramos también con regocijo el octavo día: porque en él Jesús resucitó de entre los muertos y, después de haberse aparecido, subió al Padre.» En una adición apócrifa a Mc 16,3 (en el códice k) se lee: «Inesperadamente, hacia la tercera hora del día se cubrió de tinieblas toda la superficie del universo, y unos ángeles bajaron del cielo y sin demora tornaron a él con aquel que había resucitado en la gloria del Dios viviente; entonces volvió la claridad.»

Podemos, pues, concluir que el cristianismo primitivo consideró la ascensión del Señor resucitado y la toma de posesión del dominio universal como acaecida en el propio día de la resurrección, y en conexión inmediata con ella, lo que, por lo demás, era la única cosa natural. Cuando, posteriormente, el Señor glorificado se manifiesta a sus discípulos, viene del cielo. La estrecha relación entre resurrección e investidura celestial, que se observa en la tradición más antigua, lleva a su vez a la misma conclusión.

Tal conclusión en nada se desvirtúa con el relato de la ascensión de Cristo cuarenta días después de pascua, como se lee en los Hechos.

---

24. Cf. también el comentario a Jn 20,17.

La ascensión que los ojos de los discípulos presenciaron en el monte de los Olivos es sólo el término del último encuentro con ellos. En esta ocasión Jesús no desaparece de improviso como en Emaús (Lc 24,31), sino que se va elevando hacia el cielo a vista de sus discípulos, para expresar concretamente en esa forma que, de ahí en adelante, no se les volverá a aparecer más. Hay, por consiguiente, que distinguir entre la ascensión del Resucitado al cielo para tomar allí posesión de su soberanía (= exaltación de Cristo), sucedida el día mismo de la resurrección, y la última aparición del Señor a sus discípulos, que se clausuró con la partida hacia el cielo, en forma visible a los discípulos, y que tuvo lugar en el monte de los Olivos cuarenta días después de pascua. Es esta última la que en el lenguaje corriente se suele llamar ascensión de Cristo. Los «cuarenta días» hay que entenderlos en números redondos [25]; la expresión se lee también a propósito de la vida de Moisés (Éx 34,28), de Elías (1Re 19,8) y de Jesús mismo (Mc 1,13 par).

Una fiesta especial de la ascensión de Cristo, cuarenta días después de pascua, se introdujo en la Iglesia no antes de la segunda mitad del siglo IV.

Restauración numérica del colegio apostólico
1,15-26

[15] *En aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos*
y dijo (era un grupo de personas en total como de ciento veinte):
[16] *«Hermanos, era preciso que se cumpliera el texto de la Escritura*
que el Espíritu Santo preanunció por boca de David acerca de
Judas, convertido en guía de los que prendieron a Jesús. [17] *Él*
pertenecía a nuestro grupo y le había correspondido su parte en
este ministerio; [18] *pero adquirió un campo con el precio de la trai-*
ción, se echó de cabeza, reventó y se le salieron las entrañas. [19] *La*
cosa fue tan sabida para todos los habitantes de Jerusalén, que se
llamó a la finca aquélla en su propia lengua Hacéldama, que quiere

25. Cf. Act 13,31: «en el curso de numerosos días».

decir "campo de sangre". [20] *Ahora bien; escrito está en el libro de los Salmos:*

Que se quede su tienda desierta
y no haya nadie que resida en ella (Sal 69,26).

Y también:

Que su cargo lo reciba otro (Sal 109,8).

[21] *Conviene, pues, que de entre los hombres que nos han acompañado todo el tiempo en que anduvo el Señor Jesús entre nosotros* [22] *a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue arrebatado, uno sea constituido con nosotros testigos de su resurrección.»* [23] *Y presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, que era conocido por el sobrenombre de Justo, y a Matías.* [24] *Y puestos en oración dijeron: «Tú, Señor, conocedor de los corazones de todos, indícanos a quién elegir entre estos dos,* [25] *para ocupar el puesto de este ministerio y apostolado del cual desertó Judas para irse al lugar propio.»* [26] *Y lo echaron a suertes, y cayó la suerte sobre Matías, que fue agregado a los once apóstoles.*

15 Con la muerte de Judas se había abierto un vacío en el grupo de los doce apóstoles; Pedro, el jefe indiscutible, decide colmarlo, antes que se realice la concesión de los dones de lo alto (Lc 24,49) en orden a la predicación del Evangelio. Cuando más tarde Santiago, hijo de Zebedeo, sea decapitado por Herodes (12,1), ya no se elegirá a nadie para que ocupe su puesto, dado que él, a diferencia de Judas, habrá perdido la vida en el ejercicio de su apostolado. Es posible también que la razón haya sido otra. Según Mt 19,28; Lc 22,28-30, Jesús prometió a los doce apóstoles que a su retorno ellos ocuparían otros tantos tronos y juzgarían a las tribus de Israel, es decir, que se verían asociados a él como caudillos del reino de Dios escatológico. Ante esta promesa, y ante la esperanza, que aún alimentaban, de ver otra vez organizada la realeza en Israel (Act 1,6), debieron tener por esencial el número de doce y proceder, en consecuencia, a completarlo de nuevo. Doce años más tarde, la situación era total-

mente distinta. Si para la elección de Matías concurrieron cerca de ciento veinte varones, hay que admitir que el grupo de los discípulos entonces presentes en Jerusalén era bastante nutrido.

En su intervención, Pedro dice que en el trágico destino de **16** Judas se cumplieron las Escrituras y que, por consiguiente, todo estaba previsto en el plan salvífico de Dios. Para la fe de los primeros cristianos, la Escritura había predicho la pasión de Cristo hasta en los detalles [26], y uno de éstos era el papel que en ella desempeñó el traidor [27].

En el v. 20 se enumeran los pasajes que aduce como prueba. **20** El primero (Sal 69,26) desea al impío perseguidor del salmista la completa desolación de su morada. Con estas palabras, el Espíritu Santo profetizó el castigo vengador que se cumplió en Judas. El segundo (Sal 109,8) manifiesta el anhelo de que otro reciba el oficio del enemigo. En este texto ve Pedro la exigencia expresa de que el cargo vacante por la deserción de Judas sea asignado a un hombre idóneo. Como es de suponer que los discípulos ya estaban **18** al corriente del fin que había corrido el traidor, y Pedro no pudo haber usado la expresión «en su lengua», dirigiéndose a judíos, los comentaristas ven en los v. 18-19 una observación introducida por el autor para comodidad de los lectores. Pero como, además, la cita del Sal 69,26 se refiere a los dos versículos 18 y 19 (obsérvese el paralelismo: tienda = campo), no se pueden considerar éstos como observación intercalada por el autor en el discurso de Pedro, sin que haya de hacerse otro tanto con aquella cita. Se debe, pues, admitir, que todo el discurso es una libre composición de Lucas, hecha a base de tradiciones orales; es su estilo característico.

El precio de su pecado no trajo prosperidad a Judas. En el terreno que con este dinero compró, se precipitó de cabeza (según otro sentido, aunque dudoso, de la palabra griega correspondiente, su vientre se vio afectado de fuerte hinchazón) y reventó, en tal forma que se le salieron las entrañas. El mejor paralelo de este género de muerte lo ofrece Sab 4,18-19, donde, describiendo el castigo de los

26. Cf. Jn 19,24.28.
27. Cf. además Mt 27,9-10.

ateos, se lee: «Pronto no serán más que despreciable carroña, objeto para siempre de oprobio entre los muertos; porque el Señor los precipitará de cabeza, reduciéndolos a silencio... y serán del todo devastados, presa del dolor, y hasta su recuerdo se borrará.» Según el libro apócrifo de los *Hechos de Tomás* (cap. 30), el dragón, que de un mordisco había dado muerte a un joven, por mandato del apóstol debe chupar de nuevo el veneno mortal, a lo cual el muerto recupera la vida; «el dragón, en cambio, se hinchó, reventó y murió, y su veneno y su hiel se derramaron».

19 Este espantoso fin de Judas sugirió a los habitantes de Jerusalén dar a aquella propiedad el nombre de «campo de sangre» (en arameo *hakeldamá),* porque había sido regada con la sangre de su dueño. Con la segunda interpretación antes mencionada, del v. 18, está claramente ligado un relato de Papías de Hierápolis (hacia el 130), enriquecido con elementos legendarios y conservado por Apolinar de Laodicea, según el cual Judas se hinchó monstruosamente y, vivo aún, se pudrió.

Un relato algo diferente de Judas se halla en Mt 27,3-10. Según éste, Judas, desesperado de su crimen, se ahorcó, después de haber arrojado en el templo las treinta monedas de plata. Con esta suma el sanedrín adquirió el campo del alfarero, para destinarlo a lugar de sepultura de los forasteros. Se llamó campo de sangre, porque fue adquirido con el precio de un crimen sangriento. Más de una vez se ha hecho el intento de armonizar los dos relatos. Es lo que, según parece, quiso hacer ya la antigua versión latina, dando al v. 18 la forma siguiente: «(Judas) se ahorcó (= Mt), se precipitó de cabeza y reventó (= Hechos)»; de modo análogo traduce la Vulgata.

Pero los dos relatos no pueden armonizarse completamente, a menos que se quiera inventar una pequeña novela. Son independientes el uno del otro, y ambos se remontan a tradiciones orales que circulaban en la comunidad de Jerusalén. En algunos aspectos básicos (muerte violenta de Judas, relación de esta muerte con un terreno bien conocido en Jerusalén) están de acuerdo, pero se apartan en pormenores secundarios. Tal como se presentan, ambos dependen de modelos bíblicos que describen la muerte espantosa de notables malhechores. Como fuente del relato de los Hechos puede conside-

rarse el mencionado pasaje de Sab 4,18-19, que explica en la mejor forma la obscura expresión «se echó de cabeza». El libro de la Sabiduría describe aquí la muerte horripilante de los ateos, que no quisieron comprender al justo, sino que lo persiguieron y condenaron a muerte ignominiosa. Es probable que en este justo, perseguido de sus enemigos pero triunfante, a la postre, sobre todos ellos, los primeros cristianos hayan vislumbrado la figura de Jesús [28].

El relato de Mt tiene un buen paralelo en la muerte de Ahitófel, el traidor que se ahorcó una vez fracasada la rebelión de Absalón contra David, atizada por él (2Sam 17,23). Siendo así que los dos relatos de la muerte de Judas fueron tejidos sobre motivos del AT que tienen forma diversa, y que por consiguiente difieren entre sí, no es el caso de considerarlos históricos hasta en los últimos pormenores; se debe más bien centrar la atención sobre la enseñanza que ambos ofrecen, en pleno acuerdo entre sí y con sus respectivos modelos. Y la enseñanza es ésta: los traidores y los ateos no escapan al castigo divino, que, por espantoso que sea, es además justo. La presentación del hecho que ofrece Mt es más inverosímil que la de los Hechos; el ahorcarse, como forma de suicidio, era bastante frecuente en la antigüedad. Reventar y el derramarse las entrañas recuerda demasiado de cerca motivos tradicionales [29], para pretender tomarlos al pie de la letra (P. Benoit).

Para la elección del sustituto de Judas, Pedro establece la con- **21-22**
dición de que sólo se tenga en cuenta a un discípulo que, al igual que los doce, haya acompañado permanentemente a Jesús, desde el principio de su actividad hasta el día de la ascensión (cf. 10,37-41). En efecto, sólo uno que reuniese tales condiciones podía estar a la par con ellos, y dar como los apóstoles testimonio de los hechos y de las palabras de Jesús. Dos de los presentes satisfacen la exigencia.

La elección se lleva a cabo echando suertes, manera consagrada **23**
por la práctica cultual del templo [30]. Se depositaron, pues, en un reci-

28. Compárese Mt 27,43 y Lc 23,47 con Sab 2,13.18, donde también se habla del justo.

29. Cf. la muerte de Antíoco IV, 2Mac 9,7-12; la de Herodes el Grande, en FLAVIO JOSEFO, *Ant.* XVII, 6,5; y la de Herodes Agripa, Act 12,23.

30. Lc 1,9; cf. Jn 1,7.

piente, dos tablillas, cada una de las cuales llevaba escrito el nombre
24-25 de uno de los candidatos propuestos. Se agitó luego el recipiente, y la suerte decidió. Previamente, sin embargo, toda la asamblea oró para que el Señor hiciese caer la suerte sobre aquel a quien él mismo hubiese escogido para suceder a Judas, el cual había partido para el lugar que le correspondía [31]. En esta oración se dirige la palabra a Dios como a escrutador de los corazones, es decir, como a quien conoce lo íntimo del hombre, de donde procede toda decisión moral [32]. A Matías, sobre quien recayó la suerte, no se lo vuelve a mencionar en el Nuevo Testamento; tampoco fuera de la Biblia hay sobre él noticias aceptables.

31. Cf. IGNACIO, *Magn.* 5,1.
32. Cf. Act 15,8; Lc 16,15; Rom 8,27; 1Tes 2,4; Ap 2,23.

Parte primera

LA IGLESIA EN SU FASE JUDEOCRISTIANA JERUSALÉN, CENTRO DE LA CRISTIANDAD 2,1-9,31

Sección primera: La comunidad primitiva: su origen, desarrollo y posición frente a la autoridad judía. Su vida religioso-social 2,1-8,3

1. *La venida del Espíritu Santo y la fundación de la Iglesia* 2,1-47

El milagro de pentecostés 2,1-13

[1] *Y al cumplirse los días de pentecostés, estaban todos reunidos*
en el mismo lugar, [2] cuando de repente se oyó del cielo un estruendo
como de viento que irrumpe impetuoso, el cual llenó toda la casa
donde estaban reunidos; [3] y vieron sendas lenguas como de fuego
que se posaron sobre cada uno de ellos; [4] se sintieron todos llenos
del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según
que el Espíritu les concedía expresarse. [5] Paraban entonces en Jeru-
salén judíos devotos procedentes de todos los países que hay bajo
el cielo. [6] Al producirse este ruido, se congregó la muchedumbre
y no salían de su asombro al oírlos hablar cada uno en su propia
lengua. [7] Estaban como fuera de sí y maravillados decían: «¿Pero
no son galileos todos estos que hablan? [8] ¿Pues cómo los oímos
hablar cada uno en nuestra propia lengua nativa? [9] Partos, medos,
elamitas y los habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia,
del Ponto y de Asia, [10] de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de la
región de Libia que está junto a Cirene [11] y los peregrinos romanos,
judíos y prosélitos, cretenses y árabes los estamos oyendo contar

en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios.» [12] *Estaban todos fuera de sí y perplejos se decían unos a otros: «¿Qué significa esto?»* [13] *Otros, bromeando, decían: «Están embriagados de mosto.»*

1 El envío del Espíritu Santo, que el Resucitado había anunciado a los discípulos como inminente [1], se realiza en la solemnidad judía de pentecostés, que se celebraba siete semanas, o cincuenta días, después de pascua, y duraba sólo un día. En el lenguaje de Palestina se llamaba fiesta de las semanas, o fiesta de la clausura (de la solemnidad pascual, o del tiempo pascual). Era una de las tres grandes fiestas en las cuales estaba prescrita la visita al templo (cf. 20,16). En la prescripción del AT era una fiesta de acción de gracias con que terminaba la siega. El nombre «pentecostés» (= «quincuagésimo [día]») se halla ya aplicado a esta fiesta en el libro de Tobías [2] y es usado también por Flavio Josefo [3]. En la mañana de la fiesta (v. 15) están los discípulos reunidos en un sitio, designado en el v. 2 como una casa. Se trata sólo de los doce apóstoles, como se ve por 1,4-13; 2,14; 10,41-42, y no del grupo referido a propósito de la elección del sustituto de Judas (1,15). Suele identificarse esta casa con aquella cuyo piso alto les servía habitualmente de habitación (1,13). Algunos comentaristas suponen que el discurso de Pedro tuvo lugar en la plaza del templo, adonde los discípulos, poseídos del Espíritu Santo, se habría encaminado; lo deducen del inmenso número de los que se convirtieron (2,41).

2 La venida del Espíritu Santo estuvo acompañada de signos sensibles. En forma totalmente imprevista se produce súbitamente un ruido, que invade toda la casa. No se trata de un huracán, pero sí de algo que se le puede comparar. Cierta afinidad entre el Espíritu Santo y el viento establece asimismo el evangelio de san Juan [4]. Al mismo tiempo aparece algo así como lenguas, que tienen el aspecto de fuego,

1. Act 1,4-5,8; Lc 24,49.
2. Tob 2,1: «Pentecostés, que es la sagrada solemnidad de las siete semanas.»
3. Fl. Josefo, BI vi, 5,3; *Ant.* iii, 10,6.
4. Act 3,8; 20,22; cf. también 1Re 19,11-12.

pero no lo son; éstas se dividen, es decir, en el momento en que se hacen visibles se mueven en distintas direcciones, para posarse sobre cada uno de los presentes. El ruido y las lenguas parecidas a llamas de fuego fueron perceptibles sólo por breves momentos, y quizá exclusivamente a los discípulos.

Todo cuanto prodigiosamente sucedía era un signo sensible **4** de la comunicación del Espíritu Santo a los discípulos, que en aquel mismo momento se verificaba. El hecho de que en la escena figuren precisamente «lenguas», guarda íntima relación con el modo prodigioso como hablan los discípulos, obra del Espíritu; el Espíritu se manifiesta en forma de lenguas, porque a él se debe este raro lenguaje de los discípulos. Su hablar «en lenguas extrañas» (el término griego «glossa» significa tanto la lengua, en sentido material, como el lenguaje, el idioma) era, como se recalca expresamente, un hablar especial por obra del Espíritu, no un hablar corriente, inteligible. La fuerza del Espíritu de Dios, que acaba de descender sobre ellos, empuja a los discípulos a hablar, y da forma y contenido a sus palabras. Podemos decir que es un hablar extático, porque sobreviene en forma de éxtasis causado por el Espíritu de Dios.

Si es precisamente este hablar clamoroso el que provoca el con- **5** curso de la multitud, o si es más bien el ruido que acompaña la venida del Espíritu Santo, no lo dice con claridad el texto. Entre las gentes que afluyen en masa se cuentan también numerosos judíos de la diáspora, provenientes de todos los países, que habían venido a establecerse en Jerusalén. A propósito de la expresión, cf. Col 1,23: el evangelio ha sido predicado a toda criatura «bajo el cielo». Para un judío piadoso de la diáspora, el mayor anhelo era el de pasar en la tierra santa los últimos días de su vida, y hallar en el país bendito su última morada. La lengua materna de estos judíos de la diáspora no era el arameo, sino la del país en que habían nacido. Fuera de éstos debían también encontrarse por entonces en la ciudad numerosos peregrinos, que desde los más remotos lugares de la diáspora acudían a Jerusalén para la fiesta de pentecostés (cf. 21,27).

Se agolpa, pues, una multitud de curiosos de toda procedencia **6** y condición, y todos, en medio de la mayor extrañeza, oyen a los discípulos hablar en su propia lengua materna y exaltar las mara-

villas de Dios, vale decir, el plan de salvación que llevó a término
12 en Jesús y por medio de Jesús. Dando libre curso a su estupor, se
preguntan unos a otros qué significa todo eso que está sucediendo.
13 No faltan, sin embargo, entre ellos unos cuantos, al parecer en notable minoría, que adoptan una actitud crítica y negativa, y no ven en los que hablan otra cosa que gente embriagada (1Cor 14,23). Con la palabra mosto, como comúnmente se suele traducir el texto, se indica el jugo de una uva reciente, aún no bien fermentado. Los antiguos conocían una receta para conservarlo así por todo un año. Debe haber sido una bebida embriagante particularmente fuerte.

El hablar en lenguas («glosolalia»).

El juicio negativo de una parte de los oyentes nos brinda una preciosa indicación para comprender debidamente el «hablar en lenguas». No se trata del uso de diversas lenguas efectivamente habladas (griego, latín, copto, etc.), desconocidas hasta entonces para los discípulos y aprendidas ahora instantáneamente, sino de un hablar en actitud extática, que brota del alma impregnada del Espíritu Santo; se trata de un hablar que no se sirve de las formas corrientes del lenguaje. El lenguaje que ellos hablan es algo nuevo, obra del Espíritu Santo, que no emplea palabras ni frases propias de una lengua humana normal. Con todo, el cristianismo primitivo veía en este modo de hablar, no el tartamudeo incierto de un extático, que hasta cierto punto pierde la capacidad de elocución, sino más bien un lenguaje por encima de lo humano, celestial, que busca y logra expresar algo; un lenguaje que, es cierto, sólo comprenden aquellos a quienes el Espíritu les concede tal don [5].

En los que escuchan, este hablar bajo la acción del Espíritu suscita impresiones opuestas. A unos parece que quienes así hablan lo hacen como efecto de la embriaguez, que los lleva a decir cosas inconexas; los otros, en cambio, entienden sus palabras como un himno de alabanza a la obra de salvación que Dios ha llevado a cabo [6].

5. 1Cor 13,1: «lenguas de hombres y de ángeles»; Mc 16,17: «lenguas nuevas»: H. Greeven.

6. Act 10,46; 1Cor 14,2.14-17.

A los oyentes bien dispuestos, abiertos a la fe, el Espíritu les concede captar el significado y contenido de lo que hablan los discípulos, hasta tal punto que les parece estar oyendo su lengua materna. Para los demás, que carecen de las debidas disposiciones, permanece indescifrable el sentido de todo aquel prodigioso episodio; sólo perciben sonidos ininteligibles, que les recuerdan el balbuceo de un beodo. En Ef 5,18 se da a entender claramente que también en Éfeso se hacía mofa de aquellos de quienes el Espíritu Santo se apoderaba, y los tachaban igualmente de embriaguez. La historia de la mística cristiana favorece también la idea de que en el milagro de pentecostés se dieron simultáneamente dos fenómenos: de una parte, un milagro de audición (en los oyentes), y de otra, un hablar extático (en los discípulos) con los mismos caractēres que el hablar en lenguas conocido en Corinto.

Los «milagros de lenguas», que se atribuyen también a algunos santos favorecidos por Dios con dones místicos [7], según el parecer de quienes han sido testigos de esta clase de prodigios, no pueden ser otra cosa que milagros de audición. «Milagros de lenguas propiamente tales no se han presentado hasta ahora en la mística auténtica» (K. Richtstätter). Por lo demás, los Hechos mismos hacen resaltar la identidad de la glosolalia en Cesarea («los oían hablar en lenguas y magnificar a Dios», 10,46) con el hablar en lenguas de los discípulos, movidos por el Espíritu, el día de pentecostés [8].

De la expresión «en otras lenguas», que sólo aquí se lee, deducen algunos comentaristas que se trataba de un hablar, prodigioso desde luego, pero comprensible, en lenguas que los judíos de la diáspora allí presentes usaban como lengua materna. Pero en esta hipótesis es imposible explicar la observación sarcástica de una parte de los oyentes, que creen ver en aquéllos un grupo de ebrios; además, caeríamos en la dificultad de tener que admitir que los apóstoles hablaban simultáneamente en varias lenguas diversas y, por consiguiente, en condiciones normales nadie les podía comprender. La expresión «en otras lenguas» ha de entenderse simplemente igual que en Mc

7. Por ejemplo, san Vicente Ferrer, quien, al predicar en catalán, su lengua materna, era comprendido por personas que no conocían esa lengua.

8. Act 11,15.17: «el mismo don».

16,17: «hablarán lenguas nuevas», y significa tan sólo que usaban un modo de hablar fuera de lo común. Ningún apoyo ofrece el texto a la opinión, que se encuentra ya en ciertos padres de la Iglesia y está aún hoy bastante difundida, de que el día de pentecostés los apóstoles fueron enriquecidos en forma prodigiosa con el conocimiento de las lenguas de todos aquellos pueblos que más tarde debían evangelizar.

No se puede negar, sin embargo, que el milagro de las lenguas de pentecostés tenía por objeto mostrar simbólicamente cómo la tarea confiada a la Iglesia, que nacía en aquel preciso momento, era la de anunciar a todos los pueblos, naciones y lenguas el mensaje salvador de Cristo. Los judíos de la diáspora, oriundos «de todos los países que hay bajo el cielo» (juntamente con los prosélitos), eran los representantes de la humanidad dispersa por toda la tierra y dividida en diferentes lenguas. La misión apostólica que el Señor confió a sus discípulos en el momento de subir a los cielos (1,8) encontró su cumplimiento, bajo cierto respecto, en los prodigios de pentecostés; judíos y paganos (prosélitos) deseosos de la fe oyen el anuncio de la buena nueva de salvación ya presente, y se hacen bautizar. La Iglesia cristiana posee ya desde su primer día de existencia el carácter de la universalidad.

Si nuestra explicación del milagro de pentecostés es exacta, el hablar de los discípulos en Jerusalén es esencialmente idéntico al hablar en lenguas (glosolalia) de Corinto, descrito por san Pablo en 1Cor 14, con la sola diferencia de que, en pentecostés, el Espíritu Santo mismo hizo de intérprete, al colocar a los oyentes bien dispuestos en condiciones de comprender a los discípulos con tanta facilidad como si los estuviesen oyendo hablar su propia lengua.

9-11 El llamado *catálogo de los pueblos* es, estilísticamente considerado, una inserción del autor en el breve discurso de los judíos de la diáspora (v. 7-11). Enumera cada uno de los grupos étnicos, o de los países en que éstos tuvieron origen. Históricamente está probado que la diáspora judía alcanzaba tal extensión. La lista se abre con tres nombres de pueblos (representan las regiones situadas al oriente del Tigris, que no formaban parte del imperio romano); siguen nueve nombres de comarcas o países (aproximadamente la zona en torno

al Mediterráneo oriental); se cierra con otros tres nombres de pueblos. Por «romanos» se entienden aquí las gentes oriundas de Roma (no ciudadanos romanos). Los prosélitos son personas de ascendencia no judía que entraron en el judaísmo y recibieron la circuncisión, con lo cual quedaron incorporados al pueblo judío.

Sorprende la colocación de «cretenses y árabes» al final de la enumeración. No es el caso, sin embargo, de ver en este par de nombres una adición del autor de los Hechos o una interpolación de mano tardía; son más bien dos términos que resumen los pueblos y países anteriormente enumerados, distribuyéndolos en dos grandes grupos: los que habitan, inmediatos al mar, al occidente del Mediterráneo (= cretenses), y los que pertenecen a la zona oriental (= árabes), sea próximos a la costa, sea en el interior de los desiertos (O. Eissfeldt). También Agripa, en su carta al emperador Calígula [9] compendia en la siguiente forma la enumeración, hecha antes por él mismo, de las regiones en que existía diáspora judía: «En Europa, en Asia, en Libia (= África), en los continentes, en las islas, sobre las costas y en el interior.»

En el terreno de la historia de las religiones, el relato de pentecostés se puede poner en relación con la leyenda rabínica de la *promulgación de la ley en el Sinaí*, cuyo recuerdo se celebraba, ya en época cristiana, en la fiesta de pentecostés [10]. Conforme a la leyenda, la voz de Dios se dividió en setenta lenguas, número total de las que entonces existían, según creencia de los judíos, y así cada pueblo recibió los diez mandamientos en su lengua propia. En este sentido interpreta el Sal 68,12 el rabí Yohanán (muerto en 279): «Toda palabra que salió de la boca del Santo se repartió en setenta lenguas»; en la escuela del rabí Ismael (muerto hacia 135), Jer 23,29 se explicaba en esta forma: «Como la piedra, al golpearla, se divide en muchas astillas, así también cada palabra que salía de la boca del Santo se dividía en setenta lenguas.» Los mandamientos que Dios promulgó sobre el Sinaí (tal es el significado de esta leyenda) tienen valor no sólo para el pueblo hebreo, sino que son obligatorios para

9. Conservada por FILÓN en su *Leg. ad Gaium* 36, § 281-283.
10. *Pesahim* 68*b*: «La *torah* fue dada en la fiesta de las semanas».

toda la humanidad; por eso todos los pueblos estuvieron en capacidad de entenderlos.

Pero, como los documentos de esta leyenda judía son de época más reciente que los Hechos, se indica al filósofo hebreo Filón, contemporáneo de Jesús, como al autor antiguo que realmente expresa conceptos de este género. Se dice que, aunque él no tiene aún noticia de una repartición de la voz del Sinaí en setenta lenguas, ofrece, sin embargo, en su libro sobre el decálogo (§ 35), una curiosa exposición acerca de la naturaleza de la voz divina, que —según él— Dios hace resonar en todas partes y produce un eco especial en el alma de cada uno. Se afirma que con esto Filón abrió ya el camino hacia la idea de que el mensaje divino resuena en todo el mundo, y se concluye que de esta idea es tributario el relato de pentecostés tal cual se lee en el Nuevo Testamento; su objetivo sería mostrar cómo el anuncio de los apóstoles, modelo de toda la predicación cristiana, resonó al oído de cada uno de los oyentes en su propia lengua (M. Dibelius). Se añade aún que, mediante el § 42 del mismo escrito de Filón, se puede ilustrar el paso oscuro de «lenguas de fuego» (del v. 3) a «otras lenguas» (del v. 4) en que el relato dice que hablaban los apóstoles; en efecto, escribe allí Filón: «En medio del fuego que venía del cielo resonó una voz, que llenó a todos de respetuoso temor, con lo cual la llama se transformó en lengua articulada, que era bien conocida de los oyentes.» Según otra obra de Filón [11], en el momento de la promulgación de la ley resonó en el cielo un toque de trompeta, que se oyó hasta los confines del mundo, a fin de que toda la humanidad fuera advertida del acontecimiento más grandioso y más útil, la revelación de las leyes fundamentales.

Una dependencia literaria de la historia de pentecostés respecto a la leyenda judía, es del todo inadmisible; las divergencias entre ambas son demasiado profundas. El relato de Lucas aventaja por su sobriedad a lo que no es sino producto de la fantasía hebrea. Con todo, no hay por qué desconocer que entre el relato de Lucas y la leyenda judía existe cierta afinidad de pensamiento. Como los maestros hebreos, con su presentación fantástica del pasaje bíblico, se

11. FILÓN, *Spec.* II, § 189.

proponen expresar la convicción de que la revelación de Dios en el Sinaí (los diez mandamientos) vale esencialmente para toda la humanidad, así también la historia de pentecostés quiere hacer presente al lector que la predicación del evangelio, y con él la salvación, está destinada a todos los pueblos del mundo. Para conseguir tal fin, la narración recalca con insistencia que mientras los discípulos, impulsados por el Espíritu de Dios que acaban de recibir, rinden por primera vez en público su testimonio [12], se hallan presentes testigos de todo el mundo, judíos y paganos (prosélitos), que reciben la buena nueva en su lengua materna. Ante esto, no se puede excluir la posibilidad de que en la presentación literaria de la escena de pentecostés hayan influido algunos conceptos propios del judaísmo.

El discurso de Pedro en pentecostés
2,14-36

[14] *Puesto Pedro de pie con los once, levantó la voz y les dirigió este discurso:*

«Hombres de Judea y vosotros todos los que habitáis en Jerusalén, quede esto bien claro y escuchad mis palabras: [15] *no están bebidos estos hombres, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercia del día;* [16] *sino que esto es lo que dijo el profeta Joel:*

[17] »Y sucederá en los últimos días — palabra de Dios —
que derramaré mi espíritu sobre toda carne;
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas
y vuestros jóvenes verán visiones
y vuestros ancianos soñarán sueños;
[18] y sobre mis siervos y mis siervas
en aquellos días derramaré mi espíritu
y profetizarán;
[19] y haré portentos arriba en el cielo,
y señales abajo en la tierra:

12. Lc 24,47-49; Act 1,8.

sangre y fuego y vapor de humo;
[20] el sol se convertirá en tinieblas
y la luna en sangre,
antes de que llegue el día del Señor,
día grande y esplendoroso;
[21] y sucederá
que todo el que invoque el nombre del Señor
se salvará (Jl 3,1-5).

[22] *»Hombres de Israel, oíd estas palabras: A Jesús Nazareno,*
hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios
y señales que por él realizó Dios entre vosotros, como bien sabéis;
[23] *a éste, entregado según el designio determinado y la preciencia*
de Dios, vosotros crucificándolo por manos de infieles lo quitasteis
de en medio. [24] *Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la*
muerte, dado que no era posible que ella lo retuviera en su poder.
[25] *Porque David dice a propósito de él:*

»Yo veía al Señor delante de mí continuamente,
porque está a mi derecha para que yo no vacile.
[26] Por ellos se alegró mi corazón
y estalla en cánticos mi lengua
y hasta mi carne reposa en la esperanza
[27] de que no abandonarás mi alma al hades,
ni dejarás que tu santo vea la corrupción;
[28] me darás a conocer los caminos de la vida,
me henchirás de delicias junto a ti (Sal 16,8-11).

[29] *»Hermanos: Séame permitido deciros resueltamente acerca del*
patriarca David, que murió y fue sepultado y su tumba se conserva
entre nosotros hasta el día de hoy. [30] *Pero siendo como era profeta*
y sabiendo que Dios le había asegurado con juramento que un
descendiente suyo se sentaría sobre su trono (Sal 132,11), [31] *previ-*
niendo el futuro habló de la resurrección del Mesías, que no sería
abandonado al hades ni su carne experimentaría corrupción. [32] *A*
este Jesús resucitó Dios, y todos nosotros somos testigos de ello.

[33] *Exaltado por la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa*
del Espíritu Santo, ha derramado lo que vosotros estáis viendo y
oyendo. [34] *Porque David no ascendió a los cielos, y sin embargo*
dice:

»Dijo el Señor a mi señor: Siéntate a mi diestra
[35] hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Sal 110,1).

[36] *»Sepa, por tanto, con absoluta seguridad toda la casa de Israel*
que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros
crucificasteis.»

Una vez más es Pedro quien toma la palabra (cf. 1,15). Ahora **14**
habla poseído de la fuerza del Espíritu de Dios, que acaba de recibir. En su discurso a la multitud que se ha apiñado, comienza por
explicar *por qué los discípulos hablan en esa forma extraña.* No son **15**
efectos de la embriaguez: a hora tan temprana (son las 9 de la
mañana) no es el caso de pensarlo. El primer alimento del día se **16**
tomaba entre las 10 y las 11. Es, en cambio, consecuencia de la efusión del Espíritu Santo que acaba de efectuarse, después que en el AT había sido prometida para los últimos tiempos. En este acon-
tecimiento, tan incomprensible para los oyentes, se ha cumplido la **17-21**
profecía de Joel 3,1-5. En el libro de Joel, efectivamente, la efusión del Espíritu Santo está expresamente anunciada para los últimos tiempos, y presentada como la señal más inmediata de su llegada (3,1-2). Pero, como en otros pasajes del AT, se predicen también aquí espantosos cataclismos como preludio del fin y del juicio universal (3,3-5). El «día del Señor» es día de juicio, en el cual los buenos reciben la recompensa y los malos su castigo [13].

Aunque Pedro no se limita a citar a Joel 3,1-2, sino aduce además 3,3-5, no es su intención expresar con ello que el fin del mundo y el juicio sean inminentes, no obstante la seguridad con que los primeros cristianos creían próximo el fin del mundo. Para Pedro, sólo la primera parte del pasaje de Joel tiene ahora especial

13. Cf. Lc 17,24; 21,34; Act 10,42; 17,31; Rom 10,9-10; 2Tim 4,1.

importancia, dado que contiene el anuncio de la efusión del Espíritu, hecha ya realidad. Si en la cita menciona los cinco versículos, es porque el último de ellos, con la promesa de que «todo el que invoque el nombre del Señor se salvará», le viene de perlas para concluir el discurso con una exhortación a los oyentes (v. 40: «libraos de esta generación perversa»). Este versículo encierra un significado ya específicamente cristiano. Con el nombre de «Señor», el cristianismo primitivo designa no a Yahveh, como en el AT, sino a Jesucristo; y los cristianos, que sólo más tarde tuvieron nombre propio (cf. 11,26), emplean, para designarse, la expresión «los que invocan el nombre del Señor» [14]. «Invocar el nombre del Señor» quiere decir, según Rom 10,9-13, reconocer y aceptar a Jesús como Señor (celestial). En el día del juicio será uno salvado o condenado, según que haya o no invocado el nombre del Señor, es decir, que haya o no reconocido a Jesucristo como Señor (cf. Act 4,12).

En Joel 3,1-2 no se dice nada de «hablar en lenguas»; no obstante, Pedro ve también en este efecto de pentecostés el cumplimiento de una profecía. En el texto de Joel se promete que el Espíritu será dado a todos los miembros del pueblo de Dios, sin excluir a los esclavos y esclavas israelitas, en tanto que en el AT fue patrimonio exclusivo de ciertas personas privilegiadas, los profetas. En pentecostés, en cambio, el Espíritu se ha posado sobre todo el grupo de los discípulos, y Pedro ofrece la misma posibilidad de recibirlo, a todos los que se agreguen a la comunidad (v. 38). Los efectos del Espíritu son para Joel las profecías, las visiones, los sueños; o sea, dones idénticos a los que el Espíritu concedió a los profetas. Estos dones extraordinarios y carismáticos, el AT los atribuía principalmente al Espíritu. Ahora bien, en pentecostés el Espíritu Santo obró en los discípulos de Jesús efectos milagrosos del mismo género, ya que su hablar es obra del Espíritu y presenta semejanzas con el hablar profético (cf. 1Cor 14). En consecuencia, la profecía de Joel se cumplió efectivamente, o se empezó a cumplir en pentecostés. Pero el Espíritu Santo, según los Hechos, no sólo obra efectos extraordinarios de orden psíquico, sino que además

14. Act 9,14.21; 22,16; cf. 1Cor 1,2.

transforma a los discípulos en valerosos e impávidos testigos de Cristo [15].

Con el v. 22 se vuelve a tomar el hilo del discurso, para ocu- 22
parse ahora del *mensaje de Cristo*, que constituye la parte principal (22-36). La sucesión de los conceptos es la siguiente: a Jesús Nazareno (cf. Mt 2,23), acreditado con milagros, no obstante los cuales los judíos lo crucificaron, a ese Jesús, Dios lo resucitó de entre los muertos, lo asoció a su trono, y por medio de él comunicó el Espíritu Santo. Con esto ha mostrado hasta la evidencia que lo hizo Señor y Mesías. Para demostrar la resurrección de Cristo, sobre la cual el orador insiste en forma especial, aduce un *argumento escriturístico*, sacado del Sal 16.

Dios, con los numerosos milagros que por medio de él obró
acreditó ante los judíos a Jesús como a enviado suyo [16]. Éstos, sin 23
embargo, lo hicieron morir clavándolo en la cruz «por manos de infieles», es decir, valiéndose de la autoridad pagana. La culpabilidad de los judíos en la muerte de Jesús queda así afirmada sin lugar a dudas; Pilato y sus soldados no fueron sino instrumentos de los judíos [17]. Pero esa muerte afrentosa nada significa contra la misión divina, ya que su entrega en manos de los judíos, por medio de Judas, no se hizo contra la voluntad de Dios, sino en plena conformidad con sus designios eternos y su predestinación. Jesús, en efecto, según la voluntad y los designios de Dios, que hallamos consignados en las Escrituras, debía padecer [18]; Dios lo entregó a una muerte ignominiosa, para poner así en ejecución su plan eterno en favor del mundo. Así, los judíos mismos no fueron, al fin y al cabo, sino simples instrumentos en manos del que está por encima de ellos.

Después, Dios resucitó a Jesús de la muerte; ésta no podía 24
retenerlo para siempre en su poder, porque la Escritura, en el Sal 16,8-11, ya había predicho su resurrección. La expresión «atadu-

15. Act 1,8; 4,8.13.31.

16. Cf. Act 10,36; Lc 24,19

17 La misma idea reaparece en Act 3,13-17; 4,10; 5,30-31; 7,52; 10,39-40; 13,27-30.

18. Cf. Lc 24,26; Act 3,18; 4,28; 13,29.

ras de la muerte» es la traducción correcta, y debe sustituir aquí a la fórmula «dolores de la muerte», usada por la Vulgata, y que se debe a una traducción equivocada que los LXX dan de los Sal 18,6 y 116,3; significa que era imposible que la muerte hubiese podido retener en sus entrañas al Mesías; tenía que devolverlo. El autor del Sal 18 agradece a Dios el haberlo preservado de la muerte. En el uso que de este salmo hace Pedro, el que agradece es alguien que después de haber probado la muerte ha sido de nuevo arrancado a ella. El que así habla no puede entonces ser otro que el Mesías, a quien Dios resucitó. El cantor del Sal 16 halla toda su alegría en el servicio de Yahveh y tiene plena confianza en que esa situación feliz durará siempre: «Porque tú no abandonas mi alma en el hades, no permites que tu siervo vea la fosa» (v. 10). Conforme al sentido de este versículo, lo que el cantor espera no es verse preservado de la muerte, sino alcanzar de Dios una larga vida. Los LXX traducen: «ni dejarás que tu santo vea la corrupción», es decir, no permitirás que tu santo sea presa de la corrupción. El cristianismo primitivo, Pedro (como también Pablo, 13,55) ve en el «santo» al Mesías, y refiere este salmo a la resurrección. Después de su muerte, Jesús compartió la suerte común de los que mueren, y su alma habitó en «los infiernos» (del Hades); pero Dios llamó de nuevo su cuerpo a la vida y lo reunió con el alma [19].

Es cierto, explica el orador, que en el salmo David habla en primera persona; pero con ello no se designa, sin embargo, a sí mismo, porque es un hecho sabido que aquella profecía no se cumplió en él. Efectivamente, David murió y nunca más se volvió a ver libre de las garras de la muerte, y hasta el día de hoy se muestra todavía su tumba en Jerusalén (ésta se encontraba en la parte sur de la colina oriental, en la antigua ciudad de David; según cuenta Flavio Josefo [20], el sumo sacerdote Hircano y Herodes el Grande la abrieron para robar el tesoro). En conclusión, David en aquel salmo no pudo haber hablado sino de algún otro, ya que, como auténtico

19. Cf. además Sal 106,26; Mt 12,40; Rom 10,7.
20. Fl. Josefo, *Ant.* vii, 15,3.

profeta que era, no pudo haber profetizado en falso. De otra parte, los profetas hablaron por anticipado del Mesías y de su tiempo [21] Por tanto, David habló del Mesías, y en el v. 10 profetizó su resurrección. A esto se añade que Dios le hizo la promesa, ratificada con juramento, de que haría sentar sobre su trono a uno de los «frutos de sus entrañas», vale decir, a uno de sus descendientes [22]. Esta promesa la cumplió con la resurrección de Jesús. Por eso, el que en el Sal 16 habla en primera persona es el Mesías mismo, que se sirve de David como de portavoz para profetizar su propia resurrección.

Así pues, el significado del Sal 16,8-11 en la interpretación **25-28** mesiánica de Pedro es el siguiente: el Mesías, durante su permanencia en la tierra, se alegra de su constante unión con Dios y de la protección que él le dispensa sin interrupción. Dios no lo abandonó ni siquiera en medio de los horrores de la muerte. Su cuerpo no cayó en descomposición, y su alma no se vio sujeta a una existencia sombría en el reino de los muertos. Es llamado de nuevo a la vida, y llega a la unión celestial con Dios.

En los discursos de los Hechos, la demostración escriturística descansa del todo en el texto de los LXX. Pero no es de creer que Lucas haya traducido al griego algún texto arameo que tuviese a la vista, y se haya servido, además, de los LXX, pues hay casos en que sólo el texto griego se presta para la argumentación, mientras el texto hebreo tiene sentido diverso. Así, la argumentación de Pedro en favor de la resurrección de Jesús en el v. 10 del Sal 16 se basa en el texto tal como lo dan los LXX. El texto hebreo tiene un significado completamente distinto: en éste, el que hace la súplica espera que Dios lo preserve de la tumba. Igual manera de argumentar, apoyada en el texto griego del Sal 16, se encuentra también en el discurso de Pablo en Antioquía de Pisidia (13,34-37). Un caso análogo se da asimismo en la intervención de Santiago durante el concilio apostólico (15,16-18).

Este dato es de gran importancia al estudiar el problema rela-

---

21. Cf. 1Pe 1,10-12.
22. Sal 132,11; 89,4-5; 2Sam 7,12-13.

tivo al carácter histórico de los discursos de los Hechos. De ahí tendremos que concluir que Lucas al redactarlos utilizó no un documento arameo, sino un documento griego. Éste procedía seguramente de los círculos helenísticos de la comunidad primitiva y debía ser un reflejo fiel de la predicación aramea de los apóstoles. «Pero no es necesario exigir que esta fidelidad se reduzca a una reproducción literal; se repite, con base en la Biblia griega, el trabajo que hicieron los "hebreos" partiendo de la Biblia hebrea o de su traducción aramea» (Dupont).

32 Esta resurrección del Mesías, profetizada en el AT, Dios la ha hecho ahora efectiva en Jesús, como Pedro y los demás discípulos pueden atestiguarlo. Después del argumento escriturístico, viene aquí el testimonio directo. Pero Pedro no se detiene mucho en él, sino que regresa en seguida a las ideas con que inició el
33 discurso. Dios exaltó con su diestra, es decir, con su poder, a este Jesús, resucitado de la muerte, lo levantó hasta su trono y lo hizo partícipe de su poder. En la base de su afirmación (como también de 5,31) está el Sal 118, siempre según los LXX: «La diestra del Señor me exaltó.» La primera predicación cristiana considera el Sal 118 como relativo al Mesías, y esta relación aparece con cierta frecuencia [23]. De lo alto del cielo Jesús, por encargo del Padre, derramó el Espíritu Santo sobre sus discípulos; lo que ahora están presenciando y oyendo son los efectos de esa acción. Ya los profetas del AT habían preanunciado a cada paso el don del Espíritu Santo para los tiempos mesiánicos [24]. A estas profecías se refieren las expresiones: «la promesa del Padre» [25]; «la promesa del Espíritu Santo» [26]; «el Espíritu Santo de la promesa» (Ef 1,13); todas ellas significan: «el Espíritu Santo prometido por el Padre».

En algunos testigos del texto occidental se lee: «ha derramado este don que ahora vosotros estáis viendo y oyendo». Con estas palabras Pedro hizo plenamente inteligible un acontecimiento cuyo

---

23. Cf. Act 4,11; 1Pe 2,7; Mt 21,9 par; 23,39; Lc 13,35; Jn 12,13; Heb 13,6.
24. Cf. Is 32,15; 34,16; Ez 11,19; 36,26-27; 37,4-14; Jl 3,1-2; Zac 12,10.
25. Lc 24,49; Act 1,4.
26. Act 2,33; cf. Gál 3,14.

sentido no lograban captar los oyentes. Pero se da cuenta de 34-35
que hay necesidad de probarles con argumentos de la Escritura, que en realidad Dios compartió su trono con Jesús resucitado, y que la efusión del Espíritu Santo es obra de este Jesús exaltado a la gloria. Es lo que hace apelando al Sal 110,1. David no ascendió a los cielos, sino que permaneció encerrado en la tumba, y por consiguiente él no pudo haber sido asociado al trono de Dios, ni a él puede atribuirse el envío del Espíritu Santo. Fue de otro, y precisamente de su Señor, de quien dijo que Dios le daría sitio a su diestra. El rey David —éste es el pensamiento de Pedro—, al decir «a mi Señor» no pudo haber pensado en otro que en el Mesías. La invitación «siéntate a mi diestra» se refiere, pues, a la entronización del Resucitado. Ahora bien, ésta supone la resurrección.

Para terminar, Pedro saca la *conclusión final* de su argumento: 36
mediante la efusión del Espíritu Santo por obra de Jesús, de lo cual acaban de ser testigos, todo Israel puede y debe reconocer con absoluta certeza que Dios hizo Señor y Mesías («Cristo») a aquel a quien los judíos rechazaron y crucificaron.

Que sólo a través de su resurrección y exaltación a la diestra de Dios, Jesús fue constituido Señor, es decir, soberano universal y copartícipe del poder ilimitado de Dios, es cosa clara, y además dicha expresamente por el propio Jesús en Mt 28,18: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.» Así lo aceptó también la fe del cristianismo primitivo [27].

Pero la consecución de la dignidad de Mesías a través de la exaltación no significa que antes, en el curso de su vida terrena, no haya sido más que el Mesías «que ha de venir» *(Messias designatus)*. Tal supuesto estaría en contradicción con el testimonio que el propio Jesús da de sí mismo [28]. Tampoco se podría concluir del v. 36 que la primitiva comunidad cristiana no hubiese reconocido a Jesús la dignidad mesiánica. Por el contrario, ella transmitió fielmente los

27. Cf. Act 5,31: «Dios lo ha exaltado, como príncipe y salvador, a su diestra»; Flp 2,9-11: «por lo cual Dios lo exaltó y le concedió el nombre que está sobre todo nombre, para que, al nombre de Jesús, toda rodilla se doble... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor».

28. Cf. comentario a Mc 8,33.

testimonios que Jesús había dejado de su conciencia mesiánica y, además, se esforzó por presentar su muerte como la muerte del Mesías y por demostrar que así la presentaban también las Escrituras [29]. Lo que Dios hizo ahora fue conferirle la soberanía mesiánica, dar todo el esplendor real a su dignidad de Mesías. Jesús comenzó a ejercer efectivamente su oficio mesiánico sólo después de la resurrección y exaltación. En forma perfectamente análoga, el cristianismo primitivo entiende el Sal 2,7 («Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado») en el sentido de que, a través de la resurrección y la exaltación, Jesús llegó a ser hijo de Dios [30].

Causa extrañeza la observación de que el Resucitado fue hecho no sólo Señor (con lo cual se cumple el Sal 110,1), sino «Señor *y Mesías*», título éste que no aparece en los textos aducidos. Se encuentra, sin embargo, en el mismo Sal 132, a cuyo v. 11 hizo referencia Pe en Act 2,30 [31]. Se puede suponer que el orador, en el momento de hacer la cita, tenía a la vista ambos versículos, o bien, que Lucas abrevió su documento.

La exaltación de Jesús.

Jesús rechazó el ideal de un mesianismo político, arraigado en el judaísmo. Refirió el Sal 110,1 a su propia persona y reivindicó para sí un puesto a la diestra de Dios; en otros términos, quiso ser no un Mesías de tipo judío, sino el Señor del mundo. Este mesianismo fue el que proclamó solemnemente ante el sanedrín (Mc 14,62). La primera comunidad cristiana está convencida, desde su principio, de que tales pretensiones de Jesús se vieron cumplidas [32].

Lo deduce del hecho de la resurrección, y particularmente de la venida y de la obra del Espíritu Santo. En consecuencia,

---

29. Act 2,23; 4,46-47; 1Cor 15,3: «murió por nuestros pecados según las Escrituras».

30. Act 13,33; Heb 1,5; 5,5; Rom 1,4.

31. Sal 132,10: «No desaires la faz de tu ungido.»

32. Act 3,21; 5,31; 7,56; Rom 8,34; Ef 1,20; Col 3,1; Flp 2,9-11; 1Tes 4,16-17; 2Tes 1,7; 1Tim 3,16; Heb 1,3; 1Pe 3,22.

desde el momento en que Jesús ocupó efectivamente su puesto a la diestra de Dios, se cumplió el Sal 110,1, y se inició la era mesiánica.

Efectos del discurso de Pedro
2,37-41

37 En oyendo esto, se arrepintieron de corazón y dijeron a Pedro
y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos?
38 Pedro les respondió: Convertíos, y que cada uno de vosotros se
bautice en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pe-
cados y recibiréis el don del Espíritu Santo; 39 porque esta pro-
mesa para vosotros es y para vuestros hijos y para todos los que
están lejos (Is 57,19), cuantos llamare el Señor nuestro Dios
(Jl 3,5). 40 Y con otras muchas palabras testificaba y los exhor-
taba diciendo: Libraos de esta generación perversa. 41 Ellos, pues,
dando fe a su palabra se bautizaron, y se congregaron aquel día unas
tres mil almas.

La demostración de que el pueblo judío asesinó a su Mesías 37
conmueve profundamente a los que escuchan. La pregunta de éstos
revela una voluntad pronta a creer en el Crucificado y a aceptarlo
como Mesías. Pedro los exhorta a convertirse y a recibir el bau- 38
tismo en el nombre de Jesucristo, y les promete que recibirán el
Espíritu Santo, ya que la promesa de él tiene valor no sólo para
cuantos hasta ahora han sido discípulos de Jesús, sino para todo 39
el pueblo judío, y aun para los paganos que acojan fielmente el
llamamiento de Dios, es decir, la predicación de la salud que ahora
les llega. Dado que la expresión «los que están lejos» proviene de
Is 57,19, hay que aceptar que, aquí como en el profeta, se refiere
a los gentiles [33]. Pedro supone, al menos aquí, que éstos entrarán
al judaísmo (cf. 15,7-9). El término «llamare» procede de Jl 3,5*c*
(«y la buena nueva será anunciada a aquellos que el Señor ha
llamado»), texto que el orador no cita a la letra, pero que tiene

33. Cf. Ef 2,13-17; Act 22,21.

40 ante sus ojos. A través del bautismo entran los oyentes en una estrecha relación de pertenencia a Cristo y se ponen a salvo al quedar separados de Israel, el cual, extraviado por sus infidelidades
41 de orden religioso y moral, caerá víctima del juicio final. La apremiante invitación de Pedro encuentra en buena parte de ellos terreno abonado. Así logra conquistar, en este día de pentecostés, cerca de tres mil almas para la fe de Cristo; esto no quiere decir, desde luego, que todos hayan sido bautizados aquel mismo día.

Los discursos de misión dirigidos a los judíos.

Fuera del discurso que Pedro pronunció en pentecostés, los Hechos dan razón de otros tres, dirigidos a los judíos (o a «temerosos de Dios»): dos de Pedro (en el templo, 3,11-26; en casa de Cornelio, 10,34-43) y uno de Pablo (en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, 13,16-41). Todos se ciñen a un mismo *esquema:* una introducción, más o menos extensa según lo requiere la situación, a la cual suceden, como puntos esenciales, los siguientes: 1.° El *mensaje de Cristo* (el *kerygma),* referente a la vida, pasión (muerte) y resurrección; 2.° una *prueba escriturística* relativa a la muerte y resurrección de Jesús, y al destino universal que tiene el mensaje de salvación; 3.° una exhortación a la penitencia. Los puntos 2.° y 3.° tienen por modelo las palabras del Resucitado a los discípulos en Lc 24,44-47; el punto 1.° es un eco de la frase «vosotros sois testigos de esto» (v. 48).

El *mensaje de Cristo* se ocupa casi exclusivamente de la pasión, muerte, resurrección y exaltación [34]. Únicamente el discurso de Pedro en Cesarea habla de la vida de Jesús, pero expresamente sólo de los milagros que hizo (10,38), en los cuales el orador ve el cumplimiento de una palabra profética (Is 61,1); los milagros se mencionan también en el discurso de pentecostés (2,22).

La *prueba escriturística* se refiere a *tres* puntos: 1.° la muerte de Jesús, necesaria y querida por Dios; un Mesías crucificado era, efectivamente, un motivo de escándalo para los judíos (1Cor 1,23);

34. Act 2.22-24; 3,13-15; 4,10-11; 5,29-31; 10,38-40; 13,27-33; 26,23.

2.º la resurrección de Jesús y su exaltación a la diestra de Dios (entronización mesiánica); 3.º la aclaración de que la salud traída por el Mesías está destinada a todos los pueblos, judíos o paganos. Estos tres puntos están claramente contenidos en las palabras del Resucitado a los discípulos: «Así está escrito (en la ley de Moisés y en los profetas) que el Mesías tenía que padecer (y morir); que al tercer día había de resucitar de entre los muertos, y que en su nombre había de predicarse la conversión para la remisión de los pecados a todas las naciones» [35]. También Pablo los menciona en su discurso ante Agripa, en el cual hace un compendio de lo que su predicación contiene: «sin decir otra cosa sino lo que los profetas y Moisés predijeron que había de suceder: que el Mesías había de padecer, que sería el primero en resucitar de entre los muertos y que anunciaría la luz al pueblo y a las naciones» (26,22-23).

Según el discurso de *Pedro* en pentecostés, la pasión y muerte de Jesús corresponden al plan y a la presciencia de Dios (2,29); en el discurso pronunciado en la plaza del templo dice que «Dios cumplió de esta manera lo que había preanunciado por boca de todos los profetas: que su Mesías padecería» [36]. *Felipe* (8,35) anuncia la buena nueva de Jesús al intendente etíope, tomando pie de Is 53,7-8 (el siervo de Dios sufriente). Según *Pablo*, con su condena a muerte, los dirigentes judíos dieron cumplimiento a los oráculos de los profetas [37]. En la sinagoga de Tesalónica, el Apóstol sostiene discusiones con los judíos tomando por base las Escrituras, y les demuestra que «convenía que el Mesías padeciera y resucitara de entre los muertos», y concluye: «Este Mesías es Jesús, el que yo os anuncio» [38]. También partiendo de «la ley de Moisés y los profetas», trata de convencer a los judíos de Roma de que Jesús es el Mesías (28,23). En forma idéntica, el alejandrino *Apolo* demuestra «por las Escrituras que Jesús era el Mesías» (18,28). A pesar de que tantas veces se afirma que la Escritura había predicho la pasión y la muerte del Mesías, sólo dos son los pasajes que se

35. Lc 24,44-48; cf. también Lc 24,26-27 y 1Pe 1,11.
36. Act 3,18; cf. también 3,24: «todos los profetas desde Samuel».
37. Act 13,27; cf. 13,23.29.33.
38. Act 17,2-3; cf. 17,11; 18,5.

citan [39]. A más de esto, frecuentemente se llama la atención de manera especial sobre los aspectos dolorosos de la vida de José y de Moisés, tipos del Mesías [40].

Para convencer a los oyentes de la *realidad de la resurrección* de Jesús, los predicadores apelan a las apariciones del Resucitado [41]. Continuamente repiten: A este Jesús a quien habéis dado la muerte, Dios lo resucitó; de ello somos nosotros testigos [42]. Cuando se trata de la elección de un sustituto para Judas, se recalca expresamente que su tarea consistirá en ser, juntamente con los once, testigo de la resurrección. En la segunda descripción de la vida de la comunidad primitiva (4,33), se dice que, «con gran fortaleza, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús» (cf. 4,2).

La *prueba escriturística* se propone aún otro fin: colocar en su punto exacto el *significado teológico de la resurrección*. La resurrección de Jesús no es un simple retorno de Cristo a la vida, o el paso a una vida mejor, sino que tiene el mismo significado que su exaltación por obra de la diestra divina [43] y su investidura como Señor y Mesías (2,36), en una palabra, su entronización mesiánica (cf. 3,13). A través de la resurrección se constituye en redentor [44], en juez de vivos y muertos [45]. En el discurso de Pedro en pentecostés y en el de Pablo en Antioquía de Pisidia, el Sal 16 (v. 10: «ni dejarás que tu santo vea la corrupción») tiene una parte importante [46]. Aquí predice David la resurrección del Mesías, el cual saldrá de su descendencia. Esta profecía se cumplió en la resurrección de Jesús; él es, por consiguiente, el Mesías.

Según los discursos de misión, la entronización de Jesús como rey mesiánico está predicha, para dar sólo algunos ejemplos, en

39. Is 53,7-8, en Act 8,35; Sal 2,11-12, en Act 4,25-26.
40. Cf. p. 185s.
41. Act 10,40-41; 13,31; cf. también 4,20.
42. Act 2,32; 3,15; 5,32; cf. 1,8; 22,15; 26,16
43. Act 2,33; 5,31.
44. Act 5,31; 13,23.
45. Act 10,42; 17,31.
46. Act 2,25-31; 13,34-37.

Sal 2,7 («Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado», Act 13,33); Sal 110,1 («siéntate a mi diestra», Act 2,34-36); Sal 118,16 («exaltado por la diestra de Dios»[47]); Sal 118,22 («la piedra que los constructores rechazaron ha venido a ser piedra angular», Act 4,11). En cuanto a la resurrección de Jesús y a su exaltación a redentor y a rey celestial, están prefiguradas en la vida de José (Act 7,10), Moisés (7,35) y David (13,22-23.33). Del cielo retornará al fin de los tiempos (1,11) para juzgar a vivos y muertos (10,42), o sea, a toda la tierra[48], y consumar la salvación escatológica (3,20-21).

Los oradores aducen toda una serie de textos bíblicos en los cuales se encuentra expreso que la salvación traída por Jesús está *destinada* no sólo a los judíos, sino *también a los gentiles*. En conformidad con Gén 12,3, todas las familias de la tierra deben ser bendecidas en un descendiente de Abraham (3,25-26). Según Am 8, 11-12, también los gentiles buscarán al Señor (15,17). Hab 1,5 profetiza el traspaso de la predicación salvadora, de los judíos infieles a los gentiles, deseosos de creer (13,41). En Isaías, y más exactamente en la segunda parte, que trata del siervo de Yahveh, buscan los oradores sus argumentos escriturísticos. Así, por ejemplo, san Pablo en Antioquía de Pisidia, para su discurso ante los paganos, toma pie de Is 49,6: «He hecho de ti la luz de las naciones, para que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra» (13,47)[49].

Los discursos misioneros culminan con la *exhortación a la penitencia*, o, más exactamente, con la exigencia de la conversión religiosa y moral[50]. En qué consiste la conversión, no se explica en detalle; sólo ocasionalmente se dice que es alejamiento del mal[51] y adhesión a Dios[52]. Incluye la disposición de recibir el bautismo (2,38). A los gentiles se les exige «dejar estos ídolos, que no son

47. Act 2,33; 5,31.
48. Act 17,31; 24,25.
49. Cf. además Is 6,9-10 (Act 28,26-27); 47,49 (Act 2,39); 42,7 (Act 26,18).
50. Act 2,38; 3,19; 5,31; 8,22; 10,43; 11,18; 13,38-39; 17,30; 20,21; 26, 18.20.
51. Act 2,36.40; 8,22; 26.20.
52. Act 20,21; 26,20.

nada, por el Dios viviente»[53]. El fin de la conversión es abandonar el pecado[54] y alcanzar la vida eterna[55], la salvación[56].

De esta exposición resulta una consecuencia importante para el *carácter histórico* de los discursos: en su contenido esencial ofrecen un cuadro fiel de la primitiva predicación cristiana. Nos entregan no tanto una reproducción exacta de las palabras que en cada situación concreta pronunció el predicador, cuanto un eco de los conceptos que de ordinario los apóstoles desarrollaban o debían desarrollar ante los oyentes judíos. Por eso son de valor incomparable para el conocimiento de la predicación apostólica. La exactitud de esta afirmación se ve magníficamente confirmada por el hecho de que su teología abunda en rasgos tomados del AT[57].

Otro tanto atestiguan ciertas afirmaciones de las epístolas paulinas, que muestran gran afinidad con los discursos de los Hechos; su manera de expresarse es igualmente tributaria de la más antigua predicación *(kerygma)*. Según 1Cor 15,3-4, Cristo «murió por nuestros pecados según las Escrituras», y «al tercer día resucitó según las Escrituras»; fue exaltado a la diestra de Dios, Rom 8,34 («Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios»); Flp 2,9-11 («Dios lo exaltó y le concedió el nombre que está sobre todo nombre»); él retornará como juez y redentor, 1Tes 1,10 («vivir aguardando la vuelta desde el cielo de su Hijo Jesús, a quien ha resucitado de entre los muertos, y que os libra de la ira futura»). Lucas incluyó en su libro varios de tales discursos, que insisten todos en las mismas ideas y siguen un mismo plan, precisamente porque su intención era la de presentar a sus lectores la sustancia de la predicación apostólica, en tal forma que pudieran grabarla bien.

---

53. Act 14,15; cf. 15,19; cf. 1Tes 1,9.
54 Act 3,19.28; 5,31; 10,43; 13,38; 26,18.
55. Act 11,18; 13,46.48.
56. Act 4,12; 11,14; 13,26; 16,17.31.
57. Cf. el exc. sobre *La figura de Cristo en los Hechos de los Apóstoles*, página 192.

El bautismo cristiano.

Ya desde la primera conquista de fieles aparece el bautismo como el rito de ingreso en la nueva sociedad religiosa, la Iglesia. El recibirlo es, según los Hechos, condición ineludible que se exige a todo el que llega a la fe de Cristo, y generalmente se relata su administración [58]. Lo mismo atestiguan las epístolas [59]. En cuanto a su origen, Lucas nada dice, pero sabemos por Mt 28,19 que remonta a una orden explícita del Resucitado, dada después que en vida había proclamado su necesidad (Jn 3,3.5).

Los discípulos que Jesús tuvo antes del primer pentecostés no recibieron el bautismo cristiano, sino (como legítimamente se puede suponer) obtuvieron el perdón de sus pecados en otra forma. El mandato del Resucitado valía, desde luego, sólo para los que después de pentecostés se sumarían al grupo de los discípulos, movidos por la predicación de los apóstoles.

Con la fórmula «bautizar en el nombre de Jesús» [60] o «*en el* nombre del Señor Jesús» [61], fórmula que usan los Hechos, se da a saber que el rito bautismal se efectúa al mismo tiempo que se pronuncia o se invoca el nombre de Jesús; y a propósito, sabemos por otros escritos cristianos primitivos que el que administraba el bautismo pronunciaba el nombre de Jesucristo sobre el bautizando [62]. Dado que, conforme a la mentalidad de los antiguos, nombre y persona constituyen un todo indisoluble, aquella fórmula indica que el bautizado, en virtud del rito bautismal en que se pronuncia el nombre de Jesús, entra en estable e indisoluble relación con Cristo, es entregado a él en propiedad como a su Señor celestial. Con ello asume el compromiso de colocarse del lado de Cristo, demostrándolo con sus palabras y su conducta, y de guar-

58. Por ejemplo, Act 8,12.36; 9,18; 10,47; 16,15.
59. Por ejemplo, Rom 6,3; 1Cor 1,13; 12,13; Gál 3,27; 1Pe 3,21.
60. Act 2,38; 10,48.
61. Act 8,16; 19,5.
62. Cf. Sant 2,7: «el hermoso nombre que ha sido invocado sobre vosotros»; *Pastor* de HERMAS, comparaciones VIII, 6,4: «se avergonzaron del nombre del Señor, que fue invocado sobre ellos».

darle inquebrantable fidelidad, o, como lo expresa Pablo, de obedecer con libre voluntad a su nuevo Señor (Rom 6,16) [63].

Acerca de los *efectos del bautismo*, los Hechos contienen las siguientes afirmaciones:

1.° El bautismo produce la entrada en la Iglesia. Como por la circuncisión se convierte el judío en miembro del pueblo escogido, así el cristiano, con la recepción del bautismo (la «circuncisión en Cristo», como lo llama Pablo, Col 2,11) pasa a ser miembro del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. Según el modo de expresarse característico de san Pablo, el bautizado se reviste de Cristo, en otros términos, se transforma en miembro de su cuerpo (Gál 3,27), o bien, «todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo» (1Cor 12,13), y entramos así en relación de miembros con respecto a Cristo y con respecto a los demás bautizados. Los Hechos, aunque no emplean esta imagen, sin embargo dan a entender claramente que el bautismo incorpora el bautizando a la Iglesia. Así dicen que, como consecuencia de la predicación de Pedro en pentecostés, muchos creyeron y se hicieron bautizar, con lo cual «congregaron aquel día unas tres mil almas» [64]. Por esta misma razón los Hechos anotan generalmente que los que acogían fielmente la predicación, recibían el bautismo [65].

2.° El bautismo obra la remisión de los pecados, y con ella el poder escapar a la perdición eterna. Pedro exhorta a sus oyentes a convertirse y a hacerse bautizar para la remisión de los pecados (2,38). El ponerse a salvo de la generación perversa (2,40) se logra mediante la recepción del bautismo (2,41). Según la predicación de los profetas, todo el que cree alcanzará, mediante el nombre de Jesús, el perdón de los pecados (10,43); esto se lleva a efecto por el bautismo (10,48). Por su exaltación, Cristo obtuvo del Padre el poder de otorgar a Israel la penitencia y el perdón de los pecados (5,31), a condición de que los israelitas crean en él y se hagan bau-

63. En cuanto al bautismo conferido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, cf. el comentario a Mt 28,19.

64. Act 2,41; cf. 2,47; 5,14; 11,24.

65. Act 8,12.38; 9,18; 10,47; 16,15.33; 18,8; 19,5.

tizar en su nombre. Sólo en su nombre pueden los humanos ser salvados [66].

3.º El bautismo capacita para la recepción del Espíritu Santo. El bautismo de Juan era sólo un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados (Mc 1,4); únicamente el instituido por Cristo, y administrado en su nombre, tiene capacidad de comunicar el Espíritu Santo. Es doctrina de san Pablo que todo bautizado posee el Espíritu Santo [67], y precisamente a partir de su bautismo. En los Hechos no se afirma tan claramente que cada bautizado sea enriquecido con el don del Espíritu Santo, pero lo dan por supuesto. Pedro promete a sus oyentes del día de pentecostés que recibirán el Espíritu Santo si se hacen bautizar (2,38), y es evidente que Ananías, al administrar el bautismo a Saulo en Damasco, le comunica el Espíritu Santo (9,17-18). El relato del bautismo de los discípulos de Juan por mano de Pablo en Éfeso, muestra ostensiblemente que del bautismo en el nombre de Jesús se esperaba la comunicación del Espíritu Santo (1,1-6). Sobre la relación entre bautismo y comunicación del Espíritu Santo véase también 8,16-17; 10,44-48.

El bautismo *presupone la fe*. En la fe se realiza la primera conexión con Cristo al aceptar la doctrina de la salvación, cuyo objeto es Cristo mismo y su obra redentora (el llamado *kerygma)*. La fe es la condición previa para recibir el bautismo, lo exige y lleva a él. La conversión a Cristo, que comienza con la fiel aceptación de la «palabra», recibe en el bautismo su sello y consumación. De ahí que los Hechos hagan notar a cada paso que aquellos que aceptaban con fe la palabra se hacían bautizar [68].

Primer cuadro de la vida de la comunidad
2,42-47

[42] *Y se mantenían adheridos a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones.* [43] *El temor se*

66. Act 4.12; 3,26.
67 Cf 1Cor 12,13; 3,16-17; 6,19; 2Cor 1,22; Rom 8.9.11; Tit 3,5-6.
68. Act 2.41; 4.4; 8.12-13; 11.20-21; 16,14-15.32-33; 17,4; 18,8.

apoderaba de todos los espíritus, porque eran muchos los prodigios
y señales obrados por los apóstoles. [44] *Y todos los creyentes juntos*
tenían todas las cosas en común, [45] *y vendían sus propiedades y sus*
bienes y lo repartían entre todos según las necesidades de cada cual.
[46] *Diariamente perseveraban unánimes en el templo, partían el pan*
por las casas y recibían su parte de alimento con alegría y simplicidad
de corazón, [47] *alabando a Dios y con el agrado de todo el pueblo.*
Y el Señor agregaba día tras día a la comunidad los que habían de
ser salvados.

En las páginas que siguen, los Hechos no se limitan a relatar algunos sucesos característicos de la más antigua historia de la comunidad jerosolimitana, sino que ofrecen además no pocos cuadros compendiados de las diversas situaciones que se vivían en ella, aunque sin entrar en detalles. El primero se refiere a la *vida religioso-cultual.*

42 Los fieles se sienten parte de una comunidad religiosa especial; sin embargo, no se emancipan de esa otra comunidad que era el pueblo de Israel, y permanecen fieles a la fe de sus padres y a la ley. Escuchan con interés la instrucción de los apóstoles, los cuales, en su calidad de testigos de la obra de Jesús y de heral-
44-45 dos del evangelio [69], son los depositarios oficiales de la doctrina. Poseen un vivo sentimiento de cohesión fraterna, que se traduce sobre todo en forma de generosa solicitud hacia los miembros
46 necesitados de la comunidad [70]. Toman parte, con el resto del pueblo, en los servicios religiosos del templo, pero participan también en comidas privadas de carácter religioso y social, que celebran en las casas.

47 El ingreso en la comunidad es prenda de salvación en el juicio final, y de vida eterna (cf. 13,48). La Iglesia, pues, se siente aquel «resto de Israel» de que hablan los profetas [71].

---

69. Lc 24,48-49; Act 1,8.
70. Cf. Act 4,32ss; Rom 15,26; 2Cor 8,4; 9,19.
71. Por ejemplo, Is 10,20-22, citado en Rom 9,27.

La fracción del pan.

Entre los judíos, el pan constituía el ingrediente principal de toda comida. Los alimentos tomados en común se iniciaban con el gesto del padre de familia que, en calidad de presidente de la mesa, tomaba el pan en sus manos, recitaba sobre él la oración de acción de gracias (o de alabanza): «Sea alabado Yahveh, nuestro Dios, rey del mundo, que de la tierra hace crecer el trigo»; lo partía luego, y daba un pedazo a cada uno de los comensales. Era ya vieja costumbre en Palestina que las hogazas de pan no se cortasen con cuchillo, sino se partiesen con la mano. De ahí la expresión «partir el pan», que, mientras en el lenguaje judío designa el gesto de partir la hogaza, o, en sentido más amplio, todo el ritual con que inicia una comida (oración, fracción y distribución del pan), en los Hechos, en cambio, designa toda la comida, es decir, todo el conjunto de detalles con que los primeros cristianos tomaban el alimento en común [72].

Dado que en la Iglesia primitiva la expresión «partir el pan» se empleó para designar también el banquete eucarístico [73], surge la cuestión de si también en Act 2,42.46 se alude al banquete eucarístico, o tan sólo a una comida ordinaria tomada en común. Las opiniones de los comentaristas no están acordes; de suerte que, considerada la ambigüedad de la expresión usada por estos dos versículos, no es posible dar un fallo seguro. No faltan razones para pensar que el v. 42 hace referencia a un rito de la comunidad primitiva, formado por las cuatro partes siguientes: 1.ª instrucción de los apóstoles a los fieles; 2.ª colecta de auxilios para los miembros necesitados de la comunidad; 3.ª la comida; 4.ª oraciones recitadas en común. Con qué frecuencia se celebrasen estos ritos, no lo dice el v. 42. En cambio, el v. 46 precisa que diariamente los fieles acudían al templo (al culto) y que partían el pan en las

72. Act 2,42.46; 20,7.11.

73. Cf. *Doctrina de los doce apóstoles* XIV, 1: «Reunidos cada día del Señor, partid el pan y dad gracias»; IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Eph. 20,2: «Partiendo un solo pan, que es medicina de inmortalidad»; cf. además 1Cor 10,16; Act 20,7.

casas. Cuando se habla de la visita al templo, se entiende la participación en el sacrificio cotidiano del templo, tanto el de la mañana como el de la tarde [74].

Esto no quiere decir, desde luego, que todos los fieles, sin excepción, asistieran diariamente al culto del templo, pues para ello sólo una pequeña minoría habría podido disponer del tiempo suficiente. Simplemente se quiere decir que aun los convertidos a la fe de Cristo tomaban parte en el culto que se rendía a Dios en el templo, al igual que cualquier otro judío piadoso. Es difícil precisar si el v. 46 señala como práctica de todos los días el «partir el pan» en las casas particulares. Es posible, pero no seguro. Una afirmación semejante se lee en 5,42 («durante todo el día... en el templo y por las casas»), pero aquí no se trata de comidas. Por 1Cor 16,2; Act 20,7; *Doctrina de los doce apóstoles* XIV, 1 sabemos que la celebración eucarística se hacía el primer día de la semana; no existe, pues, ningún motivo serio para concluir de Act 2,46 que los primeros cristianos tuviesen el banquete eucarístico todos los días.

Aunque la «alegría y sencillez de corazón» y la «alabanza de Dios» dejan entrever que estas comidas no tenían un carácter puramente profano, no hay que perder de vista, sin embargo, que entre los judíos toda comida, que se iniciaba siempre con la alabanza de Dios, revestía cierto carácter sagrado. Es posible que estas comidas se hiciesen siempre en común, precisamente con el deseo de imitar las que Jesús había tomado en compañía de sus discípulos. Pero en todo caso no hay derecho de concluir de Act 2, 42-46, como ya se ha hecho, que la comunión bajo las solas especies del pan, con exclusión del vino, representa la forma primitiva de la comunión cristiana. Sobre la celebración eucarística en la comunidad de Jerusalén no tenemos información segura. En la de Corinto, el banquete eucarístico y la cena ordinaria aparecen reunidos [75]. Nada extraño que lo mismo haya sucedido también, en ciertos días determinados, en la comunidad primitiva [76].

74. Véase el comentario a Act 3,1-2.
75. Cf. 1Cor 11,17-34.
76. Cf. también Act 20,7.

2. *Primer choque con la autoridad judía, con motivo de la curación de un paralítico, obrada por Pedro*
3,1-5,16

Curación del paralítico
3,1-10

[1] En cierta ocasión Pedro y Juan subían al templo a la oración de la hora nona, [2] en el momento en que era transportado un hombre, cojo desde el seno de su madre, al cual colocaban cada día ante la puerta del templo llamada Hermosa para pedir limosna a los que entraban en el templo. [3] Éste, pues, viendo a Pedro y a Juan a punto de entrar en el recinto sagrado, les pedía limosna. [4] Fijando su vista en él Pedro con Juan le dijo: Míranos. [5] Y cuando él se incorporaba hacia ellos esperando recibir algo, [6] Pedro le dijo: Plata ni oro no tengo; pero lo que tengo, eso te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno, anda. [7] Y tomándole por la mano derecha, lo levantó. Al instante se fortalecieron sus pies y sus talones. [8] Y dando un salto se puso en pie y andaba. Entró con ellos en el templo caminando, dando saltos y alabando a Dios. [9] Y todo el pueblo le vio andar por su pie y alabar a Dios; [10] lo reconocían como el hombre que, sentado, pedía limosna junto a la puerta Hermosa del templo, y se llenaron de respeto y extrañeza por lo que le había sucedido.

Escenario del milagro son los alrededores de la llamada puerta **1-2**
Hermosa del templo, que ha de identificarse con la que daba acceso, por el lado oriental, al patio de las mujeres. Para la masa de los visitantes judíos, esta puerta constituía la entrada principal al santuario propiamente dicho. Como tiempo se indica la hora nona (las tres de la tarde), y para explicar el motivo de la visita de los apóstoles al templo, se dice que era una de las horas en que está prescrita la oración. Para el culto público en el templo había sólo dos horas destinadas a la oración: la del sacrificio matutino *(tamid* de la mañana) y la del sacrificio vespertino *(tamid* de la tarde); en

la vida privada, en cambio, los momentos dedicados a la oración eran tres [1]. El sacrificio vespertino se hacía a las tres de la tarde. Después del ofrecimiento del cordero que se iba a sacrificar (Éx 29, 41ss), un sacerdote ponía incienso sobre el altar de los perfumes (Lc 1,8-10); acto seguido, los sacerdotes recitaban sobre el pueblo la fórmula solemne de bendición [2]. En ambas ocasiones numerosos fieles se reunían en el templo a orar. Eran por eso las horas preferidas de los que pedían limosna.

3 Así que los dos apóstoles se aproximan a la puerta Hermosa del templo, oyen que les pide limosna un hombre, paralítico de nacimiento, a quien en ese instante llevan en una camilla. Pedro,
4-6 que una vez más es quien toma la palabra, no puede darle oro ni plata, porque no los tiene (cf. Mc 10,28), pero está en condiciones de obsequiarle con algo más precioso, la salud. La curación se hace en el nombre de Jesús, es decir, en virtud del poder de hacer
7 milagros otorgado por Jesús a sus apóstoles (Lc 9,1.6). Se la describe como consolidación de los pies y de los talones, y sucede instantáneamente al mandato del apóstol. Es muy gráfica la descripción que se hace de la alegría del recién curado, que se desahoga poniéndose a saltar, y del estupor de la multitud, entre la cual era bien conocido el paralítico [3].

Discurso de Pedro
3,11-26

[11] *Mientras él retenía a Pedro y a Juan, se congregó todo el pueblo junto a ellos en el pórtico llamado de Salomón.* [12] *Viendo esto Pedro, habló así a la muchedumbre:*

Hombres de Israel, ¿por qué os admiráis de éste, o por qué nos estáis mirando como si por virtud o mérito propios hubiéramos hecho andar a este hombre? [13] *El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha querido glorificar a su siervo*

1. Cf. Dan 6,11.
2. Cf. Eclo 50,20-21.
3. Cf. Act 5,5.11; 19,17.

Jesús (Éx 3,6.15; Is 52,13) a quien vosotros entregasteis y negasteis
en presencia de Pilato, mientras éste opinaba que se le debía soltar.
[14] *Vosotros, pues, oprimisteis al Santo y al Justo, y pedisteis gracia*
para un facineroso, [15] *y disteis muerte al autor de la vida, a quien*
Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.
[16] *Pues en virtud de la fe en su nombre, a éste, a quien veis y*
conocéis, su nombre le ha fortalecido, y la fe que proviene de
Jesús le otorgó esta curación total en presencia de todos vosotros.
[17] *Ahora, pues, hermanos, yo sé que obrasteis por ignorancia,*
como asimismo vuestras autoridades; [18] *pero Dios cumplió de esta*
manera lo que había preanunciado por boca de todos los profetas:
que su Mesías padecería. [19] *Arrepentíos, pues, y convertíos para que*
sean borrados vuestros pecados, [20] *a ver si llegan los tiempos de*
refrigerio por parte del Señor y envía a Jesús, el Mesías que os ha
sido destinado, [21] *a quien conviene que el cielo retenga hasta los*
tiempos de la restauración de todas las cosas de que habló Dios por
boca de sus santos profetas hace siglos. [22] *Dijo, en efecto, Moisés:*
Yahveh Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como
yo; le escucharéis en todo lo que os hablare; [23] todo el que no
escuchare a tal profeta será borrado del pueblo (Dt 18,15.18s; Lev
23,29). [24] *Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos*
hablaron anunciaron estos días. [25] *Vosotros sois los hijos de los*
profetas y de la alianza que Dios estableció con nuestros padres
cuando dijo a Abraham: Y en tu descendencia serán benditas todas
las generaciones de la tierra (Gén 22,18). [26] *Para vosotros los pri-*
meros ha suscitado Dios a su siervo y lo ha enviado a bendeciros
con la conversión de cada uno de sus propias maldades.

Sería necesario completar el texto en la forma siguiente: ter- **11**
minado el oficio divino, los dos apóstoles abandonan de nuevo el
templo, pasando otra vez por la puerta Hermosa y, seguidos siem-
pre del recién curado, que por gratitud persiste en no separarse
de ellos, se encaminan hacia el pórtico llamado de Salomón. Esta
columnata, que iba, por el costado oriental, a todo lo largo de la
explanada del templo, se llamaba así porque su construcción se
atribuía al rey Salomón. La multitud, que siempre suele apiñarse

donde hay algo nuevo que ver, rodea en pocos instantes a los tres hombres.

12 Pedro aprovecha oportunidad tan favorable, y comienza a hablar. Se introduce indicando al pueblo, presa del estupor, a quién se debe en realidad la curación milagrosa (v. 12-16). No han sido los dos apóstoles quienes, por su propio poder o en virtud de su gran piedad, han curado al paralítico; el verdadero autor del milagro es Dios, que glorificó a su siervo Jesús mediante la resurrección, reivindicando así su honor. Es evidente aquí la alusión de Pedro al poema del Siervo de Yahveh (Is 52,13-53,12). Compárese el término «glorificar» con Is 52,13 («mi siervo será glorificado»); los vocablos «entregasteis» y «negasteis», con Is 53,6.2; la expresión «al santo y al justo», con Is 53,11. Los Hechos hacen hincapié constantemente en que es Dios, en último término, quien obra todos los milagros [4]. En presencia de tal hecho, la conducta incomprensible del pueblo judío con relación a Jesús se muestra particularmente tenebrosa. No obstante que Pilato, el juez pagano, no encontró en él culpa alguna, y quería dejarlo en libertad, fue
14 precisamente su propio pueblo el que le negó la liberación. Y a aquel que era santo, justo y enteramente inocente, lo oprimió [5] (así suena una antigua lectura del texto occidental) y prefirió
15 antes que a él a un asesino (Barrabás); llevó a la muerte a aquel que era el autor de la vida, es decir, el dispensador de la verdadera vida, la vida eterna. Pero Dios lo resucitó de la muerte a la vida; y de ello son testigos los dos apóstoles.

16 El v. 16 viene a completar el v. 13. Aquel desgraciado acaba de ser curado por la fe en el nombre (es decir, en la persona) de Jesús. Según la mentalidad de los antiguos, en el nombre está presente, en cierta manera, espiritual y personalmente la esencia y la fuerza de un hombre o de una divinidad. Por tanto, si alguien expulsa los espíritus malignos en el nombre de Jesús, lo hace por la fuerza de Jesús [6]. Y si Pedro cura a un paralítico en el nombre de Jesús, esto viene a demostrar que Jesús posee la fuerza aun

4. Act 2,22; 4,30; 15,12.
5. Cf. Act 25,7 con Lc 23,2.5.
6. Mc 9,38-39; Lc 9,49-50; Act 19,13.

después de su muerte, o, en otros términos, que vive y manda. La fe que da lugar a la curación es a su vez obra de Jesús. Pero esta fe en Jesús como Señor es sólo la condición previa y el motivo de la acción milagrosa de Dios (v. 13). El v. 16 es intrincado y no muy claro. Está fuera de duda que la fe en el nombre de Jesús y la fe que es obra de Jesús, no son dos cosas diversas. ¿Piensa Pedro en su propia fe o en la del enfermo curado? Probablemente se piensa tanto en la fe del taumaturgo como en la del que fue favorecido con el milagro; en este caso, la sólida fe del apóstol habrá provocado la del paralítico [7].

Pedro dirige ahora a sus oyentes una enfática invitación a la **17** penitencia y a la conversión (v. 17-26). Por grande que sea, considerada desde el punto de vista objetivo, la culpa de los judíos en la muerte de Jesús, queda, sin embargo, mitigada por el hecho de que el pueblo, tanto como sus dirigentes, obraron así por ignorancia, es decir, creyendo de buena fe que Jesús era un transgresor de la ley y un blasfemo [8]. Pero su obcecación no hizo fracasar **18** el plan salvífico, antes bien, Dios se sirvió de ellos para dar cumplimiento a los vaticinios proféticos, según los cuales el Mesías debía padecer (2,23). Cuando los profetas son citados en conjunto como testigos de la necesidad de que el Mesías padeciese, no se pretende afirmar que en cada profeta pueda encontrarse un texto que confirme esta importante afirmación, sino que se hace referencia a los profetas en general, en cuanto constituyen una unidad. Es así como el propio Resucitado, tomando pie de Moisés y de todos los profetas, demuestra a los discípulos de Emaús que el Mesías tenía que padecer [9]. Una vez Pedro ha anunciado a sus oyentes el men- **19** saje del Mesías, personificado en Jesús, los llama, como antes lo había hecho en el discurso de pentecostés (2,38.40), a la penitencia y a la conversión, señalando como fin de éstas el perdón de los pecados.

Pero no termina aquí su discurso; quiere todavía completarlo con una palabra relativa al retorno de Cristo al fin de los tiempos.

7. Cf. Act 14,8-10.
8. Cf. Act 13,27; Lc 23,34; Act 17,30; 1Tim 1,13.
9. Lc 24,26-27; cf. además Act 10,43; 1Pe 1,11.

20-21 Aquel Jesús, que resucitó de la muerte, habita ahora en el cielo; de allí lo volverá a enviar Dios algún día a la tierra, para traer los tiempos de refrigerio y de la restauración de todas las cosas, es decir, para dar comienzo a la era de la salvación escatológica. En esta su parusía, se presentará Cristo glorioso, según lo dirá Pedro más tarde en otro discurso, en su calidad de escogido por Dios para ser juez de vivos y muertos (10,42). La frase relativa «de que Dios habló» no es suficientemente clara. Si hay que referirla a los «tiempos», querría decir: Dios prometió por sus profetas que esos tiempos llegarían algún día. Si, en cambio, es una explicativa de «todas las cosas», parece que el sentido es: vendrán tiempos en que se realizará, se dará cumplimiento a todo lo que los profetas anunciaron acerca de los mismos. En este último caso, sin embargo, no se podría hablar de «*re*stauración» (significado propio del término griego correspondiente); por eso la frase se refiere con más propiedad a toda la expresión «restauración de todas las cosas».

Los profetas a que Pedro alude aquí, anunciaron para el tiempo mesiánico el retorno de los israelitas prisioneros y dispersos (los de la diáspora) [10]. El cristianismo primitivo tenía la esperanza de que el último día traería consigo una renovación o una nueva creación de la tierra [11]. Según se representaban el porvenir tanto el AT como el judaísmo, con la venida del Mesías debía coincidir la iniciación de una era feliz en que no existirían necesidades, preocupaciones, enfermedades ni muerte para aquellos a quienes tocara en suerte vivirla [12]. Pedro habla aquí de tiempos de «refrigerio» (literalmente, «de respiro»). A ellos alude también la carta a los Hebreos, cuando dice que al pueblo de Dios está reservado un reposo sabático (4,9). Esta esperanza va ligada a la espera de la «restauración de todas las cosas», fruto de la era mesiánica. Esto quiere decir que todo será reintegrado a una condición justa, querida por Dios, la que corresponde a la idea divina de la creación, tal como debía ser antes de la caída.

---

10. Cf. Jer 16,15: «Lo haré retornar a su país, al que en otro tiempo di a sus padres»; 23,8; 24,6; 50,19; Ez 16,55; Os 11,11.

11. Ef 1,10; Col 1,20; 2Pe 3,13; Ap 21,1.

12. Cf. Ap 21,3-4.

Sorprende que, según el discurso de Pedro, la iniciación de los tiempos de refrigerio dependa de la penitencia y conversión del pueblo judío. Una idea análoga se puede leer en 2Pe 3,11-12: «¡Cómo conviene que observéis una conducta santa y practiquéis actos de piedad, aguardando y apresurando la llegada del día de Dios (= del juicio)!» En el judaísmo se encuentra expreso el concepto de que los pecados del pueblo son obstáculo a la venida del Mesías, en tanto que la conversión y el perfecto cumplimiento de la ley constituyen la condición para que el tiempo de salvación se inicie. Es posible que este concepto se refleje en nuestro pasaje.

Pero topamos entonces con una nueva sorpresa: que el discurso de Pedro prosigue (v. 22-26) sin ocuparse más del retorno de Cristo glorioso, sino sólo del tiempo presente. En efecto, la pre- 22
dicción del profeta igual a Moisés, que ha de venir, a juicio del orador se ha cumplido ya en la resurrección y entronización de Jesús. Las palabras de tal profecía pertenecen a Dt 18,15.18-19 (traducido libremente, sobre los LXX). En ella promete Dios a Moisés que, después de su muerte, él no dejará nunca al pueblo de Israel sin un depositario inspirado de la palabra divina (es lo que significa «profeta»). Este anuncio de un «profeta igual a Moisés», el cristianismo primitivo lo entendió en relación con el Mesías, en cuanto éste es el único profeta que no resulta inferior a Moisés [13]. Y Pedro, en la parte de su discurso que trata de la glorificación de Jesús (3,13), interpreta la palabra «suscitar» (que aparece en el texto mencionado, y que en sí tiene doble sentido) refiriéndola a la resurrección de Jesús.

El pasaje del Deuteronomio termina con una exhortación a 23
escuchar al anunciado profeta. Pedro, valiéndose de Lev 23,29 («debe ser borrado del pueblo»), refuerza la exhortación con una amenaza contra todos los que no sigan a Jesús: deben ser excluidos de la salud mesiánica. En estas palabras resuena una primera llamada a los oyentes a reconocer los signos del tiempo. Dios envió al profeta anunciado; de él debemos dejarnos decir cuál es la voluntad de Dios con respecto a nosotros. La desobediencia

13. Cf. Jn 6,14; 7,40.

opuesta a su mensaje lleva irremediablemente a ser borrado del
24 pueblo de Dios. De los demás profetas, entre los cuales es nombrado Samuel como el principal [14], no se aduce ningún oráculo; sólo se recalca que todos ellos, en diversos términos, han hecho esta llamada a la penitencia y a la conversión, que ahora resuena con vigor en medio de los hombres.

25 El discurso termina con una aplicación directa de cuanto se ha dicho, a los oyentes. El puesto de privilegio que ellos ocupan con relación al plan de la salud descansa en el hecho de que son los «hijos de los profetas», es decir, forman parte del pueblo del cual salieron los profetas, y participan del pacto establecido con Abraham. Ahora bien, a éste le prometió Dios solemnemente que la salvación llegaría a todo el género humano a través del pueblo escogido [15].

La cita del Génesis se puede utilizar para la argumentación sólo leyéndola como aparece en los LXX. El texto hebreo («con tu posteridad se desearán bendición todos los pueblos de la tierra») significa que el nombre de Abraham (y el de su posteridad) será tan grande y hasta tal punto bendecido de Dios, que aun entre los paganos se dirá: «Seas tú bendito como Abraham» (o como su descendencia). Pero el pensamiento de que todos los pueblos de la tierra obtendrán la salvación a través del pueblo que tiene por padre a Abraham no está expreso en el texto hebreo; pero sí lo está en los LXX. «Y los autores de los libros del Nuevo Testamento sólo tienen necesidad de adoptar sus fórmulas para poder enseñar autorizadamente la inclusión de todos los pueblos en la posteridad espiritual de Abraham» (P. Benoit). Los vaticinios de los profetas acerca del tiempo mesiánico estaban dirigidos ante todo al pueblo judío [16].

26 En cuanto a la designación de Jesús como «siervo de Dios», véase el exc. sobre la figura de Jesús en los Hechos (pág. 185). En la frase «ha suscitado al siervo» ven los autores sagrados un anuncio de la resurrección de Jesús (cf. 26,6-8), con la cual Dios

14. Cf. Heb 11,32.
15. Cf. Gál 3,8; Rom 15,8.
16. Act 13,46; Rom 1,16; 2,9-10.

cumplió las promesas hechas a los pueblos (cf. 13,32-33). Si el v. 26*b* alude a Is 59,20, citado en Rom 11,26 («de Sión vendrá el redentor; él borrará las impiedades de en medio de Jacob»), Pedro quiere decir que el siervo de Dios librará al pueblo de sus iniquidades. En caso contrario, señala la penitencia y la conversión como requisito previo para recibir la salud; habría que traducir entonces: «A condición de que uno se aparte de sus maldades.»

Pedro y Juan ante el sanedrín
4,1-22

[1] *Mientras estaban hablando al pueblo, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos,* [2] *molestos de que enseñaran al pueblo y de que anunciaran la resurrección de entre los muertos en la persona de Jesús.* [3] *Les echaron mano y los pusieron bajo custodia hasta el amanecer, porque era ya tarde.* [4] *Pero muchos de los que oyeron el discurso abrazaron la fe, y llegó su número a unos cinco mil.* [5] *A la mañana siguiente se congregaron los principales de ellos y los presbíteros y los escribas en Jerusalén,* [6] *y Anás el sumo sacerdote y Caifás, y Juan y Alejandro y todos los que eran de la familia del pontífice,* [7] *y colocándolos en medio trataban de averiguar: ¿En qué potestad o en nombre de quién hacéis vosotros esto?* [8] *Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:* [9] *Príncipes del pueblo y ancianos, puesto que hoy somos interrogados judicialmente acerca de la buena acción realizada en un hombre enfermo, en virtud de qué ha sido sanado,* [10] *sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que en el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, este hombre se presenta ante vosotros sano.* [11] *Ésta es* la piedra despreciada por vosotros, los constructores, constituida en piedra angular (Sal 118,22). [12] *Y no hay salvación en otro alguno, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres por el cual debamos ser salvos.* [13] *Viendo la libertad de ánimo de Pedro y de Juan, y habiendo comprobado que eran hombres iliteratos e indoctos, se maravi-*

llaban y los reconocían como de los que habían estado con Jesús;
14 mas viendo de pie con ellos al hombre curado, no tenían nada
que oponer. 15 Los mandaron, pues, salir fuera del tribunal y delibe-
raban entre ellos diciendo: 16 ¿Qué haremos con estos hombres?
Porque el conocido milagro obrado por ellos ha sido manifiesto
para todos los habitantes de Jerusalén, y no lo podemos negar;
17 pero a fin de que no se divulgue todavía más entre el pueblo,
convendría conminarlos a que no hablaran más de este nombre
a persona alguna. 18 Y llamándolos, les ordenaron que bajo ningún
concepto dijeran una palabra ni enseñaran sobre el nombre de
Jesús. 19 Pedro y Juan les respondieron diciendo: Juzgad si sería
justo ante Dios obedeceros a vosotros más que a Dios; 20 porque
nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.
21 Ellos, reiterando sus amenazas, los soltaron. No encontraban
manera de castigarlos por causa del pueblo, ya que todos glori-
ficaban a Dios por lo sucedido; 22 pues era de más de cuarenta años
el hombre en quien tuvo lugar este milagro de la curación.

1 Entran ahora en escena los adversarios de la nueva comunidad
cristiana. Los sacerdotes de que se habla representan la policía
del templo; a ellos tocaba mantener el orden externo dentro del
área correspondiente. El jefe de la guardia del templo era el *sagan*,
sacerdote también, y segundo, en dignidad, después del sumo sacer-
dote. Los saduceos, partido al cual pertenecía la aristocracia sacerdo-
tal, negaban, en contraste con los fariseos, la resurrección de los
2 muertos [17]. Lo que más les molesta en la predicación de los após-
toles, es el hecho de que éstos anuncien la resurrección de Jesús,
y que, en consecuencia, se declaren defensores de la doctrina de la
resurrección de los muertos, que a ellos repugna (cf. 23,8). Para
la fe cristiana, ya desde los primeros tiempos, la resurrección de
Jesús exige como consecuencia la resurrección de los muertos [18].
3 El jefe de la guardia del templo hace arrestar a los dos apóstoles
y los pone en prisión, hasta que el sanedrín los someta a interro-
4 gatorio. Pero esta medida no logra impedir el éxito del milagro
y de la predicación de Pedro.

17. Cf. Act 23,8ss. 18. 1Cor 15,20-23; Col 1,18.

El sanedrín.

El gran sanedrín (o gran consejo), el más alto tribunal de los 5
judíos, constaba de 71 miembros (según Lev 11,16-17: Moisés y los setenta ancianos) y, en la época que nos ocupa, comprendía tres grupos: 1.° los pontífices (en el NT se los llama también «sumos sacerdotes» o «jefes»), que ejercían una influencia decisiva; éstos no eran los sumos sacerdotes depuestos o cesantes, ni sus parientes, sino los jefes de los sacerdotes del templo; 2.° los escribas, que eran los grandes peritos de la ley, y pertenecían casi exclusivamente al partido de los fariseos; 3.° los ancianos, que no eran ni sacerdotes ni escribas, pertenecían, según parece, a las familias aristocráticas más distinguidas, y en ideas estaban próximos a los saduceos. La presidencia la ejercía el que entonces ocupara el cargo de sumo sacerdote en sentido estricto; éste era elegido entre los jefes de los sacerdotes del templo.

El cargo era de suyo vitalicio, pero los romanos nombraban y
deponían sumos sacerdotes según su propia voluntad. El v. 6 men- 6
ciona por su nombre a los miembros del primero y más importante grupo del sanedrín, el de los sumos sacerdotes (en sentido amplio), o jefes de los sacerdotes del templo. Anás ocupó el cargo de sumo sacerdote entre los años 6-15 d.C. Cinco de sus hijos escalaron la misma dignidad. Caifás (más exactamente, José, llamado Caifás), que fue sumo sacerdote del 16 al 36 aproximadamente, era yerno de Anás. En el texto occidental se lee Jonatán, o Jonatás, en lugar de «Juan»; era el hijo de Anás, y sucesor de Caifás en el cargo. De él y de Alejandro no se tiene ninguna otra noticia. Evidentemente, Anás es el único que recibe aquí el título de sumo sacerdote, y es nombrado en primer lugar, porque, gracias a su edad, a su astucia y a sus relaciones de parentesco, ejercía aún, a pesar de haber sido depuesto, el mayor influjo en el sanedrín. Al primer grupo pertenecían también otros miembros de las familias de los sumos sacerdotes, en la medida en que éstas tuviesen el derecho de estar allí representadas.

El interrogatorio, que se efectúa durante una sesión oficial del 7
sanedrín, se refiere al milagro obrado por Pedro. El sanedrín no

duda de su realidad (v. 16), pero como tiene la sospecha de que allí pasa algo raro, quiere informarse, por boca de los mismos apóstoles, de quién los ha hecho capaces de hacer curaciones o
8-10 los ha autorizado para ello. Pedro, que también aquí toma la palabra, declara con toda naturalidad que el paralítico ha recobrado la salud en el nombre, es decir, por virtud de Jesús Nazareno.

Se cumple ahora la promesa del Señor, de que, llegado el momento del peligro, el Espíritu Santo pondría en boca de sus discípulos las palabras del caso (Lc 12,11-12). Más incisivo que en los dos discursos anteriores, Pedro recalca aquí con mayor énfasis que los hombres no pueden conseguir la salvación si no es a través de este Jesús, el verdadero Mesías, a quien los jefes judíos rechazaron. Y para poner más en claro quién es Jesucristo, se vale de las palabras de un salmo que Jesús se había aplicado antes a sí mismo [19]. Este salmo 118 es interpretado por el cristianismo primitivo, como también por el judaísmo tardío, en sentido mesiánico [20]. La profecía de Sal 118,22 se cumplió en la pasión y resurrección
12 de Jesús. Jesús, único mediador de la salvación: he ahí una verdad fundamental de la religión cristiana. Jesús la expresó claramente [21], y los apóstoles la han reafirmado frecuentemente con nueva insistencia. En el v. 12 se percibe con nitidez el eco de Jl 3,5.

13-14 La intrépida confesión del Crucificado que rinden estos hombres, incultos y salidos del bajo pueblo, no deja de producir su efecto en
15 los miembros del sanedrín [22]. Es verdad que no se resignan a conver-
16 tirse, pero, delante de aquel enfermo curado no aciertan a oponerles un argumento de peso. La realidad del milagro no la pueden discutir; pero la situación se les torna bastante molesta, dado que ya el asunto es sabido por toda la ciudad y que los dos apóstoles atribuyen el prodigio a aquel Jesús Nazareno que ellos odian.

21-22 Descartan, sin embargo, la idea de infligir un castigo a los apóstoles, y esto en consideración al pueblo, que ha quedado profunda-

---

19. Mc 12,10 par; cf. también 1Pe 2,4.7.

20. Cf. Mc 8.31 par; Lc 17,25; Sal 118,16 = Act 2,33; 5,31; Sal 118, 26 = Mt 21,9 par; Lc 19,35; Jn 12,3.

21. Cf. Mt 10,32; 20,28; Mc 10,45; Jn 17,3.

22. Cf. Jn 7,15.

mente impresionado con la curación de aquel hombre de más de cuarenta años y paralítico de nacimiento. Su actividad no encierra, desde luego, peligro inmediato; pero quieren impedir que el milagro se siga divulgando, y por eso prohíben formalmente a **18** los apóstoles continuar predicando a Jesús.

Mas ellos se resisten decididamente a aceptar tal prohibición, **19** apelando al deber que tienen de obedecer a Dios, deber del cual no los puede dispensar ningún mandato humano. Que la obligación de **20** obedecer a Dios prevalezca sobre la obediencia a los hombres, lo admiten sin réplica todos los que tienen fe en Dios. Según Platón [23], Sócrates dio a sus jueces esta respuesta: «Yo os venero y os amo; pero obedeceré a Dios antes que a vosotros.» Cuando Creonte reprende a Antígona por haber sepultado, contra su prohibición, a Polinice, su hermano muerto, ella responde que no ha hecho otra cosa que obedecer a un mandato de los dioses: «Yo no quería a causa de ellos (es decir, de los diversos oráculos no escritos e inmutables) incurrir en los castigos de los dioses, por haber tenido miedo ante la presunción de un hombre» [24]. Según Flavio Josefo [25], los guerreros de Saúl no obedecieron a éste la orden de dar muerte al sumo sacerdote Abimelec, «porque temían más ofender a Dios que transgredir un mandato del rey». Los apóstoles no pueden, por ningún motivo, pasar en silencio lo que han visto, oído y reconocido como obra de Dios. El sanedrín decide entonces dejarlos libres, tras haberles reiterado las amenazas de castigo.

La oración para pedir la asistencia divina
4,23-31

[23] *Puestos en libertad, vinieron a los suyos y les contaron lo que*
los príncipes de los sacerdotes y los ancianos les habían dicho. [24] *Al*
oírlos, alzaron unánimemente su voz a Dios y dijeron: «Señor, tú
eres el que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en

23. PLATÓN, *Apología* 29D.
24. SÓFOCLES, *Antígona* 449ss.
25. FL. JOSEFO, *Ant.* VI, 12,6.

ellos (Éx 20,11). [25] *Tú, el que en el Espíritu Santo por boca de nuestro padre y siervo tuyo David, dijiste:*

»¿Por qué arman tumulto las naciones
y los pueblos maquinan cosas vanas?
[26] Se han juntado los reyes de la tierra
y los príncipes se han confabulado
contra el Señor y su Ungido (Sal 2,1s).

[27] *»Porque en verdad se confabularon en esta ciudad contra su santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel,* [28] *para hacer lo que tu mano y tu designio tenía predefinido que sucediera.* [29] *Ahora, pues, Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos exponer con toda libertad tu palabra,* [30] *alargando tu mano en curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.»* [31] *Mientras así oraban, se conmovió el lugar donde estaban congregados y llenos todos del Espíritu Santo proclamaban la palabra de Dios con osadía.*

23 De nuevo en libertad, los apóstoles regresan a donde están reunidos los demás miembros del grupo de los doce y les informan de
24 lo sucedido. Al oir tales noticias, todos a una prorrumpen en oración común, y piden a Dios les dé la fuerza de ser intrépidos en la confesión de Cristo, no obstante los peligros que les amenazan por parte de las autoridades judías. No se trata de una fórmula de oración ya anteriormente compuesta, sino de una invocación dictada por las circunstancias. Quizá haya sido Pedro mismo, o algún otro apóstol, quien primero la recitó. En la invocación a Dios, hecha con una fórmula litúrgica ya en uso [26], se expresa la confianza en que él es suficientemente poderoso para frustrar todos los ataques de los enemigos.

27 Vuelven luego el pensamiento hacia la muerte violenta de Jesús, el cual fue ungido por Dios, es decir, fue hecho Ungido (=Mesías; cf. 10,38). Para cometer el crimen se aliaron el rey Herodes, el procurador Pilato y sus soldados paganos con el pueblo judío (en la perso-

26. Sal 146,6; Neh 9,6; Ap 10,6; 14,7; Act 14,15; 17,24.

na de sus jefes). Sólo que al obrar así no hicieron otra cosa que llevar **28**
a efecto los eternos designios de Dios. En efecto, él había profetizado **25-26**
ya, por boca de su profeta David, en el Sal 2 (citado según los LXX), esta actitud hostil de los potentados de la tierra contra su Mesías. En el NT, el Salterio es atribuido, en conjunto, al rey David [27]. Con la «unción» se designa aquí el momento de la resurrección de Jesús, mediante la cual éste fue constituido Señor mesiánico (cf. 2,36).

Según la idea aquí expresada, el alborotó de los poderosos de la tierra y de sus pueblos, de que habla el salmo, se hizo realidad en los ataques de aquellos que condenaron a muerte a Jesús y de los que ejecutaron la sentencia. Los gentiles se personifican en los romanos, los pueblos en el pueblo de Israel, los reyes en Herodes, los magistrados en Pilato. También éstos se hallaron acordes en un mismo lugar (Jerusalén), en su lucha contra Jesús, el verdadero Ungido de Dios. Esta referencia a la pasión de Jesús muestra que los que así oran ven en la persecución que acaba de desencadenarse contra los apóstoles, la continuación de la persecución por la que tuvo que pasar su Maestro.

Ante la situación en que se encuentran al presente, piden a Dios la **29**
fuerza necesaria para anunciar con intrepidez la palabra, sin dejarse amedrentar por las persecuciones [28], e imploran asimismo la capaci-
dad de obrar prodigios, a fin de acreditar así mejor predicación. Era **30**
creencia de los antiguos que los taumaturgos obraban sus milagros mediante la acción de imponer o extender la mano. En conformidad con representaciones del AT, se atribuye aquí este gesto a Dios mis-
mo, autor de todos los milagros. La oración es escuchada en el acto. **31**
Tal significa el hecho de que temblase el sitio en que los apóstoles estaban reunidos, y de que todos se sintiesen llenos del Espíritu Santo. Como en pentecostés la venida del Espíritu Santo estuvo acompañada de un ruido intenso, así ahora lo está del temblor de la casa [29]. Los presentes perciben de nuevo en su interior la fuerza del Espíritu Santo, y continúan decididos a predicar sin temores la palabra de Dios [30].

27. Act 1,16; 2,25.34; Rom 4,6; 11,9; Heb 4,7.
28. Cf. Act 9,27-28; 13,46; 14,3; 18,26; 19,8; 26,26; 28,31.
29. Cf. también Sal 68,8 30. Cf. 2Tim 1,7.

Segundo cuadro de la vida de la comunidad
4,32-37

32 Uno era el corazón y una el alma de la muchedumbre de los
que habían creído, y nadie consideraba propio nada de lo que poseía,
sino que todo lo tenían en común. 33 Y, con gran poder, los apósto-
les daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús y gozaban
todos ellos de gran favor. 34 No había pobre entre ellos; porque to-
dos cuantos poseían tierras o casas las vendían y aportaban el precio
de lo vendido, 35 poniéndolo a los pies de los apóstoles; luego se
distribuía según las necesidades de cada uno. 36 Así José, apellidado
por los apóstoles Bernabé, que significa hijo de la consolación, levita,
chipriota de origen, 37 siendo dueño de un campo, lo vendió y llevó
el precio y lo puso a los pies de los apóstoles.

Este pasaje pinta lo que era la *asistencia social* de la comunidad de Jerusalén en favor de sus miembros necesitados; llegaba hasta la venta de los inmuebles a fin de socorrerlos. Se trae un ejemplo para ilustrarla. Con base en estos versículos (y en 2,44-45), se ha hablado de un «comunismo» de los primeros cristianos, queriendo presentarlo como el precursor del comunismo socialista actual; pero, equivocadamente. Los ejemplos concretos, que están aquí para probar e ilustrar las frases de sentido general del pasaje (4,36-37 y 5,1-11), muestran, sin lugar a dudas, que la propiedad privada no estaba abolida, sino que todo miembro de la comunidad podía disponer con plena libertad de sus bienes y de los réditos que ellos produjesen (5,4).

En ninguna parte se dice o se deja entrever que los bienes de propiedad particular hasta entonces, hubiesen pasado al dominio
32 de la comunidad; sólo se afirma que la solicitud inspirada por el amor fraterno llegaba a tal punto que ninguno reservaba para sí la propiedad de sus bienes, sino que ponía de lo suyo a disposición de los necesitados [31].

34 Hubo también algunos que llevaron tan lejos su amor a los her-

31. Cf. también Heb 13,16.

manos pobres, que llegaron hasta vender la propia casa y sus terrenos, para entregar el precio a los apóstoles y ayudar así al sostenimiento de los hermanos que estuviesen pasando necesidad. Si todos hubiesen vendido cuanto poseían, pronto hubiera tenido que pasar hambre toda la comunidad. Según 12,12, hacia los años 42-44 María, la madre de Marcos, era aún dueña de su casa, y no se trataba de una cristiana poco fervorosa. No hay, pues, razón para hablar de comunismo entre los primeros cristianos, ya que el comunismo, como hoy lo entendemos, encarna un sistema económico con ideología propia. Se podría hablar, a lo sumo, con Troeltsch, de un «comunismo religioso de la caridad»; pero sería preferible evitar el uso de este término equívoco. Las expresiones generales de 2,44-45; 4,32.34 son simplemente hipérboles, de las cuales se sirve con gusto el lenguaje popular. La fórmula «todo lo tenían en común» (v. 32) no es bíblica, sino helenística; no se lee ni en el AT ni en ninguna otra parte del NT. Pero aun entre los griegos, excepción hecha de los pitagóricos, la cuestión de la propiedad común de los bienes no pasó del plano de la pura teoría (F. Hauck).

Verdadero comunismo existió, según noticias de Flavio Josefo[32], en la secta judía de los esenios: «Entre ellos rige la prescripción de que aquellos que ingresan en la secta pongan sus haberes a disposición de la colectividad para utilidad común... Dado que las propiedades de los particulares se ponen en común, todos poseen, como hermanos, una sola fortuna.» Estos datos se han visto confirmados por los manuscritos hebreos hallados en 1947 en una gruta, no lejos del mar Muerto, manuscritos que provienen de una secta (o «comunidad de monjes») judía. Es altamente probable que ésta se identifique con la secta de los esenios. Su «Manual de disciplina» (o Regla de la comunidad) atestigua que entre ellos se practicaba la comunidad de bienes y de intereses (col. VI, 18-25). Los miembros que, después de dos años de prueba, eran recibidos definitivamente en la secta, debían, en el momento de la aceptación, traspasar la propiedad de sus bienes a la comunidad. Falsas declaraciones sobre la propiedad eran severamente castigadas. También

32. FL. JOSEFO, BI II, 8,3.4.

las «comunidades regulares» judías de los terapeutas, descritas por Filón en su libro sobre la vida contemplativa, lo poseían todo en común.

No hay duda de que la comunidad de Jerusalén contaba con muchos pobres [33]. Esto se debió, quizás, en gran parte, a que se habían convertido muchos de la diáspora, trasladados a Jerusalén ya en edad avanzada, y que no poseían bienes de valor. Antes de convertirse, éstos recibían el sustento de la colectividad judía, que para ello contaba con las ofertas de la diáspora, mas ahora tocaba a la comunidad cristiana velar por ellos. A esto debía obedecer también el encargo de una colecta en favor de los pobres de Jerusalén, hecho a las comunidades cristianas compuestas de elementos provenientes de la gentilidad [34].

33 El v. 33 pertenece, por su contenido, a la perícopa 5,12-16. La predicación de los apóstoles iba acompañada de numerosos milagros [35]: es lo que significa la expresión «con gran poder». No es seguro si se pretende hablar aquí del «favor» a los ojos del pueblo (simpatía [36]) o del «favor» de Dios (la gracia).

36-37 Bernabé es mencionado como un ejemplo insigne, porque más tarde va a ser personaje importante en los Hechos [37]. El nombre de Bernabé (hijo de la consolación, o del estímulo, o de la animación, por tanto, «consolador») no tiene un significado claro. Tal vez le haya sido dado en atención al don de profecía, de que gozaba [38].

Ananías y Safira
5,1-11

[1] *Cierto hombre llamado Ananías, con su mujer Safira, vendió un*
campo, [2] *y se guardó parte de su precio, con el consentimiento de su*

33. Cf. Act 6,1 y la colecta con ocasión de la carestía, 11,27-30.
34. Cf. Act 24,17.
35. Act 4,30; 5,12*a*.
36. Cf. Act 2,47; 5,13.
37. Act 9.27; 11,22-23; 13,1ss.
38. Act. 13,1; cf. en hebreo *nabí* = «profeta»; cf. 1Cor 14,3; Act 11,23.

mujer, y llevando la otra parte la puso a los pies de los apóstoles.
3 Pedro le dijo: Ananías, ¿por qué ha llenado Satán tu corazón para
engañar al Espíritu Santo y guardarte una parte del precio del campo?
4 ¿No eras dueño para quedarte con él, y no podías disponer plena-
mente de él aun después de vendido? ¿Por qué te decidiste a hacer
lo que has hecho? No has defraudado a los hombres, sino a Dios.
5 Al oir Ananías estas palabras, cayendo al suelo expiró. Y un gran
temor se apoderó de todos los oyentes. 6 Levantáronse, pues, los
jóvenes, lo amortajaron y lo llevaron a enterrar. 7 Aproximadamente
a las tres horas entró su mujer, ignorante de lo que había sucedido.
8 Pedro la interrogó: Dime si habéis vendido el campo en tanto.
Y ella le dijo: Sí, en tanto. 9 Y Pedro a ella: ¿Conque hubo concierto
entre vosotros para tentar al Espíritu del Señor? Pues mira, a la
puerta están los pies de los que enterraron a tu marido y te llevarán
a ti. 10 Cayó, pues, al instante a los pies de él y expiró. Entrando los
jóvenes la encontraron muerta y la llevaron a enterrar junto a su
marido. 11 Y se difundió un gran temor sobre toda la Iglesia y sobre
todos los que oyeron estas cosas.

Este relato es el reverso de 4,36-37. Ilustra con particular nitidez
la verdadera naturaleza de la «comunidad de bienes» que regía
en la primitiva comunidad; pero muestra al mismo tiempo el puesto
que en ella ocupaban los apóstoles, y ante todo la preeminente po-
sición de Pedro. Así es como la historia aquí narrada con dramática
vivacidad hace la transición perfecta a la perícopa 5,12-16, que trata
de los apóstoles. Pero, lo que exactamente se propone es mostrar 3
al lector cómo el Espíritu Santo interviene para castigar a quien
quiera se atreva a ingresar en la comunidad sin estar animado de
recta intención. El pecado de estos esposos consistió en haber
querido dejar la impresión de que habían entregado a los após-
toles todo el precio de venta del campo, sin retener nada para
sí. Quizá ya antes de venderlo lo habían destinado formal y so-
lemnemente a la comunidad[39]. Pedro califica el proceder de los
esposos de engaño tramado contra el Espíritu Santo, y por lo

39. Cf. Dt 23,22-24.

mismo contra Dios, por quien ha sido enviado a la comunidad, y
de someter a prueba al Espíritu del Señor, por si acaso no descubría
9 el engaño, o al menos no lo castigaba. De ahí que su mal proceder
4 no ofende, en último término, a los hombres, sino a Dios, cuyo Espíritu está presente y activo en la comunidad, y de manera especial en los apóstoles. Con la fuerza de este Espíritu, Pedro penetra el engaño de Ananías, como en otro tiempo lo había hecho Elías con la mentira de su criado Gehazi (2Re 5,26), y deja al descubierto la realidad de su acción.

La muerte de los dos cónyuges es presentada sin rodeos como un castigo. Se ha dicho que un castigo semejante es demasiado severo y que, en consecuencia, toda esta historia da mucho que pensar desde el punto de vista de la moral cristiana. Que el castigo sea severo, es indiscutible. Pero también la falta es juzgada muy grave. Tentar al Señor es un pecado de especial gravedad, a juicio del propio Pablo (1Cor 10,9), y por eso entrega en poder de Satán al incestuoso de Corinto para ruina de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor [40]. Sólo infligiendo a los culpables una pena capaz de hacer estremecer a los miembros de la comunidad (v. 5.11) podía ésta conservarse en toda su pureza. Por lo demás, en ninguna forma se da a entender (como en el caso de 1,25, respecto a Judas) que los esposos en mención hayan incurrido en la condenación eterna. No sería tampoco del todo exacto decir que Pedro tenía toda la conciencia e intención de infligir un castigo mortal. Las palabras inspiradas que él pronuncia provocan, es cierto, la muerte de Ananías; pero se trata de un juicio de Dios. Él no pronunció amenaza o maldición alguna, como sí sucede en 8,20 y en 13,10-11.

9 A Safira le anuncia luego el mismo juicio de Dios. Pero Pedro podía y debía hacerlo, una vez que con su mentira pertinaz ella se había hecho culpable del mismo pecado que su marido, incurriendo así en el mismo castigo. La obstinación de la mujer acaba de justifi-
6.10 car el duro castigo de Ananías. Los «jóvenes» no parecen ser miembros de categoría inferior en la comunidad. Véase, para terminar, el

40. 1Cor 5,5; cf. 1Tim 1,20.

caso del impío Acán, que sustraía y escondía objetos dados al anatema, y por ello fue castigado con la muerte (Jos 7).

Actividad de los apóstoles
5,12-16

12 Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo, y estaban todos unánimemente en el pórtico de Salomón; 13 nadie de los otros se atrevía a mezclarse con ellos, pero el pueblo los ensalzaba. 14 Cada día se agregaban nuevos creyentes en el Señor, multitud de hombres y de mujeres, 15 hasta el extremo de sacar los enfermos a las plazas y ponerlos sobre lechos y camillas para que, al paso de Pedro, siquiera su sombra cubriera a alguno de ellos. 16 Concurría también muchedumbre de gentes de los alrededores de Jerusalén llevando enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos eran curados.

En este pasaje se describe especialmente la actividad taumatúrgica de los apóstoles, aunque sin determinarse a narrar ninguna curación en concreto. De tal actividad se había hecho mención ya en 2,43. En ella encontrarán pretexto las autoridades judías para intervenir de nuevo contra los apóstoles (5,17ss); así, el pasaje es al mismo tiempo una transición al siguiente.

A pesar de la advertencia del sanedrín (4,21), los apóstoles **12**
despliegan en Jerusalén una intensa actividad de taumaturgos. Es evidente que ésta coincide con el celo de la predicación. Noticias concretas no se dan sino en relación con Pedro: una prueba más de la preeminencia de que gozaba en la comunidad primitiva. La con- **15**
fianza que la población de Jerusalén tenía en la fuerza milagrosa que actuaba en él había llegado a tales extremos, que se esperaba conseguir la curación de los enfermos con el simple hecho de que su sombra cayese sobre ellos [41].

41. Cf. Mt 5,27-30; 6,56; Act 19,12.

16 La noticia de estos numerosos prodigios[42] se difunde rápidamente por los alrededores de Jerusalén, y como los apóstoles no salen de la ciudad, las gentes de las localidades vecinas llevan a Jerusalén sus propios enfermos y posesos para hacerlos curar. Las ciudades de que se habla aquí deben ser Belén, Hebrón, Emaús y Jericó; pero es de creer que se piense también en las aldeas aledañas a la ciudad.

12-14 Como anteriormente en 2,47 y 4,4, también aquí se informa que el número de los creyentes seguía acrecentándose, que el pueblo les profesaba gran estima y que, en las visitas que hacían al templo, acostumbraban reunirse en el pórtico de Salomón. Se puede determinar las correspondencias siguientes: v. 12*a* = 3,11; v. 14 = 2, 47; v. 13*b* = 4,33. No se ve claro quiénes sean los «otros» del v. 13.

Los relatos sumarios, 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16.

Estos pasajes, de los cuales los dos primeros presentan un cuadro de la vida de la comunidad, y el tercero la actividad taumatúrgica de los apóstoles, carecen de conexión lógica con el contexto. Esto se debe, evidentemente, al hecho de que en el texto primitivo fueron intercalados posteriormente uno o más versículos, que rompen el contexto (P. Benoit). Tales versículos son: 2,43-45; 4,33; 5,12*b*-14.

De estos versículos, 2,43 procede claramente de 5,11-12*a*; 2,44-45 tiene la apariencia de ser un resumen de 4,32.34-35; 4,33*b* es una especie de repetición de 2,47*a*; 4,12*b*-14 resume 2,46 (y 3,11); 2,47*a* (4,33*b*); 2,47*b*.

En cada uno de estos tres relatos, las adiciones provienen de los otros dos. Así, en el primer cuadro, que describe la vida de piedad de la comunidad jerosolimitana, se ha añadido una breve anticipación del contenido de los otros dos (actividad taumatúrgica de los apóstoles y «comunidad de bienes»); en el segundo, una breve mención del argumento del primero (estima entre el pueblo);

42. Cf. Act 8,7; 19,12.

y en el tercero, una referencia retrospectiva al contenido de los dos primeros (piedad, estima entre el pueblo, crecimiento de la comunidad).

3. *Segundo choque con la autoridad judía*
5,17-42

[17] *Pero el sumo sacerdote y todos los suyos, los de la secta de*
los saduceos, se llenaron de envidia, [18] *y echaron mano a los após-*
toles y los pusieron bajo custodia pública. [19] *Un ángel del Señor*
durante la noche abrió las puertas de la cárcel y sacándolos les dijo:
[20] *«Id, presentaos en el templo y hablad al pueblo todas estas pala-*
bras de vida.» [21] *Oyendo esto, entraron muy de mañana en el templo*
y se pusieron a enseñar. Acudió el sumo sacerdote con los suyos y
convocaron al sanedrín y a todo el congreso de ancianos de los hijos
de Israel y enviaron a la cárcel para mandar traerlos. [22] *Los guardas*
que fueron allá no los encontraron en la cárcel. Volvieron y les
comunicaron: [23] *«Hemos hallado la cárcel cerrada con todo cuidado*
y a los guardianes de pie junto a las puertas, pero al abrirlas no
hemos encontrado a nadie dentro.» [24] *Cuando esto oyeron el jefe*
de la guardia del templo y los sumos sacerdotes, no acertaban a
explicarse qué habría sido de ellos. [25] *Pero en esto se presentó uno*
anunciándoles: «Los hombres que pusisteis en la cárcel andan suel-
tos en el templo enseñando al pueblo.» [26] *Fue entonces el jefe de la*
guardia con los guardas y los condujeron, no por la fuerza, porque
temían al pueblo no fuera a apedrearles. [27] *Los llevaron, pues, y los*
presentaron al sanedrín. El sumo sacerdote los interrogó diciendo:
[28] *«Os habíamos prohibido severamente predicar sobre este nombre,*
y vosotros habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis
echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.» [29] *Respondiendo Pedro*
y los apóstoles, dijeron: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los
hombres. [30] *El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vos-*
otros disteis muerte colgándolo de un madero. [31] *Dios, con su propia*
diestra, lo ha exaltado, como príncipe y salvador, para dar a Israel
penitencia y perdón de los pecados. [32] *Testigos de estas cosas somos*
nosotros y el Espíritu Santo que Dios ha concedido a los que le obe-

decen.» [33] *Ellos, al oírles, quedaron cortados y decidieron darles muerte.*

[34] *Pero surgió en el seno del sanedrín un fariseo, por nombre Gamaliel, doctor de la ley estimado por todo el pueblo, el cual mandó que hicieran salir por un momento a los dos hombres,* [35] *y les dijo: «Israelitas, reflexionad qué vais a hacer con estos hombres.* [36] *Porque hace tiempo surgió Teudas, pretendiendo ser algo, y se le unieron alrededor de cuatrocientos hombres; él fue muerto y todos los que habían creído en él se dispersaron y fueron reducidos a la nada.* [37] *Después de él se levantó Judas Galileo, en los días del censo, y llevó gente detrás de sí; también éste pereció y todos sus seguidores se dispersaron.* [38] *Y ahora yo os digo: Dejad en paz a estos hombres y soltadlos. Porque si fuese cosa de hombres este designio o esta obra, se disolverá;* [39] *pero si es cosa de Dios, no lograréis disolverlos; y no vayáis a encontraros luchando contra Dios.» Le hicieron caso.* [40] *Y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les ordenaron no volver a hablar del nombre de Jesús, y los soltaron.* [41] *Ellos, pues, salían gozosos de la presencia del sanedrín porque habían sido dignos de ser ultrajados a causa del nombre.* [42] *Y durante todo el día no cesaban de enseñar y evangelizar a Cristo Jesús en el templo y por las casas.*

17 También la segunda intervención de la autoridad judía contra los apóstoles es provocada por los saduceos. El texto original del v. 17 sonaba así: «El sumo sacerdote Anás y todos los suyos... se llenaron de envidia.» La creciente estima de los apóstoles entre el pueblo y el constante aumento de la nueva comunidad religiosa suscitan la envidia entre los más influyentes de los sacerdotes, que
18 pertenecían al partido de los saduceos. Por eso un buen día el sumo sacerdote hace arrestar a todos los apóstoles por la policía del templo, con la intención de hacerlos comparecer a la mañana si-
19-25 guiente a juicio ante el sanedrín. Pero, durante la noche, se ven
26-27 milagrosamente libertados de la cárcel y reciben la orden de continuar enseñando en el templo, tal como lo han venido haciendo hasta ahora. «En el AT el ángel de Yahveh era el enviado sobrenatural de Dios, que venía en ayuda de aquellos que se encon-

traban en necesidad; era una especie de personificación de la especial providencia de Dios hacia su pueblo [1]. La misma figura aparece también en el NT» [2] (J. Dupont). La expresión «estas pala- 20
bras de vida» significa lo mismo que «este mensaje de salvación» (13,26); porque el objeto del mensaje cristiano es la «salvación» [3], o la «vida» [4], prometidas a cuantos abrazan la fe en Jesucristo.

El jefe de la guardia del templo va entonces por los apóstoles 26
y los conduce a presencia del sanedrín. El sumo sacerdote les re- 28
procha no haber hecho caso de la estricta prohibición del sanedrín, y el querer, con su predicación, atraer sobre ellos la sangre del Crucificado (por desprecio lo llaman simplemente «ese hombre»). Con este cargo quiere él decir que los apóstoles, al seguir predicando que Jesús crucificado es el Mesías, pretenden azuzar al pueblo contra los responsables de su muerte y aun llevarlo hasta tomar
venganza de ellos en forma sangrienta (Mt 27,25). Pedro, en su 29
calidad de portavoz de los apóstoles, responde con el mismo argumento de que se valió en el primer interrogatorio: ellos simplemente están obedeciendo a un encargo divino, del cual no los puede
dispensar ninguna prohibición emanada de autoridad humana. De 30
nuevo hace una franca e intrépida profesión de fe en el Crucificado, el redentor enviado por Dios.

En cuanto a contenido, este corto relato no ofrece nada nuevo con respecto a los anteriores discursos de Pedro. La aplicación del término «madero» a la cruz [5] proviene de Dt 21,23 [6], donde se dice que aquel que pende del madero es maldito. Al emplear las palabras «colgándolo de un madero» para indicar la crucifixión de Jesús, es evidente que se quiere expresar la idea de que Jesús tomó sobre sí y canceló la maldición que la ley fulmina contra los
pecadores. «Príncipe y salvador» tiene el mismo significado que 31
«autor de la vida» (3,15). Lo que Dios ha llevado a cabo en Jesús

1. Cf. Gén 16,7-12; 21,17-18; 22,11-18; Jue 2,1-5; 6,11-22; 2Re 1,3.15.
2. Cf. Mt 1,20.24; 2,13.19; Lc 1,11; 2,9; Act 8,26; 12,7-11.23.
3. Act 4,12; 11,14; 15,11; 16,17.30-31.
4. Act 3,15; 11,18; 13,46.48.
5. Asi también en 10,39.
6. Citado en Gál 3,13; cf. además 1Pe 2,24.

de modo tan maravilloso tiende, en definitiva, a mover a Israel a la conversión, la cual es condición indispensable para el perdón de
32 los pecados y para alcanzar la salvación. Al lado de los apóstoles es mencionado también el Espíritu como testigo de la exaltación de Jesús. Lo es, en efecto, mediante su presencia y acción dentro de la comunidad (2,23), y sobre todo al llenar a los apóstoles de fortaleza que les permita presentarse a defender impávidos sus convicciones (4,31).

33 Esta valerosa actitud, unida a la obstinada resistencia a inte-
34 rrumpir la predicación, hace enfurecer a los jueces[7]. Ya se alzan voces pidiendo la muerte de los apóstoles. Pero, entre aquellas cabezas calenturientas hay, sin embargo, un hombre prudente y reposado, el respetable rabino *Gamaliel*. Éste interviene, y sus juiciosas palabras logran disuadir al tribunal de dictar una sentencia precipitada. Los Hechos mencionan intencionalmente su nombre, su profesión y el partido a que pertenece, hacen notar que goza del aprecio general, y transcriben su discurso con cierta riqueza de detalles. Lo hacen, precisamente porque la intervención de este hombre fue de excepcional importancia para los apóstoles en esta crítica situación, y porque el principio general que él expuso en su discurso era de un valor enorme para la naciente cristiandad.

Aquí se ve con especial claridad que Lucas no transcribe la historia simplemente por amor a la historia, sino porque quiere, sirviéndose de ella, ganar adeptos para su fe: la historia de la Iglesia constituye al mismo tiempo su mejor justificación. Este Gamaliel fue, según Act 22,3, el maestro del apóstol Pablo. Para distinguirlo de su nieto Gamaliel II (hacia 90-110), la *Mišná* lo llama «*rabbán* Gamaliel el viejo» (*rabbán* = nuestro maestro, título reservado a cuatro de los más ilustres jefes de escuela). La tradición judía lo ha honrado como a uno de los más eminentes maestros. Por las disposiciones y decisiones legales que se han transmitido como suyas, se puede ver que era de mentalidad sensata y desapasionada.

35-39 El hilo del pensamiento en el discurso de Gamaliel es el siguien-

7. Cf. Act 7,54.

te: el futuro se encargará de demostrar si este movimiento mesiánico, cuyos cabecillas nosotros tenemos que juzgar, tiene su origen en los hombres o en Dios. Si es invención de hombres, por sí solo se acabará; pero si es obra de Dios, no se podrá disolver. De la verdad de la primera afirmación hemos tenido nosotros mismos la prueba con ocasión de otros dos movimientos similares (el de Teudas y el de Judas Galileo). Por lo que a nosotros toca, no podemos hacer resistencia a la obra de Dios; y si pretendemos combatirla, estaremos combatiendo contra Dios mismo. El apelar a la violencia no lleva a ningún resultado; dejad a estos hombres en plena libertad.

Gamaliel empieza aduciendo los dos ejemplos, sacados de la historia, de los cuales deduce su principio. Según parece, *Teudas* **36** encabezó un movimiento mesiánico de carácter revolucionario, queriendo hacerse pasar por algo grande. Al respecto, cuenta Flavio Josefo que, bajo el procurador Fado (44-46 d.C.), cierto impostor de nombre Teudas, que pretendía pasar por profeta, logró reunir un buen número de secuaces, y les prometió que con una sola palabra haría dividir las aguas del Jordán y les abriría un camino fácil. Pero Fado envió contra ellos un piquete de caballería, que capturó a Teudas y envió su cabeza a Jerusalén, dando muerte también o capturando a un buen número de sus adeptos [8].

Si en ambos escritores se trata de un mismo personaje, hay que reconocer que los datos cronológicos no coinciden, dado que Lucas menciona la sublevación de Teudas como anterior a la de Judas Galileo. Es cierto que Josefo no merece plena confianza en todos sus datos; pero, si se tiene en cuenta que en relación con el levantamiento de Teudas es abundante en pormenores bien concretos, no hay suficiente razón para achacarle un error cronológico de más de cuarenta años. No queda, por tanto, más que un doble camino para zanjar la diferencia: o bien el Teudas de Gamaliel es distinto del de Josefo, uno de tantos rebeldes, cuyos nombres nos son desconocidos, que, después de la muerte de Herodes el Grande (4 d.C.) sembraron la zozobra por todo el país [9]; o bien el discurso

8. Fl. Josefo, *Ant.* xx, 5,1.
9. Cf. Fl. Josefo, *Ant.* xvii, 10,8.

de Gamaliel es una creación de Lucas (o de su fuente), que no contiene necesariamente lo que el célebre legisperito dijo durante el debate, sino más bien un eco de las disputas que de hecho tenían lugar en el seno del judaísmo.

37 También por lo que se refiere a la sublevación de *Judas* el Galileo tenemos noticias en varios pasajes de Fl. Josefo [10]. Según ellas, éste fue, como su padre Ezequías, un pretendiente al título mesiánico; incitó, junto con el sacerdote Sadoc, al pueblo a una franca rebelión contra el censo de bienes dirigido por Quirinio en los años 6/7 d.C. [11], y ganó muchos adeptos, que se separaron del partido de los fariseos, tomando el nombre de «zelotas» (celadores, nacionalistas fanáticos). Estos zelotas tuvieron en la guerra judía (66-70 d.C.) parte muy importante y fatal para Jerusalén. Probablemente Lucas sólo quiere decir que la insurrección de éstos en tiempo de Quirinio no tuvo éxito, de lo cual no se puede dudar. Acerca del fin que haya tenido Judas, Josefo guarda silencio. Pero los romanos no solían parar en menudencias cuando se trataba de sediciosos.

Sus dos hijos fueron crucificados por el procurador Tiberio Alejandro (46-48 d.C.).

38-39 Cuando Gamaliel previene a los jueces contra un procedimiento demasiado estricto contra los apóstoles, para no resultar luego «personas que combaten contra Dios», Lucas pone en sus labios una expresión característica de la tragedia *Las bacantes*, de Eurípides, y muy poco atestiguada fuera de esta obra; Eurípides llama «lucha contra Dios» a la oposición que Penteo promueve contra el nuevo dios Dioniso [12]. Se ha querido concluir de este pasaje, como también de Act 26,14, que Lucas había leído y utilizó la obra de Eurípides. Pero es una opinión que no convence mucho. La expresión no parece haber sido, después de todo, de uso tan raro, ya que también se encuentra en 2Mac 7,19; allí, uno de los siete hermanos grita al impío rey Antíoco: «No te hagas ilusiones de escapar al castigo, tú que te atreves a combatir contra Dios.»

10. Por ejemplo, *Ant.* XVIII, 1,1.
11. Cf. el comentario a Lc 2,2.
12. EURÍPIDES, *Las bacantes*, v, 45.325.1255s.

La misma expresión se halla también usada en Epicteto para designar la oposición contra el destino [13].

La intervención de Gamaliel tiene éxito. Es cierto que el sane- **40**
drín renueva la prohibición de predicar, y para reforzarla hace aplicar a los apóstoles la pena de la flagelación, pero los deja luego en libertad. La flagelación es mencionada como castigo que compete aplicar a la sinagoga, en Mc 13,9; Act 22,19; 2Cor 11,24.
Los Hechos añaden aún la significativa información de que los **41**
apóstoles no salieron de la sala del tribunal en actitud de desaliento o de temor, sino que, por el contrario, rebosaban de alegría, teniendo por honor y privilegio el haber sido dignos de sufrir ultrajes por causa del Maestro y a ejemplo suyo. El NT pone de relieve a cada paso la alegría con que los cristianos sobrellevaban los sufrimientos y las persecuciones [14]. El «nombre» por el cual son felices en sufrir vejaciones, es el nombre de Jesús, quien a través de la resurrección fue hecho Señor celestial en el mismo grado de dignidad que Dios. Por eso su nombre, «el nombre que está sobre todo nombre», es un nombre divino [15].

4. *Tercer choque con la autoridad judía: la muerte de Esteban, estímulo a la evangelización de los paganos*
6,1-8,3

Elección de los siete encargados de los pobres
6,1-7

1 *Por aquellos días, habiendo aumentado el número de los discípulos, hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos por parecerles que eran desatendidas sus viudas en la distribución cotidiana.* 2 *Convocaron, pues, los doce a la asamblea de los discípulos*

13. EPICTETO III, 24,24.
14. Flp 1,29; Col 1,24; Heb 10,24; Sant 1,2; 1Pe 4,13-14.
15. Flp 2,9-11; y Act 2,36 con el comentario.

y les dijeron: «No está bien que nosotros abandonemos la palabra
de Dios para servir a las mesas. [3] *Mirad, hermanos, cómo elegís de*
entre vosotros siete hombres probados, llenos de Espíritu y de sabi-
duría, a los cuales pondremos al frente de este menester; [4] *nosotros,*
en cambio, nos consagraremos a la oración y al ministerio de la pala-
bra.» [5] *Y agradó la proposición a toda la asamblea, y eligieron a*
Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Pró-
coro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito de
Antioquía, [6] *a los cuales presentaron delante de los apóstoles, y des-*
pués de haber orado les impusieron las manos.

[7] *La palabra de Dios se propagaba, y se multiplicaba extraordi-*
nariamente el número de discípulos en Jerusalén, e incluso una gran
muchedumbre de sacerdotes abrazaban la fe.

Para el conocimiento de la organización interna de la primitiva comunidad cristiana, y de las tendencias que en ella obraban, estos
1 *versículos son de importancia capital. Los miembros de la comu-*
nidad (que aquí, por primera vez en los Hechos, reciben el nombre de discípulos, denominación que fuera de aquí es desconocida en el cristianismo primitivo), están divididos en dos grupos: hebreos y helenistas. Los Hechos usan el término «discípulos» para designar a los fieles, sólo entre 6,1 y 21,16. En los evangelios se llama «discípulos» a aquellos que escucharon la predicación de Jesús y permanecieron unidos a él durante toda su vida pública. Por «hebreos» hay que entender a los judíos nacidos en Palestina, cuya lengua materna era el «hebreo» (es decir, el arameo, cf. 21,40); «helenistas» son los judíos de habla griega oriundos de la diáspora. Paralelamente al fuerte desarrollo de la comunidad, surgió entre los dos grupos un serio estado de tensión, provocado por el descuido con que se trataba a las viudas de los helenistas en la distribución de los diarios socorros. En las comidas cotidianas, que probablemente se hacían al anochecer, bajo la vigilancia de los apóstoles (2,42.46), los pobres, especialmente las viudas, eran atendidos con lo que la caridad había obsequiado, y recibían además víveres para el día siguiente.

No se dice quién estuviese, hasta el momento, al frente del

servicio de las mesas (v. 2), pudiendo ser el culpable de semejante situación. En todo caso no lo fueron los apóstoles. Éstos eran, ciertamente, los superintendentes del cuidado de los pobres, y en cuanto tales recaía sobre ellos la responsabilidad de esos cuidados, ya que en sus manos se depositaban las ofrendas provenientes de quienes vendían sus propiedades [1]. Pero es seguro que en este oficio debieron utilizar los servicios de los miembros de la comunidad. Es posible que la «distribución cotidiana» se hiciese durante las cenas comunes, a las cuales los más pudientes llevaban víveres para los pobres [2].

En todo caso, los apóstoles se niegan a dedicarse al servicio **2**
de las mesas, porque su tarea es atender al servicio divino y anun-
ciar la palabra de Dios. Reunida la comunidad, proponen destinar **4**
a aquel oficio siete hombres que llenen los requisitos necesarios.
La elección de los candidatos para este ministerio queda, pues, en **3**
manos de la comunidad, pero el nombramiento mismo depende
de los apóstoles (cf. v. 3), que lo hacen mediante imposición de ***5-6***
manos acompañada de oración [3]. Lo sorprendente es que los siete escogidos llevan todos nombre griego, y uno de ellos es un prosélito, es decir, un pagano pasado al judaísmo mediante la aceptación de la circuncisión. Es legítimo concluir de ahí que todos ellos eran helenistas.

La opinión, en cambio, defendida por algunos, de que estos siete hombres fueron constituidos jefes autónomos de la fracción helenista de la comunidad, no tiene ningún apoyo en el texto. En este caso, sobre los fieles hebreos ejercerían la autoridad los apóstoles, tanto en la predicación como en lo referente a las obras de caridad, mientras que la parte helenista se habría emancipado al concederse la autoridad a siete hombres escogidos de entre los suyos, con autonomía para ejercerla también en los dos ministerios. Pero, si nos atenemos al texto, a los siete se confió únicamente la dirección de las actividades de caridad en toda la comunidad,

1. Act 4,35; 5,2.
2. Cf. 1Cor 11,21-22.
3. Cf. Act 13,3.

en tanto que el atender al servicio divino y el anunciar la palabra de Dios continuaron siendo función reservada a los doce.

Con todo, no deja de ser extraño que los Hechos no digan nada acerca del ejercicio del cargo confiado a los siete, y narren, en cambio (cosa para la cual no están preparados los lectores), cómo Esteban despliega una intensa actividad de predicador y de taumaturgo entre los judíos helenistas, y cómo se entregó con gran éxito a entablar discusiones religiosas con ellos (6,8-9). Es de creer que tal actividad no la empezó a ejercer a partir de su designación para el servicio de las mesas. También de otro, perteneciente al grupo de los siete, Felipe, se relata más tarde cómo se dedicó igualmente, en Samaría y en otros lugares, a una afortunada actividad de predicador, acompañada de milagros (8,5ss). También éste debió estar dedicado al servicio de la palabra ya antes de su fuga de Jerusalén; los Hechos le dan el título de «evangelista» (es decir, heraldo del evangelio) [4].

Así pues, de los siete, por lo menos estos dos eran también servidores de la palabra, y su actividad como tales no estaba necesariamente ligada al servicio de las mesas. ¿No se podría tal vez decir que estos siete hombres eran de hecho los jefes y guías del grupo helenista de la comunidad de Jerusalén, y que por tal motivo fueron presentados por ella para el cargo de intendentes de los pobres? Sea como fuere, no deja de ser probable que lo único confiado a ellos fuese el servicio de las mesas dentro del grupo a que pertenecían. No es de creer que la asistencia a las viudas hebreas hubiese quedado totalmente en manos de los helenistas solos.

El pasaje 6,1-6 no es del todo claro. Se tiene la impresión de estar leyendo un resumen extremadamente conciso. No obstante, resulta evidente que los siete no estaban en oposición con los apóstoles, y que la posición que ocupaban no era completamente independiente; en efecto, nada autoriza la suposición de que la comunidad de Jerusalén estuviese dividida en dos fracciones autónomas, la de los «hebreos» (con los apóstoles a la cabeza) y la de los «helenistas». Pero que en ella hubiese dos grupos, lo dice clara-

4. Cf. Act 21,8.

mente 6,1, y lo confirma la siguiente observación: cuando, luego de la lapidación de Esteban, que debía ser el jefe indiscutible de los cristianos helenistas, estalló una violenta persecución contra la Iglesia, y «todos se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría», los apóstoles pudieron continuar en Jerusalén (8,1). Además, según Act 8,14.25; 9,31; 11,2.20, existe en la ciudad una floreciente comunidad encabezada por los apóstoles, que, en caso de haber sido completamente exterminada, no habría podido llegar a reorganizarse tan pronto; se impone, por fuerza, la conclusión de que la persecución desatada con el proceso de Esteban, en realidad sólo afectó al grupo helenista, mientras al resto de la Iglesia se lo dejó tranquilo.

Recientemente se ha propuesto, entre los católicos (P. Gächter), una hipótesis interesante: para distribuir las limosnas se seguía como norma dar el dinero para dos veces siete comidas. Encargadas de la distribución a las viudas helenistas eran algunas mujeres (arameas). Los «siete» fueron instituidos con funciones de inspección sobre estas últimas, pero su tarea principal era la cura de almas (la predicación a los cristianos helenistas y el buscar la manera de entenderse con los helenistas que continuaban en el judaísmo). Pero simultáneamente, o quizás un poco más tarde, se instituyeron a su vez «siete» hebreos, con las mismas funciones y prerrogativas respecto de su grupo; al verse obligada a huir de Jerusalén la fracción helenista de la comunidad primitiva, estos últimos «siete» formaron lo que se llamó el colegio de los presbíteros, o ancianos [5], cuyo jefe era Santiago, el hermano del Señor. A ambos grupos comunicaron los apóstoles la plenitud de la potestad espiritual y de la gracia que ellos mismos tenían (en otros términos, los consagraron obispos), reservándose solamente la imposición de manos (confirmación), como resulta del caso de Felipe (8,14ss). Más tarde, cuando los siete helenistas tuvieron que trabajar lejos de Jerusalén, levantaron esta restricción. Con esta hipótesis se explica bien la repentina e inesperada mención, en 11,30, de los ancianos, los cuales aparecen como personajes que ocupan una

5. Act 11,30; 15,6; 21,19.

posición de dirigentes dentro de la comunidad, sin que el autor de los Hechos justifique en forma alguna su aparición [6].

La hipótesis podría quizá dar también respuesta a la cuestión de si el envío de Pedro y Juan a Samaría (8,14ss) no obedecía precisamente a esta restricción de la potestad de orden impuesta a los «siete». Con la designación de estos siete personajes para cuidar de los pobres, el elemento helenista se vio, sin duda alguna, notablemente reforzado dentro de la comunidad. Este hecho será decisivo de aquí en adelante para el desarrollo ulterior de la Iglesia.

El diaconado eclesiástico.

Surge ahora el problema: ¿a estos siete encargados de los pobres hay que identificarlos con los diáconos que Flp 1,1 y las epístolas pastorales (1Tim 3,8ss) mencionan al lado de los presbíteros? Las opiniones están divididas. En el campo católico, la mayor parte responde afirmativamente; en el protestante, negativamente. Varias razones parecen de hecho oponerse a la identificación: los siete no reciben jamás el nombre de «diáconos», ni su ministerio el de «diaconado»; en cambio, los Hechos hablan del «evangelista Felipe, que era uno de los siete» (21,8). Es cierto que hablan [7] de una actividad de Esteban y de Felipe en el campo de la predicación (de los demás no relatan nada), pero también otros miembros de la comunidad se ocupaban en lo mismo [8].

Hay que reconocer, sin embargo, que los diáconos de las pastorales se identifican hasta cierto punto, en sus funciones, con los encargados de los pobres en Jerusalén, en cuanto que aquéllos actuaban también en el campo de la caridad y que, además, en Rom 12,7 se conoce un carisma del diaconado. Si Lucas evita dar a los siete el título de «diáconos», que ya en su tiempo designaba en la Iglesia un oficio bien determinado [9], se debe a que no lo encontró atestiguado en la tradición. Apenas desde san Ireneo

6. Cf. el exc. de la pág. 211.
7. Act 6,8ss; 8,5ss.
8. Act 8,4; 11,19.
9. Cf. Flp 1,1; 1Tim 3,8.

(hacia 180), los «siete» son tenidos por diáconos, en el sentido de funcionarios sagrados para servicios de segundo orden, por lo general de naturaleza caritativa. Es verdad que los escritores más antiguos hablan también de diáconos, pero no los ponen en relación con los «siete». Por tales razones es preferible no considerar la institución de los siete como origen del diaconado eclesiástico.

Actividad de Esteban y acusación contra él
6,8-15

8 Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y
señales ante el pueblo. 9 Pero surgieron algunos de la sinagoga lla-
mada de los libertos, cireneos y alejandrinos y de los oriundos de
Cilicia y de Asia que disputaban con Esteban, 10 y no podían hacer
frente a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba. 11 Entonces so-
bornaron a unos hombres que dijeron: «Le hemos oído proferir pa-
labras injuriosas contra Moisés y contra Dios.» 12 Conmovieron, pues,
al pueblo, y a los ancianos y escribas, y echándose sobre él le pren-
dieron y le condujeron al sanedrín. 13 Presentaron testigos falsos para
decir: «Este hombre no cesa de proferir dicterios contra este lugar
santo y contra la ley; 14 porque le hemos oído decir que ese Jesús
Nazareno destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos
transmitió Moisés.» 15 Y fija la vista en él, todos los que estaban
sentados en el sanedrín vieron su rostro como el rostro de un ángel.

Como se puede ver también por los v. 9 y 10, Esteban des- **8**
pliega en Jerusalén una incansable actividad de predicador, coronada por el éxito y acompañada de milagros. Sólo de esta actividad se ocupa el relato, porque fue la que sirvió de pretexto para su muerte. Debía estar dirigida en forma especial a los judíos de la diáspora, que en Jerusalén contaban con numerosa representación y estaban agrupados en comunidades sinagogales, de acuerdo con
las circunstancias de origen de los adeptos. En todo caso, surgen **9**
disputas entre él y los judíos de la diáspora. A éstos se los clasificaba según su procedencia. Es posible que con tal clasificación

los Hechos se refieran concretamente a dos grupos de helenistas, formados, el uno por libertos (o sus descendientes) y, si la interpretación es exacta, por gentes de Cirene y de Alejandría, y el otro por judíos oriundos de las regiones de Asia (cf. 21,27) y de Cilicia.

En el año 63 a.C. numerosos judíos fueron llevados a Roma por Pompeyo como prisioneros de guerra, y vendidos como esclavos. Con el tiempo, muchos de sus descendientes recuperaron la libertad y fundaron en Roma una pujante colonia judía. Una inscripción griega que perpetúa la erección de una sinagoga, descubierta en Jerusalén (en el Ofel) por R. Weill y publicada en 1920, dice: «Teodoto, hijo de Veteno, sacerdote y jefe de la sinagoga, hijo de un jefe de sinagoga, nieto de un jefe de sinagoga, construyó la sinagoga para la lectura de la ley y la enseñanza de los mandamientos (construyó), también el alojamiento y los aposentos sobre el techo (?), y las instalaciones de agua, con el propósito de que sirvan de posada a los extranjeros que tengan necesidad; esta (sinagoga) la fundaron sus padres y antepasados y Simónides.» Se ve que el padre del constructor de la sinagoga había obtenido el derecho de ciudadanía romana, gracias a la intervención de algún miembro de la familia de los Vetenos (gens Vettena). Algunos investigadores creen que éste (o su padre) seguramente prisionero de guerra y, como tal, esclavo, lo había obtenido al recobrar la libertad, y se inclinan a ver en esta sinagoga la de los libertos, mencionada en los Hechos. Pero esto no pasa de ser una suposición. Por su parte, algunos comentaristas piensan que ha habido aquí una corrupción del texto, y que la forma correcta y original sería Λιβυστῖνοι («libistinos», es decir, procedentes de Libia); esta forma encajaría bien con «cireneos y alejandrinos».

10 Como estos helenistas no pueden competir con Esteban, en quien obran el poder y la sabiduría de Dios [10], echan mano de
11 la calumnia. Una vez que han preparado suficientemente la opi-
12 nión pública, se apoderan del odiado discípulo de Jesús y lo arras-
13 tran a presencia del sanedrín. Aquí formulan contra él la acusa-

10. Cf. Lc 21,15.

ción de estar atacando continuamente «este lugar santo y la ley» (o sea, de blasfemar contra Moisés y contra Dios, v. 11). En qué consistiesen exactamente los ataques, lo dicen las declaraciones de los falsos testigos que sobornaron; ellos se encargan de precisar cómo personalmente le han oído decir que Jesús destruiría este 14
lugar y cambiaría, es decir, aboliría los usos (las instituciones, las leyes) establecidos por Moisés. Se discute si el «lugar» designa el templo o bien la ciudad de Jerusalén. Parece seguro que se piensa en el templo, pues precisamente a él se refiere Esteban en su discurso (7,47-50). No se podía hacer acusación más grave contra un judío.

Es curiosa la coincidencia que ofrece esta acusación con la que otros falsos testigos formularon a su vez contra Jesús: «Yo destruiré este templo, hecho por mano de hombre, y en tres días construiré otro, no hecho por manos humanas» [11]. En términos parecidos acusan también a Pablo los judíos de la provincia de Asia: «Éste es el hombre que anda enseñando a todos y en todas partes contra el pueblo, contra la ley y contra este lugar, hasta el extremo de haber introducido incluso griegos en el templo, y profanado así este lugar santo» (21,28).

Las afirmaciones de los testigos son calificadas de falsas. Huelga decir que Esteban no ha pronunciado blasfemias contra Moisés ni contra la ley (v. 11); pero la acusación no carece, sin embargo, de todo fundamento. En su discurso, efectivamente, habla del templo en términos que a los judíos debieron parecer escandalosos. En cuanto a la ley, es muy poco lo que dice, para que podamos sacar de sus palabras conclusiones precisas; con todo, no deja de percibirse la insinuación de que los judíos no tenían razón para andar tan preocupados de defender su duración eterna, cuando ellos mismos no la habían observado (7,35). Nada de extraño, pues, que Esteban hubiese dicho que, al retorno glorioso de Jesús, también el templo hecho de piedra habría dejado de existir, y que en la nueva era la ley mosaica ya no tendría validez [12]. Con esto, él no

11. Mc 14,58; Mt 26,6; Lc la omite.
12. Cf. Lc 21,6 y 13,34-35.

habría negado, en modo alguno, el origen divino de tales instituciones, pero habría afirmado claramente su valor transitorio, en lo cual los adversarios vieron un ataque y una blasfemia. Quizá llegaría hasta sostener la obligación de adoptar, ya desde ahora, otra posición diferente con respecto a la ley; pero el texto no da margen para confirmar esta suposición.

15 A los jueces aparece ahora el rostro del acusado como el de un ángel, envuelto en extraño resplandor, semejante al rostro de Moisés, que resplandecía cuando hablaba con Dios [13]. Con este dato se quiere indicar que en aquel momento entró Esteban en éxtasis y contemplaba la magnificencia (el resplandor) de Dios (7,55-56), lo que hacía que su rostro se iluminara. En él se cumple ahora la profecía de Jesús: que el Espíritu Santo asistirá a sus testigos cuando fueren llevados a los tribunales [14].

Discurso de Esteban
7,1-53

1 *Dijo el sumo sacerdote: «¿Es esto así?»* 2 *Y él dijo:*
«Hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham, cuando estaba en Mesopotamia antes de que fijara su habitación en Harán, 3 *y le dijo:* "Sal de tu tierra y de tu parentela y ve a la tierra que yo te mostraré" (Gén 12,1). 4 *Entonces, saliendo de la tierra de los caldeos, fijó su sede en Harán. De allí, después de morir su padre, (Dios) lo trasladó a esta tierra en la cual vosotros habitáis ahora;* 5 *y no le dio parte en ella, ni para asentar un pie, sino que le prometió dársela en posesión a él y a su posteridad, aun cuando no tenía hijos* (Gén 12,15). 6 *Pero le dijo Dios:* "Será tu descendencia peregrina en tierra extraña y la someterán a esclavitud y a malos tratos durante 400 años; 7 pero al pueblo al que servirán le juzgaré yo, dice el Señor, y después de esto saldrán (Gén 15,13s) y me darán culto en este lugar" (Éx 3,12). 8 *Y le*

13. Éx 34,29-35; 2Cor 3,7-18.
14. Mt 10,20; Mc 13,11; Lc 12,12; 21,15.

dio la alianza de la circuncisión, y así engendró a Isaac y le circuncidó al octavo día, e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.
[9] *Los patriarcas, envidiosos de José, lo vendieron a Egipto;* [10] *pero Dios estaba con él y lo libró de todos sus peligros dándole gracia y sabiduría ante el faraón, rey de Egipto, que lo constituyó gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa.* [11] *Sobrevino entonces un hambre sobre toda la tierra de Egipto y Canaán y una gran penuria y no encontraban alimento nuestros padres.* [12] *Habiendo oído Jacob que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres por primera vez,* [13] *y en la segunda se dio a conocer José a sus hermanos y se hizo patente al faraón el origen de José.* [14] *Envió José a buscar a Jacob su padre y a toda su parentela en número de setenta personas.*
[15] *Y descendió Jacob a Egipto, y murió él y también nuestros padres.*
[16] *Y fueron trasladados a Siquem y depositados en el sepulcro que había comprado Abraham, a precio de plata, a los hijos de Emor en Siquem.* [17] *A medida que se aproximaba el tiempo de la promesa que Dios había hecho a Abraham, fue creciendo y multiplicándose el pueblo de Egipto,* [18] *hasta que surgió otro rey en Egipto, que no había conocido a José,* [19] *el cual se las ingenió para vejar a nuestra raza haciendo que los padres abandonasen a los recién nacidos de manera que no pudieran sobrevivir.* [20] *En estas circunstancias nació Moisés, que era agradable a Dios, el cual se crió por espacio de tres meses en casa de su padre,* [21] *pero habiendo sido abandonado, lo adoptó y crió para sí como hijo la hija del faraón.* [22] *Y fue educado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras.* [23] *Cuando cumplía la edad de cuarenta años, le vino a la mente la idea de inspeccionar a sus hermanos los hijos de Israel.*
[24] *Y viendo a uno tratado injustamente, salió en su defensa y vengó al ofendido dando muerte al egipcio.* [25] *Pensaba que sus hermanos comprenderían que Dios los iba a salvar por medio de él; pero ellos no lo entendieron.* [26] *Y así al día siguiente fue visto por unos que se estaban pegando, y como intentara poner paz entre ellos diciendo: "Sois hermanos, ¿por qué os hacéis daño el uno al otro?",* [27] *el que estaba golpeando a su compañero le rechazó diciendo: "¿Quién te ha constituido príncipe y juez sobre nosotros?* [28] *¿o quieres quitarme de en medio como lo hiciste ayer con el egipcio?"* [29] *Huyó, pues,*

Moisés al oír esto y se avecindó en Madián, donde engendró dos hijos. [30] *Cumplidos los cuarenta años, se le apareció en el desierto del monte Sinaí un ángel en la llama de una zarza ardiente.* [31] *Al verlo Moisés se extrañó de la visión y mientras se acercaba para verlo mejor, se oyó la voz del Señor:*

[32] *"Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob." Atemorizado Moisés no se atrevía a mirar.* [33] *Díjole el Señor:* "Descalza las sandalias de tus pies, porque el lugar donde pisas es tierra santa." [34] He considerado la aflicción de mi pueblo en Egipto y escuchado sus lamentos, y he bajado a liberarlos. Ahora, pues, ven acá; yo te envío a Egipto" (Éx 3). [35] *A esto Moisés, a quien habían rechazado diciendo: "¿Quién te ha constituido príncipe y juez?", a éste Dios envió como príncipe y redentor, por mano del ángel que se le apareció en la zarza.* [36] *Éste fue quien los sacó obrando prodigios y señales en la tierra de Egipto y en el mar Rojo y en el desierto por espacio de cuarenta años.* [37] *Y fue este mismo Moisés el que dijo a los hijos de Israel:* "Dios hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo" (Dt 18,15). [38] *Éste fue el que, en la asamblea del desierto, estuvo con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí y con nuestros padres; el que recibió palabras de vida para comunicároslas a vosotros;* [39] *a quien no quisieron obedecer nuestros padres, sino que le rechazaron y volviéndose en su corazón a Egipto,* [40] *dijeron a Aarón:* "Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque ese Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué ha sido de él" (Éx 32,23). [41] *Y fabricaron un becerro en aquellos días y ofrecieron víctimas el ídolo, y se gozaron en las obras de sus manos.* [42] *Pero Dios se apartó de ellos y los entregó a dar culto al ejército de los cielos, según está escrito en el libro de los profetas:*

»¿Acaso me ofrecisteis sacrificio y víctimas
durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel;
[43] y no más bien os llevasteis la tienda de Moloc
y la estrella del dios Refán,
imágenes que fabricasteis para adorarlas?
Pues yo os deportaré más allá de Babilonia (Am 5,25-27).

44 »Nuestros padres tenían en el desierto el tabernáculo del testimonio según lo había dispuesto el que mandó a Moisés hacerlo conforme al modelo que había visto; 45 el cual heredaron nuestros padres e introdujeron con Josué en la conquista de la tierra de los gentiles, a los que Dios expulsó a la vista de nuestros padres hasta los días de David. 46 Éste halló gracia a los ojos de Dios y solicitó el favor de encontrar una mansión (de Dios) para la casa de Jacob, 47 pero fue Salomón quien le edificó una casa. 48 Con todo, no habita el Altísimo en edificios fabricados por mano de hombre, según dice el profeta:

49 »El cielo es mi trono,
y la tierra, escabel de mis pies.
¿Qué casa me habéis de fabricar, dice el Señor,
o cuál sería el lugar de mi reposo?
50 ¿Acaso no fue mi mano la que hizo todas estas cosas? (Is 66,1s).

51 »¡Gentes de dura cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Siempre estáis resistiendo al Espíritu Santo. Como vuestros padres, igual vosotros. 52 ¿A quién de entre los profetas no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que preanunciaban la venida del Justo, que vosotros ahora habéis entregado y os habéis hecho sus asesinos, 53 vosotros que recibisteis la ley por ministerio de los ángeles, y no la habéis observado.»

El discurso de Esteban, con sus 52 versículos, es el más largo de los Hechos. No es propiamente una alocución de defensa, sino una intrépida toma de posiciones frente al judaísmo, que termina con un enérgico ataque a los oyentes. A primera vista tiene la apariencia de ser, en su mayor parte, un amplio compendio de la historia del pueblo israelita, desde Abraham hasta Salomón. Entre todos los discursos de los Hechos, tan sólo el de Pablo en Antioquía de Pisidia presenta cierta afinidad con éste, porque también allí se echa una mirada retrospectiva sobre la historia de Israel, pero en pocas palabras (13,17-22), y a manera de introducción del tema central del discurso, el mensaje de Cristo (13,23-41).

El discurso de Esteban, en cambio, apenas habla de Jesús en uno de los últimos versículos, y sin mencionar siquiera su nombre (v. 52).

La exégesis detallada del discurso no ofrece dificultades de consideración, pero sí las ofrece la cuestión de saber cuál es propiamente el hilo del discurso y cuál la relación que guarda con el delito imputado a Esteban. En esto, las opiniones de los comentaristas están muy lejos de la unanimidad. Pero, examinada más de cerca, la amplia reseña histórica no carece, como pretenden algunos, de referencia a la *acusación*, sino que aborda efectivamente los *dos puntos capitales* de que se incriminaba a Esteban: los ataques contra el *templo* y contra la *ley*. Esteban, es cierto, no se detiene a refutar expresamente los cargos que se le hacen, ni mucho menos los reconoce justos, sino que aprovecha su discurso para fijar claramente su posición frente al templo y a la ley mosaica.

44-50 Preferimos tomar como punto de partida la sección 44-50. Desde el tiempo de Moisés, Israel poseyó en el tabernáculo, o tienda sagrada, una morada de Dios, preparada de acuerdo con el modelo celestial mostrado por Dios mismo. Éste no fue dado tan sólo para el tiempo que duró el viaje por el desierto, sino que fue llevado por Josué a la tierra prometida, donde siguió siendo el santuario legítimo hasta David. David fue el primero que tomó la decisión de sustituir el tabernáculo por un templo propiamente dicho. La iniciativa partía de él, no de Dios. Pero sólo a Salomón le fue permitido llevar a término el plan. El templo no tiene, pues, a los ojos de Dios, el significado que el pueblo judío le atribuye. La presencia y la actividad salvíficas de Dios no están limitadas al templo. Dios es más grande que el templo, lo dice la Escritura, y toda la creación es morada de Dios. Con tales palabras, Esteban ha fijado con claridad su posición con respecto al templo. Él no lo condena, pero especifica su valor relativo: su vigencia ya expiró.

De este pasaje, claro y explícito, redunda ahora un poco de
42-43 luz sobre la exposición precedente. Lo que en ella se quiere demostrar es que Dios no está cerca de los suyos únicamente en un determinado lugar sagrado, sino que en todas partes los guía y los protege. Mucho antes que el templo existiese y que el pueblo se hubiese establecido en la tierra santa, Dios comunicó a los padres

sus revelaciones y pruebas de la salvación, y esto, por lo general, en países extranjeros. La idea de que la salud traída por Cristo está destinada a todos los pueblos, resuena claramente en los v. 42-50.

Esteban fija también su posición con respecto al segundo capí- 38
tulo de acusación, el ataque a la ley. Con mucha habilidad rechaza el cargo que le han hecho. Dice que, en el Sinaí, Moisés recibió «palabras vivas», es decir, palabras destinadas a dispensar a los hombres verdadera y auténtica vida [15]. De Moisés habla con gran respeto y veneración, presentándolo como al libertador de Israel y como figura y precursor del Mesías. Está, por consiguiente, muy lejos de blasfemar de Moisés.

Sigue ahora el ataque a los oyentes: vosotros, judíos, os habéis 51-53
opuesto siempre al Espíritu Santo, es decir, a la revelación divina, tanto como a los profetas, a quienes vuestros padres persiguieron y asesinaron, y no menos a la ley, que recibisteis de Dios, pero no la habéis observado.

Poco hay que decir como explicación detallada del discurso. Para su reseña histórica, Esteban se sirve no del texto hebreo, sino de los LXX, y en forma bastante libre. Donde se aparta del texto de la Biblia, muestra frecuentes coincidencias con la tradición tardía del judaísmo (Filón, Josefo, literatura rabínica).

Según el AT, Abraham recibió la vocación en Hárán [16]. En 2-3
cambio, según Filón y Josefo, lo fue en su patria de origen, Ur de Caldea [17]. Esteban emplea aquí el término «Mesopotamia» en el sentido más restringido de «Babilonia». Harán está situado en 4
Mesopotamia del norte; Ur junto al Eufrates meridional. El AT informa que Abraham dejó a Harán cuando su padre aún vivía; según Filón, no lo hizo hasta que él ya había muerto. Es natural que hallaran escandaloso que Abraham hubiese abandonado a su padre anciano. En cuanto al v. 5, cf. Gén 12,7; 13,15 («todo el 5
país que ves, te lo daré en propiedad para siempre, a ti y a tu poste-

15. Cf. la apreciación que Pablo hace de la ley en Rom 7,10-12; 10,5; Gál 3,12.

16. Gén 12.1 = Act 7.3.

17. Cf. Gén 15.7.

6-7 ridad»); 17,8; 48,4. Según Gén 15,13-14, la esclavitud en Egipto debía durar 400 años (en números redondos); de acuerdo con los datos de Éx 12,40 y Gál 3,17, duró en realidad 430 años. La expresión «este lugar» se refiere a Jerusalén; Éx 3,12 habla, en cambio,
8 de «este monte» (Horeb). Para el v. 8, véase Gén 17,9-14; 21,4. Se habla de la «alianza de la circuncisión», porque por la circuncisión se selló un pacto o alianza entre Dios y Abraham [18].

9-15 La historia de José se lee en Gén 37-50. Para el v. 9, véase Gén 39,3: «Yahveh estaba con él, y en sus manos hacía prosperar todo cuanto emprendía.» También de Jesús dicen los Hechos que Dios estaba con él (10,38), y a eso atribuyen su poder de hacer milagros (cf. también Jn 3,2). El v. 10 se refiere a Gén 39,21: «Yahveh lo hizo grato a los ojos del carcelero.» Apoyándose claramente en Act 6,3.10 (Espíritu y sabiduría), el orador dice que Dios dio a José gracia y sabiduría ante el faraón, dotes que son consideradas dones sobrenaturales [19]. José es presentado por Esteban como figura de Cristo. «En el proceder hostil de los patriarcas contra José, se anuncia ya de antemano el de los judíos contra el Mesías; y la manera como Dios se sirve de los acontecimientos para exaltar a José y hacer de él el salvador de los suyos, es una señal de lo que será su intervención en favor de Cristo» (Dupont).

14 Según el texto hebreo de Gén 46,27; Éx 1,5; Dt 10,22, se trataba de 70 personas; en cambio, según los LXX, en Gén 46,27;
16 Éx 1,5, las personas eran 75 (se trata de un cálculo diverso). El AT (Jos 24,32) sabe únicamente de la sepultura de José en Siquem, pero nada dice sobre el lugar de sepultura de sus hermanos. En cambio, Josefo y el *Libro de los Jubileos* los dan por sepultados en Hebrón. Según Gén 23, Abraham compró a Efrón el lugar destinado a su sepultura, en las cercanías de Hebrón, y Jacob compró el suyo en las cercanías de Siquem, a los hijos de Emor (Gén 33,19). Gén 49,30; 50,13 y la literatura del judaísmo tardío dicen que la doble gruta que existe en las cercanías de Hebrón es el lugar en que fue sepultado Jacob; de Act 7,15-16 no se puede concluir

---

18. Cf. Rom 4,11.
19. Cf. Lc 2,52.

con certeza que, según Esteban, Jacob haya sido también sepultado en Siquem.

El discurso trata detenidamente la historia de Moisés, a quien **17-44**
considera, como lo hizo antes con Jacob, figura o «tipo» (descripción anticipada) del Mesías. A las palabras con que Moisés promete un «profeta como yo» (Dt 18,15) les atribuye valor de profecía del futuro Salvador (3,22), y lo describe, con la vista fija en Jesús, como a redentor enviado de Dios, pero al mismo tiempo desconocido y rechazado por su pueblo; en la descripción de esta figura de Jesús, da especial relieve a los aspectos relativos a la pasión. Los rasgos más salientes del paralelismo entre la historia de Moisés y la de Jesús son los siguientes: 1.°, Moisés fue poderoso en palabras y en obras (v. 22), como lo fue también Jesús (Lc 24,19); 2.°, Dios quiso brindarles la salvación por mano de Moisés (v. 25): también Jesús es salvador; 3.°, Dios envió a Moisés como guía y libertador (estas palabras se aplican también a Jesús en Lc 24,21, pero los LXX nunca las refieren a Moisés); 4.°, Moisés obró prodigios y señales (v. 36), igual que Jesús (Act 2,22); 5.°, sus compatriotas no escucharon las palabras de Moisés (v. 39), antes bien, renegaron de él (v. 35); por la misma experiencia tuvo que pasar también Jesús (Act 3,13-14).

Para los v. 17-19, véase Éx 1,7-22; para los v. 20-21, véase **17-22**
Éx 2,1-10 [20]. El v. 22 se funda en Filón y en Josefo, mientras el AT
guarda silencio sobre este punto. Los v. 23-29 se refieren a Éx 2, **23-30**
11-22. Los datos cronológicos (40 años) de los v. 23 y 30 están tomados de la tradición judía: faltan en el AT (Éx 2,11). En Éx 7,7 se dice que, en el momento de la salida de Egipto, Moisés tenía 80 años, y Dt 34,7 agrega que murió a la edad de 120. Para conformarse a estas indicaciones, se asignaron 40 años a los dos períodos anteriores. Según Filón [21], Moisés estimó el haber dado muerte a un egipcio, que era inspector excepcionalmente cruel, «un acto irreprensible, y en realidad fue obra irreprensible dar la muerte a un hombre que vivía para la ruina de los hombres». Flavio Josefo

20. Cf. además Heb 11,23.
21. FILÓN, *Moys.* I, § 44.

no habla de este hecho. Según Éx 2,15, Moisés huyó por temor
a la venganza del faraón; según los Hechos, porque sus compa-
30-34 triotas lo rechazaron. Los v. 30-34 se refieren a Éx 3,1-12. El ángel
representa a Dios, su voz es la voz de Dios. Las costumbres orien-
tales exigen que a un lugar sagrado (p.e., en una mezquita) no se
38 entre con el calzado puesto, ya que éste se considera afectado de
impureza, y lo profanaría. Según Éx 19,19ss, Dios mismo fue quien
habló con Moisés en el Sinaí; para los Hechos, el episodio ha de
entenderse en el sentido de que fue un ángel quien habló con
Moisés (Dios no puede rebajarse hasta la esfera de lo humano).
39 El v. 39 significa que sus corazones se volvieron de nuevo hacia
41 los ídolos egipcios. El «se gozaron» alude a la comida con carácter
de sacrificio y al holgorio organizado en honor del ídolo (Éx 32,6).
42-43 Por «ejército de los cielos» se entienden los astros, imaginados
como poderosos seres dotados de vida.

En castigo de tal pecado, Dios permite que el pueblo se hunda en la idolatría. Del texto de Amós deduce Esteban, alejándose un poco del sentido original, un reproche de Dios a Israel porque en el desierto no le ofreció sacrificios, sino prefirió adorar a los ídolos Moloc (divinidad del cielo o del sol) y Refán (Remfán, Romfá = el planeta Saturno), y tributarles honores divinos. Es cierto que, según el AT [22], los israelitas ofrecieron sacrificios a Dios en el desierto, pero es evidente que, para Esteban, estos pocos casos mencionados por el AT no significan nada ante la idolatría a que se entregaron. El exilio «hasta más allá de Damasco», de que habla el AT, Esteban, con base en la historia, lo ha prolongado hasta Babilonia.
44 El v. 44 se refiere a Éx 25,40 (cf. Heb 8). El principio de que Dios
48 no habita en templos hechos por mano de hombre, trae a la mente
la acusación lanzada contra Jesús (Mc 14,58), y vuelve a apare-
49-50 cer en Act 17,24 y en Heb 9,11.24. La cita de Isaías quiere decir
que en toda la creación no hay ningún lugar que pueda pretender
para sí el honor de ser la única morada de Dios.

Una vez que, con el texto de Isaías, la reseña histórica ha logrado su objetivo y alcanzado su punto culminante, Esteban

22. Éx 24; 29; Lev 8-9; Núm 7.

pasa ahora al ataque contra sus oyentes, para el cual tiene ya el terreno preparado, al poner de relieve la terquedad de sus antepasados (v. 35.39ss). Igual que éstos, también ellos son testarudos, **51** de dura cerviz, obstinados [23], incircuncisos de corazón y de oídos [24], es decir, la circuncisión de su cuerpo no está acompañada de una obediencia sincera a Dios, y carece, por consiguiente, de todo valor (Rom 2,28-29). Entra luego a referirse, bien sea en pocas pala- **52** bras, al crimen horrendo de la generación actual, la traición y el asesinato consumados en el Mesías enviado de Dios, el justo, el inocente por excelencia [25]. Con ello, los judíos han dado una monstruosa conclusión a la larga serie de rebeldías con que sus padres resistieron a Dios; continuamente estuvieron en oposición contra el Espíritu Santo, en la persona de los profetas, a quienes no dudaron en llevar a la muerte [26]. No es él quien blasfema de la **53** ley, sino sus enemigos, que viven con la ley en los labios, pero no la observan, a pesar de que, en último término, proviene de Dios mismo.

El concepto de que la ley fue dada por ministerio de ángeles se encuentra también en otras partes del NT: «promulgada por ministerio de ángeles, por mano de un mediador» (Gál 3,19); «promulgada mediante ángeles» (Heb 2,2). En los tres pasajes, los ángeles son considerados, en cierta manera, autores de la ley. Sólo que mientras en Gál 3,19 y en Heb 2,2 (cf. 7,18) su colaboración en la promulgación de la ley está indicando la inferioridad de ésta, en cuanto que no procedía directamente de Dios, en nuestro pasaje, en cambio, se aduce para exaltar más la especial dignidad de la ley. Paralelos exactos de este concepto no se encuentran en la literatura judía. El texto que más se aproxima a los Hechos es el de Flavio Josefo [27]: «La mejor parte de nuestras doctrinas y la más santa de nuestras leyes la hemos recibido de Dios por intermedio de los ángeles.»

---

23. Cf. Dt 9,13.
24. Jer 6,10; 9,25.
25. Is 53,11; Act 3,14; 22,14.
26. Cf. Mt 23,30-31.
27. Fl. Josefo, *Ant.* xv, 5,3; § 136.

En los dos pasajes, v. 35-43 y 44-50, es posible descubrir una referencia a la acusación hecha a Esteban, aunque de ésta no se habla expresamente; tal referencia, sin embargo, no aparece en la
2-34 larga sección v. 2-34. Ella ofrece simplemente una historia sucinta de Israel, desde Abraham hasta Moisés. Apenas en el v. 35 se puede entrever una intención determinada del orador, al presentar a Moisés como figura de Jesús. Un pasaje paralelo se lee en el discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquía, donde el orador comienza presentando un breve bosquejo de la historia de Israel, el pueblo escogido, desde los orígenes hasta el rey David (13,17-22), para pasar a tratar luego de su gran descendiente, el Mesías Jesús, objeto de su mensaje a los oyentes. Pero allí el bosquejo de historia conserva una estrecha relación de dependencia con respecto al tema central del discurso, en mayor grado que en el caso de Esteban. No hay aún una respuesta definitiva a la cuestión de cuál sea propiamente la función de una reseña histórica tan amplia dentro del conjunto del discurso. Lo único que se puede decir con cierto grado de probabilidad es que sigue el modelo de los discursos sinagogales, en los cuales los maestros judíos tomaban pie de ciertas circunstancias para relatar e ilustrar a sus oyentes la historia del pueblo.

Pero no se pretenda concluir de ahí que Lucas, que no era cristiano de origen judío, se tomó la libertad de inventar el discurso; debió, más bien, servirse de notas escritas, como sucede con los discursos de misión, que estudiaremos más adelante. En todo caso no parece verosímil que este discurso, el más largo de los Hechos, que interrumpe la lógica sucesión entre el éxtasis del mártir (6,15) y su visión del Hijo del hombre (7,55), haya formado parte de la primitiva narración del martirio, cuatro veces más corta que el discurso. Es indudable que el autor de los Hechos disponía por separado de un relato completo del martirio de Esteban, al cual pertenecen 6,8-15; 7,55-58*a*.59 (de «Esteban» en adelante) 60; 8,2. Con éste fundió, valiéndose de 7,58*b;* 8,1.3, otro relato, el de la persecución que por entonces se desencadenó, y cuya alma fue el joven Saulo.

Lapidación de Esteban y persecución de la Iglesia
7,54-83

[54] Al oír esto, les estallaba el corazón de rabia y rechinaban de dientes contra él. [55] Pero él, lleno del Espíritu Santo, fijando su vista en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios, [56] y dijo: Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios. [57] Mas ellos, vociferando se taparon los oídos y se abalanzaron a una contra él, [58] y arrastrándole fuera de la ciudad, comenzaron a lapidarle. Los testigos depositaron sus mantos a los pies de un jovenzuelo llamado Saulo. [59] Y lapidaban a Esteban que oraba diciendo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu.» [60] Y puesto de rodillas, gritó en alta voz: «Señor, no les tomes en cuenta este crimen.» Y así diciendo, expiró.

[1] Saulo se complacía en su muerte. Comenzó en aquel día una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, y todos se dispersaron por las campiñas de Judea y de Samaría, a excepción de los apóstoles. [2] Hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él. [3] Saulo, en tanto, devastaba la Iglesia entrando casa por casa, y apresando hombres y mujeres los metía en la cárcel.

El violento ataque hace montar a los oyentes en furiosa cólera (cf. 5,33). Esteban se da perfecta cuenta de que ha vulnerado gra- **54**
vemente la susceptibilidad de sus enemigos, y sabe lo que le ame-
naza. Vive entonces, en medio de la multitud enfurecida, lo que **55**
más de un mártir, después de él, experimentará en presencia de la muerte. El Espíritu lo transporta en éxtasis. El cielo se abre ante sus ojos, y él puede contemplar el esplendor de la gloria de Dios [28] y a Jesús, el Hijo del hombre [29], a su diestra, pero no sentado, como en otros casos [30], sino en pie, como si en ese preciso momento acabara de levantarse para infundir ánimo a su testigo y tenderle los brazos
a su llegada al cielo. Así que Esteban da noticia de esta visión, **56**

28. Dios, en sí mismo, permanece invisible; cf. Jn 1,18.
29. Cf. el comentario a Mc 8,31.
30. Lc 22,69, de acuerdo con Sal 110,1.

57 sube de punto la rabia de sus enemigos. En su afirmación de estar contemplando a Jesús a la diestra de Dios, ven ellos una blasfemia (Mc 14,62), gritan y se tapan los oídos para no tener que oir más blasfemias contra Dios; se lanzan luego, como un solo hombre,
58 sobre él y lo sacan fuera de la ciudad para lapidarlo.

El contexto no habla de una condenación formal a la pena de lapidación; en la ejecución de Esteban parece se trató más bien de un procedimiento tumultuario e ilegal, de un linchamiento. Pero, es también posible que el autor del relato haya querido poner de relieve sólo algunos rasgos particularmente notables del proceso contra Esteban, y haya dejado, con ello, la impresión de que no se respetaron las formalidades legales. De todas maneras, según 6,12ss, se entabló un procedimiento judicial en regla; más aún, parece que la ejecución de la sentencia, hasta donde el relato permite dar un juicio, se llevó a cabo en la forma prescrita por la ley. Ésta exigía que las ejecuciones se hicieran fuera de la ciudad, y que los testigos, cuya deposición había dado base para que se condenara al delincuente, debían lanzar contra él la primera piedra [31]. A fin de poder ejecutar su tarea con mayor libertad, se quitaban el manto. Pero, ¿cómo fue posible aplicar la pena capital a Esteban sin la aprobación del procurador romano? De no tratarse de un linchamiento, estaríamos aquí ante una usurpación de competencia por parte del sanedrín, que, por lo demás, no sería el único caso comprobado. Ante actuaciones de este género, sin embargo, no era del todo inevitable la intervención del procurador, porque era siempre posible
59-60 llegar a un arreglo amistoso. Toda la grandeza del mártir se pone de manifiesto en el momento de la muerte. Siguiendo el ejemplo del Maestro en la cruz (Lc 23,34), perdona a sus asesinos y verdugos, y encomienda su alma al Señor. De la sepultura y del duelo [32] debieron encargarse algunos pocos judíos de buenos sentimientos, o algún prosélito.

La tradición, a partir aproximadamente del año 400, considera como lugar de la ejecución y de la sepultura de Esteban, la zona al

31. Cf. Jn 8,7.
32. Act 8,2; Gén 50,10.

norte de Jerusalén, no lejos de la puerta de Damasco; hacia el año 450, la emperatriz Eudocia construyó allí una iglesia y levantó un monasterio contiguo, al cual asignó una rica dote. Hizo luego proteger la iglesia y el monasterio por un alto muro. Ella misma se trasladó más tarde a Jerusalén y ordenó se la sepultara en la iglesia de san Esteban. La Iglesia fue incendiada en el año 614 por los persas. En 1882 los dominicos franceses adquirieron la propiedad del terreno y construyeron, sobre las mismas bases de la antigua basílica, una nueva e imponente iglesia (1898), y en el monasterio contiguo abrieron en 1890 una Escuela Bíblica, que desde entonces se ha hecho acreedora a grandes méritos en el campo de las investigaciones relacionadas con la Sagrada Escritura y con Palestina.

La ejecución del valeroso discípulo de Cristo es la señal de **8,1** una persecución sangrienta que se desencadena contra la iglesia de Jerusalén, y cuya consecuencia es la fuga y dispersión de sus miembros por las regiones de Judea y Samaría (cf. 1,8). Sólo los apóstoles se quedan en Jerusalén. De ello se ha concluido, con razón, que la persecución estaba dirigida principalmente contra la fracción helenista de la comunidad, en tanto que los miembros «hebreos» de la misma disfrutaron, quién más quién menos, de tranquilidad [33].
El alma de esta primera persecución, la primera en todo el sen- **3** tido de la palabra, contra los cristianos, es un joven, de nombre Saulo, el futuro apóstol Pablo, a cuyos pies depositaron sus mantos los testigos en la ejecución de Esteban. Los Hechos dicen explícitamente que él estaba en todo de acuerdo con los asesinos de Esteban. Ahora, con fanatismo increíble, desata su ira contra los compañeros del mártir. Haciéndose acompañar de empleados del sanedrín va a desencovarlos de sus propias casas y llena las cárceles de hombres y mujeres, que deben esperar allí el proceso del sanedrín. El sanedrín era en Jerusalén la autoridad local del servicio de seguridad. A todo lo ancho del imperio romano, las autoridades tenían el derecho de arrestar a las personas sospechosas y someter a interrogatorio a los detenidos.

¿Se llevaron a cabo en aquella ocasión otras ejecuciones más?

33. Cf. comentario a Act 9,31.

Los pasajes siguientes parecen favorecer una respuesta afirmativa: 9,1 («Pablo, todavía respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor»); 22,4 («perseguí a muerte esta doctrina, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres»); 26,10 («a muchos santos yo encerré en la cárcel... y cuando se les daba muerte, yo daba mi voto»). Hay que admitir, pues, la posibilidad de que más de un cristiano haya sido ejecutado. Pero estos casos no pudieron ser numerosos, pues el gobierno romano no lo hubiera tolerado [34]. Es aun posible que todo se redujese a la muerte de Esteban; en ninguna parte se hallan datos concretos sobre otros casos del género. En cambio, en la visión de Cristo que Pablo tuvo en el templo, reconoce haber encarcelado a los fieles y haberlos azotado en las sinagogas, haber estado presente a la muerte de Esteban, su mártir, aprobándola complacido (22,19-20). Con base en esto, es posible entender 26,10 como una hipérbole de estilo popular, y referirlo simplemente al caso de Esteban; otro tanto se puede decir de 26,11, que presenta la misma índole («todas las sinagogas», «muchas veces», «en las ciudades extranjeras»). En sus cartas Pablo habla frecuentemente de su actividad de perseguidor, pero no desciende a datos concretos [35].

Nacimiento y juventud de Pablo.

Pablo nació hacia el año 10 d.C. en Tarso de Cilicia, de padres judíos [36]. Pertenecía a la tribu de Benjamín (Flp 3,5), como el rey Saúl. De su padre heredó, junto con la ciudadanía de Tarso, el derecho de ciudadanía romana [37]. Tenía, además, una hermana, cuyo hijo es mencionado en Act 23,16. La familia profesaba el fariseísmo [38].

Se acepta comúnmente que hacia la edad de 20 años, quizá un poco después de la muerte de Cristo, fue a Jerusalén para formarse

34. Cf. Jn 18,31.
35. Gál 1,13; 1Cor 15,19; Flp 3,6; 1Tim 1,13.
36. Act 9,11; 23,34.
37. Act 21,39; 16,37ss; 22,25ss.
38. Flp 3,5; Gál 1,13.

como rabino, y tuvo por maestro a Gamaliel I (Act 22,3). Sin embargo, no puede excluirse la posibilidad de que pasara su juventud en Jerusalén, al lado de sus padres («educado en esta ciudad», Act 22,3), y aprendiera el arameo como lengua materna (G. van Unnik). Pronto dejó atrás a sus coetáneos en cuanto a celo por las instituciones de sus mayores (Gál 1,14). Conformándose a lo acostumbrado entre los discípulos de rabinos, aprendió un oficio; el suyo era la fabricación de tiendas (Act 18,3). Parece fuera de duda que no alcanzó a ser rabino propiamente dicho. En el proceso contra Esteban, Pablo debe haber participado como simple asistente, con funciones subalternas, siendo aún alumno.

Sección segunda: La misión en Palestina, preludio de la evangelización de los gentiles
8,4-9,31

1. *Misión de Felipe: conversión de los samaritanos y del intendente etíope*
8,4-40

Felipe en Samaría; Simón el Mago
8,4-13

[4] *Los que se habían dispersado iban por doquier anunciando la*
buena nueva. [5] *Así Felipe, llegado a la ciudad de Samaría, les pre-*
dicaba a Cristo. [6] *Y las multitudes prestaban atención a las predica-*
ciones de Felipe, al oír y ver las señales que hacía; [7] *porque de*
muchos posesos salían los espíritus inmundos clamando a grandes
voces y muchos paralíticos y cojos eran curados. [8] *Con esto hubo*
una gran alegría en aquella ciudad. [9] *Pero había ya de antes en la*
ciudad un hombre llamado Simón que ejercía la profesión de mago
y tenía fuera de sí al pueblo de Samaría diciéndoles que él era una
cosa grande. [10] *Todos le hacían caso y decían: Éste es el llamado*
Gran Poder de Dios. [11] *Le hacían caso porque los tenía embaucados*
de mucho tiempo atrás con sus artes mágicas. [12] *Mas cuando empe-*
zaron a creer a Felipe que les anunciaba la buena nueva del reino
de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y muje-
res. [13] *También Simón creyó y, una vez bautizado, andaba continua-*
mente con Felipe y se maravillaba viendo las grandes señales y por-
tentos que hacía.

Las palabras de Tertuliano «la sangre de los mártires es semilla
de nuevos cristianos» confirmaron su verdad ya con ocasión del pri-
4 mer mártir. Los miembros de la comunidad primitiva, escapados
de Jerusalén para sustraerse a la persecución, llevan la buena nueva

por las regiones de Judea y Samaría (8,1-4), hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, en la Siria septentrional [1]. Con esta expansión se abre a la Iglesia cristiana una nueva era. Rompe las ataduras, que han llegado a ser ya demasiado apretadas para ella, y se expande, primero en Palestina y en toda Siria, alcanzando luego el resto de los países del Mediterráneo oriental; paralelamente a esta difusión geográfica de la Iglesia judeocristiana, que hasta este momento ha crecido demasiado incrustada en el pueblo judío y en su religión, nace la Iglesia universal. Este nuevo desarrollo lo van a describir ahora los Hechos. De aquí en adelante no se ocuparán más de la suerte de la comunidad primitiva; de ella se darán, sólo de vez en cuando, noticias ocasionales.

Felipe, uno de los siete, llamado el «evangelista» (21,8), huye 5
a Samaría. Esta región quedaba fuera de la jurisdicción del sanedrín. Los Hechos narran tan sólo la actividad misionera de Felipe; de los demás apenas dan escasos informes [2]. La razón de tal diferencia puede estar en el hecho de que Lucas debió recibir información de Felipe mismo acerca de su actividad, durante los días que pasó con Pablo en casa de aquél, en Cesarea (21,8). De los demás misioneros, en cambio, no poseía datos concretos; con bastante probabilidad podría suponerse entre estos últimos a Lucio de Cirene [3]. La ciudad en que Felipe se detiene a predicar no es propiamente la capital de Samaría, Samaría o Sebaste, como se llamaba entonces (reducida hoy a una aldea insignificante, que los árabes llaman *Sebastiye),* ya que, desde su reconstrucción por el rey Herodes, se había transformado en una ciudad puramente griega; el escenario de la actividad de Felipe debió ser más bien la antigua ciudad samaritana de Siquem, a los pies del monte Garizim. El anuncio de 5-8
Cristo entre estas gentes tiene un éxito extraordinario, y son muchos los milagros que acompañan la actividad misionera de Felipe [4]

Gran importancia tiene la misión de Felipe en Samaría, porque señala el momento en que la predicación cristiana rebasa las fronte-

1. Act 11,19; 15,3.
2. Act 4,4; 11,19.
3. Act 13,1; 11,20.
4. Cf. Mc 16,17-18.

ras del judaísmo ortodoxo. En efecto, los *samaritanos* eran una población mixta, descendiente de los antiguos habitantes del reino de Israel que sobrevivieron a la destrucción del año 722 y de los colonos asirios que vinieron a llenar el puesto de los deportados. Ellos, sin embargo, adoraban también a Yahveh, practicaban la circuncisión, reconocían los cinco libros de Moisés (Pentateuco) y aguardaban al Mesías. La cuestión central que dividía a judíos y samaritanos era la relativa al lugar en que se debía adorar a Dios. Los samaritanos lo hacían en el monte Garizim, donde por un lapso considerable tuvieron un templo propio (de 350 a 129 a.C.). Los samaritanos se tenían por verdaderos israelitas, a pesar de que los judíos los consideraban herejes, les profesaban enemistad irreconciliable [5] y no contaban a Samaría como parte del territorio judío (Act 1,8). Entre los años 6-41 d.C., Judea y Samaría formaban parte de una sola provincia romana, regida por un procurador y dependiente de la provincia romana de Siria.

9-11 El éxito de Felipe se hace aún más rotundo si se tiene en cuenta que ya antes de él había estado trabajando por largo tiempo en la misma ciudad un mago, o hechicero, de nombre Simón, y que con sus hechicerías había tratado de arrastrar en pos de sí a toda la población. El mote de mago, con que la literatura cristiana posterior lo señala, hay que entenderlo en el sentido peyorativo de hechicero profesional o brujo. Su deseo de pasar por «algo grande» (el mismo de Teudas, 5,36), deja entrever sus pretensiones mesiánicas. Los incautos samaritanos, crédulos, lo llamaban (seguramente en el mismo sentido que él pretendía) el «Gran Poder de Dios». Con semejante título no se quiere decir que él es un simple instrumento del que Dios se sirve para realizar algo grande en el mundo, sino la encarnación misma del poder con que Dios creó y rige el mundo, poder del cual sólo participan en mínima parte los taumaturgos y profetas.

Los padres de la Iglesia hacen de este «Simón el Mago» el padre de la gnosis y el responsable de todas las herejías. No todas sus informaciones al respecto están de acuerdo ni se pueden aceptar

---

5. Mt 10,5; Lc 9,52-53; 10,33; 17,16; Jn 4,9; 8,48.

sin ciertas reservas. Pero en ningún caso puede ponerse en duda la historicidad de este hombre. Las noticias extrabíblicas antiguas que de él poseemos nos vienen de Justino mártir, nacido hacia el año 100 d.C. en Flavia Neápolis (la actual *Nablus)*, ciudad construida en 72 d.C. en las cercanías de la antigua Siquem. Según informa él, Simón era oriundo de Gita, una aldea no distante de Siquem. Los **13** prodigios de Felipe, que sobrepasan en mucho las artes mágicas de Simón, producen tan fuerte impresión en éste, que también se hace bautizar. Pero para él el bautismo no sellaba una verdadera conversión, pues no lo llevó a un cambio sincero de sentimientos ni a apartarse del género de vida que llevaba.

Pedro y Juan en Samaría
8,14-25

[14] *Enterados los apóstoles en Jerusalén de que había recibido*
Samaría la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan, [15] *los*
cuales descendieron y oraron sobre ellos para que recibieran el Espí-
ritu Santo; [16] *porque todavía no había descendido sobre ninguno de*
ellos, sino que sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor
Jesús. [17] *Entonces les iban imponiendo las manos y recibían el Espí-*
ritu Santo. [18] *Viendo, pues, Simón que por la imposición de manos*
de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero [19] *diciendo:*
Dadme también a mí este poder, para que a quien yo impusiere las
manos reciba el Espíritu Santo. [20] *Pero Pedro le dijo: Tu plata y tú*
a la perdición, por haber pensado que el don de Dios se compra
con dinero; [21] *no tienes arte ni parte en este asunto, porque tu cora-*
zón no es recto en la presencia de Dios. [22] *Arrepiéntete, pues, de*
este tu pecado, y ora al Señor a ver si se te perdona este mal pensa-
miento de tu corazón; [23] *porque te veo bajo el efecto de una bilis*
amarga y presa de la maldad. [24] *Respondió Simón diciendo: Rogad*
vosotros al Señor por mí para que no me sobrevenga nada de lo que
habéis dicho. [25] *Y ellos, después de dar testimonio y predicar la*
palabra del Señor, emprendieron el regreso a Jerusalén, e iban evan-
gelizando muchas aldeas de samaritanos.

14 Los apóstoles que quedan en Jerusalén siguen con ojos atentos la propagación de la Iglesia [6]. Así que tienen noticia del enorme éxito de Felipe en Samaría, envían allá a dos de ellos, Pedro y Juan. La expresión «ha recibido Samaría (= el país y el pueblo de los samaritanos) la palabra de Dios» [7] es una hipérbole de estilo popular (cf. v. 5.25). El viaje de los dos apóstoles tiene por objeto informarse personalmente de lo que ha hecho Felipe, y establecer las relaciones de los nuevos convertidos con la comunidad madre. El mismo objeto tendrá más tarde la visita de Pedro a Judea (9,32) y el envío de Bernabé a Antioquía (11,22). Los doce son conscientes desde un principio del derecho y de la obligación que tienen de estar al frente de toda la cristiandad; y la comunidad de Jerusalén se considera la Iglesia madre.

16 Llegados a Siquem, los apóstoles son informados de que los samaritanos convertidos ya se han hecho bautizar, pero que el Espíritu Santo aún no ha descendido sobre ninguno de ellos. De esto podían estar seguros, pues aún no se habían verificado el hablar en lenguas y el hablar profético, fenómenos que en el cristianismo primitivo seguían casi siempre a la recepción del bautismo, como señal de que también se había recibido el Espíritu Santo. Los apóstoles oran entonces para que el Espíritu Santo descienda sobre los
17 bautizados, y les imponen las manos. Y ellos reciben el Espíritu Santo, cuya presencia se manifiesta a través de los carismas mencionados (como en 19,6).

Los apóstoles y la comunicación del Espíritu.

Nuestro pasaje es uno de los textos tradicionalmente aducidos a propósito del sacramento de la confirmación. Según Pablo y Juan, el perdón de los pecados y la unión con Cristo, que son los efectos del bautismo, comprenden también la posesión del Espíritu Santo [8].

Pero los Hechos no hablan del bautismo, gracias al cual el bau-

6. Cf. Act 11,1.22.
7. Cf. Act 11,1; 17,11; 1Tes 1,6; 2.13.
8. Por ejemplo. Rom 8,2-16; Gál 3,2.5.

tizado recibe la fisonomía de miembro del cuerpo de Cristo y es incorporado a la Iglesia. Cuando los Hechos hablan de la comunicación del Espíritu, se refieren a aquel don que sigue al bautismo, y que se identifica con el don mesiánico de pentecostés; este don se reconoce ordinariamente por ciertas manifestaciones carismáticas, de las cuales es, sin embargo, distinto. Este don del Espíritu se confiere sólo después del bautismo, y mediante un rito especial (imposición de las manos y oración) [9]; con todo, parece que en los primeros tiempos la regla era que bautismo e imposición de manos, con la oración correspondiente para conferir el Espíritu Santo, se hiciesen simultáneamente (así 19,6).

En cuanto al bautismo administrado por Felipe, es absolutamente cierto que confería también el Espíritu Santo, pero con una limitación: no se comunicaba el Espíritu de los carismas; es lo que prueba el hecho de que los apóstoles no repitieron el bautismo (como en Act 19,1), sino simplemente lo completaron con la imposición de las manos. Este texto prueba que los apóstoles tienen plena potestad para comunicar este don especial del Espíritu. Felipe, evidentemente, no se cree ni con poderes ni autorización para hacerlo. Si el día de pentecostés y en casa de Cornelio (10,44) el Espíritu Santo descendió antes que los presentes hubiesen recibido el bautismo, son dos casos excepcionales.

La comunicación que los apóstoles hacen del Espíritu, deja a **18**
Simón profundamente impresionado, pero revela al mismo tiempo
cuál fue el verdadero motivo de su conversión. Se hizo bautizar por
Felipe por la simple razón de que veía en él a un poderoso taumaturgo, pero la esencia de la religión cristiana no le interesó en modo
alguno. Esto lo lleva a ver, en los apóstoles que acaban de llegar, **19**
a otros dos magos, aunque superiores a él, y a proponerles la compra de sus poderes, que él imagina una fuerza mágica de mayor eficacia que la suya. Pero Pedro, indignado, rechaza la propuesta y **20**
pronuncia una maldición contra él y su dinero. El poder de los
apóstoles no es un poder mágico que se puede comprar y vender,

9. Act 8,15.17; 19,6.

sino un don gratuito de Dios; el medio de obtenerlo no es el dinero.
21 Ya que el corazón del mago no busca sinceramente a Dios [10], no le
será dado tener parte en el poder de comunicar el Espíritu Santo [11].
22 No obstante la drástica condenación de su mal deseo, Pedro no
condena irremisiblemente al culpable, sino lo exhorta a renunciar
a su mentalidad perversa y a pedir perdón a Dios, a fin de que lo
23 libre del castigo anunciado. El difícil v. 23, que toma pie de Dt
29,18 (según los LXX) y de Is 58,6, pretende sólo pintar en colores
vivos el extravío moral y religioso de Simón.
24 A la exhortación de Pedro a arrepentirse, el mago responde con la súplica, dirigida a los dos apóstoles, de que intercedan por él ante el Señor, a fin de que no lo alcance el castigo con que Pedro lo ha amenazado. Pero esa súplica nace menos de sentimientos de penitencia, que de un temor supersticioso a Pedro, a quien evidentemente estima dotado de excepcionales poderes mágicos. En todo caso, como prueba la historia de su vida, su conversión fue o superficial o fingida. A pesar de todo, el cristianismo echó buenas raíces en Samaría (cf. 15,3). Por alusión a este incidente, se empleó más tarde la palabra «simonía» para designar el delito de adquirir o ceder bienes de carácter espiritual (en particular los cargos eclesiásticos) a cambio de dinero u otros valores económicos.

El Espíritu Santo en los Hechos.

En el momento mismo en que les confía la misión de evangelizar, el Señor resucitado garantiza a sus apóstoles el envío del Espíritu Santo, prometido por el Padre para la era de la salud, a fin de proveerlos adecuadamente para su actividad de heraldos de la buena nueva [12]. La promesa se ve plenamente cumplida en la fiesta de pentecostés, cuando el Espíritu Santo, en forma de lenguas de fuego, desciende sobre los discípulos, reunidos en Jerusalén (2,1ss). Pedro declara entonces expresamente en su discurso que el hablar en lenguas, de lo cual son testigos los oyentes, significa que Cristo glorificado

10. Cf. Sal 78,37.
11. Cf. Dt 12,12; 14,29; Col 1,12; 2Cor 6,15.
12. Lc 24,47-49; Act 1,5-6.8.

ha recibido del Padre y enviado a los discípulos el don que consiste en el Espíritu Santo (2,23).

En este maravilloso acontecimiento, añade Pedro, ha tenido pleno cumplimiento el vaticinio del profeta, según el cual Dios, llegada la era mesiánica, derramaría su Espíritu sobre toda carne, es decir, sobre todo el pueblo de Israel (2,16-21). Por eso el don del Espíritu Santo, que en pentecostés descendió sobre los discípulos de Jesús, no está destinado a éstos solos sino a todos los que abracen la fe de Cristo. Con estas palabras, Pedro da a sus oyentes la seguridad de que también ellos recibirán el Espíritu Santo, a condición de que crean y se hagan bautizar (2,38-39), y explica que esto mismo vale para todos aquellos a quienes Dios llame [13]. Así pues, la posesión del Espíritu hace parte de la dotación de todo cristiano.

En algunos casos particulares se pone expresamente de relieve la presencia del Espíritu Santo; así, por ejemplo, los doce dan a toda la comunidad el encargo de seleccionar siete hombres «llenos de Espíritu y de sabiduría», para colocarlos al frente del servicio de las mesas (6,3); de Esteban dice, como elogio, que estaba «lleno de fe y del Espíritu Santo» [14]. Ananías anuncia a Saulo que se verá colmado del Espíritu Santo (9,17). De Bernabé se hace un elogio análogo al que antes se hizo de Esteban (11,24). A propósito de los samaritanos convertidos por Felipe (8,16) y de los discípulos de Juan, en Éfeso (19,2), se dice que ellos no recibieron el Espíritu Santo hasta que los apóstoles no les impusieron las manos. En casa de Cornelio, el Espíritu Santo desciende durante el discurso de Pedro (10,44). En todos los casos hasta aquí mencionados se trata de la comunicación de los carismas, y no del don esencial del Espíritu Santo, que es inseparable del bautismo [15].

En el Antiguo Testamento, el Espíritu de Dios se comunicaba tan sólo a un limitado número de israelitas, a los jefes del pueblo y en especial a los profetas, y aun en éstos, por lo general, no permanecía largo tiempo; para la era de la salud, en cambio, Dios hizo saber por sus profetas que vertería su Espíritu sobre toda

13. Cf. también Act 10,45.
14. Act 6,5; cf. 7,55; 6,10.
15. Cf. a este propósito, el exc. que sigue a Act 8,14-17.

carne (Jl 3,1-5). Por Ezequiel anuncia Dios al pueblo de Israel que lo devolverá a su país: «Pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y os haré ir por la senda de mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra» [16]. Dado que en pentecostés, según lo ha dicho Pedro, empieza a cumplirse esta promesa de Dios, hay que admitir que en ese día hace su primera aparición la nueva comunidad de los salvados, el pueblo mesiánico, y que, por tanto, el día de pentecostés es el del nacimiento de la Iglesia.

Los *efectos* del Espíritu son diversos. Los que más saltan a la vista del lector de los Hechos son los llamados *carismas* (dones extraordinarios del Espíritu), tales como el hablar en lenguas y el don de profecía. El poder *hablar en lenguas*, es decir, celebrar las grandezas de Dios en un lenguaje estático, lo concede el Espíritu Santo no sólo en pentecostés, sino también en otras ocasiones, como en el caso del centurión Cornelio (10,46), en el de los discípulos de Juan en Éfeso (19,6) y, como lo da a entender el relato, también entre los samaritanos (8,15-18).

A algunos particulares, como Ágabo de Jerusalén [17], Dios los favorece con el don de *profecía*. Es indiscutible que en los primeros tiempos hubo en las comunidades cristianas muchas personas dotadas del don de profecía en forma permanente: a Antioquía llegaron algunos «profetas» (11,27); en dicha ciudad había «profetas y maestros», a quienes se menciona por sus nombres (13,1); Judas y Silas, enviados de Jerusalén, son llamados «profetas» (15,32); el «diácono» Felipe tenía cuatro hijas vírgenes, dotadas del don de profecía (21,9). Pero el Espíritu Santo puede dar a los cristianos la capacidad de profetizar y moverlos a ejercerla, también en casos especiales. Así, cuando Pablo hace su último viaje a Jerusalén, el Espíritu le anuncia, de ciudad en ciudad (seguramente por intermedio de algunos cristianos, como lo hizo en Tiro, 21,4), que le esperan cadenas y tribulaciones (cf. 21,11). La imposición de las manos de Pablo da a los discípulos de Juan, en Éfeso, la capacidad de hablar en lenguas y de profetizar (19,6).

---

16. Ez 36,27; cf. 37,14; 39,29; Is 44,3.
17. Act 11,28; 21,11-12.

Estos dos carismas, hablar en lenguas y profetizar, los conocen también las epístolas paulinas, y, al parecer, eran los que gozaban de más aprecio entre los primeros cristianos. En tanto que para los corintios el hablar en lenguas es el carisma más codiciado, Pablo da sus preferencias al de la profecía, porque este último edifica a la comunidad: «Así pues, hermanos míos, aspirad al don de profecía y no impidáis hablar en lenguas; pero hacedlo todo con decoro y orden» (1Cor 14,39-40).

Los Hechos narran cómo los apóstoles [18], en particular Pedro [19], los «diáconos» Esteban (6,8) y Felipe (8,6.13), Pablo y Bernabé [20], pero más que todos Pablo [21], obran numerosos milagros, principalmente curaciones de enfermos, y hasta la resurrección de un muerto (9,40); pero nunca se atribuyen tales prodigios a la fuerza del Espíritu que actúa en cada uno de los taumaturgos, o, en otros términos, no se los considera como efectos de algún carisma, en el sentido que a esta palabra se da en 1Cor 12,9.28 («don de curaciones»). Sin embargo, Pablo yuxtapone las expresiones «señales y prodigios» y «fuerza del Espíritu» («lo que *Cristo* ha obrado por mí para la conversión de los gentiles, de obra o de palabra, mediante el poder de señales y prodigios, con la fuerza del Espíritu» [Rom 15,18]). Las pocas veces que mencionan la fuerza que obra prodigios, los Hechos la atribuyen a Dios, o a Cristo, que se sirven de instrumentos humanos [22].

Mucho más importante y significativa que el don de los carismas es *la acción que el Espíritu Santo despliega para proveer de fuerza sobrenatural, dirigir y guiar a los que son órganos del mensaje de salvación, en toda la actividad con que deben atender al servicio de la evangelización y al gobierno de la Iglesia* [23]. Sostenido por la fuerza del Espíritu Santo que acaba de recibir (2,33), Pedro da testimonio de Jesús como Mesías enviado de Dios (2,22ss), bien

18. Act 2,43; 4,30; 5,12.
19. Act 3,6; 5,15-16; 9,34.40.
20. Act 14,13; 15,12.
21. Act 14,10; 16,18; 19,11-12; 28,8-9.
22. Act 4,30; 9,34; 15,12; 19,11.
23. Lc 24,29; Act 1,8.

sea ante la multitud de judíos y prosélitos que se ha agolpado (2,5-6), como delante del sanedrín (4,8). En 5,32*b* se atribuye expresamente al Espíritu el testimonio que rinden los apóstoles [24]. Esteban está dotado de «sabiduría» y «Espíritu», y por eso sus adversarios no pueden nada contra él [25]. Cuando Pablo anuncia a Barjesús el castigo de Dios, se dice que lo hace «lleno del Espíritu Santo» (13,9).

El Espíritu Santo guía en su acción a los mensajeros de la fe. Él pide a Felipe se ponga en contacto con el intendente etíope (8,29), y, una vez bautizado éste, lo transporta a otro campo de misión (8,39). Pedro se beneficia de la dirección del Espíritu Santo cuando se trata de solucionar el difícil problema de la aceptación del pagano Cornelio en la Iglesia cristiana (10,19-11,12). Es también el Espíritu Santo quien escoge a Bernabé y a Pablo para la primera empresa misionera organizada conforme a un plan sistemático, y exige a la Iglesia antioquena los envíe (13,2-4). En el curso del segundo viaje de misión, el Espíritu Santo impide a Pablo llevar a cabo sus planes de anunciar la palabra en el Asia Proconsular (es decir, en Éfeso), y lo orienta hacia el campo de misión que por entonces le está reservado (16,6-7). Cuando el concilio apostólico tiene que decidir si los paganos deben ser admitidos o no al bautismo sin someterse previamente a la circuncisión, tiene conciencia de obrar guiado por el Espíritu Santo (15,28: «ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros»). Aun la promoción de los jefes de la comunidad no se hace sin la cooperación del Espíritu Santo; precisamente en 20,28 se dice que fue el Espíritu Santo quien ordenó «obispos» a los presbíteros de Éfeso, en tanto que de Pablo y de la comunidad no se hace siquiera mención. Engañar a los apóstoles (misioneros o jefes de la comunidad) es lo mismo que engañar al Espíritu Santo, porque es el Espíritu Santo quien obra a través de ellos (5,3.9). En situaciones críticas pueden los jefes de la comunidad, o las comunidades mismas, contar con la fuerza que el Espíritu Santo les comunica. Seguro de ella, habla

---

24. Cf. también Act 4,31.
25. Act 6,10; cf. Lc 21,15.

Pedro con toda sinceridad delante del sanedrín, y ni la amenaza de torturas corporales logra intimidarlo[26]. Otro tanto sucede con Esteban[27].

De esta manera se cumple la profecía de Jesús[28]. Según 4,26; 13,52, precisamente en las horas de peligro es cuando más de cerca experimentan los cristianos la fortaleza y el consuelo del Espíritu Santo.

De todo lo dicho resulta lo erróneo de la opinión, sostenida por más de uno, de que los Hechos tienen noticia del Espíritu Santo sólo en cuanto autor de los carismas (en sentido estricto). No, la obra del Espíritu no se agota con estas manifestaciones extáticas. Sin embargo, hay un punto en que los Hechos difieren de las epístolas de Pablo con respecto a la acción del Espíritu: los Hechos no ofrecen ningún punto de apoyo claro e inequívoco a la afirmación de que la *vida religiosa y moral de los cristianos* conserva estrecha relación con la posesión del Espíritu Santo.

Acerca del modo como *se comunica* o *se recibe el Espíritu Santo,* los Hechos no dan sino escasas noticias, y éstas, al menos en gran parte, difíciles de comprender. La venida del Espíritu sobre los discípulos en pentecostés y sobre la casa de Cornelio[29] son casos excepcionales. De ordinario, los que reciben el Espíritu Santo son los bautizados en el nombre del Señor Jesucristo; sólo quedaría por aclarar si esto sucede precisamente por el bautismo o más bien por la imposición de manos, bien sea unida o bien separada del bautismo. Los samaritanos bautizados por Felipe sólo reciben el Espíritu Santo cuando los apóstoles Pedro y Juan les imponen las manos (8,15-16), y los discípulos de Juan en Éfeso, mediante la imposición de manos de Pablo.

Cabe, desde luego, preguntar: ¿la comunicación del Espíritu está ligada a la imposición de manos de los apóstoles? Los dos casos recordados anteriormente parecerían exigir esta conclusión. Pero en 9,17 dice Ananías a Saulo: «Me ha enviado el Señor para

26. Act 4,8.13.21; 5,40.
27. Act 6,15; 7,55.
28. Cf. Lc 12,12 = Mt 10,20; Mc 13,11.
29. Act 17,44; 11,15.

que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.» Según estas palabras, Ananías, al administrar el bautismo a Saulo (9,19), le habría comunicado también el Espíritu Santo. No hay, pues, razón para sostener que todos los que eran bautizados por personas distintas de los apóstoles quedasen completamente privados del Espíritu Santo hasta que algún apóstol viniera a imponerles las manos. Estos argumentos justifican la afirmación de que la efusión del Espíritu que se obtenía por la imposición de manos de los apóstoles consistía en la comunicación del Espíritu de los carismas, es decir, en un aspecto especial del don del Espíritu Santo[30].

La imposición de manos.

La imposición de manos se halla practicada como rito sagrado en todos los pueblos y en todas las épocas. Produce o simboliza el paso de la fuerza de una persona a otra a través del contacto físico. En efecto, en la creencia popular la mano pasa por ser el vehículo de la fuerza.

La imposición de las manos, en el Nuevo Testamento en general, como también en los Hechos, se registra en tres casos: 1.°, en las curaciones; 2.°, en la comunicación del Espíritu, y 3.°, en la promoción a un cargo (ordenación).

En las *curaciones* obradas por Jesús, la imposición de las manos tiene cierta importancia, si bien no muy grande. Jesús cura a un ciego (Mc 8,23.25) y a una mujer encorvada (Lc 13,13) imponiéndoles las manos. En Mc 7,32 le traen un sordomudo para que le imponga las manos. Según Lc 4,40, en Cafarnaúm, la tarde del sábado, Jesús impone las manos sobre los enfermos que le han traído, y los cura. Los habitantes de Nazaret se maravillan de los milagros que con sus manos ha obrado en Cafarnaúm y en otros lugares (Mc 6,2). También los Hechos recuerdan algunos casos en que la curación se hace por la imposición de manos: así, a Pablo, cuando se ha quedado ciego, Ananías lo cura con este rito (9,12.17), y no de otra manera Pablo, en Malta, restituye la salud

30. Véase, a este propósito, el exc. de la p. 144.

al padre de Publio (28,8). A estos casos habría que sumar aún los llamados relatos sumarios, según los cuales Dios realizó no pocos milagros por medio de los apóstoles (5,12), por mano de Bernabé y de Pablo en Iconio (14,3), de Pablo en Éfeso (19,11).

Con la imposición de manos de los apóstoles se comunica el *Espíritu (de los carismas)*[31]. Tal imposición de manos es un rito distinto del bautismo, pero solía practicarse inmediatamente después de éste (19,5-6). Así es como la epístola a los Hebreos (6,2) puede mencionar uno al lado del otro, entre los elementos de la iniciación cristiana, «doctrina de los bautismos (= el bautismo de Juan y el bautismo cristiano), imposición de manos».

La *promoción a un cargo o a un servicio de la Iglesia*, se hace también mediante la imposición de manos. En las cartas pastorales[32], esta imposición se considera un acto sacramental mediante el cual se comunica el Espíritu Santo como gracia de estado. Según Act 6,6, los apóstoles confieren a los «siete» el cargo para el cual habían sido elegidos por la comunidad, imponiéndoles las manos. En Act 13,3 se dice que Bernabé y Pablo, a quienes el Espíritu Santo ha escogido para la obra de la evangelización, reciben, acompañada del ayuno y la oración, la imposición de manos (por parte de los jefes de la comunidad), y son de este modo enviados a misionar.

No se trata aquí de una verdadera ordenación, sino de la autorización para cumplir un oficio determinado, con la súplica a Dios de que les sean dadas la fuerza y la gracia del caso; en cambio, en 14,23, cuando Pablo y Bernabé ordenan algunos presbíteros para colocarlos al frente de varias comunidades, no se hace mención del rito de la imposición de manos.

El modelo en que los primeros cristianos se inspiraron para conferir con la imposición de manos un cargo eclesiástico y las gracias propias de tal estado, debe haber sido el rito correspondiente que hallamos atestiguado en el judaísmo tardío. Como Moisés había transmitido a Josué su oficio mediante la imposición de

31 Act 8,17; 19,6; cf. 8,18: «Viendo, pues, Simón que por la imposición de manos de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero.»

32. Y precisamente en 1Tim 4,14; 5,22; 2Tim 1,6.

manos [33], así también el escriba, superado cierto tiempo de estudios, era «ordenado» por tres rabinos mediante la imposición de manos [34].

Bautismo de un ministro etíope
8,26-40

[26] *Un ángel del Señor habló a Felipe: «Levántate — le dijo —*
y ve hacia el sur, por el camino que baja de Jerusalén a Gaza que
está desierto.» [27] *Y levantándose, partió. Y un hombre etíope, eunuco,*
ministro de la candace, reina de los etíopes, que estaba al frente de
todos sus tesoros, había venido a Jerusalén a adorar y [28] *regresaba*
sentado sobre su carro y leyendo al profeta Isaías. [29] *Dijo el Espí-*
ritu a Felipe: Avanza y pégate a ese carro. [30] *Corrió Felipe a su*
lado y oyó que iba leyendo al profeta Isaías, y le dijo: [31] *«¿Crees*
que entiendes lo que lees?» Él le dijo: «¿Y cómo podría, si alguien
no me lo explica?» Y rogó a Felipe que subiera y se sentara con él.
[32] *Y el pasaje de la Escritura que estaba leyendo era éste:*

Como oveja fue llevado al matadero,
y como cordero mudo ante el que le trasquila,
así no abre su boca.
[33] En su abatimiento la justicia le fue negada;
su generación; ¿quién la describirá?
porque su vida es borrada de la tierra (Is 53,7s).

[34] *Respondiendo el eunuco dijo a Felipe: «Por favor, ¿de quién*
dice esto el profeta? ¿De sí mismo o de algún otro?» [35] *Abrió Felipe*
su boca y arrancando de esta Escritura le anunció el mensaje de
Jesús. [36] *Y mientras seguía su camino, llegaron a una fuente, y dijo*
el eunuco: «Aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?»
[[37] *Dijo Felipe: «Si crees de todo corazón, se te puede bautizar.»*
Contestó el eunuco: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.»]

---

33. Núm 27,18-23; Dt 34,9.
34. Véase también el exc. que sigue a 1Tim 4,14.

[38] *Mandó, pues, parar y bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco,*
y lo bautizó. [39] *Apenas salieron del agua, el Espíritu del Señor arre-*
bató a Felipe y no volvió a verlo el eunuco, que, sin embargo, siguió
su camino lleno de alegría. [40] *Felipe se encontró en Azoto y pasaba*
evangelizando todas las ciudades hasta llegar a Cesarea.

Estando en Samaría, Felipe recibe orden divina de dirigirse «hacia el sur» (o, según otra versión, «hacia la hora de mediodía») por el camino que de Jerusalén conduce a Gaza, sobre la costa. El camino que une directamente las dos ciudades pasa por Eleuterópolis; otro, un poco más largo, pasa por Hebrón. En este camino debía realizarse una conversión, que constituye para la Iglesia cristiana un jalón importante en la empresa de expandirse, conforme a lo anunciado en Act 1,8. Su enorme importancia se ve realzada por la noticia de que Dios interviene directamente. La soledad que reina en el camino facilita la conversación tranquila entre los dos hombres.

Al etíope con quien se encuentra Felipe, se le llama «eunuco» **27**
(un alto funcionario o un guardián del harén). Esta observación, a más de indicarlo como funcionario de la corte, parece también sugerir que es alguien a quien se han extirpado los órganos sexuales. Etiopía (llamada Cus en el AT) es el reino situado al sur de Asuán, en el alto Egipto, y comprendía un conjunto de tribus negras; era gobernado por mujeres, todas las cuales llevaban el título de candace. El distinguido etíope que viaja en el coche es el superintendente del tesoro (ministro de finanzas o administrador de los bienes privados) de la reina. Acaba de hacer una peregrinación a Jerusalén [35]. Si sus órganos genitales habían sido extirpados, no podía ser prosélito judío, sino simplemente un «temeroso de Dios», en virtud de Dt 23,2, que prohibía a los tales formar parte de la comunidad de Israel.

El conocimiento de la religión judía bien pudo llegar hasta los etíopes partiendo del alto Egipto, donde ya entre los siglos VI y V

35. Cf. Jn 12,20.

a.C. existía una colonia militar judía, en la isla de Elefantina.
28 En el momento en que Felipe encuentra el coche del etíope, éste lee precisamente el famoso capítulo 53 de Isaías, el poema del siervo sufriente de Yahveh; siguiendo una antigua costumbre, lo lee en voz alta. Para nosotros es ya familiar el sentido mesiánico del texto; también los primeros cristianos lo referían a Jesús. La interpretación mesiánica es corriente, aunque no unánime, entre los judíos contemporáneos de Cristo, bien que ellos, fieles a sus ideas, no ven en el texto alusión alguna a sufrimientos o muerte.
31 A la invitación del eunuco, Felipe sube al coche y le explica el pasaje de Isaías. En él encuentra profetizado el abatimiento y humillación del Mesías en la muerte, y la victoria que con su propia muerte alcanza sobre la muerte. Partiendo de aquí, le
32-33 anuncia el cumplimiento de esta profecía en Jesús de Nazaret. Los dos versículos (Is 53,7-8) están citados literalmente de los LXX, que en este capítulo se apartan notablemente del texto hebreo y, más que una traducción, ofrecen una interpretación teológica independiente del texto original.

Es un poco extraño que en este pasaje no se hable del carácter de sacrificio expiatorio que tuvo la muerte del Mesías; no obstante, los versículos que anteceden y los que siguen inmediatamente se expresan con claridad en este sentido (aun en los LXX): «Fue él quien tomó sobre sí nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores (v. 4)... fue traspasado por causa de nuestros pecados, molido por nuestras iniquidades (v. 5)... Yahveh cargó sobre él los crímenes de todos nosotros (v. 6)... por los pecados de mi pueblo va a la muerte» (v. 9). Para Felipe se trata sólo de demostrar que por la Escritura estaba profetizada la necesidad de los sufrimientos y de la muerte del Mesías, sin preocuparse de su carácter expiatorio [36].

34-36 El eunuco acoge con fe el mensaje que Felipe le anuncia, e in-
37 mediatamente se declara dispuesto a recibir el bautismo. El v. 37 se encuentra sólo en el texto occidental (atestiguado ya por Ireneo y Cipriano), pero es difícil sostenerlo como genuino; es, sin em-

36. Cf. también el exc. sobre *La figura de Cristo en los Hechos*, p. 185.

bargo, muy instructivo porque contiene, en fórmula muy breve, la profesión de fe que ya desde un principio se exigía a cuantos solicitaban ser admitidos al bautismo. La tradición localiza el bautismo del etíope en *Ain Dirwe*, cerca de Bet Sur, a hora y media de camino al norte de Hebrón, por la carretera de Jerusalén.

Con la administración del bautismo se da por terminada la **38-39** misión confiada por Dios a Felipe, y así el Espíritu del Señor lo arrebata y los transporta a Asdod (Azoto, ciudad situada al occidente de Jerusalén, no lejos del mar). Comenzando por ésta, evangeliza las ciudades a lo largo de la costa hasta llegar a Cesarea, donde se radica (21,8). No es necesario pensar que Dios lo haya arrebatado corporalmente en forma instantánea; es posible que se aluda a una acción de Dios sobre su voluntad, que le produjo una especie de éxtasis [37], y él se trasladó, sin oponer resistencia, a su nuevo campo de trabajo.

En la hipótesis de que el intendente etíope estuviese privado de sus órganos genitales, este episodio significaría que la prohibición de Dt 23,2 no obliga a la Iglesia cristiana. Comienza a tener cumplimiento la alentadora promesa de Is 56,3-4, según la cual en la era mesiánica aun los extranjeros y los que sin culpa suya hayan sido despojados de su virilidad, tendrán la posibilidad de entrar en el reino de Dios. El etíope sería entonces el primer pagano que, sin pasar por el judaísmo, habría sido aceptado en la Iglesia.

Pero los Hechos no insisten mucho sobre este aspecto. Para ellos, el gran acontecimiento en el proceso de emancipación de la Iglesia con respecto al judaísmo lo constituye el bautismo de Cornelio (cap. 10), porque en aquella ocasión Pedro administra el bautismo obedeciendo a una intervención directa de Dios, y la comunidad le da ulteriormente su aprobación [38]. Pero no se puede excluir del todo que el etíope pudiese haber sido judío o prosélito [39], ya que «eunuco» podía ser simplemente un título.

---

37. 1Re 18,12.46; 2Re 2,16.
38. Cf. Act 15,7-9.14
39. Así lo cree IRENEO, IV, 23,2.

2. *Conversión y vocación de Pablo*
9,1-30

El acontecimiento de Damasco
9,1-9

1 Por su parte, Saulo, todavía respirando amenazas y muerte
contra los discípulos del Señor, se llegó al sumo sacerdote 2 y le pidió
cartas para las sinagogas de Damasco a fin de traerse presos a Jeru-
salén a todos los que encontrara adictos a la nueva doctrina, hombres
o mujeres. 3 Y sucedió que, mientras caminando se acercaba a Da-
masco, de repente lo envolvió una luz del cielo, 4 y caído en tierra
oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» 5 Y
dijo: «¿Quién eres, Señor?» Y él: «Yo soy Jesús a quien tú persigues.
6 Pero levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que has de
hacer.» 7 Sus compañeros de camino se habían quedado mudos,
testigos de la voz, pero sin ver a nadie. 8 Saulo se levantó del suelo
y aun con los ojos abiertos nada veía; llevándole de la mano, lo
introdujeron en Damasco. 9 Y estuvo tres días sin ver, y ni comía
ni bebía.

De la actividad de Pablo como perseguidor (8,3) sólo se relata en detalle su expedición a Damasco, donde lo derribó el rayo de la gracia. La transformación del mayor perseguidor de los cristianos en fiel discípulo y heraldo entusiasta del Mesías crucificado, era para la Iglesia primitiva mucho más importante que conocer con exactitud todo el alcance de sus ataques contra ella. Ésta es la razón por qué el libro consigna por dos veces más el hecho, poniendo el relato en boca del propio Pablo [1].

1 Saulo no se contenta con perseguir a los seguidores del crucificado en Jerusalén, sino que dirige también su actividad contra

1. Act 22,4ss; 26,9ss.

los cristianos de las ciudades extranjeras (26,10). Se hace, pues, 2
expedir cartas credenciales del sumo sacerdote para las sinagogas de Damasco, con la autorización de arrestar a todos los adeptos a la nueva doctrina que allí encontrare, y de llevarlos a Jerusalén para hacerlos juzgar por el sanedrín. La «nueva doctrina» se llama literalmente, en el texto original, «camino», es decir, mentalidad y modo de vivir, «norma de vida que regía en la sociedad cristiana» [2].

Damasco, célebre y rico centro comercial, situada al este del Antilíbano, contaba con una gran colonia judía y no pocas sinagogas. Mientras no rompían los vínculos con la sinagoga, los judíos convertidos seguían sujetos a la jurisdicción de ésta. La sinagoga podía decretar penas contra sus miembros, p.e. la flagelación [3] o hasta la expulsión de la sinagoga [4]. Pero aquí se trata de la autorización, concedida a Saulo, de llevar a cabo arrestos por encargo del sanedrín de Jerusalén, en ciudades que no caían bajo su jurisdicción directa, como era el caso de todas las ciudades de Judea. El sanedrín ejercía, de hecho, cierto poder coercitivo sobre las comunidades hebreas establecidas fuera de Judea, y las autoridades romanas le reconocían tal poder; sólo que para llevarlo a efecto había que contar, desde luego, con el beneplácito de los jefes de las sinagogas interesadas. Por eso necesitaba Saulo presentar alguna carta credencial del sumo sacerdote.

Saulo se aproxima ya a la ciudad, acompañado de una cua- 3
drilla de hombres; no parece que se trate de hombres armados, sino simplemente de compañeros de camino. Es entonces cuando interviene el cielo. De improviso, hacia el mediodía (26,13), desde lo alto una intensa luz lo hiere, lo ciega y lo arroja por el suelo [5].
Al mismo tiempo una voz le grita en tono de reproche: «Saulo, 4
Saulo, ¿por qué me persigues» (en mis adeptos)? No se puede dar a esta escena la interpretación de una simple experiencia interior, de una pura visión de Saulo. Según el relato de los Hechos,

2. Act 19,9.23; 22,4; 24,14.22.
3. Pablo la sufrió cinco veces, 2Cor 11,24.
4. Cf. Jn 9,22; 12,42.
5 Cf. Ez 1,28; 43,3; 44,4; Dan 8,17; 10,9.

que es muy claro, se trató de algo externo, que los acompañantes pudieron percibir, si bien ninguno de ellos logró ver la figura luminosa de Cristo ni comprender las palabras que dirigió a Saulo.
2 Vieron, sin embargo, una luz y oyeron que entre Saulo y un personaje invisible se trababa un diálogo [6].

De este acontecimiento habla también Pablo repetidas veces en sus cartas, precisando que sucedió a la entrada de Damasco (Gál 1,17), que se le apareció Jesús (1Cor 15,8), que vio al Señor Jesús (1Cor 9,1), que en el rostro de Cristo brilló a sus ojos el resplandor de Dios, es decir, que contempló a Jesús revestido de gloria divina, como un ser celestial (2Cor 4,6). Afirmar, pues, que Saulo no vio la figura misma de Cristo, sino sólo un resplandor celeste, no corresponde a la verdad. Los Hechos ponen expresamente de relieve la diferencia entre lo que percibió el Apóstol y lo que percibieron sus acompañantes (v. 7), y ponen en boca de Ananías que Pablo ha visto al Señor Jesús [7]. Pablo mismo, aduciendo su propio testimonio, coloca la realidad de la aparición de Damasco en un plano de igualdad con las que tuvieron los apóstoles después de la resurrección de Jesús.

5 Interrogado por su perseguidor, el Cristo celestial se le da a conocer y le hace saber que es a él a quien persigue cuando persigue a sus fieles [8]. Saulo queda al instante convencido de que realmente Jesús de Nazaret se le apareció, y en su interior se enciende como un relámpago la idea de que los cristianos tienen razón cuando afirman que Jesús, crucificado por los judíos, es realmente el Mesías, que fue resucitado por Dios y exaltado a su diestra en el cielo. De esta idea saca la conclusión: «¿Qué debo hacer, Señor?» (22,10). Está dispuesto a entregarse inmediatamente
6 y sin reservas al servicio del Señor que se le ha aparecido. Pero Cristo no le da a conocer todavía su voluntad, sino que lo remite a indicaciones precisas que habrá de recibir en Damasco.

8 El hecho tuvo una fuerte repercusión en el cuerpo tanto como en el alma de Saulo. El intenso rayo de luz ha cegado sus ojos,

6. Cf. un caso análogo en Jn 12,28-29.
7. Act 9,17; 22,14.
8 Cf. Lc 10,16.

y se ve obligado a hacerse conducir de la mano. Por tres días 9
queda privado de la vista, y en penitencia no toma alimento alguno.

Cierta afinidad con Act 9,1-9 tiene lo sucedido a Heliodoro en el templo de Jerusalén, tal como se narra en 2Mac 3. Éste debía, por encargo de su rey Seleuco, confiscar los pretendidos enormes tesoros del templo. Cuando él, con su escolta, estaba ya entrando en el recinto en que se guardaba el tesoro, le salió al paso un terrible jinete en un caballo espléndidamente enjaezado, y acompañado de dos jóvenes magníficamente vestidos, que empezaron a azotar al intruso sin dejarle respirar. Éste se vio de pronto arrojado por el suelo, envuelto en completa oscuridad y privado del habla, hasta tal punto que sus compañeros tuvieron que sacarlo tendido en una camilla.

Ananías y Saulo
9,10-19*a*

[10] *Había en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo*
el Señor en una visión: «Ananías.» [11] *Y él respondió: «Heme aquí,*
Señor.» Y el Señor a él: «Anda y ve a la calle que llaman Recta y
busca, en la casa de Judas, a un tarsense, llamado Saulo, que está
en oración.» [12] *Y vio — en visión — a un hombre llamado Ananías*
que entraba y le imponía las manos de modo que recobrase la vista.
[13] *Respondió Ananías: «Tengo oído de muchos sobre este hombre*
cuántos males ha causado a tus santos en Jerusalén. [14] *Y aquí tiene*
autorización de los sumos sacerdotes para apresar a todos los que
invocan tu nombre.» [15] *Pero el Señor le dijo: «Ve, porque éste es*
para mí instrumento elegido para ser portador de mi nombre ante
los gentiles, los reyes y los hijos de Israel, [16] *porque yo le mostraré*
cuántas cosas deberá padecer por mi nombre.» [17] *Partió, pues, Ana-*
nías y entró en la casa e imponiendo sobre él sus manos le dijo:
«Hermano Saulo, me ha enviado el Señor — aquel Jesús que se te
apareció en el camino por el que venías — para que recobres la
vista y seas lleno del Espíritu Santo.» [18] *Y al instante cayeron de*
sus ojos como unas escamas, recobró la vista y fue bautizado, [19a] *y*
tomando alimento recuperó sus fuerzas.

11 Los que acompañaban a Saulo lo llevan a la casa de un judío
10 de nombre Judas, en la llamada calle Recta. Esta suntuosa vía romana, que atraviesa la ciudad de lado a lado, se puede apreciar aún hoy en una calle perfectamente recta de 1600 metros de longitud. Un cristiano, Ananías, recibe en una visión (o en un sueño)
12 el encargo de buscar a Saulo. El Señor, para tranquilizarlo, le comunica al mismo tiempo que aquél está orando, señal de que ya no está animado de intenciones hostiles, y de que ha sido infor-
13-14 mado en visión de su llegada y del motivo de su visita. A pesar de tales seguridades, Ananías tiene aún ciertos reparos en ejecutar el mandato, pues ha oído hablar de los hechos de Saulo y de los propósitos de su viaje a Damasco, y se resiste a creer en un cambio tan repentino del apasionado enemigo de los cristianos; éstos son llamados aquí «los santos» (= consagrados a Dios), título que aparece también en 9,32.41; 26,10, y con frecuencia en san Pablo.
15 Pero el Señor insiste, apoyando su encargo en la grandeza de la misión a que Saulo está destinado. Él deberá predicar su nombre y su obra a todo el mundo, a los gentiles en primer término, pues sobre todo para ellos ha de ser su actividad [9], después a los reyes (= cuantos están revestidos de autoridad) [10] e incluso también a los hijos de Israel; a éstos, efectivamente, el Apóstol no
16 dejó de anunciarles regularmente el evangelio [11]. Sufrimientos en gran número están vinculados con el cumplimiento de esta gigantesca misión [12]. No se pueden llevar a cabo grandes empresas sin grandes sacrificios. Jesús mismo mostrará a aquel que hasta ahora ha sido su perseguidor cuánto deberá sufrir en adelante por él, pero esos sufrimientos lo señalarán como instrumento de selección
17 para la difusión del evangelio. Ananías se siente ahora tranquilo, va en busca de Saulo, le impone las manos y le restituye la vista.
18 En ese momento tiene Saulo la sensación de que de sus ojos se desprende algo como «escamas» [13]. Él está dispuesto, sin más, a recibir el bautismo, y vuelve a tomar alimento.

---

9. Gál 1,16; 2,8-9; Rom 1,5; 15,16-18.
10. Cf. Act 25,13-26,32; 1Clem 5,7.
11. Cf. Act 17,2.
12. Cf. Act 15,26; 21,13; 2Cor 11,23-33.
13. Cf. Tob 11,12-13.

El v. 6 hace esperar que Pablo recibirá en Damasco instrucciones precisas sobre su futuro ministerio. Pero la perícopa v. 10-18 no satisface esta esperanza. Sin embargo, según 22,15, Ananías le hace saber, por encargo del Señor, que en adelante su misión ha de consistir en predicar el evangelio: «Para que le seas testigo ante todos los hombres, de lo que has visto y oído.» No obstante, Pablo tendrá que esperar aún tres años antes que se haga efectivo su envío a los gentiles (22,18-21). Hay que reconocer que el relato del capítulo 9 es fragmentario, y que es necesario completarlo con los capítulos 22 y 26. Salta a la vista que sobre lo acaecido a la entrada de Damasco, Ananías recibió del Señor indicaciones mucho más precisas de las que supone el v. 17, y que debió transmitir a Saulo las palabras de Jesús recordadas en los v. 15-16.

Actividad de Pablo en Damasco y su huida
9,19*b*-25

[19b] *Estuvo con los discípulos en Damasco algunos días,* [20] *y en*
seguida en las sinagogas predicaba que Jesús era el Hijo de Dios.
[21] *Y se maravillaban todos los que le escuchaban y decían: «¿No es*
éste el que maltrataba en Jerusalén a los que invocaban este nombre,
y no había venido aquí expresamente a lo mismo, para conducirlos
presos ante los sumos sacerdotes?» [22] *Pero Saulo se sentía cada vez*
más fuerte y confundía a los judíos que habitaban en Damasco de-
mostrándoles que Jesús es el Mesías. [23] *Pasados bastantes días,*
decidieron los judíos quitárselo de en medio. [24] *Pero llegó su pro-*
pósito a conocimiento de Saulo. Tenían incluso vigiladas las puertas
día y noche para matarlo. [25] *Tomándole, pues, sus discípulos de*
noche lo descolgaron por el muro suspendido con cuerdas en una
espuerta.

Así que Pablo se hubo tomado algunos días de descanso y **20**
trabó relaciones con los cristianos de Damasco, se presentó en las
diversas sinagogas en calidad de heraldo de la nueva fe. Como
tema de sus predicaciones se indican la filiación divina y la digni-

dad mesiánica de Jesús; es fácil ver que «Hijo de Dios» (v. 20) corresponde aquí a «Mesías» (v. 22). En la Escritura halla toda la argumentación para probar que Jesús es el Mesías [14].

21-22 La actividad de Saulo provoca la cólera de los judíos. Ellos están bien informados de su trayectoria como perseguidor en Jerusalén y de los verdaderos propósitos de su venida a Damasco. Y ahora empeña este hombre toda la pasión de su alma en favor de esas mismas creencias que hasta hace poco perseguía; de enemigo mortal del Nazareno se ha convertido en su más ardiente
23 partidario. Llegan, incluso, hasta concebir un plan para deshacerse
24 del incómodo predicador. Pero saben que no podrían tener éxito sino a condición de proceder con el máximo sigilo. Por eso vigilan las puertas de la ciudad en acecho del momento en que salga de
25 ella, para entonces eliminarlo sin que nadie se dé cuenta. Mas el plan fracasa. Llega oportunamente a conocimiento de Pablo, y los cristianos le facilitan la fuga.

De su permanencia en Damasco da noticias directas el propio Pablo en sus cartas. La duración fue de tres años no completos, pues hay que descontar el intervalo, que no fue corto, según parece, durante el cual hizo el viaje a Arabia, es decir, al reino de los Nabateos (Gál 1,17-18). De este viaje no dicen palabra los Hechos, pero tampoco lo excluyen. Se ve que el relato que hacen de este período de la vida del Apóstol es bastante resumido. Con relación a su fuga, dice Pablo en 2Cor 11,32-33: «En Damasco, el etnarca del rey Aretas puso guardia en la ciudad de los damascenos para prenderme; pero, metido en una espuerta, desde una ventana me descolgaron por el muro, y así escapé de sus manos.» Es evidente que los judíos se valieron del etnarca y de sus agentes para tender insidias a Pablo.

14. Cf. Act 18,28.

Pablo en Jerusalén y en Tarso
9,26-30

[26] *Llegado a Jerusalén, intentaba juntarse a los discípulos; pero*
todos le temían no creyendo que fuese discípulo. [27] *Bernabé, sin*
embargo, tomándole consigo lo presentó a los apóstoles, y les explicó
de qué manera vio en el camino al Señor, el cual le habló, y cómo
en Damasco había predicado valientemente sobre el nombre de
Jesús. [28] *Desde entonces entraba y salía con ellos en Jerusalén pre-*
dicando con toda libertad en el nombre del Señor. [29] *Hablaba tam-*
bién y discutía con los helenistas, los cuales intentaban matarle.
[30] *Enterados de esto los hermanos, lo condujeron a Cesarea y lo re-*
mitieron a Tarso.

Escapado de Damasco, Saulo se dirige a Jerusalén. Aquí trata **26**
de ponerse en contacto con la comunidad, principiando, desde luego,
por tomar parte en sus reuniones litúrgicas, pero, como era de
esperar, dondequiera se lo recibe con desconfianza y reserva, hasta
que Bernabé toma a pechos su caso y lo presenta a los apóstoles.
Por el texto no se puede saber con seguridad si fue él o el propio **27**
Saulo quien hizo el relato de lo sucedido en las cercanías y en el
interior de Damasco. Si fue Bernabé, hay que admitir que éste,
helenista como era, regresado entretanto después de la fuga en
masa de los helenistas, había recibido las noticias referentes a
Pablo de algún fugitivo establecido ahora en Damasco.

Actividad de predicador propiamente tal, no ejerció Pablo en **28-29**
Jerusalén, sino que se limitó a disputas ocasionales con los hele-
nistas. Pero no tuvo éxito, y pronto debió replegarse ante las
manifestaciones de odio. Fue entonces cuando el Señor, en una
visión, le ordenó salir de Jerusalén, porque los judíos no aceptarían
su testimonio (Act 22,17-21). Así, Pablo, pasando por el puerto **30**
marítimo de Cesarea (cf. 10,1), se encamina a Tarso, su ciudad
natal. Allí permanece hasta el día en que Bernabé lo tomará con-
sigo para llevarlo a Antioquía (11,25). Del tiempo de permanencia
en Tarso no conservan nada los Hechos.

De su primer viaje a Jerusalén después de la conversión, habla también Pablo en Gál 1,18-24, donde informa que fue a Jerusalén para conocer a Pedro, y que fuera de Pedro no vio a ningún otro de los apóstoles (los doce), con excepción de Santiago, llamado hermano del Señor, a quien, por lo demás, vio sólo casualmente, sin haber pensado en visitarlo. Por qué razón no haya visto a los otros apóstoles, no lo sabemos. Quizás estuviesen por entonces ausentes de la ciudad, ocupados tal vez en misionar en otros lugares. En todo caso, si se tiene en cuenta que Pablo se quedó allí sólo quince días (Gál 1,18), es fácil de entender que no se haya
27 encontrado sino con un apóstol. Aunque los Hechos hablen de «los apóstoles», no hay que perder de vista que también su relato es muy sucinto, y que simplemente quieren dejar constancia de que Saulo se puso en contacto con los jefes de la comunidad y de que fue reconocido por ellos [15].

Según los datos de Gál 1,21, Pablo, concluida su breve estancia en Jerusalén, se encaminó a las regiones de Siria y Cilicia (cuya capital es Tarso). Él mismo nos da la certeza de que allí desplegó cierta actividad misionera; dice, en efecto, que las Iglesias de Judea, que personalmente le eran aún desconocidas, se expresaban así de él: «Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora anuncia la fe que entonces pretendía destruir» (v. 23).

Pacífico crecimiento de la Iglesia en toda Palestina
9,31

31 *La Iglesia en tanto gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría, edificándose y caminando en el temor del Señor, y, gracias a la asistencia del Espíritu Santo, iba creciendo en número.*

31 Con la conversión de Saulo, alma de la persecución, y con su partida de Palestina, alborea para la Iglesia un período de paz, que durará hasta cuando suba al trono el rey Herodes Agripa I

15. Cf. también Act 26,30.

(en el año 39 ó en el 41; cf. 12,1ss). Por este tiempo había comunidades cristianas en las tres regiones de Palestina occidental. Su existencia en Galilea aparece aquí mencionada por primera vez, pero ni aquí ni en parte alguna de los Hechos se relata la fundación de comunidades o la historia del cristianismo, cualquiera haya sido. en esta región; no hay que olvidar que Lucas pasa en silencio hasta las apariciones del Resucitado en Galilea. De todas maneras, no se puede poner en duda la existencia de comunidades galileas. Es cierto que los apóstoles y buen número de otros discípulos se habían trasladado a Jerusalén [16], pero en Galilea quedaron seguramente otros muchos seguidores de Jesús [17].

Por lo que se refiere a Judea, también allí debió surgir toda una serie de comunidades (cf. 8,1), si bien sólo se recuerdan los nombres de Lida y Jope (9,32ss). La persecución de Saulo no había acabado del todo con la Iglesia madre de Jerusalén, ya que la rabia de los perseguidores se desahogó sobre todo con los helenistas (8,1). Por Act 11,1ss; 27ss; 12,5.12.17, se ve que en Jerusalén existía una respetable comunidad, en favor de la cual se colectarán luego auxilios económicos entre los cristianos de Antioquía (11,29ss). Es significativo el hecho de que Lucas designe el conjunto de la cristiandad de estas tres regiones como *la* Iglesia.

Estos tiempos de paz tuvieron gran importancia para el crecimiento interno y externo de la Iglesia. A la par con el robustecimiento interno del movimiento cristiano y de cada comunidad en concreto, se lograba también un aumento considerable en el número de los fieles de Cristo. Este aumento externo se atribuye al Espíritu Santo, que es quien comunica a los predicadores el valor de rendir un vigoroso testimonio en favor de Cristo, atrayendo así cada día más adeptos al seno de la Iglesia. La última parte del v. 31 se puede traducir también: «Y estaba llena de la consolación del Espíritu Santo.» Con ello se alude a la alegría que colmaba a los fieles [18].

---

16 Act 1,14ss; 2,7.

17. Cf. además 1Cor 15,6.

18. Cf Act 2,46; 8,8 39; 13,48.52; 16,34

Parte segunda

PRINCIPIOS Y CONSOLIDACIÓN DE LA EVANGELIZACIÓN DE LOS GENTILES ANTIOQUÍA, CENTRO DE IRRADIACIÓN 9,32-15,35

Sección primera: PRIMEROS PASOS EN LA EVANGELIZACIÓN DE LOS GENTILES 9,32-12,25

1. *Conversión de Cornelio (primera familia pagana que se hace cristiana)* 9,32-11,18

Curación de un paralítico en Lida 9,32-35

32 *Pedro, que andaba por todas partes, llegó hasta los santos*
que habitaban en Lida. 33 *Encontró allí a un hombre llamado Eneas,*
que desde hacía ocho años yacía sobre una camilla, porque estaba
paralítico. 34 *Y le dijo Pedro: «Eneas, el Señor Jesús te cura; levánta-*
te y hazte tú mismo la cama. Y al momento se levantó.» 35 *Y lo*
vieron todos los habitantes de Lida y Sarón, los cuales se convir-
tieron al Señor.

Pedro, esta vez sin la compañía de Juan, pasa visita a los cristianos de toda Judea. No se trata tanto de una expedición misional, cuanto de un viaje de inspección, que debió servir no poco para la expansión del evangelio. La comunidad de Jerusalén se consideraba centro de la cristiandad e iglesia madre, responsable de todas las comunidades filiales [1]. Es una función análoga a la

1. Cf. comentario a Act 8,14; 15,1.

que, por su parte, ejercía el sanedrín de Jerusalén sobre las comunidades de la diáspora (Act 28,21). De este viaje de Pedro se narran sólo tres acontecimientos importantes: dos milagros y la conversión del centurión Cornelio. Estos tres hechos tienen lugar en la costa (Jope, Cesarea) o cerca de ella (Lida). Es la zona (desde Azoto hasta Cesarea) por donde Felipe pasó misionando. Pero no sabemos si por esta época ya se había establecido en Cesarea. Es también posible que unos cuantos fugitivos de Jerusalén se hubiesen diseminado por esta región.

33 En Lida, Pedro cura a un paralítico. Esta ciudad, 40 km al noroeste de Jerusalén, llamada Dióspolis en la época grecorromana, y *Ludd* en la actualidad, formaba parte de Judea desde 145 a.C., y era por entonces la capital de una de las 10 u 11 toparquías (cir-
34 cunscripciones). La curación se da como obrada por Jesús. Se nos da a propósito una indicación clara del significado que la fórmula «en el nombre de Jesús» [2] encierra en otros pasajes. Como requisito previo a la realización del milagro se exige la fe del enfermo.
35 La orden de ponerse en pie, busca precisamente suscitar esa fe. La prodigiosa curación da por resultado que numerosos habitantes de Lida y de la llanura de Sarón abrazan la fe cristiana [3]. «Sarón» (= llanura costanera) es el nombre de la faja de tierra, célebre por su fertilidad (Is 35,2), que va a lo largo de la costa, desde Lida y Jope hasta el Carmelo.

Resurrección de Tabita en Jope
9,36-43

36 *En Jope había una discípula de nombre Tabita, en griego*
Dórcade (= gacela). Era rica en buenas obras y en limosnas que
hacía. 37 *Sucedió, pues, que por aquellos días enfermó y murió. Una*
vez lavada, la colocaron en la habitación de arriba. 38 *Dada la proxi-*
midad entre Lida y Jope, y habiendo oído los discípulos que Pedro

2. Act 3,6.16; 4,10.
3. Cf. Act 9,42.

estaba en aquella ciudad, le enviaron dos hombres con este ruego:
No tardes en venir hasta nosotros. [39] *Pedro al punto se fue con ellos.*
Llegado, le subieron a la habitación de arriba y se le presentaron
todas las viudas llorando y mostrándole las túnicas y mantos que
les había hecho Dórcade mientras estaba con ellas. [40] *Pedro hizo*
salir fuera a todos, luego puesto de rodillas oró y vuelto al cadáver
dijo: Tabita, levántate. Ella abrió sus ojos y viendo a Pedro se incor-
poró. [41] *Dándole éste la mano, la levantó, y llamando a los santos*
y a las viudas, se la presentó viva. [42] *La cosa fue notoria en toda*
Jope y muchos creyeron en el Señor. [43] *Pedro permaneció bastantes*
días en Jope en casa de un tal Simón, curtidor.

Jope, la moderna Jafa, formó parte de Judea desde 148 a.C., **36**
con cortas interrupciones (1Mac 10,76). El nombre propio de mujer
Tabita, o Dórcade (gacela), se encuentra también en otras partes,
entre judíos y griegos. La gacela es el tipo del porte gracioso. Lucas
traza un retrato luminoso de esta noble señora (o virgen), que
había consagrado todos sus haberes al sostenimiento de las viudas
pobres. La preocupación por los pobres e indigentes es un rasgo
característico de la religión judía [4].

Conforme a la usanza judía, el cadáver de Tabita fue lavado **37-39**
y puesto en catafalco en el piso superior de la casa. Envían luego
mensajeros a Lida, situada a tres horas de distancia, para que
llamen a Pedro, bien conocido ya entre los cristianos por su especial
poder taumatúrgico. Él ora, solo, al lado del cadáver [5], llama a la **40-41**
difunta por su nombre y le ordena levantarse [6]. La profesión de **43**
curtidor era una de las que los rabinos miraban con desprecio,
porque a causa de la inevitable fetidez provocaba náuseas; los
curtidores, a su vez, eran sospechosos de vida inmoral, dado que
en el ejercicio de su profesión tenían que tratar sobre todo con
mujeres.

---

4. Act 10,2.4; Lc 3,11; 6,30; 7,5, etc.; cf. también Tob 4,7-12; 12,8-9.
5. Como Elías y Eliseo, en 1Re 17,19ss; 2Re 4,33ss.
6. Cf. Lc 8,49-56.

Visión de Cornelio
10,1-8

[1] Había en Cesarea un hombre, llamado Cornelio, centurión de
la cohorte llamada Itálica, [2] piadoso y temeroso de Dios, él y toda
su familia, que hacía muchas obras de misericordia al pueblo y oraba
a Dios continuamente, [3] el cual vio claramente en una visión, como
alrededor de la hora nona del día, un ángel de Dios que entraba en
su casa y le decía: «Cornelio.» [4] Fijando su vista en él y atemori-
zado, dijo: «¿Quién eres tú, señor?» Y le respondí: «Tus oracio-
nes y tus limosnas han subido como memorial ante la presencia de
Dios. [5] Envía, pues, hombres a Jope y haz venir a un tal Simón, que
lleva el sobrenombre de Pedro. [6] Se hospeda en casa de un tal Simón,
curtidor, cuya casa está junto al mar. [7] Apenas hubo desaparecido
el ángel que le hablaba, cuando llamó a dos de sus servidores y a
un soldado piadoso de los de su confianza [8] y, explicándoselo todo,
los envió a Jope.

1 Cesarea de mar, o Cesarea de Palestina, fue fundada, quizá ya antes de Alejandro Magno, por un rey sidonio, Estratón, como lugar fortificado; a esto debió su nombre de «Torre de Estratón». Augusto dio la ciudad en obsequio a Herodes el Grande, quien la reconstruyó en proporciones gigantescas y la dotó de un excelente puerto, para cuya construcción fue necesario levantar enormes diques. Pronto llegó a un alto grado de esplendor. Los procuradores romanos (a partir del año 6 d.C.) hicieron de ella el lugar de su residencia [7]. En la ciudad tenía su cuartel una fuerte guarnición [8], que, sin embargo, no estaba formada por legionarios, sino por tropas auxiliares sirias (las llamadas cohortes auxiliares, o tropas de los aliados). A la muerte de Agripa I (44 d.C.) [9] comprendía cinco cohortes de infantería y un escuadrón de caballería. Según el v. 1, una de las cohortes llevaba el nombre de «itálica».

7. Cf. Act 23,33ss.
8. Cf. Act 25,23.
9. Cf. Act 12,1.23.

Cohortes con este nombre había, en todo el imperio, no menos de treinta. Por inscripciones se sabe que una *cohors II italica* tenía su cuartel en Siria entre los años 69 y 157. No sabemos si se trata de la misma que mencionan los Hechos; pero la posibilidad de esta coincidencia no se puede poner en duda. El núcleo central de estas «cohortes itálicas» lo constituían ciudadanos romanos de origen itálico, que se alistaban como voluntarios en las tropas auxiliares.

El centurión Cornelio era, pues, ciudadano romano y descendía, probablemente, de alguna de las familias manumitidas por Cornelio Sila. No era un prosélito judío, circuncidado, sino que per- 2
tenecía, con toda su familia, a los llamados temerosos de Dios, es decir, a los paganos que simpatizaban con la religión judía y su monoteísmo [10]. Éstos no pasaban oficialmente al judaísmo, pero veneraban al Dios único, frecuentaban los actos religiosos judíos (cf. 13,16), se conformaban a determinados preceptos, observaban los tiempos de oración prescritos a los judíos (10,3) e iban en calidad de peregrinos a Jerusalén (8,27).

Cornelio recibe una alabanza por la bondad con que trata al pueblo, es decir, a los judíos que residen en Cesarea, y por el celo con que se aplica a la oración («continuamente», o sea, en todos los momentos destinados a ella) [11]. La oración y la limosna eran consideradas entre los judíos, como entre los primeros cristianos, obras especialmente gratas a Dios [12].

En recompensa por sus oraciones y limosnas, Cornelio es ahora aceptado por Dios en la Iglesia cristiana (cf. v. 31). Estas obras 4
son como un recuerdo (sacrificio) que sube hasta Dios y hace que él se acuerde de quien las ofrece, a fin de salvarlo y bendecirlo; la misma expresión aparece con más claridad en 10,31. También en otras partes del NT aparecen la oración y la limosna como

10. Act 13,16.50; 16,14; 17,4.17; 18,7.

11. Lc 2,37; 18,1; 1Tes 5,17; Ef 6,18; 1Tim 5,5; cf. asimismo Lc 7,4-5.

12. Tob 12,8 («la oración acompañada del ayuno y la limosna es más útil que acumular objetos»); Mt 6,2-6; 1Pe 4,7-8; *Doctrina de los doce apóstoles* 15,4 («vuestras oraciones y limosnas, y todas vuestras acciones, hacedlas como se os ha enseñado en el Evangelio del Señor»); 2Clem 16,4.

3-6 sacrificios agradables a Dios [13]. Un día, precisamente durante la oración vespertina (cf. 3,1), el piadoso centurión recibe de un ángel la noticia de que Dios ha escuchado su oración y quiere recompensarle sus limosnas (v. 31); le sugiere haga venir a Pedro de Jope. Éste lo instruirá sobre cuanto debe hacer para su salvación [14].
7-8 Cornelio despacha inmediatamente para Jope a dos siervos y a un soldado que los acompañe.

Visión de Pedro
10,9-16

[9] *Al día siguiente, mientras ellos venían de camino y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la azotea para rezar hacia la hora de sexta.* [10] *Sintió hambre y quiso comer. Mientras se lo preparaban, entró en éxtasis,* [11] *y vio el cielo abierto, y un recipiente como un mantel grande que, sostenido por sus cuatro puntas, se descolgaba hacia la tierra,* [12] *y en el cual había toda clase de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y aves del cielo.* [13] *Y una voz se dirigió a él: «Levántate, Pedro, mata y come.»* [14] *«De ninguna manera, Señor —respondió Pedro—, nunca he comido yo nada profano e impuro.»* [15] *Y de nuevo la voz por segunda vez: «Lo que Dios ha declarado puro no lo llames tú profano.»* [16] *Esto se repitió hasta tres veces y, acto seguido, el mantel se retiró hacia el cielo.*

9 Jope dista 44 kilómetros de Cesarea. Mientras los enviados de Cornelio se van aproximando a la ciudad, Pedro recibe una revelación divina. Hacia el mediodía ha subido al techo plano de la
10 casa para orar allí. Siente hambre; y en aquel preciso momento
11 le sobreviene un éxtasis y ve cómo del cielo, que se ha abierto, desciende sobre la tierra una especie de enorme mantel de lino,
12 sostenido por los cuatro extremos. En su cavidad se encuentran animales terrestres y aves de todos los tipos, puros e impuros,

13. Flp 4,18; Heb 13,15-16.
14. Act 10,22.23; 11,14.

mezclados todos sin distinción alguna. Una voz del cielo lo invita **13**
a matar y a comer de aquellos animales. Como judío observante
que es, y que nunca ha comido nada impuro, Pedro rechaza, casi
indignado, la invitación. Pero la voz le niega el derecho de llamar **14**
impuro lo que Dios ha declarado limpio, o, en otros términos, si **15**
Dios le ordena comer de aquellos animales, éstos no pueden ser
inmundos. Por dos veces más se repite la invitación, luego se
repliega el mantel hacia el cielo, y el éxtasis termina. Pedro queda **16**
perplejo. No hay la menor duda de que la visión viene de Dios;
pero no sabe qué puede significar. ¿Habrá querido Dios someter
a prueba su fidelidad, como hizo en otro tiempo con Abraham?
La visión necesita, pues, una explicación, y esa explicación la va a
tener en seguida.

Los enviados de Cornelio se presentan a Pedro
10,17-23*a*

[17] *Mientras Pedro se preguntaba en sus adentros qué podría significar la visión que acababa de tener, los enviados de Cornelio habían preguntado por la casa de Simón y estaban ya en el portal;* [18] *llamaron y preguntaron si allí se hospedaba Simón, por sobrenombre Pedro.* [19] *En tanto Pedro daba vueltas a la visión, dijo el Espíritu: «Tres hombres te buscan;* [20] *baja y ve con ellos sin ningún reparo; porque yo los he enviado.»* [21] *Bajó, pues, Pedro y dijo a los hombres: «Yo soy el que buscáis. ¿Qué os ha traído por aquí?»* [22] *Ellos dijeron: El centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, muy bien considerado por todo el pueblo de los judíos, recibió de un ángel santo la orden de conducirte a su casa y escuchar tus palabras.* [23a] *Pedro los invitó a hospedarse con él.*

Mientras Pedro sigue reflexionando sobre cuanto acaba de ver, los tres enviados han llegado ya frente a la casa. En este momento la voz interior del Espíritu le comunica la orden de ir con ellos a Cesarea, pues vienen enviados por él.

Significado de la visión de Pedro. Algunos sostienen la opinión

de que con esta visión Dios quiso declarar abolida la prescripción judía relativa a los alimentos; dicha prescripción distinguía entre animales puros e impuros (como eran, entre otros, el cerdo y la liebre), y sólo permitía comer los animales puros. Abolida tal prescripción, Pedro podía entrar ahora en la casa del centurión pagano y compartir su mesa. Pero esta opinión es errónea. Si tal fuera el significado de la visión, no por eso estaría Pedro autorizado a entrar en una casa pagana y a comer con un pagano, porque, aparte de la comida, había aún otras muchas posibilidades de contraer la impureza. Piénsese en que, por ejemplo, a un judío le estaba permitido comer carne sólo a condición de que el animal hubiese sido degollado.

Ante estas dificultades, algunos comentaristas optan por creer que la visión no formaba parte de la primitiva redacción de la historia de Cornelio, sino que Lucas la incluyó aquí más tarde. No niegan que se trate de una efectiva experiencia de Pedro, pero ésta habría acaecido en época posterior, y más exactamente, cuando se agravó el problema relativo a los alimentos comunes entre judíos convertidos y cristianos provenientes del paganismo (Gál 2,11-14). La visión habría tenido entonces por fin enseñar al apóstol que las leyes relativas a los *alimentos* carecían de valor para los cristianos. Lucas, de su parte, habría comprendido la visión como una señal de que Dios no quería hacer ya distinciones entre *hombres* puros e impuros. Sea como fuere, en el contexto en que se encuentra, la visión no se refiere a la abolición de distinciones entre *alimentos* puros e impuros, sino que es un símbolo destinado a enseñar que en adelante no se clasificará ya a los *hombres* en las dos categorías tradicionales de puros e impuros. Es esto lo que explícitamente se dice luego en 10,28. Así pues, la visión tiene por fin hacer comprender a Pedro, en una especie de parábola, que, en los planes salvíficos de Dios, judíos y paganos tendrán los mismos derechos.

Llegada de Pedro a Cesarea
10,23*b*-33

[23b] Al día siguiente partió con ellos, y algunos de los hermanos de Jope le acompañaron. [24] Al otro día llegó a Cesarea. Cornelio estaba esperándolos y había convocado a sus parientes y amigos íntimos. [25] A la llegada de Pedro, Cornelio salió a su encuentro y arrojándose a sus pies lo adoró. [26] Pedro le hizo levantarse diciendo: «Levántate, que yo también soy solamente un hombre.» [27] Y conversando con él entró y halló congregados a muchos, [28] a los cuales dijo: «Vosotros sabéis que está prohibido a un judío juntarse con un gentil o entrar en su casa, y sin embargo Dios me ha hecho ver que a ningún hombre se debe considerar profano o impuro. [29] Por eso, llamado, vine sin dudar; y ahora quisiera saber por qué me fuisteis a buscar.» [30] Díjole Cornelio: «Hace cuatro días a esta misma hora me encontraba haciendo la oración de nona en mi casa, cuando un hombre en hábito blanco se situó ante mí [31] y me dijo: "Cornelio, ha sido escuchada tu oración y de tus limosnas se ha hecho memoria en la presencia de Dios; [32] envía, pues, hombres a Jope y haz llamar a Simón, que lleva el sobrenombre de Pedro; éste se hospeda en una casa de Simón curtidor, junto al mar." [33] Al instante mandé a buscarte y tú has sido muy galante en venir, y aquí estamos ahora todos nosotros en el acatamiento de Dios para escuchar todo lo que te haya sido ordenado por el Señor.»

Pedro toma al día siguiente el camino de Cesarea con los envia- **23**
dos de Cornelio, haciéndose acompañar de seis cristianos de Jope
(11,12). A su llegada, el centurión le rinde homenaje de adoración **25**
como si se tratara de un ser ultraterreno, pero Pedro reacciona con
decisión [15]. Entre los judíos estaba estrictamente prohibido sostener **28**
relaciones sociales con personas no judías, porque todo trato con
éstas los exponía al peligro de incurrir en impureza. De ahí que no
entrasen en casas de paganos sino a regañadientes [16]. Pedro, como

15. Cf. Ap 19,10; 22,8-9.
16. Cf. Jn 18,28.

él mismo lo dice a los que están reunidos en casa de Cornelio, ha pasado por encima de esta exigencia judía, porque Dios le ha dado a conocer que la distinción de los hombres en dos categorías, la de los puros y la de los impuros, no es justa [17]. Se ve que ya ha comprendido el significado de la visión, precisamente porque el Espíritu
29-33 se la ha hecho entender (v. 19-20). Cornelio explica luego por qué lo hizo venir. «Tus limosnas han sido recordadas en presencia de Dios», en vez de «han sido recordadas *por* Dios» [18], es decir, Dios se ha acordado de tus limosnas; en la frase se encierra un profundo respeto hacia la majestad divina.

Discurso de Pedro
10,34-43

34 Y abriendo Pedro su boca dijo: «En verdad ahora comprendo
que Dios no se fija en exterioridades, 35 sino que de cualquier raza
el que le teme y practica la justicia le es aceptable; 36 es la palabra
que ha enviado a los hijos de Israel, anunciando el mensaje de paz
por medio de Jesucristo; él es el Señor de todos. 37 Vosotros cono-
céis lo que ha sido acontecimiento en toda Judea, a partir de Galilea
después del bautismo que Juan predicó: Jesús de Nazaret, 38 cómo
Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y pasó haciendo
bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios
estaba con él. 39 Nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo
en toda la región de los judíos y en Jerusalén, al cual incluso mata-
ron colgándole de un madero. 40 Dios le resucitó al tercer día y le
concedió hacerse públicamente visible, 41 no a todo el pueblo, sino
a los testigos escogidos de antemano por Dios, a nosotros que comi-
mos y bebimos con él después de su resurrección de entre los muer-
tos. 42 Y nos ordenó predicar al pueblo y dar testimonio de que él
es el establecido por Dios como juez de vivos y muertos. 43 Todos
los profetas dan testimonio de que por su nombre obtiene el perdón
de los pecados todo el que cree en él.»

17. Cf. Act 15,9.
18. Cf. también Mt 18,14.

Pedro comienza su discurso reconociendo que las intervenciones **34**
divinas de los últimos días lo han llevado a comprender con toda claridad que lo que en el hombre cuenta delante de Dios no es su exterior (en este caso, su pertenencia al pueblo escogido), sino su interior [19]; en otras palabras, que todo hombre que teme a Dios y
observa sus mandamientos le es acepto, no importa la raza a que **35**
pertenezca [20].

El término «aceptable» o «acepto», aquí empleado, es de origen cultual; aceptos ante Dios son una víctima sin defectos y aquel que la ofrece [21]. Más tarde se expresa la idea de que el hombre se hace más acepto a Dios con una conducta intachable que ofreciendo animales en sacrificio [22].

Pero aun en el NT se tiene plena conciencia del origen cultual de la expresión [23]. En términos semejantes expresa Pablo el mismo pensamiento en Rom 2,10-11: «Gloria, honor y paz (= salud) para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil; pues en Dios no hay acepción de personas» [24]. Pero el v. 35 no significa que ante Dios sean suficientes una piedad y una moralidad generales, tales como las que pueden encontrarse entre gentiles, y que, en consecuencia, la fe en Cristo y la posesión de los bienes de la salud que ofrece el cristianismo resultarían superfluos. Por el contrario, esas cualidades (y solamente ésas) no son más que las condiciones para tener parte en la salud que Cristo ha procurado a los hombres (cf. v. 43).

Pedro pasa a referirse en seguida a Cristo, de cuya obra su- **36**
pone que los oyentes tienen cierto conocimiento. El mensaje que Dios ha hecho llegar a los israelitas por medio de Cristo es un mensaje de paz (en sentido religioso), es decir, de salvación (tal como en Is 52,7). Mas tarde Jesús es el Señor de todos (Rom 10,12); su mensaje y su obra están destinados a todos sin excepción. Pedro, sin **37-39**

19. Cf. 1Sam 16,7.
20. Act 10,22; Lc 1,6; 2,25; 23,50; Jn 9,31; Heb 11,33.
21. Lev 1,3; 19,5; 22,19-27.
22. Prov 11,20; 15,8; 16,7.
23. Rom 15,16; Flp 4,18; 1Pe 2,5.
24. Cf. también Gál 2,6; Ef 6,9; Col 3,25.

embargo, habla menos de su predicación que de los milagros, entre los cuales da especial relieve a las liberaciones de posesos. Estas obras las hizo Jesús gracias al poder de Dios, que estaba con él (cf. 2,22).

38 Especialmente importante es la afirmación de que Dios lo ungió con el Espíritu Santo y con poder (alusión al título «Cristo», que quiere decir Ungido); la afirmación significa que en consideración a su oficio de Mesías, Dios lo proveyó, en el bautismo, con el Espíritu Santo y el poder de hacer milagros (cf. 4,27). Según Isaías, el Mesías posee la plenitud del espíritu divino [25], y Jesús declara, en la sinagoga de Nazaret, que la profecía de Is 61,1-2 se ha cumplido en él. El texto de Is 61,1-2, que Lc 4,17 cita íntegramente, trata (como Is 52,7 = v. 36) del mensaje de la buena nueva de salud. En nuestro pasaje, en cambio, el texto está abreviado; en consecuencia, el mensaje de salvación pasa a segundo plano, y se tiene la impresión de que el orador busca hacer resaltar ante todo cómo Dios acreditó, mediante los milagros, el conjunto de la obra de Jesús (cf. 2,22).

40-41 No obstante la riqueza de bendiciones que incluía la obra de Cristo, impregnada toda ella del poder de Dios, los judíos le dieron muerte (2,23). Pero Dios lo resucitó y lo hizo aparecer a toda una serie de testigos escogidos, a sus discípulos (13,31). A ellos les fue dado compartir la mesa con el Resucitado [26]; su testimonio no se basa, pues, solamente en visiones, sino en un trato real que tuvieron con él. Y durante estos contactos personales, él les confió el encargo de predicar al pueblo judío, y especialmente de testimoniar que él es el predestinado por Dios para ser juez de vivos y muertos. También Pablo, en el discurso del Areópago, habla de esta misión judicial de Cristo [27]. Esta verdad, que más tarde pasó a formar parte de la profesión de fe cristiana, se encuentra aquí formulada por primera vez.

Según el designio de Dios, Jesús no es un rey mesiánico de carácter nacional, sino el Señor y juez de todo el universo. De conformidad con esto, todo el que cree en él es apto para recibir

25. Is 11,2; 61,1.
26. Lc 24,41-43; Act 1,4.
27. Act 17.31; cf. Rom 14,9; 2Tim 4,1; 1Pe 4,5.

la remisión de sus pecados y para conseguir la salvación, de acuerdo con el testimonio de todos los profetas [28].

Bautismo de Cornelio y de su familia
10,44-48

[44] Todavía estaba Pedro hablando estas cosas cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la palabra. [45] Y se maravillaron los creyentes provenientes de la circuncisión que habían venido con Pedro de que también sobre los gentiles se hubiera derramado el don del Espíritu Santo; [46] porque los oían hablar en lenguas y magnificar a Dios. Pedro entonces respondió: [47] «¿Acaso puede alguien rehusar el agua para que sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?» [48] Ordenó, pues, que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedara con ellos unos días.

Pedro no había aún terminado de hablar [29] cuando, de improviso, sus oyentes, es decir, Cornelio con su familia, parientes y ami- **44**
gos, reciben el Espíritu Santo, lo que se pone de manifiesto en el
hecho de que todos ellos comienzan a hablar en lenguas. Esto pro- **46**
voca la admiración de los compañeros de Pedro, que jamás pensa- **45**
ron que el don mesiánico del Espíritu Santo se concediera también
a los gentiles. Pedro, que hace resaltar la identidad de este acontecimiento con el de pentecostés (11,15), reconoce en ello, con toda **47-48**
razón, una comunicación de la voluntad divina de que estos gentiles, temerosos de Dios, sean bautizados, sin necesidad de ser agregados previamente, por la circuncisión, al pueblo judío.

28. Cf. Act 5,31; Jer 31,34: «Yo perdono su culpa, y no pienso más en sus pecados.»
29. Cf. Lc 8,49; 22,47.

Pedro justifica en Jerusalén su proceder
11,1-18

[1] *Oyeron los apóstoles y los hermanos de Judea que también los*
gentiles habían recibido la palabra de Dios. [2] *Y cuando Pedro subió*
a Jerusalén, disputaban con él los que eran de la circuncisión, [3] *di-*
ciéndole: «¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos
y has comido con ellos?» [4] *Y empezó Pedro a explicárselo punto*
por punto diciendo: [5] *«Yo estaba orando en la ciudad de Jope,*
cuando vi en éxtasis una visión: un recipiente como un gran lienzo
que descendía colgado del cielo por sus cuatro puntas y llegaba
hasta mí. [6] *Yo lo consideraba con la vista fija en él, y vi cuadrúpedos*
de la tierra y bestias y reptiles y pájaros del cielo. [7] *Oí asimismo una*
voz que me decía: "Vamos, Pedro, mata y come." [8] *Pero yo dije:*
"De ninguna manera, Señor; jamás entró en mi boca cosa pro-
fana o impura." [9] *Y me respondió de nuevo la voz del cielo:*
"Lo que Dios ha declarado puro, no lo llames tú profano." [10] *Esto*
se repitió hasta tres veces, y de nuevo se retiró todo hacia el cielo.
[11] *Al instante se presentaron en la casa donde estábamos tres hom-*
bres enviados desde Cesarea en busca de mí. [12] *Y el Espíritu me*
dijo que fuera con ellos sin ningún reparo. Vinieron también con-
migo estos seis hermanos, y entramos en la casa de nuestro hombre.
[13] *Él nos contó cómo vio en su casa al ángel que se le presentó y*
le dijo: Envía a Jope a buscar a Simón, por sobrenombre Pedro;
[14] *él te dirá palabras en virtud de las cuales serás salvo tú y toda*
tu casa. [15] *Y en comenzando yo a hablar, descendió el Espíritu Santo*
sobre ellos como al principio sobre nosotros. [16] *Y recordé las pala-*
bras del Señor cuando decía: "Juan bautizó con agua, pero vosotros
seréis bautizados en el Espíritu Santo." [17] *Si, pues, Dios les otorgó*
el mismo don que a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo,
¿quién era yo para poder impedírselo a Dios?» [18] *Oyendo esto, se*
conformaron y glorificaron a Dios diciendo: «Según esto, Dios ha
dado también a los gentiles el arrepentimiento que conduce a la
vida.»

La aceptación del pagano Cornelio y de los suyos choca con la 1
resistencia, no de toda la comunidad de Jerusalén, sino de aquellos
miembros suyos que se caracterizaban por la estrechez de ideas (tal
es aquí el significado evidente de la expresión «los que eran de la 2-3
circuncisión»). Éstos, pues, exigen explicaciones a Pedro, y lo recri-
minan de haber violado la ley al entrar en una casa pagana y sentar-
se a la mesa con incircuncisos. Se le reprocha que con semejante
proceder ha pasado por alto la distinción existente entre lo puro e
impuro, y que, en consecuencia, ha derribado la barrera que separa
a judíos y gentiles. Es sorprendente que no le pongan reparos por
haberles administrado el bautismo.

En cuanto al hecho de haber entrado en una casa pagana, Pe- 4-17
dro se justifica narrando la visión que tuvo y la consiguiente orden
del Espíritu, de no tener reparo en ir con los enviados de Cornelio.
Pero se justifica también de haber bautizado a la familia de Cornelio,
una familia de incircuncisos. En la venida del Espíritu Santo sobre
Cornelio y los suyos, que sucede cuando comienza a hablar (en rea-
lidad, alcanzó a pronunciar un discurso completo, v. 36-43), Pedro
ve en seguida el cumplimiento de la profecía del Resucitado, que
prometía el envío del Espíritu (1,5). Una vez el Espíritu había des-
cendido, era ya imposible negarles el bautismo, porque el hacerlo
equivalía a resistir a la expresa voluntad de Dios. El discurso de
Pedro logra calmar a los oyentes. Mas la calma no dura mucho, 18
porque la cuestión volverá pronto a tornarse candente en el seno de
la comunidad de Jerusalén (15,1-3).

En la historia de Cornelio se hallan entrelazados dos problemas distintos: 1.°, la entrada en una casa pagana y la comida en compañía de gentiles; 2.°, el bautismo de personas no circuncidadas. Estos dos problemas, de suma importancia para la Iglesia primitiva, se ven solucionados aquí en forma positiva, mediante una doble expresa manifestación de la voluntad divina: la primera, en la visión que Pedro tuvo en Jope; la segunda, en la repentina efusión del Espíritu sobre Cornelio y su casa.

De ambas cuestiones se ocupa también la carta a los Gálatas [30]

30. Gál 2,11-21 y 2,1-10 respectivamente.

La convivencia a que se ha llegado en la comunidad de Antioquía, entre judíos convertidos y cristianos procedentes del paganismo, plantea a los primeros un grave problema.

La historia de Cornelio en el plan de los Hechos.

El bautismo de Cornelio es uno de los episodios que los Hechos narran con mayor detenimiento. Especialmente llama la atención el hecho de que Pedro, en Jerusalén, no se limita a justificar en pocas palabras su proceder, sino que repite, con abundancia de pormenores, todo cuanto ya se sabía por el capítulo 10. Por lo que se refiere a riqueza de pormenores, la historia de Cornelio sólo puede equipararse con el relato de la conversión de Pablo [31] y con las repetidas defensas que él hace de sí mismo ante sus jueces [32]. Con otros pasajes (relato de pentecostés, curación del paralítico, episodio de Esteban, actividad de Pablo en Antioquía de Pisidia y en Atenas) tiene en común un discurso de cierta longitud.

La amplitud dada a la narración se propone hacer ver al lector, sin dejarle lugar a dudas, que el bautismo de Cornelio representa uno de los puntos culminantes del libro y señala el comienzo de una nueva etapa en la historia de la evangelización. *Quien acepta los primeros gentiles en el seno de la Iglesia,* sin sujetarlos previamente a la ley judía, no es un misionero cualquiera, más o menos desconocido, sino el propio *Pedro, el jefe de los apóstoles,* y, por cierto, *inducido* a ello *por una manifestación bien clara de que tal era la voluntad de Dios.*

De la mención que del hecho hace al relatar el concilio apostólico, resalta con particular evidencia que Lucas considera de suma importancia el bautismo de Cornelio. En esa ocasión, Pedro y Santiago, los dos oradores que con su voto deciden la controversia, invocan el caso de Cornelio, mediante el cual Dios tenía ya establecido, de años atrás, que los gentiles recibieran la palabra del Evangelio y llegaran a la fe sin contraer por ello ningún compromiso

31. Act 9; 22; 26.
32. Act 23,1ss; 24,10ss; 26,1ss.

con la ley judía (15,7); esto equivale a decir que *Dios*, en su providencia, había decidido hacer de los gentiles un pueblo para su nombre (15,14).

La figura de Cristo en los Hechos de los Apóstoles.

1. Fuera de las noticias relativas a la pasión, pocas son las que contienen los Hechos acerca de la *figura histórica* de Jesús. Afirman que, conforme a las divinas promesas, es descendiente de David [33]. Con una alusión a Nazaret, el lugar en que vivió, es llamado frecuentemente «Nazareno» [34] o «de Nazaret» (10,37). Se hace mención de María, su madre, y de sus «hermanos» en 1,14; pero entre estos últimos el único que en los Hechos tiene cierta importancia es Santiago [35], quien, por lo demás, nunca recibe el calificativo de «hermano del Señor». La vida pública, que es presentada en síntesis como acción y enseñanza [36], aparece precedida inmediatamente de la predicación y del bautismo de penitencia de Juan [37].

Juan fue el precursor, que invitó a sus propios oyentes a creer en aquel que venía después de él, y quien no se creía digno de desatar el calzado; con tales expresiones el Bautista anunciaba a Jesús como Mesías [38]. Una vez que Juan terminó su carrera, entró Jesús en escena, y todo el territorio judío se benefició de su acción, ya que por doquiera «pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo» [39]. Los Hechos no se detienen a exponer el contenido de la predicación de Jesús; sin embargo, Pablo cita en Mileto una frase del Señor que no fue consignada en los evangelios (20,35).

De la *pasión, muerte y sepultura* de Jesús se ocupan principalmente los discursos. Los judíos, y en particular sus jefes, son los

33. Act 2,30; 13,23.
34. Act 2,22; 3,6; 4,10; 6,14; 22,8; 26,9.
35. Act 12,17; 15,13; 21,18.
36. Act 1,1; cf. Lc 24,19: «poderoso en obras y en palabras».
37. Act 1,22; 10,37; 13,34.
38. Act 13,24-25; 19,3-4.
39 Act 10,38; cf. también 2,22.

directamente responsables de la muerte de Jesús [40]. Judas, uno de los doce, se prestó para servir de guía a los esbirros que fueron a prenderlo (1,16). Las autoridades judías pusieron a Jesús en manos de Pilato y exigieron su condenación a muerte, pese a que éste no hallaba en él culpa alguna [41]. Pilato, que lo reconoció inocente, tenía la intención de dejarlo en libertad, pero los judíos no convinieron en ello y prefirieron la liberación de un asesino (3,13-14). En esta forma los judíos lo hicieron morir ignominiosamente, por mano de los impíos, en el madero de la cruz [42]. En dos pasajes [43] se hace alusión a un texto de la Escritura (Dt 21,22) para subrayar la tremenda culpabilidad de los judíos. Es cierto que en otro pasaje se explica su culpa por la ignorancia [44], pero ésta no puede servirles de excusa; de ahí que se los exhorte, con toda seriedad, a hacer penitencia [45].

También Pablo en 1Tes 2,15 («dieron muerte al Señor Jesús») llama la atención sobre la culpabilidad de los judíos en la muerte de Jesús. Teniendo en cuenta que un Mesías crucificado era motivo de escándalo para los judíos (1Cor 1,23), los primeros misioneros cristianos se vieron en la necesidad de demostrar que esa muerte violenta de Jesús no era contraria a su dignidad mesiánica, sino que, por el contrario, correspondía al plan de Dios, pues había sido ya profetizada en las Escrituras; en consecuencia, sus «traidores y asesinos» (7,52) no fueron, después de todo, más que ejecutores de la voluntad divina. Ya el Resucitado había demostrado a los discípulos, remitiéndolos a todos los profetas, que el Mesías debía padecer y morir (Lc 24,26-27.46); asimismo los apóstoles, en su predicación, recalcan con insistencia que los sufrimientos y la muerte de Jesús están perfectamente de acuerdo con los planes de Dios y fueron predichos por la Escritura («según el designio determinado y la presencia de Dios», 2,23; lo mismo en 4,28; «todos los profetas») [46]. Sólo

40. Act 2,23; 3,15; 4,10; 5,30; 7,52.
41. Act 13,28; 3,13; 2,23; 5,30; 7,52.
42. Act 2,23; 4,10; 5,30; 10,39.
43. Act 5,30; 10,39.
44. Act 3,17; cf. también 13,27-28.
45. Act 2,38; 3,19.
46. Act. 3,18; cf. 13,27.29; 17,3.11; 26,23.

que, a excepción de dos casos [47], nunca se citan textos bíblicos precisos.

Del poder expiatorio de la muerte de Cristo no se habla directamente [48]. Pero se encuentran en los discursos numerosas alusiones al poema del siervo sufriente (Is 52,13-53,12). Tales reminiscencias aparecen cuando, por ejemplo, Jesús es llamado «siervo de Dios», el «justo» o el «autor de la vida» y cuando se dice regularmente que fue «entregado» [49]. Jesús sufriente, resucitado y glorificado, es la proyección del siervo de Yahveh de que habla Isaías. Por último, no deja de ser significativo que José en Egipto y Moisés sean presentados como figuras de Cristo (7,9-14.20-40); esta tipología busca dar especial relieve a los rasgos dolorosos de la figura de Cristo [50]. Así pues, no es exacto afirmar que la idea del poder salvador de la muerte de Cristo en la cruz esté totalmente ausente de los Hechos.

Puesto de especial importancia en la predicación cristiana corresponde, como es natural, a la *resurrección* de Jesús, porque ésta constituye la garantía divina de su misión (17,31). Bajado de la cruz y colocado en el sepulcro (13,29), Dios (al tercer día, 10,40) lo resucitó, es decir, volvió a unir su alma al cuerpo [51]. Esa reunión es definitiva, de suerte que ya nunca podrá volver a la corrupción (13,34). Con su retorno a la vida comenzó la resurrección final (26,23). Varias veces el Resucitado se manifestó en carne y hueso, no a todo el pueblo, sino a sus discípulos, y con ellos comió y bebió [52]. Fortalecidos con estas apariciones, gracias a las cuales se reavivó su fe, que había sufrido una fuerte sacudida con la crucifixión (Lc 24,21), los discípulos rinden ahora testimonio de la resurrección de Jesús [53]. Véase 4,33: «con gran valor los discípulos atestiguaban la resurrección del Señor» (cf. 1,22).

47. Is 53,7-8 (Act 8,32-33); Sal 2,1-2 (Act 4,25-26).

48. Cf. comentario a Act 8,32-33.

49. Siguiendo a Is 53,12; cf. también Rom 4,25; 8,32; Gál 2,20; véase además el comentario a Act 3,13.

50. Cf. el comentario a 7,16.

51. Act 2,24.32; 3,15; 4,10; 5,30; 10,40; 13,30.33-34 37; 17,31; 26,6-9; cf. 23,6-9; 25,19.

52. Act 10,40-41; 13,31.

53. Act 2,32*b*; 3,15; 10,40-41; 13,31.

A la mención del sepulcro vacío no se concede, en cambio, ninguna importancia; tan sólo Pedro alude una vez a ello (2,29ss). Sobre este punto, los discursos de los Hechos coinciden perfectamente con la argumentación del apóstol Pablo en 1Cor 15,4ss («si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra predicación, vana también vuestra fe», v. 14). Dado que, de acuerdo con la mentalidad judía, todo lo relativo al Mesías debía estar predicho en las Escrituras, los oradores cristianos tuvieron que presentar a sus oyentes hebreos la prueba de que (la muerte y) la resurrección de Cristo había sido anunciada de antemano en los escritos del AT; de otra manera, su testimonio personal de la resurrección de Jesús habría carecido de valor. Por esta razón Pedro, tomando pie del Sal 16,8-11, ofrece en el discurso de pentecostés una demostración a fondo de la resurrección del Mesías [54].

Otro tanto hace Pablo al hablar en la sinagoga de Antioquía de Pisidia; en esta ocasión, a más del Sal 16,10 trae también como prueba el Sal 2,7 («Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado») e Is 55,3. También los pasajes 17,3-4 y 26,22-23 apelan a la demostración escriturística. En este punto coinciden una vez más los Hechos con la tradición conservada por Pablo en 1Cor 15,3ss («La tradición que yo he recibido: que Cristo... resucitó al tercer día según las Escrituras»).

Estrechamente relacionadas con la resurrección de Cristo estuvieron su *entrada en el cielo* y su entronización al lado del Padre [55]. En el Sal 110,1 encuentra Pedro una prueba escriturística en favor de la ascensión [56]. Una vez glorificado, pudo enviar el Espíritu Santo, que derramó sobre los discípulos [57].

Desde su gloria, el Señor se apareció, cerca de Damasco, al perseguidor de los suyos, Saulo, lo convirtió y lo llamó a ser su discípulo y heraldo del evangelio [58]. Durante una visión del templo de Jerusalén le confirió luego la misión de evangelizar a los paganos

54. Cf. el comentario a Act 2,25ss.
55. Act 2,33; 3,13.21; 5,31; 7,56.
56. Act 2,34; cf. el exc. de la p. 45.
57. Cf. a propósito el exc. de la pág. 146.
58. Act 9,3-6; 22,7-10; 26,14-18.

(22,17-21). En una aparición nocturna, en Corinto, infundió nuevo valor a Pablo, presa del desaliento, y reanimó su confianza (18,9-10). El Señor glorificado continúa manifestando su poder, guiando, por medio del Espíritu Santo, la obra de la evangelización [59], y obrando milagros, todos los cuales se hacen en su «nombre» [60].

Al fin de los tiempos, el Cristo que ahora habita en los cielos volverá a la tierra en forma visible (1,11), en calidad de juez constituido por Dios sobre vivos y muertos (10,42), es decir, sobre el mundo entero (17,31) y como portador de la salud escatológica (3,20-21). Pero cuando se trata de saber en qué tiempo acaecerá el retorno, se elude toda respuesta (1,7). No existe, en todo caso, la menor alusión a que tal retorno se verifique en un futuro próximo.

2. Los Hechos no contienen una *cristología* (doctrina acerca de Cristo) bien sistematizada y formulada de acuerdo con principios claros. Pero esto mismo no es de extrañar, ya que el autor utilizó tradiciones de distinta procedencia. La parte de la cristología que resulta más uniformemente elaborada es la relativa a la *exaltación de Cristo*. Mediante su resurrección y exaltación a la diestra de Dios (7,56), Jesús entró a compartir el poder divino, en virtud del cual envió el Espíritu Santo a los discípulos el día de pentecostés y continúa enviándolo de nuevo, y un día se presentará sobre la tierra en calidad de juez.

Es cierto que Pedro afirma, en el discurso de pentecostés, que Dios lo «ha hecho Señor y Mesías» (2,36), pero de tales palabras no se puede concluir que la comunidad de Jerusalén no reconociese la presencia de la dignidad mesiánica en Jesús durante su existencia terrena; baste recordar (para limitarnos a este solo argumento) cómo se esforzó en presentar la muerte del Mesías Jesús como perfectamente acorde con las Escrituras [61]. Al expresarse así, Pedro sólo quería decir que, al ser glorificado, Jesús obtuvo su puesto de Señor mesiánico, mientras que anteriormente era el Mesías humillado y oculto. En idéntico sentido hay que entender 13,33, donde se dice

59. Act 13,2; 16,6-7.
60. Act 3,6.10; 4,10.30.
61. 1Cor 15,3; Act 2,23; 4,26ss.

que en la resurrección de Jesús se cumplieron las palabras del Sal 2,7 («Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado») [62].

Así pues, según Act 2,36; 13,33[63], Jesús, durante su vida terrena, no era aún «Señor», «Mesías», «Hijo de Dios» en todo el sentido de la palabra. Estos títulos le convienen plenamente sólo después de la resurrección. Jesús los recibió del Padre en el momento de la resurrección (y exaltación). Otro tanto vale para el título de «salvador» *(soter)*, como resulta de Act 5,31 [64]. La resurrección coincide, pues, para Jesús, con su entronización, o toma de posesión de su poder real, de su condición de Señor universal. Ni Pablo en su discurso (13,33), ni el autor de la carta a los Hebreos [65] relacionan el texto del Sal 2,7 con el origen de Jesús, con su generación eterna. Los Hebreos no hablan de ésta, como no hablan, en general, de la preexistencia de Cristo. Sólo quieren referirse a su naturaleza humana. Ahora bien, la naturaleza humana de Cristo no llegó a la posesión de los privilegios divinos sino a través de la resurrección y exaltación a la diestra de Dios (Hilario de Poitiers).

De acuerdo con la información de los Hechos, la comunidad de Palestina enfocó la *vida terrena* de Jesús desde un doble punto de vista: el de la promesa de un profeta como Moisés (Dt 18,15), que en él se vio cumplida [66], y el del siervo de Dios, de que habla Isaías [67].

En cuanto a la presencia de Jesús bajo el aspecto de *profeta*, con frecuencia se muestra en los sinópticos cómo el pueblo lo tenía por tal [68]. Preguntados por los habitantes de la ciudad, los que acompañan a Jesús en su entrada triunfal a Jerusalén responden: «Éste es el profeta de Nazaret, en Galilea» [69]. Se comprende por qué los dos discípulos de Emaús expresan su propio juicio acerca del maestro

62. Cf. además Rom 1,3: «constituido Hijo de Dios, poderoso».
63. Heb 1,5; 5,5.
64. Cf. Flp 3,20: «los cielos, de donde asimismo aguardamos, como Salvador, al Señor Jesucristo»; Rom 5,9-10.
65. Heb 1,5; 5,5.
66. Act 3,22; 7,37.
67. Act 3,13.26; 4,27.30.
68. Mc 6,16 = Lc 9,8; Mc 8,28 par; Lc 7,16.39.
69. Mt 21,11; cf. 21,46.

crucificado, en estos términos: «Él se reveló como un profeta, poderoso en obras y en palabras ante Dios y ante el pueblo» (Lc 24,19). El propio Jesús afirmó, hablando de sí mismo: «No conviene que un profeta perezca fuera de Jerusalén» [70]. Las multitudes beneficiadas con la multiplicación de los panes exclaman ante el milagro: «Éste es realmente el profeta que ha de venir al mundo» (Jn 6,14); lo que significa que en el profeta de Dt 18,15 ellos ven claramente anunciado al rey mesiánico.

Pasando ahora a los Hechos, es sobre todo el discurso de Esteban el que más explícitamente se refiere a Jesús como al nuevo Moisés, al profeta igual a Moisés. El discurso cita la profecía de Dt 18,15 y dedica casi la mitad de su contenido a describir la actividad y la suerte de Moisés (7,20-41). Más aún, traza una especie de paralelo entre Moisés y Jesús, cuando llama al primero «poderoso en obras y en palabras» [71], cuando habla de los prodigios y señales que él obró [72] o dice de él que recibió de Dios palabras vivas (es decir, palabras que dan la vida), para comunicarlas al pueblo [73], o que Dios lo envió al pueblo como guía y redentor (7,35), pero éste no le obedeció (7,39), sino que renegó de él y lo rechazó (7,35.39). Como Esteban, también Pedro ve realizada en Jesús la aparición del profeta prometido por Moisés; por eso él también cita Dt 18,15 (Act 3,22), añadiendo asimismo la invitación a escucharlo (Dt 18,19).

Los profetas del AT y otros caudillos de Israel, tales como Gedeón (Jue 6,34) y Saúl (1Sam 11,6), estuvieron en posesión del Espíritu de Dios, y algunos de ellos recibieron aún el poder de hacer milagros (p.e., Elías y Eliseo); pero el Espíritu no moraba en éstos en forma habitual, sino que se apoderaba de ellos cuando debían llevar a cabo alguna misión divina. Al Mesías, en cambio, según el concepto del AT, se le da el Espíritu en posesión permanente [74]. A Is 61,1-2 se refiere Jesús explícitamente: «El Espíritu del Señor reposa sobre mí, porque Él me ha ungido» (Lc 4,18).

70. Lc 13,33: cf. también Mc 6,4 par.
71. Act 7,22; cf. Lc 24,19.
72. Act 7,36; cf. 2,22.
73. Act 7,38; cf. Act 5,20; Jn 6,68.
74. Is 11,2; 42,1; 61,1.

Esta «unción» se efectuó, según los evangelios, con la venida del Espíritu Santo sobre Jesús inmediatamente después del bautismo [75]. A esta presencia del Espíritu Santo en Jesús, ordenada al ejercicio de su oficio mesiánico, hace referencia Pedro cuando dice: «Vosotros conocéis... cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» [76]. En términos análogos dice Pedro, en el discurso de pentecostés, que, ante los judíos, Jesús fue «acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales que por él realizó Dios» (2,22).

En dos pasajes de los Hechos se da a Jesús el título de *siervo de Dios,* dos veces en cada pasaje. En el discurso del templo, Pedro declara que Dios «ha querido glorificar a su siervo Jesús» (3,13), precisamente con la curación del paralítico en el «nombre» de Jesús (3,16); concluye luego que «ha suscitado Dios a su siervo» [77], ante todo, para el pueblo de Israel. La oración de la comunidad (4,25ss) dice que las potencias enemigas se confabularon «contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste» (es decir, estableciste como ungido = Mesías), 4,27, y termina pidiendo que Dios obre prodigios «por el nombre de tu santo siervo Jesús» (4,30).

El título de siervo de Dios (en hebreo: *ebed Yaveh)* es corriente en el AT y designa a una persona que mantiene con Dios relaciones de especial intimidad. Se conoce, ante todo, por los cuatro poemas del siervo de Yahveh en Isaías [78]. De ordinario se aplica a una persona determinada, como Abraham, Moisés, David, Elías, Isaías. En Am 3,7 y Jer 44,4 se llama a los profetas siervos de Dios. Éstos lo son en cuanto delegados de Dios, que les dispensa además una particular protección. En los poemas de Isaías, el siervo de Dios es un personaje que aparecerá en el futuro, pero que el profeta ve ya como presente: es el Mesías.

En los cuatro lugares de los Hechos, antes mencionados, se da

75. Mc 1,10 par; cf. Jn 1,32: «Yo he visto al Espíritu que, como paloma, descendía del cielo y se posaba sobre él.»

76. Act 10,37-38; cf. 4,27: «Jesús, a quien ungiste.»

77. Act 3,26; cf. 3,22.

78. Is 42,1-7; 49,1-9*a;* 50,4-9; 52,13-53,12.

a Jesús el título de «*siervo* de Dios» por alusión a la profecía de Isaías, que el cristianismo primitivo aplicó al Mesías, basado en lo que aconteció a Jesús [79]. Pero, como este título resultaba incomprensible para los gentiles convertidos, pronto fue desapareciendo del uso entre los primeros cristianos, sobre todo porque se prestaba a escándalo el oir hablar de Jesús en tales términos. Se conservó, sin embargo, aún por largo tiempo en el lenguaje arcaico de las fórmulas de oración [80]. En la oración de la comunidad primitiva se da también a David, intencionalmente, el título de siervo de Dios, porque si Jesús fue quien consumó el reino de Dios en Israel, David fue quien lo inició.

En los Hechos se da también a Jesús el calificativo «el *Justo*» [81]. Este título guarda relación asimismo con la imagen del siervo de Yahveh, el cual en Is 53,11-12 es llamado justo, por contraposición a los pecadores. «El Justo» es un título mesiánico, como se puede deducir de la presencia del artículo definido y de la ausencia de un sustantivo. Dado que se encuentra ya en el libro de Henoc (etiópico), que lo usa también en relación con Is 53,11, hay que admitir que se trata de un título anterior al cristianismo.

«Salvador» es otro título que los Hechos dan a Cristo [82], y que contiene una alusión a otro calificativo que se da a Moisés («redentor», 7,35); con ello se quiere expresar la idea de que Jesús, y sólo él (4,12), trae la salvación o redención de la ruina eterna [83].

---

79. Cf. el comentario a Act 8,32-33.

80. Tales como la oración eucarística de la *Doctrina de los doce apóstoles* (9,2-3; 10,2-3), la gran oración comunitaria de 1Clem 59,2-4 y la del martirio de san Policarpo (14,1.3).

81. Act 7,52; 22,14; «el Santo» y «el Justo», 3,14.

82. Act 5,31; 13,23.

83. Act 2,21; 11,14; 13,26.47; 15,11; 16,17.

2. *Comienzos de la Iglesia de Antioquía (primera comunidad formada por etnicocristianos)*
11,19-30

[19] *Entretanto, los que se dispersaron a partir de la persecución que*
sobrevino cuando lo de Esteban, habían llegado hasta Fenicia y
Chipre y Antioquía, sin predicar la palabra más que a los judíos.
[20] *Pero había entre ellos algunos de Chipre y de Cirene que, al*
llegar a Antioquía, comenzaron a hablar también a los griegos,
anunciando la buena nueva del Señor Jesús. [21] *La mano del Señor*
estaba con ellos, y fue grande el número de los que abrazando la
fe se convirtieron al Señor. [22] *Llegó esta noticia a oídos de la*
Iglesia de Jerusalén y enviaron a Antioquía a Bernabé, [23] *el cual*
llegado y vista la gracia de Dios se alegró y exhortaba a todos a
permanecer con firmeza de corazón unidos al Señor, [24] *porque era*
un hombre bueno lleno del Espíritu Santo y de fe. Y se agregó al
Señor una gran muchedumbre. [25] *Marchó Bernabé a Tarso en*
busca de Saulo, [26] *y lo encontró y se lo trajo a Antioquía. Duran-*
te un año convivieron en la Iglesia y enseñaron a una muche-
dumbre considerable. Por primera vez, en Antioquía, se llamó
cristianos a los discípulos.
[27] *Por estos días llegaron de Jerusalén a Antioquía ciertos pro-*
fetas. [28] *Y uno de ellos, por nombre Ágabo, predecía en virtud del*
Espíritu una gran hambre que había de venir sobre toda la tierra,
la cual acaeció en tiempos de Claudio. [29] *Cada uno de los discípulos*
conforme a sus posibilidades decidieron enviar ayuda a los hermanos
que habitaban en Judea, [30] *lo cual hicieron remitiéndola a los presbí-*
teros por mano de Bernabé y de Saulo.

Entre los efectos que tuvo la persecución desatada contra la comunidad de Jerusalén a raíz de la lapidación de Esteban y la fuga de gran parte de sus miembros, lo que iba a tener mayor resonancia histórica fue la fundación, en Siria septentrional, de la Iglesia de Antioquía, formada de judíos y paganos. Esta ciudad llegó rápidamente a constituirse en centro de la cristiandad, después de

Jerusalén, y, lo que es mucho más importante, se convirtió en el punto de partida para la evangelización de los gentiles en gran escala. Fue, en efecto, esta comunidad la que organizó la primera gran expedición misionera, en la que Pablo y Bernabé fueron enviados a Chipre y al Asia Menor (13,1-2). También a Antioquía regresa Pablo después de su segundo viaje (18,22). En lo que podemos saber, fue aquí donde él dio comienzo a su actividad de misionero de los gentiles (11,25-26), de suerte que bien puede decirse que esta ciudad fue la base de donde partió el Apóstol de las gentes, y el sitio adonde regresa en busca de descanso y de nuevas fuerzas.

Antioquía del Orontes, en Siria septentrional, fue fundada en el año 300 a.C. por Seleuco I, fundador también de la dinastía de los Seléucidas, y le dio este nombre en honor de su padre Antíoco. La ciudad fue elevada al rango de capital del gran imperio de Siria, y descollaba por la esplendidez de su arquitectura y decoraciones. Desde un principio fue importante centro comercial. Por los mismos años, y para servirle de puerto, fue construida otra ciudad en la desembocadura del Orontes, a veinte kilómetros de distancia, a la cual el fundador dio su propio nombre, Seleucia [1]. Cuando Siria cayó bajo la dominación romana (64 a.C.), Antioquía fue declarada «ciudad libre», y escogida como sede del gobernador romano, el cual, a partir del año 27 a.C., tuvo el título de legado del César y el mando sobre cuatro legiones.

Según Josefo [2], Antioquía era la tercera ciudad del imperio romano. En el siglo I de la era cristiana contaba con cerca de medio millón de habitantes. Las clases altas las constituían los griegos, y las clases medias y bajas los orientales (sobre todo los nativos sirios). Desde un principio tuvo una fuerte colonia judía, a la cual el fundador de la ciudad reconoció los mismos derechos que a los griegos. Josefo [3] elogia su sinagoga como una de las más suntuosas. Las relaciones entre judíos y griegos eran intensas. Agrega Josefo (l.c.) que los judíos de Antioquía atraían de continuo gran

1. Cf. Act 13,4.
2. FL. JOSEFO, BI III, 2,4.
3. FL. JOSEFO. BI VII, 3,3.

número de griegos a sus cultos religiosos y los hacían, hasta cierto punto, miembros de su propia comunidad.

También en la historia del cristianismo ocupa Antioquía un puesto de avanzada. A principios del siglo II, san Ignacio Mártir era su obispo. En ella nació san Juan Crisóstomo en 344. El patriarcado de Antioquía comprendía en el siglo IV quince provincias eclesiásticas y cerca de 220 obispados. Existió también en la ciudad una floreciente escuela teológica.

19 Una parte de los cristianos de Jerusalén dispersos por la persecución (8,1.4) fue a establecerse en Fenicia, o sea, en la costa del Mediterráneo en torno a las ciudades de Ptolemaida (21,7), Tiro (21,3) y Sidón (27,2), como también en la isla de Chipre y en la ciudad de Antioquía. A dondequiera llegaban, esparcían la semilla de la buena nueva, pero exclusivamente entre los numerosos judíos
20 residentes en aquellas regiones. Sólo un reducido grupo de fugitivos, oriundos de Chipre y de Cirene (África del norte), que llegó a Antioquía, decidió apartarse de este modo de obrar, y extendió su predicación también a los griegos, por tanto a los gentiles, empe-
21 zando, desde luego, por los llamados «temerosos de Dios» [4]. El éxito fue grande, y lo atribuyen expresamente a la asistencia del Señor. Es de notar que, a los oyentes no judíos, ellos anunciaban la «buena nueva del Señor Jesús» (v. 20). Para estas gentes, el título de Mesías (Cristo) no habría significado nada; por eso ante ellos había que anunciar a Jesús en cuanto Señor, o sea, en cuanto soberano del reino escatológico, exaltado a la diestra de Dios [5].

Aunque el texto no se preocupa de decirlo, su sentido obvio es que los griegos convertidos reciben el bautismo sin tener que someterse previamente a la circuncisión. Que los prosélitos fuesen admitidos al bautismo, era ya cosa corriente (6,5). Fue así como en la grande y célebre ciudad del Orontes nació una comunidad cristiana en que se mezclaban indistintamente judíos y gentiles bautizados. Los Hechos no especifican si todo esto sucedió antes o des-

4. Cf. Act 10.
5. Cf. Act 10,36; 1Tes 4,15-18; 2Tes 1,7-12; Rom 10,9-13.

pués del bautismo de Cornelio. Es bien posible que desde la muerte de Esteban hasta la fundación de esta comunidad transcurrieran años enteros, y que sus fundadores no empezaran por ofrecer el evangelio a los griegos.

Así que llega a oídos de la Iglesia madre de Jerusalén la noticia 22
de cuanto está sucediendo en Antioquía, envían allá a Bernabé. Éste, como chipriota que era de nacimiento (4,36), conocía el griego; quizás había estado ya anteriormente en la ciudad, que al fin y al cabo no distaba mucho de su patria. Bernabé era para los apóstoles la garantía de ser una persona que se preocupaba porque el evangelio se predicara en toda su pureza, sin alteraciones de ningún
género. Bernabé llega a la convicción de que el nacimiento de esta 23
comunidad en que judíos y paganos entran por una misma puerta es sencillamente providencial, y anima a los convertidos a permanecer fieles al Señor. Esto le vale un alto elogio de parte de Lucas [6]. 24
Bernabé, dándose cuenta, con mirada perspicaz, de todas las perspectivas que ofrecía una grande y floreciente comunidad cristiana en esta populosa ciudad, colocada en sitio estratégico, decide estableceerse allí [7] y busca en la vecina Tarso un colaborador en la per- 25
sona de san Pablo. Está convencido de que esta metrópoli es el terreno apropiado para la actividad de aquel misionero, que no es el indicado para trabajar en Jerusalén [8]. Ambos se dedican por un 26
año entero, y con gran éxito, a trabajar este campo.

Preciosa es la noticia de que fue en Antioquía donde, por primera vez, se dio a los fieles el nombre de «cristianos» [9]; los primeros en usarlo debieron ser los gentiles, que consideraban el vocablo «Cristo» como nombre propio. Los cristianos mismos, por su parte, no lo usaron durante largo tiempo, sino prefirieron llamarse hermanos, discípulos, santos, fieles. En el NT el título en cuestión se lee además en otros dos pasajes [10]. De los padres apostólicos, el único en emplearlo es Ignacio de Antioquía [11].

---

6. Cf. Act 6,5. 7. Act 11,30; 12,25; 13,1; 15,2.35; Gál 2,13.
8. Cf. Act 9,26-30; 22,17-21.
9. Es decir, los que militan en un partido de Cristo (cf. herodianos, pompeyanos, etc.). 10. Act 26,28 y 1Pe 4,16.
11. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Eph.* 11,2; *Rom.* 3,1; *Magn.* 7,3.

Lo usan, en cambio, los escritores paganos Plinio el Joven [12] y Tácito [13]. Los judíos llamaban a los cristianos «nazarenos» [14]. Recientemente se ha lanzado la opinión de que fue la autoridad romana la primera en servirse del término cristianos para designar a los fieles de Cristo. La actitud hostil a los apóstoles (Act 12,1ss), que adoptó Herodes Agripa I, rey de Jerusalén en representación de los romanos (años 41-44), dio motivo a que el legado romano en Antioquía equiparase los cristianos a uno de tantos grupos políticos que existían en el seno del judaísmo, creyéndolo capitaneado por un tal «Cristo», hostil al rey judío (E. Peterson).

27 Del año en que Bernabé y Pablo trabajaron en común, se conserva el recuerdo de un acontecimiento importante; la predicción de una carestía, y el consiguiente viaje de los apóstoles a Jerusalén, el llamado viaje de las colectas. De Jerusalén iban de vez en cuando profetas a Antioquía, lo que, por otra parte, demuestra las relaciones fraternales que existían entre los fieles de las dos comuni-
28 dades. Uno de ellos, Ágabo, mencionado también en 21,10, predice como inminente una grave carestía general, y se dirige al mismo tiempo a los cristianos pudientes de Antioquía en busca de ayuda para los fieles pobres de Jerusalén. El hombre es parte del cortejo de calamidades que, según la profecía del Apocalipsis, precederán al fin del mundo, sembrando la desolación por toda la tierra [15]. Es probable que Ágabo, en virtud del carisma profético de que gozaba, previese que los efectos de la carestía se harían sentir con especial gravedad en Palestina, y los interpretase como un preludio de los «dolores del fin».

Los *profetas* son, al lado de los apóstoles y de los doctores, los grandes inspiradores del cristianismo primitivo [16]. Impulsados

---

12. PLINIO EL JOVEN, *Ep.* X, 96-97; el término «cristiano» aparece siete veces.

13. TÁCITO, *Anales* XV, 44: a las víctimas de la persecución de Nerón el pueblo las llamaba *chrestiani*, forma popular derivada del nombre propio *Chrestus*.

14. Cf. Act 24,5.

15. Mt 24,7; Mc 13,8; Lc 21,11; Ap 6,6.

16. 1Cor 12,28; Ef 2,20; 4,11; Act 13,1.

por el Espíritu («en virtud del Espíritu», v. 28) pronunciaban palabras de «edificación, exhortación y consuelo» (1Cor 14,3); de él reciben también revelaciones (Act 21,20-21). Profetas eran Judas y Silas (15,32), las cuatro hijas de Felipe (21,93); los había igualmente en Antioquía (13,1). Tampoco Pablo estuvo desprovisto del carisma profético [17]. Fuera de estos profetas, también otros miembros de la comunidad se sentían, en ciertas ocasiones, poseídos por el Espíritu e impulsados a «profetizar» [18]. Así, por ejemplo, en Éfeso concede el Espíritu Santo a los discípulos de Juan el don de hablar en lenguas y de profetizar (19,9). Como lo dice Pablo en el discurso de Mileto, de ciudad en ciudad el Espíritu Santo le atestigua que (en Jerusalén) le esperan cadenas y tribulaciones (20,23); tales anuncios del Espíritu debían llegarle por boca de cristianos dotados del carisma profético, según se dice explícitamente en 21,4 [19].

El *hambre* anunciada se hizo sentir, efectivamente, bajo el emperador Claudio (41-54). Fuentes profanas informan que en diversas ocasiones durante el reinado de Claudio, varias provincias se vieron flageladas por el hambre. Se sabe con seguridad que Grecia lo fue en el año 49, y Roma en el 50. En cuanto a Judea, consta por Josefo que bajo los procuradores Fado y Tiberio Alejandro (44-48) sobrevino un hambre espantosa [20], que algo tiene que ver con el año sabático, durante el cual no era permitido a los judíos cultivar los campos; ahora bien, el año sabático cayó precisamente del otoño del 47 al otoño del 48. Parece que en Palestina la carestía **29** culminó en el año 49.

Los cristianos antioquenos deciden enviar socorro a Judea. Bernabé y Pablo reciben el encargo de llevar las limosnas a Jeru- **30** salén. Del hecho de que ellos las entreguen a los presbíteros (ancianos) se puede con razón concluir que por entonces los apóstoles se hallaban ausentes (cf. el comentario a Act 14,23; 15,1-5). En el texto occidental el v. 28 suena así: «Reinaba una gran alegría,

17. Cf. 1Cor 14; 15,51.
18. Cf. Act 2,17-18.
19. Cf. también Act 16,6.8.
20. FL. JOSEFO, *Ant.* XX, 2,5; 5,2.

pero habiéndo*nos* reunido uno de ellos, por nombre Ágabo, hablando en virtud del Espíritu, dijo que había de venir... una gran hambre.» Si ésta fuese la forma original del texto, tendríamos aquí el primero de los pasajes en primera persona plural, y al mismo tiempo una prueba de que el autor de los Hechos era por entonces miembro de la comunidad de Antioquía. Hay, sin embargo, fuertes argumentos en contra de la autenticidad de este texto [21].

El viaje de las colectas y la carta a los Gálatas.

El lapso de la vida de Pablo, que va desde su conversión hasta el llamado concilio de los apóstoles (Act 15), es aún hoy objeto de enconada polémica, porque lo que se puede saber por los Hechos parece estar en desacuerdo con el testimonio personal de Pablo en Gál 1-2. Según los Hechos, Pablo habría hecho en este período *tres* viajes a Jerusalén: el primero, saliendo de Damasco, poco después de la conversión (9,26-30); el segundo, desde Antioquía, en compañía de Bernabé, para llevar a las víctimas el producto de la colecta para combatir el hambre [22]; el tercero, finalmente, asimismo desde Antioquía, y en compañía también de Bernabé, para tomar parte en el concilio apostólico (15,1ss). En Gálatas, en cambio, Pablo menciona sólo *dos* viajes: uno, desde Damasco, tres años después de la conversión (Gál 1,18); el otro, desde Antioquía (Gál 2,11), acompañado de Bernabé y de Tito, catorce años más tarde (Gál 2,1). Si se admite que Gál 2,1-10 y Act 15 se refieren al mismo viaje, lo que parece indiscutible [23], la discrepancia giraría en torno al viaje de las colectas, de Act 11,30. ¿Será lícito concluir que tal viaje no es histórico, o que está colocado en un falso contexto histórico?

Entre los críticos goza de gran aceptación la idea de que Act 11, 27-30 y 15,1ss son relatos paralelos de un mismo acontecimiento. El autor de los Hechos los habría encontrado aislados, y, no advirtiendo el paralelismo, los habría insertado en dos diferentes con-

21. Véase anteriormente, pág. 36.
22. Act 11,30; 12,25.
23. Cf. el exc. que sigue a 15,35.

textos de su libro. Dado que la carestía predicha por Ágabo, en cuanto se refiere a Palestina habría que situarla, de acuerdo con los datos de Flavio Josefo, en el período en que fue procurador Tiberio Alejandro (46-48), y no antes; y estando además en relación con el año sabático (47-48), sería necesario trasladar el viaje de Pablo y Bernabé al año 49; en este caso, encajaría muy bien dentro de la cronología paulina. Añaden que, por lo demás, al viaje de las colectas no se podría asignar una fecha más temprana, ya que Pablo, en Gál 1,10ss, asegura bajo juramento no haber estado en Jerusalén más de una vez entre su conversión y el concilio apostólico (Gál 2,1-10); sostienen también que no hay ninguna razón para negar la historicidad de este viaje.

En realidad, no es inverosímil que Lucas, al mismo tiempo que disponía de noticias precisas acerca del motivo y origen de la colecta (la cual, por lo demás, debió de durar un tiempo más o menos largo, como sucede con las colectas de dinero en las comunidades paulinas, cf. Act 24,17), no las tuviese, en cambio, tan exactas en lo referente al momento en que se concluyó y al traslado de las limosnas a Jerusalén. Para la primera parte de los Hechos, Lucas carece de buenas referencias cronológicas y tiene que organizar los relatos según su criterio personal. Ésta pudo ser la razón de por qué situó el viaje de las colectas en los años del reinado de Herodes Agripa (41-44), antes, por consiguiente, del primer viaje misionero de Pablo. Pero si es cierto que ese viaje de las colectas guardaba relación con la carestía general que se registró en el reinado del emperador Claudio, como el mismo Lucas lo afirma, hay que admitir que le asignó una fecha demasiado temprana. En realidad debió hacerse por los mismos días en que se celebró el concilio apostólico, por tanto en el año 49 [24]. En este caso no se podría excluir que el viaje de las colectas se identifique con el que tuvo por fin principal asistir al concilio apostólico. A tal reconstrucción de los hechos se conformaría magníficamente la recomendación que los jefes de Jerusalén hacen a Pablo y a Bernabé, de no olvidarse de los pobres (Gál 2,10); sería, en efecto, la súplica de organizar

24. J. Dupont, entre otros católicos, comparte actualmente esta tesis.

una colecta en su futuro campo de apostolado. Esta hipótesis eliminaría además la divergencia existente entre la carta a los Gálatas y los Hechos, sin comprometer la veracidad (sustancial) de estos últimos.

Queda aún, sin embargo, una dificultad. Según 12,25, Bernabé y Pablo llevan a Juan Marcos consigo a Antioquía, y luego como compañero en el primer viaje de misión (13,3.5.13). A esta dificultad se podría responder: dado que Bernabé había vivido largo tiempo en Jerusalén (4,36) y fueron los apóstoles quienes de allí lo enviaron a Antioquía (11,22-23), es de creer que mantenía relaciones permanentes con la Iglesia de Jerusalén, y que en cualquier momento pudo haber mandado llamar a su primo Marcos (Col 4,10) o pudo haber ido él mismo a tomarlo como acompañante para el primer viaje de misión [25]. Entre 13,2 y 13,3 debió transcurrir cierto lapso, durante el cual se hicieron los preparativos del viaje.

Si se estima que este intento de solución no es muy seguro, quedan todavía dos caminos para resolver la mencionada dificultad. El primero, utilizado por los intérpretes católicos que defienden la equivalencia de Act 15 y Gál 2,1-10, insiste en que Pablo no pretende enumerar en la carta a los Gálatas todos sus viajes a Jerusalén. Lo que busca en Gál 1 es sólo demostrar la independencia de su apostolado y de su evangelio con respecto a las autoridades de Jerusalén. Esta demostración la hace él poniendo en claro dos hechos: 1.º, el no haber subido a Jerusalén sino a los tres años de su conversión, sin haber permanecido allí más de 14 días ni haber visto, de los apóstoles, más que a Pedro, y, además, a Santiago, el «hermano del Señor»; 2.º, el haber ido en seguida a trabajar a Siria y Cilicia, sin esperar a que los miembros de las comunidades de Judea lo reconocieran. Con Gál 2,1 empieza un nuevo argumento: la demostración de que las autoridades de Jerusalén dieron su aprobación solemne al evangelio de los incircuncisos que él predicaba.

A quienes persisten en que Pablo no pudo haber pasado en silencio la visita hecha a Jerusalén en compañía de Bernabé para

25. Cf. un caso semejante en Act 15,37.40.

llevar las colectas (tanto más que el viaje lo hacía en calidad de enviado de una Iglesia) y que, en consecuencia, la noticia de Lucas no puede conciliarse con cuanto se lee en Gál 1,18-2,1, les queda aún la posibilidad de recurrir a una segunda solución: que los pasajes 11,30 y 12,25 refieren una tradición confusa con respecto a los nombres de los portadores de la colecta, o bien, se deben simplemente a Lucas, que sobre este punto no tenía noticias precisas (Bauernfeind); el resultado de las colectas en realidad habría sido llevado a Jerusalén por una delegación de los cristianos antioquenos, conforme al procedimiento que san Pablo adoptará más tarde: cada vez que se trataba de transportar a Jerusalén las limosnas reunidas en los territorios por él misionados, encargaba de ello a algunos representantes de las Iglesias que habían hecho obsequio [26].

3. *La persecución de Herodes Agripa I*
12,1-25

Muerte de Santiago, captura, liberación milagrosa y huida de Pedro
12,1-19

[1] *Por aquel entonces se había propuesto el rey Herodes hacer*
daño a algunos de los que pertenecían a la Iglesia. [2] *Había dado*
muerte a cuchillo a Santiago, el hermano de Juan. [3] *Y viendo que*
esto era grato a los judíos, prendió también a Pedro — eran los
días de los ácimos —, [4] *y lo metió en la cárcel entregándolo a*
cuatro piquetes de cuatro soldados para que lo custodiaran, con
intención de hacerlo comparecer ante el pueblo pasada la pascua.
[5] *Pedro, pues, era guardado en la cárcel; pero por parte de la*
Iglesia se oraba, sin cesar, a Dios en su favor. [6] *Y cuando Herodes*
se disponía a hacerlo comparecer, en aquella misma noche, estaba
Pedro durmiendo en medio de dos soldados, sujeto con dos cade-

26. 1Cor 16,3-4; 2Cor 8.19ss.

nas, y guardias ante la puerta custodiaban la cárcel. [7] *Un ángel del Señor se hizo presente, mientras una gran luz resplandecía en la celda, y golpeando el costado de Pedro, lo despertó, y le dijo: «Levántate en seguida.» Y se le cayeron las cadenas de las manos.* [8] *Y el ángel le dijo: «Ponte el cinturón y átate las sandalias.»* [9] *Él lo hizo así. Y le dijo: «Térciate el manto y sígueme.» Y saliendo le seguía; y no sabía que era de verdad lo que estaba sucediendo con el ángel, más bien se imaginaba que estaba viendo una visión.* [10] *Atravesaron la primera y la segunda guardia, y así llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual espontáneamente se les abrió; salieron, [descendieron los siete peldaños,] prosiguieron hasta la primera esquina, una manzana, y, de repente, el ángel se apartó de él.* [11] *Vuelto en sí Pedro, dijo: «Ahora sé de verdad que ha enviado Dios su ángel y me ha librado de la mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos.»* [12] *Y recapacitando, se encaminó a la casa de María, la madre de Juan apellidado Marcos, donde estaban muchos congregados y en oración.* [13] *Llamó a la puerta del atrio, y se acercó a escuchar una muchacha llamada Roda,* [14] *la cual, habiendo conocido la voz de Pedro, por la alegría no abrió la cancela, sino que fue corriendo a avisar que estaba Pedro a la puerta.* [15] *Ellos le dijeron: «Estás loca.» Pero ella reafirmaba que era cierto. Decían ellos: «Será un ángel.» Pedro entretanto continuaba llamando.* [16] *Por fin abrieron, y al verlo se maravillaron.* [17] *Él hizo señas con la mano para que se callaran y les refirió cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: «Contádselo a Santiago y a los hermanos.» Y se fue a otro lugar.* [18] *Al hacerse de día, humo alboroto no pequeño entre los soldados sobre qué habría sido de Pedro.* [19] *Herodes lo hizo buscar, y no encontrándole, interrogó a los guardias y ordenó que fueran conducidos al suplicio. Después bajó de Judea a Cesarea, donde residía.*

1 La tranquila expansión de la Iglesia se vio bruscamente interrumpida por Herodes Agripa I. Al subir al poder Calígula, amigo suyo (año 37), éste le cedió la antigua tetrarquía de Filipo y la de Lisanias (es decir, las regiones del norte y noreste de Palestina; cf. Lc 3,1) y le otorgó además el título de rey; en el año 40 le

agregó todavía la tetrarquía de Herodes Antipas (Galilea y Perea); finalmente, en el año 41 el emperador Claudio completó el obsequio con los territorios de Judea y Samaría, gobernados desde el año 6 d.C. por un procurador romano. En esta forma, desde el año 41 al 44 mantuvo reunido en sus manos todo lo que antes había sido el reino de su abuelo Herodes el Grande. Tuvo la astucia de ganarse la simpatía del pueblo judío, y sobre todo el apoyo del partido de los fariseos, mediante una minuciosa observancia de cuanto estos últimos exigían.

Su arremetida contra los cristianos de Jerusalén se originó, como justamente lo hacen notar los Hechos, en un afán de mostrarse favorable a los círculos dirigentes del judaísmo. Salta a la vista que había concebido el propósito de eliminar a los jefes de la Iglesia.

Empieza por hacer encarcelar y torturar a buen número de **2** cristianos. Éstos, sin embargo, logran salir con vida de la prueba. No así Santiago el Mayor, hermano de Juan, quien es ejecutado **3** al filo de la espada. El aplauso que el gesto provoca entre los judíos induce a Herodes a hacer arrestar al propio jefe máximo de la comunidad de Jerusalén, el apóstol Pedro.

El arresto se lleva a cabo en los días de los ácimos (semana de pascua, del 15 al 20 de nisán) con el plan de que, pasada la fiesta, fuera posible presentarlo al pueblo desde un sitio en que todos lo pudieran ver, para someterlo así a juicio público y allí mismo hacerlo ejecutar. El proceso debía efectuarse no después de la semana de las festividades, sino en mitad de ella, transcurrido apenas el día más solemne de la semana pascual (15 de nisán), de forma que la masa de los peregrinos pudiera presenciarlo. Entre tanto Pedro, encerrado en la cárcel (muy probablemente en el palacio de Herodes, cerca de la actual puerta de Jafa), permanece bajo la vigilancia de cuatro piquetes de soldados, de cuatro hombres cada uno, que se relevan por turno.

Mas la comunidad de Jerusalén ora incesantemente[1] por la **5** liberación de aquel que es su jefe y guía, y su oración es escu-

1. Cf. Lc 22,44; 26,7.

6-10 chada. En el curso de la noche anterior a la proyectada ejecución, un ángel lo liberta en forma prodigiosa (cf. 5,19). Es muy gráfica la descripción del episodio. En su celda, el apóstol duerme tranquilamente entre dos soldados, atado con cadena a cada uno de
11 ellos. Todavía medio dormido se levanta y sigue al ángel. Apenas cuando éste desaparece se recobra del todo y reconoce que el Señor
12 lo ha salvado milagrosamente. Se encamina a casa de la madre del evangelista Marcos [2], donde un considerable número de cristianos se halla reunido en oración. En 1Pe 5,13, Pedro llama a Marcos su hijo (espiritual), lo que hace suponer que estaba unido a
13-14 esta familia con particulares vínculos de amistad. Los fieles allí presentes se resisten a creer a Roda (= Rosa) que Pedro haya
15 llegado, y piensan se trate más bien de su ángel. Según la fe del AT y del cristianismo primitivo, todo hombre tiene un ángel que lo acompaña y lo protege (ángel de la guarda) [3]. Aquí se da por supuesto que la voz y hasta la figura del ángel de la guarda conservan enorme semejanza con las de su protegido [4].

17 Pero, sobre la vida del apóstol se cierne un grave peligro; por eso se limita a un relato muy corto de su liberación, y se apresura a salir de nuevo de aquella casa para ponerse a seguro. Adónde se haya dirigido, no lo dicen los Hechos. Todo lo que con certeza se puede decir es que abandona la ciudad, y seguramente también el territorio sujeto a Herodes. Probablemente se trata de una expresión estilizada para significar simplemente que Pedro salió en busca de un lugar seguro, sin poder precisar nada más al respecto. Ni aun sería posible señalar alguna ciudad determinada como lugar adonde hubiese ido a habitar, dado que el apóstol cambia frecuentemente de residencia [5]. Si el pasaje 12,1-24 llegó a manos del autor de los Hechos como relato aislado, la expresión indeterminada («se fue a otro lugar») no tiene nada de sorprendente; pero en una narración continuada no dejaría de causar extrañeza.

Se ha pretendido más de una vez que la expresión «otro lugar»

---

2. Act 12,25; 13,5.13; 15,37-39; Col 4,10.
3. Cf. Gén 48,16; Jdt 13,20; Tob 5,22; Mt 18,10.
4. Cf. *Hechos* apócrifos *de Tomás*, cap. 57.
5. Gál 2.11; 1Cor 9,5-6

indicaría a Roma; pero esto es del todo insostenible. Que Pedro, hacia el fin de su vida, haya estado en Roma y allí haya sufrido el martirio, es un hecho seguro [6]. Pero las fuentes antiguas ignoran por completo que el apóstol haya residido allí anteriormente. Según Act 15, pocos años después de esta fuga, Pedro está de nuevo en Jerusalén. Eusebio afirma [7], es verdad, que Pedro estuvo en Roma durante el imperio de Claudio (41-54), y que con su predicación contrarrestó el influjo de Simón el Mago, llegado también allí después de escapar de Samaría; pero el historiador no pone tal viaje en relación con Act 12,17, y dice, de otra parte, que Marcos lo acompañaba. Ahora bien, de este último se sabe por Col 4,10; 1Pe 5,13 que habitaba en Roma a principios del decenio 60-70, mientras que una estancia suya allí antes de tal fecha carece de todo indicio y es, por otras razones, muy inverosímil [8].

San Jerónimo cree poder informar que Pedro, en el año 2.º del imperio de Claudio, viajó a Roma y ocupó allí, por espacio de 25 años, la «cátedra sacerdotal» (es decir, la sede episcopal romana), que conservó hasta el año 14 (el último) de Nerón [9]. Las pruebas de una duración de 25 años para el episcopado de Pedro en Roma sólo nos han llegado, al decir de A. von Harnack, a través de dos crónicas casi completamente perdidas: una de Julio Africano (terminada en 221) y otra de Hipólito de Roma (muerto en 237); la noticia, por tanto, es ya de principios del siglo III, y, muy probablemente, tiene su origen en la leyenda de Simón el Mago.

Santiago, a quien se debe comunicar la liberación de Pedro, es el «hermano del Señor» [10]. Es el mismo que los intérpretes católicos consideran autor de la epístola canónica de Santiago. No se puede decir con seguridad si es o no idéntico al apóstol Santiago. La mayor parte de los intérpretes católicos están por la identidad; pero parece que los argumentos de más peso militan en contra de tal hipótesis [11]. Este Santiago ocupaba, pues, ya por entonces una

6. Cf. la introducción a la primera epístola de Pedro.
7. EUSEBIO, HE II, 14,6.
8. Cf. Act 12,25; 13,5.13; 15,37.
9 JERÓNIMO, *De scr. eccl.* 1.
10. Gál 1,19; cf. 2,9.
11. Cf. el exc de la p. 211 y la introducción a la carta de Santiago.

posición de relieve en la comunidad de Jerusalén, y sería pronto su
18 verdadero jefe [12]. Descubierta la evasión de Pedro, el rey manda ajusticiar a los soldados de la guardia [13]. Terminadas las festividades de la pascua, regresa a Cesarea del mar, su residencia habitual.

Muerte del perseguidor
12,20-25

[20] *Estaba muy enfadado contra los tirios y los sidonios. De común acuerdo se presentaron ante él, y habiéndose ganado a un tal Blasto, maestro de cámara del rey, pedían paz, dado que su región dependía económicamente de la casa real.* [21] *En el día prefijado, Herodes, ataviado con la vestidura real y sentado en su trono, los estaba arengando.* [22] *El pueblo clamaba: «Voz de un dios y no de un hombre es ésta.»* [23] *Y al instante lo hirió un ángel del Señor, por no haber dado gloria a Dios, y comido de gusanos, expiró.* [24] *La palabra del Señor crecía y se multiplicaba.* [25] *Bernabé y Saulo regresaron de Jerusalén, una vez cumplido su encargo, llevándose consigo a Juan apellidado Marcos.*

El relato de la persecución de la Iglesia por Herodes termina con una breve noticia sobre la muerte del perseguidor. El v. 23 la presenta, es cierto, no como castigo por la persecución a los cristianos, sino como merecida por haber aceptado honores divinos. Es de creer, sin embargo, que Lucas la consideró como el merecido castigo por la persecución de la Iglesia, pues de otra
20 suerte quizá ni se hubiera ocupado de relatarla. De la enemistad de Herodes con los ciudadanos de Tiro y Sidón no existen otras noticias. Desde luego no es el caso de pensar en una guerra, cosa que los romanos no habrían tolerado; quizá se trataba más bien de un bloqueo de las exportaciones de cebada y ganado, o tal vez de un bloqueo de las importaciones (una especie de guerra

12. Act 15,13; 21,18.
13. Cf. Act 16,27; 27,42.

económica). Ya el AT informa que las ciudades marítimas de Fenicia importaban granos y otros productos de Palestina [14]. Tal comercio continuaba aún en el siglo I de nuestra era [15]. A partir del siglo II-I a.C., la fértil llanura de Megiddó, en la margen meridional de Galilea, era considerada «tierra del rey» (patrimonio personal) y formaba parte, en consecuencia, de las posesiones de la casa reinante.

Un relato bastante pormenorizado de la muerte de Herodes **21-22** Agripa se lee también en Flavio Josefo [16], que nos indica cuáles fueron las circunstancias en que el rey pronunció el discurso público; fue en ocasión de los juegos organizados en Cesarea en honor del emperador, «porque él sabía que precisamente por su salud se celebraba una fiesta». Se trataba, muy probablemente, de los juegos extraordinarios que se celebraron en la primavera del 44 en Roma [17], y también en otros lugares, cuando Claudio tuvo un feliz retorno de Bretaña. Al segundo día, muy de mañana, el rey se dirigía al teatro; los rayos del sol, al reflejarse sobre su manto recamado de plata, envolvieron su persona en un resplandor maravilloso; los aduladores, haciéndole llegar entonces sus aclamaciones desde todos los puntos, lo llamaron dios, y gritaron: «¡Sénos propicio! Aunque hasta este momento te hayamos considerado hombre, de ahora en adelante queremos honrar en ti algo más que a un simple mortal.» Al rey le agradó esta adulación blasfema. Pero al instante se vio atacado de espantosos dolores intestinales, y cinco días más tarde murió.

Los dos relatos coinciden en lo esencial, y difieren en algunos puntos secundarios. Se puede presumir que la audiencia de los enviados de las ciudades fenicias haya tenido lugar durante la visita del rey al teatro. En cuanto a las aclamaciones aduladoras, aunque los dos relatos las atribuyen a motivos diferentes, no es difícil reconocer que éstos no se excluyen. Su contenido y su significado es, al fin y al cabo, el mismo en sustancia. Se trataba en

14. 1Re 5,25; Ez 27,17.
15. Fl. Josefo, *Ant.* XIV, 10,6.
16. Fl. Josefo, *Ant.* XIX, 8,2.
17. Dión Casio, 60,23.

este caso de una apoteosis (divinización), cosa que en aquellos tiempos se hacía frecuentemente con los soberanos. El acto de la divinización del soberano se resumía todo en la aclamación. Un gesto tal es perfectamente comprensible en Cesarea, que contaba con un
23 alto porcentaje de población pagana. La culpa del rey consistió en haberse complacido en semejante aclamación, robando así al verdadero Dios el honor divino que sólo a él compete [18]. En castigo, Dios lo hiere con una enfermedad mortal. Tal es el significado de la expresión «lo hirió un ángel del Señor» [19].

No se sabe a qué corresponda en la terminología de la medicina actual la enfermedad que los antiguos, valiéndose evidentemente de una expresión popular, designaban diciendo que alguien era devorado por los gusanos. Entre los relatos paralelos a éste, el que más se aproxima es el de 2Mac 9,5-9, en que se describe la enfermedad de Antíoco IV Epífanes, el máximo perseguidor de los judíos: «Se apoderaron de él insoportable dolor de entrañas y agudos tormentos interiores... manaban gusanos del cuerpo del impío, y, vivo aún, entre atroces dolores, caíansele las carnes a pedazos, apestando con su hedor al ejército» [20]. «Es el castigo típico de los perseguidores» (Dupont) [21].

La persecución de Herodes sucede entre los años 41 y 44. El arresto de Pedro pudo acaecer en la pascua del 44. El relato parece insinuar que la muerte del perseguidor sobrevino a poca distancia de la fiesta, aunque no es necesario suponer que los dos acontecimientos se hubiesen sucedido inmediatamente. Siendo, de otra parte, evidente que 12,1-24 contiene un episodio intercalado en el relato del viaje de las colectas [22] y sucedido en tiempos anteriores, hay que admitir que el viaje mismo fue posterior a la muerte de Herodes.

---

18. Véase el contraste con Act 14,15. 19. Cf. 2Re 19,35; 2Mac 9,5.

20. S. Bévenot piensa en una apendicitis, que, de supurarse, puede ocasionar dolores indecibles y la formación de verdaderas colonias de gusanos.

21. Véase también FL. JOSEFO, *Ant.* XVII, 6,5; § 168ss; BI I, 33,5; § 656 (relativo a Herodes el Grande) y Act 1,18*b* (que habla de Judas).

22. Act 11,30; 12,25.

Santiago, «hermano del Señor», y los ancianos (presbíteros) de Jerusalén.

A cuatro personas se da en los evangelios [23] el sobrenombre de hermanos de Jesús: Santiago, José, Judas y Simón [24]. Santiago, el mayor de ellos, fue, al igual que Pedro, favorecido con el privilegio de una especial aparición del Resucitado (1Cor 15,7), que no sabemos si sucedió en Galilea o en Jerusalén. Según el *Evangelio de los Hebreos,* apócrifo, perdido casi en su totalidad, Santiago habría hecho solemne promesa de no probar bocado desde el momento en que bebió el cáliz del Señor, hasta verlo resucitado de entre los muertos. Por eso Jesús se le había aparecido luego de su resurrección, delante de él había tomado pan, y partiéndolo le había dirigido estas palabras: «Hermano mío, come tu pan, que el Hijo del hombre ya resucitó de entre los muertos» [25].

Según Act 1,14, en el momento de la ascensión, los «hermanos de Jesús» se hallaban en Jerusalén en compañía de los doce, de las mujeres que habían subido a Jerusalén para la pascua (Mc 15, 40-41) y de María, madre de Jesús. Es indudable que desde entonces Santiago se quedó definitivamente en la ciudad, y ya en un principio ocupa posición muy destacada en la comunidad, posición que se debió en gran parte a la aparición con que fue favorecido. Es muy probable que no hubiese formado parte del grupo de los apóstoles; tal idea la comparte, en la actualidad, un número siempre creciente de intérpretes católicos [26]. Cuando Pablo, tres años después de su conversión, fue a Jerusalén para conocer a Pedro, se entrevistó también con Santiago (Gál 1,18-19), lo que demuestra que éste era, ya por entonces, la personalidad más representativa después de Pedro. «Su condición de jefe de la familia del Señor lo hizo guía natural de la fracción hebrea de los cristianos de Jerusalén» (Dupont).

---

23. Mc 6,3; Mt 13,55.
24. Cf. el exc. acerca de los hermanos de Jesús, a propósito de Mc 3, 31-35.
25. JERÓNIMO, *De script. eccl.* 2.
26. Cf. Mc 3,20-21.31ss; Jn 7,5.

Hasta el momento en que estalló la persecución de Herodes Agripa I contra la Iglesia, el jefe de la comunidad de Jerusalén era Pedro [27], pero de ahí en adelante el oficio de guía de aquella fracción (no la autoridad sobre toda la Iglesia) pasó a manos de Santiago, como claramente lo da a entender Act 12,17. En aquella ocasión no sólo Pedro, sino también los otros apóstoles debieron abandonar la ciudad de Jerusalén y, quizá, también el territorio de Herodes, para ponerse a salvo. Éste parece ser el núcleo histórico de la antigua noticia de que los apóstoles se habrían separado doce años después de la resurrección de Jesús. En efecto, según los *Hechos de Pedro* (apócrifo), después de la resurrección Jesús les había mandado distribuirse, doce años más tarde, por todo el mundo y anunciar el evangelio a todos los hombres de la tierra, a fin de que nadie pudiera decir: «Nosotros no hemos oído» [28]. En un libro escrito hacia el año 197, y ahora perdido, el escritor asiático Apolonio reproduce una noticia que dice haber recibido de la tradición, según la cual «el Salvador habría ordenado a sus apóstoles no abandonar a Jerusalén por el término de doce años» [29].

Santiago pudo permanecer en Jerusalén sin ser molestado, gracias a que, escrupuloso observante como era de la ley, gozaba de gran ascendiente aun entre los judíos que habían continuado en la infidelidad. En atención a esta fidelidad a la ley, la tradición (judeocristiana) le dio el título honorífico de «el justo». En el gobierno de la comunidad estaba asistido por un colegio de ancianos [30], que corresponde al análogo consejo de los ancianos en la sinagoga. Es dado suponer que a él perteneciesen Judas Barsabás y Silas, que en Act 15,22 son designados como «hombres principales entre los hermanos». Ellos debían tener los mismos derechos y las mismas obligaciones que los ancianos que se mencionan en las comunidades fundadas por Pablo [31]. Fueron ellos quienes recibieron las limosnas recogidas en Antioquía (11,30), y en el concilio apostó-

27. Act 2,1ss; 3,1ss; 5,3ss; 8,14ss.
28. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* VI, 5,43.
29. EUSEBIO, HE V, 18,14.
30. Act. 15,2.4.6.22-23; 21,18.
31. Act 14,23; 20,17; cf. el comentario a 6,5-6.

lico consignaron también ellos su voto juntamente con los apóstoles. A la comunidad, que ya desde la expulsión de la fracción griega (Act 8,1) estaba libre de helenistas, Santiago le imprimió la fisonomía característica de los judeocristianos, rígidos observantes de la ley mosaica (cf. 21,20-24).

A Santiago, personalmente, se le ha echado en cara el haber sido un judaizante de miras estrechas. Sin embargo, un retrato tan sombrío de este hombre no se compagina con la conducta que él siguió en el concilio apostólico, donde, al igual que Pedro y Juan, las otras «columnas» de la Iglesia (Gál 2,9), aprobó sin reservas el rumbo que Pablo dio a la evangelización de los gentiles, es decir, la aceptación de los paganos en la Iglesia sin obligación de someterse a la circuncisión ni a la observancia de la ley mosaica, y frenó al mismo tiempo las pretensiones de los «falsos hermanos» de ideas mezquinas.

Un reproche semejante no se puede apoyar tampoco en el llamado incidente de Antioquía (Gál 2,11-12). Éste se suscitó con ocasión de la llegada a Antioquía de «algunos de parte de Santiago», por temor a los cuales Pedro renunció a sentarse a la misma mesa, como hasta entonces lo venía haciendo, con los cristianos de origen pagano. De tales indicaciones se colige que aquellos judeocristianos llegados de Jerusalén debieron reprobar ásperamente el criterio seguido en Antioquía, amparándose en la mentalidad de Santiago, fuesen, o no, enviados por él. Pero ni aun esto es una prueba de que así ellos como Santiago fuesen judaizantes extremistas, pues lo que éstos en realidad desaprobaban era el hecho de que circuncisos e incircuncisos se sentasen a la misma mesa, cosa que para un judío equivalía a renegar del judaísmo; pero no ponían en tela de juicio la autenticidad del cristianismo de los gentiles bautizados.

Lo único que a ellos les interesaba era que los judeocristianos conservasen la pureza legal.

Por espacio de veinte años estuvo Santiago al frente de la comunidad de Jerusalén, con prerrogativas de obispo monárquico. Como antes se dijo, Act 12,17 y Gál 1,19 demuestran con claridad que ya antes de la persecución de Herodes ocupaba una posición desta-

cada, y aun de dirigente dentro de la comunidad; con todo, es bastante dudoso que los apóstoles lo hayan hecho obispo de Jerusalén inmediatamente después de la ascensión del Señor, como lo afirman Hegesipo y Clemente de Alejandría. Según el primero de éstos [32], «Santiago, hermano del Señor, había recibido del Señor el encargo de dirigir la Iglesia con las mismas atribuciones que los apóstoles» [33]. Clemente, por su parte (considerando la historia con mentalidad judeocristiana), cree saber «que Pedro, Santiago y Juan, después de la ascensión del Redentor, a pesar de haber sido escogidos ya antes por el Salvador, no ambicionaron honores, sino que escogieron para obispo de Jerusalén a Santiago el justo» [34].

Después de estos dos escritores, y fundándose sobre las noticias que en ellos encuentran, el historiador de la Iglesia, Eusebio, a principios del siglo IV afirma que, según la tradición, la sede de Jerusalén fue confiada por los apóstoles, antes que a otro, a Santiago, hermano del Señor [35]. También san Jerónimo afirma que Santiago fue hecho obispo de Jerusalén por los apóstoles [36]. Eusebio asegura que todavía en su tiempo se podía ver en Jerusalén el trono episcopal de Santiago, tenido en gran veneración por los cristianos [37].

Acerca de la *muerte* de Santiago existen dos versiones contradictorias. Según el relato de Flavio Josefo, el único fidedigno históricamente, en el lapso transcurrido entre la muerte del procurador Festo y la llegada de Albino, su sucesor (en 62), el sumo sacerdote Anás II acusó ante el sanedrín «como transgresor de la ley al hermano de Jesús, llamado el Cristo, por nombre Santiago, y a algunos otros, y los hizo condenar a la lapidación» [38]. Hegesipo, en

32. Judío convertido, que escribió hacia el 180, y cuyas informaciones merecen, en general, poca confianza.

33. EUSEBIO, HE II, 23,4.

34. EUSEBIO, HE II, 1,3.

35. EUSEBIO, HE II, 1,2; 23,1; III, 5.2: «él ocupó primero aquella sede episcopal, después de la ascensión del Señor»; VII, 19: «obtuvo primero la cátedra episcopal de Jerusalén, por encargo del Salvador y de los apóstoles».

36. JERÓNIMO. *De scr. eccl.* 2.

37. EUSEBIO, HE VII, 19.

38. FL. JOSEFO, *Ant.* XX, 9,2; § 200.

cambio, cuenta que Santiago, llevado al pináculo del templo para que disuadiera al pueblo de creer en Jesús, se negó a hacerlo y dio más bien un espléndido testimonio en favor de Jesús, Hijo de Dios, visto lo cual algunos judíos fanáticos lo precipitaron abajo, y allí un batanero lo remató a golpes de mazo, mientras él, no obstante sentirse ya moribundo, oraba por sus asesinos [39].

39. EUSEBIO, HE II, 23,14ss.

Sección segunda: SE CONSOLIDA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS GENTILES
13,1-15,35

1. *Viaje de misión de Bernabé y Pablo (la primera gran expedición misionera)*
13,1-14,28

Envío de Bernabé y Pablo
13,1-3

[1] *Había en la Iglesia de Antioquía profetas y doctores: Bernabé*
y Simón llamado el Negro, y Lucio el de Cirene y Manaén, amigo
de infancia del tetrarca Herodes, y Saulo. [2] *Mientras celebraban*
el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: Separadme a
Bernabé y a Saulo para la obra a que los tengo destinados. [3] *Entonces ayunaron y oraron, e imponiéndoles las manos los dejaron partir.*

1 Venimos a saber en esta ocasión el número y los nombres de los jefes de la comunidad antioquena. El más eminente, y quizá también el de más edad entre ellos, es Bernabé; Saulo debía ser el más joven. Los otros tres no son conocidos. Simeón lleva el sobrenombre latino de *Niger* (el negro), tal vez a causa del color de su piel. Lucio debe ser uno de los fugitivos recordados en 11,20. De Manaén (la forma primitiva hebrea es Menahem) se dice que fue amigo de infancia (literalmente, educado con él) del tetrarca Herodes (cf. Lc 3,1). En la corte de Herodes, como en las de los soberanos griegos, los hijos de algunos personajes distinguidos recibían educación juntamente con los príncipes.

Estos cinco hombres, sin duda todos helenistas, son calificados de profetas y doctores, funciones ambas que pueden concurrir en una misma persona. Tal sucedía, en todo caso, con Bernabé (hijo

de la consolación, 4,36) y con Pablo. Este último menciona los dos carismas uno al lado del otro (1Cor 14,6.26). En 1Cor 12,28; Ef 4,11, las funciones de profeta y de doctor aparecen enumeradas entre los oficios carismáticos [1].

Mientras los profetas hablan lo que el Espíritu Santo les inspira, los doctores tienen el deber de atender a la instrucción de la comunidad. Las cartas de san Pablo especifican más todavía sus obligaciones: aparecen en ellas como los encargados de recoger, conservar y transmitir la tradición (ya formada) de la Iglesia primitiva; esto implica también, evidentemente, el deber de servirse de esa tradición en los casos concretos, mediante una recta interpretación de ella y su aplicación práctica. Los elementos que constituyen esta tradición son: ante todo, las palabras del Señor; vienen los relatos de la vida y de las obras de Jesús (milagros, historia de la pasión), la parenesis (instrucciones relativas a la vida cristiana), las pruebas escriturísticas sacadas del AT en favor de Cristo y de la Iglesia, y, por último, las fórmulas de las profesiones de fe. El nombre de «doctor» se adoptó, probablemente, a imitación de la sinagoga judía, que también tenía sus doctores (escribas, rabinos). Quizás a uno de estos doctores del cristianismo primitivo se haya de atribuir la epístola a los Hebreos (de autor desconocido), más parecida a una predicación que a una carta.

Durante una ceremonia litúrgica acompañada de ayuno, de la **2** cual no sabemos nada más, el Espíritu Santo, valiéndose de algunos de los fieles dotados del carisma profético [2], invita a la comunidad a dejar libres a Bernabé y a Saulo para que se dediquen a la obra de evangelización, a que han sido llamados. Les dice claramente que él ha escogido a estos dos hombres para dedicarlos a la empresa de difundir el evangelio por el mundo entero [3], y que ahora es el momento de enviarlos a cumplir su misión.

El envío se hace durante el curso de una ceremonia litúrgica **3** especial, en que fueron impuestas las manos, rito que cumplieron probablemente los otros jefes de la comunidad. ¿Se puede ver en

1. Por lo referente a la actividad de los profetas, cf. Act 11,27-28; 21, 9-10. 2. Act 11,28; 21,4.
3. Cf. Act 9,15; 22,21; Gál 1,16.

este rito una ordenación sacramental, concretamente, una consagración episcopal? No pocos intérpretes católicos así lo creen; pero contra tal idea se pueden hacer valer fuertes argumentos. Pablo, que había sido llamado directamente por Cristo al apostolado, ¿podía tener aún necesidad de una consagración episcopal? ¿Era posible que Simeón, Lucio y Manaén tuvieran una posición jerárquica más elevada que Bernabé y Pablo? En cuanto a Bernabé, que en la Iglesia antioquena era evidentemente la primera personalidad, ¿no debía estar ya consagrado por los apóstoles? [4].

La imposición de las manos desempeña entre los primeros cristianos, y entre los antiguos en general, tal variedad de funciones, que su empleo no se puede restringir a significar necesariamente una consagración sacramental. Parece, pues, legítimo concluir que el v. 3 pretende simplemente consignar el hecho de que a Bernabé y a Pablo se les confió la misión de anunciar la fe entre los gentiles, que se imploró sobre su trabajo la bendición de Dios y se les impusieron las manos a fin de que pudieran cumplirlo dignamente y con éxito [5].

Predicación en Chipre
13,4-12

[4] *Ellos, pues, enviados así por el Espíritu Santo bajaron a Se-*
leucia y de allí navegaron hacia Chipre. [5] *Llegados a Salamina,*
anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Te-
nían también a Juan por colaborador. [6] *Habiendo atravesado toda*
la isla hasta Pafos, encontraron a un hombre mago, falso profeta
judío, por nombre Barjesús, [7] *que estaba al servicio del procónsul*
Sergio Paulo, hombre prudente. Éste, llamando a sí a Bernabé y a
Pablo, mostró interés por escuchar la palabra de Dios. [8] *Se les*
oponía Elimas el mago — que así se traduce su nombre — tratando

4. Cf. Act 11,22.

5. Tal parece ser, según Act 14,26; 15,40, el significado y el fin de la oración y de la imposición de manos. Véase también el exc. sobre la imposición de manos, pág. 152. Acerca de la unión de la oración y el ayuno, cf. Act 14,23; Lc 2,37; 5,33; Tob 12,8; Jdt 8,4.12, etc.

de apartar de la fe al procónsul. [9] *Pero Saulo —que también se llamaba Pablo—, lleno del Espíritu Santo, dijo fijando los ojos en él:* [10] *¡Hijo del diablo, lleno de todo engaño y de toda maldad, enemigo de toda justicia!, ¿no cesarás de torcer los rectos caminos del Señor?* [11] *Ahora mismo caerá su mano sobre ti y quedarás ciego sin poder ver el sol por cierto tiempo. Y al instante vinieron sobre él oscuridad y tinieblas, y dando vueltas buscaba quien le llevara de la mano.* [12] *Viendo entonces el procónsul lo sucedido, abrazó la fe maravillado de la doctrina del Señor.*

La primera meta de los misioneros, que llevan consigo como **4**
auxiliar a Juan Marcos, primo de Bernabé (Col 4,10), es Chipre, la patria de Bernabé (4,36). Era la isla una de las regiones que por entonces contaban con el más alto porcentaje de población judía. Ya en 1Mac 15,23 se habla de colonias judías establecidas en Chipre. Durante una insurrección, en el año 116 d.C., bajo Trajano, los judíos acuchillaron a miles a los demás habitantes, pero en represalia fueron totalmente extirpados de la isla [6]. La actividad de los **5-6**
misioneros se inicia en Salamina, el puerto principal de la isla, sobre la costa oriental, y termina en Pafos, sobre el extremo suroeste. Como la isla está atravesada por una cadena de elevadas montañas y, además, no existían sino muy pocas ciudades en el interior, los mensajeros de la fe no debieron atravesarla, sino que prefirieron viajar a los lagos de la costa meridional. La predicación, parece, se limitó a las sinagogas de los judíos [7]. Quizá por esto mismo es tan breve el relato de los Hechos. Pero no hay duda de que se vio coronada por el éxito, pues Bernabé y Marcos volvieron más tarde a visitar la isla (15,39), para ver de nuevo a los hermanos (15,36).

De la actividad desplegada en Chipre se cuenta sólo el incidente de Pablo con el mago Barjesús en presencia del procónsul Sergio Paulo. Chipre era desde el año 22 a.C. una provincia senatorial, **7**
es decir, sometida al senado y gobernada, en consecuencia, por un (propretor con el título de) procónsul. El Sergio Paulo aquí mencionado es probablemente el mismo *Lucius Sergius Paulus* que, en

6. Dión Casio, 68,32.
7. Cf. Act 17,2 y el comentario a 13,47.

una piedra que servía de cipo en la ciudad de Roma, erigida entre los años 41 y 47, figura como miembro de la comisión encargada de inspeccionar las aguas del Tíber. Es, en cambio, incierto si una inscripción hallada en Soloi (Chipre), y que hace mención de un procónsul Paulo, se refiere a él.

6 Pafos es la actual Neopafos, no la Pafos antigua, situada 16 kilómetros al sureste de la primera, y sede de un célebre templo de Afrodita. Neopafos era la residencia del procónsul. El mago judío se llamaba Barjesús *(Bar Yešú)*, que significa hijo de Jesús. Jesús
8 era, en aquella época, un nombre propio muy frecuente entre los judíos. Al otro nombre que llevaba, Elimas, no se le ha dado aún una explicación filológica suficientemente clara. No es, en todo caso, la traducción de Barjesús. Algunos hacen derivar esta palabra de una raíz árabe (=sabio), otrōs del arameo (= fuerte, poderoso), viendo en ella un título que el propio mago se habría dado, o bien una expresión semítica (quizás aramea) equivalente de «mago». Algún intérprete, basándose en la variante *Hetoimos* o *Hetoimas* que se lee en unos códices en lugar de Elimas, ha pretendido identificarlo con el mago judío Átomos de Chipre, de cuya intervención se valió el procurador Félix (Act 23,24) para obtener la mano de la princesa judía Drusila[8].

Que este hombre estuviese al servicio del procónsul, nada tiene de extraño; por aquella época en todo el imperio romano abundaban los astrólogos caldeos, los charlatanes sirios y los adivinos judíos[9]. Tenemos noticias de otros casos, en que personajes muy respetables admitían en torno de sí a esta clase de gentes. Tal era, por ejemplo, el caso del emperador Tiberio, en Capri, que estaba rodeado de astrólogos caldeos[10]. Los Hechos alaban al procónsul como a hombre inteligente y sagaz, precisamente porque llamó ante sí a los misioneros para oir su mensaje.

8-9 Cuando el mago trata de estorbar la conversión del procónsul,
10 Pablo se le enfrenta con decisión. Comienza destapando la verdadera fisonomía de aquel hombre, que se las da de profeta, es decir,

8. FL. JOSEFO, *Ant.* XX, 7,2.
9. JUVENAL, III, 13; VI, 542.
10. JUVENAL, X, 93.

de persona enviada e iluminada por Dios. No está lleno del poder y la sabiduría de Dios, sino de todo género de mentira y perversidad. Su verdadero padre espiritual es el diablo (cf. Jn 8,44). Es el enemigo de toda suerte de justicia, es decir, de la verdadera piedad y rectitud. Hace tortuosos los rectos caminos de Dios (Os 14,10), o, en otros términos, induce a los hombres a error (Prov 10,9). En este **11** momento Pablo pronuncia sobre él el castigo de Dios, prediciéndole una ceguera temporal. El anuncio de Pablo, pronunciado con el poder del Espíritu Santo, produce inmediatamente su efecto (cf. Dt 28,29). El procónsul, testigo de la escena, queda profundamente **12** maravillado de la doctrina del Señor [11], cuyos portadores poseen tal poder para castigar a sus adversarios, y abraza la fe. Algunos, apoyándose en que los Hechos no dicen nada de su bautismo, han querido sostener que en realidad no se hizo cristiano; sin embargo, no hay por qué excluir una verdadera conversión, consumada en el bautismo. También en 17,34 falta la mención del bautismo.

La actuación de Pablo en presencia del procónsul Sergio **9** Paulo lleva esta observación introductoria: «Saulo, también llamado Pablo» [12]. De aquí en adelante los Hechos le reservan el nombre de Pablo, el mismo que el Apóstol usa invariablemente en sus cartas. Hay que admitir, por consiguiente, que desde su juventud llevaba un doble nombre (uno hebreo y otro latino), costumbre muy difundida en su época. Se ve que en los viajes de misión y en sus relaciones con personas no judías usaba exclusivamente el nombre de Pablo.

En Antioquía de Pisidia
13,13-52

[13] *Desde Pafos se embarcaron los de la comitiva de Pablo y llegaron a Perge de Panfilia; Juan, separándose de ellos, se volvió a Jerusalén.* [14] *Ellos, atravesando Perge, se presentaron en Antioquía de Pisidia y, entrando en la sinagoga el día de sábado, se*

11. Cf. Lc 4,32; Mt 22,33.

12. Paulo y Pablo son en realidad un mismo nombre (*Paulus* en latín). Nota del traductor.

sentaron. [15] *Después de la lectura de la ley y de los profetas,*
les mandaron aviso los jefes de la sinagoga diciendo: Hermanos,
si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, decidla.
[16] *Se levantó Pablo y rogando silencio con la mano, dijo: «Hombres*
de Israel y los que teméis a Dios, oíd. [17] *El Dios de este pueblo*
de Israel eligió a nuestros padres y exaltó al pueblo durante su
destierro en tierra de Egipto y con brazo en alto los sacó de ella;
[18] *cerca de cuarenta años aguantó su manera de ser en el desierto*
(Dt 1,31), [19] *y destruyendo a siete naciones en Canaán, les dio su*
tierra en herencia (Dt 7,1), [20] *en el espacio de unos cuatrocientos*
cincuenta años. Después les deparó jueces hasta el profeta Samuel.
[21] *A partir de entonces comenzaron a pedir un rey y Dios les con-*
cedió a Saúl, hijo de Cis, hombre de la tribu de Benjamín, por
espacio de cuarenta años. [22] *Rechazado éste, les suscitó a David*
por rey, del cual además dio testimonio diciendo: He hallado en
David, el hijo de Jesé, un hombre según mi corazón que cumplirá
en todo mi voluntad (Sal 89,21; 1Sam 13,14; Is 44,28). [23] *De la*
descendencia de él, según la promesa, Dios ha suscitado para Israel
un salvador, Jesús, [24] *precedido por Juan, que predicó antes de su*
llegada un bautismo de penitencia a todo el pueblo de Israel. [25] *Y*
cuando estaba a punto de terminar su carrera, Juan decía: "Yo no
soy lo que pensáis que soy. Detrás de mí viene aquel de quien
yo no soy digno de desatar la sandalia de los pies." [26] *Hermanos,*
hijos de la raza de Abraham, y los que entre vosotros temen a
Dios, a nosotros ha sido enviado este mensaje de salvación. [27] *Por-*
que los habitantes de Jerusalén y sus jefes, al condenarlo, cumplie-
ron, sin saberlo, las palabras de los profetas que se leen cada sá-
bado, [28] *y sin encontrar causa alguna de muerte, pidieron a Pilato*
que fuera conducido al suplicio. [29] *Cuando hubieron realizado todo*
lo que de él estaba escrito, bajándole de la cruz lo pusieron en un
sepulcro. [30] *Pero Dios lo resucitó de entre los muertos,* [31] *y él se*
apareció durante muchos días a los que habían subido con él desde
Galilea a Jerusalén, los cuales son ahora testigos suyos ante el
pueblo. [32] *Nosotros, pues, os anunciamos que la promesa hecha*
a los padres, [33] *Dios la ha cumplido en favor de los hijos de ellos*
que somos nosotros, resucitando a Jesús, como ya estaba escrito

en el Salmo segundo: Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado
(Sal 2,7). [34] *Que le había de resucitar de entre los muertos de*
modo que ya no volviera a la corrupción, también lo había dicho
con estas palabras: Yo os daré las cosas santas y fieles de David
(Is 55,3). [35] *Y en otro lugar:* No dejarás que tu santo experimente
la corrupción (Sal 16,10). [36] *Ahora bien: David, después de haber*
servido durante su vida al designio de Dios, murió y fue a reunirse
con sus padres y experimentó la corrupción. [37] *Pero este a quien*
Dios resucitó no experimentó la corrupción. [38] *Sabed, pues, her-*
manos, que por medio de él se os anuncia la remisión de los peca-
dos, y que de todas aquellas cosas de las cuales no pudisteis ser
justificados por la ley de Moisés, [39] *se justifica por él todo el que*
cree. [40] *Mirad, pues, no os sobrevenga a vosotros lo que está dicho*
en los profetas:

[41] »Ved, menospreciadores, y admiraos y desvaneceos;
porque voy a realizar en vuestros días una obra
que no creeríais si os la contaran» (Hab 1,5).

[42] *A la salida, les rogaban que el sábado siguiente volvieran a*
hablarles de estas cosas. [43] *Y disuelta la reunión, muchos de los*
judíos y de los prosélitos temerosos de Dios acompañaron a Pablo
y a Bernabé, los cuales conversando trataban de persuadirlos a que
permanecieran en la gracia de Dios.

[44] *Al sábado siguiente, casi toda la ciudad se congregó para*
escuchar la palabra de Dios. [45] *Pero los judíos, viendo las multitudes,*
se llenaron de envidia y contradecían con injurias las afirmaciones
de Pablo. [46] *Enardecidos, Pablo y Bernabé dijeron: «A vosotros*
teníamos que dirigir primero la palabra de Dios; pero en vista de
que la rechazáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos vol-
vemos a los gentiles. [47] *Porque así nos lo ha ordenado el Señor:*
Te he constituido luz de las gentes para que seas su salvación
hasta el fin de la tierra» (Is 49,6). [48] *Oyendo esto los gentiles, se*
alegraban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron cuantos
estaban destinados a la vida eterna. [49] *Y se divulgaba la palabra*
del Señor por toda la región. [50] *Pero los judíos concitaron a las*

mujeres devotas de la alta sociedad y a los primates de la ciudad y levantaron una persecución contra Pablo y Bernabé, a quienes arrojaron de sus confines. [51] *Ellos, pues, sacudiéndose el polvo de sus pies contra aquéllos, marcharon a Iconio,* [52] *mientras los discípulos quedaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.*

De aquí en adelante, Pablo es mencionado casi siempre antes de Bernabé, y aparece también como el principal predicador (14,12).
13 Los misioneros debieron tocar tierra en el puerto de Atalía, sitio en que se embarcarán para el regreso (14,25), ya que Perge no está directamente sobre la costa. No sabemos qué razones hayan llevado a Juan Marcos a separarse de los dos apóstoles. Quizá le arredraron las incomodidades que preveía de un viaje por las montañas del Asia Menor. Pablo llevó muy mal su decisión (15,38); más tarde, sin embargo, se reconcilió con él (Col 4,10). No se menciona por esta vez ninguna actividad misionera en Perge; en cambio, al regreso, Pablo y Bernabé anuncian allí la palabra de Dios (14,25).
14 La primera etapa del Asia Menor es Antioquía, sobre la frontera que separa las regiones de Pisidia y Frigia. La ciudad fue construida por Seleuco Nicator (300-280) [13], y elevada por Augusto al rango de colonia romana. Era por esta época un pujante centro comercial. Tanto en la ciudad como en toda la región circunvecina eran muy numerosos los judíos. En lo administrativo, la ciudad formaba parte de la provincia romana de Galacia [14]. Llegado el sá-
15 bado, Pablo y Bernabé van, como siempre, a la sinagoga. Terminada la lectura de una sección de la ley (una *paraša)* y de los profetas (una *haftará),* se los invita a dirigir algunas palabras de edificación. Todo varón adulto que por su instrucción estuviese en condición de hacerlo, podía y debía prestar este servicio a la sinagoga. Tales alocuciones debían girar en torno al pasaje bíblico anteriormente leído [15]. La misma costumbre se implantó luego en la primitiva comunidad cristiana [16].

Los jefes de la sinagoga debían estar ya informados de que los

13. Cf. el comentario a Act 11,19.
14. Cf. la introducción a la epístola a los Gálatas.
15. Cf. Rom 15,4. 16. 1Cor 14,3.31; 1Tim 4,13; Heb 13,22; Act 20,2.

dos recién llegados eran maestros y portadores de un mensaje importante relativo al Mesías. Por eso esperaban de ellos, no tanto una explicación edificante del texto leído, cuanto una exposición de su propio mensaje. Pablo acepta la invitación. Su discurso ha sido consignado por extenso, porque es un modelo de su predicación en la sinagoga, en presencia de judíos y de «temerosos de Dios». El correspondiente ejemplar de predicación para los gentiles lo encontramos más tarde, en el discurso del Areópago (17,22-31). El plan del discurso es muy claro. La primera repetición de la palabra «hermanos» (v. 26) registra el punto de división entre las dos partes principales; la segunda (v. 38) introduce la aplicación práctica.

La primera parte (17-25) hace una síntesis de los beneficios **17** que Dios ha hecho al pueblo escogido, beneficios que tienen por meta y punto culminante el envío del Redentor. El recuento histórico de las diversas etapas que comprendió el proceso de elegir y guiar al pueblo israelita (17-22) es considerablemente más breve que en el discurso de Esteban. Dios eligió a los padres (los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob) y, mientras moraban como huéspedes o extranjeros en Egipto, los hizo crecer en número, tanto que llegaron a ser un pueblo grande y fuerte. Los sacó luego de Egipto con brazo erguido (es decir, extendiendo su brazo sobre él, en señal de protección, Éx 6,1.6). Por espacio de cuarenta años soportó pacientemente su tozudez; según una variante, protegió al pueblo y cuidó de él **18** (Dt 1,31). Después, en Canaán, aniquiló siete pueblos (Dt 7,1) y **19** dio sus tierras en posesión hereditaria a los israelitas (Jos 14,2).

No se puede determinar en la tradición textual a qué se refiere exactamente el dato cronológico de «cuatrocientos cincuenta años». Si, como aparece en la versión dada, el número se refiere a los **20** v. 17-19, el sentido obvio es que tal fue el tiempo transcurrido entre la promesa del país de Canaán, hecha a Abraham, y la ocupación efectiva del mismo (400 años hasta la salida de Egipto, Gén 15,13; 40 años de viaje por el desierto y 10 empleados en la conquista). Pero, según otras formas del texto, el v. 20 se leería así: «Y por cerca de 450 años les dio jueces, hasta el profeta Samuel»; en este caso, la cifra se referiría a la duración del período de los jueces, que hasta la llegada de Samuel sumaría 450 años. Dado que el AT

no determina nada acerca de la duración del período de los jueces, esta cifra se apoyaría sobre un cómputo para nosotros incierto.

21 Bajo Samuel los israelitas pidieron un rey, y lo obtuvieron en la persona de Saúl. El AT no indica tampoco cuál haya sido la duración de su reinado; pero según Flavio Josefo habría sido de 18 años
22 en vida de Samuel y 22 después de la muerte de éste [17]. Rechazado Saúl en castigo de su desobediencia, Dios entregó el trono a David y confirmó su reino para siempre, porque en él encontró un fiel ejecutor de su voluntad [18]. Por haber descuidado Saúl el mandato divino, Samuel se vio obligado a comunicarle que, en castigo, su reino no sería estable: «El Señor ha buscado un hombre según su corazón, para que sea jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que Dios te había mandado» (1Sam 13,14). Las palabras «cumplirá en todo mi voluntad» (Is 44,28), que en el AT se dicen del siervo de Yahveh, se aplican aquí a David. No se trata de una trasposición arbitraria. Siendo él figura de Cristo, es perfectamente legítimo decir de él algo que en el siervo de Yahveh (el Mesías) encontrará, más tarde, su plena realización.

23 Al llegar a David, Pablo se detiene en su recuento histórico, para pasar a referirse al Mesías, vástago de David. De la estirpe de David hizo Dios brotar en la persona de Jesús al salvador y redentor, para beneficio de su pueblo escogido. En los v. 22 y 23 se emplea intencionalmente el verbo «suscitar», que tiene doble sentido, con el propósito manifiesto de designar a David como figura del Mesías. Su exaltación a la realeza es presentada como la anticipación (figura) de la resurrección de Jesús y de su exaltación a la soberanía celestial. Con esto ha llegado Pablo a la meta que desde un principio buscaba.

24-25 Es de notar cómo se ocupa del Bautista en forma bastante extensa, y precisamente de su bautismo de penitencia, de cómo desengaña a quienes pretendían tomarlo por el Mesías, y del testimonio que rinde en favor de aquel que es más grande que él ya que ha de venir después de él [19].

---

17. Fl. Josefo, *Ant.* vi, 14,9.
18. La cita es una síntesis de 1Sam 13,14; Sal 89,21 e Is 44,28.
19. Jn 1,20.27; Lc 3,15-16.

En la segunda parte (26-37), Pablo desarrolla la demostración de que el vástago de David, Jesús, es realmente el redentor prometido; lo prueba basándose en el hecho de que, no obstante haberlo repudiado los judíos y llevado a la muerte, Dios lo resucitó de entre los muertos, con lo cual también Dios rindió testimonio en su favor. Encabeza esta sección con el pensamiento, al cual da especial relie- **26** ve, de que el mensaje de la aparición de la salud ha llegado ahora de Dios al pueblo de Israel. En efecto, en Jesús de Nazaret ha aparecido realmente el redentor, el salvador, el portador de la salud. Contra esta misión suya nada quiere decir la muerte que los judíos **27** le dieron en Jerusalén, ya que, después de todo, ellos no hicieron más que dar cumplimiento, sin saberlo, a los vaticinios de los profetas [20]. Pero Pablo no absuelve de toda culpabilidad a los judíos de Jeru- **28** salén, pues añade luego que ellos condenaron a Jesús y exigieron su muerte de Pilato, sin tener ningún motivo plausible (3,13-14) [21].

El v. 29 vuelve a insistir en que en la pasión y muerte de Jesús **29** se cumplió la Escritura. El Apóstol considera de suma importancia eliminar el enorme escándalo que implicaba para los judíos la muerte por crucifixión de aquel que ellos debían aceptar por su redentor y Mesías (1Cor 1,23); para lograrlo apela a la Escritura, probando cómo en ella estaba ya preanunciado ese destino, el cual, en consecuencia, entraba en los designios de Dios.

Pero la prueba definitiva de la misión divina de Jesús es su **30** resurrección de entre los muertos. Pablo no dice, sin embargo, como Pedro [22], que él sea testigo personal del hecho, sino que Jesús, des- **31** pués de su resurrección, a lo largo de varios días consecutivos se mostró con vida a aquellos que de Galilea subieron con él a Jerusalén, y que éstos son en la actualidad sus testigos ante el pueblo israelita (en Palestina). No hay la menor duda de que Pablo, en su **32** predicación, concede una capital importancia al testimonio de los **33** apóstoles, primeros testigos, en favor de la resurrección de Jesús; también en 1Cor 15,3ss enumera separadamente cada una de las

20. Cf. Act 3,18.

21. Los v. 27 y 28 nos han llegado en mal estado; nuestra traducción reproduce el sentido que con más probabilidad se puede suponer primitivo

22. Act 2,32; 3,15; 10,41.

apariciones del Resucitado. Se ha hecho notar cómo aquí, a diferencia de 1Cor 15,8, no dice una palabra de las apariciones con que él personalmente se vio favorecido por parte del Señor resucitado, sino que se limita a decir, al referirse a sí mismo y a Bernabé, que anuncian a sus oyentes cómo en la resurrección de Jesús se hizo realidad la promesa hecha por Dios a los padres. Con todo, es indudable que también en esta ocasión, como en otras análogas, Pablo debió aducir entre las pruebas la visión que él mismo tuvo del Resucitado [23]. En todo caso, este silencio no deja de ser sorprendente, y no se puede explicar sino admitiendo que el discurso no es un resumen del texto escrito de las palabras efectivamente pronunciadas por Pablo, sino que se propone sólo presentar, a grandes rasgos, la manera como Pablo hablaba a los oyentes judíos. Al consignar los discursos de sus personajes, los historiadores antiguos se tomaban mucha libertad.

Para demostrar cómo en la resurrección de Jesús se cumplió realmente aquella promesa, Pablo trae un conocido texto de los Salmos (Sal, 2,7), dando a entender así que él lo refiere a la glorificación celestial de Jesús, consecuencia inmediata de la resurrección y a ella estrechamente unida [24]. En algunos manuscritos antiguos del texto occidental se lee: «en el salmo primero»; una costumbre antigua (Justino, Tertuliano) consideraba los salmos 1 y 2 como uno solo; es posible que en el texto original se leyese más bien «en los Salmos» (como se encuentra en un papiro muy antiguo) [25]. Pablo no pretende decir que Jesús haya llegado a ser hijo de Dios sólo a través de la resurrección y de la glorificación. La expresión ha de entenderse como en 2,36, en el sentido de que a través de la resurrección y consiguiente glorificación, Jesús fue constituido «Hijo de Dios, revestido de poder» (Rom 1,3).

34 Mediante la resurrección de entre los muertos, Dios colocó a Jesús en una condición definitiva: ya nunca será presa de la corrupción. Para probarlo, aduce Pablo dos textos bíblicos. El primero es una cita libre de Is 55,3, que, desde el punto de vista filológico, no

23. Cf. 1Cor 9,1: «¿No he visto a Jesús, nuestro Señor?».
24. Heb 1,5; 5,5; cf. también Lc 3,22.
25. Cf. Act 1,20; Lc 20,42 («en el libro de los Salmos»).

es muy clara. Literalmente, suena así: «Yo os daré lo santo de David, lo fiel». La frase podría interpretarse en este sentido: «Yo os concederé las fieles promesas que Dios hizo con relación a David.» Este versículo está citado a causa de la palabra «santo», que aparece de nuevo en el v. 35 («tu santo»). Con las expresiones el «santo de David», el «fiel» se alude, pues, al Mesías, el «santo de Dios». Dios cumplió su promesa preservando a éste de la corrupción. Pero quizás el orador tiene además presente el versículo siguiente de Isaías, en el cual ha debido descubrir la promesa de la elección del Mesías para salvar también a los gentiles. En los LXX, Is 55,3-4 suena así: «Haré con vosotros un pacto eterno, las cosas santas de David, las fieles (en el texto hebreo: «las gracias de David, las estables», lo que significa que la casa y el trono de David durarán para siempre); de él he hecho un testimonio para las gentes, un príncipe y soberano de los pueblos».

El segundo pasaje bíblico (Sal 16,10) es claro. El «santo» es **35** el Mesías. Del mismo salmo se valió Pedro en el discurso de pentecostés para demostrar con toda minuciosidad lo necesario y real de la resurrección de Jesús (2,24-31). Este texto del salmo no puede referirse a David, siendo así que éste murió y fue presa de la corrupción; por consiguiente, tan sólo al Mesías se puede aplicar con propiedad.

La conclusión (38-41) contiene dos pensamientos: 1.º, este Jesús es el mediador de la salud, que consiste en la remisión de los pecados; 2.º, ¡No vayáis a menospreciar esta realidad! Los v. 38-39 expre- **38-39** san un concepto específicamente paulino[26]: Cristo os justifica a vosotros, judíos, y a cuantos crean en él, de todo aquello de lo cual no pudo justificaros la ley mosaica. La salud en Cristo es, pues, universal, tiene valor para gentiles y judíos por igual; única condición que se exige para recibirla, es la fe en Cristo (aceptar creer en él). El v. 41 es una cita de Habacuc (1,5, según la versión de los LXX). La obra de que Dios habla aquí no es un gesto de benevolencia, **41** sino un juicio vengador. Según el anuncio de los profetas, ese juicio lo llevarán a cabo los caldeos contra los impíos e injustos del pueblo

26. Gál 3,10ss; Rom 3,20; 4,25.

de Israel. Toca a los oyentes hacerse la aplicación a sí mismos. Si ellos menosprecian el mensaje de salvación, espantosa es la suerte que les espera. Como v. 46-48 lo especifican, se trata de la amenaza de que la predicación se trasladará de los judíos a los gentiles de buena voluntad [27].

42 El mensaje de Pablo despierta, desde luego, el más vivo interés entre los oyentes. Sólo que les resulta tan inaudito, que la asamblea no se siente aún con capacidad de pronunciar un juicio al respecto, y por eso pide al Apóstol se haga oir de nuevo al sábado siguiente.

43 Esto no impide, sin embargo, que la fe haya empezado a arraigar en algunos de ellos, y por eso tras el discurso en la sinagoga viene una conversación privada de los deseosos de abrazar la fe, con Pablo y sus compañeros (cf. 14,22). La expresión «prosélitos temerosos de Dios» es rara, pues en todos los demás casos se da el nombre de prosélitos a los que por la aceptación de la circuncisión se incorporan al pueblo hebreo, en tanto que el de «temerosos de Dios» se reserva a los simpatizantes de la sinagoga que continúan incircuncisos.

44-45 La ruptura con la sinagoga, la amarga experiencia que Pablo tendrá en todas partes, sucede ya al sábado siguiente. La gran mayoría de los judíos rechaza la fe y declara rotunda oposición a Pablo; más aún, se enfurece contra él, deshaciéndose en un torrente de blasfemias contra su mensaje y contra el Mesías que él anuncia [28]. Se indica como motivo de su actitud, la envidia frente a los gentiles, que han concurrido en gran número. De mucho tiempo atrás, los judíos pretendían que la salud mesiánica estaba reservada exclusivamente para ellos. Ven arruinados los privilegios de Israel con la predicación de Pablo, según la cual el principio de justificación no es ya la ley sino la fe en Cristo, y la salvación es accesible también a los gentiles, sin tener en cuenta para ello las limitaciones impuestas por la ley. Así pues, lo que les choca no es tanto el escándalo de la cruz cuanto el carácter universalista del mensaje cristiano, y, sobre todo, ver el gran interés y la simpatía con que lo acogen los temerosos de Dios, que hasta ahora habían estado de su parte.

---

27. Cf. también Act 28,26-28.
28. Cf. Act 17,6; 19,9.37; 26,11.

Pero Pablo y Bernabé no se dejan intimidar [29], sino que declaran abiertamente que de ahí en adelante se dedicarán por completo a los gentiles, visto que ellos desechan la buena nueva y voluntariamente se privan de la salud eterna. En apoyo del derecho y la obligación que tienen de predicar a los gentiles, aducen unas palabras de Isaías (49,6), según las cuales el siervo de Yahveh (en sentido mesiánico, Cristo) ha sido constituido luz de las naciones y salvador del mundo entero. Pablo parece referir este oráculo de Is 49,6 directamente a sí mismo y a Bernabé; también en 26,17-18 dice, apoyándose claramente en este mismo texto y en Is 42,7.16, que Cristo le confió la misión de sacar de las tinieblas a los gentiles, es decir, de llevarlos a la luz. En Isaías, en cambio, estas palabras van dirigidas al siervo de Yahveh (al Mesías), como lo son también en 26,23 y en Lc 2,32 («luz para iluminación de los gentiles»). Pero como el Mesías no puede llegar a ser luz de los gentiles sino a través de la predicación del Apóstol, es natural que Pablo se sienta autorizado a reconocer en Is 49,6 el encargo de evangelizar a los gentiles, confiado a él y a Bernabé.

46 47

Pablo estaba profundamente convencido de que los judíos, por ser el pueblo escogido de Dios y depositario de las promesas mesiánicas, tenían el derecho de precedencia en la predicación de la salud. El evangelio «es fuerza de Dios para la salud de todo el que cree, del judío primero, pero también del griego», escribe en Rom 1,16. Por esta razón, aun según el testimonio de los Hechos, su norma fue siempre la de comenzar la predicación por los judíos, y sólo se dedicó a los gentiles cuando se vio rechazado por aquéllos [30]. No ha faltado quien haya querido poner en duda la exactitud de estos relatos, teniéndolos por simple generalización sin valor histórico. Pero sin razón. Basta recordar sólo el hecho innegable de que, según 2Cor 11,24, fue sometido cinco veces a la pena de 39 azotes, característica de la sinagoga. Y en sus cartas, repetidas veces establece como principio que los judíos tienen el derecho de prelación con respecto a los gentiles [31]. Los Hechos recuerdan otros dos casos en

46

29. Cf. el comentario a Act 4,29.
30. Act 13,14; 14,1; 17,2.10.17; 18,4.9; 19,8; 28,17.23.
31. Rom 1,16; 2,9-10; cf. además Act 3,26.

que Pablo se niega a predicar a los judíos: en Corinto (18,6) y en Roma (28,25). El autor tiene, evidentemente, mucho interés en inculcar al lector que los mismos judíos obligaron al Apóstol a volverse hacia los gentiles.

48 Pero cuanto más general fue el rechazo de la predicación de los apóstoles por parte de los judíos, tanto más abundantes fueron los frutos que ésta alcanzó entre la población pagana. Al decir el texto que abrazaron la fe todos los que estaban destinados a la vida eterna (cf. 3,15), no es el caso de pensar que se quiera aquí aludir al misterio de la predestinación, según se puede colegir claramente
49 del v. 46*b* [32]. El Evangelio se difunde rápidamente, no sólo en Antioquía, sino también en las regiones circunvecinas, gracias a la colaboración de los mismos convertidos.

50 La actividad de los dos apóstoles se prolongará aún por varias semanas, coronada de abundantes éxitos, hasta que los judíos infieles hallarán la manera de ponerle término bruscamente. Éstos azuzan contra Pablo y Bernabé a las mujeres paganas de la buena sociedad, favorables a ellos, y por medio de las mujeres logran que los jefes de la ciudad, seguramente sus maridos, expulsen de la región a los apóstoles. Parece que hasta se llegó a la violencia, pues los Hechos hablan de una persecución, y Pablo (2Tim 3,11) recuerda las persecuciones y sufrimientos que le sobrevinieron en
51 Antioquía, Iconio y Listra. Los dos apóstoles sacuden el polvo de los pies contra los judíos incrédulos, en señal de su completa sepa-
52 ración de ellos [33], y parten en dirección a Iconio. Pero su partida no desalienta a los recién convertidos, que más bien se alegran de la salud recibida [34].

El problema de la evangelización de los gentiles en la Iglesia primitiva.

Jesús tenía conciencia de que, en lo referente a su actividad en la tierra, había sido enviado sólo al pueblo judío; él mismo lo reco-

32. Cf. Act 2,47; 11,18.
33. Cf. Act 18,6; Mc 6,11; Lc 9,5; 10,11.
34. Cf. Act 8,8.39; 13,48; 16,34; Rom 15,13.

noce abiertamente en Mt 15,24: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» [35]. Por eso, cuando, al término de su ministerio en Galilea, envía a sus discípulos a misionar, les da orden de dirigirse solamente a la población judía de Palestina, con prohibición expresa de predicar a los samaritanos y a los gentiles: «No vayáis a los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10,5-6). Es cierto que Jesús, en contados casos excepcionales, hizo curaciones milagrosas a personas paganas [36], pero no puso en marcha la evangelización de los gentiles propiamente dicha. Los israelitas son «los hijos del reino» (Mt 8,12), lo que quiere decir que el reino de Dios está destinado a ellos; en eso radica su derecho de precedencia sobre los gentiles.

Pero para Israel también tiene valor el principio de que nadie entra en el reino sino a condición de convertirse (Mc 1,15). «No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 7,21). También Israel puede perder el derecho al reino, y esto sucederá cuando rehúse creer y prestar obediencia a la predicación de Jesús, el enviado de Dios. Y por tal experiencia tuvo que pasar el propio Jesús repetidas veces durante su vida terrena, con profundo dolor [37]. Mas tuvo asimismo la inmensa satisfacción de comprobar cómo los gentiles, que no estaban llamados al reino de Dios, les dispensaban una fe tan grande como nunca la había encontrado en su pueblo [38], y que debía avergonzar a Israel. Basado en tal experiencia, anunció el repudio de éste y la aceptación de los gentiles en el reino de Dios, que ya comenzaba: «En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe. Os digo, pues, que de oriente y de occidente vendrán, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes» [39].

---

35. Cf. también Mt 15,26.
36. Mc 5,2ss par; 7,25ss par; Mt 8,5 par.
37. Lc 4,25-27; Mt 11,21-24 par; 12,41-42 par; Lc 19,41-44.
38. Mt 8,10; 15,28.
39. Mt 8,11-13; Lc 13,28-29.

Jesús, sin embargo, no precisó en qué forma se cumpliría la entrada de los gentiles en el reino de Dios. Durante su vida terrena no habló de una evangelización de los gentiles. Se podría aducir, a lo más, el texto de Mc 13,10: «antes es preciso que el evangelio sea predicado a todas las naciones». Pero hay que observar que esta frase interrumpe, sin lugar a duda, el contexto y que por eso se la suele considerar como una frase pronunciada por Jesús después de la resurrección, e insertada por Marcos en el discurso escatológico. La parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-19) anuncia sólo que la viña será entregada a otros, pero no precisa quiénes sean éstos. Tampoco la parábola del convite real[40] puede traerse a cuento con seguridad, porque parece que su forma primitiva no trataba de los gentiles.

Sea como fuere, una cosa hay que reconocer por cierta: que Jesús, durante su vida terrena, dijo claramente que el pueblo de Israel, los «hijos del reino», perdería sus privilegios a causa de su infidelidad, y que los gentiles entrarían a formar la comunidad escatológica de Dios (a esto obedece la cita de Is 56,7, que hace con ocasión de la purificación del templo: «Está escrito: mi casa se llamará casa de oración para todos los pueblos», Mc 11,17); así, los patriarcas y las personas piadosas de la antigua alianza constituyen el fundamento, pero en medio de ellos son acogidos los gentiles creyentes. Estos gentiles creyentes, gracias a la aceptación del Mesías enviado de Dios, adquieren espiritualmente la calidad de hijos de Abraham.

Para ilustrar este nuevo rumbo que tomó la historia de la salvación, san Pablo se vale de la imagen del olivo, en el cual, para reemplazar las ramas desgajadas (Israel infiel), se han injertado renuevos de acebuche (los gentiles creyentes), que ahora participan de la raíz (los patriarcas) y de la savia del olivo. Pero luego pone en guardia a los gentiles convertidos contra el peligro de la presunción: «No sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti» (Rom 11,17-21).

Más tarde, una vez resucitado, Jesús envió a sus discípulos a todos los pueblos de la tierra, es decir, les confió la misión de evan-

40. Mt 22,1-14; Lc 14,16-24.

gelizar, sin limitación alguna. Sobre este punto todos los evangelistas están de acuerdo. Según Mt 28,19, en las montañas de Galilea dio Jesús esta consigna a los once: «Id y enseñad a todas las gentes.» Casi en los mismos términos se dice en Mc 16,15: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda la creación.» Según Lc 24,47, el Resucitado, en Jerusalén, explica a los discípulos que en su nombre se ha de predicar a todos los pueblos la conversión y el perdón de los pecados; en Act 1,8, a los discípulos que le preguntan por el momento en que se restablecerá el reino de Israel, les responde con el encargo misional: «Me seréis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra.» Tampoco en Jn 20,21 se hace ninguna restricción a la consigna misionera: «Como me envió mi Padre, así os envío yo.»

La situación, ahora, no es la misma de cuando Jesús ejercía su ministerio sobre la tierra. Mediante su resurrección y exaltación a la diestra de Dios, Jesús fue constituido Señor del mundo[41]. Con este nuevo orden, la ley, en cuanto medio de salvación, inseparable de los privilegios de Israel, ha quedado también abolida, y derribado el muro de separación que existía entre Israel y los otros pueblos (Ef 2,12ss).

Esto implica para Israel la pérdida de su función de mediador con respecto a los gentiles, de la cual tanto se ensoberbecía; lo dice Pablo con fuerza impresionante en Rom 2,17-20: «Presumes de ser guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, preceptor de rudos, maestro de niños, porque tienes en la ley la expresión misma de la ciencia y de la verdad.» Por la sangre de Cristo, los que estaban «lejos», los gentiles, han llegado a estar «cerca»; por él, unos y otros tienen acceso al Padre en un único Espíritu. Por medio de su cruz, privó a la ley de su fuerza, y, mediante una nueva creación, hizo de judíos y gentiles un hombre nuevo (Ef 2, 13.15.18). Con todo, la Iglesia primitiva está plenamente convencida de que Israel, según la predestinación divina, es y seguirá siendo el pueblo escatológico (de los últimos tiempos) de Dios, no obstante

41. Act 2,36; Flp 2,9-11; Mt 28,78: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.»

el rechazo que las autoridades judías hicieron del Mesías. «Que los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,19). Pablo, seguro como está de ser «ministro de Jesucristo entre los gentiles» (Rom 15,16), no discute en modo alguno los privilegios que competen a Israel en la historia de la salvación, sino, por el contrario, los acentúa con énfasis: «¿En qué, pues, aventaja el judío (al gentil)? En mucho bajo todos los conceptos. Primeramente, a él le fue confiada la palabra de Dios» [42].

De suerte, pues, que si los gentiles tienen parte en la salvación escatológica, la tienen sólo en cuanto fueron admitidos a participar de la salud de Israel. Llegan a ser hijos de Abraham, y de Abraham reciben la bendición. Esto no significa, sin embargo, que los gentiles (hechos cristianos) sean ahora extraños, o simples huéspedes, sino conciudadanos de los santos (es decir, de los judeocristianos) y miembros de la familia de Dios (Ef 2,19). «Israel sigue siendo los fundamentos de la Iglesia» (H. Schlier). De ahí que Israel tenga también el derecho de que a él primero que a los demás se le predique el evangelio [43]. Los mensajeros de la fe, enviados por el Resucitado, han de llevar el mensaje de la aparición de la salud al pueblo de la promesa antes que a los otros, y deben colocarlo ante la alternativa de prestarle fe o rechazarlo. Así se entiende por qué los Hechos presentan siempre a Pablo predicando ante todo a los judíos, y yéndose a los gentiles sólo cuando aquéllos blasfeman de su mensaje y lo rechazan. Ésta no es una presentación de los acontecimientos contraria a la historia, sino perfectamente de acuerdo con la realidad de los hechos.

Queda aún por responder una cuestión importante. Si es cierto que el encargo dado por Jesús a los apóstoles era de evangelizar a todos los pueblos, ¿cómo es posible que el paso de la evangelización exclusiva de los judíos a la misión entre los gentiles se diera tan tarde y sólo como consecuencia, al parecer, de violentas polémicas internas? Efectivamente, conforme al relato de los Hechos, es innegable que los apóstoles permanecen por años enteros en

42. Rom 3,1-2; cf. además Rom 9,4-5.
43. Cf. Rom 1,16.

Jerusalén, y predican sólo a los judíos. No son ellos, sino el «diácono» Felipe, quien da los primeros pasos en la evangelización de los samaritanos, y en Antioquía son los helenistas desterrados de Jerusalén los que tienen la iniciativa de anunciar también a los gentiles la buena nueva del Mesías Jesús (11,20). A Pedro, jefe de los doce, hubo necesidad de que una intervención directa de Dios le hiciera aceptar la idea de conferir el bautismo a la familia del pagano Cornelio. Según Gál 2,7, a él se le confió el encargo de predicar el evangelio entre los judíos; por tanto, en la época de la composición de la epístola a los Gálatas, Pedro era misionero no de los gentiles, sino de los judíos.

No han faltado quienes, apoyados en tales razones, han intentado explicar el encargo de predicar a todos los pueblos como pura invención de la comunidad primitiva, nacida en los años en que la evangelización de los gentiles estaba en su apogeo. Pero esto no es más que un modo de violentar los documentos. Sólo una cosa hay que conceder, y es que la forma estilizada en que transmiten las palabras de Jesús (Act 1,8), que contienen el plan del libro: Jerusalén: cap. 1-5; Judea y Samaría: cap. 6-12; hasta los extremos de la tierra: cap. 13-28, es fruto de elaboración ulterior; pero, teniendo en cuenta la solidez de los testimonios, no se puede dudar de que los relatos evangélicos repiten de modo sustancialmente exacto el mandato misionero del Resucitado.

La explicación de la tardanza y las vacilaciones con que los apóstoles, o la Iglesia de Jerusalén, dieron su aprobación a la evangelización de los paganos, iniciada por otros, está en la dificultad que hallaron en sobreponerse a su pasado judío y a las vivas esperanzas que acariciaban de restablecer el reino de Israel (Act 1,6). Es necesario, pues, sostener que las luchas de que son testigos los Hechos y las cartas paulinas, giran no precisamente en torno a la cuestión de la aceptación de los gentiles en la Iglesia, sino en torno al derecho que éstos alegaban para dispensarse de la circuncisión y de la observancia de la ley mosaica [44].

---

44. Cf. el exc. a Mt 28,16-20.

En Iconio
14,1-7

[1] Y en Iconio ocurrió lo mismo. Entraron en la sinagoga de los judíos y hablaron de manera que abrazó la fe una gran muchedumbre, tanto judíos como griegos. [2] Pero los recalcitrantes judíos excitaron y maliciaron los ánimos de los gentiles contra los hermanos. [3] Permanecieron, pues, allí bastante tiempo y, con valentía, hablaban del Señor, que apoyaba el anuncio de su gracia mediante señales y prodigios obrados por mano de ellos. [4] Se dividió la gente de la ciudad, y unos estaban con los judíos y otros con los apóstoles. [5] Cuando por fin comenzó a formarse una manifestación de los gentiles y judíos con sus cabecillas al frente, que pretendían maltratarlos y apedrearlos, [6] percatándose de ello, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y a sus alrededores. [7] Y allí predicaban la buena nueva.

1 Iconio (hoy *Konia),* situada al sudeste de Antioquía, formaba parte de la provincia de Frigia. La ciudad recibió de Claudio el título de colonia romana. La actividad de los dos heraldos de la fe, descrita en pocas líneas, sigue más o menos el mismo proceso que en Antioquía. Entre los judíos, no menos que entre los griegos (gentiles temerosos de Dios), obtienen gran éxito. De aquí en adelante los Hechos ya no vuelven a dar cuenta detallada de la predicación en las sinagogas; sólo ocasionalmente y en pocas palabras indican su contenido [45]. Los puntos esenciales de sus discursos habrán
3 sido los mismos en todas partes. Se designa aquí la predicación como «anuncio de su gracia», es decir, «de la gracia del Señor», por cuanto la salud es efecto de pura bondad [46].

No se dice cuánto tiempo estuvieron trabajando en la ciudad, pero es probable que también aquí su actividad se prolongase por varias semanas. Aquí, como en otros lugares, Dios confirmó su

45. Act 17,3; 18,5; 19,8.
46. Cf. Act 15,11; 20,24.32.

predicación con milagros, probablemente curaciones en su mayor parte [47]. Lo que sucede en otras estaciones de sus viajes de misión, sucede también en Iconio: los dos heraldos de la fe tienen que 4-6
ceder ante el odio de los judíos que persisten en la infidelidad, y que se encargan de armarles una algarada [48].

El orden de los conceptos está alterado al principio de este capítulo: el v. 3 debe ir seguramente antes del v. 2.

Los v. 4 y 14 de este capítulo son los únicos pasajes en que a Pablo y Bernabé se da el título de apóstoles, título que los Hechos, fuera de aquí, reservan para los doce. Aun cuando habla de Pablo solo, Lucas no lo llama jamás apóstol. En cuanto a Pablo mismo, en cambio, recalca con gran insistencia el derecho que le asiste de considerarse verdadero apóstol de Cristo, y de poderse equiparar, en cuanto a esta dignidad, con los doce [49]. Pero los Hechos son explícitos en afirmar que Pablo recibió el encargo de evangelizar a los gentiles directamente del Señor glorificado («apóstol» significa «enviado») [50]. Y no es otra cosa lo que Pablo quiere decir cuando reclama para sí el título de apóstol (Gál 1,1.12).

En Listra y en Derbe
14,8-21*a*

8 *En Listra yacía sentado un hombre, inválido de los pies,*
cojo desde el seno de su madre, que nunca había podido andar.
9 *Este hombre escuchaba a Pablo, el cual fijándose en él y vien-*
do que tenía fe para ser curado, 10 *dijo en alta voz: «Ponte dere-*
cho sobre tus pies.» Dio él un salto y echó a andar. 11 *Las*
turbas, viendo lo que había hecho Pablo, levantaron la voz gri-

47. Act 15,12; 19,11-12.
48. Act 9,23; 13,45.50; 14,19; 17,5-8; 18,6.13.
49. Cf. los términos en que se designa a sí mismo en las fórmulas de saludo de sus cartas y en pasajes como 1Cor 9,1: «¿No soy apóstol?»; 15,9: «Yo soy el menor de los apóstoles, y no soy digno de llamarme apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios»; 2Cor 12,11-12.
50. Act 22,21; 26,17.

tando en licaónico: «Los dioses en forma de hombres han bajado
a nosotros» [12] *y llamaban Zeus a Bernabé, y Hermes a Pablo,*
porque era el que llevaba la palabra. [13] *Y los sacerdotes del tem-*
plo de Zeus frente a la ciudad trajeron toros y guirnaldas junto
a las puertas y con la multitud se disponían a ofrecer un sacrificio.
[14] *Oyendo esto los apóstoles, Bernabé y Pablo, rasgaron sus ves-*
tiduras y se lanzaron a la turba, [15] *diciendo a gritos: «¿Por qué*
hacéis esto? Nosotros somos humanos, sujetos a las mismas mi-
serias que vosotros, y os invitamos a dejar estos ídolos, que no
son nada, por el Dios viviente que hizo el cielo y la tierra y el mar
y todo cuanto hay en ellos, [16] *que en las pasadas generaciones*
permitió que cada pueblo anduviera por sus caminos, [17] *aunque no*
se quedó sin testimonio en su favor, haciendo el bien, enviándoos
desde el cielo las lluvias y los tiempos fecundos, colmando de
sustento y de alegría vuestros corazones.» [18] *Y con esto que dijeron*
a duras penas lograron detener a las turbas para que no les ofrecieran
un sacrificio. [19] *Pero llegaron de Antioquía e Iconio unos judíos*
que persuadieron a las turbas y apedreando a Pablo lo arrastraron
fuera de la ciudad, dándole por muerto. [20] *Rodeado de sus discí-*
pulos se levantó y entró en la ciudad.

Al día siguiente partió con Bernabé para Derbe. [21a] *Evangeli-*
zaron aquella ciudad e hicieron numerosos discípulos.

Listra, ciudad situada cerca de seis horas de camino al sur de Iconio y media hora al norte de la actual *Khatyn Serai*, era, desde fines del año 6 a.C., una colonia militar. Unas ocho horas hacia el sudeste se encontraba Derbe (cerca de la actual *Zosta)*, no lejos de las gargantas del monte Tauro. Desde el 41 d.C. era ciudad fronteriza de la provincia romana de Galacia. Según parece, en ninguna de las dos ciudades existía sinagoga ni un grupo considerable de «temerosos de Dios». Judíos, en cambio, sí los había también aquí (16,1-3).

8 Del período de actividad en Listra sólo se recuerda la curación de un cojo (cf. 3,2ss), la apoteosis de los misioneros, consecuencia del milagro, y el ataque a Pablo por parte de los judíos y de la chusma azuzada por ellos. En tres formas diferentes se des-

cribe el defecto físico del tullido, con la intención de que el milagro resalte en toda su grandiosidad. Al observar al enfermo, Pablo lee **9** en la expresión de su rostro que tiene una fe incondicional en él como enviado de Dios y que acepta con plena convicción la verdad de su mensaje (cf. 13,48); lo mira entonces fijamente y le ordena en alta voz que se ponga en pie y se mantenga erguido.

En un mandato así, enérgico y en alta voz, hay cierto poder **10** de sugestión, de suerte que el enfermo, casi sin darse cuenta obedece y hace un gesto que hasta entonces nunca había hecho. Esto no quiere decir, sin embargo, que se trate aquí de una curación obrada por sugestión, porque no es posible llegar a que un tullido de nacimiento logre mantenerse erguido y camine gracias a una excitación nerviosa de puro carácter sugestivo. Pero no hay razón para negar a Pablo el derecho de valerse de medios naturales como éste en las curaciones que obró.

La multitud de paganos que han presenciado el milagro no **11** aciertan a explicarse la repentina curación del paralítico más que con la idea de que aquellos predicadores forasteros son dioses en figura humana. La creencia de que las divinidades pueden revestir figura humana y andar entre los hombres corresponde perfectamente a las ideas religiosas del paganismo de esa época. También los habitantes de Malta toman a Pablo por un dios (28,6). La graciosa anécdota de Filemón y Baucis, que hospedan en su choza, sin conocerlos, a Zeus y a Hermes, y son por ello recompensados, se desarrolla precisamente en el ambiente de Frigia, no lejos, por tanto, de Listra [51]. Es fácil adivinar la razón que llevó a los habi- **12** tantes de Listra a identificar a Bernabé y a Pablo con Zeus y Hermes. Desde tiempo inmemorial se adoraba en aquella región a dos divinidades, padre e hijo, que en la época griega los licaonios identificaron con Zeus y Hermes. Recientemente se descubrió, a la distancia de un día de camino de Listra, una inscripción griega en que los nombres de Zeus y Hermes aparecen estrechamente unidos.

Los habitantes de Listra están tan firmemente persuadidos de **13**

51. OVIDIO, *Metamorph.* VIII, 611-724.

que Pablo y Bernabé son dioses en figura humana, que los sacerdotes del templo de Zeus, erigido a la entrada de la ciudad, se dan prisa a ofrecer un sacrificio a las dos supuestas divinidades. Traen toros (empleados generalmente como víctimas para el culto de Zeus en aquellos países) y guirnaldas (como adorno de las víctimas) ante las puertas (quizás el pórtico del templo). El templo de Zeus, «frente a la ciudad», no se ha podido descubrir aún, pero se conocen paralelos exactos en Asia Menor. Así, por ejemplo, Claudiópolis, al sur de Listra, poseía un templo dedicado a «Zeus frente
14 a la ciudad». Pablo y Bernabé, no bien han oído de los preparativos para el sacrificio, se desgarran las vestiduras por el dolor que les causa la blasfema iniciativa (Mc 14,63), y profundamente irritados se lanzan en medio de la multitud, tratando de disuadirla de semejantes proyectos.

15 Las palabras que entonces dirigen a la multitud tienen para nosotros especial importancia, porque (como el discurso del Areópago, 17,22-31) nos ilustran sobre lo que era la predicación de Pablo a auditorios paganos. Lo primero que tenía que hacer era anunciarles la gran verdad del único Dios verdadero, creador del universo y padre amoroso de todos los hombres. La verdad la recalcan ellos con especial insistencia en esta ocasión. No somos dioses, les dicen, sino que poseemos una naturaleza de hombres, efímera como la vuestra [52]. Lo que precisamente buscamos es apartaros del culto a los ídolos, que no existen en modo alguno, y convertiros al único verdadero Dios, creador del universo [53]. Los dioses que hasta ahora han venido adorando no son nada, no existen [54]; los ídolos son objetos inertes y, en consecuencia, incapaces de acudir en ayuda de sus adoradores; en cambio, el Dios que ellos les anuncian es un Dios que existe, que posee la vida y es capaz de hacer algo por sus adoradores, escuchar sus súplicas, protegerlos y recompensarlos.

La fórmula «Dios viviente» está tomada del Antiguo Testa-

52. Cf. Act 3,12; 10,26; Sant 5,17.
53. Éx 20,11; Act 4,24; 17,24.
54. Cf. Gál 4,8; Act 19,26.

mento[55] y se emplea, con mucha frecuencia, en el NT[56]. También en 1Tes 1,9 se expresa Pablo en términos análogos[57] refiriéndose a su predicación entre ellos.

Es cierto que Dios, en el pasado, permitió que los gentiles **16** siguieran su camino, es decir, no encaminó hacia ellos su acción salvífica, pero no por eso los privó de las señales que les permi- **17** tieran reconocerlo con claridad como creador y benefactor de los hombres, que tales señales las tenían en la distribución misma de los dones de orden natural. Jeremías expresa esta misma idea: «Temamos a Yahveh, nuestro Dios, que nos da a su tiempo las lluvias temporales y tempranas, y con ellas fecunda los campos que nos dan la cosecha» (5,24).

Es también del AT el pensamiento de que Dios alegra los corazones de los hombres con la comida y la bebida[58]. Al vino especialmente se atribuye la capacidad de alegrar al hombre[59]. Según Jenofonte[60], Sócrates pregunta a su interlocutor si alguna vez se ha detenido a considerar con qué solicitud han dispuesto los dioses cuanto los hombres necesitan, y, entre otras observaciones, añade la siguiente: el alimento de que tenemos necesidad nos lo dan los dioses, que lo obtienen de la tierra regulando las estaciones convenientes; ellos no sólo nos procuran, con abundancia y variedad, cuanto necesitamos, sino también cuanto nos es causa de alegría. El v. 17 contiene, pues, un pensamiento que, además de bíblico, es también griego. Ahora ha llegado el momento en que Dios, bondadosamente, hace caso omiso de estos tiempos de ignorancia y hace llegar hasta vosotros, gentiles, el mensaje de la salvación. Con estas palabras (sacadas de 17,30) se puede completar lógicamente el pensamiento de Pablo.

---

55. Sal 42,3; Os 1,10 (= 2,1); 2Re 19,4.16; Est 6,13; Dan 14,5.

56. Mt 16.16; 26,63; 2Cor 3,3; 6,16; 1Tim 3,15; 4,10; Heb 3,12; 9,14; 10,31; 12,22; 1Pe 1,23, etc.

57. Gál 4,8-9; Act 26,18.20.

58. Cf. Sal 4,8 (según los LXX): «Tú has puesto la alegría en mi corazón; del fruto de su trigo, vino y aceite los has colmado (saciado).»

59. Por ejemplo, Eclo 31.27: «¿Qué vida es la de los que carecen totalmente de vino? El vino fue creado para la alegría de los hombres.»

60. JENOFONTE. *Memorabilia* IV. 4,3ss.

19 También en Listra sobreviene un brusco cambio en los sentimientos populares, que pone fin a la actividad de los apóstoles. Los responsables son, una vez más, los judíos, venidos, en esta ocasión, desde Antioquía e Iconio. El populacho se amotina y apedrea a Pablo, que se desploma inconsciente. Creyéndolo muerto,
20 lo arrastran fuera de la ciudad y allí lo abandonan. Pero los discípulos, bien que su número es aún muy reducido, le guardan fidelidad y forman en torno suyo un cerco de protección. Al poco tiempo, Pablo vuelve en sí, y ya recuperado entra de nuevo en la ciudad, escoltado por sus seguidores, y sin esperar más, al día siguiente toma con Bernabé el camino de Derbe. Pablo mencionará esta lapidación en 2Cor 11,25, y aludirá a ella en 2Tim 3,11.

21 Los Hechos no indican cuánto tiempo haya durado la predicación en Listra. De los v. 20*a*.21s y 16,1 se puede concluir, en todo caso, que esos trabajos no carecieron de éxito. Según Act 16,1-3, Timoteo, el futuro cooperador de san Pablo, era oriundo de Listra [61].

El regreso
14,21*b*-28

21b Se volvieron a Listra, Iconio y Antioquía, 22 confirmando los
ánimos de los discípulos, exhortándolos a permanecer en la fe y di-
ciéndoles que a través de muchas tribulaciones hemos de entrar en
el reino de Dios. 23 Designaron presbíteros en cada Iglesia y, acompa-
ñando la oración con ayunos, los encomendaron al Señor en quien
habían creído. 24 Atravesando Pisidia llegaron a Panfilia, 25 y después
de predicar la palabra en Perge, bajaron a Atalía; 26 desde allí nave-
garon a Antioquía, de donde habían partido encomendándose
a la gracia de Dios para la obra que en este momento estaban
llevando a término. 27 Llegados y congregada la Iglesia, referían
cuánto había hecho Dios con ellos y cómo había abierto a los
gentiles la puerta de la fe. 28 Y permanecieron bastante tiempo
con los discípulos.

61. Cf. también 2Tim 1,5.

Derbe es la primera estación misionera de donde los dos após- 21
toles parten sin ser arrojados por la violencia. Pero deciden no proseguir el viaje, que de continuarse en la misma dirección los habría llevado a las gargantas del Tauro, por ahí a Cilicia, y de Cilicia a Antioquía del Orontes; prefieren volver sobre sus pasos
por la misma ruta que hasta aquí han llevado, con el propósito de 22
robustecer más las comunidades fundadas [62] y darles cierta organización; obligados a salir precipitadamente, no habían tenido tiempo de designarles jefes.

En el viaje de regreso tuvieron que limitarse a una acción privada dentro de las comunidades, porque una actividad propiamente misionera les habría resultado aún demasiado peligrosa. Se preocupan sobre todo por inculcar a los fieles que la senda que conduce al reino escatológico (celestial) de Dios pasa a través de muchas tribulaciones. Éstos, de seguro, habían tenido que pasar ya por toda clase de opresiones y vejaciones de parte de sus conciudadanos, tanto gentiles como judíos, a juzgar por las que estos últimos prodigaron a los apóstoles. Es precisamente lo que recuerda Pablo en 1Tes 3,3-4 [63].

De especial importancia es el dato, desafortunadamente muy 23
somero, acerca de la institución de los presbíteros (ancianos). En cada comunidad los apóstoles eligen o nombran a algunos varones para el cargo de «ancianos», o jefes. Sabiendo que en ciertos casos (p.ej., en las asambleas paganas que se reunían para elegir a algún funcionario) «anciano» se había convertido ya en un título representativo de un cargo, es lógico suponer que en nuestro caso los «ancianos» no eran precisamente los de más avanzada edad. En su designación, es posible que se concediera a la comunidad cierto derecho de proponer los candidatos (cf. 6,3-6), pero el nombramiento para el cargo lo hacían personalmente los apóstoles. No se hace mención expresa de la imposición de manos, pero por comparación con 6,6; 13,3, y teniendo en cuenta expresiones como las de 1Tim 4,14; 5,22; 2Tim 1,6; Heb 6,2, se puede sostener con abso-

---

62. Cf. Act 15,32.41; 18.23.
63. Cf. también Rom 5,3-4; Heb 10.36; 1Pe 1.6; 4.12-13

luta seguridad que también aquí se practicó. En nuestro pasaje tenemos, pues, la noticia indudable de una investidura de funcionarios eclesiásticos, realizada mediante un acto litúrgico que constaba de oración, ayuno e imposición de manos. Deber de estos presbíteros (tomados colegialmente, sin que ninguno de ellos tuviera prerrogativas de jefe monárquico) era guiar la comunidad, celebrar, en consecuencia, los ritos del culto, predicar, velar por la disciplina y el buen orden, etc. Cf. también 20,28.

27 Llegados a Antioquía, en una reunión de la comunidad, Pablo y Bernabé hacen el relato de su actividad y de los éxitos que la acompañaron [64]. Modestamente lo atribuyen todo a la ayuda de Dios [65]. Hacen resaltar particularmente el hecho de que Dios otorgó también a los gentiles la posibilidad de recibir la fe. La metáfora de la puerta que se abre es de sabor misionero, y Pablo también la usa, pero refiriéndola al campo de trabajo que Dios brinda al heraldo de la fe [66].

2. *Decisión oficial de los jefes de la Iglesia acerca de la evangelización de los gentiles (concilio apostólico)* 15,1-35

Interpelación en Jerusalén 15,1-5

[1] *Algunos bajados de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis según la costumbre de Moisés, no podréis salvaros.* [2] *Y tras una agitación y controversia no pequeña por parte de Pablo y de Bernabé contra ellos; decidieron que subieran Pablo y Bernabé y algunos otros de ellos a Jerusalén, a entrevistarse con los apóstoles y presbíteros, sobre este asunto.* [3] *Ellos, pues, proveídos por la*

64. Cf. Act 15,4.12; 21,19.
65. Cf. Act 15,12; 21,19.
66. Cor 16,9; 2Cor 2,12; Col 4,3.

Iglesia de lo necesario para el viaje, atravesaron Fenicia y Samaría, refiriendo la conversión de los gentiles y proporcionando una gran alegría a todos los hermanos. [4] *Llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la Iglesia y por los apóstoles y presbíteros, a los cuales informaron de todo cuanto Dios había hecho con ellos.* [5] *Pero surgieron algunos de la secta de los fariseos, que habían abrazado la fe, los cuales decían que era necesario circuncidarlos y mandarles guardar la ley de Moisés.*

En el intervalo del primero al segundo viaje de misión de Pablo, sucede un acontecimiento de suma trascendencia para la actividad misionera, o, más exactamente, para la posibilidad misma de desarrollo de la Iglesia primitiva; tal fue la declaración oficial de las autoridades de la Iglesia acerca de la situación en que quedaban los gentiles convertidos frente a la ley mosaica. Los apóstoles resolvieron el problema pronunciándose en el sentido de que la ley mosaica no tendría fuerza obligatoria para los convertidos de la gentilidad; esta toma de posición abrió ampliamente el camino a la evangelización de los gentiles.

La cuestión surge a raíz de la llegada a Antioquía de algunos **1** judeocristianos de miras estrechas, procedentes de Judea (= Jerusalén y sus alrededores). Éstos, como los que en el v. 5 comparten su mentalidad, debían ser antiguos fariseos, que, no satisfechos de seguir siendo personalmente estrictos observantes de la ley, pretenden además que los gentiles, antes de hacerse cristianos, se hagan judíos, y no ahorran esfuerzo para frenar la marcha que la Iglesia cristiana ha emprendido ya hacia la emancipación de la religión judía. Con razón se puede suponer que el judaísmo extremista acababa apenas de hacer su ingreso en la comunidad cristiana, precisamente a causa de la reciente conversión de algunos fariseos, ya que de otra manera no se podría explicar cómo la Iglesia de Jerusalén se había mostrado satisfecha de la conversión del pagano Cornelio (11,18), y nadie en ella había puesto trabas a la formación, en Antioquía, de una comunidad en que la mayor parte de los convertidos eran de origen gentil (11,22-23).

Como era de esperar, los judaizantes de Jerusalén exigen para los paganos convertidos de Antioquía no sólo la circuncisión (rito que, además de remontar hasta los días de Abraham [Gén 17,9-14], es recomendado con insistencia en la ley mosaica [Éx 12,48]), sino también la observancia de toda la ley (según se puede deducir del v. 5). Las dos cosas están indisolublemente unidas, según lo afirma explícitamente Pablo en Gál 5,3 («Si os hacéis circuncidar, estáis obligados a observar también la ley»). La exigencia de los judaizantes se comprende mejor cuando se toma en cuenta el modo de pensar de los judíos: para ellos era imposible que un gentil llegara a ser prosélito en el pleno sentido del término (prosélitos de justicia = prosélitos justos) y fuera incorporado a la religión de la alianza, sino a condición de aceptar la circuncisión y obligarse a observar la ley mosaica. La circuncisión es «el sello de la elección» (rabí Aquiba), y tiene por efecto la participación en el pacto especial que hay entre Dios y el pueblo judío.

Pero en el cristianismo su adopción habría comprometido seriamente la unidad de la Iglesia, porque entre los gentiles bautizados muy pocos habrían estado dispuestos a echar sobre sí esta carga, fuera de que la evangelización de los gentiles se habría hecho extremadamente difícil, por no decir imposible. Y esto aun sin reparar en que la aceptación de tal práctica habría equivalido a privar de todo su valor a la obra redentora de Cristo, como Pablo mejor que nadie lo reconoció y predicó incansablemente.

Las pretensiones de los judaizantes chocan con la oposición
2 más enérgica por parte de Pablo y de Bernabé. Las discusiones llegan a revestir caracteres de violencia, hasta cuando se transige con una solución provisional: enviar a Jerusalén una delegación encabezada por Pablo y Bernabé, a fin de solicitar allí el juicio de los apóstoles y de los ancianos sobre el delicado problema. La delegación escoge hacer el viaje por tierra; posiblemente había empezado ya el invierno, y durante este tiempo la navegación se suspendía [1]. Pablo y Bernabé relatan, en todas las comunidades cristianas que de paso visitan, sus éxitos entre los gentiles, desper-

1. Cf. Act 27,9; 29,11.

tando con ello enorme entusiasmo. Sólo en Jerusalén surgen de **4-5**
nuevo los judeocristianos de mentalidad estrecha, antiguos fariseos (evidentemente los inspiradores de los jerosolimitanos llegados a Antioquía), con sus pretensiones de que se exija a los gentiles la práctica de la circuncisión y la observancia de la ley.

El concilio apostólico
15,6-21

[6] *Reuniéronse, pues, los apóstoles y los presbíteros para examinar el asunto.* [7] *Después de larga controversia, Pedro les dijo: «Hermanos, vosotros sabéis que, desde los primeros días, Dios me escogió entre vosotros, para que los gentiles oyeran de mi boca la palabra del evangelio y creyeran.* [8] *Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio en favor de ellos al comunicarles el Espíritu Santo como a nosotros,* [9] *y no hizo diferencia alguna entre nosotros y ellos a la hora de purificar sus corazones por la fe.* [10] *Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios pretendiendo imponer sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos sido capaces de soportar?* [11] *Más bien, por la gracia del Señor Jesús creemos ser salvos de la misma manera que ellos.»* [12] *Calló toda la asamblea y escuchaban a Pablo y a Bernabé que referían cuántas señales y prodigios había obrado Dios entre los gentiles por medio de ellos.*

[13] *Y después que ellos callaron, respondió Santiago y dijo: «Oídme, hermanos.* [14] *Simón acaba de referir cómo Dios desde el principio tuvo a bien procurarse de entre los gentiles un pueblo para su nombre.* [15] *Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, según está escrito:*

[16] »"Después de esto, volveré (Jer 12,15)
y reedificaré la caída tienda de David,
reedificaré sus ruinas
y la levantaré;
[17] para que el resto de los hombres busque al Señor:

todas las gentes sobre las cuales haya sido invocado mi nombre."
[18] Así dice el Señor, el que hace saber estas cosas desde antiguo
(Am 9,11s).

[19] *»Por ello pienso que no se debe seguir molestando a los que*
de entre los gentiles se han convertido a Dios, [20] *sino escribirles que*
se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, de la fornicación,
de lo ahogado y de la sangre. [21] *Porque desde hace muchas gene-*
raciones Moisés tiene en cada ciudad sus predicadores que lo leen en
las sinagogas todos los sábados.»

Las intolerables exigencias de los antiguos fariseos llevaron a
que la cuestión de los deberes de los gentiles convertidos, con
respecto a la ley mosaica, se hiciera de candente actualidad también
para la Iglesia madre de Jerusalén, y se llegara, en consecuencia, a
6 una reglamentación precisa y definitiva. Fue esto lo que se hizo en
el curso de una reunión extraordinaria de los jefes eclesiásticos
en Jerusalén, a la cual estuvieron presentes también los demás miem-
bros de la comunidad, al menos los hombres (v. 22). Es costumbre
dar a esta reunión el nombre de concilio de los apóstoles, y con
razón, pues en ella los apóstoles adoptaron una decisión formal y
solemne. Debió celebrarse sólo algunos días después del primer
encuentro, recordado en el v. 4.
7 Los Hechos no conservan nada relativo a los debates, en los
cuales se debió discutir acaloradamente el pro y el contra del pro-
blema; se limitan a comunicar la posición que adoptaron los dos
personajes más eminentes de la Iglesia de Jerusalén, Pedro y San-
tiago, y el texto del decreto. Es indudable que las intervenciones de
Pablo y de Bernabé ante la asamblea, para defender su posición,
debieron ser enérgicas; pero Lucas quiere evitar un relato dema-
siado recargado, y por eso consigna únicamente el criterio de las
personalidades representativas, favorable a la libertad de los genti-
les convertidos, y los motivos por ellos alegados. A juicio suyo,
toda la controversia quedó completamente resuelta, de una vez por
todas, con la decisión final del concilio. Y su preocupación es que
este punto quede bien en claro.

En su intervención, *Pedro* se pronuncia decididamente en favor de la libertad de los gentiles convertidos, y en apoyo de su juicio aduce el caso de Cornelio (10,1ss). Ya en aquella ocasión, por consiguiente mucho tiempo antes (así se expresa él), Dios mismo manifestó en forma patente cuál era su voluntad. En su persona escogió él aun miembro de la Iglesia madre, que llevara el evangelio a los gentiles. Una vez que éstos aceptaron con fe el mensaje **8** de la salud, derramó sobre ellos, igual que sobre los discípulos el **9** día de pentecostés, el Espíritu Santo, mostrando así, bien a las claras, que no hace distinción alguna entre circuncidados e incircuncisos. Como escrutador que es de los corazones, él no fija sus ojos en las exterioridades (cf. 10,34), sino que valora directamente los sentimientos internos del hombre. El primer efecto de la fe es, a su modo de ver, la pureza requerida, condición previa para poder ser aceptado en la Iglesia y recibir la salud; una pureza interior, desde luego, que está muy por encima de la purificación externa que se alcanza con la circuncisión [2].

Adoptando luego un tono de reproche, Pedro se vuelve hacia **10** los fanáticos de la circuncisión para advertirles que la pretensión de que los gentiles se sujeten a la circuncisión y a la ley va directamente contra la voluntad de Dios, manifestada explícitamente, y equivale a tentar a Dios, es decir, a atraerse sus castigos. Digno de atención es el juicio del Apóstol con respecto a la ley: la califica de yugo insoportable (una pesada carga, cf. Gál 5,1), que de hecho ningún judío ha podido sobrellevar, o, en otros términos, es imposible de cumplir (cf. Gál 3,10-12), y no tiene cómo procurar la **11** salvación al hombre, la cual es, por el contrario, obsequio gratuito de la gracia divina (Gál 2,15).

No ha faltado quien ponga en duda el carácter histórico de esta fuerte arremetida de Pedro contra la ley, fundándose en que el mismo Pedro, en Antioquía, echó pie atrás ante los judaizantes de Jerusalén y se retrajo de sentarse a la mesa con los gentiles convertidos (Gál 2,11ss). Pero esta posición es injustificada. El plural que san Pablo usa en Gál 2,16 permite suponer que también Pedro

2. Cf. Act 10,15; 11,9.

estaba de acuerdo con la declaración formulada en estas palabras: «Sabiendo (en gr. εἰδότες, pl.) que el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo.»

12 La autoridad de Pedro y los argumentos en que se apoya son suficientes para acallar toda objeción. Ahora, Bernabé y Pablo mencionan los prodigios con que Dios ha acreditado su apostolado entre los gentiles; prescinden, sin embargo, de datos más concretos, aunque su relato debió ser de extraordinaria importancia para la asamblea. La explicación de este silencio hay que buscarla quizás en el hecho de que los lectores de nuestro libro, conocedores del contenido de los capítulos 13 y 14, debían estar ya al corriente de cuanto Dios había llevado a cabo por intermedio de sus dos misioneros. Por idéntica razón, también en 14,27 (Antioquía), en 15,3 (Fenicia y Samaría) y 15,4 (Jerusalén) Lucas se contenta con una observación somera.

13-14 Toca ahora a Santiago hacer uso de la palabra. También para él el bautismo de Cornelio es una prueba de que Dios, al lado del pueblo constituido por los judíos que se han hecho creyentes, quiere formar para sí otro nuevo, compuesto por fieles de origen gentil [3]. Insiste particularmente en que fue Dios mismo quien dispuso la
15 evangelización de los gentiles. Hace observar luego cómo los profetas han anunciado ya de antemano esta voluntad de Dios, y aduce en prueba un paso de Amós (9,11-12), citado de acuerdo con los LXX, único texto que para el caso tiene fuerza probatoria. Se profetiza en él, para la era mesiánica, la restauración de la casa (dinastía) de David, comparable, en tiempo de Amós, a una cabaña
17 en ruinas, y la magnífica reanudación de su reino; esta renovación moverá a los gentiles a convertirse al único verdadero Dios, al Dios de Israel.

Efectivamente, también sobre los gentiles ha sido ya pronunciado el nombre de Dios, es decir, ya han sido consagrados a él, son ya de su propiedad [4]. «Es indudable que la demostración escriturística proviene de los círculos helenistas, pues suena un poco

3. Act 18,10; Rom 9,24-26.
4. Cf. Sant 2,7; Is 63,19.

extraña en labios del jefe del partido hebraísta» (Dupont). En el texto hebreo, el pasaje de Amós se lee en estos términos: «Aquel día levantaré de nuevo el tugurio caído de David, repararé sus brechas, alzaré sus ruinas y lo reedificaré como en los días antiguos, para que conquiste los restos de Amón y los de todas las naciones sobre las cuales sea pronunciado mi nombre, dice Yahveh, que cumplirá todo esto.» Con estas palabras se compromete Dios a dar al reino toda la extensión que alcanzó bajo David. En los LXX se lee *adam* (= hombre) en lugar de Edom, con lo cual invierten la relación. Santiago ve cumplida la profecía de Amós en la venida del Mesías en la persona de Jesús, hijo de David, en la restauración del reino de David con los caracteres de un reino mesiánico de orden espiritual, y en la aceptación de la predicación de la salud por parte de los gentiles.

El v. 18 aparece en los textos bajo formas muy diversas, que **18** hacen imposible dar una interpretación segura. En la Vulgata, que sigue el texto occidental, se dice: «Así habla el Señor, que ejecuta estas cosas. Desde un principio conoce el Señor su obra.» Este v. 18 proviene de Is 45,21. En el contexto del profeta, es Yahveh quien se dirige a los paganos, declarándoles que él conocía y había anunciado ya de mucho tiempo atrás las victorias de Ciro, rey de los persas, en tanto que sus ídolos nada sabían de ellas. En consecuencia él, y sólo él, es el verdadero Dios. Los invita entonces a convertirse a él: «¿Quién dio a saber estas cosas en el pasado, quién las anunció desde mucho tiempo ha? ¿No fui acaso yo, el Señor? (v. 21)... Volveos a mí y seréis salvos, confines todos de la tierra (versículo 22). Parece que Lucas, citando en forma resumida, haya querido demostrar, con los versículos de Isaías, que en la época mesiánica los gentiles, al igual que los judíos, son llamados a la salvación (Dupont).

Santiago concluye, dando a su opinión sobre el asunto discu- **19** tido la forma de una propuesta. En su primera parte, en forma negativa, se adhiere abiertamente al parecer de Pedro: no hay derecho de imponer ninguna carga, es decir, la circuncisión y la ley, a los gentiles que abracen la fe. En una segunda parte, expre- **20** sada en términos positivos, manifiesta el deseo de que a los paganos

convertidos se les exija que, aceptando algunas restricciones en la conducta práctica, guarden cierta consideración hacia los sentimientos religiosos de los judeocristianos.

Las cláusulas de Santiago.

Los puntos que Santiago enumera suelen llamarse las *cláusulas de Santiago*. Pero su texto nos ha llegado transmitido en dos formas diferentes, que no tienen el mismo sentido. El texto oriental, difundido en Egipto y en todo el oriente de habla griega, contiene los cuatro puntos que aparecen en nuestra traducción. De ellos, tres se refieren a las comidas, con respecto a las cuales establecen algunas normas. Las «contaminaciones de los ídolos», teniendo en cuenta el v. 29 y 21,25, consisten en comer la carne de las víctimas sacrificadas a los ídolos, que se vendía luego en los mercados, o bien en tomar parte en las comidas paganas de carácter sagrado [5]. «Sangre» alude a la prohibición que tenían los judíos de alimentarse de sangre (Lev 17,10ss). Lo «ahogado» es simplemente una referencia más concreta a la misma prohibición. A los judíos les estaba prohibido comer no sólo la sangre sino el animal mismo, si éste no había sido debidamente desangrado, como era el caso, por ejemplo, cuando los cazaban con red [6]. El término «fornicación» designa quizá los matrimonios entre parientes cercanos, que entre los judíos eran considerados como incesto (Lev 18); ésta parece ser la interpretación más probable, porque de otra manera habría que admitir que Santiago suponía en los convertidos del paganismo una carencia total de sensibilidad moral en lo referente al vicio de la fornicación. Las cuatro cláusulas prohíben, pues, a los paganos convertidos algunas acciones que podrían causar escándalo a los judíos, y solamente a ellos; como se ve, en la base de todas ellas hay un único y mismo motivo: el respeto hacia los sentimientos religiosos de los judeocristianos.

En el texto llamado occidental del decreto, el v. 29 (como tam-

5. Cf. 1Cor 8,7-13; 10,25-33.
6. Lev 17,13ss; FILÓN, *De concupiscentia* 10.

bién el v. 20; 20,25) presenta la forma siguiente: «Que os abstengáis de lo que ha sido ofrecido a los ídolos, de la sangre y de la fornicación, y que aquello que no queréis os hagan a vosotros, tampoco lo hagáis a los demás» (= la llamada regla áurea). En esta enumeración no se menciona lo ahogado. Más aún, todas las cláusulas, tales como las transmite este texto, pueden considerarse como normas de moralidad, interpretación que se ve favorecida por la regla de oro, que es como su conclusión. En esta perspectiva, «sangre» equivale a efusión de sangre, a homicidio; lo «ofrecido a los ídolos» significa, en general, el culto idolátrico, cuya manifestación más vulgar es la participación en los banquetes que se les ofrecen en sacrificio; «fornicación», finalmente, está tomada aquí en su sentido estricto.

En esta forma, las tres prohibiciones (idolatría, homicidio, fornicación) dependen todas de un principio unitario. Estas disposiciones, que coinciden con los tres pecados capitales de la Iglesia antigua, están dirigidas a eliminar la inmoralidad en todas sus formas, y representan, por tanto, una verdadera norma moral. En este sentido, efectivamente, fueron interpretadas las cláusulas de Santiago en la antigua Iglesia occidental, donde, desde fines del siglo II hasta mitad del IV, prevaleció exclusivamente esta redacción. Así las entiende también, aún hoy día, la mayor parte de los que defienden la autenticidad del texto occidental. Éstos sostienen que la mención de «lo ahogado» se debe a una interpolación tardía, que dio a las cláusulas el sentido de una norma relativa a los alimentos, precisamente porque «ahogado» no puede referirse a otra cosa que a alimentos (carne).

Ahora bien, ¿cuál de estas dos formas del texto debe tenerse por la original? La mayoría de los especialistas se inclinan hacia el texto oriental. Y con razón. En efecto, sería muy extraño que a los convertidos del paganismo no se les impusieran más que las tres exigencias fundamentales de la moral, a saber, abstenerse de la idolatría, del homicidio y de la fornicación. Pero aun en el caso de que «lo ahogado» no fuese auténtico, la interpretación de las cláusulas en el sentido de una regla de moralidad no se impone como necesaria, ni es siquiera la más verosímil, porque es mucho

más obvio dar a la «sangre» el significado de alimentarse de sangre, y a «lo que ha sido ofrecido a los ídolos» el de carne ofrecida en sacrificio a los ídolos.

En un papiro de los Hechos descubierto no ha mucho, y que data aproximadamente del año 250, se omite «fornicación» y se lee solamente (en el v. 20): «Que os abstengáis de las contaminaciones de los ídolos, de lo ahogado y de la sangre.» El texto, en esta forma, es pura y simplemente una norma relativa a los alimentos. Si en realidad es ésta la forma original (así lo cree Lagrange), que por lo demás es muy posible, las cláusulas de Santiago no fueron, en un principio, más que una regla acerca de los alimentos, mediante la cual, y por demostrar cierta consideración hacia los judíos convertidos, se prohibía a los fieles procedentes de la gentilidad el uso de aquellos manjares que más aborrecían los judíos; en cuanto a lo demás, quedaban libres de la ley mosaica. Es evidente que la ley moral era la misma para los unos como para los otros.

Así las cosas, el contexto occidental es una transformación de la primitiva norma relativa a los alimentos, en una regla de moralidad. La transformación se realizó, según parece, recorriendo las etapas siguientes: se comenzó por incluir la deshonestidad, porque los gentiles no sentían escrúpulos en materia de fornicación; se eliminó luego la mención de lo sofocado, que no podía tener aplicación sino dentro de una norma alimenticia; se concluyó, finalmente, añadiendo la llamada regla áurea.

21 El v. 21 expone los motivos de las limitaciones propuestas por Santiago. El apóstol hace notar que a los judeocristianos se los exhorta por doquiera en las sinagogas a observar la ley mosaica, y que, por tanto, ellos atribuyen cierta importancia a que los gentiles convertidos cumplan los cuatro puntos señalados. En la ley había también prohibiciones que obligaban no sólo a los israelitas sino también a los gentiles que vivían en medio de ellos; tales eran, entre otras, la prohibición de tomar parte en las comidas de los sacrificios idolátricos (Éx 34,15), la de comer sangre (Lev 17,10ss) y la de los matrimonios entre parientes próximos (Lev 18,6ss).

Sabido es que, en tiempo de los apóstoles, los judíos no dejaban de exigir determinados requisitos a los cuales tenían que someterse aquellos gentiles que, sin abrazar del todo el judaísmo, simpatizaban con él (los «temerosos de Dios»), si querían ser admitidos a los actos de culto. Aunque no se puede demostrar perentoriamente, es, sin embargo, muy probable que tales requisitos reproducían las prescripciones de Lev 17-18 y de Éx 34,15.

Así pues, las cláusulas de Santiago han de entenderse como una extensión a los paganos convertidos de las limitaciones impuestas a los «temerosos de Dios». Lo que buscan no es precisamente obligar a los gentiles a la observancia de una parte de la ley, aunque fuese mínima, ni confirmar dentro del cristianismo la distinción entre alimentos puros e impuros. Lo que en realidad se proponían al promulgarlas, era facilitar las relaciones mutuas dentro de las comunidades que constaban de fieles procedentes tanto del judaísmo como de la gentilidad. La propuesta de Santiago tendía a suprimir, hasta cierto grado, la estricta separación que la ley urgía entre judíos y gentiles. Es cierto que las cláusulas no iban destinadas a incrementar la práctica de los alimentos comunes entre unos y otros (para tal fin habría sido necesario dar disposiciones más concretas), pero sí contribuían a facilitar que los judeocristianos asistieran sin escrúpulo a los servicios litúrgicos en compañía de los hermanos provenientes de la gentilidad, y sin quebrantar las obligaciones de pureza impuestas por la ley.

El decreto apostólico
15,22-29

22 *Entonces pareció bien a los apóstoles y a los presbíteros con*
toda la Iglesia elegir entre ellos, para enviar a Antioquía con Pablo
y Bernabé, a Judas llamado Barsabás y a Silas, hombres principales
entre los hermanos, 23 *que llevarían en mano el siguiente escrito:*
«Los apóstoles y los hermanos presbíteros a los hermanos de Antio-
quía, Siria y Cilicia, provenientes de la gentilidad: Salud. 24 *Dado*
que hemos oído que algunos de los nuestros, sin mandato nuestro,

os ha turbado revolviendo vuestras almas con palabras, [25] *nos ha parecido bien de común acuerdo elegir unos hombres y enviarlos a vosotros, juntamente con nuestros queridos Bernabé y Pablo,* [26] *que han consagrado sus vidas al nombre de nuestro Señor Jesucristo.* [27] *Os enviamos, pues, a Judas y a Silas, que de palabra os explicarán esto mismo,* [28] *pues ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros otra carga fuera de éstas que son indispensables:* [29] *que os abstengáis de las carnes consagradas a los ídolos, de la sangre, de lo ahogado y de la fornicación. Preservándoos de estas cosas, obraréis bien. Conservaos fuertes.*»

22 La propuesta de Santiago se ve en seguida ratificada unánimemente por toda la asamblea, y adoptada por los jefes como disposición definitiva. Consignada debidamente en documento escrito, debe ser llevada ahora a conocimiento de los antioquenos por dos hombres que en la Iglesia de Jerusalén ocupan posición destacada. El uno es Judas Barsabás, hermano, quizá, de José Barsabás (mencionado en 1,23); el otro, Silas, que luego acompañará a Pablo en su segundo viaje de misión (15,40). A juzgar por 16,37, también
27 éste gozaba del derecho de ciudadanía romana. Se lo puede identificar, sin vacilación, con el Silvano de las cartas paulinas [7] y de la primera epístola de Pedro (5,12). Uno y otro están dotados del don de profecía (Act 15,32). Llevan la misión de ilustrar también de viva voz a la comunidad antioquena con respecto a las deliberaciones tenidas en Jerusalén. Con esta medida se quería evitar la posibilidad de que los judaizantes de Antioquía formularan sospechas en cuanto al relato que Pablo y Bernabé harían respecto de la posición adoptada por la Iglesia de Jerusalén, y pusieran en duda la autenticidad del decreto.

23 El escrito va dirigido no sólo a la comunidad de Antioquía, sino además a los cristianos de Siria y de Cilicia. El motivo está en que Antioquía, que presentó la interpelación, era la capital de estas dos provincias, y en estas regiones los convertidos mantenían contacto frecuente con su Iglesia madre. Pablo no se contenta con comunicar

7. 2Cor 1,19; 1Tes; 2Tes 1,1.

el decreto a las comunidades; se preocupará también por darlo a
conocer a las que había fundado en el curso del primer viaje (16,4).
En la carta se censura ásperamente a los judaizantes, que sembraron **24**
la intranquilidad entre los fieles de Antioquía; de Pablo y Bernabé, **26**
en cambio, se habla con expresiones de viva alabanza [8].

El escrito da a entender también que en el curso de los debates **25**
hubo que superar serias divergencias de opinión antes de lograr que
la decisión final fuera unánime. Expresamente se pone de relieve
que la comunidad de Jerusalén procedía, en ese momento, asistida **28**
por el Espíritu Santo (cf. 5,32). En forma solemne se declara a los
paganos convertidos libres de la obligación de la circuncisión y de la
práctica de la ley. Para captar el alcance del decreto no hay que perder de vista que los judaizantes andaban predicando que la aceptación de esas dos obligaciones era indispensable para conseguir la salvación (15,2). En el decreto se niega directamente tal necesidad.
Aunque no se diga expresamente, este punto del decreto contiene una
solemne declaración dogmática. Las cláusulas, en cambio, no tienen **29**
más que el carácter de una disposición disciplinar, derogable. Tal
es lo que se proclama, con toda claridad, en los motivos que Santiago
expone en el v. 21 y en la frase final del escrito. Según ésta, la observancia fiel de las cláusulas será fuente de paz y de armonía en las comunidades, pero de ella no depende que los gentiles que se conviertan alcancen o no la salvación.

Notificación de las conclusiones
15,30-35

[30] *Partieron, pues, y llegaron a Antioquía, donde, reunida la comunidad, les entregaron la carta.* [31] *Al leerla, se gozaron por el consuelo que les daba.* [32] *Por su parte, Judas y Silas, que también eran profetas, exhortaron y confirmaron a los hermanos con un largo discurso,* [33] *y pasado algún tiempo fueron devueltos en paz por los hermanos a los que los había enviado.* [[34] *Silas decidió permanecer*

8. Cf. Act 20,24; 21,13.

allí y Judas regresó solo.] [35] *Pablo y Bernabé permanecían en Antioquía enseñando y evangelizando con otros muchos la palabra del Señor.*

30-31 La decisión del concilio apostólico causa inmensa satisfacción en Antioquía. Judas y Silas, a quienes, en su calidad de profetas, se les encarga de comunicar la palabra de edificación y de aliento [9],
32-33 trabajan algún tiempo en la comunidad y regresan luego a Jerusalén. Los votos de paz con que los despiden eran: «Marchad en paz» [10]. En cuanto a Silas, dado que según 15,40 Pablo lo tomó por compañero de su segundo viaje, debió retornar pocos días después
34 a Antioquía. El v. 34, que no está bien atestiguado y debe conside-
35 rarse espurio, quiere evitar la discordancia entre los v. 33 y 40. La actividad de Pablo y Bernabé entre el concilio apostólico y la iniciación del segundo viaje, duró, pues, muy poco tiempo.

Pablo y el concilio de los apóstoles (Act 15 y Gál 2,1-10).

En Gál 1,15ss, Pablo se refiere a sus relaciones con la Iglesia de Jerusalén y con sus jefes durante el período que transcurrió entre su conversión y la composición de aquella epístola. Si en tal pasaje no dice nada del concilio apostólico, es del caso preguntarnos qué relación existe entre sus noticias y el relato que hacen los Hechos. Esta pregunta plantea uno de los problemas más discutidos de la ciencia bíblica.

La mayoría de los comentaristas considera que Gál 2,1-10 y Act 15 son dos relatos paralelos. Pero, como entre los dos surgen ciertas divergencias, otros colocan la composición de la epístola a los Gálatas en el tiempo anterior al concilio apostólico y trasladan las gestiones de que habla Gál 2,1-10 a una estancia anterior de Pablo y de Bernabé en Jerusalén; esa estancia pudo ser, según ellos, la que los Hechos recuerdan en 11,30 (viaje de las colectas), o bien otra un poco anterior, que los Hechos pasan en silencio. El problema en-

9. Cf. 1Cor 14,3.
10. Lc 7,50; 8,48 par.

cierra dificultades, que no quedan resueltas ni con una ni con otra de las dos soluciones.

De las dos tentativas, sin embargo, la primera, que es también la que cuenta con más partidarios, es la mejor. En efecto, los dos relatos se pueden compaginar sin violencia, desde el momento en que se tengan bien en cuenta dos cosas: 1.°, que el relato de los Hechos no pretende ser un acta en que se deje constancia minuciosa de cuanto sucedió en Jerusalén, y 2.°, que Gál 2,1-10 es una autodefensa apasionada del Apóstol, en la cual sólo se traen a cuenta algunos puntos determinados, para insistir fuertemente en ellos. Atendiendo debidamente a estas observaciones, se verá que los dos relatos coinciden en los puntos esenciales, y que las divergencias no son tan graves como para comprometer la fidelidad histórica de los Hechos o para que sea inevitable asignar una fecha más temprana a la composición de la carta a los Gálatas. Lo vamos a demostrar brevemente:

1.° De acuerdo con las dos narraciones, Pablo y Bernabé van a Jerusalén. Los Hechos agregan que van acompañados de algún otro cristiano de Antioquía. De ellos, Pablo menciona sólo a Tito, y la razón es que la presencia de éste tuvo cierta importancia en Jerusalén, aunque su actitud fue meramente pasiva (Gál 2,3); su manera de expresarse no excluye, sin embargo, la presencia de otros acompañantes. La ocasión del viaje es, según los Hechos, la exigencia hecha por los judaizantes llegados de Jerusalén, de que los gentiles convertidos se sujetaran a la circuncisión. Quien envía la delegación es la comunidad antioquena. Según Gál 2,1-2, Pablo emprende el viaje obedeciendo a una revelación. De Gál 2,4 se puede concluir, casi con plena certeza, que el campo de acción de los llamados falsos hermanos no era Jerusalén, sino Antioquía. En todo caso, Pablo los presenta claramente como fanáticos de la circuncisión, que quieren acabar con la libertad de los convertidos. Después de todo, el envío de la delegación por parte de la Iglesia de Antioquía (Hechos) y la revelación con que Pablo fue favorecido (Gálatas), son dos cosas que se pueden compaginar sin dificultad.

2.° Según los Hechos, en Jerusalén se tuvieron dos reuniones: una para intercambio de saludos (15,4-5), y otra, un poco más tarde, el llamado concilio apostólico. De Gál 2,2 no se puede concluir con

certeza si Pablo distingue dos reuniones, una general, y, separado de ésta, un encuentro privado con los jefes de la Iglesia de Jerusalén. De todas maneras, según la carta a los Gálatas, el apóstol expuso su evangelio ante una asamblea de los dirigentes de aquella Iglesia, en presencia de «las autoridades»; este término designa a los apóstoles (quizá también a los ancianos), cuyos jefes supremos («las columnas», Gál 2,9) eran Santiago, Cefas (Pedro) y Juan; fueron éstos los que tomaron la decisión. Que Lucas mencione aquí a Juan no tiene mayor importancia, dado que a este apóstol ni siquiera se lo nombra en el resto de las epístolas de san Pablo, y que aun en los Hechos no ocupa posición destacada.

3.º El objeto de la controversia es uno mismo en los dos relatos: si a los paganos que se conviertan les son necesarias la circuncisión y la ley para conseguir la salvación. Algunos, es verdad, han afirmado que los dos documentos presentan la cuestión de la circuncisión en dos estadios diversos. Los falsos hermanos de Gál 2 habrían abogado por la circuncisión llevados únicamente del oportunismo. Pero la afirmación no es exacta. Toda la epístola es una lucha de Pablo en favor de su evangelio de la libertad con respecto a la ley y contra el error de los judaizantes, quienes sostienen que la ley puede justificar. Por Gál 2,2 se ve claramente cómo los adversarios andan diciendo que su predicación es inútil, puesto que está anunciando un evangelio incapaz de procurar la salvación de los gentiles. Pablo se mostró tan inflexible ante la exigencia de circuncidar a Tito, porque en el caso se trataba de defender sus principios.

4.º Según Gál 2, el resultado de los debates fue el reconocimiento solemne y formal de que el evangelio de los gentiles, que Pablo predicaba, era plenamente legítimo, con lo cual quedó rechazada la pretensión de los judaizantes, de que los gentiles tuvieran que circuncidarse. El reconocimiento de la predicación a los gentiles, libre de las trabas de la ley, fue incondicional. Los apóstoles se limitaron a pedir a Pablo se preocupara de que los paganos convertidos socorrieran a los hermanos pobres de Jerusalén. Si consultamos el relato de los Hechos, también ahí se da la negativa a la pretensión de los judaizantes, y se proclama solemnemente la plena libertad de los gentiles convertidos respecto a la ley y de la circun-

cisión; pero se añade que les fueron impuestas algunas restricciones, las «cláusulas de Santiago», que Pablo no menciona para nada.

Es ésta la única divergencia seria que existe entre los dos relatos. Es imposible, se dice, que Pablo hubiese dado la aprobación a semejantes cláusulas. Esta dificultad es precisamente el argumento principal de quienes dan a las cláusulas de Santiago el sentido de una regla de moralidad. Si todo lo que se imponía a los paganos convertidos se reducía únicamente a que ellos, dejados ya en plena libertad con respecto a la ley, tuvieran que observar los grandes preceptos de la ley moral, Pablo no tenía dificultad en dar su aprobación al decreto, ni necesitaba mencionarlo en la carta a los Gálatas. Pero si hay que entender las cláusulas como normas relativas a los alimentos, ¿será posible seguir sosteniendo que el decreto es históricamente aceptable, cuando Pablo lo pasa totalmente en silencio? Las cláusulas así entendidas, ¿no podrían provenir, si son históricas, de una época más tardía, como, por ejemplo, del tiempo que siguió al llamado incidente de Antioquía, del que fueron protagonistas Pablo y Pedro (Gál 2,11ss)? ¿No se comprenden mejor, si se les atribuye el valor de una medida tomada por la Iglesia primitiva, tendente a reglamentar la comunidad de mesa entre judíos y gentiles, medida de la cual no tuvo noticia Pablo hasta su último viaje a aquella ciudad (Act 21,25)? El autor de los Hechos, que en el curso de su búsqueda de documentación habría topado con el decreto, equivocadamente lo habría puesto en relación con las gestiones que se llevaron a cabo en Jerusalén entre Pablo y los apóstoles.

Esta idea ha tenido buena aceptación entre los especialistas acatólicos, y últimamente, con ligeras modificaciones, entre algunos católicos [11].

Cerfaux es de parecer que en el capítulo 15 hay dos fuentes fusionadas: una antioquena (v. 1-4.6.22-35) y otra jerosolimitana (v. 5.7-11.13-19.21); los v. 12 y 20 son adiciones redaccionales. El decreto apostólico pertenece a la fuente que habla de las medidas tomadas en Antioquía, a consecuencia, quizá, del incidente narrado en Gál 2,11-14. Así pues, Lucas fundió en una sola las dos discu-

11. L. Cerfaux y J. Dupont; algo parecido opina también S. Giet.

siones (consignadas por separado en Gál 2,1-10 y 2,11-14), y les añadió, presentándola como resultado único, la disposición que se adoptó en Antioquía con ocasión del segundo debate [12].

La hipótesis parece hallar confirmación en las siguientes observaciones:

a) Las palabras de Santiago, en 21,25, dejan la impresión de que es entonces cuando Pablo recibe, por primera vez, comunicación del decreto.

b) El decreto va dirigido sólo a los cristianos procedentes de la gentilidad en Antioquía, Siria y Cilicia, y no a las comunidades fundadas por Pablo durante su primer viaje. Parece que lo que se propone es reglamentar las relaciones entre judíos y gentiles en una región que, como las de Siria y Cilicia, contaba con un alto porcentaje de población judía.

c) Pablo no notificó el decreto a las comunidades organizadas durante su segundo y tercer viaje; por lo que toca a Corinto, tampoco allí lo hizo, lo cual es absolutamente seguro por 1Cor 8 y 10 [13].

d) La afirmación de Pablo en Gál 2,6: «Por lo que respecta a los que son tenidos por autoridades... no me impusieron nada» no se puede (o sólo con mucha dificultad) conciliar con el decreto.

Dado que el difícil problema del capítulo 15 aún no ha sido resuelto en forma plenamente aceptable, no se puede dar por ahora una respuesta categórica. En principio hay que admitir que en el decreto apostólico se trata de una cuestión puramente disciplinar, en la cual perfectamente podía haber diversidad de pareceres entre Santiago y Pablo. En cuanto al aspecto dogmático del problema, o sea, en lo relativo a la necesidad de la circuncisión para obtener la salvación, Gál 2 y los Hechos están plenamente de acuerdo en resolverlo en forma negativa. Hasta donde nos es dado comprobarlo, las cláusulas, o exigencias del concreto apostólico no lograron hacerse efectivas. Se puede suponer, sin riesgo de equivocarse, que la gran masa de los gentiles que entraban en la Iglesia no se consideró obligada a ceñirse a las disposiciones del decreto. Apoc 2,14.20 [14] da pie para concluir

12. Véase también antes, pág. 185.
13. Cf. también Rom 14.
14. Cf. también *Doctrina de los doce apóstoles* 6,1-7.

que de las cuatro cláusulas no sobrevivieron sino dos, la abstención de las carnes inmoladas a los ídolos y de la deshonestidad (entendida, ahora, en sentido moral); en cuanto a la Iglesia occidental una vez borrada la mención de lo ahogado, muy pronto se entendió el decreto como pura regla de moralidad.

La cuestión de la comunión de mesa entre judíos y gentiles no cobró actualidad sino después del incidente de Antioquía (Gál 2,11ss).

Acerca del relato de los Hechos, comparado con Gál 2,1-10, se pueden hacer las siguientes observaciones:

1.º La enérgica resistencia que Pablo opuso a los judaizantes, que pretendían imponer la circuncisión a los gentiles (Gál 2,3-5), en los Hechos apenas se insinúa (15,5.7).

2.º En los Hechos no se dice expresamente que Pablo lograra convencer a «las autoridades» de que se había convertido y había sido enviado a evangelizar a los gentiles narrándoles los grandes éxitos que, con la ayuda de Dios, había cosechado entre ellos (Gál 2,7-8). Ateniéndonos a los Hechos, no fueron los éxitos de Pablo, sino la intervención directa de Dios para el bautismo de Cornelio, lo que sirvió de argumento a Pedro y a Santiago para pronunciarse en favor de la libertad de los gentiles con respecto a la circuncisión y a la ley.

3.º Nada dicen los Hechos sobre la división de los campos de apostolado, en virtud de la cual Pablo y Bernabé debían dirigirse a los gentiles, y las «columnas» a los judíos (Gál 2,9).

4.º Los Hechos no hacen mención de que las «columnas» hubiesen impuesto a Pablo la obligación de preocuparse por los pobres de Jerusalén, es decir, de organizar en favor de ellos una colecta en las regiones que misionara (Gál 2,10).

Como se ve, el relato del concilio apostólico que hacen los Hechos está lejos de ser completo; es posible que el autor no haya sido informado de todo lo que allí se hizo, ni de los detalles precisos. De todos modos, lo que a él le interesaba narrar era no tanto las discusiones habidas en Jerusalén, cuanto la importante conclusión a que se llegó, o sea, la unidad de cristianos lograda entre Pablo y Bernabé de una parte, y los jefes de la comunidad primitiva de otra.

Parte tercera

LA EVANGELIZACIÓN DE LOS GENTILES
PABLO, PERSONAJE CENTRAL DE LA ACCIÓN
15,36-28,31

Sección primera: PABLO EN EL APOGEO DE SU ACTIVIDAD MISIONAL
15,36-19,40

1. *Segundo viaje de misión (Macedonia y Acaya)*
15,36-18,22

La partida
15,36-41

36 Al cabo de algunos días, dijo Pablo a Bernabé: «Volvamos
ya a visitar a los hermanos por todas las ciudades en las que anun-
ciamos la palabra del Señor, a ver cómo les va.» 37 Bernabé quería
llevar consigo también a Juan, apellidado Marcos; 38 pero Pablo esti-
maba que no lo debían llevar, puesto que los había abandonado
desde Panfilia y no había ido con ellos a la obra. 39 El desacuerdo
llegó hasta el extremo de separarse el uno del otro, y de embarcarse
Bernabé llevando consigo a Marcos en dirección a Chipre. 40 Por su
parte Pablo, eligiendo por compañero a Silas, partió encomendado
a la gracia de Dios por los hermanos. 41 Y atravesó Siria y Cilicia
confirmando a las Iglesias.

La iniciativa del segundo viaje nace de Pablo. Es claro que la **36**
partida no se hace sino pasado cierto tiempo después del concilio apostólico (cf. 15,34). No hay que urgir demasiado el dato cronológico «al cabo de algunos días», que, por lo demás, no se refiere a la partida, sino a la propuesta de Pablo [1]. En el lapso que transcurre

1. Cf. Act 24,24; 25,13.

desde el concilio apostólico al comienzo del segundo viaje ocurre el llamado incidente de Antioquía (Gál 2,11ss), puesto que en esos días Pablo y Bernabé se hallaban en la ciudad. El episodio era algo que los Hechos podían tranquilamente pasar por alto, ya que para el tema central de que se ocupan (la difusión del evangelio, especialmente entre los gentiles), la cuestión relativa a las comidas en común de judíos y gentiles era de mucho menor importancia que el problema de la circuncisión.

La meta más próxima del segundo viaje son las regiones ya evangelizadas durante el primero. Pablo quiere comprobar si las comunidades allí fundadas han subsistido y progresan.

37-39 Como Bernabé quiere consigo a su primo Marcos y Pablo no consiente en ello (cf. 13,13), los dos misioneros se separan, y en lo sucesivo cada uno seguirá su propio camino. Bernabé, por su parte, se embarca con Marcos para Chipre, su tierra natal (4,36). De aquí en adelante, los Hechos no vuelven a ocuparse de él. Por 1Cor 9,6 se sabe que años más tarde continuaba aún entregado a la predica-
40 ción. Pablo escoge a Silas por compañero y colaborador, y se encamina al Asia Menor, pero esta vez (como también la siguiente, 18,23) viajan por tierra. Visita ante todo a los cristianos de Siria y Cilicia, regiones que pertenecen también a su radio de apostolado, como consta por Gál 1,21 [2].

A través del Asia Menor
16,1-10

[1] *Llegó hasta Derbe y Listra. Y había allí un discípulo, de nom-*
bre Timoteo, hijo de mujer judía creyente y de padre griego, [2] *y del*
cual daban buen testimonio los hermanos de Listra y de Iconio.
[3] *Quiso Pablo llevárselo consigo y tomándole lo circuncidó en aten-*
ción a los judíos que había en aquellos parajes, pues todos sabían
que su padre era griego. [4] *Según iban recorriendo las distintas ciu-*
dades, les mandaba observar los decretos sancionados por los após-
toles y los ancianos de Jerusalén. [5] *Así pues, las Iglesias se afirma-*
ban en la fe y aumentaban en número cada día.

2. Cf. también Act 9,30; 11,25.

[6] Atravesaron Frigia y el país gálata, pues el Espíritu Santo les
había impedido predicar la palabra en (la provincia de) Asia. [7] Lle-
gados a los confines de Misia, intentaban pasar a Bitinia, pero no se
lo permitió el Espíritu de Jesús. [8] Y dejando a un lado la región de
Misia, bajaron a Tróade. [9] Durante la noche tuvo Pablo una visión:
un hombre macedonio estaba de pie y le rogaba diciendo: «Pasa a
Macedonia y ayúdanos.» [10] Y en cuanto vio la visión, tratamos de
salir para Macedonia, convencidos de que Dios nos había llamado
a evangelizarlos.

De la visita a las comunidades fundadas durante el primer viaje, los Hechos destacan sólo el hecho de llevarse consigo a Timoteo, discípulo predilecto y principal colaborador de Pablo, y la notificación del decreto apostólico. El libro acostumbra narrar con riqueza de detalles la fundación de las comunidades paulinas; pero en cuanto a las visitas que el Apóstol les hace después, apenas las menciona de paso (cf. 20,1-6). A Timoteo de Listra, que en esa época era todavía **1-2** un joven [3], lo mismo que a su madre Eunice (2Tim 1,5), debió convertirlos Pablo en el curso del primer viaje. El nombre de su padre, **3** que era gentil, no nos ha sido transmitido. Según la enseñanza de la Mišná (Talmud), el niño posee la nacionalidad de la madre. Los niños nacidos del matrimonio de una judía con un gentil (matrimonio que, por lo demás, se reputaba contrario a la ley) eran considerados hebreos, por haber sido concebidos y dados a luz por una mujer hebrea, y por consiguiente, si eran varones, había que circuncidarlos. Sabiendo que así la madre como la abuela (Loida) de Timoteo eran escrupulosamente fieles a la Biblia [4], no deja de ser extraño que la madre no hubiese hecho circuncidar al hijo, excluyéndolo así de pertenecer a la sociedad judía. ¿Era asunto del padre, que, como pagano que era, no permitía circuncidarlo, o se debía a que Eunice, ya antes de abrazar el cristianismo, y sin menoscabo de su devoción a la Biblia, había sabido adoptar una actitud de independencia frente al judaísmo oficial? No lo sabemos. De todas maneras, no entraba

3. 1Tim 4,12; 2Tim 2,22.
4. 2Tim 3.15: «Desde niño conoces la Sagrada Escritura».

en la mentalidad de Pablo que los judíos dejaran de circuncidar a sus hijos; era realmente injusto el cargo que se le hizo de que incitaba a los judíos a prescindir de la circuncisión (Act 21,21).

Ahora, Pablo exige que se ponga remedio a la negligencia que hubo en el caso de Timoteo. Un compañero y colaborador que se presentara como judío, sin estar circuncidado, le habría cerrado las puertas a toda posibilidad de acción en la sinagoga y entre los judíos [5].

6 Luego de pasar por Antioquía de Pisidia, los tres misioneros tratan de penetrar en Asia, es decir, en la región occidental de la provincia romana de Asia (Asia proconsular), con el ánimo de llegar hasta Éfeso; pero el Espíritu Santo se lo impide. Continúan entonces a través de Frigia (a la cual, estrictamente hablando, pertenece también Antioquía de Pisidia) y luego a través de la religión galática (la provincia de Galacia); mejor dicho, en lugar de ir hacia el occi-
7 dente se encaminan ahora rumbo al norte. Se proponen llegar hasta Bitinia, en la costa meridional del mar Negro (a oriente del mar de Mármara); allí, en las ciudades de Nicea y Nicomedia, se encontraba colonia judía. Pero el Espíritu, designado ahora como el Espíritu de Jesús (aunque no en todos los textos), interviene de nuevo para impedírselo [6].

8 Cambian una vez más, y, dejando a un lado los límites (o bien, según otra forma del texto, atravesando el territorio) de Misia, llegan al puerto de Tróade (más exactamente, a Alejandría, en la región de Tróade), 40 kilómetros al sur de la antigua Troya. Aquí reciben la orden de predicar el evangelio en Macedonia. De qué medios se haya valido el Espíritu Santo para obligarlos por dos veces a cambiar de ruta, no lo indican los Hechos. Quizá mediante una voz interior, captada por Pablo o por Silas, que también gozaba del don de profecía, o bien mediante alguna visión [7], o simplemente valiéndose de un conjunto de circunstancias [8].

---

5. Información sobre las tareas asignadas a Timoteo se halla en Act 17,14; 19,22; 1Tes 3,1ss; 2Cor 1,19.

6. Cf. Flp 1,19; Rom 8,9; 1Pe 1,11 («el Espíritu de Cristo»).

7. Cf. Act 18,9; 20,23; 21,4; 22,17-18; 23,11; 27,23; Gál 2,2.

8. Cf. 1Tes 2,18.

La designación «*país* gálata» (v. 6) sólo puede referirse a la región situada en torno a las ciudades de Pesinonte, Ancira y Tavio, en el interior del Asia Menor, donde ya desde el siglo III a.C. se habían establecido algunas tribus celtas (gálatas = celtas); se puede dar por excluido que la expresión designe a la provincia romana de Galacia, que era mucho más extensa. Así pues, los misioneros debieron atravesar la región de Galacia, situada al nordeste de Frigia, pero únicamente por su parte occidental.

Mas los Hechos no aluden a que hubiesen predicado en aquellas regiones. Es así como, a propósito de la carta que poseemos de Pablo «a las Iglesias de Galacia» (Gál 1,2), surge la dificultad de saber si aquella carta está dirigida a las Iglesias de la *región* gálata, o más bien a las fundadas durante el primer viaje en Frigia y Licaonia, regiones que formaban la parte meridional de la *provincia* de Galacia. Una y otra opinión tiene sus defensores; a la primera se le suele dar el nombre de hipótesis de Galacia del norte, y a la otra el de hipótesis de Galacia del sur. En favor de ambas se pueden aducir argumentos de algún peso.

Los documentos que hasta hoy poseemos no permiten dar una solución definitiva a esta célebre controversia. A juicio nuestro, sin embargo, los argumentos más fuertes favorecen la hipótesis de Galacia del norte, que es, por lo demás, la que cuenta con mayor número de partidarios. La cuestión será tratada más a fondo en la introducción a la epístola a los Gálatas. Baste por ahora con lo siguiente: Pablo, partiendo de Antioquía para su tercer viaje, cuya meta es Éfeso, «atravesó sucesivamente el país gálata y a Frigia» (18,23), designadas en 19,1 como las «regiones altas» (= situadas en el interior); según prosigue el relato, «fortaleciendo a todos los discípulos» (18,23). De donde resulta que, en la época del tercer viaje, había ya cristianos en la región de Galacia. No se explica por qué Pablo, al comenzar el tercer viaje, hubiese recorrido estas regiones, situadas en el interior del Asia Menor, si no se admite que ya antes había desplegado allí cierta actividad misionera. Sorprende, sin duda, que en Act 16,6 no se diga palabra de tal predicación, si bien el relato tampoco la excluye. A este silencio no se le ha hallado aún explicación del todo satisfactoria. Quizá se debe a que

el autor se proponía ante todo narrar la actividad del Apóstol en Europa, el nuevo campo de misión adonde el Espíritu Santo lo empujaba. «En la perícopa 16,6-10, su narración persigue un solo fin: mostrar cómo a una triple intervención divina se debió el importante giro que tomó la obra evangelizadora al pasar a Macedonia y a Grecia» (Dibelius).

9 En Tróade, un personaje con aspecto de macedonio se le aparece en visión nocturna (durante el sueño) y lo invita a trasladarse
10 a Macedonia para predicar allí el evangelio. En la visión, él y su compañero reconocen la voz de Dios que los llama a dejar el Asia Menor y a llevar la buena nueva a Europa, y se apresuran a obedecerle embarcándose hacia allá en la primera oportunidad que se les presenta. Empieza así un nuevo período, un período de suma importancia, en la actividad misionera de Pablo. Así pues, hay una relación estrecha entre la prohibición del Espíritu de predicar en los territorios de Asia y Bitinia, y la llamada a Macedonia. Si la hipótesis de Galacia septentrional es exacta, se puede pensar que la circunstancia que indujo al Apóstol a permanecer por algún tiempo en Galacia y a desplegar allí cierta actividad pudo ser una enfermedad (Gál 4,13ss). Con 16,10 se inicia el primero de los pasajes en primera persona plural[9], de lo cual se colige indudablemente que en Tróade Lucas se sumó a los misioneros.

En Filipos
16,11-40

[11] *Embarcamos en Tróade, navegamos directamente a Samotracia y al día siguiente a Neápolis,* [12] *y de allí a Filipos, una colonia, que es una de las ciudades más importantes de esta parte de Macedonia. Llevábamos ya algunos días en esta ciudad,* [13] *cuando el sábado salimos extramuros, junto a un río, donde sospechábamos que estaría el lugar destinado a la oración, y sentados empezamos a hablar a las mujeres que se habían reunido.* [14] *Escuchaba una de ellas,*

9. Cf *Introducción* 3, pág. 16.

por nombre Lidia, traficante en púrpuras, de la ciudad de Tiatira, que
adoraba a Dios, y a la cual el Señor abrió el corazón para que atendiera
a lo que Pablo decía. [15] *Una vez que se hubo bautizado ella y los de su*
familia, nos rogó diciendo: «Si me habéis juzgado fiel al Señor,
entrad y quedaos en mi casa.» Y nos obligó.

[16] *Aconteció que yendo nosotros al lugar de oración nos salió al*
encuentro una esclava que tenía espíritu pitón y que proporcionaba
a sus amos pingües ingresos adivinando. [17] *Ésta, pues, siguiéndonos*
a Pablo y a nosotros gritaba diciendo: «Estos hombres son siervos
del Dios Altísimo que os anuncian el camino de salvación.» [18] *Venía*
haciendo esto muchos días. Molesto al fin Pablo dijo volviéndose al
espíritu: «Te mando en nombre de Jesucristo que salgas de ella.»
Y salió en aquella misma hora.

[19] *Viendo sus amos que se les había escapado la esperanza de su*
negocio, echando mano a Pablo y a Silas, los arrastraron al foro
ante los magistrados, [20] *y presentándolos a los pretores, dijeron:*
«Estos hombres están perturbando nuestra ciudad, como judíos que
son, [21] *y anuncian costumbres que no nos es permitido aceptar ni*
practicar, siendo como somos romanos.» [22] *La multitud se amotinó*
contra ellos, y los pretores, despojándolos de sus vestiduras, los
mandaron azotar, [23] *y después de producirles muchas heridas, los*
metieron en la cárcel ordenando al carcelero que los custodiara cui-
dadosamente; [24] *el cual, recibida esta orden, los metió en la cárcel*
interior y sujetó sus pies con el cepo. [25] *Alrededor de la media noche,*
Pablo y Silas, puestos en oración, cantaban himnos a Dios y los pre-
sos les estaban escuchando, [26] *cuando de repente sobrevino un gran*
terremoto que hizo temblar los cimientos de la cárcel; al instante se
abrieron todas las puertas y se soltaron los grillos de todos. [27] *Des-*
pertado el carcelero y viendo las puertas de la cárcel abiertas, desen-
vainó la espada y se quería matar pensando que habrían huido los
presos. [28] *Pero Pablo exclamó a grandes voces diciendo: «No te*
hagas ningún mal, que todos estamos aquí.» [29] *Pidiendo él una luz,*
saltó dentro, se arrojó temblando a los pies de Pablo y Silas, [30] *y*
sacándolos fuera, dijo: «Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?»
[31] *Ellos le dijeron: «Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y los de*
tu casa.» [32] *Y le anunciaron la palabra de Dios a él y a todos los*

de su casa. [33] *Tomándolos consigo en aquella hora de la noche, les*
lavó las heridas y se bautizó al instante él y todos los suyos. [34] *Los*
hizo subir a su casa, les preparó mesa y se gozó con toda su familia
de haber creído en Dios.

[35] *Al hacerse de día enviaron los pretores a los lictores para que*
le dijeran: «Suelta a esos hombres.» [36] *Comunicó el carcelero este*
recado a Pablo: «Los pretores han enviado a decir que se os ponga
en libertad; salid, pues, y marchaos en paz.» [37] *Pero Pablo les dijo:*
«Nos metieron en la cárcel después de azotarnos públicamente, sin
previo juicio, siendo como somos ciudadanos romanos, ¿y ahora
nos sacan ocultamente? Pues no: que vengan ellos a sacarnos.»
[38] *Los lictores comunicaron a los pretores estas palabras. Temblaron*
éstos al oir que eran romanos. [39] *Entonces vinieron a presentarles*
sus excusas, los sacaron y les rogaron que se fueran de la ciudad.
[40] *Saliendo, pues, de la cárcel, entraron en casa de Lidia, vieron a*
los hermanos, los exhortaron y partieron.

11 Zarpando de Tróade, los misioneros, pasando por la isla de
Samotracia, viajan durante dos días (cf. 20,6) disfrutando de com-
pleta calma, hasta llegar al puerto de Neápolis (= ciudad nueva,
12 hoy *Kavalla),* sobre el golfo Estrimónico. Pero no es aquí, sino en
Filipos, situada 12 kilómetros tierra adentro, donde comienza su
trabajo. La ciudad fue construida en 356 a.C. por Filipo, padre de
Alejandro Magno, en el sitio en que se levantaba la antigua Crénides. Después de la batalla entre los asesinos y los vengadores de César, en el año 42 a.C., fue elevada al rango de colonia romana. La batalla de Accio (31 a.C.) dio ocasión para que la población romana de la ciudad recibiera un considerable refuerzo: Augusto, en efecto, trasladó allá, como también a otros lugares, a los partidarios de Antonio, una vez que los desposeyó de los bienes que tenían en Italia para darlos a sus propios veteranos. Se concedió a la ciudad el derecho itálico *(ius italicum),* o sea, la misma constitución de que gozaban las colonias romanas en Italia.

También otras ciudades mencionadas en los Hechos (p. ej., Antioquía de Pisidia) tenían el carácter de colonias romanas, pero sólo a propósito de Filipos se da relieve a esta circunstancia, sin duda

porque la mayor parte de la población estaba constituida por descendientes de los veteranos que aquí se habían establecido. Esto hacía que sus habitantes se consideraran también romanos (v. 20-21). Los romanos, conquistado en 168 el reino de Macedonia, lo habían dividido en cuatro distritos, que designaban con los números de 1 a 4. Filipos caía dentro del primer distrito, cuya capital era Anfípolis (17,1). Por eso el v. 12 quiere significar que de las colonias de este distrito macedonio la más importante era Filipos. Algunos creen que hay aquí una corrupción del texto, y traducen: «la cual es una ciudad del primer distrito de Macedonia».

Fiel a su consigna, Pablo empieza por dirigir su predicación a **13** la comunidad hebrea [10]. Como en la ciudad no había sinagoga, llegado el sábado los misioneros se dirigen al río que corre en las cercanías (el Gangites), donde creen que se encuentra un oratorio de los judíos. En una variante del texto se lee: «donde, según costumbre, había un lugar destinado a la oración». Se sabe, en efecto, que a los judíos les gustaba orar cerca de donde hubiese agua, porque así se les facilitaban las abluciones rituales [11]. Fuera de este pasaje, los Hechos dan habitualmente el nombre de συναγωγή a los sitios donde se hacen las reuniones litúrgicas; aquí, en cambio, se emplea la palabra προσευχή, que puede indicar lo mismo un sitio al aire libre que un recinto cerrado (edificio de la sinagoga) destinado a la oración; en este pasaje, el término designa simplemente un sitio cualquiera usado para la oración, quizás un trozo de terreno al aire libre, pero cercado, que bien podemos llamar lugar de oración. Se ve, en todo caso, que la comunidad hebrea de Filipos era muy poco numerosa. Llegado al lugar de oración, Pablo anuncia la buena nueva a las mujeres que allí se encuentran reunidas. Es de creer que también algunos hombres estuviesen presentes. Según parece, no se celebra ningún acto litúrgico propiamente tal.

Entre las mujeres que lo escuchan se encuentra una comerciante **14** en púrpura, de buena posición económica; es oriunda de la ciudad de Tiatira, en Lidia, y, al parecer, viuda. Por su país de origen,

---

10. Cf. el comentario a Act 17,2.
11. Fl. Josefo, *Ant.* xvi, 11,23; Tertuliano, *Nat.* i, 13.

se la llama simplemente Lidia, mientras su verdadero nombre permanece desconocido. Algunos intérpretes se inclinan a identificarla
15 con alguna de las mujeres mencionadas en Flp 4,2. A esta mujer la favorece Dios con el don de la fe, y ella obliga a los misioneros a alojarse en su casa. Este «obligó» hay que entenderlo en su sentido estricto, porque Pablo era particularmente celoso en sufragar sus gastos personales con el propio trabajo [12]. Sólo en favor de su comunidad predilecta de Filipos se permite hacer una excepción a esta regla (Flp 4,10-18; 2Cor 11,9). No se sabé cuánto tiempo duró la actividad de los misioneros en Filipos. No obstante el dato del v. 12 («algunos días»), es casi seguro que debió prolongarse por varias semanas (v. 18 «muchos días»), ya que Pablo tuvo tiempo de fundar allí una floreciente comunidad, por la cual sintió siempre especial afecto [13].

16 De cuanto haya sucedido en este tiempo, los Hechos no conservan más que un episodio, que culminará luego en la interrupción violenta de la obra evangelizadora. En Filipos había una esclava que pertenecía a varios propietarios (quizá a un par de cónyuges; cf. Lc 19,33); ésta se hallaba poseída de un espíritu pitón, que la capacitaba para hacer presagios. Pitón se llamaba, según el mito de Delfos (sede del célebre oráculo griego), el dragón muerto por el dios Apolo. De ahí nació la costumbre de dar a los adivinos el nombre de pitones, o de atribuirles la posesión de un espíritu pitón (= espíritu de adivinación). Ideas semejantes se encuentran frecuentemente en la literatura antigua. También a los ventrílocuos se los llamaba pitones, porque la ventriloquia se atribuía igualmente al mismo espíritu pitón. En esto se basó san Agustín, entre otros, para afirmar que la tal esclava era simplemente una ventrílocua [14]. Los Hechos, sin embargo, la consideran claramente como poseída del demonio.

17 Movida por el demonio que lleva dentro, la esclava reconoce la divina misión de los evangelizadores, corre tras ellos y a grandes voces hace pública su convicción [15]. La expresión «el Dios Altí-

12. Act 18,3; 20,33-35; 1Tes 2,9; 2Tes 3,8; 1Cor 9.
13. Cf. Flp 4,15-16. 14. AGUSTÍN, *De Civ. Dei* III, 23.
15 Cf. Mc 1.24.34; 3,11; 5,7 par.

simo» era de uso frecuente en los círculos paganos que habían entrado en contacto con el judaísmo, y la aplicaban generalmente a Yahveh. El «camino de la salvación» es el camino que se ha de seguir si se quiere conseguir la salvación (16,30).

Mas a Pablo, como en otro tiempo a Jesús[16], no le interesan **18** testimonios favorables salidos de la boca de un poseso, y un buen día ordena al espíritu salir de la mujer[17]. Así sucede, y la muchacha pierde la capacidad de hacer presagios. Pero los dueños, gravemente **19** perjudicados en sus ingresos, arrastran a Pablo y a Silas, que son los misioneros propiamente dichos, a presencia de los jueces. En las colonias romanas que gozaban del *ius italicum*, el cargo de jueces lo ejercían por lo general dos funcionarios *(duoviri iuredicundo)*, elegidos para un año, y que a veces usaban también el título de pretores *(praetores)*. Eran los magistrados supremos de la ciudad y tenían a su disposición, como ejecutores de sus órdenes, a dos lictores, que llevaban por insignia las fasces, pero sin el hacha. Había además dos funcionarios de elevada categoría, que ejercían las funciones administrativas *(duoviri aediles)*.

En la acusación contra Pablo y Silas, se guardan de aducir **20-21** motivos financieros, sino que (apelando a un cargo más efectivo) los inculpan de andar sembrando la intranquilidad con su predicación de costumbres e ideas religiosas extrañas, que a ciudadanos romanos no es lícito aceptar ni practicar. A eso agregan los acusadores, llamando especialmente la atención sobre ello, que ambos predicadores son judíos. Corrientes antisemitas las había también en la antigüedad. Los romanos admitían las religiones ya existentes en los países conquistados, pero no toleraban la introducción arbitraria de nuevos cultos. Los judíos, en particular, gozaban por entonces de amplia tolerancia y de numerosos privilegios en el imperio romano, si bien es cierto que en algunas ciudades no se hacía caso de tales privilegios. No les era permitido, en todo caso, hacer proselitismo (en el sentido estricto de la palabra) entre los romanos. Así **22** pues, se los acusa de actividades proselitistas. También aquí el pueblo asume una actitud de amenaza frente a los acusados.

---

16. Cf. Mc 1,23ss. 17. Cf. Mc 16,17.

Los pretores no pierden tiempo en investigaciones judiciales, sino que, haciendo uso del poder coercitivo de que están investidos,
23 dan orden a los lictores de desnudarlos y azotarlos con las varas.
24 Cumplida la orden, los llevan a la cárcel. El carcelero, ante la advertencia terminante de vigilarlos con sumo cuidado, los encierra en el calabozo más profundo, de donde no será posible evadirse, y para mayor tranquilidad les asegura los pies en el cepo, instrumento de tortura, hecho de madera, que impedía a los pies el más leve movimiento. Pablo y Silas se ven, así, en una situación por demás penosa. Las heridas les duelen, el cepo los obliga a permanecer en posición incómoda, de suerte que les es imposible conciliar el sueño. Ellos, sin embargo, no por eso se sienten desgraciados (cf. 5,41-46);
25 por el contrario, se ponen a orar, y a eso de la medianoche su oración se cambia en un canto de alabanza a Dios [18], hasta tal punto que los demás prisioneros se despiertan y los escuchan maravillados.

26 Sobreviene entonces de improviso un terremoto, que sacude fuertemente la prisión y vence los muros, tanto que las puertas se abren de golpe con gran estruendo, y las cadenas de los detenidos, fijas a las paredes, caen a tierra con su tintineo característico. No hay necesidad de pensar que el edificio se haya visto sacudido por una fuerza milagrosa; pudo haberse tratado de un simple terremoto, de orden natural. Fenómenos de este género fueron frecuentes en la antigüedad, así en los Balcanes como en el sur de Italia y en Asia Menor. Con todo, parece que Lucas vio en el acontecimiento una intervención especial de Dios [19].

27 El carcelero, despertado de repente, ve también en el terremoto un hecho sobrenatural; pero, al ver las puertas de par en par, no puede menos de pensar que los prisioneros, en particular Pablo y
28 Silas, han escapado, y se dispone a quitarse la vida. Pablo, que presencia la escena, o que adivina sus intenciones al oir sus gritos
29 de desesperación, logra impedírselo a tiempo. El carcelero se hace traer una lámpara, se precipita en la celda de Pablo y Silas y los saca

18. Cf. Col. 3,16.
19. Cf. Act 4,31; 5,23; 12,7ss.

fuera, al patio de la cárcel. Una vez allí, les pregunta con toda 30
cortesía qué debe hacer para salvarse. El porte de los dos misioneros y el violento temblor de tierra, que siguió tan de cerca al encarcelamiento, han dejado en él honda impresión. Probablemente sabía que aquellos dos se habían presentado como enviados de Dios a anunciar a los hombres la salud eterna (es posible que hasta hubiese oído la predicación de Pablo), y está dispuesto ahora a prestar fe a sus palabras.

En el curso de esa misma noche, él y toda su familia (cf. 16,15) 31-32
reciben suficiente instrucción en la fe cristiana y se hacen bautizar.
El bautismo se hace en seguida, porque Pablo no sabe si tendrá 33
que abandonar inmediatamente la ciudad. Antes del bautismo, él mismo les lava las heridas sanguinolentas dejadas por los azotes de
los lictores, y les prepara luego en su casa (en su habitación, que 34
probablemente quedaba en el piso superior del mismo edificio) una comida; se siente ahora dichoso de haber alcanzado la fe en el único verdadero Dios. Los Hechos hablan simplemente de la fe en Dios, porque hasta este momento había sido pagano [20].

A la mañana siguiente, los pretores hacen llegar al carcelero, 35-36
por medio de los lictores, la orden de dejar en libertad a los dos predicadores extranjeros. Qué razón hayan tenido para hacerlo, no lo comunica el relato. En todo caso, excepción hecha de algunos representantes del texto occidental, la orden no guarda relación con el terremoto de la noche. Quizás, al examinar el caso con más tranquilidad, han llegado a la convicción de que los azotes en público y una noche de arresto eran suficientes, y que lo mejor era hacer salir a los prisioneros cuanto antes de la ciudad.

Pero Pablo no se da por satisfecho con que simplemente se los 37
deje en libertad; exige que, a título de reparación por la afrenta hecha a dos ciudadanos romanos, vengan personalmente los pretores a darles la libertad. «La autoridad de las ciudades no tenía derecho de arrestar, ni mucho menos de hacer flagelar a ciudadanos romanos» (L. Wenger). Un gesto del género equivaldría, desde luego, a una excusa, o, al menos, a un público reconocimiento de

20. Así habla también Pablo en 1Tes 1,9 y Act 14,15.

su inocencia. Y la reparación pública del honor de los misioneros era de excepcional importancia para las etapas subsiguientes de su trabajo, incluso en otras ciudades, y para la suerte de la recién fundada comunidad de Filipos. Por eso la exige Pablo, y protesta de que a ellos, con ser ciudadanos romanos, se los haya azotado en público y encarcelado sin proceso ni sentencia.

La legislación juliana protegía al ciudadano romano contra todo género de castigos infamantes. Así es como en Jerusalén, el oficial que quería someter al Apóstol a la flagelación se guarda de hacerlo tan pronto éste alega su condición de ciudadano romano (Act 22,29). Pero ¿por qué Pablo no quiso apelar también en esta oportunidad a su ciudadanía romana, e impedir así el verse sometido al castigo? No lo sabemos. Consta, sí, que en circunstancias análogas renunció también a hacer valer sus derechos. En 2Cor 11,25 se conserva la noticia de que por tres veces fue azotado con varas, castigo que no se puede identificar en el caso con la flagelación que se aplicaba en las sinagogas, pues según el mismo pasaje, también a éste fue sometido cinco veces. A los judíos de Roma les dice que, si apeló al César, lo hizo porque se vio obligado a ello (29,19). Es posible que durante el proceso sumario que los jueces hicieron contra él, no se le haya presentado la ocasión propicia para hacer valer su calidad de ciudadano romano. Por lo demás, Pablo no era un hombre que rehuía, a la primera oportunidad, una pena corporal que se le impusiese por causa de su Señor. En 1Tes
38 2,2 hace mención de sus «sufrimientos y maltratos en Filipos» [21].
39 Los lictores comunican la protesta del Apóstol, y los pretores se estremecen ante la perspectiva de una denuncia al gobernador, que habría atraído sobre ellos el castigo. Es probable que Filipos no fuese autónoma en su administración, sino sujeta al gobernador de la provincia. Pero aun en el caso de la plena autonomía, el miedo de los pretores era perfectamente explicable (L. Wenger). Vienen, pues, y con toda deferencia les suplican que abandonen la ciudad. Temen, evidentemente, que de proseguir éstos en su actividad, puedan sobrevenir nuevos disturbios. La construcción del

21. Cf. Flp 1,30; 2Cor 11,25.

v. 39 está recargada; parece que su forma original era ésta: «Entonces vinieron y les rogaron que se fueran de la ciudad.» Pablo y 40
Silas no oponen objeciones, sino que, después de haberse despedido de los hermanos, en casa de Lidia, se alejan. Según Flp 4, 15-16, la comunidad les envió repetidas veces obsequios a Tesalónica, la etapa que sigue a Filipos. Con 16,17 termina el primer pasaje en primera persona del plural, lo que permite concluir que Lucas se quedó en Filipos. El segundo de tales pasajes empieza en 20,5, cuando Pablo vuelve a alejarse de esta ciudad, al final del tercer viaje.

En Tesalónica
17,1-9

1 Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde
había una sinagoga de judíos. 2 Según lo acostumbrado, Pablo entró
allí y durante tres sábados dialogó con ellos a partir de las Escrituras, 3 explicando y probando que convenía que el Mesías padeciera
y resucitara de entre los muertos, y que «este Mesías es el que yo
os anuncio». 4 Algunos de entre ellos se dejaron persuadir y se agregaron a Pablo y a Silas: una gran muchedumbre de prosélitos griegos
y no pocas mujeres principales. 5 Envidiosos de esto los judíos, reunieron a unos cuantos vagabundos maleantes y revoltosos, y amotinaron la ciudad. Situados ante la casa de Jasón querían entregar-
los al populacho. 6 Pero como no los encontraron, arrastraron a
Jasón y a algunos hermanos ante los politarcas, vociferando: «Éstos son los agitadores del mundo entero, que han llegado hasta aquí,
y los hospeda Jasón; 7 todos ellos actúan contra los decretos del
César, diciendo que hay otro rey, Jesús.» 8 Y así alborotaron a la
turba y a los politarcas que oyeron esto. 9 Pero recibida fianza de
Jasón y de los demás, los dejaron libres.

Los misioneros, partiendo de Filipos, toman la célebre vía Egna- 1
cia, arteria militar y comercial que unía a Durazzo con Bizancio, y por lo mismo a Roma con Oriente; avanzan rumbo a occidente, y hacen alto en Tesalónica, al encontrar allí una sinagoga judía.

Tesalónica (la antigua Terme, y actual Salónica), en el año 146 a.C. fue erigida por los romanos en capital de Macedonia; más tarde, Augusto, después de la batalla de Filipos, para recompensarla por haber apoyado a sus partidarios, la elevó al rango de «ciudad libre» *(civitas libera)*. Como tal, tenía senado y asamblea popular con poderes deliberativos. A la cabeza del gobierno de las ciudades libres de Macedonia había varios magistrados, con el título de politarcas (= jefes de la ciudad). Éstos, por lo que mira a Tesalónica en particular, aparecen mencionados en más de una inscripción. Su número oscila entre 5 y 6.

2 Siguiendo su costumbre, como expresamente lo dice el relato, Pablo acude a la sinagoga, y allí predica por tres sábados consecutivos (también podría traducirse «durante tres semanas»). Hasta ahora (excepción hecha de Listra y Derbe, adonde llegó huyendo), siempre ha buscado, como centro de su actividad apostólica, únicamente ciudades que tuviesen sinagoga judía (o al menos un lugar destinado a la oración, como en Filipos), y es en la sinagoga donde
3 por regla general daba comienzo a su predicación [22]. Del argumento de ésta, los Hechos dan un breve resumen, que nada contiene de nuevo. Pablo anuncia a los judíos que en Jesús apareció el Mesías, y les prueba por las Escrituras que, de acuerdo con los designios y la voluntad de Dios, el Mesías debía sufrir, morir y resucitar. La muerte de Jesús, y sobre todo su muerte en la cruz, era para los judíos el mayor motivo de escándalo [23].

4 Entre los hebreos, el número de convertidos fue mínimo [24]. Bastante mayor fue, en cambio, entre los «temerosos de Dios», y sobre todo entre los gentiles. No se sabe cuánto tiempo se quedaron Pablo y Silas en Tesalónica. Los Hechos se limitan a narrar su expulsión. Ésta, sin embargo, no siguió inmediatamente a los tres sábados de predicación, porque es indudable que los misioneros, una vez obligados a romper con la sinagoga, debieron trabajar aún por varias semanas fuera de ella, entre los gentiles. Se puede calcular en dos o tres meses la duración de su ministerio en la

22. Cf. el comentario a Act 3,18; 26-23.
23. Cf. 1Cor 1,23 y Act 3,18; 26,23.
24. Uno de ellos debió ser Aristarco, cf. 20,4; Col 4,10.

ciudad, teniendo en cuenta que también aquí fundaron una comunidad próspera, y que en repetidas ocasiones recibieron auxilios de Filipos, enviados oportunamente desde esta ciudad (Flp 4,15-16).

El éxito rotundo que hallaron entre los «temerosos de Dios» 5
y entre los gentiles enciende la envidia de los judíos incrédulos [25]. Éstos, aprovechándose del populacho, fácil de sobornar, arman un alboroto y avanzan en tropel hasta la casa de un tal Jasón, donde los misioneros están hospedados, con la intención de sacarlos por la fuerza y entregarlos al pueblo. No entraba en sus propósitos llevarlos a presencia de la asamblea popular para someterlos allí a proceso regular; querían, simplemente, ponerlos en manos del populacho, que éste se encargaría de insultarlos y maltratarlos.

Pero, no encontrándolos (se ve que alcanzaron a ponerse a salvo 6
oportunamente), echan mano del dueño de casa, Jasón, y de algunos cristianos, y los arrastran hasta la presencia de los politarcas. Jasón es el correspondiente griego de Jesús o Josué; solían tomarlo los judíos que tenían uno de estos dos últimos nombres (cf. Saulo - Pablo). Pablo debía tener por costumbre hospedarse en casa de algún judío, ya que de otra manera le habría sido imposible iniciar su predicación en las sinagogas [26].

La acusación va dirigida, ante todo, contra los misioneros, pero indirectamente también contra Jasón, por cuanto al brindarles alojamiento está secundando su actividad. Los acusan, concretamente, de sediciosos y de traidores. Los acusadores les achacan el haber provocado la intranquilidad en el mundo entero. Quieren afirmar con esto que los dos acusados se valen de la propaganda religiosa para introducir un elemento de división entre las comunidades hebreas esparcidas por el imperio, sembrando así la discordia en cada ciudad. Aunque la expresión «el mundo entero» es una hipérbole evidente, indica, sin embargo, que los judíos de Tesalónica están bien al corriente de la actividad misionera de aquellos dos personajes tanto en Filipos como en Asia Menor, y del terreno que por todas partes va ganando la Iglesia primitiva. El hecho no tiene en

---

25. Cf. Act 5.17; 13,45; 14.2
26 Cf Act 18.2.7; Rom 16.21: «Jasón, de mi misma estirpe»

sí nada de extraño [27]. Su información pudieron sacarla de lo mismo que habían oído contar a Pablo y a Silas.

7 El segundo capítulo de acusación tiene carácter puramente político. Se inculpa a los dos misioneros de estar atentando contra la propia organización del imperio, dado que anuncian otro rey (es decir, otro soberano), Jesús. En el oriente helenístico, al emperador se lo llamaba siempre, en el lenguaje popular, con el título de «rey» (βασιλεύς). Los pueblos propiamente orientales no conocían sino este título para designar al soberano. También en 1Pe 2,13.17 y *1 Clem.* 61,1 se habla del emperador romano como del «rey». Para entender la razón de este cargo, se ha de tener en cuenta que los predicadores cristianos anuncian en Jesús al Mesías, y que el Mesías es el Ungido (rey) de los últimos tiempos. Ellos, naturalmente, no anunciaban en el Mesías Jesús a un rey de carácter terreno y nacional, sino al rey celestial. Por eso, el cargo era falso.

8 En todo caso, la acusación hace mella en los politarcas. Éstos no pueden tolerar en la ciudad la presencia de perturbadores del orden público, y mucho menos la de sospechosos de alta traición,
9 sin comprometer los privilegios de la ciudad misma. Con todo, se limitan a exigir una caución para el caso de que se presenten nuevos desórdenes. «Jasón y los que con él habían sido llevados a la presencia de los jueces debían comprometerse públicamente a que, de repetirse los desórdenes, ellos mismos tendrían que entregar a Pablo y a Silas en manos de las autoridades de la ciudad; y, si era del caso, se les aplicaría también un castigo» (L. Wenger). Las dos cartas a los Tesalonicenses [28] confirman y completan el relato de los Hechos.

En Berea
17,10-15

[10] *En seguida los hermanos por la noche despidieron a Pablo y a Silas hacia Berea, los cuales al llegar se fueron derechos a la sinagoga de los judíos.* [11] *Éstos eran de mejor condición que los de*

27. Cf. Act 24,5; 28,22.
28. Especialmente 1Tes 1,4-2,12.

Tesalónica, puesto que recibieron con toda avidez la palabra, compulsando día tras día las Escrituras para ver si era así. [12] *Muchos, pues, de entre ellos abrazaron la fe, mujeres griegas distinguidas y no pocos hombres.* [13] *Pero cuando supieron los judíos de Tesalónica que también en Berea era anunciada por Pablo la palabra de Dios, fueron también allá para agitar y sublevar las turbas.* [14] *Entonces los hermanos despidieron en seguida a Pablo para que se fuera en dirección al mar. Silas y Timoteo permanecieron allí.* [15] *Los que acompañaban a Pablo lo condujeron hasta Atenas, y con orden para Silas y Timoteo de que cuanto antes se reunieran con él, regresaron.*

Por consejo de los cristianos de Tesalónica, Pablo y Silas dejan **10** la ciudad en las horas de la noche, y se encaminan hacia Berea. No sabemos si Timoteo marchó con Pablo o lo siguió más tarde (cf. v. 15).

Berea (la actual *Verria),* situada en el tercer distrito de Macedonia, que tiene por capital a Pela, era por entonces una ciudad extensa y populosa. Es posible que los misioneros buscaran este sitio, algo apartado del mar y fuera de las grandes rutas comerciales, con intenciones de trabajar allí por algún tiempo sin tantas dificultades, y de poder volver luego a Tesalónica, porque veían que en aquella comunidad la fe no había arraigado aún suficientemente. Por 1Tes 2,17ss sabemos que Pablo alimentaba deseos de visitarlos de nuevo, pero que causas para nosotros desconocidas le impedían hacerlo.

También en Berea inicia su predicación en la sinagoga, y, en **11** contraste con Tesalónica, halla entre estos judíos un vivo interés por su mensaje. Con gran celo examinan los argumentos característicos que Pablo aduce en favor de la mesianidad de Jesús. Esto **12** les merece especial elogio por parte de los Hechos. El éxito de Pablo aquí es grande entre los «temerosos de Dios», no menos que entre los judíos. Su obra no tiene aquí motivo de queja por parte **13** de los nativos. Mas (como había sucedido ya en Listra, 14,19) no tardan en llegar unos cuantos judíos de Tesalónica con la misión de suscitarle aquí las mismas dificultades e impedirle que lleve adelante su actividad.

14 Pero Pablo, a quien principalmente tenían en vista por ser la persona más destacada, previendo un ataque abierto, prosigue el viaje en compañía de algunos cristianos. El grupo se encamina rumbo al mar. El texto no especifica si tomaron luego la vía marítima o si, para despistar a eventuales perseguidores, prefirieron continuar por tierra, doblando hacia el sur en dirección de Atenas,
15 atravesando a Tesalia y Beocia. Silas y Timoteo, menos amenazados que Pablo, se quedan en Berea, aunque con la consigna de seguirlo un poco más tarde a Atenas[29]. Los Hechos no vuelven a hablar de la comunidad de Berea; pero lo que Pablo alcanzó a hacer allí quedó bien cimentado, como se puede deducir del hecho de que en su último viaje a Jerusalén lo acompaña, en calidad de representante de Berea para la entrega de las colectas[30], Sópatro, hijo de un tal Pirro[31].

En Atenas
17,16-34

16 *Mientras Pablo los esperaba en Atenas, se consumía su espíritu en su interior viendo a la ciudad repleta de ídolos.* 17 *Discutía en la sinagoga con los judíos y prosélitos, y cada día en el ágora con los que se tropezaba.* 18 *Incluso ciertos filósofos epicúreos y estoicos dialogaban con él, y algunos decían: «¿Qué querrá decir este charlatán?» Otros, en cambio: «Parece ser predicar de divinidades extranjeras», porque anunciaba a Jesús y la resurrección.* 19 *Tomándole de la mano, lo condujeron al Areópago, mientras le decían: «¿Podemos saber cuál es esta doctrina que tú predicas?* 20 *Porque tú traes algo que suena extraño a nuestros oídos. Nos gustaría saber lo que esto quiere decir.»* 21 *Los atenienses todos y los forasteros que viven en la ciudad no se ocupaban en otra cosa que en decir o en oir la última novedad.*

22 *Puesto de pie Pablo en medio del Areópago, dijo: «Atenienses, os veo, en todos conceptos, muy religiosos.* 23 *Porque al pasar y*

29. Cf. sin embargo el comentario a Act 18,5.
30. Act 20,4; 1Cor 16,3; 2Cor 8,19.23; 9,4.
31. Probablemente idéntico al Sosípatro de Rom 16,21.

contemplar vuestros monumentos sagrados he hallado hasta un altar con esta inscripción: Al Dios desconocido, pues ese que sin conocerlo veneráis es el que yo os anuncio. [24] *El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos hechos a mano,* [25] *ni tiene que ser cuidado por manos de hombre como si necesitara de algo, siendo él quien da a todos vida, aliento y todas las cosas.* [26] *Él hizo de uno a todo el linaje humano para habitar sobre toda la faz de la tierra, fijando los tiempos determinados y los límites de su habitación,* [27] *para que busquen a Dios, a ver si lo buscan a tientas y lo encuentran, ya que en realidad no está lejos de cada uno de nosotros,* [28] *porque en él vivimos, nos movemos y somos, como ya dijeron algunos de vuestros poetas:*

»"Porque incluso de su misma raza somos."

[29] *Siendo, pues, de la raza de Dios, no debemos pensar que la divinidad pueda ser semejante al oro, a la plata o a la piedra, a la escultura del arte y del pensamiento humano.* [30] *Pues bien; pasando por alto los tiempos de la ignorancia, Dios ahora invita a los hombres a que, todos y en todas partes, hagan penitencia,* [31] *ya que ha establecido un día en el que* ha de juzgar al mundo según justicia (Sal 96,13; 98,9) *por medio de un Hombre a quien ha designado saliendo fiador suyo ante todos al resucitarle de entre los muertos.»*
[32] *Al oir la resurrección de los muertos, unos se reían, y otros dijeron: «Te oiremos hablar de esto en otra ocasión.»* [33] *Así salió Pablo de en medio de ellos.* [34] *Algunos, adhiriéndose a él, abrazaron la fe; entre ellos, Dionisio el Areopagita y una mujer por nombre Damáride, y algunos otros con ellos.*

El relato de la actividad de Pablo en Atenas es el más célebre pasaje de los Hechos. La ciudad carecía por entonces de importancia política, y aun comercialmente estaba muy postrada; pero continuaba siendo «la pupila de Grecia» (Filón), «la antorcha de toda Grecia» (Cicerón). Como sede que era de las grandes escuelas filosóficas y cuna de la más refinada cultura griega, descollaba

sobre todas las demás ciudades del imperio romano y ejercía una fuerza de atracción irresistible sobre cuantos aspiraban a adquirir ciencia y cultura, especialmente sobre la juventud de la nobleza romana. Dentro de los conceptos paganos, Atenas era también
16 una ciudad religiosa. No existía, efectivamente, en la época, ninguna otra ciudad que pudiera exhibir una profusión semejante de templos, altares, estatuas de divinidades y exvotos.

Pero Pablo no experimenta la menor alegría mientras va de una a otra parte de la ciudad, paseándose por entre tanta grandiosidad, porque todo eso no le habla sino de lo profundamente sumida que
17 está la ciudad en la idolatría. También aquí hace su presentación en la sinagoga, pero el relato menciona apenas de paso esta parte de su actividad, sin indicarnos siquiera si tuvo éxito, o si también constituyó un fracaso. Parece que centró su actividad en la plaza de mercado, el ágora, que representaba el punto de convergencia de la vida pública e intelectual. Aquí, entabla diálogo con todo el que encuentra y se interesa por cuestiones religiosas, sin atender a qué clase social pertenezca. Era espectáculo corriente el que predicadores ambulantes de doctrinas filosóficas y religiosas se presentasen en público.

18 Fue así como trabó conversación con representantes de las escuelas epicúrea y estoica, las dos escuelas filosóficas más célebres de Atenas. Éstos, sin embargo, muestran poca comprensión del mensaje de Pablo, cuyo núcleo central era desde luego la doctrina de Cristo y de la salud en él aparecida. Lo que él predicaba no se podía llamar sabiduría filosófica en el sentido que ellos daban a la expresión. De ahí que algunos de estos filósofos lo llamen simplemente un charlatán. El vocablo griego correspondiente significa en sí «recogedor de granos», y designa ante todo la corneja; aplicado luego, en sentido traslaticio, a una persona, se dice de un pobre hombre que se alimenta de desperdicios; usado, en fin, como término ofensivo, indica a un hombre que, por las calles o en las plazas públicas, vive pescando máximas de maestros célebres para hacerse pasar por uno de ellos, es decir, designa un vulgar charlatán.

Otros atenienses juzgan que en el fondo Pablo es un hombre honesto, aunque no se comprometen demasiado en su juicio, ya

que, después de todo, no es para ellos más que un predicador ambulante, que anda anunciando divinidades extranjeras, exóticas. Según Jenofonte [32], de las tres acusaciones hechas a Sócrates, las dos primeras lo culpan de no querer aceptar a los dioses reconocidos por la ciudad, y de estar, en cambio, introduciendo divinidades nuevas *(daimonia)*. Flavio Josefo cuenta, como caso reciente, «la muerte que los atenienses dieron a una sacerdotisa (Teóride) incriminada por algunos de enseñar en secreto divinidades extranjeras; tal cosa estaba prohibida por la ley, y a los transgresores que introdujesen dioses extranjeros se los castigaba con la muerte» [33]. Predicadores ambulantes los había entonces en abundancia por todo el imperio romano, y procedían, en su mayor parte, de Oriente. Nos hallamos ya en la época en que las religiones orientales (religiones ocultas) comenzaban a inundar el imperio.

Como explicación del juicio que los atenienses hacen de Pablo, los Hechos insisten en que éste anunciaba a Jesús y la resurrección. Ciertos comentaristas, atendiendo a la forma plural «divinidades extranjeras», concluyen (quizá con razón) que estos filósofos entendían equivocadamente la resurrección *(anástasis)* de que hablaba Pablo, tomándola por una divinidad más (hipóstasis o personificación). De todas maneras, el mensaje del Apóstol despierta vivo interés entre una parte considerable de sus oyentes.

Un día lo llevan éstos al Areópago y le piden una exposición **19**
más concreta de la doctrina que él difunde. Lo que hasta el momento **20**
le han oído, les resulta extraño y al mismo tiempo llamativo. El inte- **21**
rés que manifiestan no obedece, sin embargo, a un deseo sincero de buscar el camino de salvación, sino, como Lucas lo hace notar expresamente, al deseo de oir siempre las últimas novedades. El autor pinta a los atenienses (así nativos como forasteros) en rasgos precisos cuando dice que son gente que goza pasando el tiempo en contar y oir lo más nuevo. El mismo juicio sobre los atenienses se encuentra en Demóstenes [34], Tucídides [35] y Caritón de Afrodisia [36].

32. JENOFONTE, *Memorabilia* I, 1.
33. FL. JOSEFO, *Contra Apionem* II, § 267.
34. DEMÓSTENES, *Discurso* IV, 10.
35. TUCÍDIDES III, 38,4.
36. CARITÓN DE AFRODISIA, 1,11.

19 Cuando se pregunta qué cosa sea el *Areópago*, las respuestas son muy diversas. El Areópago, entendido como lugar, es una eminencia rocosa (= colina de Ares), al occidente de la Acrópolis, en la cual, desde los tiempos más antiguos, tenía su sede el tribunal de este nombre. Algunos intérpretes piensan que Pablo fue llevado a la colina, pero sólo con el fin de que, sustrayéndose al barullo de la plaza, pudiera hablar sin estorbo, en un lugar tranquilo, al auditorio que lo rodeaba, y que debía constar de unos 10 a 20 filósofos.

El término Areópago puede, sin embargo, designar también el tribunal ateniense, llamado precisamente con este nombre, el cual, durante la dominación romana, era el más alto órgano judicial. Según lo que parece más probable, el tribunal estaba compuesto de cierto número de comisiones, cada una de las cuales tenía competencia sobre un determinado campo de la vida pública. Así, había, por ejemplo, una comisión encargada de velar por cuanto se refería a la educación de la juventud. En Plutarco[37] hallamos información de que fue el Areópago el que concedió al peripatético Cratipo (siglo I a.C.) la licencia de enseñar en Atenas. Ante esta comisión, opinan otros intérpretes, habría sido llevado Pablo, no para someterlo a un proceso judicial, sino para un interrogatorio de carácter informativo. Esta hipótesis encontraría apoyo en el hecho de que uno de los areopagitas, Dionisio, se convirtió (v. 34).

22-31 El llamado *discurso del Areópago* ha atraído, desde hace mucho tiempo, la atención de los historiadores; pero sólo en los últimos cincuenta años han hecho de él el objeto de investigaciones detenidas y a fondo. La ocasión de este nuevo interés la dio el filólogo berlinés Eduard Norden, quien en un libro *Agnostos Theos* (1913) que llegó a ser famoso[38], lanzó la hipótesis, realmente sensacional, de que el discurso en cuestión no era de Pablo, sino de un personaje desconocido, que habría tomado el motivo de la inscripción «al dios desconocido» de un discurso pronunciado hacia el año 50 d.C. en Atenas por el predicador y «taumaturgo» pagano

37. PLUTARCO, *Cicerón* 24.
38. E. NORDEN, *Agnostos Theos*, 1913.

Apolonio de Tiana. Este libro provocó una vasta y acalorada discusión científica en los círculos de teólogos y filólogos, entre los cuales baste citar a Adolf von Harnack, Theodor Birt y Eduard Meyer.

Tras un considerable período de calma, el teólogo de Heidelberg Martin Dibelius (muerto en 1947) puso de nuevo la discusión sobre el tapete [39] al propugnar que el discurso es obra del autor de los Hechos. En aquella ciudad de Atenas, que gozaba de la más alta estima en el mundo griego, Lucas habría puesto en labios del apóstol Pablo un discurso plasmado en los moldes de la filosofía griega, pero que presenta escasos puntos de contacto con la teología de san Pablo. El orador afirma el conocimiento filosófico de Dios (es decir, el conocimiento natural, no el que se conforma a la revelación cristiana). Este conocimiento (natural) de Dios, y sobre todo la idea, expresada también en el discurso, de las relaciones de parentesco que unen al hombre con Dios, serían rasgos característicos del estoicismo, no del cristianismo. El discurso, pues, tendría un sonido extraño en el NT. El libro de Dibelius suscitó inmediatamente voces de aprobación [40], pero también de decidido rechazo [41].

De la fluctuación de las discusiones han quedado en claro dos cosas: 1.°, que el motivo de la inscripción no proviene de Apolonio de Tiana, y 2.°, que el discurso puesto en labios del Apóstol no es una libre creación del helenista Lucas, sino una reproducción, no literal, desde luego, pero si fiel en cuanto al contenido, de cuanto Pablo dijo en el Areópago.

El discurso se abre con un elogio a los atenienses. Pablo les **22** da testimonio de que, desde todo punto de vista, su religiosidad sobrepasa la medida común. En la antigüedad, Atenas era la ciudad más devota de toda Grecia, a causa de sus innumerables templos, ídolos y fiestas; esta religiosidad le valió frecuentes elogios de parte

39. M. DIBELIUS, *Paulus auf dem Areopag*, 1939.

40. Por ejemplo, Max Pohlenz, de Gotinga.

41. Por ejemplo, Wilhelm Schmid, de Tubinga; Gottlob Schrenk. de Zurich, y B Gärtner, de Upsala; este último trató la cuestión en forma completa, en un voluminoso libro publicado en 1955.

de los escritores. Pero al referirse a los atenienses, Pablo usa no la expresión «temerosos *de Dios*», sino otra, que literalmente significa «temerosos de los *daimones*»; esto tiene su razón de ser en que, para él, «temerosos de Dios» es un término que se aplica sólo a los adoradores del único verdadero Dios, en tanto que el término «*daimon*» conviene bien a cualquier poder sobrehumano,
23 y por tanto a los ídolos paganos. Para dirigir tal alabanza tiene él un argumento en su experiencia personal, adquirida en la misma Atenas. Mientras se paseaba por la ciudad y visitaba sus monumentos, topó con un altar, cuya inscripción lo dejó hondamente impresionado y le pareció rica en simbolismo para mostrar lo que eran las ideas religiosas del pueblo ateniense. Dado que en la inscripción el nombre griego de Dios no está precedido de artículo, es dudoso si haya de traducirse por «a un dios desconocido», o bien «al Dios desconocido». Todo depende del sentido que haya querido darle el que erigió el altar. La traducción más conforme al texto griego es «a un dios desconocido», o sea, a un dios, cuyo influjo se cree poder percibir, o se percibe de hecho, pero cuyo nombre permanece incógnito.

Cabe ahora preguntarnos si la existencia de ese altar que Pablo dice haber visto, se puede demostrar también por otros testimonios. Antiguos escritores paganos refieren que en Atenas existían «altares de dioses desconocidos». Sus relatos no permiten, sin embargo, establecer con certeza el tenor de las inscripciones que esos altares ostentaban. En Pérgamo (Asia Menor) se descubrió en 1909, dentro del recinto sagrado de la diosa Deméter, un altar con la inscripción, un poco mutilada: «(A los) dioses desconocidos (o bien: santísimos) el portador de la antorcha Capitón.» Desafortunadamente la palabra que más interesa está mutilada, y no es posible completarla con seguridad. Los escritores eclesiásticos Dídimo de Alejandría y Jerónimo afirman que en Atenas no había ningún altar dedicado a *un* dios desconocido; pero sí algunos dedicados a dioses desconocidos. Así pues, el Apóstol habría cambiado el plural «a dioses desconocidos» por el singular «al dios desconocido», precisamente porque para su argumentación necesitaba el singular. Esto no significa, sin embargo, que se haya de excluir la

posibilidad de que existiese un altar dedicado a *un* dios desconocido. Varios escritores eclesiásticos, oriundos de Atenas y que vivieron entre los años 140 y 200 [42], citan la inscripción mencionada por Pablo sin manifestar dudas acerca de su autenticidad.

Otros se afanan por explicar el origen de un altar de ese género. Tales esfuerzos, aunque no han llegado hasta demostrar su existencia, muestran, sin embargo, que era del todo posible y verosímil. Así, por ejemplo, Teodoro de Mopsuesta (muerto en 428) narra que, después de una guerra en que fueron derrotados, un *daimon* se apareció a los atenienses, haciéndoles saber que él había provocado la derrota porque ellos no le habían rendido los debidos honores. Como resultado, le habrían erigido luego un altar. Y para evitar que por segunda vez les sobreviniera una desgracia semejante, habrían levantado al mismo tiempo otro altar con la inscripción: «Al dios desconocido», porque había siempre la posibilidad de descuidar a algún dios ignorado. Podría también suceder que el altar en cuestión estuviese dedicado a alguna divinidad oculta, cuyo nombre sólo fuese conocido de los iniciados y no pudiese ser comunicado a los extraños. Todas estas observaciones no bastan, es cierto, para demostrar perentoriamente la existencia del altar mencionado por Pablo, pero tampoco permiten negarla.

Esta curiosa inscripción la utiliza Pablo como punto de partida para su argumentación, al afirmar: «Ese que sin conocerlo veneráis, es el que yo os anuncio.» «A la dedicatoria, que quizá no ha leído en la forma en que la cita, le atribuye un sentido del todo diferente» (Dupont). La interpreta en el sentido de que los atenienses, sin saberlo, adoran al único, verdadero Dios, que les es aún desconocido. Con esto podía al mismo tiempo acallar a quien quisiera censurarlo de estar anunciando divinidades extranjeras. El que erigió el altar podría haber entendido la inscripción en sentido politeísta, pero un orador podía a su vez, en atención a la corriente monoteísta, bastante difundida por entonces, darle también un sentido monoteísta. Como la entiende el Apóstol, la inscripción debe, pues, traducirse: «al Dios desconocido».

---

42. Clemente de Alejandría, Arístides y Atenágoras.

24 Este verdadero Dios, que hasta el presente ha sido ignorado de ellos, Pablo lo anuncia ahora a sus oyentes. Él habla a gente pagana, que desconoce al único verdadero Dios [43]. Pero es gente que, a pesar de todo, lo adora, pues le ha levantado un altar y ofrecido sacrificios, que no para otra cosa son los altares. Este Dios, que ellos aún no conocen, es el que Pablo ahora les anuncia, del mismo modo que en Listra invitó a sus oyentes a convertirse a Dios, abandonando los ídolos [44]. No es intención suya probarles la existencia de Dios (que tanto Pablo como sus oyentes aceptan sin discusión) [45], sino mostrarles la verdadera naturaleza de Dios, ya que es fácil descubrirlo a través de lo que ha hecho en la naturaleza (v. 24-25) y en la historia (v. 26). Este Dios, que Pablo anuncia, es el creador del cielo y de la tierra, y, en cuanto tal, es también su Señor.

Que el Dios predicado por el Antiguo Testamento y por el Nuevo sea Creador, Señor y conservador del universo (cielo y tierra), es una verdad sobre la cual insisten siempre con especial énfasis los misioneros, así judíos como cristianos. Hay en este sentido ciertas fórmulas que son empleadas como atributos formales de Dios, tales como: «Aquel que hizo el cielo y la tierra (y el mar) y todo cuanto hay en ellos» [46], o bien: «que creó todas las cosas» (Ef 3,9), «el creador del mundo o del universo» [47], «el creador de todo el mundo» *(1 Clem.* 19,2). En 1Pe 4,19 se designa a Dios con el simple título de «Creador» [48]. Jesús habla al Padre celestial como al «Señor del cielo y de la tierra» [49].

De la característica de único, verdadero Dios, unida a la de Creador y Señor del mundo, deduce el orador dos importantes consecuencias de carácter negativo, que han de regular el verdadero culto de adoración que se le debe:

---

43. 1Tes 4,5: «los gentiles, que no conocen a Dios», cf. Jer 10,25; Sal 78.6, según los LXX; cf. también Gál 4,9: «En otro tiempo no conocíais a Dios pero ahora lo conocéis».
44. Act 14,15; cf. 15,19; 26,18.20; 1Tes 1,9.
45. Cf. Act 17.29: «la divinidad».
46. Éx 20,11; Sal 146,6; Dan 14,5; Act 4,24; 14,15; Ap 10,6; 14,7.
47. 2Mac 1.24; 7.23; Eclo 24,8; 4Mac 5,25; 11,5.
48. Cf. también Rom 1,25; Col 3,10. 49 Mt 11,25; Lc 10,21.

1. Él no habita en templos construidos por mano de hombre. Zenón de Citio, fundador de la escuela estoica (muerto hacia 264 a.C.), ya en su tiempo proclamó que el templo construido por hombres no es propio para ser morada de la divinidad [50]. Son del mismo parecer otros filósofos, como Diógenes de Sínope, Posidonio, Séneca, Epicteto. Pero su actitud no sigue una sola línea. Para sí mismos, rechazan ellos («los sabios») los templos de piedra y los sacrificios cruentos, convencidos como están de que la justa adoración de la divinidad consiste en una vida pura y virtuosa; para la masa del pueblo, en cambio, consideran legítimas ambas cosas, y además aprueban también el culto oficial del estado a los dioses.

El AT no rechaza en principio el templo y los sacrificios, sino insiste en que el templo de Jerusalén es el único lugar de culto legítimo, donde Dios se revela y quiere ser adorado mediante el ofrecimiento de sacrificios. Enseña, sin embargo, que Dios no está ligado a ningún sitio, siendo así que todo el mundo le pertenece [51]. En términos semejantes se expresa Flavio Josefo [52], quien, en el momento de erigir los dos becerros hace decir a Jeroboam estas palabras: «Todos sabéis que Dios está en todo lugar y que no hay sitio determinado en el cual permanezca fijo, sino que en todas partes escucha y ve a sus adoradores... En cuanto al templo de Jerusalén, sabéis que fue un hombre quien lo hizo.»

Diferente es la actitud que Esteban adopta en relación con el templo. Los acusadores lo recriminan de haber declarado que Jesús destruiría este lugar (6,14); esto significa que él, aludiendo a unas palabras del Señor, afirmó que Jesús habría de sustituir el templo hecho por mano de hombres, por otro, espiritual, no construido en piedra (Mc 14,58 par). A los ojos de los hebreos, semejantes palabras equivalían a un duro ataque contra su santuario. En su discurso precisa que el Altísimo está presente por doquiera en el mundo, y no se lo puede recluir en un templo levantado por manos de hombre. «En el judaísmo no tenemos, ni siquiera en las sectas, ejemplo de una actitud tan negativa en relación con el templo,

50. ZENÓN DE CITIO, *Fragm.* 264ss, Arnim.
51. Am 5,21ss; Is 66,1ss; 3Re 8,27.
52. FL. JOSEFO, *Ant.* VIII, 4,4.

como la adoptada por Esteban; es ésta una posición puramente cristiana» (Gärtner). El mismo modo de pensar se revela también en el discurso del Areópago, que está dirigido a gentiles y quiere señalarles que el todopoderoso no se deja encerrar en templos hechos por el hombre.

25 2. Siendo Dios el dador de toda vida, está exento de todo género de necesidades, y no requiere que se le sirva con esa serie de actos de culto que se ejecutan en el templo, sobre todo con el ofrecimiento de sacrificios. Es frecuente hallar entre los escritores antiguos la idea de que la divinidad está totalmente libre de necesidades. La filosofía griega reconoce en esta cualidad una nota característica del ser divino, el cual se basta a sí mismo y no necesita de nada. Tal es la antigua doctrina griega. Ya Platón afirma que la piedad es un servicio que se rinde a los dioses, pero no en el sentido de que con ello se les preste alguna utilidad o los haga mejores [53]. Del poeta Eurípides se conservan estas palabras: «Dios, si es realmente Dios, no tiene necesidad de nada» [54]. Del sofista Antifón se conservan estas palabras: «La divinidad no necesita de nadie ni recibe nada de nadie, sino que es infinita y exenta de toda necesidad» [55]. El mismo pensamiento se halla expresado frecuentemente entre los cínicos; Diógenes, por ejemplo, afirma: «Es característica propia de los dioses no tener necesidad de nada» [56]. Otro tanto se afirma entre los neopitagóricos: «Dios no tiene necesidad de nada» [57]. En Filón se lee: «Dios no tiene necesidades, nada le hace falta, sino se basta completamente a sí mismo» [58]. En Flavio Josefo: «Dios se basta a sí mismo y a todos los demás» [59].

De la ausencia de necesidades en Dios se habla también mucho en la polémica contra los sacrificios materiales. Según Filón y Flavio Josefo, Dios exige sólo sacrificios espirituales (oración, acción de gracias, alabanzas). A juicio de Flavio Josefo, «no es posible que

53. PLATÓN, *Eutifrón* 13.
54. EURÍPIDES, *Herc. fur.* 1345s.
55. ANTIFÓN, *De veritate* 98.
56. DIÓGENES LAERCIO V. 9,105.
57. EUSEBIO, *Praep. Ev.* IV, 13.
58. FILÓN, *Virt.*, § 9.
59. FL. JOSEFO, *Contra Apionem* II, § 190.

el hombre rinda gracias a Dios por cuanto de bueno recibe de él, recurriendo a las obras. En efecto, la naturaleza divina de nada necesita y está por encima de tales agradecimientos» [60]. Para Filón, «Dios no se complace en sacrificios... que a él le pertenece todo; siendo dueño de todo, nada necesita; sólo se complace en sentimientos de piedad y en los hombres que llevan una vida piadosa» [61]. El mismo pensamiento se encuentra quizá también en 3Mac 2,9-10, donde se habla del templo como de morada de Dios y lugar de oración [62]. En el tratado hermético *Asclepius*, Hermes se opone indignado a Asclepio, que quiere hacer su oración acompañándola del ofrecimiento de un holocausto, y le advierte que eso constituiría un verdadero sacrilegio, «puesto que nada necesita aquel que lo es todo, o en quien todas las cosas están»; ofrezcámosle más bien acciones de gracias; el único sacrificio que él acepta es la alabanza [63]. Se puede aún remitir al Sal 50,7ss, donde Dios explica al pueblo de Israel que no tiene necesidad de los sacrificios (sangrientos) que le ofrece, precisamente porque todos los animales le pertenecen. Aquí, sin embargo, no se podría hablar de un rechazo absoluto de todo sacrificio, dado que Dios los acepta con complacencia cuando van acompañados de la observancia de los preceptos morales.

Fuera del discurso del Areópago, el pensamiento de que Dios no quiere ser honrado con sacrificios materiales no se halla expresado en ningún otro lugar del NT; pero lo utiliza ya la primera carta de Clemente (hacia el 95): «El Señor no tiene necesidad de nada, absolutamente nada le es necesario, fuera de la confesión de los pecados» [64]. De ahí en adelante se encuentra con bastante frecuencia entre los apologistas. Pero, Dios no sólo está exento de toda necesidad, sino que además es él quien nos da la vida, el aliento y todo lo que necesitamos. El *Discurso a Diogneto* [65] expresa así esta idea: El creador del universo «de nada absolutamente puede estar él mismo

60. FL. JOSEFO, *Ant.* VIII, 4,3.
61. FILÓN, *De specialibus legibus* I, § 271.
62. Cf. también 2Mac 14,35.
63. HERMES TRISMEGISTOS, *Asclepius* III, 41*a*, Scott.
64. 1*Clem.* 52,1.
65. *Discurso a Diogneto* 3,4.

necesitado, cuando es él quien procura las cosas a los mismos que se imaginan ofrecérselas». Así pues, los v. 24-25 significan que a Dios no se le ha de honrar ofreciéndole sacrificios, o cualquier otro acto de culto, porque él no tiene necesidad de las cosas que los hombres le ofrecen, siendo como es el Creador de todos los seres y el conservador de toda forma de vida. En consecuencia, Pablo no hace aquí una afirmación acerca de la condición estática del ser divino, en el sentido de la filosofía estoica, sino se refiere a la acción de Dios en cuanto dispensador de la vida, y lo hace valiéndose del AT, pues los v. 24-25 utilizan a Is 42,5.

26 Dios es el Señor no sólo de la naturaleza, sino también de la historia; él se revela en la vida de los pueblos. Entre las gentes paganas de la antigüedad estaba muy difundida la opinión de que cada pueblo tenía un origen particular, y que por lo mismo debía poseer sus dioses propios. Los dioses patrios eran considerados precisamente creadores de cada pueblo. Contra esta falsa idea, Pablo insiste en que, correspondientemente a un solo Dios, el linaje humano constituye una unidad. Que el Dios único hizo derivar de un solo hombre (Adán), llamado directamente por él a la existencia, todos los hombres que ahora habitan la superficie entera de la tierra. Que a más de esto, Dios fijó de antemano a cada pueblo su duración cronológica y su difusión geográfica, lo que quiere decir que todo el curso de la historia de la humanidad y de los diversos pueblos ha sido determinado previamente por Dios.

Los «tiempos» y «límites» no significan, como recientemente se ha afirmado (Dibelius), las estaciones y las zonas habitadas de la tierra, sino las épocas históricas y los límites políticos de los varios pueblos.

Los que sostienen el sentido de estaciones se basan en 14,17, donde «tiempos» tiene este sentido; pero no se dan cuenta de que en aquel pasaje la expresión «los tiempos» recibe su sentido preciso del adjetivo «fecundos» y del contexto. Es posible que el orador tenga aquí presente la idea de los cuatro reinos universales, que se suceden uno tras otro. Esta idea, según parece, introducida por Demetrio Falereo (hacia 300 a.C.), a través de Polibio llegó a los historiadores posteriores, abiertos a las concepciones alegóricas, y se halla

también en el libro de Daniel (capítulos 2 y 7); era, pues, conocida en los círculos judíos (W. Schmid).

Según creencia de los hebreos, la historia de cada pueblo se desenvuelve en el curso de períodos fijados por Dios. Dios es el señor de la historia; es él quien exalta a los pueblos y quien los humilla. Cuando el Señor revela a Daniel lo que significaba el sueño de la estatua (= los cuatro reinos universales y el reino mesiánico) que había tenido Nabucodonosor, el profeta alaba a Dios con estas palabras: «Él es quien cambia los tiempos y los límites, quien depone a unos reyes y exalta a otros» (Dan 2,21). Según Dan 4,22, aquel rey se ve profundamente humillado a fin de que aprenda que su reino (su dominio del mundo) no lo debe a sí mismo (ni a sus propios dioses), sino que el Altísimo es el señor del reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. Según Job 12,23, de Dios viene la prosperidad de los pueblos y su ocaso (cf. Jer 1,10). Hay que tener, pues, en cuenta estas convicciones veterotestamentarias y judías, para entender rectamente la expresión «fijando los tiempos determinados y los límites de su habitación». En el discurso escatológico de Jesús, tal como se lee en Lucas, se habla de «los tiempos de los gentiles», o sea, del período durante el cual Jerusalén será entregada a los paganos; su duración está determinada por Dios (Lc 21,24). El Padre retiene también en su poder «los tiempos u ocasiones» que han de transcurrir hasta la instauración del reino mesiánico (Act 1,7).

Obrando así en la naturaleza, y dirigiendo en esta forma la histo- **27**
ria de los pueblos, Dios se ha dado a conocer a los hombres, incluso a los gentiles, o, más exactamente, de manera especial a éstos, como omnipotente, santísimo y bondadosísimo[66]. Tan elocuente testimonio que Dios da de sí mismo debe mover a los hombres a buscarlo. Pero esta búsqueda no se ha de entender como exclusiva de la inteligencia, «como procedimiento puramente racional», que trata de adquirir el conocimiento de la existencia y naturaleza de la divinidad en el sentido de la filosofía estoica. Semejante modo de comprenderla no sólo sería inconciliable con el pensamiento teológico de Pablo, sino que destruiría también la unidad conceptual del discurso.

---

66. Act 14,17; Rom 1,19-20.

Conforme al lenguaje del AT, la búsqueda de Dios es ante todo asunto de la voluntad; para Dios fueron creados los hombres; a él deben, pues, buscar, a él están obligados a temer, servir y alabar. Buscar a Dios significa visitarlo en el templo, dirigirse a él en las necesidades, o también convertirse a él. A los israelitas en exilio, Dios les grita por medio de Jeremías: «Buscadme (con oración ferviente, que provenga de un corazón sinceramente vuelto a Dios), y me dejaré encontrar de vosotros, y os haré volver a vuestro país» (29,12-14). En los libros de las Crónicas, para mostrar la fidelidad del rey a Dios o al pacto, se emplea con mucha frecuencia la expresión «buscó a Yahveh» [67]. En el Sal 14,2 se lee: «Mira Yahveh desde lo alto de los cielos a los hijos de los hombres, para ver si hay entre ellos alguno cuerdo, alguno que busque a Dios» (citado en Rom 3,11). La Sabiduría de Salomón dirige a los hombres esta invitación: «Buscad al Señor (es decir, su voluntad) en la sencillez de corazón.» Para comprender la «búsqueda» de que habla nuestro discurso, tiene especial importancia el capítulo 13 del mencionado libro, porque allí se habla de una búsqueda de Dios que presenta cierta semejanza con la búsqueda filosófica. El autor afirma que los adoradores de los cuerpos celestes son menos culpables que los que dirigen oraciones a los ídolos: «Pues quizá yerran sólo porque buscan a Dios y lo quieren hallar» (Sab 13,6). Lo que con esto quiere expresar no es la idea de la investigación de la esencia y de los atributos (estáticos) de Dios, sino otro pensamiento: que esos gentiles están al corriente de la existencia de una divinidad, y buscan conocerla para adorarla y servirla. Y si en esa búsqueda no se hubiesen detenido en la consideración de la grandeza y belleza de las criaturas, sino que hubiesen remontado hasta la causa de éstas, hasta el Creador, lo habrían conocido también a él y le servirían.

Tal es el pensamiento que el discurso del Areópago desarrolla cuando dice que el hombre debe preocuparse por atender a la revelación de la sabiduría, poder y bondad de Dios, atributos que se reflejan con claridad en la naturaleza y en la historia; del conocimiento de Dios, así adquirido, brotará espontáneamente la adoración de

---

67. Por ejemplo, 2Par 22,9

Dios. La búsqueda de Dios, entendida en esta forma, lleva con gran probabilidad hasta encontrarlo. No se puede negar que esta meta no es fácil de conseguir; la experiencia prueba que son pocos los que tienen éxito. Pablo mismo reconoce lo inseguro de la búsqueda: «A ver si lo buscan a tientas y lo encuentran». Intencionalmente usan aquí la expresión «buscar a tientas», porque pone en claro la difícil situación del hombre (pagano) que busca a Dios; semejante a un ciego, va a tientas, ayudándose de las paredes para encontrar la salida; la expresión, con las mismas palabras, se dice también del ciego que busca a tientas el camino [68]. Según Rom 1,18ss, Dios, a través de sus obras, se ha revelado suficientemente a los hombres, de suerte que éstos están en condiciones de reconocer al verdadero Dios y de librarse de la idolatría. Sólo que les falta la fuerza de voluntad necesaria para sacar las debidas consecuencias, a saber, reconocerlo como altísimo Señor y dispensador de todos los bienes. Por eso son inexcusables, y la ira de Dios pesa sobre ellos.

Pablo subraya la posibilidad de éxito en la búsqueda, poniendo de relieve la proximidad de Dios. Esta idea de la proximidad de Dios sirve de introducción a algunas proposiciones tocantes a las estrechas relaciones que existen entre Dios y la humanidad. Los intérpretes que en el discurso creen hallar conceptos estoicos, consideran las palabras «no está lejos de cada uno» como alusión consciente a un pasaje del discurso olímpico de Dión de Prusa (tenido en el año 97 d.C.) [69], que deja entrever el influjo de Posidonio; se dice allí que todos los hombres llevan en sí un conocimiento natural de Dios, infundido a todo el linaje humano desde sus orígenes, gracias al parentesco que nos une con Dios. Este conocimiento de Dios lo tenían ya, desde el principio, los primeros hombres, engendrados en el momento de la creación del mundo, «pues ellos no están establecidos ni lejos ni fuera de la divinidad, sino han crecido en medio de ella, o, mejor, juntamente con ella». Dión muestra un concepto de Dios acentuadamente panteísta, inconciliable con el monoteísmo estricto del discurso del Areópago. Para Dión, pues, el hallazgo de

68. Cf. Is 59,10.
69. Dión de Prusa xii, 28.

Dios está fuera de toda duda, y no tiene tampoco necesidad de censurar, como lo hace el discurso del Areópago (17,30), la «ignorancia» de los hombres y la adoración de los ídolos.

El Antiguo Testamento, por su parte, habla también de la proximidad de Dios, pero desde luego entiende por tal la providencia especial manifestada al pueblo elegido: «¿Dónde hay una nación tan grande, que tenga dioses tan cercanos a ella como Yahveh, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?» (Dt 4,7). «Cerca está Yahveh de cuantos lo invocan, de cuantos lo invocan con fidelidad» (Sal 145,8). Flavio Josefo pone en labios de Salomón estas palabras, dirigidas a Dios en el momento de la consagración del templo: «Te he construido este templo, a fin de que de él podamos hacer subir hasta ti nuestras oraciones, acompañadas de sacrificios aceptos, y podamos estar sin cesar convencidos de que tú estás presente y no moras lejos de nosotros; tú lo ves todo, y todo lo oyes, y ahora que habitas en este lugar digno de ti no cesas de permanecer próximo a todos los hombres, sino que día y noche estás presente a cuantos buscan tu auxilio» [70]. La proximidad de Dios se hace patente en el cuidado que toma de cuantos lo buscan; en Flavio Josefo, esto no está restringido a Israel solo.

28 El discurso del Areópago confirma ahora e ilustra la proximidad de Dios con una frase que se hizo célebre: «Porque en él vivimos, nos movemos y somos (= existimos)», o sea, en él tenemos la vida, el movimiento y el ser. A propósito de estas palabras, el nestoriano Išodad de Merv (hacia 850) dice, en su comentario de los Hechos, que de Zeus (que habría sido un tirano) los cretenses contaban como cierto «que fue despedazado y sepultado por un jabalí, y su tumba es bien conocida entre nosotros.» Por eso Minos, el hijo de Zeus, compuso un canto de alabanza a su padre, en el cual afirma: «Una tumba te han levantado, a ti, excelso y santo, los cretenses, embusteros, malas bestias, vientres ociosos (= Tit 1,12); porque tú no estás ya muerto, vivo estás e inmortal; en ti, en efecto, nos movemos y somos.»

La noticia suministrada por el obispo nestoriano no tiene la menor

---

70 FL. JOSEFO, *Ant* VIII, 4,2.

probabilidad de ser fidedigna (M. Pohlenz). Jerónimo, Juan Crisóstomo y Teodoro de Mopsuesta nada saben al respecto. En cambio, Clemente de Alejandría da pruebas seguras [71] de que el verso relativo a los cretenses, citado todo por Pablo en Tit 1,12, «Los cretenses son siempre embusteros, malas bestias, vientres ociosos», es del cretense Epiménides, quien vivió poco antes de las guerras médicas (500-449 a.C.). Calímaco de Cirene (310-240 a.C.) lo cita en su himno a Zeus, para negar las pretensiones de los cretenses de que Zeus hubiese nacido en su país: «Los cretenses son siempre embusteros; ellos, en efecto, han cavado una tumba para ti, oh señor; pero tú no mueres, tú permaneces siempre.» Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la frase del discurso del Areópago «porque en él vivimos, nos movemos y somos» es, en cuanto a la forma, simple prosa, y no proviene, en consecuencia, de ningún poema griego, sino del orador mismo.

A juicio de quienes propugnan la interpretación filosófica del discurso, esta frase expresa la visión panteísta que el estoicismo tiene del mundo; Lucas lo habría sacado de Posidonio. De ser exacta esta hipótesis, la frase no se podría tener por una profesión teológica de Pablo; habría que considerarla más bien como un recurso oratorio, aconsejable en el ambiente que misionaba, por el cual se acomodaba hasta cierto punto a la actitud de espíritu de sus oyentes, para poder así abrirles camino hacia la fe en el único verdadero Dios. En todo caso, si se tiene en cuenta la intención del orador, la frase no puede entenderse en sentido panteísta, sino teísta, y quiere decir que todo el ser y la vida del hombre están circundados de Dios y de él dependen [72]. Una proposición del género trae a la mente de judíos y cristianos el Sal 139, en el cual se dice que, a dondequiera que vayamos, Dios nos rodea en forma incomprensible, porque en todas partes está presente; también recuerda a Jer 23,24: «¿Puede alguno ocultarse en escondrijos, que no lo vea yo?, dice Yahveh. ¿No lleno yo los cielos y la tierra?» El Antiguo Testamento, el judaísmo posterior y el cristianismo primitivo están libres de toda apariencia de panteís-

---

71. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* I, 59.
72 Cf Rom 11.36; 1Cor 8,6; Col 1.16-17

mo: Dios es trascendente (está por encima del mundo), su morada es el cielo, pero al mismo tiempo se halla presente en toda parte del mundo y conoce los más recónditos pensamientos del hombre.

Es muy improbable que la frase «en él vivimos, etc.», sea de origen estoico. Quienes defienden tal origen ven detrás de la frase el concepto que el estoicismo tiene de las estrechas relaciones vigentes entre Dios, el mundo y el hombre, concebidos todos como un único ser vivo y racional, y la interpretan como una afirmación de que el hombre vive en la divinidad universal y tiene en ella su existencia. No obstante, es imposible aducir en la literatura estoica un paralelo realmente convincente de la frase del discurso. El estoicismo habla, es cierto, de que la divinidad penetra el cosmos, que su espíritu (el *logos)* habita en el hombre, pero jamás se dice que el hombre habita en la divinidad. Además, en el estoicismo no se halla ningún ejemplo de una expresión que se refiera a la persona, «en él» (Dios). Allí, Dios, el mundo y la humanidad constituyen una unidad indivisible, un gran sistema cósmico. Por el contrario, el AT y el cristianismo conciben a Dios, la naturaleza y el hombre como rigurosamente distintos. Las palabras «en él vivimos» miran sólo al hombre y al Dios personal, y no se pueden, en consecuencia, entender como favorables al concepto inmanentista (Dios idéntico al mundo) propio del estoicismo.

La preposición «en (alguien)» tiene varios sentidos. El fundamental, que es, sin duda, el que conserva también aquí, es el local; pero está incluida además la idea de dependencia, de suerte que el significado local se suma al causal. Las tres palabras «vivir, moverse, existir (vida, movimiento, ser)» no se encuentran, así unidas, en ningún otro texto; aunque hay casos en que aparecen hasta dos de ellas seguidas. Se ha pretendido que este trinomio es típicamente estoico y que intenta presentar los tres grados de la vida orgánica; pero no se ha llegado a dar ni un solo argumento que apoye tal aserto. Al respecto han tenido que contentarse con decir que los tres vocablos, así reunidos, quieren expresar la completa dependencia del hombre con respecto a Dios, desde todo punto de vista.

Pero, el concepto estoico de la afinidad del hombre con Dios, que es extraño a la Biblia, ¿no está tal vez claramente enunciado en

la cita que sigue, con la cual el orador quiere mostrar a sus oyentes que también sus poetas atestiguan la verdad de la proximidad de Dios? La frase citada se encuentra, con las mismas palabras, en Árato de Cilicia (310-240 a.C.), y en términos parecidos en el himno a Zeus, de Cleantes (330-230 a.C.). En efecto, Cleantes dice a Zeus: «Orgullo de los inmortales, glorioso, eternamente poderoso Zeus, creador de la naturaleza, tú que lo riges todo conforme a una ley, ¡salud! Dirigirse a ti es honroso para todo mortal. *Todos*, en efecto, *nacimos de ti*, y entre todo lo que vive y se mueve sobre la tierra, sólo nosotros tenemos la facultad de hablar. Quiero por eso alabarte y ensalzar sin interrupción tu poder.» El prólogo del poema astronómico de Árato *(Phainomena)* empieza así: «Comencemos por Zeus. No podemos nosotros, hombres, dejar de pronunciar su nombre; de Zeus rebosan todas las calles, todas las plazas de los hombres, rebosan el mar y los puertos. En todo tenemos necesidad de Zeus, nosotros todos; *que somos también miembros de su estirpe.*» Ilustra luego el poeta todo lo que los hombres deben a la providencia de Zeus.

La idea del parentesco del hombre con Dios estaba muy difundida en la filosofía de la época, sobre todo entre los estoicos; se sirven de ella para cimentar conceptos apropiados acerca de los dioses y para crear un clima de independencia de las antiguas formas de culto (ídolos, sacrificios materiales). Así, entre otros, Dión de Prusa (siglo I d.C.) habla expresamente «de nuestro parentesco con los dioses» [73].

Es indiscutible que estamos aquí ante un modo de pensar helenístico, extraño al Antiguo Testamento y al Nuevo. Pablo, al citar el verso de Árato, no hace suya la idea de Dios que el verso expresa, sino que busca simplemente hacer ver a sus oyentes cómo sus sabios y sus poetas han tenido ya una visión espiritual de Dios y han rechazado la idolatría. Las palabras citadas hablan, en su sentido original, del parentesco natural del hombre con Dios, conforme a la enseñanza estoica; pero, en la intención del orador, se emplean para significar la igualdad entre el hombre y Dios, consistente en el he-

73. DIÓN DE PRUSA, *Or.* XII, 27.

cho de que uno y otro poseen la vida, y, por cierto, la vida espiritual. Es cuanto claramente expresa el v. 29. Ahora bien, del hecho de que los hombres poseen la vida se deduce que también Dios, su creador, debe poseer la vida, o, en otras palabras, debe ser un «Dios viviente» (14,15), de lo cual se sigue que la idolatría de los paganos es una aberración. El procedimiento del orador, que, partiendo del sentido primitivo de la cita, acaba por apartarse un poco de él, no debe causar extrañeza. Era el criterio comúnmente adoptado por los escritores judíos helenísticos y también por los cristianos, cuando citan fuentes paganas.

29 Ahora, Pablo saca la consecuencia del v. 28. Si los hombres están por naturaleza emparentados con Dios, entonces no deben pensar que la divinidad sea equiparable a la materia inerte (oro, plata, piedra), o sea, que no hay razón para buscar a Dios en los ídolos y en ellos pretender honrarlo. Sólo en este pasaje de la Biblia griega se lee el término «la divinidad» (la naturaleza divina), término de uso corriente en la filosofía griega y empleado también con cierta frecuencia por Filón y Flavio Josefo [74]. Pero el orador no lo entiende en sentido panteísta, sino (como lo hizo ya en el v. 23) se acomoda a la mentalidad de su auditorio. Siendo los hombres seres vivos, Dios, a su vez, no puede menos de ser una realidad viva, espiritual. En consecuencia, los ídolos, creación y producto del arte y de la industria humana, no pueden ser tenidos por seres divinos.

Este género de polémica contra la idolatría y el culto a lo que es obra de las manos se encuentra ya en el AT [75], no menos que en el cristianismo primitivo, particularmente entre los apologistas [76]. Desdichados son, según Sab 13,10, los hombres «que llaman dioses a las obras de sus manos, al oro y la plata con que fabrican objetos labrados e imágenes de animales, o bien a una inútil piedra (columna, hebreo *massebá)*, obra de una mano del tiempo antiguo».

30 Ilustrados, de este modo, sus oyentes sobre la verdadera naturaleza de Dios y la debida forma de rendirle culto, Pablo pasa a anunciarles la buena nueva de Cristo. No obstante que los gentiles, a pesar

74. Cf., sin embargo, 2Pe 1,3-4: «naturaleza divina».
75. Por ejemplo. Is 44,9ss; 15,15ss; Sal 115,4-8; 135,15-18.
76 Por ejemplo, ARÍSTIDES 13,1; JUSTINO, *Apol* I, 9,1.

de estar en condiciones de hacerlo, no han reconocido a Dios ni lo han adorado debidamente, Dios no se apartó para siempre de ellos, antes bien, cediendo a su misericordiosa bondad, olvida los tiempos de conocimiento defectuoso y les hace llegar ahora la invitación a convertirse y a hacer penitencia. Los tiempos del conocimiento deficiente, o ignorancia de Dios, abarcan todo el período anterior al cristianismo, durante el cual los hombres no contaban más que con la revelación natural. En el lenguaje bíblico, las expresiones «no conocer a Dios», «ignorancia» (de Dios), significan el alejamiento de Yahveh y de sus preceptos y la adhesión a los ídolos y a su culto, lo que tuvo siempre por consecuencia una degeneración moral [77]. En algunos libros designan la condición en que se encuentran los gentiles, los cuales no conocen al verdadero Dios ni lo adoran, sino que están sumidos en la idolatría y la corrupción moral. Así, Sab 14,22ss fustiga la depravación de los gentiles, nacida del error en «el conocimiento de Dios» (llamado también, sencillamente, «ignorancia»), incluyéndola en una especie de catálogo de los vicios [78]. Se trata, por consiguiente, de una ignorancia práctica, no de una ignorancia de orden intelectual, como pretende la interpretación filosófica del discurso del Areópago.

Pero ahora, haciendo caso omiso de los tiempos de la ignorancia, Dios hace llegar a toda la humanidad la invitación a renunciar a la vida impía y viciosa que hasta aquí han llevado, y a convertirse al único verdadero Dios y a la observancia de sus mandamientos. Esta invitación a penitencia pone de manifiesto, con claridad que no podría ser mayor, que Dios no considera exenta de culpa la ignorancia precedente en lo tocante a la divinidad y a la manera de adorarlo debidamente; hay que tomarla, por lo mismo, muy en serio, porque detrás de ella viene el juicio. Se trata de una oferta que Dios hace de su gracia y de su perdón de la vida anterior, transcurrida en el pecado, a fin de que los hombres puedan superar el juicio. Este juicio **31** Dios lo confiará a un hombre a quien él predestinó para esta función,

77. Cf. Os 4,1ss

78. En este mismo sentido se ha de entender también la «ignorancia» (de Dios) en Act 17,30; Ef 4,18 (los gentiles son «ajenos a la vida de Dios, a causa de la ignorancia que hay en ellos») y en 1Pe 1,14

y a quien, mediante su resurrección de entre los muertos, acreditó a los ojos de todos como aquel a quien él mismo constituyó en juez del universo.

Cabe ahora una pregunta: *¿Pablo era capaz de hablar el lenguaje que Lucas le atribuye en este discurso, sin faltar a la lealtad consigo mismo?* A la pregunta se debe, sin titubeos, responder afirmativamente, siempre que se tome la debida cuenta de que el Apóstol no se halla aquí delante de una comunidad cristiana a la cual expone su teología (como lo hace en la carta a los Romanos), sino en presencia de filósofos estoicos y epicúreos a quienes dirige un discurso de evangelización. En un caso como éste, debía él, al igual que cualquier otro misionero, tomar pie de la mentalidad y convicciones de su auditorio, reconociendo la parte de la verdad que ellas contienen, para luego, partiendo de este terreno común, pasar a anunciarles toda la verdad cristiana. Por tanto, las frases del discurso que pudieran tener cierto sabor estoico, no tienen, dentro del contexto de los Hechos, un valor panteísta, sino perfectamente teísta. Para el judaísmo de la diáspora era un axioma que el Dios único (o la única sustancia divina) reconocido por la filosofía griega es el Dios único revelado en el AT. Por eso los mejores rasgos paralelos al discurso del Areópago son los que presenta la propaganda judía helenística en favor del monoteísmo. Ésta permite además comprobar el atrevimiento que significaría el negar al Apóstol la paternidad de los pensamientos que el discurso desarrolla. Pero hay que dar margen también a la posibilidad de que el autor de los Hechos haya tenido cierta parte en la forma externa con que tales pensamientos se enuncian.

En particular, es necesario añadir: 1.º, el pasaje de 1Tes 9-10, en que Pablo resume brevemente los puntos centrales de la predicación que él dirigía a los gentiles, refleja con sorprendente fidelidad el plan del discurso del Areópago; 2.º, en Rom 1,18ss, Pablo (apoyándose en Sab 13-15) enseña la posibilidad y la realidad del conocimiento natural de Dios. Es innegable que, de este conocimiento, logrado mediante la contemplación de lo creado, la humanidad no dedujo las lógicas consecuencias, y cayó en la idolatría; pero el Apóstol habla aquí en forma muy resumida, tratando de concentrar la

atención de sus oyentes sobre el estado de pecado y la incapacidad de redimirse en que se debate la humanidad; no es su intención, sin embargo, negar que también entre los gentiles haya habido sinceros «buscadores» de Dios, que no cayeron del todo en el error; 3.º, la actitud de Dios, que hace caso omiso de los tiempos de conocimiento imperfecto (v. 30), tiene un paralelo digno de tenerse en cuenta en Rom 3,25-26, donde se habla de que Dios «deja de castigar (perdona) los pecados anteriormente cometidos» y «contiene» la manifestación de su ira.

Hasta aquí Pablo no ha mencionado el nombre de Cristo. En **32** este momento debería haberlo hecho para entrar a hablar de su obra de redención. Pero el discurso se ve interrumpido bruscamente. Apenas lo oyen hablar de la resurrección de los muertos, los atenienses se niegan a seguir escuchándolo. Los griegos aceptan perfectamente la inmortalidad del alma (los estoicos, panteístas como eran, pensaban que el alma del que moría entraba a formar parte del alma del mundo), pero no creían en la resurrección del cuerpo. Nada de extraño, pues, que los oyentes no supiesen imaginar la resurrección de los muertos más que como el revivir de un cadáver, que, naturalmente, no es lo que Pablo menciona [79].

De esta forma, el discurso termina por un fracaso. Pero aun **33** así, su actividad en Atenas no fue del todo en balde, ya que logró ganar un reducido grupo de personas para la fe cristiana. Hasta **34** un personaje importante se encuentra entre éstas, un miembro del Areópago, Dionisio, que, de creer a una tradición, habría llegado a ser el primer obispo de la ciudad. De Atenas no se habla ya más en el Nuevo Testamento.

En Corinto
18,1-17

[1] *Después de esto, retirándose de Atenas fue a Corinto.* [2] *Allí encontró a un judío llamado Áquila, originario del Ponto, recién llegado de Italia con su mujer Priscila, por haber ordenado Claudio*

79. Cf. 1Cor 15,35ss; Flp 3,21.

la expulsión de todos los judíos de Roma. Se unió a ellos, [3] *y como eran de la misma profesión, vivía con ellos y juntos trabajaban, pues eran de oficio fabricantes de tiendas.* [4] *Disertaba en la sinagoga cada sábado, tratando de persuadir a judíos y a griegos.* [5] *Cuando llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, Pablo se consagró de lleno a la predicación, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo.* [6] *Pero como éstos le opusieran resistencia blasfemando, él les dijo sacudiéndose las vestiduras: «Vuestra sangre sobre vuestras cabezas. Yo estoy limpio. Desde ahora me dirigiré a los gentiles.»* [7] *Y marchándose de allí, se fue a la casa de un tal Ticio Justo, un prosélito que vivía contiguo a la sinagoga.* [8] *Crispo, jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa, y muchos de los oyentes corintios creían y se bautizaban.* [9] *Por la noche, en una visión, dijo el Señor a Pablo: «No temas nada y no calles;* [10] *que yo estoy contigo, y nadie osará hacerte daño, porque tengo yo en esta ciudad un pueblo numeroso.»* [11] *Y se asentó allí durante un año y seis meses, enseñando entre ellos la palabra de Dios.*

[12] *Era entonces procónsul de Acaya Galión, y amotinados los judíos contra Pablo, lo condujeron a su tribunal,* [13] *diciendo: «Este hombre anda incitando a todos a honrar a Dios en forma contraria a la ley.»* [14] *Y cuando Pablo se disponía a hablar, dijo Galión a los judíos: «Si se tratara de alguna injusticia o de alguna fechoría, sería razonable que os escuchara, oh judíos;* [15] *pero siendo cuestiones de palabras y de nombres, y de una ley que es la vuestra, allá vosotros. Yo no quiero ser juez de estos asuntos.»* [16] *Y los despidió del tribunal.* [17] *Y echando mano todos a Sóstenes, jefe de la sinagoga, lo golpeaban en presencia del tribunal, y nada de esto le importaba a Galión.*

1 En contraste con lo sucedido en Atenas, Pablo halla en Corinto un campo de acción extenso y fértil. Corinto era por entonces un puerto de gran importancia, aunque tristemente célebre por su inmoralidad.

La espléndida ciudad había sido destruida por los romanos en 146 a.C., pero 100 años más tarde César la había hecho reconstruir y le había otorgado el título de colonia romana. En el año

27 a.C. fue hecha capital de la provincia senatorial de Acaya y, como tal, pasó a ser residencia del procónsul [80].

Pablo se relaciona aquí con los esposos Áquila y Priscila, **2** hebreos, llegados a la ciudad poco antes, procedentes de Italia. No es posible asegurar si los dos se habían hecho cristianos ya desde Roma, lo que parece más probable, ya que no se hace la menor alusión a que hubiesen sido convertidos por Pablo [81]. Eran personas de buena posición económica, y en relación con Pablo y la causa cristiana fueron especialmente generosos [82]. La expulsión de los judíos de Roma la narra también el escritor romano Suetonio (hacia 120 d.C.) en el capítulo 25 de su biografía del emperador Claudio: «Expulsó a los judíos de Roma, porque ellos, acaudillados por un tal Cresto, no cesaban de provocar tumultos.» Según notas de Orosio, escritor cristiano, el edicto de expulsión fue promulgado en el año 49 d.C. En casa de Áquila y Priscila, Pablo encuentra trabajo. Según su **3** propio testimonio [83], él se procuraba el sustento con el trabajo de sus manos, y sólo en casos excepcionales aceptaba ayuda ajena [84].

Era costumbre entre los hebreos que los discípulos de los rabinos aprendiesen algún oficio manual, de suerte que más tarde pudieran vivir de él. Pablo y Áquila eran fabricantes de tiendas. Por este oficio se suele entender la confección de tiendas, hechas de material tosco y resistente, como era el pelo de cabra. Era éste un material que se producía especialmente en la patria del Apóstol, por lo cual los romanos lo llamaban «cilicio». Pero los escritores antiguos entienden por fabricantes de tiendas a los que, cortando y trabajando el cuero ya curtido, confeccionan las tiendas. Tiendas de cuero eran, entre otras cosas, parte de la dotación de los soldados. El término debe, pues, significar más bien a uno que trabaja en cuero, a un talabartero. No es el caso pensar se trate del oficio de quien, tejiendo, preparaba el material para la fabricación de tiendas, dado que el oficio de tejedor era objeto de execración entre los rabinos (J. Jeremías).

---

80. Cf. la introducción a 1Cor.
81. Cf también 1Cor 1,14.
82. Act 18,18.26-27; Rom 16,3; 1Cor 16,19; 2Tim 4,19.
83. Act 20,34-35; 1Cor 4,12; 2Cor 11,7.9; 12,13; 1Tes 2,9; 2Tes 3,7-9.
84. Flp 4,15-16.

4 También en Corinto, Pablo se hace presente todos los sábados en la sinagoga, y allí predica. En aquel emporio comercial que era Corinto, los judíos estaban numéricamente bien representados. Se ha conservado intacto el dintel de la entrada a una sinagoga, con esta inscripción: «Sinagoga de los hebreos».

5 Al cabo de cierto tiempo (no puede haber sido un lapso de consideración) llegan Silas y Timoteo, trayendo socorros [85]. Pablo los había estado esperando ya en Atenas (17,16). Por 1Tes 3,1-6 sabemos que ambos se reunieron efectivamente con Pablo en Atenas, pero que luego fueron enviados de nuevo a Macedonia, o, por lo menos, lo fue Timoteo, quien debió ir a Tesalónica a visitar la comunidad [86]. Pablo puede dedicarse ahora de lleno a la predicación.

Pero, lo que ya había acaecido en Antioquía (13,45-56), y más
6 tarde en Éfeso (19,9), sucede también aquí: pronto se llega a la ruptura con la sinagoga. Deja entonces el sitio en que hasta ahora ha desplegado su actividad, pero no sin decir antes a los judíos incrédulos, con un gesto simbólico (cf. 13,51), que suspende toda comunidad de intereses con ellos, y los amenaza con el juicio de Dios en castigo por el rechazo que hacen al anuncio del mensaje de salvación. La fórmula «vuestra sangre sobre vuestras cabezas» es propia del AT [87]. Pablo quiere decir: la responsabilidad del castigo divino a que dará lugar vuestra infidelidad, recae sobre vosotros mismos; no tengo yo ninguna culpa de vuestra perdición eterna (cf. 20,26); por eso ahora, con plena tranquilidad de conciencia, puedo consagrar todo mi trabajo a los gentiles [88]. Sus palabras no son precisamente una maldición contra los judíos, sino más bien una seria advertencia a que midan las desastrosas consecuencias de su infidelidad.

7 Pablo traslada ahora su centro de actividad a la casa, contigua a la sinagoga, de un «temeroso de Dios» de nombre Ticio (o Tito)
8 Justo, que, desde luego, se había hecho ya cristiano. La actividad entre los judíos no fue, a pesar de todo, completamente inútil, pues

85. 2Cor 11,8-9.
86. Cf. 1Tes 3.
87. 2Sam 1,16; 1Re 2,33; cf. Mt 27,24-25.
88. Cf. Act 13,46; 28,28.

el propio presidente de la sinagoga, Crispo, se hizo bautizar con
toda su familia. En 1Cor 1,14 se precisa que fue Pablo mismo quien
lo bautizó. Es de creer que algunos otros judíos siguieron su ejem-
plo. Pero, de todas maneras, en la comunidad de Corinto los judíos
cristianos constituían una pequeña minoría [89]. Fueron, en cambio, **9**
numerosos los paganos que abrazaron la fe.

Tampoco en Corinto faltaron a Pablo grandes dificultades,
contra las cuales tuvo que sostener una lucha tal que más de una
vez se sintió desanimado [90]. Es probable que lo que provocó en él
esta sensación de desaliento fue la actitud tan cerrada y hostil de
los judíos, que lo habría llevado hasta concebir la idea de aban-
donar la ciudad (cf. 17,9-10.14). Fue necesario que el Señor se le **10**
apareciese en una visión nocturna y lo exhortase a perseverar con
valor y a predicar sin miedo, dándole la seguridad de su protec-
ción y de frutos abundantes. En esta ciudad se encuentra, en efecto,
un gran número de personas que Dios ha escogido para la salva-
ción [91]. El Apóstol obedece, y su estancia en Corinto cubre un **11**
período excepcionalmente largo. El año y medio indica, probable-
mente, el tiempo total de la actividad que allí desarrolló. Pero no
todos están de acuerdo, pues hay quienes opinan que estos 18 meses
serían solamente el tiempo transcurrido hasta que compareció ante
Galión, y estiman que el Apóstol habría permanecido de dos a dos
años y medio. En todo caso, su actividad en Corinto no chocó
nunca con obstáculos serios.

Los Hechos cuentan aquí de un ataque contra Pablo por parte **12**
de los judíos. que, sin embargo, fracasó por completo: la acusación
ante el procónsul Galión. Se le acusó en estos términos: este judío **13**
induce a la gente a adorar a Dios en forma prohibida por la ley
(hebrea). Los judíos tenían el derecho de practicar libremente su
religión, pero a condición de atenerse estrictamente a lo prescrito
por la ley de sus padres [92]. Iba, pues, en interés propio denunciar
ante las autoridades romanas a los connacionales infieles, para

89. Cf. 1Cor 8,1-13; 10,1-32; 12,1-3.
90. Cf. 1Tes 3,7.
91. Cf. 1Tes 1,4-5.
92. FL. JOSEFO, *Ant.* XIX, 5,3.

evitar el riesgo de perder sus privilegios o de ser llevados ante los tribunales, acusados de fomentar nuevos cultos. Algunos comentaristas piensan que la ley en cuestión es la romana, y entienden la acusación a Pablo como una denuncia de estar introduciendo un culto prohibido por el derecho romano *(religio illicita)*.

14-15 Pero Galión no da oídos a la denuncia, aduciendo como motivo que no se trata de acciones prohibidas por el derecho común, sino de controversias religiosas hebreas, y remite a los denunciantes a sus propios tribunales [93]. En seguida ordena que los lictores procedan a alejarlos de su tribunal. Conforme al cuadro trazado por los Hechos, que jurídicamente es intachable, la jurisdicción en materia religiosa la ejercían exclusivamente las autoridades judías, así en Palestina como en la diáspora (es ésta la razón por qué los apóstoles son llevados a juicio ante el sanedrín por causa de su doctrina religiosa) [94]; en cambio, tratándose de delitos de orden público o político (sediciones), la jurisdicción compete a las autoridades del Estado o de la ciudad [95]. Es probable que quienes se abalanzaron sobre Sóstenes y lo golpearon hayan sido algunos griegos de las más bajas capas sociales, presentes a la escena en calidad de curiosos. Sóstenes era el jefe reconocido de los judíos, y la ocasión se prestaba para desfogar su odio y el desprecio que sentían hacia los hebreos.

El procónsul Galión y la cronología de Pablo.

Lucio Junio Galión era hermano del célebre filósofo Séneca. Su nombre original era Marco Aneo Novato, pero, adoptado más tarde por el senador y maestro de retórica Lucio Junio Galión, tomó su nombre. Séneca lo presenta como un carácter noble. El año de su proconsulado en Acaya se puede determinar con bastante certeza. En efecto, en una inscripción descubierta en Delfos, tenemos parte de una carta del emperador Claudio a la ciudad de Delfos, en la cual hace mención de su «amigo Galión, procónsul de Acaya».

93. Otro tanto harán Lisias, Act 23,29, y Festo, Act 25,18-19
94. Cf Act 4,2 18; 5,28 40
95 Act 17,7; 24,5.

Teniendo en cuenta los títulos que allí se atribuyen al emperador, se llega a la conclusión de que la carta fue escrita entre principios de abril y el 1.° de agosto del año 52. Dado que los procónsules debían tomar posesión de su cargo (que duraba un año) en primavera o a principios del verano, Galión fue procónsul de Acaya en el período que va de la primavera del 52 a la primavera del 53.

Regreso a Antioquía
18,18-22

[18] *Pablo siguió viviendo allí todavía bastante tiempo hasta que, despidiéndose de los hermanos, se embarcó hacia Siria, acompañado de Priscila y Áquila, después de haberse rapado la cabeza en Cencreas, porque tenía hecho voto.* [19] *Llegaron a Éfeso y los dejó allí. Él, por su parte, entró en la sinagoga y se puso a hablar a los judíos.* [20] *Rogábanle ellos que se quedara más tiempo, pero no consintió,* [21] *sino que diciéndoles al despedirse: «Volveré a vosotros de nuevo, si Dios quiere», partió de Éfeso,* [22] *y llegado Cesarea, después de subir y saludar a la Iglesia, descendió a Antioquía.*

Días después del fallido ataque de los judíos, Pablo, acompañado **18**
de Áquila y de Priscila, parte de Corinto; Silas debió de haberse quedado en Corinto, pues los Hechos no vuelven a mencionarlo. La meta de su viaje es Siria, es decir, Antioquía (v. 22). En Cencreas, el puerto de Corinto sobre el mar Egeo (Rom 16,1), Pablo (podría ser también Áquila) se hace rapar la cabeza, en cumplimiento de un voto. Entre los hebreos se tenía en gran aprecio el voto del nazireato. Se hacía, dice Flavio Josefo, para obtener la curación de una enfermedad o verse preservado de una desgracia, y tenía la duración de treinta días[96]. Durante este tiempo, quien hacía el voto debía abstenerse del vino y dejarse crecer libremente los cabellos (Núm 6,1-21). Al término de los treinta días, se ofrecía un sacrificio y se cortaban los cabellos. Sabiendo, sin embargo, que

96 FL. JOSEFO, *Ant* II, 15,1

la solución del voto del nazireato no podía hacerse sino en el templo de Jerusalén [97], hay que aceptar que aquí se trataba de un voto en sentido amplio, al estilo de los que se hacían en la diáspora, y que no hay ninguna relación entre este corte de los cabellos y el voto de que se habla en 21,23-24; con todo, no se puede negar que en uno y otro de estos dos pasajes el texto es obscuro.

19 La nave en que Pablo se embarca viaja rumbo a Éfeso. Aquí
20-21 se separa de Áquila y Priscila. En cuanto a él, se detiene sólo por un sábado, y se despide de los judíos, en cuya sinagoga predicó, prometiendo regresar [98]. Es evidente que tiene ya el plan de trasladar a Éfeso su centro de actividad, por tiempo largo, conforme había pensado hacerlo al principio del segundo viaje (16,6). Es seguro que los dos esposos judíos pasaron su residencia a Éfeso por deseo expreso de Pablo, para luego poder encontrar allí alojamiento y trabajo (20,33-34).

22 En la primera ocasión se embarca para Cesarea, que era entonces el puerto principal de Palestina. Parece que en verano no era posible viajar directamente a Antioquía (concretamente, a Seleucia, 13,4), por falta de viento. Una vez en Cesarea, toma el camino de Antioquía, donde se detiene algún tiempo (por espacio de un invierno, según parece). El texto griego no permite concluir con certeza si de Cesarea se encaminó directamente a Antioquía, o si pasó por Jerusalén. En este último caso sería extraño que no se mencionase a Jerusalén [99].

---

97. Act 21.23-24; 1Mac 3,49

98. Cf. Sant 4,15.

99. Según los datos de Gál 1,18; 2,1, hasta el momento en que esta carta se escribió. Pablo no había ido más que dos veces a Jerusalén, desde su conversión.

2. *El tercer viaje misional (Éfeso)*
18,23-19,40

El viaje de Pablo a través de Galacia y de Frigia; Apolo en Éfeso y en Corinto
18,23-28

23 Después de permanecer allí algún tiempo, se fue y atravesó
sucesivamente el país gálata y Frigia, fortaleciendo a todos los dis-
cípulos. 24 Cierto judío, por nombre Apolo, alejandrino de origen,
hombre elocuente y versado en las Escrituras, llegó a Éfeso. 25 Había
sido iniciado en el camino del Señor y, ardoroso en su espíritu,
hablaba y enseñaba con exactitud lo concerniente a Jesús, aunque
sólo conocía el bautismo de Juan. 26 Comenzó, pues, a hablar con
decisión en la sinagoga. Como le oyeran Priscila y Áquila, lleván-
doselo consigo le enseñaron con mayor exactitud el camino de Dios.
27 Quería él pasar a Acaya, y los hermanos escribieron a los discí-
pulos rogándoles que lo acogieran. Llegó allí y aprovechó grande-
mente, mediante la gracia, a los que habían creído, 28 ya que con
vehemencia refutaba públicamente a los judíos demostrándoles por
las Escrituras que Jesús era el Mesías.

Hay razón para suponer que la permanencia de Pablo en Antio- 23
quía se prolongó por todo un invierno [1]. Se comprende que, después de una ausencia tan larga, sentía ya necesidad de pasar algún tiempo entre los hermanos de Antioquía, la ciudad que había llegado a ser su segunda patria (13,1), y de permitirse un poco de reposo. Tras esta pausa, parte de nuevo a misión. No se dice quién lo acompañó. La meta, esta vez, es Éfeso [2]. Pero no escoge la vía más corta y rápida, sino que prefiere atravesar el país gálata, en el corazón del Asia Menor, y luego Frigia, con intención de

1. Cf. 1Cor 16,6; Act 20,3.
2 Act 18.21; 19,1.

visitar las comunidades fundadas en el curso de su segundo viaje[3].

24 Lucas inserta aquí una noticia sobre un misionero cristiano, de nombre Apolo. Éste no vuelve a aparecer en los Hechos, pero por 1Cor sabemos que tuvo parte muy importante en la vida de la iglesia de Corinto[4]. Pablo tuvo más tarde ocasión de conocerlo personalmente, y desde entonces estuvieron unidos por amistad cordial. Apolo (forma abreviada de Apolonio), judío oriundo de Alejandría, muy perito en las Escrituras y en el arte de interpretarlas, llegó a Éfeso siendo ya cristiano (aunque, en realidad, con instrucción todavía incompleta); no sabemos si llegó allá ejerciendo la misión de predicador por los países por donde pasaba o si su traslado se debió a otros motivos.

Digno de atención es lo que se dice de su cristianismo. Era instruido en lo que atañe al camino del Señor, es decir, acerca del plan divino de salvación, tal como se encuentra expuesto en la Sagrada Escritura (v. 24), y poseía además un buen conocimiento de la actividad de Jesús. Se presentó, pues, en la sinagoga y anunció allí, abiertamente, el mensaje de Cristo. A lo que parece, su anuncio debía ser incompleto en algún punto esencial (v. 26). En qué consistió su deficiencia, no lo sabemos, porque Lucas no dice nada al respecto. Ya de tiempo atrás se ha lanzado la hipótesis de que, seguidor como era del movimiento del Bautista, concibiese la misión de Jesús al estilo de la de Juan, y lo anunciase como al profeta de los últimos tiempos, como a heraldo y precursor del Hijo del hombre, todavía por llegar. Es difícil dar un fallo sobre la exactitud de esta hipótesis. Los Hechos se limitan a dar un solo dato concreto, en relación con lo que faltaba a la predicación de Apolo, a saber, que éste no conocía nada acerca del bautismo cristiano, sino sólo del bautismo de Juan.

Sin razón se ha pretendido concluir de esta noticia, que el bautismo no habría sido instituido por Cristo, sino introducido por los cristianos helenistas, y que este Apolo encarnaría un estadio bastante primitivo del cristianismo. Pero, ¿los doce se habrían dejado

---

3. Cf. comentario a Act 16,8.
4. Cf. 1Cor 1.12; 3,4ss; 4,6; 16,12.

imponer el bautismo de los cristianos helenistas? Se podría aún conjeturar que este Apolo había sido bautizado por Juan a orillas del Jordán, y que luego, después de seguir por algún tiempo a Jesús, se había marchado de Palestina antes de la muerte y la resurrección del Señor; queda también la posibilidad de creer que su cristianismo lo hubiese recibido en forma imperfecta en Alejandría, a través de algún discípulo de Juan o de Jesús. Priscila y Áquila se **26** interesan por él y completan su deficiente conocimiento de la doctrina cristiana. Apolo toma luego el camino de Acaya, mejor dicho, **27** de Corinto [5], y allí es excelente ayuda para los cristianos en las **28** discusiones con los judíos no convertidos. Las tres palabras del texto griego del v. 27 («mediante la gracia») faltan en el texto occidental; así, incompletas, no tienen sentido claro.

El *episodio de Apolo* es en sí bastante obscuro. ¿Qué puede significar la expresión «el camino del Señor» y la otra, de sentido equivalente, «el camino de Dios»? Según el lenguaje del AT, indican la norma de vida impuesta por Dios a los hombres; es posible que se refieran también al plano salvífico de Dios. Se ve, sin embargo, que Lucas quiere designar con tales expresiones la enseñanza de Jesús, pues dice que Apolo enseñaba «con exactitud lo concerniente a Jesús». Pero, ¿cómo es posible hacer esta afirmación, cuando Áquila y Priscila se vieron precisados a exponerle «con mayor exactitud» el camino de Dios? Al decir que no conoce más que el bautismo de Juan, ¿se puede decir que el relato lo considera simplemente como discípulo de Juan? Pero, en este caso, sorprende que en 19,1-7 no se lo ponga en relación con los doce discípulos de Juan ni se diga de él que hubiese recibido, al igual que estos últimos, el bautismo cristiano.

Cuando Lucas lo califica de «ardoroso en su espíritu», ¿lo hace aludiendo al entusiasmo con que predicaba, o bien es su intención presentarlo como impulsado por el Espíritu Santo? En respuesta a esta serie de interrogantes se ha lanzado recientemente la hipótesis de que Apolo era un eminente predicador ambulante judío, y que se habría presentado en la sinagoga de Éfeso con el propósito de

5. Act 19,1; 1Cor 3,5-8.

exponer doctrinas éticas o relacionadas con la historia de la salvación; habría sido entonces cuando Áquila y Priscila lo conquistaron para la fe cristiana. Lucas habría modificado la tradición por él recibida, presentándolo como a cristiano imperfecto. Pero ¿qué razón pudo haber tenido Lucas para no dejar intacta esta (pretendida) tradición, siendo así que encuadraba muy bien en su libro? Hasta hoy no se ha hallado una explicación que verdaderamente satisfaga.

Pablo en Éfeso; los «discípulos de Juan»
19,1-7

1 Estando Apolo en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones altas, llegó a Éfeso y encontró a algunos discípulos, 2 a los cuales dijo: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?» Ellos respondieron: «Ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo.» 3 Díjoles de nuevo: «Pues, ¿con qué bautismo habéis sido bautizados?» Respondieron: «Con el bautismo de Juan.» 4 Y dijo Pablo: «Juan bautizó con bautismo de penitencia, diciendo al pueblo que creyeran en el que venía detrás de él, es decir, en Jesús.» 5 Oído lo cual, se bautizaron en el nombre del Señor Jesús. 6 Y al imponerles Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas y profetizaban. 7 Eran en total unos doce hombres.

1 El episodio de los «discípulos de Juan» no es menos enigmático que el de Apolo. Los Hechos dan a estos doce hombres el título de «discípulos» (no el de discípulos de Juan), de cristianos, en otras palabras, y el relato los considera como «convertidos».
2 Sin embargo, son gentes que aún no han recibido el bautismo cristiano ni saben nada del envío del Espíritu Santo por obra de Cristo. Con todo, deben haber sido, si bien en forma imperfecta, cristianos,
3 es decir, «discípulos» de Jesús, al estilo de Apolo. Habían recibido el bautismo de Juan, quizá de manos del Bautista mismo. Hasta donde las escasas noticias de la antigüedad permiten saberlo, en aquella época (y hasta entrado ya el siglo III) existía un grupo compacto de discípulos de Juan que, en la persona del Bautista, ejecu-

tado por Herodes, veían al Mesías [6]. Pero parece fuera de duda que estos doce hombres no pertenecían a tal grupo (o, al menos, ya no pertenecían). Pablo debió conocerlos en la sinagoga. La respuesta que ellos dan a Pablo, de no haber oído siquiera que el Espíritu Santo ya había venido, no puede tener otro sentido que éste: nosotros no hemos oído decir que el Espíritu Santo, prometido por los profetas y por el propio Bautista como don del Mesías, haya venido aún, es decir, haya sido dado ya a los fieles [7].

Pablo les recuerda entonces que el Bautista, en el curso de su predicación, expresamente invitó al pueblo a creer en aquel que venía después de él, o sea, en el Mesías, y que éste apareció en Jesús (cf. 13,24-25). Tomando pie de esto, los instruye abiertamente sobre el bautismo y la misión del Espíritu Santo. Ellos acogen con **5** fe su enseñanza y se hacen conferir el bautismo en el nombre del Señor Jesús. Con la imposición de las manos de Pablo, que sigue **6** inmediatamente al bautismo, reciben el Espíritu Santo, que les da la capacidad de hablar en lenguas y de pronunciar discursos proféticos [8].

Éfeso, sobre la costa occidental del Asia Menor, recostada donde termina la fértil llanura del Caístro, había llegado a ser, en tiempo de Pablo, una de las ciudades más populosas y espléndidas del imperio. Era la verdadera capital de la provincia de Asia (Asia proconsular), que desde el año 27 a.C. estaba sometida al senado, y su gobierno se confiaba a un procónsul; era asimismo uno de los grandes centros comerciales entre Oriente y Occidente. La ciudad contaba además con audiencia (19,38). La población griega de Éfeso, originalmente una colonia jónica, desde tiempos remotos se había mezclado profundamente con elementos del Asia anterior (lidios, carios, misios, licios, etc.). Existía también en la ciudad una numerosa colonia judía, que hacía años gozaba ya del derecho de ciudadanía. No obstante el dominio romano, Éfeso se regía por administración autónoma y poseía un sistema fiscal libre. A la cabeza de la administración estaba un senado (o consejo)

6. Cf., a propósito, la *Introducción* a *El evangelio según san Juan*, 5.
7. Cf. Jn 7,39.
8. Cf. Act 8,17; 10,46.

de 450 miembros; al lado de él, la asamblea de los ciudadanos, que también gozaba de amplios poderes.

Actividad misionera de san Pablo
19,8-10

8 Entró, pues, en la sinagoga y habló allí con sinceridad por espacio de tres meses, exponiendo el reino de Dios y tratando de convencer. 9 Pero como algunos se endurecieran y rechazaran el camino hablando mal delante de la muchedumbre, él, apartándose de ellos, separó a los discípulos y predicaba diariamente en la escuela de un tal Tirano [desde la hora quinta a la décima]. 10 Así lo hizo durante dos años, de forma que todos los habitantes de Asia, tanto judíos como griegos, oyeron la palabra del Señor.

8 En la sinagoga de Éfeso, Pablo tuvo ocasión de desplegar considerable actividad por un tiempo relativamente largo. La indicación (aquí y en 20,25) de que hablaba del reino de Dios equivale a decir, en forma resumida, que «anunciaba la buena nueva del reino de Dios y del nombre de Jesucristo» [9]. Como Jesús, durante su vida terrena, anunció el reino de Dios (es decir, su irrupción inminente), así los discípulos, a partir del día de la pascua, tienen la misión de predicar el reino de Dios y de presentar a Jesús como al Mesías, porque no se puede concebir el reino de Dios sin Cristo. Por eso la predicación del reino de Dios incluye también el anuncio de la aparición del Mesías (Cristo) en Jesús, y viceversa.

9 Mas también en Éfeso Pablo acaba por chocar con una resistencia pertinaz, que se traduce en blasfemias contra el mensaje y la doctrina cristiana; a tal punto llegan las cosas, que no le queda otro camino que renunciar a seguir trabajando en ese ambiente. Se retira de la sinagoga llevando consigo a los que quieren seguirlo, judíos y «temerosos de Dios», y constituye con ellos una comunidad aparte. Para su predicación se sirve en adelante del aula, o audi-

9. Act 8,12; cf.28,23.31.

torio, de un tal Tirano, personaje del cual no tenemos más datos, pero que debía ser un maestro de retórica o de filosofía. El llamado texto occidental precisa que Pablo enseñaba aquí ordinariamente desde la hora quinta a la décima, es decir, desde las once de la mañana a las cuatro de la tarde. Es probable que esta noticia se funde en una buena tradición. Tirano debía aprovechar las horas de la mañana, y quizá también las últimas de la tarde, para dictar sus propias lecciones, dejando el tiempo intermedio al Apóstol, previo contrato de arrendamiento. Aquí le fue permitido enseñar por espacio de dos años sin ser molestado.

Sólo a través del recuento que el Apóstol mismo hace ante los **10** presbíteros de Éfeso (20,18-35), y de los datos que suministran las dos cartas a los Corintios, se puede obtener una visión de conjunto de la actividad desplegada durante esos dos años y tres meses (según 20,31 fueron tres años, en números redondos), pues nuestro relato es demasiado somero. Conforme a aquellos documentos, también aquí proveía Pablo al sustento con el trabajo de sus manos, socorriendo, al mismo tiempo, a algunos necesitados. Es probable, además, que haya interrumpido su estancia aquí con un rápido viaje a Corinto [10]. Para el trabajo desarrollado en Éfeso y regiones circunvecinas, le fueron de valiosa ayuda Timoteo y Erasto (19,22), Gayo y Aristarco (19,29), Tito y otros colaboradores [11]. El colosense Epafras trabajaba en Colosas, Laodicea y Hierápolis [12]. En 1Cor, Pablo habla de «las Iglesias de Asia».

Actividad taumatúrgica de san Pablo
19,11-20

[11] *También obraba el Señor milagros no corrientes por mano de Pablo,* [12] *hasta tal punto que se aplicaban a los enfermos pañuelos o delantales tocados por su piel y desaparecían de ellos las enfermedades y salían los espíritus malos.* [13] *Intentaron algunos de los judíos*

10. Cf. *Introducción* a 2Cor.
11. Cf. 2Cor 12,18.
12. Col 1,7; 4,12-13.

exorcistas ambulantes invocar sobre los poseídos de malos espíritus
el nombre del Señor Jesús diciendo: «Os conjuro por Jesús a quien
predica Pablo.» [14] Eran los que esto hacían siete hijos de un tal
Esceva, sumo sacerdote judío. [15] Pero respondiendo el mal espíritu
les dijo: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo; pero vosotros,
¿quiénes sois?» [16] Y abalanzándose sobre ellos el hombre en quien
residía el mal espíritu, se adueñó de todos ellos y prevaleció contra
ellos hasta obligarlos a huir de aquella casa desnudos y maltrechos.
[17] Esto fue un caso notorio a todos los judíos y griegos que habi-
taban en Éfeso, y causó miedo a todos, con lo que se engrandecía el
nombre del Señor Jesús. [18] Y muchos de los que habían creído venían
confesando y anunciando sus prácticas supersticiosas. [19] Y bastantes
que practicaban artes mágicas, llevando sus libros, los quemaban
delante de todos, y calcularon su precio en cincuenta mil monedas
de plata. [20] Así por el poder del Señor crecía y se fortalecía su
palabra.

11 Como resultado de los prodigios extraordinarios que Pablo
12 obra en Éfeso, la gente llega a sentir una confianza sin límites en su poder de taumaturgo, hasta tal punto que se procuran todo género de ropas por él usadas, y las imponen con éxito a los enfermos y poseídos del demonio [13]. En cuanto a los dos vocablos usados aquí para determinar de qué ropas se trata, vocablos que provienen del latín, se los suele entender como expresiones que designan los paños con que se envolvía la cabeza *(sudaria)* y los delantales, o blusas, o ceñidores de trabajo *(semicinctia)*.

13 En vez de consignar en detalle algunos de esos milagros de Pablo, los Hechos narran el fallido intento de algunos exorcistas hebreos de imitar sus curaciones. Era cosa habitual en aquella época, según dice Justino (hacia el año 150), ver a esta clase de exorcistas judíos en acción [14]. Josefo recuerda el caso de un tal Eleazar, hebreo, quien en presencia del emperador Vespasiano libró a algunos posesos del espíritu maligno, valiéndose de una raíz que él pretendía

13. Cf. Act 5,15; Mc 5,27-31 par.
14. JUSTINO, *Dial.* 85.

recomendada por Salomón para tal efecto [15]. Jesús mismo habla de exorcistas hebreos [16]. Poseemos un gran número de libros de magia, escritos en griego y en copto, en los cuales se usan con frecuencia nombres del AT (especialmente nombres de Dios) en fórmulas mágicas y de exorcismos; es ésta una prueba más de la difusión que había alcanzado la magia judía. En estos escritos, al lado del nombre de Dios se encuentra también, a veces, el de Jesús; así, por ejemplo, en el gran papiro mágico de París, Z. 3018: el exorcismo suena así: «Te conjuro por el Dios de los hebreos, Jesús...»

Es evidente que los exorcistas hebreos que ejercían su profesión en Éfeso habían sido testigos de que Pablo obraba grandes prodigios en virtud del nombre de Jesús [17]. Ahora bien, ellos, partícipes como eran de la mentalidad de los antiguos magos, tenían la idea de que la eficacia de un dicho mágico guardaba proporción con el poder del nombre del dios que se invocara. Por eso, éstos (como ciertos judíos lo habían hecho en vida de Jesús) [18] intentan hacer un exorcismo utilizando su nombre, porque atribuyen a este «dios» un gran poder.

Sólo que los intentos fracasan. El espíritu maligno no se da por **15**
entendido; antes, por boca del poseso, se ríe de ellos; y el hombre,
empujado por el espíritu, se lanza con violencia sobre los exorcis- **16**
tas [19] y los deja tan maltrechos, que se ven obligados a escapar
precipitadamente de la casa. Se hace notar que los exorcistas eran **14**
hijos de Esceva, sumo sacerdote judío. Según eso, su padre pertenecía al grupo de los sumos sacerdotes del templo de Jerusalén [20]. No se conoce, sin embargo, a ningún personaje de este nombre que hubiese desempeñado el cargo de sumo sacerdote. No sería extraño, como piensan algunos intérpretes, que aquéllos pretendiesen hacerse pasar por hijos de un sumo sacerdote, para dar así más categoría a su oficio de exorcistas.

---

15. Fl. Josefo, *Ant.* viii, 2,5.
16. Mt 12,27; Lc 11,19.
17. Cf. Act 3,6.
18. Mc 9,38; Lc 9.49.
19. Cf. Mc 5,3ss.
20. Cf. el comentario a Act 4.5.

17 Su fracaso infundió a todos, fieles e infieles, un saludable temor [21].
18 Numerosos cristianos se presentan a Pablo y reconocen públicamente que también ellos han ejercitado anteriormente esas mismas prácticas u otras semejantes. Las «prácticas» que ellos declaran no son simplemente acciones pecaminosas, sino supersticiones, hechicerías y otras por el estilo. Por eso no parece que se trate en este
19 pasaje de la confesión sacramental. Muchos, además, llevan sus libros de magia, hacen de ellos una pila y le prenden fuego. Las 50 000 monedas de plata (dracmas) equivalen a casi 10 000 dólares. La observación con que concluye tiene sus pasos paralelos en 6,7; 12,24.

Proyectos de viaje de Pablo
19,21-22

[21] *Después de estas cosas, se propuso Pablo, atravesando Macedonia y Acaya, dirigirse a Jerusalén, porque se decía: «Después de estar allí, conviene que yo visite también Roma.»* [22] *Envió, pues, a Macedonia a dos de sus colaboradores, Timoteo y Erasto, y él permaneció algún tiempo en Asia.*

21 Esta noticia acerca de los planes que el Apóstol tenía para el futuro es por demás valiosa, y se ve plenamente confirmada por las epístolas. Pablo se propone ante todo atravesar Macedonia y Acaya, para visitar las comunidades que allí existen, pero sin detenerse demasiado. En 1Cor 16,2-9 escribe a aquella iglesia que piensa quedarse todavía hasta pentecostés en Éfeso, y hacer luego un viaje a través de Macedonia, sin emplear en ello mucho tiempo. En Corinto, por el contrario, tenía proyecto de pasar, si le era posible, todo el invierno.

Contra sus intenciones, sin embargo, Pablo tuvo que quedarse en Éfeso por más tiempo del que pensaba, debido a un incidente para nosotros desconocido, que puso su vida en peligro y le ocasionó un profundo dolor (2Cor 1,8-9). Los Hechos no refieren nada

21. Cf. Act 2,43; 3,10; 5,5.11.

del incidente. En cuanto al viaje de Corinto a Jerusalén, el último que hizo a la ciudad santa, lo menciona en la carta a los Romanos, escrita en Corinto poco antes de emprender el viaje (Rom 15,25). En aquella ocasión Pablo, acompañado por una delegación de sus comunidades, llevó a Jerusalén el resultado de una colecta organizada por él en favor de los pobres de esta iglesia; de tal colecta se ocupa ampliamente en sus cartas, pero los Hechos sólo la mencionan de paso en 24,17 [22]. Del envío de Timoteo a Corinto se 22
habla en 1Cor 4,17; 16,10. Es indudable que éste pasó por Macedonia, ya que a Corinto no pudo llegar hasta después de recibida 1Cor.

El motín de los plateros, acaudillados por Demetrio 19,23-40

[23] *Sobrevino en aquella ocasión un contratiempo no pequeño al camino.* [24] *Porque un tal Demetrio, platero, que fabricaba templetes de Artémide en plata, procuraba a los artesanos una respetable ganancia.* [25] *Reunió, pues, a éstos y a todos los que trabajaban en oficios similares y les dijo: «Compañeros, bien sabéis que en esta ganancia se funda nuestro bienestar,* [26] *y estáis viendo y oyendo cómo este Pablo ha convencido y seducido a una gran muchedumbre, no sólo de Éfeso sino de casi toda Asia, diciendo que no son dioses los que se hacen a mano;* [27] *y esto no sólo entraña el peligro de que se vaya a pique nuestro negocio, sino también el de que sea estimado en nada el santuario de la gran diosa Artémide, y esté a punto de ser privada de su majestad aquella a quien toda el Asia y el mundo venera.* [28] *Al oir esto, enardecidos, comenzaron a gritar: «Grande es la Artémide de los efesios.»* [29] *Se llenó de confusión la ciudad y todos a una se precipitaron en el teatro, arrastrando a los macedonios Gayo y Aristarco que eran compañeros de viaje de Pablo.* [30] *Quería Pablo meterse entre la gente, pero no le dejaban*

22. De que ya durante el tiempo de su actividad en Éfeso tuviese la intención de ir más tarde a Roma, nos consta por lo que él mismo dice en Rom 1,13; 15,23.

los discípulos. [31] *Algunos de los asiarcas, que eran amigos suyos, le mandaron aviso de que no se presentara en el teatro.* [32] *Cada uno gritaba una cosa distinta. Porque estaba revuelta la asamblea y los más no sabían por qué se hallaban reunidos.* [33] *De entre la turba persuadieron a un tal Alejandro, al que empujaban los judíos. Alejandro, pues, imponiendo silencio con la mano, intentaba defenderse ante el pueblo,* [34] *pero al caer en la cuenta de que era judío, se produjo un griterío unánime que clamó por espacio de dos horas: «¡Grande es la Artémide de los efesios!»* [35] *Acalló a la multitud el escriba diciendo: «Ciudadanos de Éfeso, ¿qué hombre puede ignorar que la ciudad de Éfeso es la guardiana del templo de la gran Artémide y de su imagen bajada del cielo?* [36] *Siendo esto incontrovertible, conviene que os tranquilicéis y no hagáis nada precipitadamente;* [37] *porque habéis traído a unos hombres que ni son sacrílegos ni blasfemos contra nuestra diosa;* [38] *que si Demetrio y sus compañeros artífices tienen algo contra alguien, hay audiencias y procónsules: entablen proceso unos contra otros.* [39] *Y si algo más deseáis, en asamblea legal se debe resolver;* [40] *si no, corremos peligro de ser culpados de sedición por lo de hoy, no habiendo razón alguna por la cual podamos justificar este motín. Y diciendo esto, disolvió la reunión.»*

23 Según 20,1, el motín de los plateros surge cuando el Apóstol
24 está para terminar su actividad en Éfeso. El instigador es el platero Demetrio, que debía ser el dueño o el jefe de algún gran establecimiento donde se modelaban, en plata, pequeños templos de Artémide, es decir, reproducciones del famosísimo templo de Artémide
25 en Éfeso, o de la estatua de la diosa que allí se veneraba. En aquel establecimiento hallaban trabajo numerosos artesanos u obreros. Un buen día, Demetrio los convoca, y con ellos a «todos los que trabajaban en oficios similares». Estos últimos deben ser todas las personas cuya actividad depende en una u otra forma de su indus-
26 tria o, en general, del culto a Artémide. Les hace ver cómo la industria con que obtienen sus ganancias se está arruinando ante los éxitos de la predicación de Pablo, el cual engaña a la gente afirmando que los ídolos hechos por mano de hombre no son ver-

daderos dioses [23]. La gente sencilla de la antigüedad identificaba ingenuamente a la divinidad con el ídolo correspondiente. Debió ser considerable el número de fieles que Pablo conquistó en Éfeso, como también en otras ciudades del Asia Menor, cuando el negocio de los objetos de devoción se resintió por causa de su actividad.

De igual modo en Bitinia, algunos decenios más tarde, la fuerte expansión del cristianismo trajo por consecuencia que hasta cierto punto los templos quedaran casi vacíos, y la carne de los sacrificios no hallase ya compradores; tal resulta de una carta enviada en 112 a Trajano por Plinio el Joven [24], procónsul de aquella provincia. Pero Demetrio no piensa exclusivamente en el aspecto económico, 27
sino además en el honor y en la fama de la gran Artémide. Su templo, meta de numerosas peregrinaciones, corre el riesgo de caer en el desprecio, y hasta la reputación de la misma diosa está seriamente comprometida. Como era de esperarse, su enardecida arenga halla eco inmediato en sus compañeros de profesión. Éstos empiezan a gritar con todas sus fuerzas, y el griterío se prolonga por cierto tiempo (cf. v. 34): «Grande es la Artémide de los efesios.» Repitiendo incansables las mismas palabras, debieron invadir luego las calles y las plazas, logrando así revolucionar la ciudad. Este género de aclamaciones a los dioses era de uso común en la antigüedad [25].

La Artémide de Éfeso.

Objeto principal del culto en Éfeso era la diosa Artémide, la cual, sin embargo, no es la misma. Artémide griega (= Diana); con ésta sólo tiene en común el nombre. Bajo el nombre de «Artémide de Éfeso» se oculta una diosa oriental de la fecundidad, venerada desde tiempos antiguos en el Asia Menor, y cuyo nombre original nos es desconocido. El ídolo representa a la diosa con muchos senos por todo el busto, y con la cabeza coronada de torres (lo que la da a conocer como diosa de la ciudad); detrás de la cabeza,

23. Cf. el comentario a Act 17,29.

24. PLINIO EL JOVEN, X, 96.

25. Recuérdese, por ejemplo, aquel «Grande es Asclepio», en ELIO ARÍSTIDES II, 33; § 21, y «¡Grande eres, oh Bel!» en Dan 14,17.

un disco (la luna, señal de que se trata de una divinidad lunar). Estatuas de este género se han conservado en gran número (p.ej. en Roma y en Nápoles). Cabeza, manos y pies están, por lo general, talladas en madera de ébano.

El templo de Artémide (el *Artemisium)* se encontraba en las afueras de la ciudad, en dirección nordeste. Era una gigantesca y sólida construcción de 133 metros de larga por 69 de ancha; el techo descansaba sobre 128 columnas de 19 metros de altura. El templo pasaba por ser una de las siete maravillas del mundo. Había sido construido poco después de 356, una vez que, precisamente en este año, Erostrato había prendido fuego a la antigua construcción. El título de «la *gran* diosa Artemisa» (19,27.35) se encuentra también en inscripciones. A juzgar por 19,35, los efesios pensaban que el ídolo había bajado del cielo. La antigüedad greco-romana conocía gran número de estatuas «venidas del cielo» (así, entre otras, la de la gran madre de los dioses, Cibeles, en Pesinunte, en Frigia). Lo que Demetrio dice en 19,27, de la enorme difusión que había alcanzado el culto de la Artémide efesina no es exageración. En efecto, hasta donde podemos basarnos en testimonios de los antiguos, la diosa contaba con no pocos adoradores entre los griegos como entre los bárbaros, y un templo en numerosas ciudades.

Los pequeños templos de plata no eran reproducciones en miniatura del grande y espléndido templo de Artémide, sino imitaciones de la estatua, colocadas en un nicho o marco arquitectónico, que hasta cierto punto reproducía la fachada del templo. Poseemos, proveniente de los alrededores de Éfeso o de Esmirna, un relieve de Cibeles en terracota, que representa a la diosa en un nicho, o capillita. Miniaturas del templo de Artémide, en plata o en cualquier otro material, no se han encontrado hasta el presente. Las inscripciones del templo hablan, sin embargo, de «templos» en plata y en oro, de un peso medio de 3 a 7 libras, en que se reproducía la figura de Artémide. Imitaciones semejantes, en metal noble o en terracota, de santuarios o de ídolos famosos, eran muy frecuentes en la antigüedad y se empleaban para obsequios sagrados o como recuerdos de peregrinación.

Según el v. 35, Éfeso era la «guardiana del templo» *(neokoros)*

de la gran Artémide. También de este título hay testimonios en las inscripciones. De gran importancia fue en Asia Menor el «neocorato» de los innumerables templos del emperador, que se concedía y renovaba por decreto del senado. También a Éfeso se le había otorgado el título, siendo como era sede de un templo del emperador.

Toda la población se precipita ahora al teatro, donde, conforme **29**
lo testifican las inscripciones, se convocaban las asambleas populares. Las ruinas de este teatro fueron descubiertas recientemente. En sus 66 hileras de asientos daba cabida a 24 500 espectadores. En medio de gran alboroto, la gente arrastra consigo a dos compañeros de viaje de Pablo, ambos macedonios, Gayo y Aristarco (oriundo este último de Tesalónica, 20,4); es indudable que
los habían secuestrado por la calle. Pablo ha debido tener rápida **30**
noticia de que el tumulto estaba dirigido contra él y su predicación, y quiere hacerse presente en el teatro para dirigirse personalmente al pueblo. Pero los cristianos lo retienen, y con toda razón; en efecto, una vez que las masas han sido azuzadas hasta el fanatismo, sobre todo en oriente, son incapaces de prestar oídos a argumentos y discursos amistosos. Incluso algunos de los asiarcas, que simpatizaban con él, le hacen llegar una advertencia en este sentido.

Según la opinión más aceptada, el asiarca (mencionado también **31**
en inscripciones) se identifica con el sumo sacerdote de la provincia de Asia. A él le competía presidir la asamblea de la provincia, que se reunía cada año en otoño, y en su calidad de sumo sacerdote debía velar por el culto del emperador y por los juegos públicos que con tal fin se celebraban. Su cargo, que demandaba ingentes gastos, tenía la duración de un año; pero, como conservaba el título aun después de cesar en sus funciones, era factible que hubiese varios asiarcas.

En el teatro, la algarabía llega al colmo. El v. 33, de interpreta- **32-33**
ción incierta («persuadieron»: quizá acerca de cuál era el objeto del tumulto) parece querer decir que el judío Alejandro intentó hablar en favor de los de su raza y explicar que Pablo no formaba parte de la comunidad judía; creía necesario hacer esta aclaración,

para evitar que el motín fuese a parar en una persecución abierta
34 contra los judíos. Pero la multitud exaltada, así que lo reconoce
como judío (por el porte o por el modo de expresarse), le impide
35 hablar, y a gritos lo hace desistir de su intento. A la postre, el
secretario o escriba de la ciudad logra restablecer la calma entre
la multitud, que, a fuerza de gritar, debía estar ya cansada. Este
escriba era, en Éfeso, un alto magistrado. En las constituciones de
las ciudades de Asia Menor, el «escriba» es, por lo general, junta-
mente con los «estrategas», depositario de la autoridad.

El escriba comienza por confesar, delante de la multitud, su
solicitud por el honor de la diosa: desde el momento en que la
ciudad sea la guardiana del templo de Artémide, cosa que todos
36 saben, la guarda de su honor está en buenas manos. En consecuen-
cia, es deber nuestro conservar la calma; no podemos lanzarnos a
tomar decisiones precipitadas, que bien podrían costarnos caras.
Es evidente que él piensa en posibles agresiones contra ciertas per-
37 sonas, e incluso en una persecución contra los hebreos. En seguida
hace ver a la multitud que esos dos hombres que han arrastrado
hasta el teatro no se han hecho culpables de ningún delito contra la
diosa, que justifique semejante proceder. El hurto sacrílego no era
raro en la antigüedad (Rom 2,22).

38 Naturalmente, el escriba sabe cuál es el verdadero motivo del
tumulto. Pero en ese caso, dice, están los tribunales competentes.
Para ejercer el poder judicial de que estaba investido, el procónsul
de una provincia convocaba, directamente o por medio de repre-
sentantes, asambleas forenses; tales asambleas tenían lugar cada
año en determinadas localidades de los diversos circuitos judiciales.
En la provincia de Asia, las ciudades destinadas para sede del tri-
bunal eran Éfeso, Pérgamo, Esmirna, Tralles y Samos. Pero, con-
tinúa el escriba, los asuntos que no caen bajo la competencia del
tribunal del procónsul deben tratarse en una asamblea del pueblo,
39 a condición de que se proceda de acuerdo con la ley. Una asamblea
del pueblo es legal cuando se hace en el tiempo fijado, o, si es
extraordinaria, cuando es convocada por la autoridad romana.
40 Y dado que esta asamblea no tiene tal carácter, corremos el riesgo
de ser acusados de sediciosos por la autoridad romana a causa

de este tumulto, y eso podría acarrear consecuencias graves para la ciudad (la supresión o la limitación de los derechos ciudadanos) no menos que para los particulares (severos castigos contra los culpables). De hecho, no se podía alegar ninguna razón que justificase una asamblea de carácter multitudinario como aquélla.

Sección segunda: PABLO, VÍCTIMA DE SU ACTIVIDAD MISIONERA SU TESTIMONIO DE CRISTO EN CALIDAD DE PRISIONERO 20,1-28,31

1. *Último viaje a Jerusalén: obscuros presentimientos y profecías* 20,1-21,14

De Éfeso a Corinto, pasando por Macedonia 20,1-4

[1] *Después de serenada la revuelta, Pablo hizo buscar a los discípulos para exhortarlos, los saludó y marchó con dirección a Macedonia.* [2] *Pasó por aquellas regiones y les hizo largas exhortaciones, y así llegó a Grecia.* [3] *Tres meses llevaba allí, cuando ante las insidias tramadas por los judíos contra su proyecto de embarcar para Siria, tomó la determinación de volver por Macedonia.* [4] *Le acompañaba Sópatro, hijo de Pirro, natural de Berea; los tesalonicenses Aristarco y Segundo, Gayo, que era de Derbe, y Tíquico y Trófimo, de Asia.*

1 Pablo se aleja ahora de Éfeso para emprender el proyectado viaje a Macedonia (19,21). Ya antes ha enviado a Tito para Corinto, confiándole al mismo tiempo una carta (la llamada «carta de las lágrimas», cf. 2Cor 2,4) y la consigna de regresar por Macedonia, de forma que pudieran encontrarse en Tróade. Tenía la intención de trabajar aquí por algún tiempo. Pero al llegar a Tróade y no encontrar a Tito, y después de esperarlo allí inútilmente por varios días, le asalta la preocupación de que en Corinto hubiesen surgido dificultades inesperadas que lo obligasen a retrasar el viaje; esta idea lo intranquiliza. Se apresura entonces a pasar a Macedonia, donde efectivamente lo encuentra (de seguro en Filipos); de allí lo

envía de nuevo a Corinto con otra carta, nuestra 2Cor [1]. Por 1Cor 16,8 sabemos que Pablo tenía la intención de salir de Éfeso pasado pentecostés; pero, dado que a Corinto no llega sino a fines del año (20,3), se impone pensar que la partida de Éfeso se retrasó considerablemente [2]. Basándose en Rom 15,19, algunos comentaristas suponen que Pablo viajó de Macedonia a Corinto haciendo un rodeo por Iliria, en dirección oeste, hasta Durazzo, y de allí hacia el sur, pasando por Nicópolis [3].

En Grecia pasa tres meses (el invierno); la mayor parte de **2**
ellos, seguramente, en Corinto (1Cor 16,6). Allí compone la carta **3**
a los Romanos [4]. Al reanudarse la navegación, en primavera (cf. 27,9), piensa navegar de Cencreas a Siria, pero, sabedor de una conjura que los judíos urden contra él, cambia de itinerario y se encamina de nuevo a Tróade, pasando por Macedonia; de ahí, costeando el Asia Menor, llega a Pátara, desde donde alcanza la costa fenicia. En relación con esta conjura, carecemos de datos precisos. Puede ser que los judíos tuviesen el plan de asesinarlo en el momento de embarcarse, o bien durante el viaje, dado que en la misma nave harían el recorrido muchos peregrinos con rumbo a Jerusalén para la fiesta de pentecostés.

Desde Corinto, le hacen compañía siete cristianos, recordados **4**
aquí con nombre y lugar de origen. Se supone comúnmente que éstos eran los delegados de las iglesias, encargados de llevar con Pablo a Jerusalén el resultado de las colectas [5]. Es de notar que Corinto no está representada. Es posible que ésta hubiese enviado separadamente su ofrenda a Jerusalén [6]. Sópatro es, quizás, el mismo Sosípatro de Rom 16,21; Aristarco (19,29) acompañará a Pablo hasta Roma [7]. Según el llamado texto occidental, Gayo era oriundo no de Derbe, sino de Dóbero, en Macedonia (entre Tesa-

1. Cf. 2,13-14; 7,5ss; 8,6.16ss.
2. Véase el comentario a Act 19,21.
3. Cf. Tit 3,12.
4. Rom 15,25ss; 16,1.
5. Cf. 1Cor 16,3; 2Cor 8,19.23; 9,4.
6. Cf. 1Cor 16,3-4.
7. Act 27,2; cf. Col 4,10; Flm 24.

lónica y Anfípolis); esta noticia concuerda bien con 19,29. Trófimo es efesino [8]; Tíquico es mencionado en Ef 6,21; Col 4,7; 2Tim 4,12; Tit 3,12.

De Filipos a Mileto, pasando por Tróade
20,5-16

[5] *Éstos, adelantándose, nos esperaban en Tróade.* [6] *Nosotros embarcamos en Filipos, pasadas las fiestas de los ácimos, y sólo cinco días después los alcanzamos en Tróade, donde nos detuvimos siete días.*

[7] *Congregados el primer día de la semana para la fracción del pan, Pablo, que pensaba marchar al día siguiente, se puso a hablarles y alargó la plática hasta la mediā noche.* [8] *Había muchas lámparas en la estancia superior donde nos hallábamos reunidos.* [9] *Y un muchacho, llamado Eutico, que estaba sentado sobre la ventana, presa de profundo sueño al prolongar Pablo su discurso, cayó vencido por el sueño desde el tercer piso abajo y fue recogido muerto.* [10] *Bajó Pablo, se echó sobre él y tomándolo en brazos dijo: «No os preocupéis. Su alma alienta dentro de él.»* [11] *Subió de nuevo, partió el pan, lo comió, continuó platicando bastante más hasta el alba, y por fin se fue.* [12] *Luego trajeron al muchacho vivo, de lo que recibieron no poco consuelo.*

[13] *Nosotros, adelantándonos en barco, navegamos hacia Aso con intención de recoger allí a Pablo, porque así lo había dispuesto él, que quería hacer el viaje a pie.* [14] *Cuando nos alcanzó en Aso, lo tomamos a bordo y llegamos a Mitilene.* [15] *Desde allí navegando pasamos, al día siguiente, frente a Quíos; al otro, cruzamos hasta Samos, y, al siguiente, [después de habernos detenido en Trogilio,] arribamos a Mileto.* [16] *Había decidido Pablo pasar de largo en Éfeso para no verse obligado a detenerse en Asia, pues tenía prisa por estar en Jerusalén, si le fuera posible, para el día de pentecostés.*

5 Mientras los siete compañeros de Pablo nombrados en 20,4
6 se le adelantan hasta Tróade (cf. 18,6), donde anteriormente Pablo

8. Act 21,29; cf. Tim 4,20.

había hecho una fructuosa labor de pocos días [9], el Apóstol se queda durante la pascua judía (es decir, durante los siete días de los panes ácimos) en su comunidad predilecta de Filipos, para celebrar la fiesta en su compañía. De nuevo cambia aquí la narración a la primera persona del plural, «nosotros», lo que significa que de Filipos en adelante, Lucas, autor de los Hechos, vuelve a formar parte del grupo que acompaña a Pablo.

De los siete días de ministerio del Apóstol en Tróade, se re- **7**
cuerda tan sólo el servicio litúrgico que presidió allí la noche anterior a su partida, y aun este recuerdo se conserva a causa del accidente ocurrido en aquella ocasión. Expresamente se dice que esta reunión «para la fracción del pan» se tenía el primer día de la semana, es decir, el domingo. En 1Cor 16,2, Pablo exhorta a los corintios a que todos los primeros días de la semana separen alguna cosa para contribuir a la colecta en favor de los pobres de Jerusalén. Con esto se ve que ya entonces era el domingo el día festivo de los cristianos [10].

La circunstancia de que Pablo haya hecho una plática tan larga permite concluir que en aquella reunión nocturna de Tróade no se trataba simplemente de un banquete de despedida, sino de una verdadera celebración litúrgica. La fracción del pan, celebrada en **11**
esta oportunidad (v. 7.11), está, por lo general, puesta en relación con la cena eucarística. Es verdad que el texto no lo dice explícitamente [11], pero es verosímil que al banquete estuviese unida también la celebración de la sagrada eucaristía [12]. La celebración comienza al iniciarse el domingo, que, según el cómputo judío, empieza en la tarde del sábado.

Pablo prolonga su discurso hasta la media noche, y el joven **9**
Eutico se duerme profundamente y se desploma desde la ventana.

---

9. 2Cor 2,12; cf. el comentario a Act 20,1.

10. El nombre de «domingo» o «día del Señor» se le da en Ap 1,10; *Doctrina de los doce apóstoles* 14,1; IGNACIO, *Magn.* 9,1. Ateniéndonos al testimonio explícito de la *Carta de Bernabé* (15,9), en este día se celebraba el misterio de la resurrección del Señor.

11. Cf. supra, p. 85.

12. Como en el caso de 1Cor 11,23ss

Los presentes parecen no haberse dado cuenta de que se estaba
8 quedando dormido. Es natural que las muchas lámparas que había en la sala de reunión calentaran e hicieran pesado el aire, provocando así el sueño del joven. Indudablemente, una caída desde el tercer piso es de suyo mortal en la mayor parte de los casos. Pero el texto no permite afirmar con certeza si Eutico estaba realmente muerto y Pablo le devolvió la vida, o si sólo había quedado
10 inconsciente, creyendo todos que estuviese muerto. En el primer caso, que parece el más probable, Pablo querría decir en el v. 10 que el joven recobraría la vida [13].

13 Aso es una ciudad costera, al sur de Tróade. El camino por tierra desde esta última ciudad es más corto (no pasa de 40 kiló-
14 metros) que por vía marítima, en donde hay que bordear un promontorio. De aquí se prosigue el viaje en dirección de Mitilene, en la isla de Lesbos; luego, un poco hacia el oeste, rumbo a Quíos;
15 después a Samos, al sudeste; pasada esta isla atracan en Mileto, donde la nave hace alto por dos o tres días. Mileto, la antigua capital de Jonia, se levanta cerca del mar, al sur de la desembocadura del Meandro. Pablo, queriendo hallarse en Jerusalén por
16 pentecostés, tiene que renunciar a hacer visita a Éfeso. Pero no resiste a la necesidad de ponerse una vez más en contacto con la comunidad de la cual se alejó casi un año antes, después de desarrollar en ella una actividad larga y fecunda, y por eso desde Mileto manda llamar a los presbíteros de Éfeso (v. 17).

El discurso de despedida en Mileto
20,17-38

17 *Desde Mileto envió a Éfeso a buscar a los presbíteros de la*
Iglesia. 18 *Y cuando llegaron a él, les dijo:*
«Vosotros sabéis muy bien cómo me he portado con vosotros
todo el tiempo desde el primer día que puse el pie en Asia, 19 *sirviendo*
al Señor con toda humildad y en medio de lágrimas y adversidades

13. Cf. Act 9,40; 1Re 17,21; 2Re 4,34.

ocasionadas por las insidias de los judíos; [20] *cómo nada omití que os fuera de provecho ni por nada dejé de predicaros e instruiros públicamente y casa por casa,* [21] *anunciando solemnemente a judíos y griegos la conversión a Dios y la fe en nuestro Señor Jesús.* [22] *Y ahora encadenado por el Espíritu, voy camino de Jerusalén sin saber lo que en ella me sucederá,* [23] *fuera de que el Espíritu Santo en cada ciudad me va anunciando que me esperan cadenas y tribulaciones.* [24] *Pero yo en nada estimo la vida, que sólo me será preciosa cuando termine mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús de anunciar la buena nueva de la gracia de Dios.* [25] *Ahora bien: yo sé que no veréis más mi rostro vosotros todos a los que pasé predicando el reino.* [26] *Por ello quiero deciros solemnemente que estoy limpio de la sangre de todos,* [27] *porque no rehusé anunciaros el designio completo de Dios sobre vosotros.* [28] *Mirad por vosotros mismos y por toda la grey en la cual el Espíritu Santo os ha constituido en obispos para apacentar la Iglesia de Dios que él adquirió con su propia sangre.* [29] *Sé que, después de mi marcha, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño,* [30] *y de entre vosotros mismos surgirán hombres que enseñarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí.* [31] *Así pues, vigilad recordando que a lo largo de tres años noche y día no cesé de aconsejar con lágrimas a cada uno en particular.* [32] *Y ahora os dejo encomendados al Señor y a la palabra de su gracia que tiene poder para edificar y conceder la herencia a todos los santificados.* [33] *Plata, ni oro, ni vestidos de nadie codicié.* [34] *Vosotros mismos sabéis que a mis necesidades y a las de aquellos que estaban conmigo suministraron estas manos.* [35] *En todo procuré enseñaros con mi ejemplo que así, con fatigas, hay que socorrer a los necesitados y recordar las palabras de Señor Jesús que dijo: "Mayor dicha es dar que recibir".»*

[36] *Y dicho esto, doblando sus rodillas con todos ellos, se puso a orar.* [37] *Y hubo llanto por parte de todos y, arrojándose a su cuello, le besaban,* [38] *entristecidos sobre todo por lo que había dicho de que ya no volverían a ver su rostro. Y le acompañaron hasta el barco.*

El discurso a los presbíteros de Éfeso es, después de los dos referidos en 13,16ss y 17,22ss, el tercero de san Pablo que los Hechos consignan por extenso. Conformándose a la situación, es un discurso estrictamente personal, y nos permite echar una mirada a lo íntimo del corazón del gran Apóstol. No hay en todo el libro otro pasaje que presente el carácter de Pablo en forma tan conmovedora como lo hace él mismo en esta ocasión. Sólo en sus cartas se puede hallar algo semejante. Si se tiene en cuenta que este discurso es parte de una sección en primera persona plural, fuerza es concluir que Lucas estaba presente, y que lo conservaba entre sus notas personales.

18 El Apóstol comienza con un breve recuento del *pasado* (versículos 18-21). Recuerda a los presbíteros que todo el tiempo de su ministerio en Asia Menor occidental lo pasó entre ellos. Por eso, mientras estuvo en Éfeso no quiso emprender ningún viaje de misión propiamente tal, que le hubiese exigido estar ausente de ellos por tiempo considerable. Las iglesias de Colosas, Laodicea
19 y Hierápolis fueron fundadas por discípulos del Apóstol[14]. En medio de grandes dificultades, pero con una entrega total de sí mismo, llevó adelante su ministerio en Éfeso, enseñando no sólo
20 en público, sino hasta en las casas particulares. De la humildad habla también en Ef 4,2; Flp 2,3; de sus lágrimas, en 2Cor 2,4. Los grandes adversarios de su obra fueron los judíos incrédulos, los mismos que también en Jerusalén azuzaron a sus compatriotas
21 contra el Apóstol y quisieron eliminarlo[15]. Objeto de su predicación ha sido, según sus propias palabras, la penitencia, o cambio de mentalidad y de conducta, que lleva a Dios, y la fe en Jesús como Señor[16].

22 A continuación, vuelve la mirada hacia el *presente* (v. 22-24), o sea hacia su viaje a Jerusalén. Si lo hace, no es efecto de una decisión tomada a la ligera; se vio precisado a ello para obedecer
23 a una voz interna, al Espíritu (19,21). Cuál será allí su suerte, no lo sabe en detalle; pero su alma está llena de obscuros presenti-

14. Cf. Col 1,6ss; 4,13.
15. Act 21,27-28; cf. también 2Cor 1,8-9.
16. Cf. Act 17,30-31; 1Tes 1,9-10.

mientos. Efectivamente, en cada escala de su viaje el Espíritu Santo
le anuncia, por boca de cristianos que poseen el carisma profético,
que allí lo esperan cadenas y tribulaciones [17]. Pero declara inme- **24**
diatamente que el aprecio que siente por la vida no es suficiente a
frenarlo en su carrera (2Tim 4,7) ni a impedirle llevar a término la
misión recibida del Señor, de anunciar el evangelio de Dios, que ha
querido compadecerse de los hombres [18]. Ya al tiempo de escribir
la carta a los Romanos, hacia el final de su última estancia en
Corinto, lo angustiaba la preocupación de lo que sería el viaje a
Jerusalén (15,30-31).

Y ahora, Pablo mira hacia el *futuro* (v. 25-31). Tiene la con- **25**
vicción de que nunca más volverá a ver a los efesios, y por eso **26-27**
protesta solemnemente que en Éfeso cumplió íntegramente su deber,
y que, en caso de que alguno se vea excluido de la salvación, no
tiene derecho a culparlo de su desgracia [19]. Él, en efecto, anunció
sin reservas todo el designio de Dios, e instruyó con toda seriedad
acerca del juicio a que serán sometidos los impenitentes y los
incrédulos. Encarece además a los presbíteros que vigilen concien- **28**
zudamente sobre sí mismos y sobre el rebaño a ellos confiado, y
lo protejan de los lobos rapaces (los herejes) que irrumpirán en medio **29-30**
de él, o de los seductores que surgirán de entre sus propias filas.
Voces de alerta contra los herejes, que representan un grave peligro
para las comunidades, son frecuentes en las cartas del Apóstol [20].
Jesús mismo los había descrito como lobos que se lanzan a devorar
el rebaño (Mt 7,15).

En la época en que escribió la carta a los Romanos [21], Pablo,
no obstante ciertos temores y presentimientos, abrigaba aún la firme
esperanza de poder viajar a Roma, y de ahí a España (Rom 15,24ss).
Sus previsiones son ahora mucho más pesimistas. Piensa, cuando **25**
menos, que nunca volverá a Éfeso. No puede ser optimista ante

---

17. En 21,4.10-11 concretan más esta noticia.
18. Rom 3,24; 5,15.17.
19. Cf. el comentario a Act 18,6.
20. Por ejemplo, Rom 16,17-18; 2Cor 11,13-15; Col 2,4-8; Flp 3,18-19; Ef 4,14; 1Tim 1,18-20; 4,1-11; cf. también 1Jn 2,18-27; 4,1-6.
21. Cf. el comentario a Act 20,2.

las insidias que los judíos le tendieron en ocasión del viaje proyectado (20,3), y ante lo que oye de boca de los profetas durante el viaje, cada vez que hace alto en algún sitio. No obstante estas previsiones, las cartas pastorales nos dan la certeza de que Pablo pudo volver más tarde a Éfeso, y que dejó allí a Timoteo (1Tim 1,3). Debemos pensar, en consecuencia, que en el v. 25 se trata de un desahogo de los angustiosos presentimientos del Apóstol; sólo que tales presentimientos, en cuanto le indicaban que no volvería a Éfeso, fallaron.

28 El v. 28 es de gran importancia teológica. Dice aquí Pablo a los presbíteros, que el Espíritu Santo [22] los constituyó en «obispos» *(episcopoi* = guardianes, vigilantes). Con estas palabras quiere expresar que fue el Espíritu Santo quien los llamó al cargo que ocupan en la comunidad, y que por él fueron investidos de los poderes y gracias necesarios para su cabal cumplimiento. Pablo, es cierto, los instaló en sus respectivas funciones, como antes lo había hecho con otros en Galacia del sur (14,23), aunque aquí no se diga nada expresamente al respecto; pero fue el Espíritu Santo quien los proveyó de la gracia de estado y, quizá también, en el momento de confiarles el cargo por manos del Apóstol, manifestó su voluntad de que fueran precisamente éstos los escogidos para ser «obispos»; tal manifestación pudo hacerse a través de fieles que poseían el Espíritu, o por cualquier otro medio sobrenatural. La gracia de estado la confiere el Espíritu Santo, pero, cuando se trata de funciones puramente carismáticas [23], la colación de esta gracia es inseparable de la imposición de manos con que los apóstoles les hacen entrega del cargo [24]. Estos presbíteros recibieron la misión de apacentar la comunidad de Dios. Podría, pues, llamárseles «pastores», título que efectivamente se da en Ef 4,11 a los miembros de la jerarquía. Cuán estrecha sea la relación que existe entre las expresiones «obispo» *(episkopos)* y «pastor», se ve por 1Pe 2,25 (donde *episkopos* se traduce por «guardián»); 5,2.

Los presbíteros de Éfeso, a quienes Pablo llama aquí obispos,

22. Cf. 1Cor 12,28; Ef 4,11.
23. Como es el caso de los apóstoles, profetas y doctores, 1Cor 12,28.
24. Act 14,23; Tit 1,5; 1Tim 1,18; 4,14; 5,22; 2Tim 1,6.

no eran obispos en el sentido que el término llegó a tener más tarde (los llamados obispos monárquicos), sino jefes de las comunidades locales, que ejercían su oficio colegialmente. Por esa época, «obispo» no era aún un título definido para designar un cargo [25]. En nuestro pasaje, el término designa el oficio o ministerio propio de los presbíteros. Refiriéndose a la comunidad (o Iglesia) de Dios, Pablo dice que Dios la adquirió al precio de su propia sangre. Siendo evidente que no puede tratarse de la sangre de Dios Padre, Cristo es llamado aquí *formalmente* Dios. Pero como, por otra parte, los Hechos no dan nunca este nombre a Cristo, ni en ninguna parte del NT se habla de «la sangre de Dios», muchos intérpretes sostienen que la forma primitiva del texto era esta otra, apoyada también por buenos testimonios: «la Iglesia del Señor (= Cristo)». No se oculta, sin embargo, la posibilidad de que esta segunda forma sea más bien una corrección del texto, considerado difícil de entender. Que Cristo, según la doctrina del NT, es el Hijo de Dios por naturaleza, está fuera de discusión.

Otros comentaristas optan por la variante «la Iglesia de Dios», transmitida por los textos más antiguos y autorizados, y traducen la proposición incidental en esta forma: «... que él adquirió con la sangre de su propio (= unigénito [Hijo])». En apoyo de esta interpretación se puede aducir que en otros pasajes del NT [26], la comunidad de los salvados es llamada, con expresión tomada del AT (Is 43,20-21), propiedad de Dios (Padre).

Otros, en fin, piensan que entender «su propio» como dicho del Hijo, huele un poco a artificio, y dicen: en el NT la acción del Padre («Dios») y la del Hijo están tan estrechamente ligadas [27], que el pensamiento se desliza inadvertidamente de la una a la otra persona, sin que en realidad se pueda hablar de un cambio (Dupont) [28].

---

25. Se encuentra igualmente en Flp 1,1 y en 1Tim 3,2; Tit 1,7, pero tampoco en estos textos tiene el sentido que se le da en la actualidad.

26. Ef 1,14; 1Pe 2,9.

27. Cf. Rom 8,31-19.

28. Buenos paralelos de la verdad expresada en el v. 28 se hallan en Ef 5,25-27; Heb 9,12-14; 13,12.

32 Como *conclusión*, Pablo encomienda los presbíteros a Dios y a la palabra de su gracia, es decir, al evangelio. El evangelio es, en efecto, una fuerza capaz de estimular a los fieles a la vida cristiana y de procurarles la salvación eterna [29]. La metáfora de «edificar» designa aquí el incremento del desarrollo espiritual [30]. La herencia de que se habla es la herencia eterna, que Dios concede a los elegidos en la sociedad de «todos los santificados»; estas palabras son una alusión a Dt 33,3, donde, sin embargo, los santificados son los miembros del pueblo de Israel [31]. Les recuerda luego el total desinterés con que él ejerció su apostolado entre ellos, y se lo propone como modelo.
34 Nunca exigió paga de ninguna clase por su actividad, sino que fueron sus propias manos las que le procuraron el sustento, así a él como a sus compañeros [32].
35 Ha mostrado así, con su ejemplo, a los efesios cómo en el heraldo del Evangelio se ha de hallar, no la actitud egoísta de quien recibe, sino una solícita preocupación por prestar ayuda a los indigentes, aunque para ello tenga que echar mano de su propio trabajo [33]. Para fundamentar este principio, apela a una sentencia de Jesús, que los evangelios no conservaron. Cuando *1 Clem.* 2,1 hace este elogio a los corintios: «Vosotros os sentiríais más contentos de dar que de recibir», alude evidentemente a esta sentencia del Señor [34]. Se ha conservado de Epicuro una máxima parecida: «Hacer el bien es no sólo más bello, sino también causa mayor felicidad que recibirlo» [35].También Séneca dice: «Quien se siente más feliz de recibir que de hacer un beneficio, está equivocado» [36].
36-38 A una oración en común (cf. 21,5) sigue la despedida más conmovedora (cf. 21,12-14). Los presbíteros, bañados en lágrimas, se

---

29. Rom 1,16; 1Cor 1,24.
30. Cf. Act 9,31; 1Cor 14,3-6; 2Cor 12,19; Ef 4,12-16.29.
31. Cf. Act 28,18; Ef 1,18; Col 1,12.
32 Cf. el comentario a Act 16,15 y 18,2.
33. 1Cor 4,12; 9,15; 2Tes 3,8.
34. Cf. también *Doctrina de los doce apóstoles* 1,5; *Pastor de Hermas*, Mandamiento II, 5.
35. PLUTARCO, *Mor.*, p. 778 C.
36. SÉNECA, *Ep.* 81,17

echan al cuello del Apóstol, a quien no volverán a ver, y lo besan. El beso fraternal era de uso común entre los cristianos [37].

De Mileto a Cesarea
21,1-14

1 Cuando logramos arrancarnos de ellos haciéndonos a la mar,
llegamos rápidos a Cos, y al siguiente día a Rodas y de allí a Pátara.
2 Encontramos una nave que hacía la travesía a Fenicia y subiendo
en ella nos hicimos a la mar. 3 Avistamos Chipre y, dejándola a la
izquierda, navegábamos hacia Siria hasta que llegamos a Tiro, donde
la nave tenía que descargar su mercancía. 4 Habiendo hallado a los
discípulos, permanecimos allí siete días; ellos le decían a Pablo por
inspiración del Espíritu que no subiera a Jerusalén. 5 Cuando se nos
acabaron los días, emprendimos la marcha acompañándonos todos
con sus mujeres e hijos hasta fuera de la ciudad, y de rodillas sobre
la playa oramos, 6 y nos despedimos unos de otros: nosotros subi-
mos a bordo y ellos regresaron a casa. 7 Nosotros, completando la
travesía, desde Tiro llegamos a Ptolemaida, donde saludamos a los
hermanos y permanecimos un día con ellos. 8 Salimos al día siguiente
y llegamos a Cesarea, y entrando en casa de Felipe el evangelista,
que era uno de los siete, nos quedamos con él. 9 Tenía éste cuatro
hijas vírgenes y profetisas. 10 Como nos demorásemos bastantes días,
bajó de Judea un profeta llamado Ágabo, 11 que llegándose a nos-
otros y tomando el cíngulo de Pablo, se ató los pies y las manos
diciendo: «Esto dice el Espíritu Santo: Al hombre cuyo es este
cíngulo así atarán en Jerusalén los judíos y lo entregarán a los gen-
tiles.» 12 Al oir esto, le aconsejábamos nosotros y los habitantes del
lugar que no subiera a Jerusalén. 13 Respondió entonces Pablo:
«¿Qué hacéis llorando y tratando de ablandarme el corazón? Dis-
puesto estoy no sólo a dejarme atar, sino a morir en Jerusalén por
el nombre del Señor Jesús.» 14 No pudiendo persuadirle, nos tranqui-
lizábamos diciendo: «Hágase la voluntad del Señor.»

---

37. Cf. Rom 16,16; 1Cor 16,20; 2Cor 13,12; 1Tes 5,26; 1Pe 5,14.

1 De Mileto prosigue el viaje, pasando por las islas de Cos y de
Rodas hasta Pátara, puerto sobre la costa meridional del Asia
Menor, en Licia. Aquí cambian de embarcación. Pablo encuentra
2 una nave mercante con carga para Tiro, que hace la travesía direc-
tamente hasta la costa fenicia. Interesado como está en llegar cuanto
3 antes, no deja escapar la oportunidad. Según Crisóstomo, el viaje
de Pátara a Tiro duraba cinco días. Llegado a Tiro, el Apóstol
va con sus compañeros a visitar a los cristianos del lugar [38]. Tam-
4 bién aquí los miembros de la comunidad que gozan del carisma
profético le anuncian que en Jerusalén le esperan momentos des-
agradables, y se valen de todos los medios para disuadirlo de ir
7 allá. De Tiro prosiguen el viaje, en una embarcación de poco calado,
8 hasta Ptolemaida (la actual *Akko).* En Ptolemaida, parece, terminó
su navegación.

Si el texto ha de entenderse así, los viajeros prosiguieron, por el camino que va a lo largo de la costa, hasta Cesarea; allí hacen una parada de varios días en casa del diácono Felipe (cf. 8,40). Para distinguir a éste de su homónimo, el apóstol Felipe, se hace notar que era uno de los siete encargados de los pobres en Jerusalén (6,5). El nombre de evangelista designa por esta época al que va de una parte a otra predicando el evangelio [39]. Sólo más tarde (hacia el año
9 200) se empleará para indicar al autor de un evangelio. Felipe tenía cuatro hijas dotadas del carisma profético, que vivían en casa de su padre y guardaban virginidad. Este estado permanente de virginidad era seguramente expresión de su consagración a Dios [40]. Es indudable que con esta consagración estaba relacionado su don de profecía [41]. Se ve que las hijas de Felipe se manifestaban con frecuencia, o quizá permanentemente, en posesión del Espíritu profético, y en la comunidad se las reconocía como profetisas. Que en el cristianismo primitivo también algunas mujeres intervenían, en calidad de profetisas, en las reuniones de la comunidad, está dicho expresamente en 1Cor 11,5 («toda mujer que ora o profetiza con la cabeza

38. Cf. Act 11,19; 15,3.
39. Así también en Ef 4,11; 2Tim 4,5.
40. Cf. 1Cor 7,32.34.
41. Cf. la profetisa Ana.

descubierta, deshonra su cabeza»), y Pedro afirma en su discurso de pentecostés, haciendo uso de las palabras del profeta Joel, que en la era mesiánica Dios derramará su Espíritu sobre las hijas y las siervas (2,17-18).

Durante la estancia de Pablo en casa de Felipe, un profeta de **10-11**
Jerusalén, de nombre Ágabo (cf. 11,28), baja a Cesarea y le anuncia que en Jerusalén será encadenado por los judíos y entregado a los gentiles. Mientras pronuncia el vaticinio, hace el gesto de encadenarse a sí mismo con el ceñidor del Apóstol, ilustrando así su profecía con una acción simbólica, al estilo de las que se narran de los profetas del AT [42]. Aunque su profecía no reproduce exactamente el modo como fue capturado el Apóstol, coincide, sin embargo, en lo esencial, en cuanto los autores de la captura fueron los judíos (21,30ss).

Es posible que la noticia de la llegada de Pablo a Cesarea moviera a Ágabo a hacer el viaje, para darle la voz de alerta; el texto no dice nada al respecto. De todas maneras, ni la profecía de Ágabo, **12-13**
ni las encarecidas súplicas de sus compañeros y de los hermanos de Cesarea, son suficientes para apartarlo de su decisión, convencido como está de que su proyecto es conforme a la voluntad de Dios (20,24). Está dispuesto, si es el caso, a inmolar la propia vida. Los **14**
compañeros y amigos del Apóstol acaban por adaptarse a lo inevitable [43].

2. *En la comunidad de Jerusalén; esfuerzos por evitar el peligro inminente*
21,15-26

[15] *Pasados estos días y hechos los preparativos, emprendimos la subida a Jerusalén.* [16] *Vinieron con nosotros algunos discípulos de Cesarea para presentarnos a un tal Mnasón, chipriota y antiguo discípulo, en cuya casa nos hospedaríamos.* [17] *Llegados a Jerusalén,*

---

42. Is 20,3-4; Jer 13; 19; 27,2; Ez 4,1-3; 5,1-4.
43. Cf. Lc 22,42.

nos recibieron con gran satisfacción los hermanos. [18] *Al día siguiente fue Pablo con nosotros a ver a Santiago, y todos los presbíteros se habían congregado.* [19] *Tras los saludos de rigor, les fue exponiendo una por una las cosas que Dios había obrado entre los gentiles por ministerio de él.* [20] *Ellos, al oírle, glorificaban a Dios, y le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos miles de creyentes hay entre los judíos y todos ellos se muestran celadores de la ley;* [21] *han oído decir de ti que enseñas a todos los judíos que viven entre los gentiles a apartarse de Moisés diciéndoles que no tienen que circuncidar a sus hijos ni vivir según lo establecido.* [22] *¿Qué hay de esto? Porque de todas formas tendrán noticia de que has venido.* [23] *Haz, pues, lo que te decimos. Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen voto sobre sí.* [24] *Tómalos contigo y purifícate con ellos y paga por ellos la ofrenda para que se corten el pelo, y así conocerán todos que no hay nada de lo que han oído decir de ti, sino que tú también caminas rectamente observando la ley.* [25] *Por lo que se refiere a los gentiles que han abrazado la fe, nosotros les escribimos ordenándoles que se abstengan de lo inmolado a los ídolos, de la sangre, de lo ahogado y de la fornicación.»* [26] *Al día siguiente, Pablo tomó consigo a aquellos hombres y, habiéndose purificado con ellos, entró en el templo, para anunciar el plazo de los días de la purificación, en que había que presentarse por cada uno de ellos la correspondiente ofrenda.*

15 Acompañado de algunos hermanos de Cesarea, Pablo afronta ahora el viaje a Jerusalén, viaje que requiere no menos de dos días, pues hay que recorrer una distancia de cerca de 100 kilómetros
16 (cf. 23,31-32). El texto no permite saber con certeza si el chipriota Mnasón vivía precisamente en Jerusalén o en algún otro sitio intermedio entre Jerusalén y Cesarea [1]. Según el llamado texto occidental, vivía en una aldea (no se indica el nombre) a mitad de camino
17 entre las dos ciudades. Es un poco extraño que no se aluda para nada a la circunstancia de si Pablo alcanzó a llegar a Jerusalén por pentecostés, conforme era su deseo. En todo caso, le habría sido po-

1. Cf. también Act 11,20.

sible llegar a tiempo, puesto que a partir del momento en que salió de Filipos podía contar aún con 44 días. A juzgar por las indagaciones cronológicas del relato en primera plural, las cuales, desafortunadamente, adolecen de ciertas lagunas, se puede suponer que a Cesarea llegó de seis a siete días antes de pentecostés. Entre los hermanos de Jerusalén que les brindan hospedaje (quizás en casa de Mnasón), Pablo y sus compañeros hallan acogida cordial.

Al día siguiente se dirigen a visitar a Santiago, que era el jefe de **18** la iglesia de Jerusalén. Asisten también todos los presbíteros. Si no se hace mención de los apóstoles, es quizá porque estaban ausentes; es también posible que, aun estando alguno de ellos presente, no se haga especial mención de él, sino se lo incluya entre los presbíteros. Los jefes de la comunidad de Jerusalén escuchan con regocijo y gratitud a Dios el relato minucioso que Pablo les hace de su actividad entre los gentiles, bendecida con abundantes frutos. Sorprende el hecho de que no se diga una palabra sobre la entrega de las colectas. Por la carta a los Romanos sabemos la gran importancia que Pablo atribuía a la buena acogida que él y sus compañeros esperaban hallar entre los judíos cristianos de Jerusalén, y cómo pidió a los cristianos de Roma lo ayudaran para ello con sus oraciones (Rom 15,31).

De las expresiones de regocijo y reconocimiento con que San- **20** tiago y los presbíteros celebran los éxitos de la misión entre los gentiles [2], podemos concluir que al menos los jefes de la comunidad aceptaron con alegría el obsequio de los cristianos de origen gentil. Pero saben demasiado bien que los numerosos judíos cristianos de Jerusalén (y de toda Palestina) muestran gran recelo con respecto a Pablo. Se habla de muchos miles [3]. Sea como fuere, se impone admitir que en Jerusalén y en Palestina existía entonces una iglesia judeocristiana bastante numerosa. Todos sus miembros son fieles obser- **21** vantes de la ley mosaica y celosos de que todos lo sean [4]. Por otra parte, los judíos de la diáspora los han azuzado contra Pablo (cf.

2. Cf. Act 11,18; 14,27; 15,4.12.

3. Propiamente, el texto habla de miríadas, o sea, de decenas de miles, pero es fácil pensar que esta cifra no se debe tomar al pie de la letra, como es el caso en Lc 12,1.

4 Act 11,2; 15,1.5; Gál 2,12; 5,1ss.

21,27-28) porque, dicen, induce a los hebreos que viven fuera de Palestina a renegar de la ley de Moisés. Santiago da claramente a entender que él personalmente no cree sean ciertos tales cargos contra Pablo. Para él, desde luego, semejante proceder sería reprobable. Aun como cristiano, él es y quiere seguir siendo un judío piadoso y observante, y espera hagan otro tanto los demás judíos cristianos.

22-24 Por eso propone a Pablo desmentir la acusación mediante un gesto que lo señalará como judío observante. Cabe aquí una pregunta: ¿es exacto el juicio que Santiago expresa sobre la actitud de Pablo frente a la ley? Ante todo, es necesario aclarar un punto: Pablo no ha inducido a los judíos, o judeocristianos de la diáspora a renegar de la ley. Él ha reconocido siempre que el evangelio de la circuncisión es tan legítimo como el de los incircuncisos (Gál 2,7-9): convertirse al cristianismo y seguir siendo judío no son dos cosas incompatibles. Sus enemigos judíos han tergiversado, pues, su doctrina de la ineficacia de la circuncisión para justificar y de la no obligatoriedad de la misma para los gentiles. Pero como, de otra parte, sólo la fe en Cristo justifica [5], y la ley mosaica no trae ninguna ventaja al judío sobre el cristiano nacido en la gentilidad, es innegable que su enseñanza daba lugar, como lógica consecuencia, a que también entre los judíos cristianos el valor y la santidad de la ley fuese perdiendo terreno poco a poco, y acabase por quedar del todo abolida. Hoy día, a ningún judío que se haga cristiano se le ocurre continuar observando la ley mosaica, por más que hasta el momento lo haya hecho con plena convicción y devoción. Por eso no se puede hablar en la actualidad de judeocristianos, en el sentido del cristianismo primitivo.

Más todavía: Pablo exigía a los judíos cristianos renunciaran a la observancia de la ley y a las normas de vida judías en la medida en que tal renuncia se hiciese necesaria para poder tomar parte en el culto sin crear dificultades, y para fomentar las relaciones fraternales dentro de la comunidad con los cristianos provenientes de la gentilidad (Gál 2,11ss). Por último, respecto de su actitud personal frente a la ley, hay que notar que no se puede decir que Pablo cami-

5 Gál 3,11ss; Rom 3,20, etc.

nase en la observancia de la ley en el pleno sentido de la palabra. No consideró que fuese para él un deber, y un deber tal que no admitiese excepción. Por esto se hizo gentil con los gentiles y judío con los judíos (1Cor 9,19-20). A Timoteo lo hizo circuncidar por consideración a los judíos (Act 16,3). En cuanto a la propuesta de Santiago, podía ceder para mostrar así que no era enemigo de las prácticas judías ni las despreciaba. Por las mismas razones iba a Jerusalén durante las fiestas hebreas, visitaba el templo, observaba los días festivos y no tuvo inconveniente, incluso, en someterse a aquella ceremonia de purificación y en hacerse cargo de los gastos de los nazireos. Toda la vida se ufanó de su origen judío [6].

Santiago propone que Pablo se haga cargo de cuatro judíos cristianos que han hecho voto de nazireato, se someta, con ellos, a la purificación correspondiente y pague por ellos los gastos del sacrificio con que quedarán libres del voto. Espera que esto será suficiente para disipar el descontento que los judíos cristianos abrigan contra él. Pone, sin embargo, expresamente de relieve que, en este punto **25** de las relaciones de los gentiles convertidos con la ley, ya de tiempo atrás se han dado normas precisas (15,20), de las cuales nada se debe cambiar.

En el caso de los cuatro hombres, se trata de un voto de nazireato de duración limitada, que, por regla general, abarca treinta días. Durante este lapso, estaba prohibido al nazireo cortarse los cabellos. Transcurrido el tiempo del voto, se debían ofrecer sacrificios en el templo de Jerusalén, se cortaba entonces a los nazireos el cabello y se arrojaba luego al fuego del sacrificio (Núm 6,13ss). Como los gastos para el sacrificio con que se concluía el período de consagración eran considerables, se había introducido la costumbre de que los más pudientes pagasen por los pobres; el hacerlo se consideraba obra meritoria. A más de responder por los gastos, Pablo debe también purificarse con ellos. Esto significa que, en compañía de los cuatro hombres, debe someterse también él a la purificación de la impureza legal (levítica), con lo cual podrá presentarse en estado de pureza a la celebración final y al sacrificio que de ella formaba parte. Según la

6 Rom 9,3ss; 11,1; 2Cor 11,22; Flp 3,5.

mentalidad hebrea, todo judío que llegase del extranjero se hallaba en estado de impureza cultual como consecuencia del continuo trato con los gentiles, y tenía necesidad de purificarse antes de entrar en el templo [7].

26 Pablo condesciende con la propuesta de Santiago. Se sujeta a la purificación, al día siguiente, junto con los cuatro nazireos; entra luego en el santuario a comunicar a los sacerdotes el término de los días de la purificación, a fin de que el sacrificio de cada uno de los cuatro se pueda ofrecer en el momento oportuno. El v. 27 permite conjeturar que el tiempo de la purificación duró siete días, con una aspersión en el tercero y el séptimo [8]. Pero el texto no es claro, y esta costumbre no está atestiguada en ningún otro pasaje.

3. *La captura de Pablo, su prisión en Jerusalén y el traslado a Cesarea*
21,27-23,35

La captura de Pablo
21,27-40

[27] *Y cuando estaban a punto de cumplirse los siete días, los*
judíos de Asia que le habían visto en el templo comenzaron a albo-
rotar a toda la multitud y le echaron mano, [28] *gritando: «Hombres*
de Israel, ayudadnos. Éste es el hombre que anda enseñando a todos
y en todas partes contra el pueblo, contra la ley y contra este lugar,
hasta el extremo de haber introducido incluso griegos en el templo
y profanado así este lugar santo.» [29] *En efecto, habían visto con*
él en la ciudad al efesino Trófimo y pensaban que Pablo lo había
introducido en el templo. [30] *Se alborotó la ciudad entera y se produjo*
una manifestación popular que, apoderándose de Pablo, lo arrastró

7. Cf. Jn 11,55.
8. Cf. Núm 19,12.

fuera del templo. En seguida fueron cerradas las puertas. [31] *Ya se disponían a darle muerte, cuando llegó al tribuno de la cohorte la noticia de que toda Jerusalén estaba amotinada.* [32] *Éste movilizó al instante soldados y centuriones y bajó corriendo hacia ellos. Al ver al tribuno y a los soldados cesaron de golpear a Pablo.* [33] *Se acercó el tribuno y apoderándose de él mandó sujetarle con doble cadena, y trataba de averiguar quién era y qué había hecho.* [34] *De entre la turba cada cual gritaba una cosa distinta. Y ante la imposibilidad de llegar a nada cierto por el tumulto, mandó que fuera conducido al cuartel.* [35] *Cuando llegó a la escalinata, fue preciso que los soldados lo llevaran en vilo por el ímpetu de la turba,* [36] *porque le seguía una gran muchedumbre de pueblo gritando: «¡Quítalo de en medio!»* [37] *A punto ya de entrar en el cuartel, dice Pablo al tribuno: «¿Puedo decirte una cosa?» Él le dijo: «¿Pero tú sabes griego?* [38] *¿Pues no eres tú el egipcio que hace unos días suscitó una rebelión y condujo al desierto cuatro mil sicarios?»* [39] *Pablo le dijo: «Yo soy un hombre judío, ciudadano de Tarso, que es una ciudad no despreciable de Cilicia. Permíteme, te suplico, hablar al pueblo.»* [40] *Y se lo permitió. Pablo, de pie sobre las gradas, hizo señas al pueblo para que callara. Logrado un gran silencio, se puso a hablar en lengua hebrea y dijo:*

Con su propuesta, Santiago buscaba disipar la desconfianza que
los círculos fieles a la ley, de la comunidad de Jerusalén, sentían
hacia Pablo. Como iban las cosas, la prueba estaba para terminar **27**
con éxito. Pero, inesperadamente, se desencadena contra el Apóstol
un ataque promovido por los judíos de la diáspora, más exactamente,
por los venidos del Asia Menor (de Éfeso, sin duda), ataque que
paralizará su actividad por varios años. Para ellos, Pablo es un indi- **28**
viduo que perjudica a todo el pueblo judío, que desprecia su ley [1]
y profana su templo (cf. 6,11-14). La presencia del Apóstol en Jerusalén no les ha quedado oculta. Estando ya para terminar los siete días de la purificación, lo descubren en el templo (en el atrio interior, o en el de las mujeres); no bien lo han visto, enardecen contra él a

1 Cf. Act 18,13-15; 21,21; 24,14; 25,8.

todos los judíos presentes, y lo prenden con el propósito de elimi-
30 narlo violentamente. Pero como esto no puede hacerse dentro del santuario, que en tal caso quedaría profanado, arrastrándolo lo sacan fuera.

29 Para justificar su ataque contra Pablo, lo acusan de haber profanado el templo, introduciendo en él a algunos gentiles (cf. 24,5-6). Según la ley hebrea, los paganos podían entrar sólo en el patio de los gentiles, que propiamente no formaba parte del santuario, del cual estaba separado por un muro de piedra, de metro y medio de altura; a lo largo del muro, y a distancia regular, se hallaban fijadas inscripciones de advertencia, redactadas en griego y en latín [2]. Una de tales inscripciones, en griego, fue descubierta en 1871 y se conserva actualmente en el museo de Constantinopla. Dice: «Ningún extranjero puede pasar al interior de la verja y el recinto que rodea el santuario. Quien fuere sorprendido dentro, cúlpese a sí mismo de las consecuencias, pues será castigado con la muerte.» Se ve por esta inscripción la gravedad que revestía para un judío la acusación de haber introducido a un gentil en el atrio interior del templo. Sólo que en el caso de Pablo, el cargo era del todo infundado (25,8). Las puertas que se cierran (seguramente por orden de la policía del templo) para impedir que Pablo corra a buscar asilo en el santuario, son probablemente las nueve puertas que daban acceso del atrio de los gentiles al de las mujeres.

31 En el ángulo de la explanada del templo se levantaba, sobre una elevación rocosa de 25 metros, un castillo protegido por cuatro macizas torres, que Herodes el Grande había hecho transformar en sólida fortaleza, dándole el nombre de *Antonia,* en homenaje al triunviro Marco Antonio. Por el suroeste se adentraba considerablemente en la explanada del templo. Por la parte que daba sobre los pórticos oriental y occidental del templo, sendas escaleras unían la fortaleza con estos últimos. El interior ocultaba salas, galerías y patios reales, más las dependencias de carácter estrictamente militar. En la época de los procuradores, la torre Antonia servía de cuartel a una cohorte de tropas auxiliares *(cohors militaria equitata,*

2. FL. JOSEFO, BI v, 5,2.

destacamento de 760 soldados de infantería y 240 de caballería) mandada por un quiliarca (= comandante de 1000 hombres; en latín, *tribunus militum);* su misión era la de controlar la explanada del templo, lo que se hacía imprescindible sobre todo en las grandes fiestas.

Así que el comandante de la torre Antonia, Claudio Lisias (23,26), **32**
tiene noticia de cuanto está sucediendo abajo, se apresura a des- **33-34**
cender con parte de la tropa y toma prisionero a Pablo [3]. No pudiendo llegar a saber nada preciso acerca de su persona y de por qué los judíos lo han agredido, lo hace llevar a la fortaleza para
interrogarlo allí (22,24). Ante la muchedumbre que apremia tem- **35-36**
pestuosamente, exigiendo a gritos su muerte [4], los soldados se ven en la necesidad de llevar al Apóstol en vilo hasta el extremo superior de la escalera. Llegados allí, éste pide al tribuno, en griego, le sea permitido dirigir unas palabras al pueblo; el tribuno accede.

A propósito de esta petición, tenemos noticia de que el oficial **38**
había tomado a Pablo por el *egipcio* (algún judío o prosélito) que poco antes había suscitado una revuelta en Palestina. De éste informa algo Josefo [5], pero sus informaciones son un poco contradictorias. Cuenta él que, bajo el procurador Félix (cf. 23,24), un falso profeta egipcio había logrado concentrar en el desierto un gran número de adeptos, y, llevándolos al monte de los Olivos, les hizo la promesa de que a mandato suyo los muros de Jerusalén se desplomarían. Esto indicaría el momento en que debían irrumpir en la ciudad y adueñarse del poder. Félix les salió al encuentro con un nutrido ejército y sometió a los adeptos. El egipcio mismo había logrado escapar. Según los Hechos, los adeptos de éste eran sicarios (hombres del puñal, del latín *sica* = puñal; asesinos a traición); éstos llevaban, escondidos bajo la ropa, puñales cortos y curvos, con los cuales se deshacían de los adversarios en medio de la muchedumbre. Constituían un partido de reciente fundación, heredero y continuador del antiguo partido de los zelotas, con la diferencia de que no incitaban a una franca rebelión contra los romanos, como lo hacían aquéllos

3. Cf. Act 20,23; 21,11.
4. Cf. Act 22,22; Lc 23,18.
5. Fl. Josefo, BI II, 13,5; *Ant.* XX, 8,6.

en Galilea, sino que preferían mezclarse entre las muchedumbres que se formaban en Jerusalén con ocasión de las grandes fiestas, y, aprovechando el tumulto, apuñalaban a los amigos de los romanos. Los sacerdotes y los rabinos repudiaron al profeta egipcio, y el pueblo intervino para resistirle. Así se explica por qué a Lisias le viene la idea de que Pablo, a punto de ser linchado por la multitud, fuese el egipcio, sorprendido de nuevo en sus actividades sediciosas. El Apóstol se identifica ahora ante el tribuno: es judío, oriundo de Tarso de Cilicia [6], donde, además, tiene el derecho de ciudadanía.

El discurso de defensa ante el pueblo
22,1-21

[1] *«Hermanos y padres: escuchadme la defensa que ahora ante*
vosotros voy a hacer.» [2] *Al oir que les hablaba en dialecto hebreo,*
guardaron mayor silencio, y dijo: [3] *«Yo soy judío, nacido en Tarso*
de Cilicia, pero educado en esta ciudad a los pies de Gamaliel, ins-
truido cuidadosamente en la ley patria, celador de Dios como lo
sois todos vosotros hoy, [4] *que perseguí a muerte esta doctrina, enca-*
denando y encarcelando hombres y mujeres, [5] *como puede certificar*
el sumo sacerdote y todo el colegio de ancianos, con cuyas cartas
fui a Damasco a los hermanos con el propósito de conducir a los
de allí presos a Jerusalén para que fueran castigados. [6] *Pero sucedió*
que mientras iba de camino y me acercaba a Damasco, a eso del
mediodía, súbitamente me rodeó una gran luz del cielo, [7] *caí al suelo*
y oí una voz que me decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"
[8] *Yo respondí: "¿Quién eres, Señor?" Y me dijo: "Soy Jesús Naza-*
reno, a quien tú persigues." [9] *Y los que estaban conmigo vieron la*
luz, pero no entendieron la voz que me hablaba. [10] *Dije, pues: "¿Qué*
debo hacer, Señor?" Y el Señor me dijo: "Ve a Damasco y allí se
te dirá lo que está determinado que debes hacer." [11] *Pero como no*
veía por el resplandor de aquella luz, conducido de la mano por los
que estaban conmigo, llegué a Damasco. [12] *Y un tal Ananías, hom-*

6. Act 9,11.30; 11,25.

bre piadoso según la ley, muy bien conceptuado por todos los habitantes judíos, [13] *vino a mí y acercándose me dijo: "Hermano Saulo, mírame." Y yo al instante levanté mis ojos a él.* [14] *Y me dijo: "El Dios de nuestros padres te ha concedido conocer su voluntad y ver al Justo y oir la palabra de su boca,* [15] *para que le seas testigo ante todos los hombres, de lo que has visto y oído.* [16] *Y ahora, ¿qué esperas? Bautízate y límpiate de tus pecados invocando su nombre."* [17] *Y sucedió que, al regresar a Jerusalén y mientras oraba en el templo, tuve un éxtasis,* [18] *y le vi que me decía: "Apresúrate y sal rápidamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio sobre mí."* [19] *Yo le dije: "Señor, ellos saben que yo me dedicaba a encarcelar y castigar por las sinagogas a los que creían en ti,* [20] *y cuando se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo estaba presente y consentía mientras guardaba las vestiduras de los que le mataban."* [21] *Y me dijo: "Vete, que yo te envío lejos a los gentiles".»*

Pablo, usando ahora el hebreo, es decir, el arameo, habla a 2
la multitud. El arameo, dialecto semítico emparentado con el hebreo, era en Palestina, de mucho tiempo atrás, la lengua del pueblo. Es la lengua en que Jesús habló y enseñó. Lo que el Apóstol busca 1
con su discurso es defenderse de las acusaciones (21,28) que le hacen, y que han sido la causa del tumulto. Un segundo discurso de defensa pronunciará más tarde en presencia de Félix (24,10-21), y un tercero delante del rey Agripa y de Festo (26,2-23). Dado que el discurso dirigido a la multitud en la explanada del templo se ve interrumpido bruscamente (22,22), Pablo no alcanza a desmentir una por una todas las acusaciones. Es de notar cómo no se ocupa para nada de las incriminaciones de haber profanado el templo, introduciendo en él a un gentil (21-28*b*); a ello se refiere, al menos indirectamente, cuando habla delante de Félix [7]. Su defensa desarrolla estos pensamientos: por familia y por educación es un judío fiel a la ley (v. 3), y su celo lo llevó, años atrás, a perseguir sin compasión a la secta de los nazarenos (v. 4-5); pero una intervención de Cristo desde el cielo lo convirtió a la fe de Jesús, en quien reconoció al Mesías enviado de Dios

7. Act 24,11-19; cf. también 25,8.

(v. 6-16), y por expreso mandato de él marchó a otras regiones para trabajar en la conversión de los gentiles (v. 17-21).

Se notará cómo en el discurso se guarda de pronunciar el nombre de Jesús, o de Cristo, por precaución con los judíos; lo sustituye, en el v. 14, por la expresión «el Justo» (cf. 3,14). Con esta exposición quiere restar fuerza al cargo que le hacen de estar despreciando o combatiendo la religión de sus padres (21,28*a*). Como en esta ocasión sus palabras coinciden en gran parte con el relato de la conversión (9,1-30), el comentario puede limitarse a los puntos que difieren de aquel relato, o que aportan algo nuevo.

Por la forma como empieza el discurso se ve que entre los oyen-
3 tes hay también miembros del sanedrín («padres», cf. 7,2). Sólo en este pasaje se habla de la educación rabínica que Pablo recibió en Jerusalén, en la escuela del célebre Gamaliel (cf. 5,34). Sus cartas (especialmente la de los Romanos y la de los Gálatas) son un testimonio
6 de su familiaridad con la educación rabínica. La aparición de Damas-
9 co acaeció hacia mediodía (= 26,13). La descripción de los efectos que ella produjo en la vista y el oído de los compañeros de Pablo difiere un poco de lo dicho en 9,7, pero las diferencias carecen de importancia en lo esencial. El sentido de los dos relatos es claramente éste: los compañeros vieron la luz intensa que despedía la aparición (9,7), pero, a diferencia de Pablo, no vieron dentro de ella ninguna figura humana (es decir, al Señor glorificado; 22,9); oyeron una voz, pero no pudieron comprender lo que decía [8], como en Jn 12, 28-30.

12 La descripción que hace de Ananías, presentándolo como un judío fiel a la ley y muy estimado de los hebreos de Damasco, tiene el mismo objetivo que los v. 3-5. Tiende a mostrar cómo la adhesión del Apóstol a Jesús, y su actividad misionera, no nacen de odio a su pueblo o a su religión. Según 9,10-16, Ananías recibe de Cristo, en visión, el encargo de instruir a Saulo sobre la misión a éste asignada.
14-15 Aquí no se dice quién le dio la orden de ir al encuentro de Saulo; más tarde, en 26,16-18, es el Señor mismo quien comunica a Saulo su misión. Que ésta se dirija a los gentiles, no está dicho claramente

8. Act 22,9; cf. 26,14.

(«ante todos los hombres», en vez de «ante los gentiles», 9,15). Tan **17-21**
pronto como Pablo habla de su envío a los gentiles (22,21), la turba, fanatizada, no le permite seguir adelante.

La visión en el templo de Jerusalén es propia de este discurso. Cronológicamente pertenece al primer viaje de Pablo a Jerusalén, después de su conversión [9]. Pablo la trae a cuento precisamente aquí, a fin de que los judíos puedan comprender: 1.º que, aun siendo cristiano, sigue considerando el templo como el lugar santificado por la presencia permanente de Dios, y lo visita para orar en él; 2.º que fue precisamente aquí donde recibió el encargo de evangelizar a los gentiles. Según 9,15-16, Cristo habla ya con Ananías acerca de la misión especial de evangelizar a los gentiles, para la cual ha sido escogido Pablo; aquí, en cambio, Cristo se lo da a saber durante una visión en Jerusalén. Aunque puede darse por seguro que, ya desde el momento de la conversión, Pablo supo que su misión específica sería la de evangelizar a los gentiles, eso no significa, sin embargo, que tal evangelización debiese comenzar en seguida, ni que su predicación hubiera de dirigirse exclusivamente a ellos. Eran necesarias aún otras intervenciones de lo alto, que le harían conocer con mayor claridad su tarea.

Es indudable que Pablo quería predicar a los judíos en Jerusalén, **18**
y de hecho lo hizo, a juzgar por 9,29; pero el Señor le da a entender
que ellos no aceptarán su testimonio [10]. Entonces, contra el mandato **19-20**
del Señor, de salir de la ciudad, objeta que los de su pueblo le creerán quizá más fácilmente al darse cuenta de que, después de haber sido el perseguidor encarnizado de los cristianos, está ahora luchando en favor de esa fe. Tendrían que convenir en que, si de perseguidor violento se había transformado en seguidor del Crucificado, motivos
irresistibles habría tenido para ello. Pero el Señor insiste en su man- **21**
dato y le dice, con toda claridad, que lo ha escogido para la evangelización de los gentiles. El envío efectivo a los gentiles no se hará hasta más tarde (cf. 13,2). Pablo debe esperar aún algunos años en Tarso, su ciudad natal, hasta el día en que Bernabé irá a buscarlo

9. Act 9,26-30; Gál 1,18.
10. Cf. Act 13,46-48; 18,6; 28,25-28.

para invitarlo a trabajar en Antioquía haciéndolo su colaborador [11].

20 Esteban es llamado «testigo» de Cristo; la palabra griega correspondiente *(martyr)* no tiene aún el sentido exacto de mártir (testigo con su sangre); sin embargo, este y otros pasajes muestran que tal significado empieza ya a abrirse paso [12].

Pablo en el cuartel romano
22,22-29

[22] *Le escucharon hasta pronunciar esta palabra, pero aquí levantaron la voz diciendo: «¡Quita del mundo a semejante hombre, que no merece vivir!»* [23] *Y como empezaran a gritar y agitar sus vestiduras y arrojar puñados de polvo al aire,* [24] *mandó el tribuno que fuera introducido Pablo en el cuartel, diciendo que lo sometería a tortura para averiguar la causa por la que así gritaban contra él.*

[25] *Cuando le tuvieron ya extendido para azotarlo, dijo Pablo al centurión allí presente: «¿Os está permitido flagelar a un romano que no ha sido previamente condenado?»* [26] *Al oir esto, el centurión se fue al tribuno y le avisó diciendo: «¿Qué vas a hacer? Porque este hombre es romano.»* [27] *Vino, pues, el tribuno y le dijo: «Dime, ¿eres romano tú?» Él le dijo: «Sí.»* [28] *Y respondió el tribuno: «A mí me costó un gran capital adquirir esta ciudadanía.» Pablo dijo: «Pues yo la poseo desde mi nacimiento.»* [29] *Al instante, pues, se retiraron los que se disponían a torturarle. Y el tribuno tuvo miedo al saber que era romano y que lo había hecho encadenar.*

22 Apenas Pablo hace mención de su envío a los gentiles, la turba rompe el silencio y exige furiosa la muerte del Apóstol (= 25,24). Se ha atraído el odio de los judíos porque, no sólo no hace nada para ganar los gentiles al judaísmo, sino, lo que es peor, combate enérgicamente la idea de que la ley y la circuncisión tengan valor para ellos. Una misión entre los gentiles también la admite y la

---

11. Act 9,30; 11,25.
12. Ap 2,13; 6,9; 17,6.

practica el judaísmo[13], pero con el fin de conquistar prosélitos.
Y ahora este tal Pablo pretende haber recibido en el templo un
encargo divino de entregarse a semejante forma de apostolado entre
los gentiles. Tanto atrevimiento provoca en los judíos un encono 23
salvaje. El tribuno ordena entonces lleven a Pablo al interior del 24
cuartel y lo sometan a interrogatorio. Sigue creyendo que Pablo ha
debido cometer algún delito, porque de otra manera no se explica
esa nueva explosión de furor contra él. Pero, no pudiendo contar
con una confesión espontánea, para obtenerla apela a la tortura.
Este género de interrogatorio mediante tortura estaba prescrito entre
los romanos para los esclavos y los extranjeros. Se disponen, pues, 25
a tender a Pablo sobre un banco o a atarlo a la columna «para
azotarlo», literalmente «para las correas» (τοῖς ἱμᾶσι), con lo que
se alude al *flagellum* (azote de correas), con el cual se ejecutaba la
tortura. Cicerón dice que la pena de flagelo es más dolorosa que
la de vara *(virga)*.

Pero Pablo se resiste a este género de interrogatorio alegando
su calidad de ciudadano romano. Conforme a la ley romana, un
ciudadano romano no puede ser sometido a interrogatorio acom-
pañado de tortura; más aún, la ley lo protege contra la flagelación
como recurso policíaco *(coërcitio magistralis)*, que se infligía sin
investigación ni sentencia. El v. 25 muestra cómo Pablo exige que,
tratándose de él, se prescinda a toda costa de la flagelación: si quie-
ren emplear este suplicio para hacer más efectivo el interrogatorio,
alega su derecho de ciudadano romano; y si quieren infligírselo como
castigo, lo rechaza apelando al hecho de que aún no se ha pronun-
ciado sentencia judicial (cf. 16,37).

La reclamación surte efecto inmediatamente. Así que el centu- 26
rión encargado del interrogatorio la comunica[14], se presenta el tri-
buno en persona. Expresa su admiración de que este judío de Tarso 27
posea el derecho de ciudadanía romana. Él también lo tiene, pero 28
para adquirirlo tuvo que pagar una fuerte suma (el precio de un
soborno). Según Dión Casio[15], la primera vez que se otorgó el

13. Cf. Mt 23,15.
14. Cf. Mc 15,39.
15. Dión Casio, 60,17.

derecho de ciudadanía a cambio de una suma considerable, fue por obra de Mesalina, esposa del emperador Claudio, y de sus libertos; más tarde se la podía obtener casi gratuitamente. Dado que el tribuno se llama Claudio Lisias, y que los nuevos ciudadanos tomaban el nombre de familia del emperador reinante, se puede presumir que lo obtuvo en el reinado de Claudio (41-54). Al traer a cuento la fuerte suma que le costó, quiere indicar que sabe lo que ese derecho vale. Pablo responde que él lo posee por nacimiento; su derecho de ciudadanía es, en consecuencia, superior al del tribuno. De quién haya recibido tal derecho su padre, lo ignoramos.

29 El temor de Lisias por haber hecho encadenar a Pablo (21,33) tiene su explicación en que, tratándose de un ciudadano romano, equivalía a un castigo, y en este caso le habría sido impuesto sin previa sentencia (cf. 16,38). A pesar de todo, Pablo continúa en la cárcel y atado, posiblemente, a un guarda [16], pero el atar a uno en esta forma, que debía ser parte de la *custodia militaris*, no era incompatible con su derecho de ciudadano romano (cf. 27,1).

Pablo ante el sanedrín
22,30-23,11

[30] *Al día siguiente, deseando cerciorarse de por qué lo acusaban*
los judíos, hizo que lo desatasen y mandó reunir a los príncipes
de los sacerdotes y a todo el sanedrín, y, conduciendo a Pablo, lo
presentó ante ellos.
[1] *Fija su vista en el sanedrín, Pablo dijo: «Hermanos, yo he*
vivido con plena rectitud y conciencia ante Dios hasta este día.»
[2] *El sumo sacerdote Ananías ordenó a los que estaban junto a él*
que le cruzaran la cara. [3] *Entonces Pablo le dijo: «Dios te va a*
pegar a ti, pared blanqueada. Estás sentado para juzgarme según la
ley, ¿y contra toda ley ordenas abofetearme?» [4] *Los asistentes le*
dijeron: «¿Al sumo sacerdote de Dios te atreves a maldecir?» [5] *Dijo*
Pablo: «No sabía, hermanos, que fuera el sumo sacerdote; porque

16. Cf. Act 23,18; 24,27; 25,27; 27,1.

está escrito: Al príncipe de tu pueblo no maldecirás» (Éx 22,27).
6 *Sabiendo Pablo que una parte era de saduceos y la otra de fariseos,*
gritó en medio del sanedrín: «Hermanos, yo soy fariseo e hijo de
fariseos; a causa de la esperanza y de la resurrección de los muertos
soy juzgado.» 7 *Al decir esto, se produjo un altercado entre fariseos*
y saduceos y se dividió la asamblea. 8 *Porque los saduceos dicen*
que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritu, mientras que los
fariseos creen en todo eso. 9 *Se armó, pues, un griterío inmenso.*
Y levantándose algunos escribas del partido de los fariseos arreme-
tían diciendo: «No encontramos nada malo en este hombre. ¿Y si
le hubiera hablado un espíritu o un ángel?» 10 *Ante el gran alboroto*
producido, temeroso el tribuno de que Pablo fuera linchado por
ellos, ordenó a la tropa bajar a rescatarlo de en medio de ellos y
conducirlo de nuevo al cuartel. 11 *A la noche siguiente, presentán-*
dose el Señor, le dijo: «¡Ánimo! Como has dado testimonio de mí
en Jerusalén, es preciso que lo des también en Roma.»

El tribuno ignora aún por qué motivo los judíos odian a muerte **30**
a Pablo. Hace, pues, que al día siguiente el sanedrín se reúna en sesión, ya que era el más alto órgano judicial de los hebreos, y presenta a Pablo en persona, a fin de que le den su juicio sobre él. Pretende informarse así, de una vez por todas, de qué lo acusan en concreto los judíos; no es su intención dejarlo en manos de un tribunal hebreo. Esta medida bien puede considerarse como señal de que Lisias busca trasladar al terreno judío lo que hasta ahora ha sido un procedimiento de carácter policial, para no exponerse a algún desacierto en asuntos de su cargo (L. Wenger). Según Josefo [17], la sala en que se reunía el sanedrín estaba situada cerca del llamado *xystos* (= sala de las columnas), probablemente sobre la propia colina del templo, por el lado occidental; en todo caso, fuera de la ciudad alta. Se encontraba, pues, en un plano más bajo que la torre Antonia.

De lo que luego pasa en la sesión se relata sólo el discurso
de Pablo y el efecto que produjo entre los sanedritas. Comienza **23,1-2**

17. Fl. Josefo, BI II, 16,3.

por declarar que se siente del todo inocente delante de Dios [18]. Esto da ocasión para que el sumo sacerdote levante la voz para ordenar a sus servidores (o a los miembros del consejo) que estaban junto a Pablo, que lo abofeteen [19]. Ananías fue sumo sacerdote aproximadamente entre los años 47-59; pero parece que fue depuesto en el 52, sucediéndole entonces Jonatán. A causa de las enormes riquezas que poseía, siguió ejerciendo gran influjo aun después que el procurador Félix lo hizo deponer. Fue asesinado,
3 al principio de la guerra judía, por los sicarios (o los zelotas). Ante el proceder brutal e ilegal del sumo sacerdote, Pablo asume enérgicamente una actitud defensiva, e invoca sobre él el castigo de Dios. Tal es el sentido de las palabras: «Dios te va a pegar a ti.»

En el antiguo derecho judío [20] se lee esta frase: «Si alguno dice: "Dios te hiera", o: "Así te hiera Dios", pronuncia la maldición que está escrita en la ley» (Dt 28,22). La expresión «pared blanqueada» es una metáfora para significar, o bien «hipócrita», o bien algo en apariencia sólido, pero que pronto se desmoronará [21]. El gesto brutal de Ananías es tanto más reprobable cuanto que ejerce las funciones de juez, y en cuanto tal está obligado más que nadie
4 a ceñirse a la ley. Los que están cerca del Apóstol, y que parece no han tenido el atrevimiento de ejecutar la orden, le llaman la atención, preguntándole en tono de reproche cómo puede atreverse a injuriar al sumo sacerdote. Siendo él una persona que por su oficio está en especial relación de intimidad con Dios, y revestido, por tanto, de un carácter de excepcional santidad, todo ataque contra él es particularmente censurable.

5 Pablo admite que la objeción es justa, según se deduce de su respuesta, en la cual ofrece una verdadera excusa; posiblemente no conocía de vista al sumo sacerdote, o no se dio cuenta de que la orden venía de él. Contra lo primero se puede objetar que el sumo sacerdote ocupaba el puesto de la presidencia, circunstancia que lo hacía inconfundible. Es también posible que Pablo quisiera decir

18. Cf. Act 24,16; 1Cor 4,4; 2Cor 1,12; 2Tim 1,3; Heb 13,18.
19. Cf. Jn 18,22.
20. *Mišná,* Šebuot IV, 13.
21. Como en Ez 13,10ss.

irónicamente: su manera de proceder no corresponde a su dignidad, y por eso yo no podía reconocer en él al sumo sacerdote.

Pablo, llevando adelante su defensa personal, aprovecha ahora **6**
con gran habilidad la circunstancia, para él bien conocida, de que el sanedrín se compone de saduceos y fariseos [22]. Con objeto de ganarse a los jueces de la parte farisea, se declara fariseo [23] y descendiente de fariseos [24], y explica que si lo han citado a juicio es en realidad no porque hubiese cometido ningún delito contra la religión judía, sino por el contrario, a causa de la fidelidad que profesa a un punto importante de su doctrina. Tal punto lo formula él en estos términos: «A causa de la esperanza y la resurrección de los muertos.» Si nos remitimos a 26,6-7; 28,20, estas palabras significarían: «a causa de la esperanza mesiánica y de mi fe en la resurrección de los muertos»; ateniéndonos, en cambio, a 24,15-21, el sentido podría ser: «a causa de la esperanza, y precisamente de la esperanza en la resurrección de los muertos». Esta última interpretación es preferible, por comparación con 23,8; 24,21. La afirmación del Apóstol es exacta, en cuanto la esperanza (de los fariseos) en la resurrección de los muertos tuvo su primer cumplimiento en la resurrección de Jesús, que es, a su vez, garantía de la futura resurrección de los muertos. Pero la razón fundamental del proceso es su fe en la resurrección y glorificación de Jesús.

Lucas explica a los lectores no judíos, que los fariseos creen en **8**
la resurrección de los muertos y en la existencia de ángeles y espíritus, en tanto que los saduceos no. Que los saduceos negasen la resurrección de los muertos consta también por Mc 12,18 par y por Josefo [25]. En cambio, por lo que se refiere a su negación de los ángeles y de los espíritus, no se pueden alegar testimonios de las fuentes judías; pero es un punto que corresponde perfectamente a su mentalidad religiosa, de marcado sabor naturalista.

Pablo consigue lo que buscaba. En el seno del sanedrín surge **7-9**
una fuerte y acalorada discusión entre saduceos y fariseos, e incluso

22. Cf. el comentario a Act 4,5.
23. Act 26,5; Flp 3,5.
24. Cf. 2Tim 1,3.
25. FL. JOSEFO. *Ant.* XVII, 1,3-4.

algunos escribas de la fracción farisea se ponen abiertamente de parte del Apóstol. Lo declaran inocente, y juzgan posible que (en Damasco) le haya hablado algún ángel o espíritu. No aceptan desde luego que Jesús se le haya aparecido como Mesías glorificado, pero sí que pudo haber tenido una visión sobrenatural.

Frecuentemente se hace, a propósito, una objeción: ¿podía Pablo seguir proclamándose fariseo, como lo hace aquí, después de haberse hecho cristiano? A esta pregunta hay que responder: también en Flp 3,5 se reconoce fariseo, y lo dice con orgullo; en Jerusalén había asimismo fariseos convertidos al cristianismo (15,5). Con los fariseos tiene en común la fe en la resurrección de los muertos, en los ángeles y en los espíritus. En este momento tiene conciencia de que sólo lo separa de ellos la fe o aceptación de que el Mesías se hizo presente en Jesús, y la resistencia a admitir la circuncisión y la ley como obligatorias para los cristianos procedentes de la gentilidad. La insistencia en su origen y principios fariseos ha de considerarse como un hábil recurso para librarse de una situación peligrosa.

10 El altercado entre las dos corrientes antagónicas del sanedrín alcanza tal grado de apasionamiento, que el tribuno llega a sentir temor de que los enemigos de Pablo se echen encima de éste y lo despedacen. Ordena entonces a un piquete de soldados, dispuestos a intervenir, lo saquen de allí y lo lleven de nuevo al cuartel. La noche siguiente, Cristo se aparece al Apóstol [26], le infunde ánimo y le promete que, a pesar de la situación actual, cargada de amenazas, llegará a Roma, meta de sus aspiraciones, para que también allí pueda rendir testimonio de él [27].

---

26. Cf. Act 18,9; 27,23-24.
27. Act 19,21; 27,24.

Conspiración contra Pablo
23,12-22

12 Al ser de día tuvieron los judíos una reunión y se juramenta-
ron prometiendo no comer ni beber hasta que hubieran dado muerte
a Pablo. 13 Eran más de cuarenta los que hicieron esta conjuración,
14 y dirigiéndose a los sumos sacerdotes y a los ancianos, les dijeron:
«Nos hemos juramentado solemnemente a no probar bocado hasta
que hayamos dado muerte a Pablo. 15 Ahora, pues, vosotros, con el
sanedrín, tenéis que convencer al tribuno para que os lo haga com-
parecer, con el pretexto de que deseáis examinar con más detalle
su causa. Nosotros antes de su llegada estaremos preparados para
quitarle de en medio.» 16 Acertó a oir la conjuración el hijo de la
hermana de Pablo, y presentándose en el cuartel, entró a avisar a
Pablo. 17 Éste llamó a uno de los centuriones y le dijo: «Lleva a
este muchacho al tribuno, porque tiene algo que comunicarle.»
18 Él, tomándole consigo, lo condujo hasta el tribuno y dijo: «El
preso Pablo me ha rogado que introduzca hasta ti a este muchacho,
porque tiene algo que decirte.» 19 Tomándole de la mano el tribuno
y retirándose aparte, le preguntó: «¿Qué es lo que tienes que comu-
nicarme?» 20 Y él dijo: «Los judíos se han puesto de acuerdo para
rogarte que mañana hagas comparecer a Pablo ante el sanedrín con
el pretexto de que desean información más detallada sobre él. 21 Pero
tú no les hagas caso; porque preparan contra él una emboscada más
de cuarenta hombres de entre ellos, que se han juramentado a no
comer ni beber hasta que le hayan dado muerte, y ahora están pre-
parados en espera de tu asentimiento.» 22 El tribuno, al despedir al
muchacho, le mandó no decir a nadie «que me has descubierto
estas cosas».

Un pequeño grupo de judíos fanáticos toma ahora la decisión **12-13**
de eliminar a Pablo por la fuerza. Hacen voto de abstenerse de
todo alimento mientras no lleven a término su proyecto, e invocan
sobre sí mismos la maldición de Dios para el caso en que no
puedan cumplir su intento. Votos de este género no eran raros entre

los judíos. Con ellos se quería manifestar la irrevocabilidad de la decisión tomada e implorar la asistencia de Dios. Así, por ejemplo, después de una derrota infligida por los filisteos, Saúl manda a los guerreros hacer este voto: maldito el hombre que pruebe alimento hasta la tarde, mientras no me haya vengado de mis enemigos. Y nadie probó alimento [28].

La realización de su proyecto depende, sin embargo, de una condición: que Pablo se deje ver fuera de la torre Antonia. Por eso quieren hacerlo comparecer a un segundo interrogatorio en la sala de sesiones del sanedrín, y así, mientras se dirige allá, atacarlo a traición y apuñalarlo. Cuentan de antemano con que el traslado
14 se haga con poca escolta militar. Acuden a la parte del sanedrín hostil a Pablo, pidiéndole obtenga del tribuno Lisias un nuevo inte-
16-22 rrogatorio. Pero el sobrino del Apóstol tiene conocimiento de la conspiración (no se indica por qué medios), y la comunica a su tío y, por insinuación de éste, al tribuno. En esta forma fracasa el intento de asesinarlo. Los conjurados ciertamente no habrán muerto de hambre; no debió serles difícil obtener la dispensa de su voto. El *Talmud* dice: «Si alguno ha renunciado por voto al pan (alimento)..., vaya a los escribas, y ellos lo declararán libre del voto.»
16 Venimos a saber, por este único pasaje, que Pablo tenía una hermana casada, y ésta un hijo que por entonces era ya un joven hecho y derecho. Es de creer que la hermana se había casado en Jerusalén, pero no hay ninguna noticia al respecto.

Traslado de Pablo a Cesarea
23,23-35

[23] *Llamó el tribuno a dos de los centuriones y les dijo: «Preparad doscientos soldados para que vayan a Cesarea, y además setenta de a caballo y doscientos arqueros (?), a partir de la hora tercia de la noche»,* [24] *y que se dispusieran caballerías para que montase Pablo y llevarlo sano y salvo al gobernador Félix,* [25] *con una carta*

28. 1Sam 14.24; cf. también Jer 14,12; Sal 132,2-5.

del tenor siguiente: [26] *«Claudio Lisias al ilustrísimo gobernador*
Félix, salud. [27] *A este hombre, apresado por los judíos y a punto*
de ser linchado por ellos, interviniendo con la tropa logré liberar.
[28] *Sabedor de que es romano y deseando averiguar la culpa de que*
se le acusaba, lo hice comparecer ante su sanedrín. [29] *Hallé que era*
acusado por cuestiones de la ley de ellos, pero que no tenía delito
alguno digno de muerte o de cadenas. [30] *Habiéndoseme denunciado*
que se preparaban insidias contra este hombre, con urgencia te lo
envío, avisando al mismo tiempo a sus acusadores para que digan
delante de ti sus querellas contra él.» [31] *Los soldados, pues, si-*
guiendo las instrucciones que se les dieron, tomaron a Pablo y lo
condujeron de noche a Antipátride. [32] *Al día siguiente, regresaron*
al cuartel dejando que los de a caballo siguieran el viaje con él.
[33] *Llegados éstos a Cesarea, fue entregada la carta al gobernador,*
y también le fue presentado Pablo. [34] *Leída la carta y después de*
preguntarle de qué provincia era y averiguar que era de Cilicia,
[35] *«Te oiré en juicio — le dijo — cuando hayan llegado también tus*
acusadores.» Y ordenó que siguiera bajo custodia en el pretorio
de Herodes.

23-24 Para Lisias, el asesinato de un ciudadano romano confiado a su custodia fácilmente habría podido resultarle trágico. Para prevenirlo, toma inmediatamente la decisión de trasladar el prisionero cuanto antes a Cesarea, lugar de residencia del procurador, poniéndolo así en seguro. Ordena a dos centuriones preparen un destacamento de soldados bien armados, que pueda ponerse en marcha a las nueve de la noche. Se nos escapa el significado exacto de los términos que designan el tercer grupo de soldados (literalmente, los que emplean la mano derecha: ¿arqueros?, ¿honderos?). La Vulgata traduce «lanceros». Dado el crecido número de soldados que sirven de escolta, algunos comentaristas opinan que el tribuno quería ocultar el verdadero objetivo de tal movimiento de tropa, simulando un ejercicio militar rutinario. No se debe pasar por alto el hecho de que la exasperación y el odio de los judíos contra Pablo habían alcanzado tales proporciones, que las tropas debían estar en condición de afrontar cualquier eventualidad.

25 Lisias entrega a la escolta una carta para el procurador, en la
cual lo pone al corriente de los motivos del arresto y de los cargos
26 que los judíos presentan contra el prisionero (cf. 25,27). Esta rela-
ción oficial está redactada en estilo epistolar, según era entonces
el uso entre los romanos. Como, al menos a juzgar por el nombre
de Lisias, el tribuno no debía ser romano, es posible que la carta
estuviese escrita en griego. Se puede presumir que haya sido leída
27-30 públicamente durante el debate narrado en 24,2ss. Según era de
esperar, en la carta el tribuno presenta el asunto en términos que
lo favorecen a él, aunque en parte tenga que hacerlo a expensas
de la verdad. Pretende haber arrancado a Pablo de las manos de
los judíos, al saber que era ciudadano romano, y pasa en silencio
la circunstancia de que lo hizo encadenar y quería hacerlo flagelar
29 sin previa investigación. En cuanto al presunto delito del Apóstol,
expresa el mismo parecer que Galión (18,15) y que Festo (25,18-19):
la acusación se refiere únicamente a controversias religiosas del
judaísmo, no a un delito que merezca la muerte o las cadenas [29].
Lo que aquí se entiende por «cadenas» es la condena a trabajar
en las minas, que incluía las cadenas y la pérdida de la libertad;
también se la llama a veces la pena de las «cadenas» *(vincula)*, y
equivale a la pena capital.

31 Después de una noche de marcha, la escolta llega al día siguiente
a Antipátride, ciudad situada en el límite noroeste de Judea, distante
de Jerusalén unas doce horas de camino. Fue fundada por Herodes
el Grande, quien le dio este nombre en memoria de su padre Antí-
32 patro. Llegados aquí, quedan ya fuera de la zona de mayor peligro,
33-34 y así las tropas de infantería regresan a Jerusalén; la caballería
acompaña a Pablo hasta Cesarea, distante aún cerca de ocho horas
35 de marcha. En Cesarea, el Apóstol es alojado en el pretorio de
Herodes. Se trata del palacio que Herodes el Grande se había hecho
construir en la ciudad (cf. 12,19), y que por entonces servía de
residencia a los procuradores. El término «pretorio» designa origi-
nariamente, en un campamento militar, la tienda que ocupaba el
pretor; pasó a significar la residencia del procurador [30].

---

29. Act 25,25; 26,31; 28,18. 30. Cf. también Flp 1,13.

4. *El proceso en Cesarea ante el tribunal del procurador* 24,1-26,32

La audiencia en presencia de Félix 24,1-23

[1] *Pasados cinco días, bajó el sumo sacerdote Ananías con algu-*
nos ancianos y un abogado, un tal Tertulo, para presentar acu-
sación contra Pablo ante el gobernador. [2] *Citado Pablo a juicio,*
comenzó Tertulo su acusación diciendo: «La gran paz de que disfru-
tamos gracias a ti y a las mejoras hechas a esta nación por tu provi-
dencia, [3] *siempre y en todas partes las recibimos, excelentísimo*
Félix, con inmensa gratitud. [4] *Mas para no cansarte demasiado, te*
ruego nos escuches brevemente con tu probada clemencia. [5] *Porque*
hemos topado con esta peste de hombre, promotor de la secta de
los nazarenos, [6] *que incluso ha intentado profanar el templo, y*
del cual hemos logrado apoderarnos. [Según nuestras leyes quisi-
mos juzgarlo; [7] *pero vino el tribuno Lisias y, con violencia, nos*
lo arrebató de las manos, [8] *y ordenó que sus acusadores acudieran*
a ti.] Por él podrás tú mismo, interrogándolo sobre todas estas cosas,
descubrir los delitos de que nosotros le acusamos.» [9] *También los*
judíos prestaban su apoyo afirmando que así era en realidad.

[10] *Y respondió Pablo, cuando el gobernador con el gesto le con-*
cedió la palabra: «Sabiendo que llevas muchos años de juez en
esta nación, me siento animado a defender mi propia causa, [11] *por-*
que podrás averiguar que no hace más de 12 días que subí a Jerusa-
lén a adorar, [12] *y ni en el templo, ni en las sinagogas, ni por la*
ciudad me encontraron discutiendo con ninguno ni promoviendo
motines entre la turba; [13] *ni pueden probar ante ti ninguna de las*
acusaciones que ahora me hacen. [14] *Una cosa te confieso: que sirvo*
al Dios de mis padres según la doctrina que ellos llaman secta,
creyendo todo lo que está escrito en la ley y en los profetas, [15] *y*
teniendo en Dios la esperanza que ellos mismos tienen de que ha
de haber resurrección de justos y pecadores; [16] *por ello también yo*

me esfuerzo en tener continuamente una conciencia irreprochable
ante Dios y ante los hombres. [17] *Después de muchos años de ausen-*
cia, vine a traer a los de mi nación limosnas y sacrificios. [18] *Fue así*
como me encontraron en el templo recién acabado de purificar, no
con turbas ni con tumulto. [19] *Y fueron algunos judíos de Asia, los*
cuales deberían estar aquí presentes delante de ti y acusarme si
algo tuvieran contra mí. [20] *O que estos mismos digan qué delito*
encontraron cuando comparecí ante el sanedrín, [21] *fuera de esta sola*
frase que pronuncié estando de pie en medio de ellos: que "a causa
de la resurrección de los muertos estoy siendo juzgado por vosotros
hoy".» [22] *Difirió la causa Félix, cuidadosamente informado sobre*
la doctrina, y dijo: «Cuando baje el tribuno Lisias, resolveré vuestro
asunto.» [23] *Y ordenó al centurión que Pablo siguiera en custodia,*
pero que disfrutara de cierta libertad y que no se impidiera a nin-
guno de los suyos que le prestaran servicio.

Antonio Félix fue procurador de Judea desde el año 52 al 60 (o del 53 al 61). Al igual que su hermano Palante, omnipotente ministro de Nerón, era un liberto de la casa imperial. Se casó tres veces, y siempre con mujeres de sangre real. Su tercera esposa era la princesa judía Drusila (nacida en el 38), hija de Agripa I [1] y hermana de Agripa II y de Berenice [2]. Drusila estaba ya casada con Azizo, rey de Emesa (la actual *Homs*, en Siria), pero poco después de su matrimonio Félix se enamoró de ella y logró, con la ayuda de un mago de Chipre, alejarla del marido y conquistarla para sí [3].

1 Cinco días después que Pablo fue puesto en manos de Félix, se presenta en Cesarea una delegación del sanedrín de Jerusalén, encabezada por el sumo sacerdote Ananías, a formular oficialmente la acusación contra el Apóstol. Confían el papel de acusador a Tertulo, un orador profesional, o abogado, que han traído consigo, formado en la retórica griega y conocedor del derecho procesal

1. Cf. Act 12,1.
2. Cf. Act 25,13.
3. Cf. Act 24,24.

romano. La costumbre de servirse de un asesor jurídico se encuentra atestiguada en aquella época, al menos por lo que se refiere a los procesos civiles. Probablemente Tertulo no es judío, sino gentil [4].

Félix acepta en principio la demanda y organiza un debate judi- 2
cial, para el cual hace traer a Pablo de la cárcel. La sesión se abre con el discurso de acusación, pronunciado por Tertulo; Pablo recibe luego autorización para hacer uso de la palabra y defenderse. La primera mitad del *discurso de acusación* es una alabanza a las gestiones gubernamentales del procurador, dirigida a captarse la benevolencia de éste. Su estilo es exactamente el que la antigua retórica seguía cuando se trataba de formular alabanzas a los soberanos. En tono de panegirista, Tertulo se introduce poniendo de relieve que si el pueblo judío goza de paz inconmovible, se debe a la solicitud del procurador.

Según Flavio Josefo, Félix se hizo efectivamente acreedor a no pocos méritos en este terreno. Con gran energía, pero al mismo *tiempo con crueldad inhumana, arremetió contra el bandolerismo* que a la sazón infestaba el país y lo mantenía en alarma, haciendo crucificar a un gran número de sicarios juntamente con los habitantes de las aldeas que los apoyaban [5]. El mismo historiador judío refiere, sin embargo, que Félix hizo asesinar alevosamente al sumo sacerdote Jonatán (que ocupó el cargo en 36-37), porque frecuentemente le llamaba la atención y le exigía que administrara mejor el territorio de Judea [6]. Cuenta asimismo que Festo, su sucesor, al llegar al país lo halló en continuo sobresalto, presa del terror de los sicarios, que por doquier sembraban la desolación, sometiendo a saqueo las aldeas y demás lugares habitados [7]. El historiador romano Tácito, quien, es verdad, nunca manifestó simpatía por los favoritos de los emperadores, da de él un juicio muy desfavorable: «Ejerció el derecho real con mentalidad de esclavo, apelando a todo género de crueldades y arbitrariedades» [8].

---

4. Cf. Act 24,2.5.9; 24,7 no debe de ser auténtico.
5. Fl. Josefo, BI II, 13,2; *Ant.* XX, 8,5.
6. Fl. Josefo, *Ant.* XX, 8,5.
7. Fl. Josefo, *Ant.* XX, 8,10.
8. Tácito, *Historias* V, 9.

El abogado pasa luego a recordar, siempre en términos aduladores, que, gracias a las sabias providencias del procurador, el pueblo judío (es decir, de la provincia de Judea) se ha visto favorecido con notables mejoras, en todas partes y desde todo punto de vista. No se podría decir con certeza a qué alude con tales palabras. Quizá piensa en el mejoramiento de las condiciones materiales del pueblo, o tal vez en el regreso a una situación normal, efecto del restablecimiento de la justicia.

4 Sigue ahora, introducida por una frase convencional de corte-
5 sía, la acusación propiamente dicha. Llama a Pablo una peste, o, en otros términos, algo así como un insecto nocivo, un hombre peligroso, funesto [9]. Lo califica, además, de agitador que trata de provocar sediciones entre los judíos del mundo entero. Tertulo quiere decir con ello que Pablo recorre todo el mundo sembrando el desconcierto y la discordia entre las comunidades judías, que al predicar a Jesús como a Mesías introduce luchas internas y cismas religiosos en el seno del judaísmo [10]. La acusación continúa, señalando a Pablo como a uno de los principales jefes de la secta de los nazarenos. El término griego (αἵρεσις) indica aquí un partido religioso, o secta, que turba la paz y suscita desórdenes; no se encuentra sino en boca de los enemigos de los cristianos [11].

Claramente se ve que, ante la renuncia de los funcionarios romanos a inmiscuirse en litigios religiosos internos del judaísmo [12], el acusador se esfuerza por presentar a Pablo como a individuo peligroso en el terreno político. Considerada desde el punto de vista del derecho romano, la acusación de andar fomentando la división entre los hebreos, unida a la de provocar disturbios, equivalía a acusarlo de atentar contra el estado mismo, o sea de un crimen de lesa majestad, motivo suficiente para que se le aplicara la pena capital.

6 Otro capítulo de acusación es el cargo que se hace a Pablo de haber intentado violar o profanar el templo, crimen que, según 21,28,

9. En sentido político, naturalmente; cf. 1Mac 10,61; 15,21.
10. Cf. Act 16,20; 17,6; Lc 23,2.
11. Act 24,14; 28,22.
12. Act 18,15; 23,29; 25,19.

se castigaba con la muerte. En este punto, las autoridades romanas fueron tan condescendientes con la sensibilidad religiosa de los judíos, que llegaron hasta permitir que esta pena se infligiera incluso a ciudadanos romanos [13]. Esto explica por qué Pablo rechaza semejante cargo con particular insistencia (v. 18). Tertulo recalca expresamente que los judíos detuvieron a Pablo en el momento mismo en que éste trataba de profanar el templo, es decir, que lo sorprendieron en flagrante. Obsérvese cómo aquí la acusación de 21,28, de haber llevado a término la profanación del templo, se suprime o se presenta en forma mitigada. El texto entre corchetes [] es poco seguro, y puede considerarse espurio. En este caso, el abogado remite al procurador al testimonio personal del acusado mismo; en caso de ser genuino, lo remitiría al testimonio de Lisias (cf. v. 22). **7** **8**

El discurso acusatorio es bastante breve. En realidad debió de ser más largo; en particular, las circunstancias del pretendido delito debieron ser expuestas con más detenimiento. Más larga es, en cambio, la defensa del Apóstol. Así Lucas como sus lectores debían tener mucho interés en conocer los argumentos con que Pablo rebatió las incriminaciones judías. Es ésta la razón por qué los Hechos volverán a consignar otro discurso de defensa, más largo y pormenorizado (26,2-23). **10**

También Pablo comienza su discurso con una reverencia a la persona del procurador; pero la hace en forma digna, que difiere mucho de la adulación del abogado. Sabe que Félix lleva ya varios años ejerciendo justicia sobre el pueblo judío, y esta circunstancia infunde al Apóstol la confianza de que conozca con exactitud la situación religiosa, lo que le permitirá dictar una sentencia justa. Es evidente que, sobre todo tratándose de un proceso como el de Pablo, se hacía indispensable que el juez estuviera siquiera algo familiarizado con las ideas y las leyes judías, cosa que para un romano no resultaba fácil (25,20).

A continuación, puntualiza Pablo que, en Jerusalén, él no provocó desórdenes de ningún género (v. 11-13). Que si subió a Jerusalén lo hizo en calidad de peregrino (cf. 8,27), para orar allí, no **11-13**

13. FL. JOSEFO, BI VI, 2,4.

para hacer proselitismo en favor de la fe que predica. En el templo no discutió con nadie sobre cuestiones religiosas, ni, menos aún, suscitó un motín popular; otro tanto puede decir de su conducta en las sinagogas, en las calles y en las plazas de la ciudad. La brevedad misma de su permanencia en Jerusalén sería suficiente para excluir toda actividad de esta índole, ya que hace apenas doce días que llegó. Estos datos corresponden perfectamente a la realidad. Pablo no ejerció en Jerusalén ninguna actividad como predicador, ni, de seguro, tuvo la menor intención de hacerlo; conocía de sobras el peligro que tal cosa representaba para él.

14 Pasa luego a rebatir la acusación de que con sus predicaciones ataca a la religión judía [14], y subraya que, aun después de haberse hecho cristiano, ha permanecido en la fe de sus padres (v. 14-16); cuando se refiere a la fe cristiana, le da el nombre de doctrina o «camino» [15]. Después de su conversión, igual que antes de ella, trabaja al servicio de aquel mismo Dios al que sirvieron sus padres, y observa con fidelidad todo cuanto está escrito en la ley y en los profetas, es decir, en la Sagrada Escritura del AT. Es ésta una afirmación que él puede hacer con toda conciencia. Está plenamente convencido de que el cristianismo no representa una ruptura con el judaísmo, sino su cumplimiento y perfección. «Al repudiar al Mesías (Jesús), el judaísmo reniega de su propia tradición religiosa» (Dupont) [16]. Este pensamiento lo expone Pablo ampliamente en el discurso delante del rey Agripa (26,2-23).

En cuanto a la ley, no se puede decir, sin más, que él la haya rechazado; simplemente la ley no es, a juicio suyo, el medio apto para llegar a la justificación. En cuanto es Sagrada Escritura, conserva toda su santidad (Rom 7,12). En ella encuentra los argumentos
15 para demostrar la dignidad mesiánica de Jesús [17]. Hace hincapié, de manera especial, en la esperanza que tiene de la resurrección de los muertos, punto de doctrina que lo mantiene en estrecha relación con los judíos, o al menos con los fariseos (23,8), y en todo
16 caso con la gran masa del pueblo. A esta esperanza atribuye Pablo

---

14. Cf. Act 21,28; 23,1.
15. Cf. el comentario a Act 9,2.
16. Cf. Rom 1,2; 3,21.31; 10,4.
17. Gál 3,6ss; 4,21ss.

su constante preocupación por llevar una vida irreprensible ante Dios y ante los hombres (23,1).

El Apóstol habla, por último, del objetivo de su visita a la ciudad **17** santa y al templo, y de las circunstancias precisas de su arresto (v. 17-21). Su viaje a Jerusalén tenía un fin puramente religioso. Después de una ausencia de varios años, ha ido a Jerusalén a traer limosnas para su pueblo y a ofrecer sacrificios en el templo. Cuando habla de la entrega de limosnas se refiere, desde luego, al producto de la colecta organizada entre sus comunidades de origen gentil [18]. Tales limosnas son una oferta caritativa a su pueblo, es decir, al pueblo judío. Es verdad que estaban destinadas sólo a la parte cristiana de Jerusalén; pero el Apóstol bien podía valerse de ello para poner de relieve, frente a las acusaciones de sus adversarios, el afecto que profesaba a su pueblo. Al mencionar los sacrificios, es claro que alude a los sacrificios de los nazireos, de cuyos gastos él se había hecho cargo (21,26). Para ser exactos, el objeto del viaje a Jerusalén no había sido precisamente éste; pero se puede dar por seguro que la intención de Pablo no era únicamente la de orar en el templo y tomar parte en los actos del culto (v. 11), sino también la de ofrecer sacrificios, según era costumbre entre los peregrinos (algunos comentaristas identifican los «sacrificios» con las «limosnas»).

Esto iba a hacer cuando se presentó en el templo, cumpliendo, **18** por cierto, con todas las normas de pureza legal; estaba, por tanto, muy lejos de querer profanar el templo. Es falso, además, que haya reunido una multitud en torno de él y la haya incitado a amotinarse; por el contrario, se presentó como quien va tranquila y pacíficamente a orar. Fueron más bien algunos judíos de Asia los que, al reconocerlo en el templo, provocaron el tumulto, con ánimo de lincharlo. Son ellos, por tanto, quienes en realidad deberían com- **19** parecer y formular las acusaciones contra él, si tienen razones suficientes para hacerlo. O bien, dado que esto no es posible, y que **20** por consiguiente la incriminación de profanar el templo no tiene consistencia, que los judíos aquí presentes declaren, franca y honra-

18. Cf. el comentario a Act 20,4.

damente, qué delito hallaron en él cuando en Jerusalén lo hicieron
21 comparecer delante del sanedrín. No podrán aducir sino éste: que él en esa ocasión les dijo, con toda entereza, que se hallaba ante el tribunal por causa de su fe en la resurrección de los muertos (23,6). Todo su crimen consiste, pues, en que disiente de una parte del sanedrín (la de sus actuales acusadores) en un asunto de índole puramente teológica. «Pablo busca hábilmente cómo relacionar la causa cristiana con la teología farisea» (Dupont). En conclusión, el Apóstol quiere afirmar: mi gran delito está en creer en la resurrección de los muertos. A los ojos del romano esto no es, evidentemente, un delito que merezca la pena capital.

22 No se sabe si los acusadores del Apóstol volvieron a hacer uso de la palabra. Félix, por su parte, no toma ninguna decisión y aplaza el debate hasta cuando haya podido intercambiar ideas con el tribuno Lisias. Sólo que esto no pasa de ser un artificio para eludir la dificultad, pues él siempre encontró cómo diferir el asunto y librarse de tener que pronunciar sentencia (24,27).

No es del todo claro lo que quiera significar la observación de que Félix estaba exactamente informado acerca de la doctrina (cristiana). El hecho, en sí, no tiene nada de extraño, una vez que ha pasado ya de seis a siete años en el cargo de procurador de Judea, y que tiene por esposa a la princesa judía Drusila, la cual seguramente lo habrá informado acerca de este punto, como de otros movimientos religiosos existentes en el seno del judaísmo. Los Hechos parecen dar a entender que Félix no podía complacer al sanedrín en su deseo de condenar a Pablo, porque, conociendo con exactitud la doctrina cristiana, estaba convencido de que las acusaciones presentadas contra Pablo en el plano político eran completamente infundadas; pero, de otra parte, tampoco se atrevía a pronunciar sentencia absolutoria, para no malquistarse del todo con los judíos.

Esta interpretación se ve confirmada por la orden expresa que él da de conservar a Pablo en prisión atenuada, y de permitir que los suyos lo asistan, sugiriendo, ante todo, que ellos provean a su sustento. «Los suyos» son, ante todo, los compañeros del Apóstol (especialmente Lucas y Aristarco, 27,2), pero también sus parientes

(23,16) y correligionarios (21,8ss). Hablando en términos jurídicos, en Cesarea (24,23), como más adelante en la nave durante el viaje a Roma (27,3) y en la propia Roma (28,16.30-31), Pablo se hallaba bajo vigilancia militar *(custodia militaris)*. Contra la dilación de un proceso no había posibilidad de recurso judicial.

Aplazamiento del proceso
24,24-27

[24] *Al cabo de algunos días, presentándose Félix con su mujer*
Drusila, que era judía, hizo llamar a Pablo y le escuchó sobre la
fe en Cristo Jesús. [25] *Pero en tocando el tema de la justicia y de*
la continencia y del juicio venidero, Félix, lleno de miedo, in-
terrumpió: «Vete por ahora. Cuando tenga ocasión propicia, te
llamaré.» [26] *Esperaba, por otra parte, que Pablo le daría dinero.*
Y por ello con frecuencia lo mandaba llamar para hablar con él.
[27] *Pero cumplido un bienio, Félix recibió como sucesor a Poncio*
Festo. Y deseando hacer un favor a los judíos, dejó a Pablo en
la cárcel.

Un día, Félix hace traer a presencia suya al Apóstol prisio- **24**
nero, para oir de él una exposición a fondo de la fe en el Mesías
Jesús. Es posible que la iniciativa haya partido de su mujer Dru-
sila. Como judía que era, es de suponer que sentiría especial inte-
rés por estas cuestiones y que manifestaría el deseo de ver y de
oir a este portavoz de la nueva doctrina. Mas, en esta ocasión, **25**
Pablo expone también las exigencias morales de la fe cristiana, en
particular el deber de la justicia y de la continencia (castidad) e
insiste sobre la realidad ineludible del juicio futuro, en el cual toda
maldad recibirá su justo castigo, y el bien, la recompensa mere-
cida (cf. 17,31).

A estas palabras, la conciencia de Félix empieza a inquietarse. La propia Drusila no debía tampoco sentirse muy a gusto ante declaraciones de este género. Félix opta por interrumpir la conversación. Se alcanza a adivinar cierto interés de su parte hacia el

cristianismo, e incluso cierta simpatía hacia la persona de Pablo; pero es incapaz de entender y apreciar la seriedad de las exigencias religiosas y morales del mensaje cristiano. Esta comprobación no se desvirtúa en nada por el hecho de que en los meses que siguieron sostuvo conversaciones frecuentes con Pablo [19]. En efecto, el móvil de éstas no era exclusivamente el interés por las cosas religiosas, sino que detrás de ello había razones de otro género: Félix esperaba obtener de Pablo algún dinero, como base para agenciar su posible rescate. Se puede legítimamente suponer que no habrían faltado de su parte insinuaciones en este sentido. Habiéndole oído de la colecta traída por él a Jerusalén (v. 17), no habrá dejado de pensar en la posibilidad de que los amigos y correligionarios del Apóstol estarían en capacidad de reunir alguna suma, y que, presionando un poco las circunstancias, la reunirían de hecho.

La ley romana era bien explícita en este punto, y prohibía a los funcionarios, bajo penas severísimas, prestarse a tentativas de soborno; con todo, las transgresiones eran muy frecuentes, precisamente en aquella época. Del segundo sucesor de Félix, el procurador Albino (62-64), cuenta, a propósito, Josefo que, a cambio de una suma por concepto de rescate, entregaba libres en manos de sus parientes a aquellos que durante su gobierno, o el de los procuradores anteriores, habían sido encarcelados, y que sólo quienes no podían pagar continuaban en prisión, llevando la marca de malhechores [20].

27 Los dos años, al cabo de los cuales Félix cesó en el cargo, han de entenderse, conforme al cómputo corriente, en relación con la cautividad de Pablo en Cesarea. En favor de este cómputo está 24,10, por donde sabemos que Félix fue procurador durante varios años. Unos pocos eruditos opinan, sin embargo, que la indicación cronológica se refiere al tiempo que duró Félix en el cargo. En tal caso, éste habría sido procurador entre los años 52-54 (53-55), y Pablo habría sido enviado prisionero a Rom en el 54 (ó 55), y

---

19. Cf. al respecto Mc 6,20; Lc 9,9.
20. FL. JOSEFO, BI II, 14,1.

llegado a esta ciudad al año siguiente. De seguir este cómputo, la cautividad del Apóstol en Jerusalén y Cesarea sólo habría durado desde pentecostés hasta el otoño del 54 (ó 55).

Josefo informa que el procurador Albino, al ser llamado de nuevo a Roma, hizo ajusticiar a todos los prisioneros que claramente habían merecido la pena capital, dejando a los demás en libertad a condición de que consignaran cierta suma [21].

Pablo ante el tribunal de Festo
25,1-12

[1] *Llegando Festo a la provincia, al cabo de tres días subió a*
Jerusalén desde Cesarea. [2] *Los sumos sacerdotes y los primates*
de los judíos le presentaron acusación contra Pablo y le rogaban,
[3] *pidiéndole una gracia, siempre contra él, de que se le enviara a*
Jerusalén, al par que tramaban una emboscada para deshacerse
de él durante el viaje. [4] *Pero Festo les respondió que Pablo seguiría*
bajo custodia en Cesarea y que él estaba a punto de marchar en
breve. [5] *«Así pues — dijo —, los calificados entre vosotros desciendan*
en comisión, y si hay algún delito en este hombre, acúsenle.» [6] *Pa-*
sados en esto algunos días, no más de ocho o diez, bajó a Cesarea,
y al día siguiente, sentado en su tribunal, mandó comparecer a
Pablo. [7] *Llegado éste, le rodearon los judíos que habían bajado*
de Jerusalén aduciendo muchas y graves acusaciones que no logra-
ban probar, [8] *mientras que Pablo se defendía diciendo: «Ni contra*
la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra el César he
cometido falta alguna.» [9] *Pero Festo, queriendo favorecer a los ju-*
díos, respondió a Pablo diciendo: «¿Quieres subir a Jerusalén
para ser allí juzgado de todas estas cosas delante de mí?» [10] *Pablo*
le dijo: «Estoy ante el tribunal del César y en él debo ser juzgado.
En nada he ofendido a los judíos, como tú muy bien sabes. [11] *Si soy*
culpable y he cometido algo digno de muerte, no rehúyo morir; pero
si nada hay de lo que éstos me acusan, nadie puede entregarme a

21. FL. JOSEFO, *Ant.* XX, 9,5.

ellos. Apelo al César.» [12] *Entonces Festo, después de cambiar impresiones con el consejo, respondió: «Has apelado al César. Irás al César.»*

El sucesor de Félix, *Porcio Festo,* era un hombre recto, y como funcionario, fiel cumplidor de su deber. Procedió enérgicamente contra los bandidos, que en el país se habían convertido ya en una peste endémica [22]. Murió en Palestina, durante el ejercicio de su cargo, en el año 62.

1-2 En su primera visita a Jerusalén, los jefes se presentan a él, para insistir en su acusación contra Pablo; le piden, como un favor
3 especial, que haga venir de Cesarea al acusado y que lo juzgue durante su permanencia en la ciudad santa. Su petición obedecía al plan secreto que tenían ya preparado para atacarlo durante el
4 viaje y eliminarlo. Festo se niega a acceder, pero se manifiesta dispuesto a llevar a término el proceso de Pablo tan pronto regrese
5 a Cesarea, de allí a pocos días. Si quieren, pueden hacer el viaje con él, y presentar allí formalmente la acusación. No se dice si Festo alcanzó a sospechar que la petición de los judíos ocultaba segundas intenciones; pero es muy posible.

6 El relato de este nuevo proceso en Cesarea es muy somero, por la sencilla razón de que las partes contrincantes no tenían nada
7 nuevo que aportar. Lucas se contenta con hacer resaltar el hecho de que los acusadores no tenían cómo probar las numerosas y graves incriminaciones que hacían contra Pablo [23].

8 La defensa del Apóstol está compendiada en una frase, que enumera con exactitud los puntos centrales de la acusación. Declara que no ha cometido nada digno de castigo, ni contra la ley judía [24], ni contra el templo [25], ni contra el César. El tercer punto constituye una novedad, aunque en realidad sólo lo es en cuanto a los términos con que se formula, pues los acusadores han presentado al Apóstol como sospechoso también en el terreno político. Cuando

22. Fl. Josefo. *Ant.* xx, 8,9s
23. Cf. Mc 14,59 par.
24. Cf. Act 19,13-15; 21,21.28; 24,14.
25. Cf. Act 21,29; 24,6.

rechaza el cargo de cualquier delito contra el emperador, Pablo se refiere a la acusación de que por doquiera provoca sediciones (cf. 24,5). Una actividad de esta índole, dado que atenta contra el buen orden y la estabilidad del Estado, bien podía ser calificada de delito contra el emperador. La acusación de agitador político se la hicieron también los judíos de Tesalónica [26].

9 En este momento, el proceso toma un giro inesperado. Festo ha llegado a la convicción de que Pablo no es culpable de delito alguno contra la ley romana, sino que en las acusaciones contra él se trata sólo de controversias religiosas internas del judaísmo [27]. Podría, en consecuencia, declararlo absuelto [28]. Pero esto habría equivalido a atraerse la enemistad de los círculos dirigentes judíos, ya desde el principio de su mandato, cosa que no le convenía; por eso, cediendo quizás a una nueva petición de los judíos presentes, pregunta a Pablo si consiente en ser juzgado en Jerusalén de los cargos que se le hacen. Se cuida de añadir «delante de mí», para dar a Pablo la seguridad de que el sanedrín sólo procederá en presencia suya y bajo su control. ¿Era quizá su intención consignar al Apóstol en poder del tribunal hebreo, para que éste decidiese, tratándose de incriminaciones de carácter puramente religioso? En el caso de un ciudadano romano, como era Pablo, la decisión no podía tomarse sino a condición de que éste consintiera en ello.

10 Sea lo que fuere, Pablo presiente que la verdadera intención de Festo es la de entregarlo en manos de los judíos (v. 11*b*); en todo caso, el traslado del proceso a Jerusalén encierra para él un grave riesgo. En el mejor de los supuestos, tenía razón para temer que el procurador acabara por doblegarse a la presión del sanedrín y del populacho amotinado (25,24). Por eso se niega enérgicamente a ceder a la insinuación de Festo, y declara que se halla ante el tribunal del César (en cuanto el procurador es el más alto magistrado de la provincia, investido por el emperador), y que ha de ser aquí (es decir, ante el tribunal imperial) donde se lo debe juzgar. No ha incurrido en injusticia alguna con relación a los judíos, como

26. Cf. Act 17,6; 16,20.
27. Act 25,18; cf. 23,29.
28. Act 28,18; 25,25.

el procurador bien lo sabe, y por tanto su caso tampoco tiene
11 por qué ser sometido a un tribunal judío. Si realmente ha cometido algún crimen que merezca la muerte, no rehúsa aceptar la pena capital, a condición de que la dicte el competente tribunal romano. Pero si las acusaciones que los judíos han presentado contra él carecen de fundamento, nadie tiene el derecho de entregarlo en sus manos, simplemente por complacerlos.

Después de todo, Pablo tiene aún sus razones para temer que Festo lo haga llevar a Jerusalén, aun contra su voluntad; interpone entonces apelación al César, es decir, al tribunal del empe-
12 rador en Roma. Tal apelación, una vez aceptada, causaba la incompetencia del tribunal del procurador para ocuparse en adelante del asunto en litigio (26,32). Pero la apelación no siempre era aceptada. De ahí que el procurador, antes de admitirla, consulte a sus asistentes *(assessores)*, o a su consejo *(consilium)*, compuesto de los funcionarios jurídicos de más alto rango en su séquito. Hecha la consulta, anuncia que admite la apelación y que enviará el acusado a Roma, para que el tribunal del César lo juzgue.

El relato del proceso de Pablo es del máximo interés para la historia del derecho. Autorizados historiadores del derecho lo alaban, reconociéndolo altamente instructivo y jurídicamente incontestable. No obstante, muchos de los interrogantes a que da lugar el relato de los Hechos permanecen aún sin respuesta, debido a que el conocimiento que poseemos de los procedimientos penales romanos, en particular durante los primeros tiempos del imperio, es muy limitado.

No es el caso de ocuparnos ahora por extenso de este problema; baste con llamar rápidamente la atención sobre un punto importante: la apelación de Pablo, si nos atenemos a los términos jurídicos, no es exactamente una apelación, sino un acto de aquellos que se solía llamar *provocatio (ad Caesarem)*. La apelación se da cuando una sentencia de un tribunal inferior, no ejecutada aún, es rechazada, y se solicita otra de un tribunal superior; la *provocatio* se da, en cambio, cuando el acusado alega incompetencia del tribunal ante el cual se halla, para ocuparse de su caso, y exige se lo someta al juez competente (el tribunal del César). En consecuencia

de la *provocatio* de Pablo, se ha de proceder ahora al traslado del prisionero y del proceso al emperador, a cuyo estudio y decisión queda desde ahora sometida la causa.

Festo informa al rey Agripa sobre el proceso 25,13-22

[13] *Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice se presentaron*
en Cesarea a saludar a Festo. [14] *Cuando llevaban allí ya muchos*
días, Festo consultó con el rey el asunto de Pablo diciendo: «Hay
un hombre que Félix dejó preso, [15] *acerca del cual estando yo en*
Jerusalén me presentaron acusación los sumos sacerdotes y los ancia-
nos de los judíos pidiéndome sentencia condenatoria contra él;
[16] *a los cuales respondí que no es costumbre entre los romanos en-*
tregar a ningún hombre sin que previamente el acusado tenga a la
vista a los acusadores y se le dé oportunidad para defenderse contra
la acusación. [17] *Habiéndose, pues, reunido aquí, yo sin dilación*
alguna, al día siguiente, me senté en el tribunal y mandé compa-
recer a este hombre. [18] *Por cierto que, presentados los acusadores,*
no adujeron causa alguna de los males que yo sospechaba; [19] *pero*
tenían contra él ciertas cuestiones de su propia religión acerca de
un tal Jesús que está muerto y del cual Pablo asegura que vive.
[20] *Perplejo yo sobre el esclarecimiento de este asunto, le dije si*
quería ir a Jerusalén para ser allí juzgado de estas cosas; [21] *pero*
habiendo pedido Pablo reservarse a la decisión del emperador,
mandé que fuera retenido bajo custodia hasta que pueda enviarle
al César.»
[22] *Agripa dijo a Festo: «Me gustaría oir yo mismo a este hom-*
bre.» «Mañana — dijo — le oirás.»

Con la apelación al César, el proceso de Pablo ha llegado, provisionalmente, a una conclusión. Sin embargo, no se narra todavía el traslado del acusado a Roma (cf. 27,1ss); hay antes una sección bastante extensa dedicada al encuentro de Pablo con el rey judío Agripa II en Cesarea. ¿Qué motivo pudo tener Lucas para dete-

nerse en este relato? Sin duda alguna, un motivo apologético. Con este relato, la completa inocencia del Apóstol resalta con impresionante claridad. En efecto, el procurador romano declara aquí al rey judío que no ha hallado en Pablo culpa de ningún género, que las incriminaciones hechas contra él por sus acusadores son todas relacionadas exclusivamente con controversias religiosas internas del judaísmo. De otra parte, el propio rey Agripa, que estaba al corriente de las cuestiones religiosas de los hebreos, declaró explícitamente, una vez que Pablo le hubo expuesto sus opiniones, que, de no haber interpuesto apelación al César, se le habría podido poner en libertad. No podría aducirse un testimonio más brillante de la inocencia de Pablo.

13 El rey Agripa es Marco Julio *Agripa II*, hijo de Agripa I. Es el último de los descendientes de Herodes que reinó en Palestina. Educado en Roma, comenzó por obtener de Claudio (hacia el año 50) el pequeño reino de Cálcide, en el Líbano, posesión, en otro tiempo, de su tío Herodes; simultáneamente se le concedió también la superintendencia del templo de Jerusalén y el derecho de nombrar a los sumos sacerdotes. En el año 53 obtuvo, a cambio del reino de Cálcide, la tetrarquía de Filipo y de Lisanias [29], y el territorio gobernado anteriormente por un tal Varo, o Noaro (en el Líbano). Estos nuevos dominios le fueron ampliados todavía, bajo Nerón, con la adición de una parte considerable de Galilea y de Perea. En cuanto a relaciones con Roma, Agripa le profesaba una devoción sin reservas.

Julia *Bernice* (o Berenice; en latín, Veronica) es su hermana (nacida en el 28 d.C.). Había sido antes esposa (o prometida) de un judío egipcio, y, muerto éste, de su propio tío Herodes de Cálcide; a la muerte de éste (en el año 48 d.C.), vivió por algún tiempo en la corte de su hermano Agripa II. Para acabar con ciertos rumores poco agradables, Agripa indujo al rey Polemón de Cilicia a tomarla por esposa (después del año 63 d.C.). Pero pronto lo abandonó para regresar al lado de su hermano. Más tarde fue la amante de Tito, que incluso se habría casado con ella, a no ser

29. Cf. Lc 3,1.

porque con estas relaciones hubiera provocado el descontento de los romanos.

No hay duda de que el sanedrín, basándose en el debate tenido **15-16** delante de Félix, debate que constaba por las actas (24,1-21), exigió a Festo la sentencia de muerte para Pablo. Festo responde que entre los romanos no es costumbre condenar a un acusado antes de someterlo a una confrontación con el acusador, y de brindarle la posibilidad de defenderse. Si se tiene en cuenta que tal confrontación con sus acusadores se había hecho ya antes, en presencia de Félix, se ve que la respuesta de Festo implica la advertencia de que no podrá sentenciar mientras no se haya procedido a un nuevo juicio. Con esto no hace, después de todo, más que conformarse a una norma precisa del derecho penal relativa a las atribuciones de los procuradores: «El procurador toma decisiones, o bien personalmente, basado en cuanto él mismo sabe (como efecto de la investigación judicial), o bien por medio de otro a quien transmite su poder coercitivo, alternativa que no se presenta en este caso» (L. Wenger).

Mientras, durante la sesión del tribunal, Festo se abstuvo de **18-19** pronunciar sentencia alguna, aquí, en cambio, declara al rey Agripa que los delitos atribuidos a Pablo son todos relacionados con controversias religiosas de los judíos, pero que, analizadas las cosas de acuerdo con el modo de pensar romano, no halla ningún crimen que la ley deba castigar [30]. Concretamente, en esta controversia se trata de un tal Jesús, ya muerto, pero de quien Pablo afirma que está vivo. Del debate, a lo que parece, el procurador ha sacado la impresión de que las opiniones religiosas de Pablo sólo se distinguen de las de sus acusadores en algunos puntos controvertidos. Huelga decir que delante de Festo, como delante de Lisias y de Félix [31], Pablo debió insistir en que, así antes como después de su conversión, ha sido un judío creyente, y que, si se ha visto forzado a comparecer ante el tribunal, ha sido únicamente a causa de su fe en la resurrección de los muertos, especialmente en la resurrección de Jesús.

30. Cf. Act 18,15; 23,29.
31. Act 23,6; 24,15.

Pablo ante el rey Agripa
25,23-26,32

[23] *Al día siguiente se presentaron Agripa y Berenice con gran*
boato, y habiendo entrado en el aula con los tribunos y las perso-
nalidades importantes de la ciudad, a una orden de Festo compareció
Pablo. [24] *Y dijo Festo: «Rey Agripa y todos los que nos acompa-*
ñáis: Aquí tenéis a este hombre contra el cual toda la multitud
de los judíos me salió al encuentro en Jerusalén y aquí claman-
do que no merece vivir. [25] *Yo no he descubierto que haya co-*
metido nada digno de muerte, y a petición suya he decidido
enviarlo al César. [26] *Pero no tengo nada cierto que escribir a mi*
señor. Por eso le he hecho comparecer ante vosotros, y sobre todo
ante ti, oh rey Agripa, con el fin de tener algo que escribir una vez
realizada esta investigación; [27] *porque me parece absurdo enviar*
a un preso sin indicar al mismo tiempo las acusaciones que hay
contra él.»

[1] *Agripa, pues, dijo a Pablo: «Se te permite hablar en tu de-*
fensa.» Entonces Pablo, extendiendo la mano, comenzó a defen-
derse diciendo: [2] *«Me considero feliz, oh rey Agripa, al comenzar*
a defenderme delante de ti de todas esas cosas de que soy acusado
por los judíos, [3] *y más siendo como eres conocedor de todas las*
costumbres y controversias de los judíos. Por ello te ruego que
me escuches pacientemente. [4] *Mi vida desde la juventud, que se*
desarrolló al principio entre mi gente y en Jerusalén, es conocida
de todos los judíos; [5] *los cuales, conociéndome desde antiguo, saben,*
si lo quisieran reconocer, que viví como fariseo según la secta más
estrecha de nuestra religión, [6] *y ahora estoy siendo juzgado por la*
esperanza que da la promesa hecha por Dios a nuestros padres,
[7] *a la cual esperan llegar nuestras doce tribus sirviéndole continua-*
mente noche y día. Por razón de esta esperanza soy acusado de
los judíos, oh rey. [8] *¿Acaso os parece increíble que Dios resucite*
a los muertos?

[9] *»Yo por mi parte pensé que debía hacer todo lo posible contra*
el nombre de Jesús Nazareno. [10] *Y así lo hice en Jerusalén; a mu-*

chos de los santos yo encerré en la cárcel con autorización que
recibía de los sumos sacerdotes y, cuando se les daba muerte, yo
daba mi voto contra ellos; [11] *por todas las sinagogas, muchas veces*
a fuerza de castigos, los obligaba a blasfemar y, enfurecido hasta
el extremo, los perseguía incluso en las ciudades extranjeras. [12] *En*
éstas, yendo a Damasco, con poderes y permiso de los príncipes
de los sacerdotes, [13] *a mediodía, por el camino, vi, oh rey, que*
me rodeaba — a mí y a los que conmigo iban — una luz prove-
niente del cielo que superaba el resplandor del sol. [14] *Caímos a*
tierra todos y oí una voz que me decía en lengua hebrea: "Saulo,
Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el
aguijón." [15] *Yo dije: "Señor, ¿quién eres?" Y el Señor dijo:*
"Yo soy Jesús a quien tú persigues. [16] *Pero levántate y manténte*
derecho sobre tus pies; porque para esto me he hecho visible a ti,
para constituirte en ministro y testigo de lo que acabas de ver
y de lo que aún te demostraré, [17] *al librarte de tu pueblo y de las*
naciones a las cuales te voy a enviar (Jer 1,5-8) [18] *a fin de que*
les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz y del do-
minio de Satanás a Dios (Is 42,7.16), y alcancen así la remisión de
los pecados y parte en la suerte de los santificados por la fe en mí."
[19] *Y no fui desobediente, oh rey Agripa, a la visión celestial,* [20] *sino*
que primero en Damasco y en Jerusalén y después en toda la región
de Judea y entre los gentiles me puse a predicar que hicieran
penitencia y se convirtieran a Dios haciendo obras en consonancia
con esa penitencia. [21] *Por causa de esto los judíos me prendieron*
en el templo e intentaban lincharme; [22] *pero gracias a la ayuda que*
recibí de Dios, he permanecido hasta el día de hoy dando testimonio
sin decir otra cosa sino lo que los profetas y Moisés predijeron que
había de suceder; [23] *que el Mesías había de padecer, que sería el*
primero en resucitar de entre los muertos y que anunciaría la luz
al pueblo y a las naciones.»

[24] *Esto decía Pablo en defensa propia, cuando Festo interrumpió*
diciendo en alta voz: «Estás loco, Pablo; la demasiada lectura
te ha sorbido el seso.» [25] *Y Pablo: «No estoy loco — dijo —, dig-*
nísimo Festo; por el contrario, estoy proclamando palabras de verdad
y de cordura. [26] *Sabe de estas cosas el rey, a quien por ello hablo*

confiadamente, pues no puedo creer que nada de esto ignore, ya
que no ha sucedido en ningún rincón. [27] *¿Crees, oh rey Agripa, en*
los profetas? Yo sé que crees.» [28] *Respondió Agripa a Pablo: «Por*
poco me convences de que me haga cristiano.» [29] *Y Pablo: «Plu-*
guiera a Dios que por poco o por mucho, no sólo tú sino todos los
que hoy me escuchan, se volvieran como yo... aunque sin estas
cadenas.» [30] *Se levantaron, pues, el rey, el gobernador, Berenice y*
los que con ellos estaban sentados; [31] *y al marcharse, comentaban*
unos con otros: «Nada digno de muerte o de cárcel ha hecho este
hombre.» [32] *Y Agripa le dijo a Festo: «Podría ser puesto en liber-*
tad este hombre, si no hubiera apelado al César.»

23 El encuentro de Pablo con Agripa se lleva a efecto al día siguiente, y por cierto en forma de un acto solemne, para el cual se invita a los tribunos de las cinco cohortes acantonadas en Cesarea y a los hombres más representativos de la ciudad. Agripa y su hermana hacen su aparición en medio de gran pompa real. Se ha dicho, con razón, que de todos fue éste el auditorio más ilustre a que Pablo se dirigió. Sin duda se referían a esta escena las palabras de Cristo glorioso a la entrada de Damasco, según las cuales Pablo debería dar testimonio de él «en presencia de los reyes» (9,15). La escena se desenvuelve, evidentemente, en una de las grandes salas del palacio de Herodes (cf. 23,55). La palabra griega que la designa puede entenderse en el sentido de una sala de conferencias, o de audiencias, o de una aula del tribunal.

24-25 Festo, una vez que hace traer a Pablo, lo presenta a los allí reunidos, a los cuales dirige además algunas palabras para ponerlos al corriente del proceso. Digna de notar es, en el v. 24, la gran libertad con que habla de los deseos de toda la muchedumbre (en Jeru-
26-27 salén y aquí)[32]. Festo pasa ahora a explicar el por qué de esta reunión: Pablo apeló al César, pero él no puede enviarlo a Roma sin hacer llegar al mismo tiempo al emperador, y por escrito, un resumen exacto de las acusaciones que se han aducido contra el presunto reo. Con la reunión busca ponerse en condiciones de hacerlo.

32. Cf. Act 21,36; 22,22.

Festo abriga, pues, la esperanza (es lo que significan sus palabras) de que Agripa, como buen conocedor que es de las cuestiones religiosas judías, después de interrogar a Pablo pueda ilustrarlo con mayor exactitud acerca de las doctrinas y de las ideas del Apóstol, no menos que acerca del significado y de cómo se justifican las incriminaciones del sanedrín; con ello cuenta para poder suministrar alguna información segura al emperador. El derecho romano prescribía este informe oficial del procurador *(elogium, litterae dimissoriae sive apostoli)*. En el v. 26, Festo emplea el término «señor» para referirse al emperador, señalándolo así como depositario de la autoridad absoluta y universal. El primero en asumir el título de «señor» como designación imperial, fue Calígula; Domiciano se hizo llamar «señor y dios».

Agripa asume la presidencia de la asamblea. Cede la palabra **26,1** a Pablo, y declara abierta la sesión (v. 30). A él dirige su discurso el Apóstol (v. 26, y cuatro veces en que se dirige expresamente a él, v. 2.7.13.19), quien, además, adopta un lenguaje apropiado sólo a un interlocutor judío. El parecer de Agripa es consignado en forma directa (v. 32). Una vez reconocida expresamente por el rey judío, persona competente en la materia, la completa inocencia del Apóstol, el relato da por terminado el proceso de Pablo ante el procurador de Judea. Por lo que mira al contenido, esta autodefensa del Apóstol coincide en gran parte con el discurso pronunciado en el atrio del templo (22,1-21) y con el de Cesarea delante de Félix (24,10-21).

Pablo inicia su defensa con un cumplido al rey Agripa. Con- **2-3** sidera una fortuna tener la oportunidad de defenderse delante de un conocedor tan eminente de las costumbres y de las controversias religiosas de los judíos. Agripa no era en realidad un judío de convicciones profundas ni practicante, pero mantenía contacto con el judaísmo ortodoxo. Para poderse casar con las hermanas de Agripa, sus cuñados Azizo de Emesa y Polemón de Cilicia tuvieron que aceptar la circuncisión. En la tradición judía se cuenta de él que proponía cuestiones relacionadas con la ley al célebre rabí Eliezer.

El Apóstol entra luego a defenderse, afirmando ante todo, cate-

góricamente, en contra de lo que sostienen sus acusadores, que de ninguna manera ha hecho traición a la religión hebrea; que, por el contrario, hasta el día de hoy ha guardado perfecta fidelidad a la fe paterna y a la esperanza del pueblo judío (v. 4-8). Más aún, desde su juventud ha militado en la fracción más rígida dentro del judaísmo, el partido de los fariseos; en otras palabras, ha formado parte de los círculos que más literalmente observan la ley. Y si es verdad que ahora se halla sometido a investigación judicial, la única razón es la firmeza con que espera en la promesa de Dios a los padres (la promesa de la resurrección de los muertos, v. 8), por cuyo cumplimiento suspiran con ansias las doce tribus, pidiendo a Dios su realización en súplicas ininterrumpidas. Por causa de esta esperanza ha sido citado a juicio. Pablo quiere decir: yo creo, y por doquiera lo predico, que esta esperanza de nuestro pueblo ha tenido su primera realización en Jesús, el Nazareno. Es cierto que a este Jesús, a quien yo anuncio como Mesías, le dieron muerte, pero Dios lo resucitó de entre los muertos; ¿cómo puede un judío dudar de que Dios es capaz de resucitar a los muertos? Es, por tanto, un contrasentido que sean precisamente los judíos quienes me acusan.

Para comprender debidamente esta defensa del Apóstol, es necesario tener presente que el punto central de la religión judía, en la forma que el fariseísmo le había impreso, era la esperanza en la era mesiánica, que implicaba la perspectiva de participar en el reino eterno y escatológico de Dios, reservado, sin embargo, tan sólo a aquellos que lleguen a la resurrección de los justos. Con la resurrección de Jesús a una vida nueva y sobrenatural ha comenzado, en cierto modo, la resurrección de los muertos [33].

9 Pablo pasa ahora a exponer el origen de su fe en Jesús Mesías y su vocación a hacerse heraldo de la fe cristiana (v. 9-18). En un principio, rechazó esta fe con decisión, y hasta con pasión, teniéndose por obligado en conciencia a exterminar por todos los medios a cuantos la profesaban, y para lograrlo no retrocedió ante los procedi-

33. Cf. 1Cor 15,20: «Pero la verdad es que Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicia de los que están dormidos»; Col 1,18: «el primogénito de entre los muertos»; Act 26,23.

mientos más brutales [34]. En 10*b* alude a la parte que tuvo en la muerte de Esteban (8,1); no hay necesidad de tomar el plural al pie de la letra sino como un plural retórico. Por «blasfemar» se entiende el **11** renegar de Jesús y maldecirle [35]. Estando entregado de lleno a esta **12-20** actividad, una intervención prodigiosa de aquel Jesús a quien él perseguía en sus fieles lo hizo creer en él como Mesías y lo hizo su Apóstol. Jesús se le reveló como el Mesías resucitado de entre los muertos y glorificado en los cielos, es decir, como el verdadero enviado de Dios, y lo indujo a ser su discípulo.

Su fe en Jesús no nació, por consiguiente, de un capricho, sino de una obligación impuesta a él por Dios, de suerte que al predicar a Jesús Mesías no hace otra cosa que obedecer a un llamamiento y a un encargo divinos. La descripción del prodigio de Damasco concuerda en todos los puntos esenciales con los datos de 9,3ss y 22,6ss. Sólo que es éste el único pasaje en que se encuentra la frase del **14** Señor: «Duro es para ti dar coces contra el aguijón.» La expresión «dar coces contra el aguijón» proviene de un proverbio ampliamente difundido en la literatura griega. La metáfora alude al buey que, uncido al arado o al carro, lanza coces contra la vara, provista de un aguijón de acero, con que el amo lo estimula a apurar el paso, pero sin lograr otro resultado que herirse las patas.

El proverbio, sin embargo, no está atestiguado en la literatura hebrea ni aramea; supuesto, pues, que la aparición hablaba a Pablo en arameo, y que no es de creer hiciese uso de un proverbio griego, habrá que admitir que Pablo, o probablemente Lucas, concretó en esta expresión metafórica lo que había oído. Jesús quería decir a Pablo, en todo caso, que su persecución contra los cristianos no era más que un dar coces contra el aguijón del amo, un afán inútil; mejor le era dejar de oponer resistencia. No hay, en cambio, razón alguna para ver en estas palabras expresada la idea de que la persecución que Pablo encabeza no pasa de ser un intento de reacción, inútil desde luego, contra la honda impresión que el mensaje cristiano ha producido ya en su alma. Algunos intérpretes, finalmente, han

34. Véase el relato paralelo en Act 9,1; 22,4 y el comentario a 8,3.
35. Act 13,45; 18,6.

querido sostener la opinión de que la metáfora de dar coces contra el aguijón haya sido tomada por Lucas de *Las bocantes*, de Eurípides, donde también se lee [36]. Pero es una opinión del todo inverosímil, ya que se trata de un proverbio ampliamente difundido.

16-18 Pablo no menciona aquí el papel de mediador que cumplió entonces Ananías de Damasco [37]. Según esta descripción, el Señor glorificado lo habría hecho, directamente, apóstol suyo, confiándole él mismo la misión de predicar especialmente a los gentiles. Es el caso de recordar que nuestro relato es simplemente un resumen comprimido de los dos anteriores, más ricos y más exactos en los detalles. Sólo que aquí se hace resaltar más el carácter sobrenatural de la misión de Pablo, misión que, por lo demás, está descrita con expresiones tomadas de la vocación de Jeremías [38]. Con esta relación intencional, la misión de Pablo es puesta en paralelo con la de aquel gran profeta. Al confiarle la misión, el Señor le promete su protección contra judíos y gentiles, promesa correspondiente al anuncio de los padecimientos que está llamado a soportar por el nombre de Cristo (9,14-15). El objetivo que en su misión ha de buscar está expresado en una alusión a Is 42,7 («te he hecho luz de los gentiles, para abrir ojos ciegos, para sacar de la cárcel a los que yacen en las tinieblas»). Gracias a esta reminiscencia, se aplica a Pablo un texto escriturístico que trata de la misión del siervo de Yahveh, por tanto, de Cristo; lo que equivale a decir, por extensión, que Cristo se torna en luz para los paganos mediante la predicación de sus enviados.

19-20 Para terminar, Pablo se refiere a la ejecución del encargo misionero recibido de Dios (v. 19-23). La enumeración de los lugares que fueron escenario de su actividad no se ha de entender como un dato exclusivamente histórico, sino más bien como un recurso de efecto retórico [39]. El Apóstol recalca con insistencia que, de no haber viajado por las distintas regiones predicando a judíos y gen-

---

36. EURÍPIDES, *Las bacantes* 794s.

37. Act 9,10-18; 22,12-16.

38. Jer 1,5-8; obsérvese especialmente el v. 5: «Te destinaré para profeta de las naciones»

39. Conforme a Act 9,28-29; 22,18-21, él no predicó en toda Judea, sino sólo, y por poco tiempo, en Jerusalén.

tiles, habría sido desobediente a un mandato del cielo. Pero resulta 21
que precisamente por esa actividad los judíos lo detuvieron en el templo y le quieren dar muerte. La ruda contraposición de su obediencia al mandato divino con las agresiones que los judíos le han prodigado, pone bien a las claras la injusticia que anima a sus enemigos.

Mas Pablo, que en todos los peligros ha comprobado de cerca 22
el auxilio de Dios (conforme a la promesa del v. 17), permanece firme aún hoy, y con indomable intrepidez rinde testimonio delante de todos de la esperanza futura de su pueblo, anunciada por Moisés y los profetas. Dos puntos menciona explícitamente, que son objeto 23
de esta esperanza, y de gran importancia para justificar su propia misión: 1.° El Mesías debía sufrir y morir (cf. 17,3); pero Pablo sabe que un Mesías crucificado constituye para los hebreos el más grave de los escándalos (1Cor 1,23), y por eso muchos se resisten a prestar su fe a su predicación. 2.° El Mesías, como primogénito que es de los resucitados de la muerte, anuncia a judíos y gentiles la luz, es decir, el advenimiento de ella (v. 18), a través del ministerio de sus enviados. Al hacer esta afirmación, Pablo piensa ante todo en la profecía del siervo sufriente de Yahveh [40].

En este momento, Pablo se ve interrumpido por una fuerte ex- 24
clamación de Festo, que lo juzga enajenado mental. Como era de esperar, el procurador no entiende nada cuando el Apóstol afirma que Jesús, entregado por los judíos a los romanos, y por éstos crucificado, resucitó de entre los muertos. Semejante afirmación le parece desvaríos de una fantasía enferma. Y como Pablo no ha cesado de acudir a textos de las Escrituras de los hebreos en apoyo de sus ideas, se le ocurre pensar que el ocuparse constantemente de esos libros le ha hecho perder el juicio.

Pero el Apóstol se defiende enérgicamente, y con cortesía hace 25-26
notar al procurador que la persona a quien en realidad se está dirigiendo, es Agripa, hombre bien informado en estas materias, es decir, en la predicación de los profetas y en la muerte y resurrección de Jesús. Son, en efecto, hechos que no acaecieron en un ángulo remoto,

40. Is 53,11-12; 42,6; 49,6; cf. 3,18 y el exc. de la pág. 76.

sino en la propia capital de la nación judía; la predicación apostólica se ha encargado luego de hacerlos conocer por todo el mundo, de suerte que no han podido pasar ocultos al rey.

27 Pablo se dirige ahora de nuevo a Agripa, para preguntarle si cree en los profetas; la pregunta obedece a que, para el Apóstol, la resurrección de Jesús está anunciada en los profetas, y quiere llevar al rey a que reconozca que, al predicar la resurrección del Mesías Jesús, tiene de su parte la Sagrada Escritura y está, por lo mismo, en la verdad. El admitirlo era, desde luego, tanto como aceptar la fe
28 cristiana. Agripa se da cuenta de ello, y responde que Pablo se imagina que en un abrir y cerrar de ojos lo va a hacer cristiano. La salida, evidentemente, no es en serio, sino más bien un toque de humorismo.

Tal parece ser la interpretación mejor fundada de este versículo, sobre el cual mucho se ha discutido, y que, aun desde el punto de vista de la crítica textual, presenta cierto número de variantes. Según otra interpretación, el rey, impresionado por la demostración que el Apóstol acaba de hacer de que el cristianismo es la legítima continuación del judaísmo, reconoce, «aunque sea en una frase más bien jocosa que dicha con absoluta seriedad, que Pablo por poco
29 logra convencerlo» (Dibelius). Pablo vuelve a tomar la palabra y, con toda la seriedad de un apóstol, declara que realmente desea (y así lo pide a Dios) que todos los presentes lleguen a ser como él, o sea, cristianos.

30-32 A esto, el rey levanta la sesión. Tanto Agripa como Festo, Berenice y los demás reunidos, todos han llegado a convencerse de que, con su predicación, Pablo no se ha hecho responsable de ningún delito que merezca la muerte o la cárcel (cf. 23,29).

5. *Pablo es trasladado a Roma*
27,1-28,15

De Cesarea a Creta
27,1-8

[1] *Cuando se decidió que nos embarcáramos para Italia, encomendaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión, por nombre Julio, de la cohorte Augusta.* [2] *Subidos a bordo de un barco de Adramicio que se disponía a navegar hacia las costas de Asia, levamos anclas acompañados de Aristarco, macedonio de Tesalónica.* [3] *Al día siguiente arribamos a Sidón, y Julio se portó amablemente con Pablo, permitiéndole visitar a sus amigos y recibir sus buenos oficios.* [4] *Salimos de allí y navegamos al abrigo de Chipre, porque los vientos eran contrarios;* [5] *atravesamos el mar junto a las costas de Cilicia y Panfilia y llegamos a Mira de Licia.* [6] *Allí encontró el centurión un barco alejandrino que navegaba hacia Italia y nos hizo subir a él.* [7] *Durante bastantes días hicimos la travesía lentamente y con dificultad llegamos a la altura de Cnido; pero no habiendo podido arribar por causa del viento, proseguimos la navegación al abrigo de Creta por Salmona,* [8] *y costeando con dificultad, llegamos a cierto lugar llamado Puertos Hermosos, en cuyas proximidades se encuentra la ciudad de Lasea.*

El relato del viaje marítimo del apóstol a Roma (27,1-28,14) es, a juicio de autores muy competentes que han dedicado al relato una minuciosa investigación, un documento de primer orden para el conocimiento de la náutica antigua, exacto en todos los pormenores. Pero, como Lucas no era marino de profesión, pasa en silencio varios puntos de los cuales el conocedor de la vida marítima desearía indicaciones más precisas, para seguir con más seguridad todos los detalles del relato. Por eso algunos aspectos continuarán en la obscuridad.

1 El centurión Julio recibe de Festo el encargo de conducir a Roma a Pablo y a algunos prisioneros. Al efecto se le confía el mando de algunos soldados (27,31.32.42). Él mismo pertenece a la *cohors Augusta* (cohorte imperial). Las inscripciones mencionan tres cohortes con este nombre, que, evidentemente, es un título honorífico. Lo llevaba, al parecer, una de las cinco cohortes auxiliares sirias acantonadas en Cesarea, y de ella formaba parte Julio.

2 Dado que en 27,1 reaparece el «nos», se colige que Lucas se halla nuevamente en compañía de Pablo, como se halla también el tesalonicense Aristarco [1]; sólo que éstos no van en calidad de prisioneros. Si Pablo dice, refiriéndose al último de ellos (Col 4,10), que fue su «compañero de cautiverio», sólo quiere decir que Aristarco compartió voluntariamente su prisión en Roma.

Para el transporte no había una nave especial, sino que se contrataban los puestos necesarios en una particular. La que por esos días está anclada en Cesarea es una nave de Adramicio, al sur de Tróade [2], que debe tocar a los varios puntos de la costa occidental del Asia Menor. El centurión tenía la esperanza de encontrar, por el camino, algún barco que viajara a Italia, como de hecho sucedió
3 (v. 6). La nave hace escala en Sidón por algunos días, y Pablo obtiene licencia de visitar a los amigos que viven en la ciudad. Lucas tiene, con este motivo, una palabra de alabanza para el centurión, recordando que trataba bien al Apóstol prisionero (cf. v. 43).

4 Parten de Sidón y, después de bordear la costa oriental de Chipre, se internan en las aguas de Cilicia y de Panfilia para llegar, sin nuevas escalas, a Mira, en Licia. Un fuerte viento contrario, que sopla del oeste, no les permite navegar por el sur de Chipre, según era su intención al zarpar de Sidón (así lo había hecho, en dirección opuesta, en 21,2-3). Esto los obliga a proseguir rumbo al norte, hasta doblar el promontorio nordeste de la isla, para dirigirse luego al oeste. En esta forma la nave queda protegida de los vientos de poniente por las montañas de Chipre, que, en parte al menos, son muy elevadas, pudiendo así aprovechar, a lo largo de la costa de Cilicia y de Panfi-

1. Cf. Act 19,29; 20,4.
2. Act 16,8; 20,5.

lia, los vientos de tierra y de mar y, al menos hasta el cabo Celidonio (50 kilómetros a oriente de Mira), también la corriente marina que va hacia el oeste. Según el texto occidental, el viaje de Sidón a Mira duró 15 días [3].

En Mira, el centurión encuadra una nave alejandrina, con car- 6
gamento de granos para Italia, y se embarca en ella con dos soldados y los prisioneros. Sabemos por fuentes antiguas que las naves que zarpaban con granos de Egipto rara vez podían tomar directamente la ruta en dirección oeste hacia Italia, sino que, impulsados por el viento de poniente, navegaban hacia el norte hasta Mira (Alejandría y Mira están casi sobre el mismo meridiano); luego, girando hacia occidente, doblaban el extremo meridional de Grecia (la isla de Citerea) rumbo a Sicilia, y tomaban, finalmente, la dirección de Putéolos o de Ostia, al norte.

A partir de Mira, el viaje transcurre con bastante lentitud a lo 7
largo de la costa, entre la isla de Rodas y el Asia Menor. La nave, obligada a luchar con fuertes vientos contrarios, sólo con dificultad logra llegar hasta la altura de Cnido, ciudad situada sobre la larga y estrecha península del mismo nombre, en el extremo suroeste del Asia Menor. Seguir la ruta directa hacia el oeste, pasando por entre Creta y el Peloponeso, es imposible a causa del viento que sopla constantemente del noroeste; por otra parte, dado lo avanzado de la estación resultaría largo esperar vientos favorables; la nave elige entonces la única ruta posible y zarpa hacia el promontorio del nordeste de Creta (el cabo Salmona). Se espera llegar así, siguiendo la costa meridional, al extremo occidental de la isla; de aquí, el viento del nordeste haría posible tomar la ruta noroeste, para luego, con los vientos del norte, que soplan del mar Adriático, volver proa al suroeste hasta Sicilia. Sólo que, al tocar la nave la costa meridional de la isla, cesa el viento. En viaje lento y fatigoso, pegado a la costa, la nave toca por fin en la localidad de «Puertos Hermosos», no lejos de la ciudad de Lasea, a mitad de la costa meridional. Más de una vez, incluso, habrá sido necesario valerse del esquife para remolcar la nave (v. 16).

---

3. Cf. el comentario a Act 21,3.

Se reanuda el viaje, contra el parecer de Pablo
27,9-13

9 Transcurrido mucho tiempo y resultando ya peligrosa la navegación por haber pasado ya el ayuno, Pablo les aconsejaba, 10 diciendo: «Compañeros, veo que la navegación va a ser con peligro y grave daño no sólo para la carga y para el barco, sino también para nuestras personas.» 11 Pero el centurión se fiaba más del piloto y del patrón de la nave que de las advertencias de Pablo. 12 Y no siendo aquel puerto a propósito para invernar, la mayoría fueron del parecer de zarpar de allí por ver si conseguían llegar a pasar el invierno en Fénice, puerto de Creta, orientado al suroeste y al noroeste.
13 Comenzaba a soplar viento sur, y pensando que tenían conseguido su intento, levaron anclas y navegaron costeando la isla de Creta.

9 Es ya considerable el lapso transcurrido desde el día en que se inició el viaje (cerca de 40 días). Según el antiguo escritor militar Vegecio [4], la navegación se consideraba insegura a partir del 14 de septiembre, y quedaba completamente suspendida desde el 11 de noviembre hasta el 5 de marzo. El «día del ayuno» es el del único ayuno que la ley de Moisés prescribía a todo el pueblo, en el gran día de la expiación [5], y caía el día décimo de tišrí (el séptimo mes); basados en el calendario hebreo usado en aquella época, podemos dar casi por seguro que en el año 59 correspondió al 6 de octubre, y en el año 60 al 24 del mismo mes.
10 Pablo, que en el momento de escribir 2Cor había pasado ya por tres naufragios (11,25) y adquirido cierta experiencia en cuanto a viajes marítimos, busca disuadir de continuar la travesía, conside-
11 rando lo avanzado de la estación; pero no se le presta oídos. El timonel y el capitán son partidarios de proseguir, y el centurión se adhiere al parecer de ellos. Abrigaban quizá la esperanza de poder lle-

4. VEGECIO, IV, 39.
5. Cf. Lev 16,29-31.

gar hasta Sicilia. De todos modos, la mayoría decide se haga el inten- 12
to de alcanzar el puerto de Fénice, para invernar allí, ya que el sitio en que han hecho escala es poco apropiado para hacerlo.

El puerto de Fénice está situado en la costa meridional de Creta, mirando al oeste. Hasta hoy no se ha podido dar una interpretación segura del dato geográfico relativo a la situación del puerto. Recientemente se ha entendido en el sentido de «abierto hacia el oeste», y se identifica el puerto con el de la actual bahía de *Phineka*. Pero cabría preguntarse si un puerto de esta índole era apropiado para pasar el invierno. Ahora, «a una milla de *Phineka* está la bahía de Sutro, que se abre hacia el oeste, y se encuentra, por lo tanto, protegida contra los vientos del suroeste y del noroeste» (Dupont). 13
Así que comienza a soplar un ligero viento del sur, creen los marineros llegado el momento de poner en ejecución su proyecto, levan anclas y se van costeando de cerca la isla en dirección oeste, después de haber remolcado la nave fuera del puerto con el esquife.

Tempestad
27,14-20

[14] *Pero muy pronto se desencadenó contra ella un viento huracanado que se llama euraquilón.* [15] *Arrastrada la nave y no pudiendo hacer frente al viento, nos abandonamos a la deriva.* [16] *Avanzando protegidos por una pequeña isla llamada Clauda, logramos a duras penas hacernos con el esquife.* [17] *Izado éste, echaron mano de los recursos atando la nave con maromas, y por miedo de encallar en la Sirte, bajaron el instrumento y se dejaron llevar a la deriva.* [18] *Al día siguiente, como siguiera arrastrándonos fuertemente la tempestad, comenzaron a echar lastre,* [19] *y al tercer día arrojaron por su propia mano los aparejos.* [20] *A medida que pasaban más días sin que apareciera el sol ni las estrellas y sin que la tempestad amainara, se iba perdiendo toda esperanza de salvación.*

14 El nombre euraquilón (del latín *euroaquilo; eurus* = viento del este, *aquilo* = viento del nornordeste) se encuentra sólo en este pasaje, y designa el viento del nordeste. El epíteto de «huracanado» (literalmente, en remolino) se refiere no tanto a la dirección del viento, cuanto a la impetuosidad que llevaba. Desde lo alto de las montañas de Creta se precipita este viento con inaudita violencia sobre la nave, una vez que ésta pasa del cabo Matala y no cuenta ya con la protección del monte Ida; al embestirla, la arranca de la costa y la lanza a mar abierto. Al impacto del huracán, o ya a las primeras señales, los marineros habrán amainado la vela de proa,
15 arriando también la vela maestra y recogiéndola completamente sobre el mástil. Con todo, no logran enderezar la nave, es decir, hacerla girar en tal forma que la proa se enfrente al huracán, con lo cual podría romper las olas y hacer que se deslicen por los flancos.

No les queda entonces más que acudir a la única solución posible, la de sustraer la proa al viento y dejarse llevar, para lo cual dirigen sus esfuerzos a mantener la popa contra el viento. Mientras la nave va a la deriva, empujada en dirección de la islita de Clauda, o Cauda (llamada hoy Gavdos por los griegos, y situada a 40 kilómetros al sur de Fénice), que está del lado opuesto al viento («a sotavento»), los marineros, algo protegidos contra el furor de la tempestad, logran recoger el esquife y subirlo de nuevo a cubierta; trabajo nada fácil, pues éste va lleno de agua. Aquí quedará hasta el naufragio en Malta (v. 30-32). Hasta el momento había sido llevado a remolque, con el peligro de que la tempestad lo estrellara contra la popa de la nave, haciéndolo pedazos o desprendiéndolo de ésta. En caso de naufragio o de un daño irreparable de la embarcación, era necesario para poner a salvo a los pasajeros.

17 El v. 17*a* es de interpretación incierta. Se puede traducir también: «al levantar (el esquife) utilizaron instrumentos auxiliares porque (al mismo tiempo) ceñían la nave». Lo que se puede sacar en claro del texto es que los marineros ciñeron la nave con cables, para aumentar la capacidad de resistencia contra la furia de las olas. Sobre la manera como pudieron llevar a cabo esta maniobra, los competentes en la materia no están de acuerdo. Hay quienes piensan en una especie de vendaje longitudinal, templando el cable horizontalmente

de proa a popa en torno a la nave; otros, en cambio, creen se trataba más bien de una operación en sentido transversal.

Pero ahora afrontan los marineros un nuevo peligro: el de ir a chocar contra la Sirte, dado que el euraquilón sopla precisamente en esa dirección. Se hace referencia aquí a la gran Sirte, cuyos inmensos bancos de arena movediza se internan profundamente en el mar desde la costa de Cirene, constituyendo serio motivo de temor para todo marino. De este peligro tienen ahora que defenderse nuestros viajeros. «Bajaron el instrumento.» La expresión griega correspondiente ha recibido diversas interpretaciones. Algunos piensan, y ésta parece ser la interpretación más acertada, que arrojaron un ancla flotante, con el ánimo de disminuir velocidad hasta que la tempestad cesara o el viento cambiara de dirección. Otros suponen que los marineros bajaron el palo mayor sobre el puente, izando en su lugar la vela llamada treo, a fin de contrarrestar en algo la acción del viento y poder navegar de algún modo. Con este artificio la nave podía ser dirigida en dirección oesnorueste.

La tempestad sigue castigando la nave, que ya empieza a hacer **18** agua; ante esto, los marineros «comenzaron a echar lastre», lo que significa, a juicio de algunos, que arrojaron al mar parte de la carga (el trigo; cf. v. 38); según otros, se limitaron a deshacerse de todo lo superfluo, ya que el arrojar parte de la carga habría resultado una operación demasiado peligrosa para la nave azotada por las olas, dado que para ello habría sido necesario abrir las escotillas. Al día **19** siguiente la situación se torna todavía más angustiosa, y la tripulación misma sacrifica los aparejos (jarcias, mástiles, palancas); cf. Jn 1,5. Privados de toda posibilidad de orientación en un cielo completa- **20** mente cubierto por varios días, juguetes de una tempestad que arrecia con furia cada vez mayor, los viajeros acaban por perder toda esperanza de salvación.

Alentadora visión de Pablo
27,21-26

[21] *Y como llevábamos tanto tiempo sin comer, Pablo, de pie en*
medio de ellos, dijo: «Mejor hubiera sido, compañeros, que, hacién-
dome caso, no hubiéramos zarpado de Creta, y nos habríamos
ahorrado esta tempestad y perjuicio. [22] *Y ahora os aconsejo que*
tengáis buen ánimo, porque no perecerá ninguno de vosotros,
sino sólo el barco. [23] *Pues esta noche se me ha aparecido un ángel*
del Dios a quien pertenezco y sirvo, [24] *y me ha dicho: "No temas,*
Pablo; tú has de comparecer ante el César y en vista de ello Dios
te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo." [25] *¡Ánimo, pues, amigos!, porque yo confío en Dios que sucederá como*
se me ha dicho, [26] *aunque haya que encallar en una isla.»*

21 La situación desesperada, agravada tal vez por el mareo, hace
que los viajeros no quieran tomar ya alimento alguno; entregados a
la desesperación, sólo aguardan el momento en que la nave se vaya
23 a pique. En este trance, un ángel se aparece durante la noche a
Pablo, e infundiéndole ánimo le asegura que llegará por fin a Roma,
porque debe presentarse al César, es decir, debe comparecer delante
de su tribunal (cf. 23,11); esto significa que haya de presentarse a la
persona misma del emperador (Nerón). Por eso, él y todos sus com-
pañeros de viaje saldrán con vida, y sólo la nave se perderá.
24 No hay la menor duda de que Pablo habrá orado a Dios por su
salvación y la de sus compañeros, y recibe ahora la certeza de que
su oración ha sido escuchada; con ella obtiene que ninguno de los
25 viajeros perezca. Para levantarles un poco el ánimo a los demás, que
en su mayor parte debían ser gentiles, les cuenta la visión que ha
tenido durante la noche, asegurándoles que está plenamente conven-
26 cido del cumplimiento de esta promesa. El detalle de que la nave
tocará tierra en una isla no es parte de la profecía del ángel, sino es
más bien una conclusión que Pablo deduce de ella (v. 22*b*).

La nave se aproxima a tierra; se frustra un intento de fuga de la tripulación
27,27-32

[27] *Y cuando llegó la noche decimocuarta desde que íbamos a*
la deriva por el Adriático, hacia la media noche, comenzaron
a barruntar los marineros que estaban próximos a alguna costa.
[28] *Y lanzando una sonda encontraron fondo a veinte brazas; un poco*
más adelante volvieron a lanzarla y lo encontraron a quince brazas;
[29] *y temiendo no fuéramos a dar contra alguna escollera, arrojaron*
desde popa cuatro anclas y estaban deseando que se hiciera de día.
[30] *Ante el intento de los marineros por escapar de la nave lan-*
zando al mar el esquife con el pretexto de echar lejos el ancla de
proa, [31] *dijo Pablo al centurión y a los soldados: «Si no permanecen*
éstos en la nave, no podréis salvaros.» [32] *Al punto, los soldados*
cortaron las amarras del esquife y lo dejaron caer.

A dos semanas de haber zarpado de Puertos Hermosos, la nave **27**
continúa a merced del temporal, llevada de una parte a otra por el
mar Adriático. Aquí, como en casi todos los escritores antiguos, la
denominación de «mar Adriático» tiene un sentido amplio, inclu-
yendo también el mar Jónico y el de Sicilia. Hacia la media noche,
los marineros tienen la impresión de estarse acercando a tierra, bien
sea porque alcanzan a percibir el choque de las olas, bien porque
divisan a lo lejos una franja blanca en que reconocen la espuma de
las olas al romperse. Sondean entonces para comprobar la profun- **28**
didad del mar, y hallan que ésta disminuye rápidamente. Una braza **29**
equivale a 1,85 metros. Ante el peligro de chocar contra algún arre-
cife, del lado de popa lanzan inmediatamente cuatro anclas para
detener la nave. En la cubierta de popa de las naves antiguas, ciertas
instalaciones (bitas y escobenes) permitían fondearlas por esta parte.

Es entonces cuando la tripulación, o parte de ella, olvidando **30**
el propio deber, intenta la fuga para ponerse a salvo. Para este fin,
los marineros se disponen a bajar el esquife al agua, con el pretexto
de fondear la nave también por el lado de proa. Dado que la nave ya

se había detenido, habría sido necesario llevar el ancla hasta cierta distancia de ella, arrojarla allí y dejar correr el cable, o cadena,
1-32 hasta que el ancla se hinchase en el fondo. Pablo adivina la treta de los marineros y la hace fracasar. Si su fuga hubiera tenido éxito, no habría quedado nada que hacer por el rescate de los pasajeros, porque su presencia era absolutamente indispensable para poder maniobrar la nave.

Algunos conocedores de las gentes del mar critican de injustificada la desconfianza hacia la tripulación, y precisamente por estos dos motivos: 1.° Dada la situación, era por demás conveniente arrojar otras anclas por el lado de proa, para inmovilizar la nave. 2.° Abandonar la nave ya fuertemente anclada, para escapar a bordo del esquife en la oscuridad de la noche y en medio de la tempestad hacia una playa desconocida, fácilmente habría podido resultar de consecuencias fatales para los marineros. Los soldados, al hacer caer el esquife al mar, hicieron inevitable que a la mañana siguiente se vieran en la necesidad de acercar la nave hasta la costa, lo que dio por resultado el naufragio; sin el bote, los pasajeros no podían descender a tierra.

Pablo exhorta a los viajeros a tomar alimento
27,33-38

[33] *Mientras comenzaba a hacerse de día, Pablo rogaba a todos*
que tomaran algo de comer diciéndoles: «Catorce días con hoy lle-
váis en tensión sin comer y sin probar bocado. [34] *Os ruego, pues,*
que toméis algo de comer, porque os es necesario para que os salvéis,
ya que ni un solo cabello de vuestra cabeza perecerá.» [35] *Dicho*
esto, tomó un pan, dio gracias a Dios en presencia de todos, par-
tiólo y empezó a comer. [36] *Animáronse todos y tomaron también*
alimento. [37] *Éramos en total doscientas setenta y seis personas en*
la nave. [38] *Una vez saciados, comenzaron a aligerar el barco, arro-*
jando el trigo al mar.

Así que la anhelada aurora se anuncia, Pablo se dirige por se- 33
gunda vez a sus abatidos compañeros de viaje y los invita a tomar
alimento, recordándoles que esto es necesario si quieren salvarse. 34
Les asegura al mismo tiempo que no tienen razón para temer más
por su vida, puesto que ni uno solo de sus cabellos perecerá [6]. 34b
Al decir que han pasado ya 14 días sin tomar alimento, quiere
recalcar el hecho de que desde el principio de la tempestad no han
vuelto a tomar los alimentos con orden y regularidad, con lo cual
han perdido completamente las fuerzas. Consciente de que el ejemplo 35
es más eficaz que las palabras, toma delante de ellos un pan, recita
luego en alta voz, según la costumbre judía, la oración de acción
de gracias, lo parte, y empieza a comer. No se trata en esta ocasión
ni del rito eucarístico ni del ágape cristiano [7].

El ejemplo del Apóstol, pero sobre todo su serenidad y su con- 36
fianza ciega en Dios, infunde nuevo valor a los compañeros de viaje,
que, siguiendo su ejemplo, acaban por tomar alimento. Lucas nos 37
comunica en esta oportunidad, que en la nave se encontraba un total
de 276 personas. Según el códice Vaticano y la versión sahídica, se
trataba sólo de «aproximadamente 76 personas». En la nave en que
Flavio Josefo viajó a Roma iban cerca de 600 personas [8]. Con el 38
objeto de disminuir calado, los marineros arrojan al mar el grano,
es decir, la carga, o lo que les queda de ella; quieren así poder acer-
carse lo más posible a la orilla.

Naufragio y rescate
27,39-44

[39] *Cuando por fin se hizo de día, no reconocían la tierra, pero advirtieron una ensenada que tenía playa, en la cual decidieron encallar la nave si podían.* [40] *Y soltando las anclas por uno y otro lado, las arrojaban al mar, al mismo tiempo que desataban las amarras de los timones e izando el artimón al viento, se dejaban*

6. Cf. Lc 1,18; 1Sam 14,45.
7. Cf. el exc. de la pág. 85.
8. Fl. Josefo, *Vita*, § 15.

ir hacia la playa. [41] *Pero toparon con un sitio entre dos mares y lanzaron la nave, cuya proa quedó encallada e inmóvil, mientras la popa se deshacía por la violencia del oleaje.* [42] *La opinión de los soldados era que se debía dar muerte a los presos, no fuera que alguno se escapara a nado.* [43] *Pero el centurión, deseando salvar a Pablo, impidió su propósito y ordenó a los que sabían nadar que se tiraran los primeros y salieran a tierra,* [44] *y que los demás lo hicieran unos sobre tablas y otros sobre los restos de la nave. Y así fue como todos llegaron salvos a tierra.*

39 Cuando por fin aclara el día, los marineros, aunque no reconocen cuál sea la costa ante la que se halla anclada la nave, observan que frente a ellos se abre una ensenada con playa espaciosa, y deciden hacer encallar allí la nave, para sacar los pasajeros a tierra firme.
40 Sueltan, pues, las anclas y las abandonan en el mar; al mismo tiempo hunden en el agua los dos timones, que, en el momento de abandonar las anclas, habían levantado y fijado con correas, e izan en el mástil el artimón, una pequeña vela cuadrada. La nave se pone en movimiento; ayudándose de la vela y de los timones, los marineros sostienen la nave en la misma dirección del viento para evitar que encalle de lado.

41 Pero, a pesar de todas las precauciones, la nave va a parar no a la playa de la isla, sino a «un sitio entre dos mares». La expresión griega correspondiente ha sido objeto de variadas interpretaciones por parte de los especialistas. La gran mayoría piensa que se trata de un banco de arena separado de tierra firme por un profundo brazo de mar. Contra este banco los marineros dirigen intencionadamente la nave. La proa encalla profundamente en la arena, o en el fango, mientras la popa se despedaza. La nave está definitivamente perdida, y para sus ocupantes lo que importa ahora es llegar a tierra.

42 Los soldados, que con su vida deben responder de los prisioneros (cf. 12,19), temen que algunos de ellos escapen a nado, y para
43 prevenirlo piensan darles muerte. Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, se lo prohíbe; la serenidad y la perspicacia de que el Apóstol ha dado prueba durante la borrasca le han causado honda impresión. Para que el trabajo de salvamento de los náufragos se

cumpla con orden y todos puedan llegar a tierra, manda que primero dejen la nave los que sepan nadar, y que luego los demás traten sucesivamente de ganar la orilla ayudándose de las tablas y demás restos de la nave. Todos logran salvarse. Las investigaciones, aun las más recientes, han confirmado que el lugar en que la nave encalló es la tradicional bahía de san Pablo, localizada en la costa nordeste de la isla.

En Malta
28,1-10

[1] *Puestos a salvo, descubrimos que la isla se llamaba Malta.*
[2] *Los bárbaros tuvieron con nosotros una amabilidad poco frecuente,*
porque nos recibieron a todos encendiendo una hoguera a causa
de la lluvia que había caído y a causa del frío. [3] *Al recoger Pablo*
una brazada de leña y echarla al fuego salió excitada por el calor una
víbora que se le agarró a la mano. [4] *Cuando los indígenas vieron el*
reptil pendiente de su mano, se decían unos a otros: «Muy criminal
debe ser este hombre cuando, salvado del mar, la justicia no le ha
dejado seguir viviendo.» [5] *Pero él, sacudiendo el bicho al fuego,*
no sufrió daño alguno. [6] *Ellos esperaban que empezaría a hincharse*
o caería muy pronto muerto. Pero después de esperar largo tiempo
y viendo que no le sucedía nada malo, cambiaron de parecer y
decían que era un dios.

[7] *Había en las proximidades de aquel lugar una finca, propiedad*
del «primero» de la isla, llamado Publio, el cual nos recibió y
por tres días nos hospedó amistosamente. [8] *Estaba el padre de*
Publio en cama, aquejado de fiebres y disentería. Le visitó Pablo,
oró, le impuso las manos y lo curó. [9] *Ante este suceso, los demás*
que en la isla tenían enfermedades venían a él y eran curados,
[10] *los cuales no sólo nos dispensaron grandes honores, sino que,*
al reembarcar, nos proveyeron de todo lo necesario.

Malta.

La isla de Malta (en griego, Μελίτη) servía a los fenicios como punto de apoyo en sus viajes a Hispania y por eso fue, desde remotos tiempos, asiento de una colonia fenicia, que en los siglos VIII o VII a.C. se hizo políticamente independiente. Hacia el año 500 Malta fue sometida por Cartago. En 218 la isla pasó a ser dominio de Roma, y fue agregada a la provincia de Sicilia, conservando, sin embargo, el carácter de aliada autónoma. Parece que, con ocasión de la reorganización de las provincias bajo Augusto, Malta y la vecina isla de Gozzo (en griego, Γαῦδος o Γαῦλος) fueron completamente desmem-
7 bradas de Sicilia y confiadas a un procurador imperial. La dignidad de «primero» de la isla se lee en dos inscripciones halladas en Malta; mas parece seguro que este título no tiene nada que ver con el del funcionario de más rango en el gobierno de la isla, ni designa siquiera un cargo público, sino que es más bien un título honorífico, relacionado con el patronato, recuerdo de una antigua institución de origen prerromano.

Hasta el 300 a.C. aproximadamente, la civilización de la isla fue enteramente fenicia. De ahí en adelante, el elemento griego, y más tarde también el romano, penetraron cada vez con mayor fuerza. Con todo, como permiten deducirlo las inscripciones y las monedas, todavía en el siglo I la parte preponderante de la población era de origen fenicio y hablaba el púnico, una lengua emparentada con el
2-4 hebreo. Por esta razón Lucas emplea la designación de bárbaros para los habitantes de la isla, designación que no significa sino «de raza y de lengua extranjeras»; cf. 1Cor 14,11.

2 Los náufragos hallan una acogida cordial por parte de los habitantes de la isla. De cuanto haya sucedido durante los tres meses (v. 11) que allí permanecieron se conservan solamente dos episodios, que tienen por personaje central a Pablo. Viendo los nativos que los náufragos vienen completamente empapados, encienden una hoguera,
3 para que puedan calentarse y secar sus ropas. Pablo, queriendo prestar ayuda, recoge una pila de ramas secas y las arroja al fuego.

Pero una serpiente venenosa, asustada por el calor, sale de entre las 4
ramas y lo muerde en la mano. El espectáculo induce a los gentiles
a creer que este prisionero es un asesino a quien persigue la venganza
divina. Ellos piensan, desde luego, en alguna divinidad semítica,
pero la forma como Lucas refiere su pensamiento alude a la mitolo-
gía griega, que conoce una diosa llamada *Dike* (= Venganza, Justicia
vengadora).

Sólo que, ante la sorpresa de aquellas gentes, Pablo no presenta 5-6
ningún síntoma de hinchazón ni cae muerto; esto las lleva entonces
a imaginarse que aquél debe ser un personaje de otro mundo, un
dios (cf. 14,11). No hay por qué poner en duda que, conforme al
relato de los Hechos, el Apóstol fue preservado en forma milagrosa
de los efectos nocivos de la mordedura de la serpiente [9].

En un gesto de amistad, el «primero» de la isla atiende a expen- 7
sas suyas a los náufragos, o por lo menos a una buena parte de ellos
(entre otros a Pablo y a sus compañeros), durante tres días, hasta
cuando se provea en otra forma a su alojamiento y sustento. Este
Publio era probablemente un ciudadano romano; aquí se lo llama
sólo por el *praenomen* [10], según se acostumbraba en familia. Pablo 8
tiene oportunidad de manifestarle su reconocimiento curándole al
padre, postrado en cama por la disentería y la fiebre [11]. La noticia 9
de que este extranjero posee la virtud de curar enfermos se difunde
rápidamente por la isla. De todas partes acuden los enfermos a 10
hacerse curar [12]. Por su parte estas gentes, en señal de reconoci-
miento, rodean a Pablo y a sus compañeros de grandes muestras
de estimación, y, llegado el momento de la partida, los proveen de
todo lo necesario para el viaje. No se dice si Pablo ejerció en Malta
alguna actividad de predicador. Ésta no debió faltar del todo, pero

9. Cf. Mc 16,18; Lc 10,19; Sal 91,13.

10. Los romanos solían llamarse tres nombres a los que a veces se añadía otro sobrenombre; p. ej., Publio (*praenomen* o nombre individual) Cornelio (*nomen* o nombre de la *gens* o familia) Escipión (*cognomen* o sobrenombre que forma cuerpo con el nombre y es hereditario) el Africano (*agnomen* o sobrenombre que no forma cuerpo con el nombre y no es hereditario). Nota del traductor.

11. Cf. Lc 10,9.

12. Cf. Act 5,16; 8,7.

no es el caso de pensar en la fundación de una comunidad cristiana en la isla.

De Malta a Roma
28,11-16

[11] *Pasados tres meses, fuimos transportados en una nave alejandrina con la insignia de los Dioscuros, que había invernado en la isla.* [12] *Hicimos la travesía hasta Siracusa, donde permanecimos tres días;* [13] *de allí, bordeando, llegamos a Regio, y pasado un día, al siguiente, con viento del sur, arribamos a Putéolos,* [14] *donde hallamos unos hermanos que nos pidieron permanecer con ellos siete días. Y así finalmente llegamos a Roma.* [15] *Los hermanos de allí, que habían tenido noticias nuestras, salieron a nuestro encuentro hasta el Foro Apio y Tres Tabernas. Al verlos Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimos.* [16] *Cuando entramos en Roma, le fue permitido a Pablo vivir en casa propia con el soldado que lo custodiaba.*

Según Vegecio, la navegación se reanudaba el 5 de marzo[13]; según Plinio el Viejo, en cambio, esto sucedía desde el 27 de febrero[14].

11 La nave alejandrina que acepta a bordo a los náufragos, o quizá sólo a los prisioneros con la escolta y sus respectivos acompañantes, llevaba por insignia protectora a los Dioscuros Castor y Polux. La efigie de los Dioscuros estaba colocada en la proa, a derecha e izquierda, y bajo la efigie el nombre *Dioskouroi*. Era éste también el nombre de la nave. Estas dos divinidades eran consideradas por los antiguos como patronos de las naves y genios tutelares de la navegación.

12-13 La partida debió ser en la segunda mitad de febrero. El viaje transcurre rápido y sin contratiempos. La nave, pasando por el estrecho de Mesina, deposita la carga en el excelente puerto de Putéo-

---

13. Cf. el comentario a Act 27,9.
14. PLINIO EL VIEJO. *Hist. Nat.* II, 47.

los (hoy *Pozzuoli)*, cerca de Nápoles, como solían hacerlo los barcos que venían de Alejandría. También la nave que, hacia la primavera del año 64, llevó a Flavio Josefo a Italia, terminó aquí su viaje.

En la ciudad, Pablo encuentra hermanos, es decir, cristianos, y **14** con ellos se queda siete días. Por qué motivo haya hecho el centurión, juntamente con los prisioneros, una parada tan larga, no lo sabemos. Algunos comentaristas, teniendo en cuenta que el tiempo de permanencia debía estar fijado por el centurión, prefieren la forma del texto occidental, que dice: «tuvimos el consuelo de podernos quedar siete días con ellos».

Entre tanto los cristianos de Roma, para quienes Pablo no es un desconocido (ya había escrito la carta a los Romanos), reciben noticia de su llegada y salen a su encuentro; algunos van hasta el Foro (mercado) de Apio, localidad situada sobre la célebre Vía Apia, unos 60 kilómetros al sur de Roma; otros lo esperan en Tres Tabernas, a 48 kilómetros de la ciudad. Pablo reconoce en esta atención un buen presagio de que hallará acogida cordial por parte de la comunidad romana, cosa que para él es de máxima importancia [15]. Aunque en circunstancias diversas de las que en otro tiempo entraban en sus planes, ve ahora realizado por fin el sueño de tantos años (19,21).

En Roma se le permite tomar una casa de alquiler, para vivir **16** allí con el soldado destinado a su vigilancia, y recibir visitas (28, 23.30). Se encuentra, pues, bajo lo que se llamaba *custodia militaris*, una forma de prisión generalmente muy atenuada. Según 28,20, tenía cadenas, es decir, estaba atado al soldado de guardia, según el modo más común de entender este dato.

En el texto occidental, el v. 16 se lee en estos términos: «Así que llegamos a Roma, el centurión entregó los prisioneros al estratopedarca (comandante del campamento); mas a Pablo se le permitió habitar en una casa propia fuera del campamento, junto con el soldado que lo vigilaba.» A este comandante del campamento se lo suele identificar con el prefecto del pretorio o de la guardia pretoriana, o sea, el comandante de los pretorianos. Si esta forma

15. Cf. Act 23.11; 2Cor 7.6-7.

del texto es la genuina, se podría deducir de ella una importante consecuencia de carácter cronológico. Se sabe, en efecto, que después de la muerte de Afranio Burro (prefecto de los pretorianos del 51 al 62), las noticias distinguen siempre, como cargos diversos, el de comandante del campamento (que es uno solo) y el de prefecto de la guardia (desempeñado por dos personas). Si, pues, en este momento los dos cargos están todavía en manos de una misma persona, hay que admitir que la llegada de Pablo a Roma fue, a más tardar, en la primavera del año 62.

6. *Los dos años de cautividad en Roma*
28,17-31

Pablo y los judíos de Roma
28,17-29

[17] *Al cabo de tres días convocó a los principales de entre los judíos y una vez reunidos empezó diciéndoles: «Yo, hermanos, sin haber hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres patrias, preso en Jerusalén fui entregado en manos de los romanos,* [18] *los cuales me sometieron a interrogatorio y pensaban soltarme al no encontrar en mí causa alguna digna de muerte;* [19] *pero ante la oposición de los judíos me vi obligado a apelar al César, no porque tuviera nada de qué acusar a mi pueblo.* [20] *Por esta causa he pedido veros y hablaros. Porque por la esperanza de Israel llevo yo esta cadena.»* [21] *Ellos le dijeron: «Nosotros ni hemos recibido cartas de Judea acerca de ti, ni ha venido ninguno de los hermanos a denunciar o decir nada malo contra ti;* [22] *sólo deseamos oir de tus labios lo que sientes, porque lo que sabemos de esta secta es que en todas partes se la contradice.»* [23] *Fijáronle fecha y vinieron muchos a donde se hospedaba; él les anunciaba con testimonios el reino de Dios, tratando de persuadirlos sobre Jesús, a partir*

de la ley de Moisés y profetas, desde la mañana hasta por la tarde.
[24] *Y unos asentían a lo que Pablo decía, pero otros rehusaban*
creer. [25] *Y así se fueron marchando en desacuerdo unos con otros.*
Pablo se limitó a decir: «Bien habló el Espíritu Santo, cuando por
medio del profeta Isaías dijo a vuestros padres:

[26] »Ve a este pueblo y diles:
Con el oído oiréis, pero no entenderéis;
mirando miraréis, pero no veréis.
[27] Porque se ha embotado el corazón de este pueblo
y con oídos sordos oyen
y han cerrado sus ojos
para no ver con sus ojos
ni oir con sus oídos,
ni entender con su corazón,
ni convertirse para que yo los sane (Is 6,9s).

[28] *»Sabed, pues, que a los gentiles ha sido ya transferida esta salvación de Dios, y ellos escucharán.»* [[29] *Dichas estas palabras, se marcharon los judíos, manteniendo entre sí gran discusión.*]

Roma contaba por aquel entonces con una colonia judía numerosa; sus miembros, sin embargo, no vivían en barrio separado, sino estaban dispersos por toda la periferia de la ciudad. La concentración de judíos más antigua e importante se encontraba en el Trastévere (al otro lado del Tíber). Hasta ahora se tiene noticia, por fuentes antiguas, de la existencia de trece sinagogas judías en Roma (se trata de comunidades bien organizadas y autónomas, no de edificios de culto, ya que éstos, en Roma, recibían el nombre de προσευχή, no de sinagogas) [1]. Algunas de estas sinagogas existían seguramente ya antes del año 70 d.C., lo que con certeza se puede afirmar de la «sinagoga de los vernáculos» (los «vernáculos» eran esclavos hebreos puestos en libertad o rescatados, sobre todo los llevados a Roma por Pompeyo en el 63 a.C., y sus hijos). Otro tanto

1. Cf. el comentario a Act 16,13.

se puede decir de los «augustenses» (en recuerdo de Augusto), de los «agripenses» (de M. Vespasiano Agripa, yerno de Augusto y almirante), de los «herodianos» (de Herodes el Grande) y de los «volumnios» (así llamados por el general Volumnio, protector de los judíos, en Siria, y amigo de Herodes). Estas cuatro últimas sinagogas se constituyeron bajo la protección y aliento de los cuatro personajes cuyos nombres adoptaron. Los «primeros» entre los judíos son ciertamente los «gerusiarcas», es decir, los presidentes de cada comunidad sinagogal.

17 También en Roma Pablo se atiene fielmente a lo que ha sido su norma invariable en todas partes: anunciar a los judíos, antes que a nadie, la buena nueva de la venida del Mesías en la persona de Jesús (cf. 13,46). No pudiendo presentarse en sus sinagogas, por estar prisionero, invita a su casa a los hombres más representativos de sus comunidades, para cambiar ideas con ellos. Huelga decir que no puede empezar de una vez con el anuncio de Jesús, pues se impone explicar antes a los invitados cuáles son los verdaderos motivos de su arresto. Tiene razones para suponer que ellos están al corriente, o lo estarán pronto, de que los judíos de Jerusalén lo denunciaron ante el procurador, exigiendo su muerte.

Por eso Pablo abre la conversación con una autodefensa. El argumento fundamental de sus palabras es el mismo que en los grandes discursos apologéticos de Jerusalén y Cesarea: él no es enemigo de su pueblo, ni traidor a las instituciones y usos religio-
18 sos transmitidos por sus antepasados [2]. El juez romano examinó detenidamente cada una de las incriminaciones presentadas contra él por los judíos, y, no hallando delito alguno que mereciera la
19 muerte, quiso devolverle la libertad [3]. Pero las protestas e insistencias de los acusadores lo pusieron en la necesidad de apelar al César [4]. La apelación la hizo, pues, forzado por las circunstancias, no porque hubiese querido enjuiciar a su vez al pueblo judío.

Los Hechos, evidentemente, dan sólo un ligero extracto de lo

2. Cf. Act 21,21; 24,14.
3. Cf. Act 23,29; 25,18.25; 26,31
4. Cf. Act 25,11; 26,32.

que el Apóstol dijo entonces acerca de su proceso. Andan, pues, equivocados quienes han pretendido descubrir ahora contradicciones con lo expuesto anteriormente. Se ha dicho, a propósito, que los judíos aparecen aquí, erróneamente, como los ejecutores materiales de su arresto, cuando en realidad su intervención fue indirecta. Además, según el relato presente, el juez romano habría estado resuelto a devolver la libertad al Apóstol, y sólo las protestas de los acusadores se lo impidieron, mientras que en el relato precedente la idea de que Pablo habría podido ser puesto en libertad sólo se expresa después de la apelación, y no por parte del procurador, sino de Agripa.

Analizando bien las cosas, no hay por qué ver en esto una verdadera contradicción; es simplemente una exposición algo confusa, como las hay en otros pasajes en que los Hechos quieren hacer un relato compendiado [5]. Lucas se propone sólo dejar bien en claro que no son los romanos, sino los judíos de Jerusalén, los verdaderos adversarios del Apóstol y los responsables de su arresto. Por lo demás, de todo el relato del proceso resalta hasta la evidencia que, si Félix y Festo no dejaron en libertad a Pablo, aun después de reconocer explícitamente su inocencia, fue sólo por consideración a los judíos [6]. Por eso no es inexacto afirmar que fueron éstos los que, con su actitud hostil, llevaron al Apóstol a tomar la decisión que tomó.

Hecha esta aclaración, el Apóstol informa a los judíos presentes **20** sobre el verdadero motivo por qué ha sido arrestado; se trata de la «esperanza de Israel», es decir, de la resurrección de los muertos, que en Jesús llegó por primera vez a ser realidad [7].

Los judíos responden a Pablo que de Palestina no tienen aún **21** noticia alguna, ni escrita ni oral, acerca de su persona o de su proceso. La cosa es perfectamente verosímil; porque, aunque es cierto que las comunicaciones entre las comunidades de la diáspora y el centro religioso del judaísmo, Jerusalén, eran bastante intensas, no hay que olvidar que en Judea no se tenía ninguna razón especial

5. Act 2,23; 13,29; 21,11; 23,27.
6. Act 24,27; 25,9.18; 26,31.
7. Cf Act 23,6; 24,15.21; 26,6-8.

para informar a los hebreos de Roma de las acusaciones surgidas contra Pablo, antes que éste apelase al César.

22 Sin embargo, por lo poco que los judíos presentes dicen, dan la impresión de que usan de prudente reserva para comunicar lo que saben y lo que piensan. Sus palabras nos dan la certeza de que tienen conocimiento de la existencia de la secta de los nazarenos y de la hostilidad con que en todas partes tropieza (cf. 24, 5.15). Pero seguramente saben más de lo que dejan entrever. Están informados, sin duda alguna, de la comunidad cristiana existente en Roma, si bien por aquella época no eran muy cordiales las relaciones entre los miembros de ésta, provenientes del judaísmo, y los judíos incrédulos [8]. También es de creer que estarían al corriente del escándalo que en el mundo hebreo suscitaba la libertad de la ley predicada por Pablo a los gentiles [9]. Pero quizás esto mismo hace que aprovechen satisfechos la oportunidad de escuchar personalmente a este hombre, representante tan distinguido y heraldo tan fogoso de la nueva doctrina (cf. 17,19-20).

Le fijan, pues, un día para oir de sus propios labios la exposición de esta doctrina, y, en la fecha fijada, acuden aún en mayor número. El intercambio de ideas entre Pablo y los representantes de los hebreos dura de la mañana a la tarde, es decir, hasta la hora de la comida de la tarde. El discurso del Apóstol, aquí como en todas las ocasiones en que habla a judíos, tiene por argumento el reino de Dios escatológico, cuya venida ellos esperan, y la demostración, basada en las Sagradas Escrituras, de que las promesas contenidas en éstas han alcanzado su cumplimiento en la persona de Jesús [10].

24 Pablo logra convencer sólo a una parte de sus oyentes [11]. Los
25 demás permanecen incrédulos [12]. Esto constituye para él una señal de que la comunidad hebrea de Roma, en su totalidad o al menos en su gran mayoría, no está dispuesta a aceptar con fe el anuncio

8. Cf. el comentario a Act 18,2 y la carta a los Romanos.
9. Cf. Act 17,5-6; 18,12-13; 21,28.
10. Cf. Act 8,12; 28,31; 19,8.
11. Cf. Act 13,48; 14,1; 17,4.12.34; 18,8.
12. Cf. Act 14.2; 18,6; 19,9.

mesiánico, en lo cual ve el cumplimiento de una palabra inspirada (Is 6,9-10), dirigida desde tiempo atrás a reprobar la conducta incrédula de los judíos de Roma. En el pasaje citado, Dios confía al profeta el encargo de endurecer todavía más al pueblo de Israel con su predicación, a fin de que así se vea irremisiblemente sometido al juicio. El sentido de este difícil versículo es el siguiente: si un pueblo pecador presta oído dócil a las exigencias religiosas y morales de Dios, fácilmente puede ser llevado a la conversión; en caso contrario, la predicación ulterior no hace más que aumentar la resistencia y el endurecimiento, que en sí constituye ya el principio de la venganza divina.

En cuanto a Israel, ya ha dejado caer en el vacío muchas advertencias de Dios, contentándose con oírlas, mientras su corazón les opone resistencia; por eso la predicación del profeta no los llevará a la conversión, sino al endurecimiento, justo castigo de la conducta que hasta ahora han observado. «He ahí por qué el profeta recibe formalmente el encargo de provocar el endurecimiento total, predicando el juicio» (Joh. Fischer). Al citar este pasaje de Isaías, Pablo quiere decir a sus oyentes: «Vosotros, judíos, habéis rechazado la predicación del mensaje de salud; pues bien, de ahora en adelante ella se convierte para vosotros en causa de ceguera y de obstinación.» Esta actitud del pueblo escogido frente a la predicación del evangelio es un hecho que no tiene por qué causar extrañeza; no es más que el cumplimiento de lo anunciado en el Antiguo Testamento.

Del mismo pasaje aquí citado por Pablo se sirve también Jesús **26-27**
para justificar ante los discípulos su obscura predicación en parábolas [13]. Lo emplea asimismo Juan, para dar razón del fracaso de la predicación de Jesús entre los judíos (Jn 12,40). Pablo está, pues, convencido de que el rechazo del mensaje de salvación por parte de la gran masa del pueblo hebreo estaba ya profetizado. Pero esa infidelidad no es obra, sino permisión de Dios, y por eso Israel es culpable [14]. A consecuencia de este rechazo culpable de la salud,

13. Mt 13,14-15; Mc 4,12; Lc 8,10.
14. Cf. el comentario a Mc 4,12.

que se manifiesta aquí y en otras partes, la predicación se dirigirá a los gentiles, entre los cuales producirá fruto [15]. Las palabras de Isaías, que el Apóstol aplica a los judíos, han de serles al mismo tiempo una seria advertencia y una apremiante invitación [16].

Actividad en Roma
28,30-31

[30] *Y permaneció dos años enteros en casa propia alquilada, y*
recibía a todos los que venían a él, [31] *predicando el reino de Dios*
y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo, con absoluta
libertad, sin obstáculos.

Con esta breve noticia terminan los Hechos de los Apóstoles. Mientras esté en curso la instrucción de la causa, en Roma el Apóstol no tiene permiso de predicar el evangelio «en público y en las casas», como lo hacía en otras ciudades (20,20), pero puede
30 desplegar una vasta actividad dentro de la casa en que vive. El autor del relato insiste expresamente en que a nadie le era vedado
31 llegar hasta él, y que el Apóstol podía predicar la buena nueva sin obstáculos de ningún género.

Tratándose, en el caso de Pablo, de un proceso de apelación *(provocatio)* [17], para hacerlo avanzar era necesario que el sanedrín o sus representantes formalizaran el expediente ante el tribunal del emperador, comenzando por presentar de nuevo la acusación. Ni siquiera el informe oficial enviado por Festo (25,27) podía cambiar o suplir nada de esta práctica. ¿Sucedieron las cosas en esta forma, o bien el sanedrín, dándose cuenta, después de las experiencias tenidas con Félix y con Festo, de que las perspectivas de lograr la condenación del Apóstol eran muy escasas, decidió renunciar a llevar adelante la acción judicial? No lo sabemos. El nuevo acto de acusación debería hacerse, como es natural, dentro de un lapso

15. Cf. Act 13,46-47; 18,6.
16. Cf. Act 13,41, donde se cita a Hab 1,5.
17. Cf. el comentario a Act 25,12.

determinado. Según un edicto dado por Nerón, y llegado hasta nosotros en un papiro, en forma incompleta, este lapso era de año y medio para los procesos capitales introducidos en Roma por personas que vivían al otro lado de los Alpes o del mar. En caso de que el sanedrín dejase transcurrir el término establecido sin introducir el proceso, Pablo, en atención al informe de Festo, que en todo le era favorable, habría sido puesto en libertad por disposición imperial, por tanto, sin necesidad de sentencia absolutoria.

La conclusión de los Hechos.

Con este relato somero de los dos años de actividad del Apóstol en Roma, el libro llega a su término, pero deja la impresión de haber sido interrumpido bruscamente y, al parecer, sin motivo; de este hecho, que, para ser sinceros, es en realidad enigmático, se han dado las más variadas interpretaciones. ¿Por qué Lucas, que recuerda cómo en medio de la tempestad, en alta mar, un ángel lo tranquilizó asegurándole que comparecería ante el tribunal del César (27,24), no dice nada del resultado final del proceso? La solución aparentemente más obvia es la que afirma que los Hechos fueron terminados antes que el proceso concluyera. Esta opinión es común aun entre los católicos. Pero, para poderla sostener, habría que admitir que el evangelio de Lucas habría sido compuesto, a más tardar, durante el primer año de la cautividad romana de Pablo [18].

Más verosímil parece la opinión, preferida por muchos investigadores, de que con la breve descripción de la actividad de Pablo en Roma se podía dar por alcanzado el fin que el autor se había propuesto al escribir el libro. No equivale esto a decir que con la llegada del Apóstol a la capital del imperio romano hubiera quedado cumplido el programa fijado en Act 1,8 (Roma no está en los confines del mundo). Sin embargo, si se tiene en cuenta que Lucas presenta la evangelización de los gentiles esencialmente como obra de Pablo, y que la llegada del Apóstol a Roma señala en

18. Cf. al respecto la *Introducción* al tercer evangelio

cierta manera una meta y un punto de reposo de su actividad, no habrá dificultad en admitir que también el narrador al llegar aquí se sentía con derecho a dar por concluido su relato [19].

Al lado de esta observación podría quizá tenerse en cuenta otro dato: el *Salmo de Salomón*, 8,16 (apócrifo) dice que Pompeyo, quien conquistó a Jerusalén en el año 63 a.C., había venido «de los confines de la tierra», expresión con que pretende señalarlo como a representante de la lejana potencia de Roma, pero que nos ofrece también un buen paralelo de Act 1,8 («hasta los confines de la tierra»). Nadie, al reflexionar sobre este programa de evangelización, formulado en la terminología teológica del judaísmo, puede negar que la llegada del gran Apóstol de los gentiles a Roma representa de hecho su cumplimiento y su meta final, de suerte que con esto el autor podía dar por terminada su obra (Dupont).

En todo caso, debe tenerse por falsa la opinión de los críticos protestantes, de que el proceso concluyó con la condenación y ejecución del Apóstol, desenlace trágico que el autor prefirió pasar en silencio, o porque le repugnaba narrar tan desgraciado episodio, o porque no quería introducir una nota discordante en el ambiente de optimismo que domina todo el libro. Hasta donde podemos disponer de noticias, tenemos la certeza de que Pablo recuperó la libertad, llevó a cabo el proyectado viaje a España [20] y hasta emprendió nuevos viajes a oriente [21]. Después de todo esto, sufrió una segunda cautividad en Roma y murió al filo de la espada entre los años 66 y 67 [22].

---

19 Véase también, antes, la *Introducción*, pág. 34ss.

20. Rom 15,24; *1Clem.* 5,7.

21. Éfeso, Creta, Macedonia; cf. las cartas pastorales.

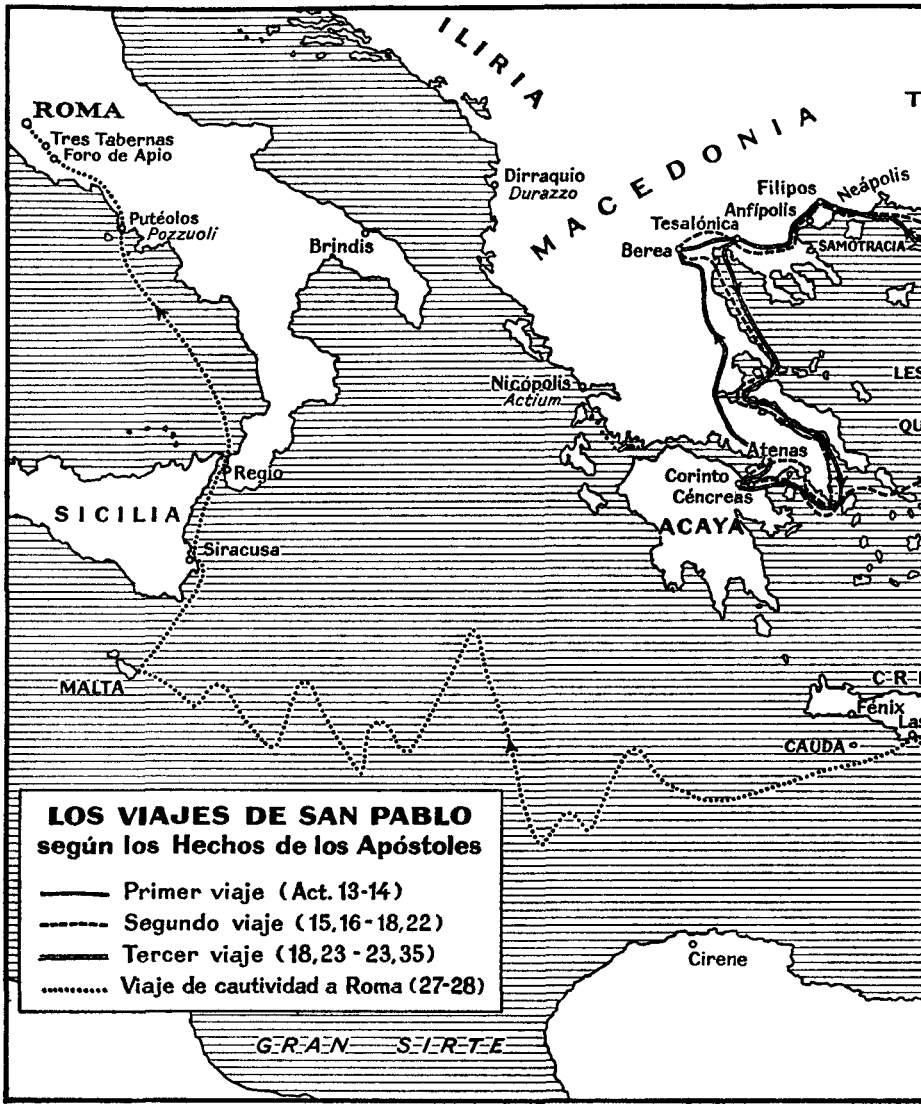
22. Cf., al respecto, las cartas de la cautividad y las epístolas pastorales

CUADRO CRONOLÓGICO

Muerte de Jesús.	7 de abril del año 30.
Conversión de Pablo (Act 9,3ss).	entre el 33 y el 35.
Primer viaje de Pablo a Jerusalén (Act 9,26).	entre el 35 y el 37.
Segundo viaje a Jerusalén (viaje de las colectas; Act 11,30).	44 (o poco más tarde).
Primer viaje de misión (Act 13-14; duración desconocida).	entre 44 y 48.
Concilio apostólico (Act 15).	invierno 48-49 (49-50).
Segundo viaje de misión (Act 15,36-18,22).	entre la primavera del 49 (o del 50) y el otoño del 52 (ó 53).
18 meses en Corinto, 1,2Tes.	
Tercer viaje de misión (Act 18,23-20,4).	entre la primavera del 53 (ó 54) y la del 57 (ó 58).
en Éfeso, dos años y tres meses (o, en cifras redondas, tres años); Gál y 1Cor.	
en Macedonia (Act 20,1s), composición de 2Cor.	
en Corinto (Act 20,2s), composición de Rom.	
Llegada a Jerusalén (Act 21,17).	hacia pentecostés del 57 (ó 58).
Dos años de cautividad en Cesarea (Act 23,33-26,23).	entre el verano del 57 y el otoño del 60.
Traslado a Roma (Act 27,1-28,16).	59-60 (ó 60-61).
Primera cautividad romana (Act 28, 30s).	60-62 (ó 61-63).
cartas de la cautividad (Col, Ef, Flm, Flp).	
Viajes a España y oriente; 1Tim, Tit.	entre el 62 (63) y el 66.
Segunda cautividad romana (2Tim) y martirio.	66 (ó 67).

ÍNDICE DE «EXCURSUS»

	Págs.
La ascensión de Cristo	45
El hablar en lenguas («glosolalia»)	60
La exaltación de Jesús	74
Los discursos de misión dirigidos a los judíos	76
El bautismo cristiano	81
La fracción del pan	85
El sanedrín	97
Los relatos sumarios, 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16	106
El diaconado eclesiástico	120
Nacimiento y juventud de Pablo	138
Los apóstoles y la comunicación del espíritu	144
El Espíritu Santo en los Hechos	146
La imposición de manos	152
La historia de Cornelio en el plan de los Hechos	184
La figura de Cristo en los Hechos de los Apóstoles	185
El viaje de las colectas y la carta a los Gálatas	200
Santiago, «hermano del Señor», y los ancianos (presbíteros) de Jerusalén	211
El problema de la evangelización de los gentiles en la Iglesia primitiva	232
Las cláusulas de Santiago	254
Pablo y el concilio de los apóstoles (Act 15 y Gál 2,1-10)	260
El procónsul Galión y la cronología de Pablo	314
La Artémide de Éfeso	329
Malta	410
La conclusión de los Hechos	421


ILIRIA
MACEDONIA
ROMA
Tres Tabernas
Foro de Apio
Putéolos
Pozzuoli
Brindis
Dirraquio
Durazzo
Filipos
Neápolis
Anfípolis
Tesalónica
Berea
SAMOTRACIA
Nicópolis
Actium
Atenas
Corinto
Céncreas
ACAYA
Regio
SICILIA
Siracusa
MALTA
Fénix
CAUDA
Cirene
GRAN SIRTE
LOS VIAJES DE SAN PABLO
según los Hechos de los Apóstoles
Primer viaje (Act. 13-14)
Segundo viaje (15,16 - 18,22)
Tercer viaje (18,23 - 23,35)
Viaje de cautividad a Roma (27-28)

CIA
PONTO
Bizancio
BITINIA
ARMENIA
Ancira
MISIA
GALACIA
Cesarea
Melitene
CAPADOCIA
COMAGENE
LIDIA
FRIGIA
LICAONIA
Antioquía
Iconio
ASIA
Listras
PISIDIA
Efeso
CARIA
Derbe
CILICIA
Tarso
Mileto
Perge
Atalia
PANFILIA
Seleucia
Antioquía
LICIA
Mira
SIRIA
Pátara
Rodas
RODAS
Salamina
Palmira
CHIPRE
Pafos
Trípoli
Sidón
Damasco
Cesarea de Filipo
Tiro
Ptolemaida
Tiberíades
Cesarea
Joppa
Jerusalén
Gaza
Alejandría
Pelusa